

A woman in a white, short-sleeved, high-waisted dress stands in a lush green field. She holds a small, dark book in her left hand and a large, patterned umbrella in her right. In the background, a church with a tall steeple is visible under a blue sky with scattered clouds. The overall scene is bright and sunny.

*Quédate
en mi vida*

AVA CAMPBELL

Lectulandia

Surrey, 1823. Anna Hurst llegó a Halston hace seis años huyendo del pasado. Cuando John Sinclair, vizconde de Lisle, regresa a su pueblo natal, Anna decide buscar su apoyo para la pequeña escuela que ha fundado. Pero el día en que se conocen ofende profundamente al vizconde, que le niega su ayuda. Cuando él se ve envuelto en un atraco, la intervención de Anna le hace recapacitar e interesarse en sus proyectos. La relación entre ambos comienza a estrecharse, hasta que la llegada de Julia, la amante de John, lo cambia todo. Julia está dispuesta a cualquier cosa por probar que Anna no es lo que aparenta. Y cuando sus sospechas cobran vida, todo el mundo de Anna se vuelve del revés. Anna puede huir de Halston, pero ya sabe que no conseguirá hacerlo de su pasado. ¿Podrá el amor que ha nacido entre ella y John sobrevivir a los silencios culpables y las verdades a medias?

Lectulandia

Ava Campbell

Quédate en mi vida

ePub r1.1
nalass 04.10.14

Título original: *Quédate en mi vida*
Ava Campbell, 2012

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Para Jaime, Aimar y Aiala.
La felicidad junto a vosotros es fácil.*

*Para Valentina, mi adorada abuela.
El amor que nos tuviste ilumina nuestras vidas
Te queremos. Siempre te querremos.*

Prólogo

Londres, 25 de febrero de 1823

—Lamento mucho ser portador de tan dolorosas noticias, milord.

Ninguna respuesta audible siguió a aquella muestra de condolencia. El señor Cox, secretario del vizconde de Lisle, meció su peso de un pie a otro con inquietud. El silencio reinante, solo roto por el suave entrecocar de hielos en el vaso que su empleador sostenía, le produjo un hondo desasosiego. ¿Qué se suponía que uno podía añadir? Siguió meciéndose de aquella forma rígida, contando los segundos que transcurrían, cinco, seis, siete... Finalmente, el hombre sentado en la butaca hizo un movimiento, dejando su vaso en el velador situado a su derecha, y levantó la vista hacia su secretario. Su tono de voz traslució algo cercano a la resignación, al hablar.

—Supongo que esta vez no me libraré de acudir a Hertwood Manor, ¿verdad, Cox?

A pesar de su exquisita educación, al señor Cox lo delató un ligero parpadeo. Que lord Lisle no hubiera visitado su propiedad ni una sola vez en todos los años que llevaba trabajando para él era un hecho extraño y tal vez irresponsable; pero que el único hijo de la vizcondesa viuda de Lisle pudiera tener la más mínima duda sobre su deber de acudir a Surrey para el entierro de su madre era algo inadmisibles. Con disimulo, observó el semblante de lord Lisle con más detenimiento; tenía la mandíbula tensa y los labios apretados en una fina línea, pero más allá de eso y de las oscuras ojeras no vio demasiadas diferencias con el aspecto habitual de su señor. Sin embargo, decidió para sí mismo que la frase de milord debía ser fruto de la conmoción y no requería una respuesta, así que permaneció callado. Pero cuando al cabo de unos segundos John Oliver Marius Sinclair, vizconde de Lisle, se levantó del asiento para dirigirse hacia la chimenea, rompiendo la incómoda quietud, su secretario no pudo evitar suspirar aliviado.

Lord Lisle tomó el atizador que había junto al hogar y removió los escasos troncos que aún no se habían reducido a cenizas. Luego permaneció contemplando el fuego pensativamente, con el brazo izquierdo apoyado en la repisa. Algunos mechones de su cabello negro caían con descuido sobre su frente, y sus ojos oscuros resultaban velados por las sombras. Había recibido la noticia del fallecimiento de su madre con su habitual estoicismo, pero Cox sabía bien que en muchas ocasiones aquella fachada de imperturbabilidad escondía emociones más turbulentas.

Al fin, como si hubiera despertado de algún sueño, el vizconde se dirigió hacia el

escritorio, donde comenzó a ordenar los papeles que había sobre la superficie, y sin levantar la vista de los mismos se dispuso a dar instrucciones a su secretario.

—Bien, Cox, si hay que hacerlo que sea cuanto antes. Envía aviso a Decker de nuestra llegada y manda instrucciones al señor Hubbard para que se ocupe de todo lo que se haga en estos casos. Tendrás que venir conmigo dos días, porque habrá que dejar zanjados asuntos legales. La propiedad tiene que seguir funcionando cuando regresemos a Londres.

Un pequeño carraspeo delató el desacuerdo de Cox.

—Disculpe, milord, pero no creo que un par de días sean suficientes para poner en orden una propiedad tan importante.

—Pues tendrán que serlo, Cox, ya que tengo intención de estar de vuelta en Londres el viernes.

—¿El viernes! ¿Es que no va a quedarse en Hertwood Manor?

—No más de lo necesario.

—Pero, milord, insisto en que los asuntos serán numerosos. Hace años que no ve la propiedad, y es posible que deban tomarse decisiones importantes...

Lord Lisle alzó la mano para cortar la protesta y lo miró con dureza.

—Cox, no sé cuántos días estaré, pero te aseguro que serán los menos. El solo pensamiento de tener que ir a Surrey me fatiga, aunque para tu alivio te diré que no he perdido enteramente el sentido del deber. Sucede que el señor Hubbard ha llevado los asuntos de la propiedad estos últimos años sin molestarme en absoluto y no deseo que eso cambie. Mañana partiremos al amanecer en mi carruaje —finalizó mientras volvía a llenar su vaso—. Eso es todo, Cox.

Cuidándose esta vez de demostrar el escepticismo que aquella decisión le provocaba, el señor Cox inclinó la cabeza en señal de asentimiento y salió de la sala. En cuanto a la frialdad con que el vizconde había recibido la noticia de la muerte de su madre, ni siquiera quiso pararse a pensarlo.

Solo cuando la puerta se hubo cerrado tras su secretario, John Sinclair se permitió derrumbarse sobre la mesa y ocultar el rostro entre los antebrazos. Permaneció así muy quieto mientras intentaba entender el caos emocional que la noticia había desatado dentro de él. Hacía años que no veía a su madre salvo en las raras ocasiones en que ella había viajado a Londres. Tras la muerte de su padre, siete años atrás, ella había continuado viviendo en la propiedad de Surrey mientras él seguía en la capital. En realidad, habían mantenido vidas distantes prácticamente desde el día en que salió de Hertwood Manor para acudir a Eton. En aquel momento, solo tenía ocho años y sus recuerdos de aquellos primeros tiempos en el colegio eran algo confusos, pero la sensación de desamparo que había sentido era algo muy vívido, que nunca le había abandonado y aún hoy era capaz de hacerle enfadar.

Sin embargo, se había sobrepuesto al dolor; su destreza en los deportes y su

inteligencia le habían hecho popular entre sus compañeros, y el carácter desapegado que había desarrollado contribuyó a protegerle de los abusos de compañeros más mayores. No tuvo que pasar mucho tiempo antes de que se sintiera más cómodo y tranquilo en Eton que en su propia casa, y las veces en que volvía a Hertwood Manor por vacaciones comenzaron a resultar tan solo un deber, y no especialmente agradable.

Al terminar sus estudios universitarios en Oxford, y hasta que Napoleón hizo que la empresa resultara demasiado peligrosa, se había dedicado a viajar por Europa. En uno de sus viajes trabó amistad con el propietario de una fundición de Manchester. Este le propuso participar en una nueva fábrica que pensaba construir para fundir material destinado al ferrocarril. La conmoción que esta vulgar dedicación de su heredero supuso para el vizconde acabó por romper la escasa relación que habían mantenido. A aquellas alturas, sin embargo, se sentía vacunado contra la frialdad y lejanía de su progenitor, y el hecho de que su padre no deseara tener tratos con él había dejado de importarle. Así que durante meses sus esfuerzos se volcaron en la edificación de aquella empresa, y tras su exitosa puesta en marcha, decidió instalarse en la casa de Leicester Square que había heredado de su abuela. Y al fallecer el vizconde Lisle y heredar el título, no había encontrado ninguna razón para alterar el orden de las cosas, así que había continuado residiendo en Londres, sin volver a la propiedad recién heredada.

Pero su madre sí había seguido escribiéndole, aunque no de manera frecuente. Solo que él apenas le contestaba. A pesar de ser ya un hombre hecho y derecho, capaz de mantener relaciones de civilizada cortesía con sus semejantes, habían sido demasiados años de sentirse abandonado para resolverlos de un plumazo. Pero siempre había creído que tendrían tiempo; tiempo para una conversación entre adultos donde él pudiera explicarle con serenidad lo traicionado que se había sentido siendo niño, cuando deseaba que su madre lo hubiera rescatado de aquellos latigazos injustos, de aquellos abusos arbitrarios. Tiempo para escuchar sus explicaciones, y perdonar su indiferencia ante las silenciosas lágrimas de rabia que aquel niño pequeño tuvo que aprender a tragar.

Pero nunca consiguió reunir el coraje para aquella conversación, y ahora el tiempo se había acabado.

El sonido de la puerta que comunicaba el estudio con su dormitorio le hizo enderezarse. Julia Dunn, condesa de Holbrook, entró en la habitación y cerró la puerta con sigilo. El vaporoso camisón esmeralda revoloteó tras sus piernas, casi transparente a la luz de la vela situada en la mesa. Su cabello caoba, largo y ondulado, colgaba suelto a los lados de su rostro. Se dirigió hacia la silla que ocupaba John Sinclair y se sentó en el brazo, descansando el peso de su cuerpo contra él.

—He oído lo que te ha dicho Cox, John. —Habló suavemente, con una

entonación ronca y sensual—. Lo siento mucho.

Pasaron unos segundos antes de que él respondiera.

—Sí. Sí, así son las cosas. —Pero parecía hallarse muy lejos de allí en aquel momento.

—También he oído que te vas a Surrey.

—Es lo que debo hacer —respondió mientras se movía para liberar el peso de Julia de su brazo—. No me agrada, pero es evidente que habrá asuntos que atender.

—Tal vez podría acompañarte... —ofreció con una sonrisa dudosa.

Una risa desprovista de humor acompañó la respuesta del vizconde.

—Aunque sé cuánto te gusta que hablen de ti, Julia, no me parece el momento más adecuado para escandalizar a los habitantes de Halston.

Ella entrecerró los ojos con rabia, pero contuvo la réplica furiosa que acudió a sus labios.

—No hace falta ser tan descortés. Solo intentaba ser amable.

John Sinclair suspiró mientras se pasaba la mano por el oscuro cabello. Sus negros ojos se posaron en Julia un largo momento, con una expresión indescifrable en la que por un segundo destelló la burla.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que cualquier día tu marido pueda hartarse de tus amabilidades?

Esta vez Julia no pudo evitar una exclamación colérica. Se volvió bruscamente hacia él.

—¿A qué viene todo esto, John? Sabes perfectamente que Holbrook nunca sale de Suffolk y que no le importa en absoluto lo que yo haga. Y que yo sepa —un ligero resentimiento se apuntó en su voz—, hasta ahora no has tenido ninguna queja por esa ventaja.

—Ni tú tampoco, según recuerdo. Aunque eso no elimina a tu marido del paisaje.

—No entiendo qué te sucede, John. —Se levantó con rabia y se colocó frente a él—. ¿Desde cuándo te importa que haya un marido o lo que piensen los demás?

John Sinclair permaneció con la vista al frente, y solo la rigidez en sus labios demostró que la había oído. Pero al hablar, su voz sonó tan indiferente como solía.

—En eso tienes razón, querida, no me importa en absoluto que haya un marido o lo que pueda decir la gente, pero esto es diferente. Es el funeral de mi madre, Julia. —Y añadió más para sí que para ella—: Y necesito estar solo.

Algo en la forma en que pronunció la frase provocó en Julia un escalofrío de aprensión. No estaba acostumbrada a que los hombres fueran esquivos con ella. Se había casado con diecinueve años con el conde de Holbrook, treinta años mayor que ella y viudo, cumpliendo el deber de toda joven distinguida cuyo padre hubiera desperdiciado la fortuna familiar en ruinosas inversiones. Consiguió así un matrimonio sólido y ventajoso con uno de los prohombres del reino, que a cambio de

su riqueza solo pretendía una cosa: tener un heredero. Y una vez que ella cumplió con su deber, hacía nueve años, y de nuevo otra vez hacía siete, se sintió liberada de casi cualquier otra obligación marital, con la excepción de la discreción. El amor nunca había estado en cuestión en su matrimonio; no era necesario, y tal vez ni siquiera conveniente. Entonces había dicho claramente a su marido cuánto se aburría en Suffolk, y rápidamente llegaron al acuerdo de que ella pasara amplias temporadas en la casa de Londres. Y dado que no era una madre devota, el mundo de fiestas, bailes y flirteos le pareció un estupendo cambio, en relación a los escasos minutos que cada día dedicaba a estar con sus hijos.

Desde entonces, escogía y dejaba a los hombres como y cuando quería. Su única norma era la discreción. Tenía una corte de admiradores envidiable, en la que abundaban los hombres poderosos. Había conocido a Lisle cuando aún vivía su mujer Caroline, y desde el primer momento en que había posado los ojos en él, no había cesado de intentar seducirlo.

Caroline era una prima lejana con la que apenas mantenía contacto, pero al volver a Londres se habían encontrado y habían retomado la relación. Aún era capaz de recordar el día del baile de lord Nothington donde vio por primera vez a John Sinclair. Estaba intercambiando los habituales saludos y cumplidos con Caroline cuando él se había acercado para entregar una copa de champán a su mujer. Los hermosos ojos de Julia se habían abierto casi imperceptiblemente al percatarse de su atractivo, pero él se había dado cuenta; había sostenido su mirada con gesto interrogador, y aunque aparentemente sorprendido, había deslizado por el cuerpo de Julia una mirada que ella encontró abrasadora. Cuando se alejó para traer otra copa, decidió que sería suyo.

Pero se le resistió. El año que aún vivió Caroline, a pesar de los amantes que esta tenía, y luego otro, y otro... No estaba acostumbrada a ser ignorada, y se había encaprichado de él. No lo entendía ni ella misma: no era tan rico ni tan poderoso como otros de sus admiradores, ni siquiera era el más guapo o elegante. Pero había algo en él, una especie de sensualidad pagana que le atraía irresistiblemente. Había insistido en sus coqueteos, le había perseguido casi abiertamente, hasta que por fin, hacía tres años, había cedido.

Y ella había visto recompensados sus esfuerzos, a pesar de que nunca había estado segura de tener algún poder sobre él. Ambos tenían claros los límites de su aventura desde un principio, a pesar de que ella a veces soñara con algo más. Lisle era un amante sensual y dedicado, dispuesto a tomar todo el tiempo que hiciera falta para satisfacerla. Ninguna mujer podría tener quejas en aquel sentido. Pero bajo su aparente entrega había siempre una reserva, una frialdad que ella no podía deshacer. No era tan estúpida como para ignorar la realidad: ella estaba mucho más interesada en él que él en ella. Pero se consideraba una mujer inteligente, y tenía paciencia; no

estaba siempre que él la buscaba, ni era su único amante. Le daba tanta libertad como necesitara, sin reproches ni celos que le dieran una excusa para terminar la relación. Se lo daba todo, pensó con cierta amargura, pero él tomaba solo lo que quería.

Pero lo único que no iba a darle era el poder de abandonarla, se recordó con furia. Nadie la iba a humillar. Sería suyo hasta que se cansara de él y le dijera con dolida simpatía que podían seguir siendo amigos. A veces fantaseaba con ese momento, con el dolor que eso le causaría.

Solo que en el fondo de su corazón, sospechaba que eso no le causaría ningún dolor...

Algún día ella conseguiría reunir las fuerzas para dejarle. Por el momento no era capaz. «Solo por el momento —se dijo, sintiéndose reconfortada—. Solo por el momento».

Se acercó un paso a él, y le apartó con cuidado un mechón de pelo que caía sobre su frente. Intentó sonar despreocupada al hablar.

—¿Volverás pronto?

—No lo sé, Julia. —La impaciencia de su voz hizo que ella, prudentemente, decidiera no insistir—. No tengo ni idea de cuánto tiempo tendré que dedicar a los asuntos de la propiedad. Calculo que en una semana estaré de vuelta, dos a lo sumo.

Ella bajó la mano y la contempló. No podía dejar que se alejara tanto tiempo. Tomó aire con fuerza antes de dibujar en su rostro lo que esperaba fuera una sonrisa comprensiva.

—Muy bien, John. Me ocuparé de divertirme estos días. Pero eso sí, te advierto que si no has vuelto en un mes pienso ir a rescatarte de esa propiedad que tan poco te gusta. —Le cogió la mano y tiró con cuidado de ella, ayudándole a incorporarse—. Y ahora, volvamos a la cama. Aquí hace frío. Y pronto tendré que volver a mi casa, antes de que los criados se despierten.

John Sinclair se levantó y la siguió hacia el dormitorio, sin abrir la boca.

Halston, 28 de febrero de 1823

La viuda Anna Hurst, residente en Halston, Surrey, suspiró al rechazar aquella oferta.

—Lady Everley, agradezco su generosidad, pero debo declinar su ofrecimiento.

La imponente mujer de mediana edad sentada frente a ella no se inmutó ante la negativa.

—¿Por qué?

Anna dudó apenas un segundo, antes de responder.

—Sabe que tengo responsabilidades aquí.

En realidad Anna no esperaba que su madrina claudicara fácilmente. Así pues, no le sorprendió observar cómo su mirada irónica se desplazaba por la habitación, vagando sobre los escasos y sencillos muebles —escrupulosamente limpios, pero dolorosamente faltos de brillo— y las gastadas cortinas que cubrían el único ventanal de la sala. Segura de haber demostrado su conocimiento de la situación, se volvió de nuevo hacia ella.

—Bien, Anna, en primer lugar sabes que detesto que me llames lady Everley, y en segundo, cuando hablas de responsabilidades, ¿no te referirás a esos campesinos a los que te empeñas en enseñar cosas, verdad?

—Esos campesinos, como los llama, son personas decentes que trabajan estas tierras, y a mí me importan, madrina —contestó con un suspiro de resignación.

—Pero Anna, ¿qué importancia puede tener que aprendan a leer si trabajan en los campos? —preguntó lady Everley, y en su tono había una sincera nota de perplejidad.

Anna dirigió su mirada hacia la ventana. Ya había vivido aquella discusión otras muchas veces, y no deseaba revivirla de nuevo. La explicación de su intervención en aquella escuela era mucho más simple y egoísta de lo que parecía: en realidad era ella quien necesitaba aquella escuela dominical que tanto le había costado sacar adelante, mucho más de lo que la podrían necesitar los hijos de sus arrendatarios. Aquella escuela que le hacía sentirse útil daba sentido a sus días y le permitía olvidar el vacío de sus noches.

La vista del jardín le hizo recordar el momento en que vio por primera vez aquella casa. De eso hacía ya seis años, pensó; seis años desde que Phillip falleció, dejando tras de sí un reguero de deudas, y ella tuvo que reunir todo su coraje para hacer frente a la realidad de su situación económica. Aferrada a su orgullo, decidió

plantar cara a su suerte, dispuesta a no aceptar más ayuda de su madrina o de su amiga Arabella Taylor que la de ayudarla a encontrar una casa en Surrey cuyo alquiler pudiera asumir con la pensión que le quedaba.

Por una afortunada casualidad, Arabella había encontrado al reverendo Edwards —quien había sido párroco de Alten, la localidad donde había transcurrido la infancia de ambas— en el Museo Británico, viendo las esculturas de Elgin. Él le había hablado de su nueva parroquia en Surrey, y una corazonada hizo que Arabella le explicara la situación en que había quedado Anna, y sus planes de mudarse. El rostro del reverendo se iluminó; por supuesto que recordaba a la pequeña Anna Cambers y ahora que lo mencionaba, había una pequeña casa en la propiedad donde se hallaba su parroquia que el administrador de lord Lisle trataba de alquilar. El reverendo se comprometió a recomendarla ante el propietario, y al poco tiempo llegó una carta de Hertwood Manor con las condiciones del alquiler, que Anna se apresuró a aceptar, y de esa forma había cerrado la puerta al pasado para comenzar su nueva vida.

El lejano tañido de las campanas de la iglesia de Halston la sacó de sus recuerdos. Apartó la vista de la ventana, muy consciente del dolor que le causaba evocar el pasado. A pesar de todo, ella estaba contenta con su situación —y al menos no había tenido que emplearse como ama de llaves, lo que en los primeros momentos tras el fallecimiento de Phillip se le antojó una posibilidad muy cercana—. Solo a veces, muy de tarde en tarde, la inmovilidad de su existencia le resultaba excesiva, y sentía la sangre golpear en su interior, ansiosa, expectante, diciendo que la vida debía ser otra cosa. Pero esas ocasiones eran escasas, y su disciplinada voluntad las despedía con rapidez. En cualquier caso, le parecía un precio pequeño a pagar, a cambio de la tranquilidad de espíritu que había logrado.

El crujido de la madera ante la puerta anunció la llegada de Bess. Anna agradeció la distracción; sabía que en cualquier momento lady Everley insistiría de nuevo en su propuesta.

Bess abrió la puerta y entró mostrando la amplia sonrisa que nunca parecía abandonarla. Anna le devolvió la sonrisa con afecto. Lo cierto era que no sabía qué habría hecho tras fallecer Phillip si no hubiera contado con el apoyo de aquella mujer. Bess había trabajado para su familia hasta la muerte de la madre de Anna. Tras aquello, se había trasladado a vivir con una hermana en Hillbury, pero siempre habían seguido en contacto. Cuando, tras fallecer Phillip, Anna le había escrito contándole sus planes de mudarse a Surrey, Bess le había contestado con entusiasmo que solo tenía que decirle dónde se trasladaba y cuándo, y allí estaría ella esperándola. A pesar de sus casi sesenta años, una juvenil sonrisa iluminaba a menudo su rostro sonrosado y redondo, mientras sus pequeños ojos azules brillaban de alegría acompañando a la risa franca y espontánea que se le escapaba a menudo. Era una persona que siempre parecía feliz, y contagiaba esa felicidad a su alrededor, cosa por la que Anna le estaba

profundamente agradecida.

La observó con afecto, mientras servía el té. Lady Everley aceptó la taza ofrecida por la mujer, mirándola con el ceño fruncido.

—¿A qué causa perdida se ha apuntado ahora mi ahijada, Bess?

—¿Por qué cree que hay alguna causa perdida, lady Everley? —replicó la mujer sonriente, entregando otra taza a Anna.

—Porque siempre la hay, con ella. Además, acabo de pedirle que me ayude y se ha negado.

—Pedirme que vaya con ella a pasar la Temporada en Londres no es pedirme ayuda —negó Anna enfurruñada.

—Eso dirás tú. Pasar la Temporada en Londres con mi hija y mi nieta es un esfuerzo excesivo para mí; sé que los deberes de familia así lo reclaman, pero si he de hacerlo necesito una compañía que pueda soportar.

—No me parece, milady —insistió ella con mordacidad—, que sea una labor tan complicada encontrar una viuda venida a menos a la que poder contratar.

—¡No seas impertinente, Anna! —replicó lady Everley con fastidio—. Aunque así fuera, es una labor que no deseo hacer. Tu compañía me resulta más soportable que la de cualquier otra persona que conozco, incluyendo mi familia. —Alzó la cabeza para contemplar a la otra mujer—. Así que, Bess, ¿en qué lío se ha metido esta vez? Dice que es por la escuela, pero el reverendo Edwards puede ocuparse perfectamente de esas... clases... durante tres meses. Así que supongo que hay más.

La pregunta pareció divertir a Bess, que se lanzó a contestar sin vacilación.

—Esta semana está dedicada a conseguir que el señor Hubbard encuentre una ocupación en Hertwood Manor para unos hermanos huérfanos —contestó depositando un platillo de galletas en la mesita entre las butacas—. Hace una semana se empeñó en que el señor Hubbard volviera a revisar el drenaje de las tierras de los Smith porque decía que la obra no se había ejecutado bien. Y hace dos obligó a uno de los peones de la propiedad a subir al tejado de la escuela porque decía que la madre de los gorriones del alero no había vuelto.

—Piaban con desesperación —protestó Anna, molesta porque Bess se pusiera tan decididamente del lado de su madrina—. Y Hubbard tiene que dar empleo a los hermanos Alcott; se lo debe. Además, lady Lisle así lo quería...

Su voz decayó al mencionar a la mujer cuyo entierro estaba a punto de celebrarse.

—Pobre Isabella... —Lady Everley meneó la cabeza pesarosa, recordando a su lejana prima.

Anna se sintió aliviada por poder dejar de lado el tema de los Alcott. Estaba decidida a hablar con Hubbard en cuanto terminara el funeral, pero sabía que su madrina pondría el grito en el cielo. Sin embargo no estaba dispuesta a ceder: Hertwood Manor debía ocuparse de aquellos huérfanos.

Hacía un mes que el señor Alcott había fallecido al hundirse una viga del granero común a las granjas de la propiedad. Anna había perdido la cuenta de las veces en que los arrendatarios habían solicitado al administrador que mejorara el estado de algunas instalaciones. Y cuando finalmente se dignó aprobar la intervención, se limitó a parchear los problemas más inmediatos sin resolverlos saneando la estructura, como el accidente había demostrado.

Ahora aquellos niños se habían quedado huérfanos, y Anna no iba a permitir que tuvieran que irse. Cuando el administrador les comunicó que deberían abandonar la propiedad en cuanto encontrara otros arrendatarios, pensó que debía ser una equivocación. Eliza tenía catorce años y Andrew tan solo ocho; su madre había fallecido al dar a luz a un pequeño que tampoco sobrevivió, y ellos se criaron con su padre y su hermana mayor, que les había cuidado hasta que se casó y se marchó a Manchester. Ahora estaban solos, y hacía unos días el administrador les había avisado que solo tendrían un plazo de tres semanas para abandonar la granja, en cuanto encontrara nuevos inquilinos. La semana anterior Anna había propuesto a lady Lisle que empleara a los hermanos en el servicio doméstico, y ella se había mostrado de acuerdo, pero falleció de forma repentina antes de llevar a cabo su decisión. Ahora Anna tenía que intentar que aquella voluntad se cumpliera. Si el administrador no entraba en razones, tenía toda la intención de presentarse ante lord Lisle y averiguar si también era capaz de ignorar una de las últimas voluntades de su madre. Nada de cuanto sabía de su hijo invitaba al optimismo: era un propietario negligente, que no había visitado Hertwood Manor ni una sola vez en los seis años que ella llevaba allí. Los rumores que de vez en cuando llegaban de Londres hablaban de una vida dedicada a la indolencia, las grandes apuestas y las mujeres. Muchas mujeres.

Sin embargo, el reverendo Edwards le había dicho que tuviera fe. Bien, Anna estaba dispuesta a tenerla un tiempo, pero si el administrador no arreglaba la situación en un plazo razonable, pensaba plantarse ante el propietario hasta que hiciera las cosas como era debido. Ella había tenido la oportunidad de empezar de nuevo en Halston, y ahora su meta era que otros tuvieran también la oportunidad de sobrevivir.

—Deberían irse ya si no quieren llegar tarde —sugirió Bess antes de desaparecer por la puerta, sacándola de su distracción.

Anna asintió.

—Iré por mi sombrero.

Abandonó la sala y se dirigió a su habitación. Se sentó ante el tocador, colocando sobre sus cabellos la cofia que rara vez llevaba, y sobre ella un recatado y algo desgastado sombrero. Prescindir de la cofia era una de las pocas osadías que se había permitido en su nueva vida, aunque Bess dijera que en realidad nadie esperara que la llevara, a sus treinta y cuatro años. Aquella mujer, que hacía las veces de ama de

llaves, acompañante y en ocasiones hasta de madre, solía insistir en que aún era demasiado joven para enterrarse en vida. Anna protestaba siempre que escuchaba aquello; ella no se había enterrado. Pero en ocasiones un extraño pesar la recorría por completo, haciéndola sentir anhelante, rabiosa... Anudó el lazo bajo su mentón, un poco ladeado, con la mirada fija en la imagen del espejo: una mujer aún hermosa pero con un rictus de excesiva seriedad. Pero ¿era seriedad o desilusión? Hacía ocho años se había dicho a sí misma que el privilegio del amor que había conocido le compensaría por las privaciones que iba a tener que afrontar a partir de entonces. Esa idea la había sostenido mucho tiempo, pero ahora, a veces, no estaba segura de seguir creyéndolo.

Pasó los dedos por su rostro con lentitud. Era un rostro bonito el que veía en el espejo. Su pelo todavía era oscuro y brillante. Su piel, si bien algo mate para su gusto, no mostraba aún arrugas, salvo unas muy pequeñas que aparecían en las esquinas de los párpados al reír. Aunque eso, suspiró, era algo que ya no hacía tan a menudo. Sus ojos verdes, algo rasgados, seguían resultando expresivos y exóticos bajo unas pestañas abundantes. Y si consiguiera sonreír más, estaba segura de que aún podría presumir de la sonrisa traviesa que él juraba que le había embrujado.

Con un mudo gemido, Anna dejó caer la cabeza entre sus manos. Sintió las lágrimas asomando a sus ojos, pero no podía dejarse vencer por la melancolía. Hacía muchos años que todo había acabado. Ella había luchado por no olvidarle, había batallado por atesorar su recuerdo en el corazón, donde ni el tiempo ni el olvido pudieran alcanzarle. Pero había olvidado, tenía que reconocerlo. A veces buscaba en su memoria los momentos felices que habían compartido, y parecían irreales, como si una niebla los desdibujara. Como si nunca hubieran existido, y hubiera pagado un alto precio por nada.

Pasó el dorso de la mano por sus ojos, retirando con firmeza las lágrimas que amenazaban con desbordarse, mientras se dirigía de nuevo a la puerta para volver con su madrina. Definitivamente, los funerales no le sentaban bien.

De vuelta a la mansión, Anna se arrebujó en su capa y ofreció su paraguas a lady Everley. Las oscuras nubes arremolinadas junto a las montañas del camino de Hillbury habían acabado por descargar su contenido justo cuando el entierro estaba a punto de comenzar. Lady Everley se había resguardado en el carruaje y desde allí había seguido la ceremonia; Anna no, a pesar de las protestas de su madrina. En general no temía la lluvia, y mucho menos temía arruinar el viejo vestido de lana gris de medio luto que llevaba, severo y anticuado. Lady Everley vestía de riguroso negro, pero al fin y al cabo, ella era una prima lejana; Anna no era pariente ni tampoco pretendía ser amiga de la familia. Había visitado en muchas ocasiones a lady Lisle y había charlado con ella, y le estaba muy agradecida por el tácito apoyo recibido en su

proyecto de escuela dominical. Pero más allá de eso, no podía pretender que su relación hubiera sido de mayor familiaridad o amistad. Lady Lisle había sido una mujer cortés, sí, pero también indolente y apática, y el aura de languidez y decaimiento que la rodeaba hacía que tras una hora en su compañía, Anna sintiera una opresión difícil de aliviar.

Ascendieron los escalones de piedra que comunicaban los jardines con la terraza para dirigirse al salón, donde se había dispuesto un refrigerio para los asistentes. Muchos de ellos ya se hallaban allí, acomodados en las múltiples sillas que se habían colocado, o de pie en pequeños corrillos, tomando canapés de las bandejas de plata que los criados transportaban. Anna sabía que en muchos de aquellos círculos el tema estrella sería la presencia del vizconde en Halston, después de tantos años. Ella misma sentía cierta curiosidad, a pesar de que pertenecía a la clase de hombre que detestaba: egoísta, ocioso, insensible...

La hermana de Bess lo había conocido de niño, porque había trabajado en Hertwood Manor antes de casarse, y solía decir que era un pequeño cariñoso e inteligente, pero demasiado solitario. Para su padre ninguna familia de los alrededores era digna de tratar con los Lisle. Se escapaba a menudo y se pasaba gran parte de su tiempo castigado. Anna era muy capaz de simpatizar con la imagen de un niño solo y triste, pero siempre contestaba que eso no podía exculpar sus actos de adulto.

A pesar de ello, o tal vez por eso mismo, había contemplado con curiosidad la imagen que, magníficamente vestida de riguroso negro y de espaldas a ella y al resto de la concurrencia, presidía el entierro. Entre la multitud de paraguas, Anna distinguió su figura alta y atlética. La chaqueta negra que moldeaba sus anchos hombros y ajustaba su cintura a la perfección proclamaba a gritos su procedencia de Saville Road; los pantalones negros enfundaban unas piernas musculosas, embutidos en unas brillantes botas Hessians. Había permanecido con la cabeza baja y las manos a la espalda toda la ceremonia, con las piernas ligeramente separadas y firmemente asentadas en la tierra, bajo el paraguas que uno de los criados de la casa había mantenido abierto sobre su cabeza. Sin saber bien por qué, la mirada de Anna había permanecido largo tiempo detenida en su nuca, donde algunos mechones de oscuro cabello casi rozaban la chaqueta; y aún seguía fija cuando todos los presentes comenzaron a volver a la mansión tras finalizar la ceremonia.

Hasta que su madrina no la llamó un par de veces desde el carruaje, sacándola de su ensimismamiento, no fue consciente de que ellos dos eran los últimos asistentes que permanecían de pie sobre el terreno. Había subido al carruaje para recorrer los escasos doscientos metros que los separaban del edificio principal, y al doblar el recodo del camino de grava había vuelto la cabeza para contemplarlo, solo aún ante la tumba, con la misma postura inmóvil que había mantenido toda la ceremonia. Solo,

se dijo; como el niño que, según la hermana de Bess, había sido. E inmediatamente se reprochó aquel acceso de lástima por un niño que a todas luces había desaparecido hacía ya muchos años, diluido en el cuerpo fuerte y poderoso del hombre en que se había convertido.

Ahora estaban en el salón de la mansión, y Anna seguía contemplando las puertas vidrieras por las que habían accedido a él; no había ni rastro del vizconde, constató con cierta decepción. Su mirada fija no pasó desapercibida para su madrina, ni tampoco la sombra de desencanto que cruzó su semblante cuando fue el administrador quien entró al salón y cerró tras él las puertas.

—No creo que sea buen momento para abordarle con tus temas —dijo lady Everley confundiendo su inquietud.

Anna rehuyó su mirada, temiendo haber enrojecido.

—Ni siquiera sabemos cuánto va a permanecer lord Lisle en la propiedad, y si Hubbard no me atiende, tendré que acudir directamente al vizconde.

—Pero, Anna, cariño, si no logras convencer a Hubbard, ¿cómo crees que lo conseguirás con Lisle? No es que mantenga mucho trato con él, pero le veo a menudo en actos sociales en Londres, y francamente, estoy convencida de que de ninguna manera te dará su aprobación si eso le supone la más mínima molestia.

—Él solo debe ocuparse de que su administrador emplee a los hermanos —insistió con terquedad—. Eso no es molestia.

—¡Oh! Pensé que hablabas de la escuela.

—No, yo... —Se detuvo, y entornó los ojos—. ¿La escuela? ¿Por qué cree que él no daría su aprobación para la escuela? Su madre pensaba establecer un legado...

—Pues, querida —replicó encogiéndose de hombros—, porque enseñas lectura, aritmética, botánica, historia, filosofía y no sé cuántas cosas más a las hijas de sus arrendatarios, y sabes perfectamente que muchos habitantes de esta sociedad lo consideran un tipo de educación absolutamente inadecuada. Sin ir más lejos, la señora Jones ha dicho antes del funeral que estás poniendo extrañas ideas en las cabezas de las chicas, y que les haces un flaco favor animándolas a aspirar a algo más de aquello para lo que han nacido. Imagino que ahora que está aquí, todas las matronas de la zona aprovecharán para exponerle este punto de vista, y conociendo a Lisle, les dará cuanto antes lo que quieren para que le dejen en paz.

—¿Ah, sí? —Sus ojos se encendieron con un brillo peligroso—. Entonces encontrará que se ha equivocado de táctica, porque puedo ser más molesta aún que ellas.

Su madrina sonrió cínicamente.

—Y más interesante, supongo. —Anna estaba a punto de preguntar qué había querido decir con aquel extraño comentario cuando su madrina cambió de tema—. Por ahí viene la mujer de mi primo, lady Pembroke. Me temo que no me libraré de su

compañía.

A pesar de su desánimo, Anna tuvo que disimular una sonrisa cuando su madrina tendió ambas manos hacia la recién llegada, ofreciendo la mejilla y murmurando «queridísima Sophie» como si su deleite fuera real. Aprovechó la ocasión para retirarse y buscar al señor Hubbard.

Lo encontró en la sala de música, junto al reverendo Edwards, sentados junto al fuego. Saludó a ambos con una deferencia que en el caso del administrador estaba lejos de sentir.

—Buenas tardes, señor Hubbard. Reverendo Edwards, su sermón ha sido muy hermoso. Melancólico, pero hermoso.

El reverendo se movió en el sofá para que tomara asiento, satisfecho por el comentario.

—¿De veras lo crees? Pensaba haber hablado un poco más, pero esta lluvia...

Meneó la cabeza con pesar, y Anna le devolvió una sonrisa afectuosa. El reverendo era un hombre anciano al que cada día costaba más moverse, pero con una mente aún lúcida y una palabra amable siempre dispuesta. Compartían inquietudes, y también el entusiasmo por hacer que las cosas mejoraran, a pesar de que la determinación y terquedad de Anna le resultaban en muchas ocasiones alarmantes. Pero, en general, ambos sentían aprecio y cariño por el otro.

Sin embargo, las cosas eran muy diferentes con el señor Hubbard. Desde el principio el antagonismo entre ellos había sido patente; él había dejado muy claro que no aceptaba ninguna sugerencia en lo relativo a la propiedad, y ella había encontrado enervantes su prepotencia y desidia. Sus constantes discusiones eran una de las principales preocupaciones del reverendo.

Decidió no perder el tiempo e ir directa al grano.

—Señor Hubbard, quería preguntarle si recibió mi nota sobre la situación en que quedan los hermanos Alcott.

Un remedo de sonrisa se dibujó en los labios del administrador, pero sus ojos la contemplaron con frialdad.

—La recibí.

—¿Y bien?

—Discúlpeme, señora, no creo que ese asunto sea de su incumbencia.

—Ya, pero *ese asunto* son dos niños indefensos —espetó con vehemencia, y un brillo decidido en los ojos—. ¿Qué pretende que hagan ahora?

—Señora —replicó con creciente fastidio—, no administro una institución de beneficencia, sino una hacienda que debe mantenerse en buen estado. Los hijos de Alcott no tienen edad suficiente para hacerse cargo de la granja, y mi deber es encontrar quien sí pueda hacerlo. Es algo que cualquier persona sensata comprendería. Lo que le pasó a su padre fue un lamentable accidente, y tienen todas

mis simpatías, pero no está en mis manos hacer más.

—¿Y es usted quien habla de una hacienda en buen estado? —exclamó intentando contener su furia—. Ese accidente ha sido motivado por el descuido en el que se ha sumido la propiedad durante años. Lord Lisle ha demostrado ser un propietario negligente, demasiado atareado con sus aventuras en Londres para ocuparse de sus responsabilidades. No ha pisado ni una sola vez Hertwood Manor en seis años, ni siquiera para visitar a su madre. Si eso no es ser un propietario irresponsable...

Anna iba a continuar dando libremente su opinión sobre la gestión de la propiedad cuando un extraño brillo asomó a los ojos del administrador, que se puso en pie de un salto, mirando con deleite algo tras ella. Anna calló y parpadeó sorprendida, y antes de poder pensar siquiera qué sucedía, una voz glacial surgió desde su espalda.

—Hubbard, haga el favor de reunirse conmigo en la biblioteca.

Anna se giró; la puerta situada tras el diván, que por lo visto comunicaba la sala donde se hallaban con la biblioteca, estaba abierta, y una silueta alta y poderosa vestida con ropas negras se perdía en el interior de la estancia. El señor Hubbard, que sonreía como si le acabaran de contar la mejor broma de su vida, le siguió y la puerta se cerró bruscamente tras ellos.

—¿Ese... ese era el vizconde? —preguntó con un hilo de voz, cuando por fin pudo hablar—. Tal vez no me haya escuchado...

El reverendo se limitó a mirarla con expresión compungida, y Anna dejó caer la cabeza entre las manos, dudando si reír o llorar. Genial. Simplemente genial.

Cuando aquella noche el coche de su madrina la condujo hasta su casa, su atolondramiento era tal aún que cuando lady Everley insistió en que aceptara la invitación a Londres, en vez de excusarse de nuevo —como estaba segura que quería hacer—, tan solo dijo: «lo pensaré».

Quince días más tarde, sentado en aquella biblioteca que siempre había odiado, John Sinclair llegó a la tremenda conclusión de que se había vuelto loco.

Esa era la única explicación posible para el hecho de que se hallara en aquella sala que le recordaba demasiado a su padre, sentado —o más bien tirado— en la butaca colocada a la cabecera del escritorio.

Solo así se entendía que hubiera adoptado la costumbre de encerrarse todos los días en la sala después de desayunar, para tomar unas copas a horas tan tempranas, y permanecer allí con la mirada perdida en el vacío y sin hacer nada durante horas.

Lo peor no era que hiciera eso a diario, sino que ya llevaba allí casi una quincena, y aún no había sido capaz de ordenar que hicieran sus maletas y volverse a Londres. Ni siquiera podía decir que hubiera temas que solucionar. De los asuntos legales se había encargado su secretario, pero este había vuelto a Londres hacía ocho días, y él

sin embargo seguía allí. Su administrador se presentaba a menudo por si quería revisar las cuentas, o tomar decisiones sobre asuntos pendientes. Pero eran temas de los que no sabía nada, y que además no le importaban en absoluto. Comprendía que debería intentar interesarse por ellos, y algunos días incluso se levantaba con la intención de hacerlo, pero los buenos propósitos se desvanecían poco a poco según avanzaba la jornada, y prefería delegar en Hubbard las decisiones. Por ello, no conseguía comprender en absoluto qué seguía haciendo allí, solo y aburrido, ni por qué no deseaba volver a Londres.

Porque eso era lo extraño, reconoció. Podía pasar horas tumbado, o sentado a la mesa de la biblioteca sin leer nada de lo que tuviera delante, o paseando por la zona del jardín que había sido el lugar preferido de su madre, pensando que estar allí era una pérdida de tiempo. Pero no quería volver a Londres. Allí en Hertwood Manor no había nada que le importara o le atara, pero la situación era exactamente la misma en Londres. Su vida consistía en jugar a las cartas, beber con conocidos, entretenerse con Julia y flirtear con otras damas casadas dispuestas a ser amables durante un tiempo. Nada de eso le importaba realmente. Cuando al finalizar una velada pedía a Julia que le acompañara a su casa, lo hacía más por inercia que porque deseara su compañía. Era hermosa, lista, dispuesta... También era egoísta, vanidosa y superficial. Tal vez se merecían el uno al otro, pero esa idea no le ocasionaba ninguna satisfacción. Se sentía aburrido, hastiado y vacío estuviera donde estuviese.

Sí, era como si algo le faltara, pero no tenía ni idea de qué. Alguna noche el loco pensamiento de que estaba allí intentando reunir las fuerzas para perdonar a sus padres se le había pasado por la mente, pero aquello le resultaba absurdo; y sin embargo, nada era más absurdo que su falta de decisión para volver. Parecía hallarse perdido, dividido entre mundos que no le interesaban en absoluto, como si de golpe sus objetivos en la vida hubieran desaparecido. Como si la tierra los hubiera engullido junto al cuerpo de su madre.

Se levantó y se dirigió a la ventana, desde donde se observaba el camino que llevaba al pueblo. Una fina llovizna empañaba el horizonte. Necesitaba matar el aburrimiento.

Entonces recordó que una vieja conocida de Londres había abierto un establecimiento para caballeros por la zona. No tenía idea de dónde podría hallarse aquel local, pero seguramente en alguna de las tabernas de Halston le podrían dar la referencia de dónde encontrar a Henrietta. Si tenía que sentirse aburrido, al menos que fuera un aburrimiento satisfecho. Tan solo esperaba, pensó mientras se dirigía hacia la puerta para ordenar su abrigo, que no fueran sórdidos tugurios que le hicieran sentir más deprimido de lo que ya estaba.

Aquel domingo había amanecido lluvioso y frío. Anna estaba sentada en la iglesia

de Halston, atendiendo solo a medias el sermón del reverendo. Sus preocupaciones y el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre el suelo de losas de piedra, al otro lado de la puerta de madera, contribuían a su distracción. Había buscado un banco al final de la nave, junto a la entrada; no quería que el administrador se pudiera ir sin que ella le abordara.

La víspera Anna había acudido a la rectoría para preparar las lecciones del domingo, como solía hacer, y había encontrado allí a Eliza. La joven, preocupada, explicaba algo al reverendo. Anna se interesó por el motivo de su inquietud, y ella le tendió una nota. Anna la leyó en silencio; solo cinco líneas para comunicarles que el señor Hubbard había encontrado una nueva familia de arrendatarios, y que debían dejar la propiedad para el treinta de marzo. Cinco líneas para arrojar a aquellos hermanos al mundo sin ningún miramiento.

En los quince días que habían transcurrido desde el entierro de lady Lisle, Anna había llegado a creer que tal vez el administrador reconsideraría su decisión, pero aquella nota demostraba lo equivocada que había estado. Pues bien, ella no iba a permitir que aquello sucediera. Se lo había prometido a Eliza, y pensaba cumplir aquella promesa.

Así que aquella mañana había esperado ante la parroquia la llegada del señor Hubbard, y nada más divisarlo se había abalanzado sobre él para mencionarle el asunto. Sin embargo, la conversación mantenida no había sido satisfactoria en absoluto; en tono gélido, el señor Hubbard le había recordado que lord Lisle había tomado su decisión, y que nada más había de decirse. Anna habría seguido insistiendo, pero entonces las campanas que anunciaban el comienzo del oficio habían comenzado a tañer, y no le había quedado más remedio que dejar que el administrador entrara en la capilla.

Su mirada se paseó de forma distraída sobre la concurrencia. Se dio cuenta de que lord Lisle no había acudido. Para su asombro, aquella constatación le hizo sentir cierta decepción. No encontraba mucho sentido a aquel desencanto, y supuso que tal vez había esperado conocer el aspecto de aquel a quien se tendría que enfrentar, en caso de que el señor Hubbard no quisiera solucionar el asunto él mismo.

Cuando el movimiento de los cuerpos ante ella le indicó que el oficio había acabado, se levantó sintiendo cierta culpabilidad porque su mente había estado muy lejos de la prédica del reverendo Edwards. La anciana señora Pratt salió con dificultad al pasillo lateral, ayudada por su hija. Ambas avanzaron muy lentamente, formando un tapón de feligreses tras ellas. Los que optaron por salir hacia el pasillo izquierdo bordearon la zona de bancos donde se encontraba Anna, que pronto se vio rodeada de vecinos y conocidos que charlaban e intercambiaban saludos. Comprendió que la lluvia tampoco iba a ayudar; el estrecho dintel sobre la puerta no servía para guarecerse, y la mayoría de los asistentes se amontonaban ante ella, antes de salir con

rapidez hacia sus carruajes. Se alzó sobre las puntas de los pies, intentando ver la posición del señor Hubbard. En ese momento, las hermanas Wentworth se dirigieron a ella, saludándola. Anna les respondió algo distraída, mientras intentaba no perder de vista al administrador; avanzaba por el pasillo derecho charlando con el señor Jenkins, el capataz de la finca, y se hallaba ya muy cerca de la salida.

—¿No le parece, señora Hurst?

Anna parpadeó desconcertada y bajó la vista hacia la mujer que había hablado. Suspiró involuntariamente; en algún momento, la viuda James se les había unido, y ella no tenía ni idea de qué le estaba preguntando, pero el administrador estaba a punto de salir, y ella debía hablar con él. Se volvió hacia el grupo de forma un tanto abrupta.

—Discúlpenme. Debo tratar un asunto con el señor Hubbard.

Se dirigió velozmente hacia la puerta, pensando mortificada que aquella apresurada salida daría a la viuda James un buen material para cotillear. Aún tuvo que sortear a algunas personas en su camino, y al salir al exterior vio al administrador tomando las riendas de su caballo. Las gotas de lluvia, que apenas había notado al salir, comenzaban a deslizarse por su rostro. Con un profundo suspiro, apretó el paso todo lo que pudo mientras mantenía la cabeza baja. El administrador estaba a punto de soltar el nudo que aseguraba el caballo a la cerca.

—¡Señor Hubbard! ¡Señor Hubbard, espere un momento!

El administrador no dio muestras de haberla oído, pero Anna hubiera jurado que, por una fracción de segundo, sus manos se habían detenido en el aire. Fue un momento tan breve que dudó si lo había imaginado. Lo intentó de nuevo.

—¡Por favor, señor Hubbard! ¡Solo será un momento!

Pero el administrador montó en su caballo con agilidad, y partió hacia la propiedad. Anna se quedó allí parada, con la lluvia resbalando por su abrigo y su sombrero, rumiando su decepción. No había más que pudiera hacer por el momento, salvo echar a correr tras él. Y aún no estaba tan loca.

Se giró de nuevo hacia la iglesia con una lamentable sensación de abatimiento. Aún quedaban algunos feligreses charlando con el reverendo, pero varios de sus alumnos se dirigían ya hacia la escuela. Anna irguió la cabeza cuanto pudo para pasar frente a la viuda James, pero todo su ánimo decayó cuando, al volver la esquina, vio a Andrew de la mano de Eliza, que lo llevaba casi a rastras.

—¡No quiero! —protestaba el pequeño—. Si tenemos que irnos, ¿qué más da que vayamos a la escuela?

—Iremos porque era lo que padre quería —le respondió su hermana tirando de la mano.

—¡No quiero! —repitió mientras intentaba clavar los talones en la gravilla—. ¡No necesito aprender a leer! En Manchester voy a ir contigo y con Susan a la hilatura y

allá no habrá escuela. Voy a tener un trabajo y no necesito... —El sonido de su voz se perdió dentro de la escuela.

Anna se detuvo en seco, como si un puñetazo la hubiera alcanzado. Les había dicho que iba a ayudarles y estaba fracasando. Les había asegurado que ella se encargaría de todo, pero no había conseguido nada. Se sentía impotente y desmoralizada, y odiaba aquella sensación. Pero poco a poco su desaliento comenzó a transformarse en indignación. Se apartó con furia el pelo mojado que le caía sobre los ojos. No, ella no pensaba rendirse solo porque el señor Hubbard no la hubiera atendido hoy. Quizá no la había oído, pero ella había percibido por un instante una vacilación, y su instinto le decía que el administrador la había dejado bajo la lluvia a propósito, lo que la irritaba profundamente. Tal vez no había sido así, pero entonces no tendría inconveniente en atenderle, ¿verdad? Y por otra parte, si la había escuchado y no había querido pararse, entonces sí se merecía que ella fuera a decirle unas cuantas verdades.

Volvió sobre sus pasos con decisión. Al fin y al cabo, Andrew no tenía siquiera la edad legal para trabajar en las hilaturas, aunque solo le quedara medio año; y aunque su hermana Susan les había ofrecido alojamiento, ¿qué iba a hacer aquel niño en una ciudad extraña, solo en casa mientras sus hermanas trabajaban de sol a sol? El recuerdo de cómo le costaba respirar al crío tras el último resfriado solo acrecentó su decisión; el médico había dicho que no descartaba que sus pulmones se hubieran visto afectados, y ella sabía que el aire de las hilaturas, saturado de fibras, sería pernicioso para él.

El reverendo estaba cerrando la puerta de la iglesia cuando ella llegó a su lado. Se giró y la miró a la cara, y la determinación que leyó en ella le arrancó un suspiro involuntario.

—Veo que has decidido hablar hoy con Hubbard como sea, ¿me equivoco?

—No.

—Y supongo que me pedirás que me encargue yo de los chicos.

—Eso es.

—¿Sería inútil pedirte prudencia?

—Solo si por prudencia entiende no hacer nada. —Sonrió con gesto de disculpa, pero sin rastro de duda de lo que debía hacer—. Seré respetuosa, y si no consigo convencerle, pienso hablar con el mismísimo vizconde, y nada me lo va a impedir. Sabe que la opinión que tengo de él no es la mejor, pero estoy dispuesta incluso a rogarle que asuma sus responsabilidades.

El reverendo no pudo evitar dar un respingo al escuchar el tono belicoso de Anna, pero solo dijo:

—Al menos llevarás el coche, ¿verdad? Andando por estos caminos tan embarrados tardarías más de media hora.

—Ahora iba a pedírselo.

El reverendo se encogió de hombros, más resignado que enfadado por no poder hacer nada para que ella cambiara de opinión. Anna le vio desaparecer tras la esquina, murmurando en voz baja algo sobre cabezonería y paciencia, y se percató de que sentía cierta aprensión al pensar en acudir a la propiedad. Pero apretó los dientes y enfiló el sendero que unía la iglesia con la rectoría, a cuya derecha se hallaba el pequeño establo. Sabía que iba a llegar empapada y absolutamente desaliñada, pero la vanidad no cabía ante aquella misión. Además, la casa del administrador estaba en el camino de acceso a la propiedad, a unos doscientos metros antes de llegar a la mansión principal, así que era improbable que lord Lisle la viera. Y si las cosas no salían bien hoy, ya tendría oportunidad de presentarse ante su señoría con la mejor imagen posible.

Al verla, el señor Dibbles abrió con mucho esfuerzo el portón, y engancho el coche al viejo *Ned*. Anna subió y agarró las riendas con seguridad, arrebujándose en el asiento. El viejo abrigo de lana le pesaba y olía a humedad, pero aún le protegía de la lluvia. Supo que su sombrero, en cambio, ofrecería un aspecto lamentable. Se despidió de Dibbles, que rezongaba algo sobre mujeres que no deberían conducir carros ni aventurarse bajo la lluvia, pero no le prestó atención. Los nervios hacían que el estómago le hormigueara, y la sangre le golpeaba en los oídos marcando el ritmo de su corazón. No tenía motivos para sentirse así, intentó convencerse. El recuerdo de la angustia en la voz de Eliza le hizo armarse de valor. Era por ellos por lo que iba a abordar a un hombre que no la esperaba y al que no le caía simpática. Aquel convencimiento resultó reconfortante; dio una experta sacudida a las riendas, y *Ned* enfiló el camino de Hertwood Manor con su familiar paso tranquilo.

Al cabo de un cuarto de hora estaba llamando a la puerta del administrador sin obtener respuesta. Esperó un minuto, pero dentro de la casa no se oía ningún ruido ni había ninguna luz encendida. Se sintió desalentada; no había contado con no encontrarle. Estaba a punto de irse cuando vio a uno de los empleados de la mansión bajando por el camino. Inquirió por el administrador, y él le explicó que acababa de verlo entrar en los establos. Anna le dio las gracias con sinceridad y de nuevo puso en marcha a *Ned*. Era muy extraño, pero se sentía algo acobardada. Intentó darse ánimos: solo debía recordar por qué estaba allí. Eso era todo lo que importaba.

Avanzó por el camino de acceso a la gran mansión. Apenas unos cincuenta metros antes de los cuidados jardines que enmarcaban su imponente fachada de piedra roja, los establos ocupaban un alargado edificio de madera en forma de ele, a la derecha del camino. El ala principal se abría frente al mismo, con espacio suficiente para albergar al menos una veintena de caballos. Unida a ella por su vértice este, el ala trasera alojaba las habitaciones de los mozos de cuadra. Se acercó a la

barandilla situada a la derecha de la entrada y bajó, atando las riendas con cuidado. Nerviosa, se asomó al interior con una mezcla de precaución y altivez. Pero estaba vacío, y la sorpresa acentuó su inquietud. Aquello no estaba resultando como ella pensaba.

—¿Señor Hubbard? —preguntó desde la puerta en voz alta. Ninguna respuesta.

Estaba a punto de irse cuando oyó un ruido, como un golpe seco en la madera, al fondo del establo, en la zona utilizada como herrería. Avanzó por el espacio libre frente a las caballerizas, iluminado por la plomiza luz que se filtraba desde las ventanas. Solo tres de ellas estaban ocupadas, y en la más cercana al fondo reconoció al caballo del administrador. Se sintió algo más animada al verlo. Así pues, él estaba allí. Al acercarse descubrió que la herrería estaba a oscuras, pero junto a ella, tras la pared de la última caballeriza, había otro espacio, orientado hacia el ala trasera, donde vio luz a través de la puerta entreabierta. Una especie de despacho para el encargado de los establos, supuso. Se detuvo frente a ella, intentando que su voz sonara convincente y serena.

—Tengo que hablar con usted.

Tras cinco segundos de espera, la puerta se cerró en sus narices.

La indignación dejó a Anna sin habla un largo instante. Así pues, su intuición había resultado ser cierta y el señor Hubbard la había ignorado ante la iglesia de la manera más grosera. Sintió que todos sus propósitos de comportarse de forma respetuosa con él la abandonaban. Golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Le advierto que no pienso irme hasta que me atienda, así que no le servirá de nada esconderse tras la puerta!

Esperó unos segundos. No estaba segura, pero le pareció escuchar una risita en el interior. Aquella situación empezaba a hacerle sentir ridícula y eso la enfureció aún más. Elevó la voz todo lo que pudo sin llegar a gritar. No le daría la satisfacción de parecer una histérica, pero desde luego que iba a escucharla.

—¡Muy bien, si lo que quiere es que hablemos de esta manera tan poco civilizada, de acuerdo! Pero esos niños necesitan una solución. Usted no puede esconderse más tras la desidia de su patrón. Lord Lisle ha descuidado sus responsabilidades durante años, pero ha llegado el momento de afrontarlas. Y no aceptaré que esos niños se vayan de cualquier manera, como si fueran una vergüenza que hubiera que esconder. —Se detuvo para tomar aliento—. Si lady Lisle estuviera viva nada de esto estaría sucediendo, y lo sabe. Ella no habría permitido nunca que ellos pagaran por la irresponsabilidad de su hijo. Les habría llevado a su casa y se habría ocupado de buscarles una forma de ganarse la vida, en vez de... de... ¡arrojarles al arroyo de este modo! Lady Lisle jamás habría permitido que esos niños quedaran absolutamente desprotegidos y en una total...

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, la puerta se abrió con

violencia, acompañada de un fuerte golpe y un juramento. Para su gran consternación, frente a ella apareció un torso masculino desnudo, y mientras sus ojos sorprendidos se apartaban de aquellos bien dibujados músculos, para alzarse hasta la furiosa y oscura mirada que caía sobre ella, fue vagamente consciente de haber cometido un error. Un enorme error, se corrigió muerta de vergüenza al escuchar el claro desprecio con que le respondió aquel hombre al que, a pesar de no haber visto nunca de frente, reconoció como lord Lisle. La postura de su cuerpo ocupando el hueco de la puerta, con el brazo en tensión manteniéndola abierta, destilaba agresividad. Las palabras fueron escupidas sobre ella como piedras, duras y cortantes, mientras como una tonta, no podía apartar la vista de aquellos ojos que arrojaban veneno.

—¡Maldita entrometida chismosa! ¿Quién se ha creído que es para venir a insultarme a mi casa?

Horace Hubbard había salido de los establos al ver a Henrietta Cooper entrar en ellos y dirigirse al despacho del capataz con su provocador contoneo. Desde que sufría de molestias en la espalda, el señor Jenkins, el capataz, prefería trabajar en su propia habitación, más soleada y amplia, así que aquella sala solía estar vacía. Sin embargo, por la seguridad con que la mujer se dirigía a ella, era evidente que en aquellos momentos alguien la esperaba allí.

Horace Hubbard conocía a Henrietta Cooper y su negocio en Hillbury. Y hasta donde sabía, sus servicios eran caros y exclusivos. Él había tratado con alguna de las chicas de la señora Cooper, pero nunca habría pensado que el señor Jenkins pudiera tener los medios para disfrutar de la compañía de la propia dueña en persona. Tampoco se le habría ocurrido que para ella, Jenkins fuera un cliente aceptable. El capataz era un hombre de unos cincuenta años, reservado y callado, con la piel curtida por el sol y las manos callosas de trabajar. Suponía que podía ser un agradable cliente para las chicas de Henrietta, pero para alguien acostumbrado a complacer a importantes caballeros... No acababa de entenderlo. A él no le importaba a qué dedicaban su tiempo libre los trabajadores de Hertwood Manor siempre que atendieran sus obligaciones, pero en aquel caso la curiosidad era grande. Así que se quedó en el patio trasero apoyado contra una pared, desde donde podía ver la ventana del despacho y la entrada de los establos, controlando quién pasaba por ella.

Cuando vio a Anna Hurst entrar, una maldición se escapó de su boca. Aquella mujer le había seguido, estaba seguro. Una sonrisa maliciosa asomó a sus labios. Bueno, pues se iba a llevar una buena sorpresa si decidía interrumpir a quienes estaban dentro. Y él no iba a perderse la diversión. Así que se dirigió hacia una de las ventanas del frente delantero, desde donde podía observarla sin ser visto. El discurso que ella dirigió a la puerta cerrada le hizo asombrarse y enfurecerse a partes iguales. ¡Qué insolencia la suya! Estaba decidiendo si entrar para hacerla callar, cuando la puerta del despacho se abrió y vio que la persona a quien Henrietta Cooper estaba visitando era el propio lord Lisle. Se quedó boquiabierto, y a punto estuvo de dejar escapar un silbido de admiración. No porque le sorprendiera que lord Lisle la frecuentara: por lo que había oído de él, aquel tipo de compañía no le era desagradable en absoluto. Pero estaba convencido de que, en aquellos momentos, el viejo vizconde se estaría revolviendo en su tumba: su heredero, pescado revolcándose en los establos con una madame, aunque fuera de la mejor clase, a los quince días del entierro de su madre.

Hasta él llegó clara y potente la increpación que dirigió a la mujer, arrancándole una sonrisa malévola.

—¡Maldita entrometida chismosa! ¿Quién se ha creído que es para venir a insultarme a mi casa?

Anna tardó unos segundos en recobrase de la impresión. El grito de aquel hombre a medio vestir, junto con la risa de burla que emitió la mujer vuelta de espaldas que vislumbró al fondo de la habitación, contribuyeron en gran medida a conseguirlo. Sintióse abrumada y mortificada, intentó recuperar la compostura y encontrar el tono autoritario que, como profesora, utilizaba con los alumnos difíciles.

—Es evidente que no era a usted a quien creía estar hablando. —Su entonación trató de ser glacial, pero con disgusto fue consciente del ligero temblor en su voz.

Aquello no aplacó en absoluto a aquel hombre, cuya mirada parecía clavarla al suelo.

—¿Y por eso se cree que puede venir a mi propiedad, a mis trabajadores, para lanzar habladurías sobre mí? ¿Es usted una maldita loca que se ha escapado de algún sanatorio o algo así?

La suave risa que salió de nuevo del fondo de la habitación, y su propia conciencia de presentar un aspecto lamentable, con el cabello empapado pegándose a la frente y las mejillas bajo el sombrero, hirieron su amor propio y le provocaron un acceso de fiero orgullo. Estiró todo el cuerpo, hasta casi ponerse de puntillas, para intentar enfrentarse de igual a igual a aquel energúmeno.

—¡Ya le he dicho que no sabía que era usted! ¡Creía estar hablando con su administrador!

—¡Oh, por supuesto! Así que difamarme ante mis empleados es una conducta que sí le parece aceptable, siempre que yo no me entere —espetó con malignidad.

Anna le observó con los ojos llameantes; era consciente de que había mencionado su irresponsabilidad, pero su reacción le estaba resultando desorbitada y arrogante.

—No hay nada de difamatorio en lo que he dicho. Es solo mi opinión de...

—Pero a mí su opinión me trae sin cuidado —cortó sin miramientos—. Lo que me preocupa es que vaya lanzando habladurías sobre mí sin ningún sentido. Si fuera un poco más lista, sabría que es imposible, ya que hace años que no vengo a Halston.

—¿Cómo que es imposible? Es usted quien toma las decisiones sobre la propiedad, ¿no es cierto?

El hombre la miró con los ojos entornados, como sopesando si debía contestar a aquella pregunta retórica. Luego habló despacio, como si se dirigiera a un niño torpe.

—¿Y qué tiene que ver la propiedad con que usted me quiera achacar unos bastardos? No sé quién es usted, pero le será fácil entender que no es bien recibida en esta casa. Así que ahórreme el espectáculo, y salga de mi propiedad. Ahora mismo.

Anna le contempló como si le hubieran brotado dos cuernos en la cabeza.

—Pero, pero... ¿de qué bastardos me habla? —le preguntó irritada—. ¡Yo le hablo de los hermanos Alcott!

Aquello pareció sorprender al vizconde, que dio un paso hacia atrás y la contempló con desconfianza.

—¿No me hablaba de unos niños que son mi responsabilidad y de los que no me ocupo?

—¡Claro que sí! Pero yo nunca dije que fueran sus... bastardos —contestó agitada y furiosa, consciente de la confusión que se había creado.

—Bien, y si esos niños no son mis bastardos —replicó él con sorna, dirigiéndole una sonrisa sardónica al percatarse de su rubor—, ¿por qué me los quiere echar encima? Y, sobre todo, ¿por qué tiene la desfachatez de meter a mi madre en la conversación?

Aquello indignó a Anna, que soltó de golpe el aire que había estado conteniendo.

—¿Me está diciendo que ni siquiera sabe quiénes son los Alcott, a pesar de que haya decidido echarlos de su casa? ¡Esto es el colmo! ¿Es que a usted no le importa nada de lo que pasa en su propiedad? ¿Es que olvida así de fácil las decisiones que toma? ¡Pone a unos niños en la calle y ni los recuerda! Usted es un... un... —Pero no encontró la palabra adecuada, y cerró la boca de golpe antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

Para su asombro, aquel arrebato de furia pareció divertir al vizconde. Una sonrisa perezosa se dibujó en su rostro, lo que la irritó aún más.

—¿Esos niños son suyos, entonces?

—¡Dios, no! —se exasperó.

—Entonces —la interrogó con tono engañosamente paciente—, si no es demasiado exigir, ¿podría decirme en base a qué título se presenta usted aquí, para exigirme una responsabilidad que no le afecta, y sacarme a gritos de mi reunión, estropeando mi presumiblemente satisfactoria... *entrevista*? —dijo, remarcando con aire burlón la última palabra.

Aquello sobrepasó la capacidad de respuesta de Anna, que permaneció anonadada en silencio. Con los labios apretados, miró hacia el fondo de la sala, donde la mujer pelirroja, alta y voluptuosa, estaba abotonándose el corpiño sobre sus amplios pechos. Dejó escapar un pequeño bufido de impaciencia; los gustos del vizconde no eran precisamente delicados. Su mirada fue seguida por la de lord Lisle, que aparentemente divertido, hizo un gesto con la cabeza a la mujer para que saliera.

—Discúlpeme, señora Cooper, pero en estos momentos no estoy de humor para continuar con nuestra entretenida... *conversación*. Le agradezco que haya venido para dejar claros ciertos, eh, asuntos.

La mujer pelirroja terminó de arreglarse el caro atuendo, y salió sonriendo.

—Una pena, milord, aunque espero que podamos seguir en otro momento. —Y dirigiendo a Anna una mirada burlona, recalcó al pasar junto a ella en voz baja—: una *gran* pena.

La risa de Henrietta Cooper aún resonaba en los oídos de Anna cuando la vio desaparecer por la puerta del establo, y el silencio en que quedó la estancia pareció sacarla de su aturdimiento. Algo atontada aún, se volvió hacia la puerta del despacho para encontrar frente a ella el cuerpo de lord Lisle ocupando todo el espacio libre y, como desprovista de voluntad, no pudo evitar que su mirada recorriera aquella extensión de brillante piel desnuda. De repente, como si saliera de un sueño, fue plenamente consciente de la espléndida figura masculina que se encontraba semidesnuda ante ella. Los músculos del abdomen y el pecho estaban perfectamente cincelados, pero su figura resultaba esbelta y atlética. Sus brazos torneados y los anchos hombros le revelaron que, si bien no se había ocupado nunca de su propiedad de Halston, desde luego no había permanecido ocioso. Para su más completa consternación y vergüenza, aquella visión desató una especie de fuego líquido bajo su estómago. Con un estremecimiento, se atrevió a elevar la mirada hacia su rostro. Tenía una expresión dura, desdeñosa, desde la apretada línea de la boca y la tensa mandíbula hasta la mirada con que sus negros ojos, bajo unas cejas elegantes y ligeramente enarcadas, la evaluaban. Su cabello también era oscuro, y lo llevaba más corto de lo que los dandis londinenses considerarían adecuado. Solo la sombra que sus pestañas proyectaban sobre su mirada suavizaba la imagen que ofrecía al mundo. Pensó que no parecía un hombre al que la opinión de los demás pudiera importar en absoluto.

Aún con aquella sonrisa torcida que tanto la incomodaba, el vizconde comenzó a caminar hacia atrás, entrando al despacho sin perderla de vista. Le vio alcanzar una camisa que estaba tirada sobre una silla, y comenzar a ponérsela. La burla reflejada en su mirada le hizo caer en la cuenta de que lo estaba observando fijamente.

—Si esa mirada significa que desea compensarme de alguna manera por la distracción que ha arruinado, le diré que no estoy interesado.

Anna parpadeó, mortificada más allá de lo que creía posible. Ahora sí que estaba segura de haber enrojecido de los pies a la cabeza, de furia. ¡Qué arrogante era aquel hombre! Y ella, como una estúpida, allí parada de pie, como si nunca hubiera visto un torso desnudo, sin darse cuenta de lo escandaloso que era mirar a un hombre a medio vestir, y aún más hacerlo con la admiración con que lo había hecho y que, se daba perfecta cuenta, él había captado.

Ese pensamiento le hizo recuperar la lucidez. Dio un paso hacia atrás, y de reojo observó a su alrededor. Con alivio, comprobó que nadie había entrado. Intentó recomponer toda su dignidad para dirigirse a él, aunque las palabras parecían atascarse en su garganta.

—Milord, todo lo que ha sucedido hoy aquí debería ser olvidado. Le ruego que crea que no he pretendido ofenderle, pero su decisión de no ayudar a los Alcott no es propia de un propietario responsable. Y si decir esto —hizo un ademán con la mano para impedir que la interrumpiera— es ofensivo, hay suficientes motivos para justificarlo. Ayude a los hermanos y olvidemos este incidente. Su madre lo habría hecho.

El rostro de lord Lisle, que se había relajado en parte, volvió a tensionarse, y la ira tiñó sus palabras.

—Qué inoportuna es usted, señorita, señora... ¿tiene un nombre, por cierto? —preguntó con sarcasmo mientras se colocaba el pañuelo alrededor del cuello de la camisa, y continuó sin esperar respuesta—. Da igual, puesto que sea quien sea usted no sabe nada ni tiene ningún derecho a echarme en cara las cosas que mi madre habría hecho.

—¡Yo conocí a su madre! —protestó.

—Entonces la conoció poco, o mi madre la engañó bien —le espetó con crueldad—. Váyase de aquí y, como dice, olvidaremos que esto ha pasado. Será lo mejor para ambos, ya que yo no tengo ningún deseo de recordarlo. Espero no tener el dudoso honor de volver a encontrarnos en Hertwood Manor. Buenos días, quienquiera que sea.

Y agarró la puerta del despacho, cerrándola tras él y saliendo a grandes zancadas de los establos.

Anna observó su espalda mientras se alejaba sin volver a dirigirle ni una mirada. Se sentía humillada y abochornada. Fue consciente de que había fracasado de forma estrepitosa en la misión que se había marcado, y para su más profunda vergüenza, reconoció que ver a aquel hombre semidesnudo le había dejado casi sin aliento. No tenía ningún sentido, reflexionó mientras se dirigía con paso lento hacia el carro de la rectoría. Ella había vivido ocho años con Phillip, y también había visto cuerpos masculinos en el hospital donde habían llevado a los heridos de Quatre-Bras y Waterloo. Pensaba que a esas alturas la vista del cuerpo de un hombre le resultaría indiferente, y sin embargo se había quedado mirándolo boquiabierta, como una debutante escandalizada. O sorprendida. O impresionada, se dijo, porque debía reconocer que el cuerpo de aquel hombre no se parecía en absoluto al de Phillip. Nunca había percibido en el blando pecho de su marido, en sus brazos delgados o en su abdomen sin formas la sensación de potencia, de virilidad, que había captado en el vizconde. Un escalofrío la recorrió por completo. No quería pensar en su marido. Tampoco quería pensar en el vizconde, y menos de la forma en que lo estaba haciendo.

Lo único que ahora importaba era que ella le había dicho a Eliza que encontraría una solución. Si no la había conseguido con el vizconde, tendría que pensar en otra

cosa. Eso era lo único que importaba ahora, y lo único en que podía permitirse pensar.

El administrador escuchó solo a medias la discusión, pero fue suficiente para comprender el pésimo humor que tendría el vizconde. Cuando le vio salir de los establos, y dirigirse a grandes zancadas a la mansión, decidió que tendría que aparecer ante él. Si le conocía algo, querría saber qué historia era esa de los Alcott. No era de esperar que recordara aquella decisión más que otras, pero le iba a pedir una explicación, estaba seguro. Así que se dirigió hacia la antecocina de Hertwood Manor, donde solía tomar su almuerzo y donde le buscaría alguno de los criados cuando lord Lisle mandara llamarle.

Transcurrió algo más de una hora antes de que eso sucediera. El señor Hubbard se acercó a la biblioteca, y llamó con corrección a la puerta entreabierta. La voz de lord Lisle le permitió el paso, y él se dirigió con aplomo hacia la izquierda de la sala, donde estaba la mesa a la que solía sentarse el vizconde. Nunca le había visto colocarse ante el pesado y oscuro escritorio situado junto a la chimenea, al fondo de la sala; aquel había sido el sitio predilecto de su padre, pero el actual vizconde parecía preferir la sencillez de la ligera mesa de palisandro que, en su momento, había utilizado el secretario del anterior vizconde. Tal vez fuera por la luz, o por las vistas, reflexionó al ver la cabeza de lord Lisle vuelta hacia la ventana. Permaneció allí, de pie, esperando con calma que el vizconde volviera de donde quiera que le hubieran llevado sus pensamientos.

—Los jardines no son tal y como los recordaba —dijo al cabo de unos segundos de silencio. Se volvió hacia él—. En fin, supongo que era de esperar. Casi nada es como lo recordaba. Hubbard, le he llamado porque hoy he tenido un encuentro muy extraño, y espero que usted pueda ayudarme a entenderlo.

—Lo intentaré, milord —respondió inclinando la cabeza con deferencia.

—Esta mañana, antes del almuerzo, estaba en los establos, eh... —dudó un segundo, lo que hizo que el administrador tuviera que ocultar una sonrisa—, visitando a *Thor*, cuando ha entrado una mujer gritando algunas cosas sobre unos niños que, por lo visto, yo debía recordar pero que, para ser franco, no recuerdo en absoluto. Quisiera saber cuál es el problema con esos niños.

—Bien, milord, supongo que se refiere a los hermanos Alcott.

—Puede ser, creo que mencionó ese nombre —adujo impaciente—. ¿Quiénes son esos hermanos?

—Son los hijos del difunto Alcott, el que era arrendatario de los terrenos más cercanos al bosque por la parte oeste de la propiedad, milord. Tal vez recuerde la granja con la veleta con forma de ganso...

—Sí, la recuerdo —contestó tras pensarlo unos momentos—. Así que son los

niños de esa granja. ¿Y cuál es el problema con ellos?

—Tras fallecer el padre, han quedado huérfanos, ya que su madre también murió hace varios años, y ahora se irán a vivir con una hermana suya que reside en Manchester.

—Una pena, supongo, aunque no entiendo qué tengo yo que ver con ello.

—Nada en realidad, milord.

—Y, sin embargo, esa mujer me ha echado en cara mi... —intentó recordar las palabras—, mi irresponsabilidad, creo que dijo, y algo sobre echarlos al arroyo.

El administrador meneó la cabeza con gesto de comprensión.

—Habrá sido la señora Hurst. Esa mujer tiene extrañas ideas sobre la forma en que una propiedad ha de ser administrada, y no duda en manifestarlas sin ningún rubor. Es la misma mujer que estaba criticándole la noche del funeral de lady Lisle.

—No me ha parecido la misma —manifestó algo asombrado—. Aquella mujer llevaba una cofia de viuda y vestía como una viuda.

—Es viuda, milord.

—Ah, comprendo. —Pensó en el aspecto estrafalario de la mujer, con el agua chorreando por su sombrero y la empapada tela de su vestido ceñida de manera indecorosa al cuerpo. Recordó cómo la falda se amoldaba a las caderas, dejando adivinar la forma de unas piernas largas y torneadas. No le parecía la misma en absoluto—. Pero sigo sin entender por qué considera que son mi responsabilidad.

—Bueno, se le ha metido en la cabeza que ya que el padre falleció al golpearle en la cabeza un larguero del granero comunal, es Hertwood Manor quien debe asumir la responsabilidad de ocuparse de ellos.

Un ligero destello de sorpresa en los ojos oscuros del vizconde puso sobre alerta al administrador, pero cuando de nuevo volvió a hablar su voz sonó tan indiferente como solía.

—¿Hubo un accidente en una de las instalaciones de la propiedad?

—Sí, milord —respondió con calma—. Fue un desgraciado accidente que nadie se explica. Precisamente, el granero era una de las instalaciones que se reformaron el verano pasado. El estado en que se encontraba en ese momento no era bueno, y decidimos reforzar la estructura y sustituir las vigas que estaban deterioradas. Contraté al señor Jenkins, el hermano del capataz, y yo mismo supervisé la obra y aprobé su finalización. —Se rascó la cabeza, pensativo—. Aunque sí es verdad que fue un accidente extraño, porque sucedió por la noche. Lo encontraron a la mañana siguiente otros arrendatarios que acudieron a trabajar, en el suelo y con un fuerte golpe en la cabeza.

—Es extraño, ¿qué podría querer hacer Alcott en el granero de noche?

—Bueno, milord —sus labios esbozaron una sonrisa torcida—, nada que tuviera que ver con la cosecha, seguramente, pero a veces los hombres encuentran

actividades que realizar en los sitios más... eh, insospechados.

Lord Lisle le dirigió una rápida mirada llena de desconfianza, pero el administrador no se inmutó.

—En cualquier caso —continuó con calma—, los hermanos no pueden atender la propiedad, por lo que tal como le expliqué en la carta de hace un mes, pensé que lo mejor sería buscar otra familia arrendataria. Cuando usted dio su aprobación — recalco las últimas palabras— comencé la búsqueda, y esta semana les he notificado el período de tres semanas para dejar la granja.

La expresión de lord Lisle seguía siendo pensativa, y no parecía encontrarse cómodo.

—¿Qué edad tienen los niños?

—Catorce y ocho, milord. Su hermana mayor se casó hace un año y se fue con el marido a Manchester. Ahora ella les ha ofrecido alojamiento, y parece lógico que en estos dolorosos momentos los hermanos quieran estar juntos.

—Sí, parece todo lógico y correcto. —Volvió a mirar por la ventana.

—En realidad, todo ha seguido el planteamiento que le expuse en la carta y que usted autorizó. Si ellos hubieran estado totalmente desamparados, tal vez la cosa habría sido distinta, pero tienen un familiar cercano con quien desean vivir.

—Claro. Sí, todo parece correcto. Sin embargo —dudó unos instantes, y su boca se tensó en una fina línea—, escuchando a esa mujer parecía que estaba cometiendo un crimen con esos hermanos.

—Oh, bueno —su voz sonó desdeñosa—, pero eso es porque la señora Hurst es una especie de... *reformista* —la simple mención de su carácter pareció provocarle desagrado—, que defiende ideas revolucionarias e incluso peligrosas para nuestro sistema político. No es demasiado apreciada por la buena sociedad de Halston.

—No puedo extrañarme por eso, en verdad —respondió con ironía—. Aunque sigo sin comprender qué le disgusta tanto del asunto.

—Tal vez no sea nada en concreto. Es solo que le gusta salirse con la suya, aunque lo que pretende sea absurdo. En general es mejor no tomarla en serio. Sin embargo, hay ocasiones en que hay que decirle basta, milord. Por ejemplo, esta mujer tenía demasiada influencia sobre su difunta madre, que Dios la tenga en su gloria, y en ocasiones la convenció de apoyar cosas improcedentes. Y pienso que de alguna manera eso le ha hecho sentirse con demasiado poder y creer que puede hacer cuanto le venga en gana.

—Dudo mucho de que mi madre haya hecho jamás nada improcedente a ojos de la buena sociedad —replicó con frialdad—. Pero en cuanto a que ella se sienta con poder, desde luego está llena de impertinencia e inoportunidad.

—No he querido insinuar que la vizcondesa hiciera nada improcedente, por supuesto, pero tampoco supo poner límites a algunas actividades que han llegado a

ser molestas para los habitantes de Halston.

—No es de extrañar —contestó con amargura, levantándose y dirigiéndose a la ventana—, ella nunca supo poner límites a otras voluntades. Parece que las cosas cambian poco en esta vida.

—Y en ocasiones eso es lo mejor, milord —aseveró con vehemencia, observando de reojo al vizconde, desconcertado por la dirección de sus pensamientos—. Ojalá su madre no hubiera dado apoyo a la escuela de la señora Hurst; ahora no tendríamos a tantos jóvenes en los alrededores con ideas peregrinas en la cabeza sobre derechos naturales e igualdad de clases... —El administrador pronunció las últimas palabras con una mueca de disgusto.

Lord Lisle se apoyó contra el quicio de la ventana, cruzando los brazos sobre el pecho y contemplando al administrador con una sonrisa torcida.

—Así que también una escuela... Vaya con la señora Hurst. Parece un verdadero peligro social. ¿Y dónde está esa escuela, si puede saberse?

—En la parte trasera de la iglesia, en lo que era el viejo almacén que se utilizaba para el heno. Cuando se construyó el anexo al establo de la rectoría quedó sin uso, y el reverendo le permitió utilizarlo.

—¿Entonces es una escuela religiosa? Verá, Hubbard, con independencia de lo que yo opine sobre esa mujer, no creo que explicar la Biblia a los hijos de los arrendatarios pueda considerarse una actividad subversiva.

—No se engañe, milord —contestó con aspereza, algo resentido por la poca receptividad del vizconde a su preocupación—. En esa escuela enseña a los campesinos a leer. ¡A leer! Y también enseña aritmética, geografía, historia y filosofía. Ya está mal que lo haga con los chicos de los arrendatarios, pero es que además ¡enseña a las hijas! Comprenderá que las buenas familias de Halston estén molestas con la misma.

El vizconde le miró con aspecto de divertida incredulidad.

—¿Enseña todo eso a las hijas de los arrendatarios de la propiedad?

—Sí, milord —enfaticó su asentimiento con un brusco movimiento de cabeza—. Es más, alguna vez ha afirmado que la formación que reciben las mujeres de buena cuna es inútil e improductiva. ¡Imagine el escándalo que eso ha provocado en la buena sociedad!

—Puedo imaginarlo —contestó con un atisbo de sonrisa, a su pesar.

—Parece ser que piensa que prepararse para ser buena esposa no es digno para una mujer. ¡Digno!

—¡No me diga! —La esquina de su boca tembló levemente, al reprimir la sonrisa—. Esa mujer es terrible.

Su administrador continuó hablando, sin dar muestras de haber captado la ironía del vizconde.

—Y digo yo, ¿qué puede haber más digno que cumplir aquello para lo que Dios ha creado a su sexo? En verdad, milord —negó con la cabeza, respirando de forma agitada—, que esa mujer dice cosas que hacen que ningún buen cristiano desee oírla hablar.

—Le garantizo, Hubbard, que yo soy quien menos desea oírla. Pero para ser justo, sobre la escuela, no es algo tan inusual hoy día. De hecho, en muchas parroquias existen escuelas donde acuden los hijos de los campesinos todos los días de la semana.

—¡Todos los días! —exclamó impresionado—. Pero un arrendatario no puede permitirse prescindir de la ayuda de sus hijos todos los días, milord. Las granjas no serían productivas de esa manera.

—No, supongo que no —respondió con poco entusiasmo. Después, como si hubiera tomado una decisión, se dirigió a la mesa con determinación—. Bien, creo que el asunto de los hermanos ha quedado aclarado. Si su hermana se hace cargo de ellos, todo está resuelto. En cuanto a la señora Hurst, siempre que no implique en sus actividades a Hertwood Manor ni a mí, puede hacer lo que le plazca.

—Pues debo hacerle saber que parece creer que Hertwood Manor debe contribuir a sostener la escuela. Es más, supongo que pensará en acudir a usted para exponerle sus peticiones.

—¿Acudir a mí? —Lo miró con gesto asombrado—. ¿Después de su comportamiento en los establos y en el funeral? No creo que se atreva, pero si así fuera, confío en que usted sabrá explicarle bien que no deseo tratar de nuevo con ella.

—Por supuesto, milord —aceptó con una ligera inclinación de cabeza, comprendiendo por la postura del vizconde que deseaba dar por acabada la entrevista—. ¿Eso es todo?

—Sí, Hubbard. —El administrador comenzó a retirarse, cuando lord Lisle le llamó de nuevo impulsivamente—. Una cosa más, Hubbard. Parece que mañana seguirá lloviendo, pero en cuanto mejore el tiempo, desearía recorrer la propiedad con usted.

El administrador, a punto de alcanzar la puerta, se quedó de repente muy quieto. Su voz al hablar sonó extraña, como si tuviera algo atravesado en la garganta.

—¿La propiedad, milord? Es bastante extensa, como sabe. Nos llevaría días recorrerla a caballo, e incluso sin lluvia el tiempo sigue siendo frío en esta época. ¿Hay algo que desee ver en particular, de modo que podamos comenzar la visita por ahí?

—En realidad sí. Quiero comprobar las instalaciones que necesitan mejoras, y revisar las que se han hecho en los últimos tiempos. Querría saber en qué estado está realmente Hertwood Manor.

Hubbard le dirigió una mirada especulativa, y John Sinclair comenzó a sentirse

irritado. Supo sin lugar a dudas que el administrador se cuestionaba la causa de su repentino interés en ver el estado de la propiedad, después de tantos años sin que le importara en absoluto. En realidad, no sabría explicar a qué se debía, máxime cuando no tenía ninguna intención de permanecer allí. Pero por algún motivo que escapaba a su comprensión, ese día se había despertado en él una cierta curiosidad por la vida en los alrededores. En cualquier caso, no pensaba permitir que un empleado suyo juzgara su comportamiento. Estaba a punto de lanzar una réplica desabrida cuando el administrador se le adelantó.

—De acuerdo, milord. En cuanto el tiempo mejore, ordenaré que preparen los caballos para realizar el recorrido. Son varias las instalaciones mejoradas, así que nos tomará bastante tiempo. Sugiero que partamos después de despachar los asuntos diarios. Si le parece bien, llevaré los libros de anotaciones de las obras, para que no se nos pase ningún detalle por alto. Si no necesita nada más, me retiraré ahora. Con su permiso.

El vizconde inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y el administrador se fue. Cuando se quedó solo, cayó en la cuenta de que, hasta el mismo momento en que había solicitado impulsivamente visitarla, no había sentido ningún interés por el estado de la propiedad. Aquello había sido una estupidez, se reprochó mientras se acercaba al mueble donde guardaba el excelente whisky que Decker le procuraba. Tomó un vaso de la estantería y se sirvió dos dedos de la botella abierta; tras dudar un momento, se sirvió otros dos. No sabía por qué se le había antojado verla, a estas alturas. Pronto se iría a Londres, y el estado de las instalaciones de Hertwood Manor ocuparía el último lugar en su lista de preocupaciones. Sin embargo, algo le había impulsado a ello. No lo había razonado, solo había ocurrido. De repente, mientras reflexionaba sobre ello, la imagen de unos rasgados ojos verdes recorriendo su cuerpo, admirándolo, apareció ante él. Se quedó pasmado. Intentando alejar aquel pensamiento de su mente, dio un trago apresurado al vaso y pronunció un juramento en voz baja.

Aquella maldita mujer le había descolocado. Todas las mujeres que había conocido, tanto cuando Caroline aún vivía como después, se comportaban con ligereza, le adulaban y divertían, y resultaban encantadoras en su frivolidad. De eso se trataba —¿verdad?—, el bello sexo tenía como misión hacer agradable la vida del hombre. Sin embargo, la señora Hurst era cualquier cosa menos angelical y delicada, y no tenía ningún aspecto de poder hacer nada agradable por un hombre. Salvo si pensaba en la forma en que había entreabierto su boca mientras le recorría el cuerpo con la mirada. Notó una conocida sacudida en la entrepierna, y se sintió consternado. Dios, su necesidad era mayor de lo que pensaba si aquella loca lo excitaba. Apuró su vaso de un trago. El calor que se deslizó por su garganta le reconfortó y le tranquilizó. Por un breve momento, incluso pensó en llamar a Julia, pero desechó la

idea; en aquel lugar y sin nadie más que él con quien flirtear, comenzaría a protestar de aburrimiento al día siguiente de su llegada.

Demasiada calma y poco que hacer. Eso era lo que le sucedía. La maldita señora Hurst, tan insolente y atrevida, era lo único que había roto la monotonía de su estancia en Halston. Por eso recordaba una y otra vez sus palabras airadas y rabiosas.

Aunque eso no explicaba por qué seguía recordando sus ojos apreciativos, mucho tiempo después de haber decidido que no quería volver a encontrarla nunca más.

El repiqueteo de la lluvia en la ventana de la sala hizo que Anna levantara la mirada de su bordado con cara de fastidio. Otro día encerrada en casa. Ya ni recordaba lo que era salir a pasear por los campos. Estaban a jueves, y desde el domingo pasado no había dejado de llover prácticamente ni un segundo. Pasó la aguja con furia por la tela, y un quejido de dolor se le escapó al pincharse en el dedo. Se lo llevó a la boca sintiéndose estúpida. Cuando pensaba en el domingo y el encuentro que había tenido... No, no quería recordarlo. Al volver a la rectoría no había sido capaz de contarle nada al reverendo, y solo le dijo que no había encontrado al señor Hubbard. Lo que por otra parte, no dejaba de ser verdad.

Aún dolorida, dejó el bordado en la mesita auxiliar y se dirigió hacia el ventanal. El jardín y el camino se veían desdibujados tras el agua. Deslizó pensativa un dedo por el cristal, siguiendo la estela de una gota que rodaba uniéndose a otras. Como una lágrima que no podía evitar caer, pensó. Ella no quería más lágrimas. Ya había derramado suficientes en su momento. Bueno, tampoco quería sentir nada ante la visión de un hombre sin camisa, pero para su eterna vergüenza, lo había sentido. Y eso que era el típico noble hastiado y mujeriego que detestaba. Si al menos se hubiera tratado de un verdadero caballero, tendría alguna justificación. Pero aquello...

Porque Anna sabía que en su vida no había sitio para tontas fantasías románticas. Además, a su edad, pretender atraer la atención de alguien como el vizconde era un absurdo. Sería bochornoso ponerse en evidencia de esa manera. Lord Lisle era todo lo que a ella le disgustaba de un hombre, pero aunque así no fuera, era un vizconde rico y viudo que se casaría con alguna joven sumisa de buena familia que le pudiera dar hijos. De forma inconsciente, Anna se acarició el vientre. Ella ya tenía treinta y cuatro años, y sabía que los hijos eran un sueño que había enterrado hacía muchos años, incluso antes de que Phillip falleciera.

Se separó de la ventana con impaciencia. Lo que sucedía era que la inacción le hacía pensar cosas extrañas. Tenía que buscar algo en lo que ocupar su mente y su tiempo. Descartado trabajar en el jardín o acercarse a la escuela, necesitaba encontrar una labor dentro de la casa. Entonces pensó en revisar sus viejos vestidos e intentar aprovechar lo que se pudiera. Eso era algo que necesitaría hacer si iba a acudir a Londres, ya que no podía gastar dinero en vestidos nuevos y desde luego no iba a aceptar la ayuda de su madrina. Su idea inicial era haber viajado a finales de marzo, pero lo iba retrasando una y otra vez. Cuando pensaba en los bailes, las cenas, las veladas de teatro, algo burbujeaba en su sangre, una emoción muda que le

desconcertaba. Tal vez por eso mismo, pensó, lo iba posponiendo. Ella no podría en el futuro sentir añoranza de una vida para la que no tenía recursos. Era así de sencillo. Y algo en su interior temía que, a su vuelta, la quietud de Halston se le hiciera insoportable.

Pero ya bastaba de pensamientos tristes, se reprochó con decisión. Repasar sus baúles era la actividad perfecta para aquella jornada lluviosa. Así que se dirigió a la cocina, donde Bess estaba preparando un estofado, y cogió el delantal colgado tras la puerta.

—¿Necesitas que limpie algo? —le preguntó sin levantar la vista de las zanahorias que troceaba.

—No, Bess, gracias, solo voy al desván a revisar mis viejos baúles.

Subió los escalones y se detuvo al llegar a la puerta, vacilando. Hacía seis años que no tocaba aquellos baúles, desde que los arrinconó en aquel espacio. En aquel momento pensó que jamás los volvería a abrir, pero por alguna extraña razón tampoco había sido capaz de deshacerse de ellos. Ahora, ante la puerta, el temor a que los recuerdos ocultos tras las pesadas tapas le asaltaran fue intenso. Pero si iba a hacerlo, mejor cuanto antes. Así que inspiró hondo, aferró el pomo con fuerza, y entró con paso firme en la habitación.

Se paró en el centro de la sala y observó a su alrededor. A pesar de su abrigado vestido y el delantal, las corrientes de aire la hicieron estremecer, y estornudó cuando su falda removió el polvo que cubría el suelo. Se dirigió a la pared del fondo de la sala, bajo la ventana, donde estaban los baúles que buscaba, y se arrodilló con cautela ante el primero. Levantó la tapa con suavidad, y apartando el papel plateado que lo protegía, comenzó a sacar su contenido. Allí estaba, perfectamente doblado, su traje de montar azul, con sus pequeños bordados en raso negro que le daban un aire militar, a la húsar, como estaba de moda hacía seis años cuando lo encargó en Bruselas. Lo acarició con suavidad, y lo depositó cuidadosamente a un lado, antes de continuar explorando el resto del contenido del baúl.

Cuando, al cabo de media hora, Bess entró en el desván, Anna ya había seleccionado cuatro vestidos de baile, dos vestidos de paseo y varios sombreros y bolsos que confiaba en poder arreglar con un poco de imaginación. Tendría que decorar el ruedo, añadir algún lazo y adorno a las mangas, para que tuvieran volumen, y algún fajín que bajara un poco la cintura, pero por suerte no demasiado: la caída del vestido que estaba de moda hacía seis años no era tan diferente a la actual como la de hacía dos o tres, y la cintura, si bien era alta, no lo era tanto como para que no tuviera solución con algunas cintas. Además, ella siempre se había sentido más cómoda vistiendo con sencillez, y nunca había sabido conseguir que sus ropas estuvieran a la última. Algo que, si bien había sido un inconveniente a la hora de destacar en sociedad, como Phillip se encargaba de echarle en cara a menudo, ahora

le iba a permitir dar un aire más moderno a sus vestidos sin gastarse demasiado.

La voz de Bess junto a ella la sacó de sus recuerdos.

—Creo que con estos vestidos se podrá hacer un buen apaño.

—Eso mismo pensaba yo —alzó la cabeza—. De todas formas, esto va a llevar bastante trabajo. Y el caso es que a mí me siguen gustando estos vestidos tal como son.

Bess la miró con afecto, mientras Anna se levantaba y colocaba ante sí un llamativo vestido de seda roja.

—Porque son muy bonitos, pero más te gustarán cuando los arregles y les pongas algunos adornos, tenlo por seguro. Anna —dudó un momento, titubeando—, tengo que decirte que me alegro mucho de que hayas decidido ir a Londres. Me preocupaba verte aquí tan aislada y apartada. A veces da la sensación de que te has enterrado en vida.

Anna se detuvo, sosteniendo el vestido en los brazos, pero solo la rigidez de sus hombros delató su desasosiego. Intentó que su voz sonara tranquila al contestar, pero no pudo evitar cierta irritación al hacerlo.

—¿Por qué siempre dices eso? Yo no vivo apartada ni aislada. Me relaciono con mis vecinos todo lo que necesito y hago muchas cosas interesantes. Es verdad que me gusta vivir con tranquilidad, pero de eso a estar enterrada en vida hay una gran diferencia.

—Yo no digo que hagas nada malo viviendo tan apartada, Anna —replicó con calma—. Ya sé que las veladas musicales de la señora Smith y las cenas en casa de las Wentworth están bien, pero deberías tener más vida social, acudir a algún baile en Hillbury y relacionarte más con las familias de Halston. Aún eres joven, pero casi todo tu tiempo lo dedicas al jardín, a pasear y a la escuela. Bueno, y a esas obras de caridad que te llevan los recursos de los que casi no dispones, claro.

—La caridad es una virtud que todos debemos contemplar de manera espontánea. Si solo diera lo que me sobra no habría mucho mérito en ello, ¿no crees? En cualquier caso —dejó el vestido rojo sobre los demás y sacudió el polvo de sus faldas—, no se debe alardear de ello.

Bess la miró burlona.

—No voy a discutir sobre eso, porque me doy perfecta cuenta de que lo has dicho para cambiar de tema. Pero sigo pensando que aún eres joven y que necesitas más vida social. Así que lo dicho, me alegro mucho de que lady Everley te convenciera.

Anna colocó los vestidos escogidos sobre un baúl y se encogió de hombros, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Pero solo van a ser un par de meses en Londres, Bess. Tampoco es que eso vaya a cambiar mi vida.

—Quién sabe —añadió con una risita maliciosa mientras la seguía—. Tal vez en

Londres conozcas a algún rico caballero que no quiera que vuelvas a Halston.

Y salió por la puerta de la habitación, dejando a Anna con la boca abierta.

La taberna a las afueras de Hillbury estaba poco concurrida, y mal iluminada en días oscuros como aquel. La única ventana de su fachada, a la izquierda de la puerta de entrada, proyectaba una luz grisácea sobre las mesas cercanas, pero no podía evitar la casi penumbra de las situadas al fondo de la estrecha y alargada sala. Las velas de sebo estaban apagadas, pero el aire resultaba cargado y desagradable, a pesar de la temprana hora. El tabernero, aburrido y aún somnoliento, contemplaba desde la barra el cielo, donde las nubes cargadas empezaban a dejar espacio a grandes claros.

—Creo que por fin va a dejar de llover —dijo volviendo la cabeza hacia los dos únicos clientes que había en esos momentos, sentados en la penumbra junto a la chimenea apagada.

Al ver que nadie contestaba, se encogió de hombros y salió por la puerta que, tras la barra, conducía a la bodega. Las figuras sentadas al fondo retomaron su conversación.

—Entonces será mañana. ¿Has entendido todo?

—Claro —contestó una voz ronca, malhumorada—. Me lo has repetido cien veces, al menos. No soy idiota, ¿sabes?

—Ya —respondió el otro hombre con sequedad—. Recuerda que es importante que todo sea muy rápido. Cuando dejas que alguien pueda reaccionar, pierdes el control de la situación. ¿Está claro?

—Tan claro como cualquiera de las otras veces que me lo has dicho. Si no te fías de mí, ya sabes lo que tienes que hacer.

—No seas estúpido. Hemos preparado esto durante demasiado tiempo para echarnos ahora atrás. Solo quiero asegurarme de que todo sale bien. Luego hay que desaparecer rápido.

—Lo sé, eso también lo tengo preparado, no te preocupes.

Ambos se miraron a los ojos, uno con irritación y el otro con aburrimiento.

—Me preocupo porque hay que hacerlo. Es la única manera de intentar atar todos los cabos. Y tú harías lo mismo si fueras más listo.

—¡Eh! —protestó el hombre aburrido, apoyándose con fuerza sobre la mesa—. Te he dicho que todo va a salir bien, ¿entendido? Tú ocúpate de tu parte, que yo lo haré de la mía.

Su acompañante no replicó, pero la torva mirada que le dirigió reflejaba con claridad la desconfianza que sus aseveraciones le producían. Sin embargo, eso no pareció amilanar al hombre frente a él, que de nuevo se repantigó en la silla, animándolo.

—Venga, hombre, relájate de una vez. Si tú te ocupas de lo tuyo y yo de lo mío,

¿qué puede salir mal?

Por toda respuesta, el otro se levantó con brusquedad, y se dirigió a la puerta, desde donde le dijo sin volverse a mirar:

—Nada, siempre que te ciñas al plan. O todo. Recuérdalo mañana.

La risita a su espalda le enervó, y las últimas palabras le llegaron envueltas en burla, mientras dejaba atrás la taberna.

—Lo que tú digas, jefe.

A la mañana siguiente, los rayos de sol que se filtraban con timidez entre las nubes animaron a Anna a dejar de lado sus rutinas cotidianas para acercarse al establecimiento de las hermanas Wentworth. A pesar de la humedad y del viento frío, que enrojecía sus mejillas y provocaba un halo de vapor en torno a su respiración, la promesa de la primavera parecía flotar en el ambiente. No pudo evitar sentirse excitada al divisar el letrero de letras doradas y fondo verde al fondo de la calle principal que daba la bienvenida al pequeño pero pulcro y ordenado establecimiento de las hermanas Wentworth.

Anna entró en la tienda esbozando su mejor sonrisa. Se dirigió hacia la derecha del local, donde Agnès Wentworth, tras el recio mostrador de madera, estaba guardando con cuidado un rollo de hermoso satén azul oscuro. Su llegada fue recibida por las hermanas con alegría, y se encontró en poco tiempo compartiendo con ellas una taza de té en la trastienda, mientras les explicaba sus planes de disfrutar de la Temporada.

Mientras tomaba una galleta del pequeño platillo de porcelana que habían colocado junto a su taza, Agnès se levantó para buscar los últimos ejemplares de *La Belle Assemblée* que habían recibido. Luego, con los ojos brillantes de emoción, los desplegó en la mesa con reverencia, y se sentó junto a Anna para revisar las ilustraciones y decidir qué tipo de arreglos sentarían mejor a su figura.

Cuando por fin abandonó la tienda, Anna pensó con sorpresa que hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto. La atmósfera de complicidad femenina, creada entre exclamaciones de admiración y risas, fue como un soplo de aire fresco. Decidieron que lo mejor sería llevar los vestidos a la tienda, donde podían trabajar sobre ellos con mayor comodidad. Anna protestó un poco, puesto que ella era perfectamente capaz de arreglarlos por sí misma, pero las hermanas no habían querido oír hablar de ese tema. Ellas estarían felices de realizar arreglos tan sencillos, ya que Anna iba a comprar en su tienda los encajes, cintas y adornos recomendados, y además les había encargado un sobrio vestido de paseo que, le aseguraron, sería arrebatadoramente elegante en su sencillez. Con un sentimiento mitad de incomodidad, mitad de placer, al final había aceptado, no sin antes permitirse la extravagancia de comprar un hermoso par de guantes de suave piel de cabritilla, de los que se había enamorado.

Suponía que más tarde se arrepentiría de su impulso, ya que era un capricho que excedía de lo que se había propuesto gastar, pero cuando se despidió de ellas con el pequeño envoltorio entre sus manos, su ánimo era exultante, y por un momento se sintió como si tuviera veinte años de nuevo, y todos los sueños del mundo por vivir.

Ya en la calle, parpadeó ante el brillo del sol, que había empezado a calentar con timidez. También el viento había cesado. Aún era temprano para almorzar y además tenía demasiadas ganas de disfrutar por fin del aire libre como para volver tan pronto a casa, así que decidió ampliar su paseo y acercarse a la escuela. Comprobaría de cuánto carbón disponían, y repasaría las cuentas del dinero que aún les quedaba. Su mirada se enturbió por un instante, al pensar en cómo se les estaba agotando poco a poco. Empezaba a ser urgente que lord Lisle atendiera la voluntad de su madre. Si la difunta vizcondesa hubiera dispuesto de tiempo, habría establecido un legado, pero falleció antes de que el abogado de la familia pudiera atender su voluntad. Y como Anna no estaba dispuesta a limitar las clases de lectura a los chicos para captar la ayuda de alguna de las familias adineradas de Halston —como le había sugerido el reverendo—, la permanencia de su escuela pasaba por obtener lo que la vizcondesa quiso que tuvieran. Su pulso se aceleró un poco al pensar que con su brillante actuación del domingo pasado no habría contribuido a convencer al vizconde, precisamente. No era su estilo engañarse a sí misma, y le mortificaba tener que reconocer que lo sucedido había sido culpa suya. Pero eso no tenía ya arreglo.

Había empezado a subir la suave pendiente del camino que conducía a la escuela cuando escuchó un ruido de cascos al otro lado del recodo que ocultaba la rectoría. Su instinto le alertó; se apartó del camino, avanzando entre árboles hasta que el edificio estuvo a la vista. Entonces la imagen de lord Lisle y el señor Hubbard saliendo con sus monturas de la rectoría, en dirección al camino que conducía a Hertwood Manor, le hizo contener la respiración. Muy a su pesar, tuvo que reconocer que el vizconde resultaba una figura imponente, vestido con chaqueta negra, pantalones grises y relucientes botas, a lomos de un soberbio semental negro. El recuerdo de su burlona mirada sobre ella la hizo enrojecer de nuevo, a pesar de que estaba sola. Se sintió furiosa consigo misma, ¿cómo era posible que verle le afectara de tal modo? Hasta que él se fuera —cosa que rezaba porque sucediera tan pronto como legara el dinero para la escuela—, ella tendría que esforzarse para reaccionar con indiferencia en su presencia, y mantener la compostura. Ninguna otra cosa era aceptable para alguien de buena cuna que hubiera recibido la educación adecuada. Y ese era su caso, por mucho que todos sus vestidos y ropajes hubieran conocido tiempos mejores.

Levantó la barbilla con orgullo, respirando hondo para tranquilizarse, y cuando los perdió de vista salió de nuevo al camino para ir a hablar con el reverendo. No tenía dudas de que habrían hablado de la escuela, y necesitaba saber qué había

sucedido.

La expresión pensativa del reverendo Edwards al recibirla en la sala no la tranquilizó. Esperó a estar sentada frente a él para dirigirle la pregunta que le quemaba en la garganta.

—¿Han venido para hablar de la escuela?

El reverendo dejó pasar un par de segundos antes de contestar.

—Pues no, en realidad no. Parece que lord Lisle está recorriendo su propiedad. Ha dicho que quería comprobar en qué estado está todo, y ha pasado a saludarme. De paso, le he hablado al señor Hubbard de la gotera que hay en el desván, y lo ha anotado en su libreta.

Anna suspiró desilusionada.

—Pensé que tal vez habían hablado de la escuela. El dinero se nos está acabando, y esperaba... —Se detuvo, decepcionada.

El reverendo carraspeó, dudando, y prosiguió.

—Ahora se iban a revisar los diques que se construyeron en la zona de Hill Lane y el drenaje de la zona este. Pero, Anna... —su mirada reveló una evidente incomodidad—, aunque no era el propósito de la visita, sí me han dicho que su intención, respecto a la escuela...

—¿Sí? —le apremió con los ojos alerta.

—No se opone a que acudan sus arrendatarios, pero no creo que él tenga ninguna intención de apoyarla económicamente.

Aquello cayó como un mazazo sobre el ánimo de Anna.

—¿Eso le ha dicho?

—No exactamente. Verás, le he preguntado si en sus planes de revisar la propiedad, querría también ver la escuela, y ha respondido que no tiene intención de ofender a la sociedad de Halston involucrándose en esa escuela. Así que no creo que su intención sea la de colaborar económicamente, supongo. Aunque no se opone a que funcione —intentó consolarla.

—¿Pero le ha explicado que tenemos una carta de la vizcondesa donde figura su intención de constituir un legado para la escuela? —le interrogó con ansiedad.

El reverendo se rascó la cabeza.

—La verdad es que no.

Se levantó con dificultad y salió de la habitación, volviendo al poco con una hoja cubierta por elegante escritura que depositó sobre la mesita auxiliar.

—Entonces, aún tenemos una posibilidad —exclamó más animada al ver la carta—. Si conseguimos que la lea, verá que su planteamiento ha de ser diferente. Ofendería mucho más a la buena sociedad de Halston incumpliendo una manifiesta voluntad de su madre que relacionándose con la escuela. ¿No lo cree?

El reverendo, que no lo creía y además ya conocía los problemas que ese brillo en

los ojos de Anna presagiaba, se limitó a encogerse de hombros. Ella se levantó con impaciencia y se acercó a la mesita.

—Creo que lo mejor será que se la muestre cuanto antes —tendió la mano para recoger la carta.

Aquello pareció despertar al reverendo de su estado de indecisión.

—No pensarás ir detrás de ellos ahora, ¿verdad? Eso sería totalmente indecoroso e inapropiado. Espera al menos que vuelva a su casa y te acompañaré a visitarlo, si tan empeñada estás en hablar con él.

—Tengo ciertos motivos para creer que si anuncio mi presencia, el mayordomo me dirá siempre que milord no está en casa —respondió ligeramente avergonzada—. Créame, padre, la única manera de que yo pueda dirigirme a él es encontrármelo de manera *casual*. Me ha dicho que se dirigían a Hill Lane, ¿verdad? Tal vez, si acorto por el bosque...

Y sin esperar respuesta, se fue hablando para ella misma mientras salía de la habitación, absorta en su plan, sin escuchar la atónita pregunta a sus espaldas.

—Pero ¿por qué Decker iba a decir eso? ¿Qué has hecho esta vez, Anna?

Anna se frotó el muslo, dolorida. Había perdido la costumbre de cabalgar sobre esa silla infernal. *Ned* no era un purasangre, evidentemente, y por una vez debía estar agradecida a su trote tranquilo. Prefería con mucho montar a horcajadas, pero eso era algo que jamás realizaría a la vista de cualquier habitante de Halston. Aquello pertenecía al tiempo en que estuvo en Bruselas, y ahí quedaría. El señor Dibbles había pretendido enganchar el carro, pero ella necesitaba apartarse del camino para tomar un atajo, y el carro lo habría hecho imposible. Así que le pidió ayuda para colocar la vieja silla de montar que había conservado y que guardaba allí, a pesar de que casi nunca la utilizaba, y tomando la pequeña bolsa que solía colgarse a la espalda cuando conducía sola, había montado apoyando un pie en el carro para darse impulso. No había tenido que girarse para saber que Dibbles estaría rezongando cosas sobre mujeres que salen a cabalgar sin estar debidamente atendidas. Tampoco se lo reprochaba; sabía que se tenía bien ganada su fama de excéntrica.

Cuando una voz que provenía del cercano límite del bosque llegó hasta ella, comprendió que los había alcanzado. Sin embargo, la vista que, a través de los troncos de los árboles, obtuvo del claro que se abría al final del mismo le dejó paralizada. Lord Lisle y el señor Hubbard permanecían quietos sobre sus monturas, pero no estaban solos: una figura enmascarada les apuntaba con una pistola mientras exigía que entregaran sus pertenencias.

La parálisis le duró apenas unos segundos. De golpe, una corriente de adrenalina recorrió su cuerpo. El retumbar del corazón en los oídos, la aceleración del pulso, la boca que se reseca, los sentidos que parecían agudizarse... todos ellos le resultaban

viejos conocidos. Estaba tan preparada para huir como para defenderse. La duda se resolvió en el mismo momento en que, por instinto, colocó su mano en la bolsa que colgaba a su costado, y notó la familiar forma de la pistola que, años atrás, trajo de Lieja. Dudaba si, protegida por los árboles, podría colocarse a una distancia que estuviera al alcance del arma, pero desmontó con tanto sigilo como pudo y ató las riendas de *Ned* al tronco del árbol más cercano. Gracias a Dios, los árboles y la hierba amortiguarían los sonidos, que poco se podrían percibir desde aquella zona abierta. Luego se arrodilló, y vació el contenido de la bolsa sobre su falda, mientras echaba rápidos vistazos al claro. Desde que viajara a Bruselas se había acostumbrado a tenerla a mano, y en Surrey había mantenido esa costumbre al cabalgar sola. Tal vez ya no tenía demasiado sentido; los caminos eran más seguros, y no se veían tantos combatientes vagando por los campos, ni campesinos arruinados. Las cosas se habían tranquilizado. Pero ella solía llevarla en la pequeña pistolera unida al arzón de su silla, bajo el asiento del carro, o incluso en el bolsillo de su abrigo en sus largos paseos solitarios. Nunca había creído realmente que fuera a serle necesaria; además suponía que incluso aquellos habitantes de Halston que no rehuían su trato encontrarían esa peculiaridad suya de ir armada demasiado perturbadora para una dama, incluso tratándose de una dama tan independiente como ella.

Pero aquel día en que sí la iba a necesitar había salido demasiado rápido, sin haberla preparado antes. Ironías de la vida, pensó. Con movimientos ágiles y controlados, desenroscó el cañón, vertió pólvora de un pequeño saquito, colocó la munición y volvió a enroscar. Cuando preparó la cazoleta, volvió a meter todo en la bolsa y se la colgó del hombro. Cerró la mano sobre la redonda empuñadura de nogal con firmeza y, respirando hondo, se fue acercando con sigilo hasta el límite del bosque, mirando alternativamente el suelo que pisaba y el claro.

Sopesó un instante la situación; veía la espalda del asaltante y, frente a él, al administrador, removiéndose inquieto mientras mostraba las manos, y a lord Lisle impassible, con las suyas apoyadas en el pomo de la silla. No tenía demasiadas opciones, pensó calmada. Se situó tras el tronco que le pareció que ofrecía mayor protección y, con movimientos pausados, se desprendió de la bolsa que llevaba al costado. La depositó con cuidado sobre el suelo, y se agachó junto a ella. Con la mano izquierda, extrajo de nuevo el saquito y la munición, y los puso a un lado de su posición. No es que pensara que fuera a ser necesario recargar; los bandoleros solían robar y huir a la carrera, sin arriesgarse más de lo necesario enfrentándose a quienes atacaban. Su caballo parecía nervioso y él tampoco parecía tener mucho más aplomo, lo que por otra parte lo podía hacer peligroso. Pero debía estar preparada para cualquier cosa.

Desde donde estaba, escuchó la voz del asaltante exigiendo a lord Lisle que le entregara el sello. Ya tenía en su poder, cruzada sobre el pecho, una especie de bolsa

de cuero, y apuntaba al vizconde, que lo observaba con desdén, sin dar la más mínima impresión de pensar en obedecerle. Típico de él ser soberbio y arrogante incluso en esa situación, pensó Anna. ¿Qué creía que iba a poder hacer él solo frente a un hombre armado?, se preguntó, dividida entre la exasperación que aquel hombre le causaba y una ligera admiración ante su insolencia.

Cuando el asaltante de nuevo gritó al vizconde que le entregara el sello que llevaba en la mano, acercándose a él, decidió que el momento de intervenir había llegado. Se colocó a la derecha del árbol, afianzó las piernas, levantó el brazo con firmeza, y se sintió preparada para gritar con todas sus fuerzas:

—¡Alto!

No apartó la mirada del malhechor, que hizo retroceder a su caballo y se giró hacia ella, sorprendido. Al ver a una mujer apuntando una pistola en su dirección, una risotada escapó de su boca cubierta, pero no pareció tenerlas todas consigo. Anna evaluó el blanco que ofrecía; justo en la línea de tiro tras él estaba el vizconde. No pensaba fallar, pero el riesgo era demasiado, decidió. Además, no tenía intención de matarle sino de provocar su huida. Ya había visto demasiados muertos en su vida. Comprendió que debía actuar antes de que el otro se recuperara de la sorpresa. Siguiendo su instinto, apuntó más bajo, a los pies del nervioso caballo. El seco sonido retumbó en el claro y la tierra desprendida golpeó las patas del animal, que se encabritó un momento antes de girar y salir al galope hacia el amplio espacio que tenía delante, alejándose de ellos, mientras el jinete hacía esfuerzos por recuperar su control.

El silencio que se hizo fue absoluto. El aire escapó de la boca de Anna en una exhalación ahogada y dejó caer el brazo al lado del cuerpo. Siguió con la mirada la huida del enmascarado, aliviada y excitada a la vez. Notaba el pulso golpeando en sus oídos, y la tensión que abandonaba su cuerpo le produjo una relajante placidez, de la que fue arrancada bruscamente por el grito tembloroso del administrador.

—¡Está loca, maldita sea! ¡Usted está loca!

La adrenalina que aún corría por el cuerpo de Anna hizo que aquella voz gritándole enervara aún más sus sentidos. Había seguido con la vista la huida del caballo, y al volver los ojos hacia los dos hombres no pretendía gratitud, pero tampoco esperaba que la atosigara una sarta de improperios.

—¡Podía habernos dado a nosotros, maldita sea! ¡Podía habernos matado! ¿Es que está chalada o qué le pasa?

Anna, sorprendida, intentó controlarse, aspirando y soltando el aire lentamente. Echó una rápida ojeada al rostro del vizconde. Él seguía allí, impasible y callado. Cuanto más se alteraba el administrador, más tranquilo parecía él.

—¿Cómo se le ocurre disparar una pistola, maldita sea? ¡Deberían encerrarla!

Por un segundo, le pareció percibir un destello de burla en la oscura mirada del vizconde, pero supuso que lo había imaginado, ya que mantenía una expresión completamente neutra.

—¿No piensa decir nada? ¡Podía haber matado a lord Lisle! Usted es un peligro, siempre lo he dicho. ¿Quién le ha permitido tener una pistola? ¡Tírela antes de que se haga daño o nos lo haga a alguno de nosotros!

Anna apartó la mirada del rostro del vizconde para centrarse en la imagen de la cara del administrador, congestionada y enrojecida. Sus groseros gritos se le clavaban en el cerebro y aquella mezcla de ingratitud y estupidez la enfureció, despertando en ella su lado más temerario y echando por tierra sus intenciones de comportarse con decoro y precaución. Con fingida calma, volvió sobre sus pasos hacia el árbol, y se arrodilló sobre la hierba para preparar de nuevo la pistola.

—¿Qué está haciendo ahora? —El administrador acercó unos pasos la montura, que empezaba a reflejar el nerviosismo de su jinete—. ¿Y qué hacía con un arma en el bosque, santo Dios?

Con gran frialdad, Anna terminó la preparación y se levantó de nuevo, colocándose junto al árbol a la vista de los dos hombres. De un vistazo, comprobó la situación del señor Hubbard y el árbol bajo cuya sombra se había situado. Impasible, afianzó el peso sobre sus talones, y elevó de nuevo el brazo, apuntando hacia él.

—¿Pero qué hace, se ha vuelto loca? —El terror se reflejó en su voz. De reojo vio que el vizconde se había tensado y parecía preparado para echar su montura hacia delante—. ¿Qué está haciendo?

Elevó un poco más el punto de mira. Inspiró y dijo con sequedad.

—Rama.

La detonación fue seguida por la caída de una delgada rama, desgajada por el disparo, sobre la cabeza del administrador. Bajando el brazo y sin prestar atención a su rostro demudado, Anna se acercó con rapidez al vizconde, y sacando del bolsillo de su abrigo la carta que llevaba, la alzó hacia él. Enderezó los hombros y alzó la barbilla con altivez, mientras esperaba que la recogiera. Estaba preparada para encontrar disgusto y desprecio, y no pensaba ceder. Pero cuando aquellos ojos oscuros descendieron para encontrarse con los suyos, la emoción que se ocultaba tras ellos era diferente, pensó confundida. Algo que no era desdén ni rechazo aleteaba en su mirada. Algo menos brusco, menos descortés, menos áspero de lo que esperaba y que resbaló por su cuerpo provocándole un estremecimiento.

Avergonzada, fue consciente de haber sostenido su mirada algo más de lo necesario y soltó de golpe el papel que él ya agarraba, trastabillando hacia atrás. Hizo una torpe reverencia y se volvió con premura hacia el árbol. Metió la pistola y las demás pertenencias en la bolsa, se la echó a la espalda, y se dirigió a donde estaba *Ned*. Sin mirar ni un momento atrás, soltó las riendas y echó a andar con él, en busca de algún tocón o piedra que le sirviera de apoyo para montar.

Por nada del mundo se volvería a contemplar a los dos hombres que continuaban en el claro. Sus encuentros con el vizconde estaban resultando muy perturbadores, pensó mortificada, y no le estaban sirviendo de nada. No le extrañaría que en verdad la tomara por una chalada sin solución. Pero ¡que el señor Hubbard cuestionara su decisión la había indignado tanto! Había salvado aquel sello, que suponía alguna valiosa reliquia familiar, y nadie se había dignado agradecerse. No solo eso, la habían ofendido y tratado como si fuera una demente. Y aquello desataba todos sus demonios interiores, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo. Los gritos, los insultos, la tensión que volvía denso el ambiente hasta que le costaba respirar, el miedo que paralizaba sus miembros... Solo recordando, su corazón palpitaba acelerado. Un día se juró que no volvería a soportarlo, y ahora parecía ser que sus reacciones le iban a meter siempre en problemas, se burló de sí misma. Porque tenía que reconocer que había sentido una perversa satisfacción al demostrar su pericia ante el rostro aterrado del señor Hubbard. Claro que él no tenía modo de saber que ella era una excelente tiradora. El recuerdo le hizo reír por lo bajo; en el fondo, sabía que tendría que ofrecerle una disculpa, pero eso sería cuando ella pudiera disculpar su ingratitud de aquel día. Se paró junto a un pequeño talud y con las riendas sujetas, se alzó sobre él para montar en *Ned*.

Estaba mal burlarse de la reacción del administrador, admitió para sí misma pero con escaso arrepentimiento. La mirada horrorizada que le había dirigido... Volvió a reír. Pero entonces recordó la expresión impertérrita del vizconde, y se sintió dudosa. La había contemplado de manera extraña, pero no había dado muestras de que le repeliera su impulsiva demostración. No había pronunciado ni una palabra, ni había

realizado ningún gesto que le diera alguna pista para saber qué había pensado de ella. Salvo aquel segundo en que su mirada cercana se había clavado en ella con esa expresión indescifrable que todavía le hacía estremecer... Pero eso no debía importarle, se reconvino con cierta acritud. Le había entregado la carta que la vizcondesa escribió al reverendo hacía algunos meses, y ahora el vizconde podría decidir si respetaba la voluntad de su madre o no. De eso se trataba. Confortada en menor grado del que le hubiera gustado, dio una palmadita a su montura en el cuello, como pidiéndole que acelerara el paso y la alejara cuanto antes de aquella presencia que tan turbadora le resultaba.

En el pequeño claro del bosque, el administrador había descabalgado y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo. Lord Lisle, inclinado hacia delante sobre la silla, le contemplaba con un atisbo de sonrisa en el rostro. La indignación y el miedo hacían que su administrador respirara con dificultad.

—Bueno, Hubbard —comentó en tono indolente, con los ojos brillantes—, puede que esa mujer esté chalada, pero hay que reconocer que su representación ha sido espectacular.

El administrador le dirigió una mirada indignada.

—Tenemos suerte de estar de una pieza, milord. Podía habernos dado a cualquiera de nosotros.

—¿Eso cree? —preguntó divertido—. A mí me ha dado la impresión de que sabía muy bien lo que se hacía.

—Milord —bufó incrédulo—, las mujeres no van solas y armadas por ahí, y me sorprende ver que su señoría no valora el grado de impropiedad de la conducta de esta mujer en su justa medida.

—Debe ser entonces que mi aburrimiento es mayor de lo que yo pensaba —concedió mientras hacía girar su montura—. Regresemos de una vez, no sea que el ladrón decida volver para acabar su trabajo. Por mi parte, he perdido las ganas de recorrer hoy el resto de la propiedad, y solo quiero volver a casa.

El administrador subió de nuevo al caballo, tras un par de intentos, y ambos echaron a andar de vuelta hacia la casa.

Tras unos instantes de silencio, el vizconde se volvió hacia su administrador con voz ya más seria.

—Hubbard, no sabía que hubiera problemas de bandolerismo en esta zona.

—No los hay, milord... es decir, no los había hasta ahora, al menos. Hace años sí que se escuchaban cosas, y en el camino de Reigate asaltaron algún que otro carruaje, pero hace ya mucho que todo está tranquilo.

—Pues ahora parece que las cosas han cambiado. Tendremos que acudir al magistrado. Al menos no ha conseguido nada de valor. —Miró a su acompañante con

expresión de disculpa—. Salvo su bolsa, claro. Espero que no llevara nada importante.

—Llevaba unos pocos chelines, mi cuaderno, el libro de anotaciones de la propiedad y un lápiz. No se trata de nada valioso en sí, pero me temo que tendré que rehacer mucho del trabajo. Lo que había apuntado hoy podré recordarlo con facilidad, pero en cuanto a anotaciones anteriores —negó con la cabeza—, me temo que no será tan sencillo. Guardo copia de muchas de las hojas que luego transcribo a los cuadernos, pero me llevará un tiempo reunir y ordenar todo de nuevo.

—Por supuesto —contestó, mientras su mano izquierda tocaba el sello en una caricia inconsciente—. Supongo que debemos agradecer a la señora Hurst que no haya pasado nada más grave.

—Si quiere verlo así... —murmuró a regañadientes—. En cualquier caso, siempre que ella aparece hay problemas.

—No creo que se la pueda culpar de lo que hoy ha sucedido.

—No —admitió con recelo—. Aunque no me negará que ver una mujer armada es algo antinatural.

—En Inglaterra puede que lo sea —sonrió divertido—. En las colonias, sin embargo, no es inusual.

—No puedo opinar de aquello que desconozco —apretó los labios en un ademán hosco—, pero sí sé que en nuestro mundo, una dama no empuña una pistola.

—Y menos con esa precisión. —La mirada furibunda del administrador provocó una carcajada en el vizconde—. Vamos, hombre, reconozca al menos que lo ha hecho con maestría.

—Si usted lo dice... —contestó reticente.

Abandonaron el camino paralelo al bosque para tomar la senda que conducía a la mansión rodeando un pequeño lago, cuyas orillas aparecían salpicadas de lirios.

—Pero tiene razón en algo, es una mujer realmente extraña —repuso al cabo de un rato, mientras colocaba la mano sobre el bolsillo del chaleco, donde había guardado la carta.

—Y exasperante.

—Sí —concedió pensativo—. Supongo que también puede ser exasperante. Pero si algo no puede decirse de ella es que sea aburrida, ¿no cree?

El administrador le miró asombrado y un poco molesto.

—No sé qué importancia puede tener que una mujer como ella sea más o menos entretenida.

—Yo tampoco, Hubbard, yo tampoco. —Su caballo enfiló el sendero que conducía a los establos, seguido por el administrador—. Aunque empiezo a pensar que no me importaría descubrirlo.

Esa noche Anna durmió mal, con extraños e inquietos sueños sobre batallas que la hicieron levantarse temprano y sentirse agotada. Bajó a desayunar antes de que amaneciera y decidió que su estómago solo aguantaría un poco de té. Había llenado un recipiente con agua para ponerlo a calentar cuando Bess llegó, y con aire malhumorado le quitó de las manos la yesca que había recogido para encender el fuego. Por un momento pensó responderle que ella podía hacerlo, pero se sentía aún demasiado adormilada y cansada, y se sintió aliviada al verla tomar el mando de la cocina con su acostumbrada eficacia.

Un rato después, arrebujaada en su chal y con la humeante taza de té entre sus manos, ya se sentía mejor. Bess le contó historias sobre algunas de las personas del pueblo, pero no hubo ningún comentario sobre lo acontecido la víspera. Anna supuso que su encuentro en el bosque había sido silenciado por los dos hombres. Eso la hizo sentir aliviada. Había hecho lo que creyó su deber, pero no necesitaba que nadie más en la buena sociedad de Halston la mirara por encima del hombro.

Ahogó un bostezo mientras Bess le servía una nueva taza. Se lo agradeció con una sonrisa, y echó un vistazo por la ventana de la cocina hacia el jardín; ya que no parecía que el señor Hubbard fuera a retrasar sus planes de incorporar a la nueva familia en cuanto pudiera, tendría que pasar a su plan alternativo de encargarse ella misma del alojamiento de los hermanos.

Confortada por el té y por el brillo del sol que se reflejaba en los pequeños brotes verdes de los manzanos, decidió acercarse a la cabaña de la señora Child, quien se había hecho cargo de los hermanos hasta entonces. Era una mujer mayor que no tenía hijos, y se había ofrecido generosamente a ocuparse de ellos, pero Anna sabía que su avanzada edad y sus escasos recursos le colocarían pronto en una difícil situación. Admiraba y agradecía su gesto, pero era consciente de que debía aliviar su carga en cuanto pudiera.

Llegó hasta la cabaña y fue saludada con calidez por la mujer, que le explicó que Eliza estaba en su casa, como solía hacer todas las mañanas. Anna había llevado veinte chelines para pagar la manutención de los hermanos, que la señora Child rehusó varias veces antes de que Anna lograra convencerle de que aceptara.

Cuando llegó a la pequeña granja de los Alcott, Eliza estaba en la parte trasera, inclinada sobre una gran tina que había llenado de agua. Al ver a Anna, dejó la tarea y se acercó a la recién llegada con una amplia sonrisa que le fue devuelta con afecto.

—Buenos días, señora Hurst. —Se secó las manos en el delantal—. Estaba acabando la colada pero si me acompaña dentro, puedo prepararle un té. He traído conmigo un poco del pan que ayer preparó la señora Child.

Anna negó con la cabeza.

—No quiero interrumpir tu labor y además hace un día demasiado estupendo para encerrarse en casa. Prefiero sacar una silla y esperar a que acabes.

—Bueno, se lo agradezco, ya que solo me queda una sábana —respondió desde el umbral de la casa, sacando una silla para Anna que colocó bajo un árbol—. He pensado que me gustaría empaquetar algunas de las cosas de mi madre, aunque solo tenemos un baúl para transportar todo.

—Pero aún os quedan diez días antes de dejar la casa.

—Sí, pero ya que no voy a encender el fuego, hay que aprovechar que el sol ha salido por fin. Si no vuelve a llover y tiendo hoy todo, en un par de días puedo realizar la plancha y comenzar a empaquetar.

—¿Sigues con esa idea, entonces?

Eliza se inclinó sobre la tina y continuó restregando la sábana sobre la tabla de piedra.

—Creo que es la única opción.

—Yo no, Eliza. Hoy he venido porque tengo una propuesta que hacerte. —Se levantó y tomó el extremo de la sábana que Eliza estaba ya sacando, para ayudarle a retorcerla—. Verás, le he dado muchas vueltas y creo que lo mejor sería que os instalarais en mi casa. Voy a viajar a Londres dentro de un mes y Bess va a aprovechar para limpiar las tapicerías, y ya sabes lo difícil que es hacer algo así sola. Podrías ayudarla y además, de esta manera, la casa no se quedará vacía todo ese tiempo. Y luego, cuando vuelva, podríamos prepararte para trabajar en el servicio doméstico de alguna de las familias de Halston.

—Oh, no, señora, no puedo aceptar eso —protestó azorada—. No podría permitir que usted nos mantuviera.

Ambas se dirigieron hacia una cuerda atada entre dos árboles, donde extendieron la sábana.

—Yo no hablo de manteneros, sino de que te ganes el sueldo. Por supuesto, del jornal os descontaría la parte de vuestra manutención.

Cuando Eliza se volvió hacia ella con expresión cauta, Anna comprendió que se había creado una brecha en su firme determinación.

—¿Y Andrew? Él no puede trabajar en la casa.

—Tal vez pueda ayudar al señor Dibbles con el trabajo del campo y los establos e ir aprendiendo. Más adelante, ya pensaremos qué hacer. Lo importante es que tú puedes prepararte mientras nos ayudas, y si después y a pesar de todo, crees que debes irte a Manchester, entonces no diré ni una palabra.

Los ojos de Eliza brillaron con algo parecido a la esperanza.

—¿Está segura de que es algo que quiera hacer, señora Hurst? Dos bocas más en una casa no son una tontería.

—Estoy segura de que es exactamente lo que quiero, y no aceptaré un no por respuesta —afirmó con determinación y una sonrisa segura—. Y ahora, vayamos dentro y veamos qué es lo que habrá que llevar a mi casa. La semana que viene

podemos pedir el carro al reverendo para transportar todo.

Y entraron en la casa haciendo planes, sin que Anna dudara ni por un segundo su decisión. Porque la expresión de felicidad que reflejó el rostro de la joven le resultaba lo suficientemente valiosa como para no cuestionarse cómo y con qué medios iba a afrontar el gasto que aquella decisión supondría.

El buen tiempo continuó esa semana. Anna y Eliza aprovecharon para lavar, planchar y doblar la ropa que los Alcott iban a llevarse, y acordaron que el sábado, una semana antes de que venciera el plazo, se trasladarían a casa de Anna.

Aquel miércoles se sentía relajada y en paz, contenta de haber solucionado el tema y confiada de poder hacer que Eliza fuera aceptada en el servicio de alguna familia de los alrededores. La agradable temperatura le animó a colocarse su vestido y su delantal más viejos para trabajar en el jardín.

Salió por la puerta trasera de la casa, y avanzó por el camino de piedra que la rodeaba, llevando su bolsa de herramientas. Su jardín era pequeño e irregular, pero también soleado, y la tierra era fértil. Tenía espacio suficiente para cultivar todo lo que necesitaba. Había guisantes, zanahorias, nabos y cebollas en la parte más cercana a la cocina, y salvia, tomillo y caléndula a la derecha del camino empedrado. Al fondo del mismo, varios manzanos y perales se alzaban ante la vieja cerca de madera que cerraba el acceso al terreno. Y luego estaban las flores, que se mezclaban en un alegre desorden cuando la primavera se asentaba. Sí, agachada sobre la tierra y rodeada por el silencio solo roto de vez en cuando por el aleteo de algún pájaro en los árboles, se sentía en paz.

Pero aquella tarde no fue un pájaro quien la distrajo de sus pensamientos, sino el sonido de unos cascos de caballo acercándose por el camino. Estaba inclinada revisando un rosal cuando escuchó aquel sonido tan poco habitual ante su casa. Aunque no hacía demasiado calor, el sol le daba de frente y hacía que mechones sueltos de cabello se le pegaran a las sienes y a las mejillas. Se incorporó sobre las rodillas, retirándose el pelo con la manga del vestido y esperó unos segundos. Suponía que solo se trataría de algún viajero ocasional que continuaría adelante, pero el sonido no se reanudó. Sorprendida, ya que no esperaba ninguna visita, se levantó limpiándose las manos en el delantal. Rodeó la casa, y al llegar a la esquina delantera la vista que obtuvo le dejó paralizada: lord Lisle había bajado de su montura, que estaba atando a la verja principal. Inclinado sobre la misma, no la había visto.

Anna se ocultó con rapidez tras la esquina, apoyando la espalda contra la casa. Respiraba agitada, y la visión de sus guantes y su delantal llenos de tierra le arrancó un silencioso quejido. Se los quitó con rapidez, y echando un vistazo a su alrededor, corrió para dejarlos sobre el velador arrimado a la pared. Sabía que presentaba un aspecto lamentable en aquellos momentos, pero a ella no le importaba lo que el

vizconde pensara de su aspecto, se dijo. Por desgracia, su intento de autoconvencerse no tuvo demasiado éxito, y cuando los golpes sobre la puerta sonaron de nuevo, respiró hondo y, enfadada consigo misma por su falta de indiferencia, giró la esquina para recibir a su visita.

La imagen de lord Lisle ante su puerta, erguido y poderoso, vestido con sobriedad pero de manera soberbia generó en ella un extraño anhelo que no supo, o no quiso, identificar. Vestía botas altas de montar, ceñidos pantalones de color oscuro, una chaqueta negra que se ajustaba a la perfección a sus anchos hombros y bajo la cual se veía el chaleco de brocado gris, y una corbata negra que cerraba los altos cuellos de su camisa de lino en un nudo sencillo. Al verla, se quitó el sombrero y el guante derecho, y dio un paso en su dirección mientras la saludaba con la cabeza. Anna correspondió con una ligera reverencia. Su voz era suave y grave, y desprovista de su habitual mordacidad, en los oídos de ella sonó muy diferente a como la había escuchado hasta entonces.

—Espero que sepa disculpar que acuda a su casa sin que hayamos sido debidamente presentados, pero dadas las circunstancias de nuestros encuentros, he creído que podríamos prescindir de esa formalidad.

Para sorpresa de Anna, acompañó su intervención con una cálida sonrisa, que a ella le resultó deslumbrante y le hizo contener la respiración. Se obligó a bajar la vista, pues estaba segura de que de nuevo se quedaría mirándole como una estúpida. No era capaz de encontrar sentido a sus reacciones, lo que la molestaba profundamente, y eso la hizo hablar de forma más cortante de lo que pretendía.

—En ningún momento se ha tratado de encuentros que yo haya buscado, milord. Solo han sido desafortunadas circunstancias.

Se hizo un incómodo silencio. Él la contemplaba aún sonriente, pero con una atención que Anna encontró muy perturbadora. Le costó varios segundos ser consciente de que él esperaba algún tipo de invitación para entrar en la casa. Aunque no era una persona convencional, la arrogante seguridad con que él había acudido a su casa, después del comportamiento que tuvo en los establos, le provocó un malicioso deseo de atenerse al más estricto decoro.

—Espero que pueda disculparme, milord, pero en estos momentos mi acompañante no está en casa, y me temo que no estoy en disposición de atenderle de forma conveniente. —La frase sonó mojigata en sus propios oídos.

—Lo comprendo —replicó él sin perder su aire de afabilidad—, aunque tan solo quería expresarle mi agradecimiento por su intervención del otro día. Si realmente cree que es mejor que vuelva en otro momento...

Dejó la frase en el aire, y Anna se sintió dividida entre el resentimiento que le impulsaba a darle una lección y la inexplicable atracción que ejercía sobre ella. Tras unos segundos de duda, la tentación venció y, reprochándose ser tan estúpida, débil y

ridícula, le invitó a seguirla hacia el jardín. Con una mano señaló la silla libre junto al velador, mientras tomaba de la otra los guantes y el delantal que habían caído sobre ella, y se sentó con la espalda muy recta. Aún sin levantar la vista del regazo, fue consciente de la mirada del vizconde fija sobre ella.

—Un rincón encantador —comentó con amabilidad, alzando la cabeza hacia la pequeña estructura metálica cubierta de pequeñas rosas trepadoras que les proporcionaba sombra—. ¿Es aficionada a la jardinería, señora Hurst?

—Sí, milord —respondió con rigidez. No supo qué añadir, y permaneció sentada rígidamente, con la espalda muy estirada.

Sin embargo, y a diferencia de ella, él parecía sentirse perfectamente a gusto, y de forma directa abordó el asunto que le había llevado allí.

—El otro día se fue sin que pudiéramos disculparnos y darle las gracias de forma adecuada. Gracias a usted he podido conservar una propiedad muy valiosa para mí. —Bajó la mirada hacia su propia mano un instante, y prosiguió—: Creo que nuestro comportamiento fue extremadamente rudo, grosero e impropio de caballeros. Espero que pueda aceptar mis disculpas.

Sorprendida, Anna elevó la vista hacia el vizconde con cierto recelo. Lo cierto era que no esperaba su aparición, y menos aún su tono conciliador. Su presencia le resultaba demasiado imponente y perturbadora para pensar con claridad, y se sentía en inferioridad de condiciones.

—Lo fue —replicó de manera escueta y algo cortante.

Aunque el vizconde mantuvo su expresión imperturbable, Anna creyó captar un atisbo de decepción en sus ojos. Sin embargo, el tono comprensivo y sereno de sus palabras le hizo suponer que lo había imaginado.

—Aunque no pretendo justificar ninguna de las palabras que tuvo que oír, le rogaría que tomara en consideración que su inesperada actuación nos tomó por sorpresa en un momento en que sentíamos una gran tensión que no nos dejó reaccionar de la forma que hubiera sido adecuada.

Apoyando la espalda en la silla, Anna le miró con cierta curiosidad. Su instinto de autodefensa le prevenía contra aquel tipo de hombre, y se resistía a abandonar su postura reticente, pero algo en aquella sonrisa le hacía olvidarse de sus propósitos.

—Sé bien que el miedo empuja a extraños comportamientos —contestó al fin, suavizada a su pesar—. Supongo que no tiene importancia.

El lento comienzo de una sonrisa irresistible atrajo la atención de Anna hacia su boca.

—Yo no he hablado de miedo sino de tensión. No pretenderá que dos hombres hechos y derechos puedan sentir miedo ante un bandolero cualquiera ¿O se refería más bien al miedo a una mujer armada apuntando sobre nuestras cabezas? —replicó, con un tono burlón que distendió el ambiente. La respuesta de Anna, correspondiendo

a su pesar con otra sonrisa, le animó a continuar—. Entonces, dado lo extraño de la situación que vivimos, y apelando a su sentido del humor, ¿podría aceptar mis disculpas?

Los ojos de Anna escrutaron la imagen del vizconde. Quería sentirse ofendida e indignada; visualizó el momento en que ella se levantaría con dignidad y le despediría sin darle la oportunidad de ser perdonado, pero la imagen decayó ante el encanto de su sonrisa. Sabía que aquel hombre era exasperante, egoísta y arrogante, y que debería mostrarle la puerta sin dudar. Por otra parte, era evidente que era muy consciente de su atractivo, y Anna comprendió que no dudaría en utilizar su encanto para obtener lo que quisiera. Pero sus ojos la observaban con calidez y su sonrisa tenía algo que hacía que le costara apartar la mirada. Además, a pesar de su reticencia, le había hecho sonreír, y ella ya no sonreía a menudo. Eso acabó por decidirla.

—Está bien, acepto sus disculpas.

Por encima de la mesa y con lentitud, la mirada de gratitud del vizconde se encontró con la suya en lo que su corazón percibió, asombrado, como una aterciopelada caricia. Por un loco momento, Anna sintió como si él quisiera besarla, y sus miembros se inundaron de una especie de calor líquido que los dejó lánguidos y relajados. Tras lo que le pareció una eternidad suspendida en el tiempo, parpadeó aturdida, y el momento pasó. Horrorizada por su falta de control, y sintiéndose expuesta, se levantó con brusquedad para poner distancia.

—Prepararé un poco de limonada —explicó con rapidez antes de que él pudiera decir nada—. Me temo que es lo único que puedo ofrecerle, ya que no suelo recibir visitas que beban otra cosa.

Se giró con los dientes apretados. Se hubiera dado cabezazos al pensar lo palurda que debía estar sonando, y entró en la cocina casi a trompicones, sintiéndose acalorada. Se demoró todo lo que pudo en hacerlo mientras intentaba que su respiración recuperara la normalidad. No creía que pudiera sentirse más avergonzada, pero ese parecía su estado natural ante el vizconde. Le mortificaba pensar en la condescendencia con que un hombre atractivo y poderoso como aquel recibiría la admiración de una ridícula viuda cuya juventud había quedado muy atrás. Había llegado a imaginar un matiz apreciativo en la mirada que había posado sobre ella. Era lo que faltaba. No entendía qué le pasaba con aquel hombre, pero sí sabía que no podía continuar poniéndose en evidencia de esa manera, se reprendió mientras colocaba la jarra y los vasos sobre la bandeja. Salió de nuevo al exterior, procurando que sus pasos parecieran firmes, y depositó la bandeja sobre el velador. Tras sentarse, tomó los vasos y los llenó de limonada, ofreciendo uno al vizconde con aparente seguridad.

—Espero que sea de su agrado. Los limones son de mi propio jardín y tienen un

sabor bastante ácido, pero con un poco de azúcar resulta bastante agradable.

John Sinclair dio un trago al vaso y miró su contenido con gesto apreciativo.

—Sí, está bastante bien esta bebida. Reconozco que no suelo tomarla —confesó ante la mirada irónica de Anna—, pero resulta refrescante. ¿Cómo es que cultiva limones aquí, tiene un invernadero?

—Ojalá, pero no hay espacio —contestó divertida ante aquella idea—. Lo que tengo es una gran despensa orientada al sur y demasiado cálida para su función. Mandé abrir en ella un ventanal, y coloqué algunas macetas donde cultivo aquellas plantas demasiado sensibles al frío para sobrevivir en el jardín.

—Como limoneros —tanteó John Sinclair sonriente.

—Como limoneros, lavanda... —confirmó Anna risueña, mientras unas hebras de sol se colaban por la pérgola, arrancando destellos rojizos de su oscuro cabello y proyectando luz sobre su rostro, haciéndola parpadear.

—¡Tiene usted los ojos verdes! —La voz sorprendida de John Sinclair hizo que Anna se sonrojara.

—Bueno, sí, aunque es un verde bastante oscuro —murmuró con incomodidad—. En realidad, solo se aprecia ante una luz intensa.

—Disculpe una observación tan personal, pero es que en verdad me sorprendió. Resulta fascinante creer que una persona tiene los ojos oscuros y observar un cambio así.

Todos los sentidos de Anna se pusieron en guardia ante la nota de flirteo y, sobre todo, ante el placer que experimentó al oír aquello, y el decoro le obligó a teñir su voz de frialdad al contestar.

—Como usted dijo, es una observación ciertamente personal.

Ambos permanecieron unos momentos en silencio, mientras Anna, aparentemente concentrada en su bebida, era consciente del escrutinio al que John Sinclair la estaba sometiendo. Cuando por fin él rompió la quietud, sentía sus nervios a punto de explotar.

—Es inusual encontrar una mujer que dispare como usted.

Anna levantó la vista de golpe hacia él. Su expresión era neutra, sin atisbo de reproche o desagrado, pero no pudo evitar ponerse a la defensiva.

—En general es inusual encontrarse en una situación que obligue a disparar.

—No para un hombre al que le guste la caza o para un soldado, pero sí lo es para una mujer. Usted dio donde quería dar, ¿no es cierto?

Dividida entre el recelo y el orgullo de ser una excelente tiradora, respondió con reticencia:

—Sí.

—Bueno, fue bastante evidente. ¿Puedo preguntarle quién le enseñó a disparar así?

—He practicado mucho —contestó de forma evasiva.

—Pero alguien le enseñaría, al menos al principio, ¿no es así? —insistió posando sobre ella una mirada escrutadora.

Anna sostuvo la mirada con firmeza. Por mucho que la sonrisa de aquel hombre resultara magnética, ella no iba a permitir interrogatorios indiscretos.

—Mi marido era oficial del ejército de Su Majestad —dijo con sequedad, esperando que el vizconde captara que aquella conversación había llegado a su fin.

Pero no fue así, para enojo de Anna.

—Entonces, ¿debo suponer que él la enseñó a disparar?

—Suponga lo que quiera —espetó con irritación.

Esperaba que él se ofendiera por la cortante respuesta, pero para su sorpresa en su rostro apareció de nuevo la deslumbrante sonrisa que le cortaba la respiración.

—Tiene razón, no es de mi incumbencia.

—Yo no he dicho...

—Pero lo pensaba. —La interrumpió con una breve carcajada—. Porque es la verdad.

La calidez de la mirada que le dirigió desconcertó a Anna por completo. Azorada, decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Supuse que usted venía por la carta que le entregué.

—La carta... —murmuró, y la sonrisa se desvaneció poco a poco—. No, no he venido por eso en realidad.

Anna no pudo evitar que un ramalazo de decepción la recorriera, aunque no fue capaz de distinguir si se debía a que el vizconde no hubiera venido a cumplir la voluntad de su madre o a que su mirada la contemplara de nuevo con distanciamiento.

—La carta es importante. —Habló despacio, con toda la dignidad que pudo—. La habrá leído, al menos.

—Por encima, señora Hurst. Muy por encima.

Anna parpadeó. La reacción de arrogancia del vizconde le recordó a la de alguno de sus alumnos cuando se ponían a la defensiva. Pero este pensamiento no evitó que una ingenua desilusión le helara el alma. Comprendió que el encanto de aquel hombre le había hecho bajar sus defensas más rápido de lo aconsejable, y se obligó a recomponerse con rapidez. Adoptó su tono más práctico al hablar.

—Su madre quería que la escuela siguiera adelante, lord Lisle.

La sonrisa que esta vez acudió a su rostro no fue deslumbrante sino cínica, meditó Anna desencantada.

—Muy bien, señora Hurst, pues que siga. No veo el problema.

—El problema es, milord —inspiró hondo para armarse de paciencia. Aquel tono inmovible del vizconde le resultaba irritante—, que sin su ayuda eso no será

posible.

—Ya —contestó con aspereza, recostándose con descuido en la silla—. Así que me está pidiendo mi dinero.

—Le estoy pidiendo su ayuda —repitió Anna con firmeza.

—Dinero —insistió con terquedad, mirando fijamente a Anna a los ojos, retándola a contradecirle—. Dinero y posición. Eso es algo que gusta mucho a las mujeres.

—¡Y a los hombres, milord! —exclamó enojada, con una vehemencia que sorprendió por un momento al vizconde—. Puedo garantizarle que gusta mucho a los hombres.

Ambos se contemplaron en silencio. Desasosegada, Anna sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿Cómo había cambiado tanto el tono de su conversación? ¿Qué estaban haciendo? Hacía apenas unos instantes él sonreía con calidez y ella estaba dispuesta a revisar su opinión sobre él, y ahora la tensión podía cortarse. Él seguía contemplándola fijamente, casi con fiereza, y ella no era capaz de apartar la mirada. Había algo en él, una especie de atracción animal a la que ella era susceptible, por mucho que tratara de evitarlo. Pero era más que eso lo que hacía que no pudiera despegar la atención de él, se dio cuenta sorprendida. Por debajo de su displicencia, de su arrogancia, ella había captado algo más. Una emoción velada, profunda, enmascarada por la costumbre de mucho tiempo, pero Anna supo que estaba allí. Tal vez porque a ella le había sucedido algo similar, supo que en el fondo de ese desafecto, de ese aparente desinterés por los demás, se escondía una gran vulnerabilidad. No podía decir a qué se debía; pero fuera cual fuese la causa, esa súbita revelación suavizó su enfado, dejándola asombrada.

Su mirada al posarse de nuevo en él debió traslucirlo, puesto que John Sinclair frunció el ceño, y su rostro se llenó de recelo.

—¿Qué está pensando? —La interrogó con brusquedad, y su tono recordó a Anna el de sus alumnos más pequeños cuando eran pillados en falta.

—¿Por qué ha venido, milord? —preguntó a su vez con calma, aún sorprendida por el atisbo de su alma que había obtenido.

—Para disculparme, como le he dicho al llegar.

—Sí, ya sé el para qué, pero ¿por qué ha venido, milord? —repitió, clavando su mirada en las profundidades de aquellos ojos oscuros, donde había comprendido que habitaba un desconocido pero familiar dolor.

—Me temo que no la entiendo, señora Hurst —contestó retador, devolviéndole la mirada con la misma intensidad. Luego la fue deslizado con lentitud hacia abajo, hacia la boca entreabierta de Anna, hacia su cuello, y luego hacia el discreto escote del vestido que insinuaba el comienzo de su pecho, donde se detuvo.

Anna dio un respingo, intensamente consciente de la indecente caricia que

aquellos ojos habían trazado sobre su piel desnuda. Sintió que su respiración se entrecortaba mientras una especie de descarga eléctrica recorría su espalda. Aquello no lo había imaginado, pero había sido tan descarado y provocador que comprendió al instante que tan solo pretendía descolocarla. Entonces supo con certeza que no se había equivocado en su intuición, y que el alma de aquel hombre era tan vulnerable como la suya propia. Y no estaba dispuesta a perder la ventaja que su descubrimiento le proporcionaba.

—Si no piensa contestarme, y le advierto que esa mirada no la considero una respuesta —dijo con valentía provocando un gesto adusto en el vizconde—, entonces quisiera pedirle un favor, ya que podría decirse que está en deuda conmigo.

—«¿Podría decirse?» —bufó con ironía—. La consideración de hallarme en deuda con usted debería haber partido de mí, ¿no cree que eso sería lo correcto?

Anna se encogió de hombros.

—Ya habrá comprobado usted que no siempre me comporto de una manera, digamos... convencional.

—Es una forma de describirlo, sí.

—Ha sido usted quien ha dicho que gracias a mí conserva una posesión valiosa, milord, y que quería darme las gracias de forma adecuada. Pues bien, habría una forma de agradecermelo que resultaría muy adecuada.

Una sonrisa irónica y peligrosa apareció en el rostro del vizconde.

—Yo no la hubiera descrito como *adecuada*, precisamente.

Anna tardó un momento en comprender la insinuación, pero cuando lo hizo el corazón le dio un vuelco. Sin embargo, era demasiado sensata como para que aquella especie de halago le hiciera perder la cabeza. De forma instintiva, comprendió que aquel hombre se sentía incómodo y aquella era su manera de distraerla y recuperar la iniciativa. Decidió no perder más el tiempo.

—Su sentido del humor es más extravagante que el mío, milord —contestó incisiva—. Pero creo que ya sabe a qué me refiero.

—Sí, me lo ha dicho antes —confirmó con una frialdad que no ocultó su fastidio—. Quiere dinero para la escuela.

—Pues no, milord, y lamento que tenga tal imagen de mí. Lo que quiero es muy diferente. Me sentiré honrada si visita la escuela este domingo.

Las cejas del vizconde se elevaron con expresión de incredulidad.

—¿Quiere que visite la escuela?

—Eso he dicho —respondió Anna con cierta suficiencia.

—¿Y no quiere dinero?

—Necesito dinero —aclaró con sencillez—, porque la escuela no podrá seguir adelante sin él. Pero no se lo estoy pidiendo.

—Ya. No me lo pide. —El vizconde la observó con escepticismo.

—No —aseveró con determinación.

John Sinclair dirigió su mirada al jardín, pensativo. El sol se había ocultado tras la casa y la zona en la que se encontraban había quedado en la sombra. Comprendió que aquella visita debía llegar a su fin y él tenía que irse. Pero aún quería algunas respuestas antes de dar su brazo a torcer.

—¿Por qué desea que acuda a la escuela?

Anna había comenzado a colocar los vasos en la bandeja, y respondió sin levantar la vista.

—Porque creo que usted es un hombre justo.

Se puso en pie, y John Sinclair la imitó, algo desconcertado.

—¿Por qué ha dicho eso? Yo no soy un hombre justo. Usted no me conoce.

—Me arriesgaré, entonces —dijo Anna con seguridad—. Será mi juicio contra el suyo. Pero, por favor, venga a ver la escuela.

Tomó la bandeja y la llevó al interior de la casa. Cuando volvió a salir, lord Lisle ya estaba junto a su montura, desatando las riendas. Anna se acercó para despedirse.

—¿Vendrá, entonces? Por favor.

John Sinclair la miró sin decir nada. De repente se inclinó ligeramente hacia ella y, tomando su mano, la giró con rapidez y depositó en la suave piel del interior de su muñeca un beso. Atónita, Anna la retiró con brusquedad y la cubrió con la otra mano, como si aquel beso la hubiera quemado. Pensó, aturdida, que de nuevo él había jugado con ella, recuperando terreno, pero al incorporarse no había en su semblante ni rastro de la burla que ella esperaba, sino más bien una gravedad que impactó en Anna. Supo que tenía la boca abierta porque él se la quedó mirando largamente, hasta que la cerró de golpe. Entonces, por fin, él comenzó una sonrisa, pero la esperada burla no apareció en su expresión. Solo había contento, y tal vez algo más, algo cercano a la calidez, algo que de tratarse de otra persona Anna habría interpretado como ternura. Pero en el vizconde Lisle aquello no tenía sentido, y prefería no intentar entender. Era lo mejor para ella, se dijo mientras veía cómo él montaba en su caballo con agilidad y elegancia. Sentía el latido del pulso en la zona que él había besado, aún cubierta por su otra mano, y se sentía tan aturdida que le extrañaba que las piernas le sostuvieran. Él se despidió con un toque en el sombrero, y puso su caballo a andar. Pero cuando se alejaba de la vista de Anna, aún se volvió un momento hacia ella.

—Antes no respondí a su pregunta. En realidad vine para comprobar que usted no era aburrida. Y estaba en lo cierto —dijo antes de poner su montura al galope, dejando a Anna de pie ante la puerta sintiéndose más confundida de lo que se había sentido en años. Confundida, extrañada y algo perdida. Pero también y para su desgracia, pensó consternada, más viva de lo que jamás había pensado que volvería a sentirse.

El resto de la semana Anna se aseguró de estar continuamente ocupada. Cosió, trabajó en el jardín, leyó. La primavera parecía haberse asentado ya y el sol brillaba todos los días, permitiéndole recuperar su costumbre de dar largos paseos por el campo. También escribió a Arabella, y recibió una carta de lady Everley detallando todos los planes para su visita y pidiendo que le concretara la fecha de su llegada. Pero no fue capaz de decidir una fecha, y aplazó su respuesta.

El sábado, tal como había prometido, se realizó el traslado de los hermanos a su casa. Tras acomodar los dos jergones en la pared del fondo del desván, bajo la ventana, Eliza sacó y organizó sus escasas pertenencias, y todos bajaron a cenar juntos en la cocina. Andrew estaba inquieto y emocionado. Tocaba todo lo que encontraba y no paraba de parlotear, hasta que su hermana le dijo que si seguía así, al día siguiente tendría doble clase en la parroquia y se quedaría sin almorzar.

Así que cuando el domingo amaneció radiante, Anna ya había olvidado sus temores sobre cómo se tomaría Andrew el cambio de hogar. Bess había preparado unas sabrosas galletas que el pequeño devoró en el desayuno, y había pasado la mañana entusiasmado con la idea de ayudar al señor Dibbles a cuidar de Ned. Ni siquiera protestó cuando Bess se empeñó en frotarle bien el cuello y las orejas antes de salir para atender el servicio dominical.

Aquella mañana caminaban los tres sin prisa por el sendero que conducía hacia la parroquia. Observando a Andrew, que zigzagueaba a los lados del camino siguiendo el rastro de algún escarabajo, Anna comentó a Eliza:

—Parece que tu hermano se lo ha tomado bastante bien.

—Oh, claro que sí —le respondió Eliza con cierto pesar—. Él no quería ir a Manchester.

—¿Y eso te pone triste? —interrogó Anna asombrada.

—No, por supuesto que no —sonrió negando con la cabeza—. Pero no quiero que dé por hecho que esto es definitivo. Me da miedo pensar cómo reaccionará si al final y después de todo debemos irnos a Manchester. En cuanto cumpla nueve años y pueda trabajar en las hilaturas, tal vez tengamos que pensar en ir con Susan.

—O tal vez no —contestó Anna, tomándola del brazo—. Creo que tenemos que tener fe. Y un plan alternativo, si eso no fuera suficiente.

—¡Profesora! —exclamó Eliza, riendo—. Si el reverendo le oye decir eso se enfadará mucho.

Anna no pudo evitar una carcajada.

—Lo ha oído ya otras veces, Eliza, aunque es verdad que no le gusta nada. Ya estamos llegando. Anda, dile a Andrew que entre con nosotras.

Eliza se adelantó para hablar con su hermano, y Anna se quedó sola un momento. Entonces fue consciente de su estado de latente nerviosismo. No había comentado a nadie la visita del vizconde a su casa, y desde el miércoles había procurado ocupar todos sus ratos libres para no tener tiempo de pensar en lo que había sucedido. Pero ya que le había invitado a acudir a la escuela, era muy probable que más tarde se vieran e incluso que intercambiaran unas palabras. Por eso, según se acercaba a la entrada de la parroquia, donde los vecinos se saludaban antes de pasar hacia el interior, el hecho de que su corazón se acelerara le resultó ridículo e infantil. Tenía que obligarse a ser racional; su principal preocupación era la escuela, y necesitaba convencerle de que la apoyara. Eso era lo único que importaba. Además, debía recordar que él le había dado la clave de la sensatez, al despedirse el miércoles: le había dicho que no era aburrida. Y si Anna era lista, sabría aceptar lo que sucedía: el vizconde era un noble hastiado en una hacienda de la que no quería ni sabía ocuparse, y por alguna absurda broma del destino, Anna le resultaba divertida. Una novedad con la que entretenerse, hasta que también se aburriera de ella. Pero Anna no iba a convertirse en un juguete. Era una pena que fuera tan atractivo, pensó con un vuelco en el corazón, al entrar en el edificio y divisar su arrogante perfil sentado en la primera fila, solo en el espacio reservado a su familia.

Eliza, que se había colocado junto a ella, siguió la dirección de su mirada, y malinterpretando sus pensamientos comentó:

—No se preocupe más por nosotros, señora Hurst. En realidad nunca quise que le hablara de nuestra situación. Sentémonos allí.

Anna le siguió hacia el banco, y durante todo el oficio procuró concentrarse en la voz del reverendo y no dirigir su mirada a la figura sentada en la primera fila. El firme convencimiento de que él no recordaría ni su nombre en un par de meses casi la ayudó a conseguirlo.

Al salir del oficio, sin embargo, no pudo evitar que su mirada buscara al vizconde. Y fue con una profunda decepción que le vio dirigirse a su caballo y marchar, sin detenerse a visitar su escuela. Correspondiendo con una sonrisa algo mecánica a los saludos que sus convecinos le dirigieron, su mirada se escapó al camino por donde había desaparecido. Se sentía algo estúpida, pero pronto se rehízo, e incluso fue capaz de burlarse de sí misma, diciendo que aquello le estaba bien empleado a su vanidad. Además, sabía que aquello era para bien; en su tranquila y ordenada vida no había ningún espacio para aristócratas egoístas, mujeriegos y encantadores. Suspiró mientras se reprendía mentalmente por haber pensado en su encanto. Lo retiraba; solo pensaba admitir que era egoísta y mujeriego. La voz de Eliza, cuando se disponía a doblar la esquina que conducía a la escuela, la distrajo de

sus reflexiones.

—Profesora, Andrew se ha vuelto a escapar.

—¿Otra vez? —Se obligó a concentrarse en lo que Eliza decía—. ¿Y ahora por qué no quiere ir a la escuela?

—Me ha dicho que nos ha escuchado por el camino y que si tiene que ir a Manchester no necesita estudiar. Y aunque le he dicho que no hay nada seguro sobre lo que haremos, se ha ido bastante enfadado porque dice que nunca le tenemos en cuenta.

—Eliza, me temo que lo que sucede con tu hermano es que es demasiado listo —contestó con resignación, abriendo la puerta de la escuela para que pasaran los alumnos que esperaban fuera.

Tras encender la estufa colocada tras los bancos se encaminó a la mesa cercana a la ventana. Mientras disponía de forma ordenada el tintero y la pluma, no pudo evitar echar un furtivo vistazo a través de la ventana hacia el camino por el que el vizconde había marchado. Pero volvió su atención a la escuela con rapidez.

—Bien, buenos días a todos. Comencemos nuestra clase —dijo en voz alta, dirigiéndose a los alumnos sentados en los bancos, mientras tomaba en sus manos la Biblia y se la tendía al reverendo, quien acababa de entrar.

Y cuando él comenzó la lectura y pudo pasear la vista, distraída, sobre su clase, la satisfacción de ver a aquellos jóvenes y muchachas a los que había cobrado tanto afecto casi ocultó la punzada de desilusión que la ausencia del vizconde había impreso en su corazón. Casi.

John Sinclair puso su montura al galope al tomar el camino de Hertwood Manor, pero en cuanto la iglesia quedó fuera de su vista, aflojó las riendas para marchar al paso. La confusión reinaba en su cabeza.

Después de su visita a Anna Hurst, había comprendido que no tenía sentido seguir en Surrey, pero aún permanecía allí. Cada vez que pensaba en llamar a su ayuda de cámara para que preparara el equipaje, encontraba alguna buena razón para retrasarlo. La idea de volver a su vacía residencia de Londres y frecuentar los clubes, pasando las noches en interminables partidas de cartas y bebiendo, no le ofrecía ningún atractivo. Julia le recibiría con los brazos abiertos, pero le molestaba pensar en ella. No comprendía qué le sucedía. Hacía mucho que notaba dentro de él una dolorosa sensación de hartazgo, y el hecho de estar en Hertwood Manor no le ayudaba a paliarlo. Hubbard tomaba sus decisiones con autonomía, y solo su sentido del deber le impulsaba a someterlas antes a su consideración. Allí no pintaba nada. Pero en Londres tampoco.

Solo sus encuentros con aquella mujer parecían haberle sacado de esa especie de letargo paralizado en que vivía. El miércoles había disfrutado durante su visita a la

señora Hurst, y si le había besado en la muñeca al despedirse fue tan solo porque en el último segundo se había arrepentido del beso mucho más carnal que su deseo reclamaba. Algo le contuvo en última instancia. Tal vez la intuición de que ella y él no darían a un beso así la misma importancia. Esa habría sido su manera de darle las gracias por gritarle, por no tomarle en serio, por hacerle reír y devolverle la sensación de estar vivo. Pero si hubiera besado esa boca suya como querría haber hecho, ella podría haberse hecho ilusiones respecto a sus intenciones, llegando a creer, erróneamente, que podrían ser honorables.

Aunque lo más probable habría sido que lo abofeteara y le echara de su casa sin importarle mucho quién era, pensó irónico.

Por eso no se había quedado a ver la escuela, a pesar de la forma en que ella se lo pidió. Porque no estaba seguro de ser capaz de sentir indiferencia, que era la única emoción posible en aquel caso. Aquel día había acudido a la iglesia con la intención de aceptar su petición, pero al terminar el oficio la había visto al fondo de la iglesia, erguida y serena, moviéndose entre sus conocidos y saludando a unos y a otros con elegancia, y había sentido un desconcertante ansia de acercarse a ella. Así que había hecho todo lo contrario, saliendo por la puerta sin volverse a mirarla.

No era capaz de explicarse por qué verla le alteraba de aquella manera, y había decidido no enfrentarse a aquello para lo que no tenía explicación. Aquella mujer era fuerte, decidida y valiente. Se ocupaba de los demás de la forma que creía oportuna, y parecía satisfecha con su vida. Daba más importancia a sus objetivos que a su apariencia, pensó al recordar el día en que la había visto en los establos, con el agua chorreando por su sombrero y su abrigo, con su cabello oscuro lamentablemente pegado a sus mejillas... Tampoco daría importancia al malestar de John Sinclair. Resultaba sólida y fiable. Según su experiencia, ese tipo de mujeres también eran tremendamente aburridas, pero esta desafiaba ese encasillamiento. Además era hermosa, con una belleza asentada y segura de sí misma, más atrayente que la exuberancia de todas las jovencitas que le miraban con coquetería en los bailes y fiestas a que acudía.

Se había marchado para evitar seguir pensando en ella, y sin embargo, se dijo irritado, era lo único que parecía ser capaz de hacer. Maldita fuera, necesitaba distraerse, tal vez en Hillbury. Henrietta sabría cómo hacerle olvidar.

Agarró las riendas con fuerza para poner su montura al galope, y cuando estaba a punto de lanzarse a la carrera, escuchó un grito apagado. Detuvo su caballo y miró en derredor. No vio nada, pero su instinto le avisó de que no estaba solo. El silencio del camino era casi absoluto, apenas roto por el suave sonido de ocasionales ráfagas de brisa en las copas de los frondosos árboles. Cuando casi creyó que lo había imaginado, el chasquido de una rama seguido de una exclamación a su izquierda le hizo echar mano al arma colgada del arzón de la silla. Aquel día no le iban a pillar

desprevenido.

Con sigilo acercó su montura al borde del camino, escudriñando los troncos tras los que un atracador podría esconderse. Pero el chasquido esta vez sonó casi sobre su cabeza. Sorprendido, alzó la vista hacia la copa del roble bajo el que se había situado, donde un niño pelirrojo braceaba furioso, colgando por un tirante de una rama casi desgajada, intentando alcanzar apoyo firme sin conseguirlo.

John Sinclair desmontó con rapidez y ató su caballo al árbol contiguo. Luego se situó de nuevo bajo la rama, soltando su chaqueta, dispuesto a recoger al niño en su caída.

—Hola, chico —le saludó alzando la voz—. Voy a ayudarte a bajar sano y salvo. Intenta soltar tu tirante de la rama y te recogeré.

—¡No! —gritó furioso el niño sin mirarle—. Yo puedo solo, gracias.

—¿Ah, sí? —Aquello le divirtió—. ¿Podrás bajar sano y salvo o podrás soltar el tirante? ¿O las dos cosas?

El niño siguió pataleando en su intento de alcanzar otra rama.

—Yo puedo solo —volvió a gritar.

—Chico, yo no lo veo así. Voy a subir y...

—¡No! —chilló por toda respuesta.

John sonrió para sus adentros. Aquel chico era valiente, no cabía duda, pero lo más probable era que acabara por romperse un hueso. Estaba a una altura de unos cuatro metros y bajo él había otra rama que no podría amortiguar su caída. Sin pensarlo demasiado, se quitó la chaqueta y la depositó sobre la silla. Un nuevo chasquido le hizo comprender que debía darse prisa. Con agilidad, comenzó a trepar por el tronco, tanteando la estabilidad de las ramas que alcanzaba antes de subirse a ellas, y en pocos segundos estuvo junto al muchacho. Se sentó a horcajadas sobre una sólida rama situada a mayor altura que él, y tendiéndose sobre ella alargó su brazo hacia el niño.

—Intenta cogerte de mi mano y te alzaré hasta aquí.

—¡No, ya le he dicho que puedo solo! —volvió a gritar sin apenas mirarle.

Aquella demostración de independencia estaba empezando a impacientar al vizconde. La postura no era cómoda y desde su posición veía claramente que la rama estaba a punto de partirse.

—Un hombre inteligente sabe cuándo ha llegado el momento de aceptar ayuda. ¡Cógete de mi mano antes de que te caigas!

La autoridad de aquella voz profunda sorprendió al niño, que alzó la mirada hacia él, y tras un breve momento de indecisión alargó el brazo cuanto pudo para cogerse de su mano.

En cuanto estuvo a su alcance, John Sinclair agarró aquella pequeña mano con firmeza.

—Y ahora, con la otra mano, intenta soltar el tirante. ¡Vamos, con toda tu fuerza!

Al tercer tirón que dio, el tirante quebró la ramita en la que estaba enganchado, y la fuerza con que rebotó sobre la rama de apoyo hizo que también esta se partiera. John aguantó con seguridad el tirón que el peso libre del niño ocasionó en su hombro, al perder el sustento, e intentó tranquilizarle al ver su carita asustada.

—Ya está, lo has hecho muy bien. Ahora te iré subiendo para que te agarres a esta rama. Luego bajaremos juntos. Así, muy bien. Lo estás haciendo fantástico. Un poco más, sigue así —le animó hasta que el niño alcanzó la rama en la que él estaba, y mientras se encaramaba pudo alzarse sobre ella sin soltar su peso—. Ahora, yo te iré señalando dónde debes colocar los pies para bajar. Vamos allá.

Con cuidado, fue por delante marcando al niño los lugares de apoyo, y pronto ambos estuvieron en el suelo. Una vez abajo, respiró aliviado y esperó a que el niño le mirara para dirigirse a él. Cuando por fin lo hizo, la vergüenza y el miedo se reflejaban en su rostro. John no pudo evitar sentir simpatía por él.

—Mi nombre es John Sinclair. —Ofreció la mano tendida hacia el niño.

—Ya sé quién es —contestó él bajando la mirada.

Sorprendido, John mantuvo su saludo.

—Un caballero no deja a otro con la mano tendida y sin respuesta —le reprendió con suavidad.

—¡Oh! —murmuró azorado—. Yo... es que...

—¿No tienes nombre? —preguntó con cordialidad, compadeciéndose de su confusión.

—Me llamo Andrew Alcott, señor... quiero decir, milord —respondió por fin, estrechando su mano con infantil firmeza.

—Alcott... —exclamó, pensativo—. ¿Acaso eres el hijo del granjero que falleció hace un mes?

—Sí, señor. —La barbilla le tembló un poco, pero se mantuvo firme.

—Lo siento mucho, Andrew —le pasó la mano con afecto por el enredado cabello—. Debe ser muy doloroso para ti. ¿Podríamos sentarnos en esas rocas para tener una conversación, eh, de hombre a hombre?

Andrew se volvió hacia el camino encogiéndose de hombros. John le siguió, en parte apenado por él, pero también enternecido por su evidente recelo. Cuando se acomodaron en las piedras, el niño seguía sin mirarle apenas.

—¿Qué hacías subido a ese árbol, Andrew?

—Había una ardilla —contestó con sencillez.

—Sí, pero ¿por qué estabas solo en el bosque a estas horas? ¿No has ido a la iglesia?

—Sí.

—¿Entonces qué hacías aquí? —De repente, tuvo una inspiración—. ¿Es que tú

no vas a la escuela?

El niño alzó la cabeza y se le quedó mirando en silencio, con los ojos entrecerrados.

—¿Es que no te gusta? —insistió.

—Es una tontería.

—La escuela es una tontería... —repitió divertido—. No creo que eso guste a la señora Hurst.

Aquello, dicho más para sí que para su acompañante, tuvo el sorprendente efecto de desatar la lengua de Andrew.

—¡Oh, por favor, no se lo dirá! ¿Verdad? No le dirá que me he metido en problemas con usted, por favor. Si se enoja puede que nos eche de su casa y tengamos que irnos a Manchester y Eliza se enfadará muchísimo conmigo y tal vez no me quiera llevar con ella, y yo no sé lo que haría, porque todavía no he podido estar con el señor Dibbles y no sé nada de su caballo, y aunque podría dormir en el establo él puede que no quiera tenerme allí y...

—¡Tranquilo, Andrew, por favor! —le interrumpió sorprendido. El niño le miraba con ojos muy abiertos y la barbilla volvía a temblarle—. No le diré nada a la señora Hurst si es tan terrible como parece.

El niño bajó la cabeza, avergonzado.

—Ella no es terrible —replicó con voz temblorosa—. Es que me he portado mal y mi hermana se va a enfadar mucho conmigo si se entera de que usted me ha ayudado.

—¿Es malo que yo te ayude?

Andrew asintió con la cabeza.

—Mi hermana me dijo que no tenía que fiarme de nadie de la Casa —dijo, como si eso pusiera todo en claro.

Sorprendido y algo molesto, John supuso que su hermana, como Anna Hurst, le responsabilizaba de la muerte de su padre. Pero no era algo que pudiera discutir con un niño. Decidió cambiar de tema.

—Así que la escuela no te gusta.

—Sí que me gusta.

Ambos se miraron un instante.

—Creí que habías dicho que era una tontería —comentó dudoso.

—Porque es una tontería. Pero me gusta —respondió Andrew con determinación.

—Y entonces ¿por qué no estás allí ahora?

—Porque es una tontería que vaya si voy a tener que trabajar en la hilatura con Eliza y Susan. No me va a servir de nada.

John se sorprendió de la lógica del razonamiento de aquel crío.

—¿Y por qué tienes que trabajar en una hilatura, Andrew?

—Mi hermana Susan vive en Manchester y ha dicho que nos puede conseguir

trabajo. Aquí ya no podemos vivir. —Le miró con gesto de reproche, y a John aquella mirada le alcanzó como una bofetada—. Ya sabe, no podemos seguir en la granja.

—No, supongo que no podéis —admitió intranquilo—. ¿Y tú no quieres ir a Manchester?

—No.

Su barbilla había temblado apenas un segundo, antes de que la levantara con orgullo, pero fue suficiente para que John se sintiera un bárbaro. Se puso en pie y le tendió la mano, y juntos se dirigieron al caballo.

—Ahora, Andrew, vamos a volver juntos y te voy a llevar con tu hermana. No diremos a nadie lo que ha pasado, siempre que me prometas que no volverás a escaparte de la escuela.

—¿Voy a montar con usted en este caballo? —preguntó asombrado.

—Siempre que me prometas que no volverás a escaparte.

—¡Claro! —se apresuró a afirmar, con los ojos brillantes de emoción.

John le ayudó a subir y a continuación montó tras él. Andrew miraba todo con ojos muy abiertos, lo que hizo reír a John.

—Cualquiera diría que nunca has visto estos caminos.

—Desde aquí no, milord.

—Venga, vayamos a la granja —le dijo, pasándole una mano por el cabello y alborotándolo aún más.

—Yo ya no vivo en la granja, milord, sino en la casa de la señora Hurst —respondió con candidez, volviéndose hacia él—. Además, mi hermana estará todavía en la escuela y creo que es mejor que vaya allí.

John no pudo evitar un suspiro resignado. Así que a pesar de su intención, parecía que al final tendría que acudir a la escuela. Y en realidad sabía que solo estaba retrasando lo inevitable. Aquel día había tratado de olvidar su presencia, pero no sería capaz de hacerlo todos los días, y lo mejor sería intentar comportarse con normalidad. Y si eso no fuera posible, irse de Surrey cuanto antes.

Anna estaba de espaldas a la puerta, inclinada sobre la cuartilla de Edna Grant, ayudándola con una palabra que no conseguía interpretar, cuando oyó la exclamación colectiva que escapó de su clase al abrir la puerta el reverendo, y el ruido que hicieron al ponerse en pie precipitadamente. Antes de volverse, supo quién era el visitante que había llamado a la puerta. Una extraña sensación de anticipación llenó sus sentidos mientras se volvía. Conocía su mirada oscura, el gesto taciturno de la boca que su sorprendente sonrisa cambiaba por completo, su porte atlético y elegante. Pero a pesar de ello, a pesar de haber revivido en sus sueños mil veces el cálido beso que depositó en su muñeca, nada le había preparado para la descarga de electricidad que estalló en su interior al quedar frente a frente y ser consciente de cómo la mirada

de aquel hombre se posaba con lentitud sobre su boca entreabierta por la sorpresa. Era evidente que era hermoso, pero era mucho más que eso, pensó con desesperación. Era endiabladamente sensual, y ella demasiado vulnerable a su magnetismo.

Casi temblando, incapaz de creer que nadie más notara la reacción física que desataba en ella, extendió una mano indicándole la silla situada junto a la puerta. Quería que se quedara, y a la vez deseaba con todas sus fuerzas que estuviera muy lejos de allí. Solo la idea de cuánto se estaría divirtiendo a su costa le permitió recomponerse lo suficiente para intentar hablar, pero para su alivio el reverendo se le adelantó.

—Milord, es un gran honor para nosotros recibirle en nuestra escuela.

John saludó con deferencia al párroco.

—El honor es mío, reverendo Edwards. En realidad he venido a traerles a un caballero que he encontrado cerca de aquí.

Y diciendo esto, extendió la mano hacia su espalda, de donde apareció Andrew para alivio de su hermana y decepción de Anna. Así pues, él no había acudido por ella. La intervención del reverendo fue de nuevo recibida por ella con gratitud.

—Oh, así que este granuja ha decidido acudir por fin a la escuela. Ven, siéntate allí con Michael. —Se acercó para tomarle del hombro y conducirlo hacia el banco señalado. Luego se dirigió de nuevo a John—. Milord, le agradecemos que se haya tomado tantas molestias por este chico.

John aceptó el agradecimiento y dio un paso atrás. Al percatarse de su intención de salir, Anna se apresuró a intervenir. Por mucho que aquel hombre alterara sus nervios, aún le quedaba suficiente sentido común para comprender que aquella era su única oportunidad de conseguir ayuda para la escuela.

—Espero que, puesto que ya está aquí, pueda quedarse con nosotros hasta el final de la clase y comprobar los progresos de los alumnos. Sería muy motivador para todos nosotros.

Aunque pretendía mostrarse indiferente, había empleado un tono ligeramente retador, que fue respondido por el lento comienzo de una sonrisa en el rostro de John.

—Pues entonces continúen, por favor. Estaré encantado de contribuir a su... *motivación* —contestó sentándose en la silla que le ofreció el reverendo.

Anna se sintió aliviada, pero no se le escapó la entonación con que pronunció la última palabra, y alzó la vista dudosa; sin embargo, no encontró en la risueña expresión de John ningún atisbo de burla. La cálida sensación de que aquella sonrisa era solo para ella burbujeó en su corazón unos instantes, antes de desecharla con dolor. Intuía que él habría mirado así a infinidad de mujeres antes que ella, todas mucho más hermosas, sofisticadas y experimentadas, acostumbradas a flirtear con caballeros sin poner en riesgo sus afectos. Pero ella no era así, no sabría defender su corazón si se exponía a su encanto. No podía volver a pasar por aquello. No quería.

Con esa determinación, intentó reunir todas sus fuerzas para conseguir centrarse en la lección que estaba explicando. Al fin y al cabo, había vivido muchos años conservando la compostura y escondiendo sus sentimientos, a pesar de los gritos de su corazón. Algo más reconfortada, pidió a Edna que intentara de nuevo leer en alto su cartilla. Y poco a poco, mientras escuchaba a la niña leer todas las palabras sin detenerse, y los muchachos mayores resolvían con corrección el problema planteado, el orgullo de lo que estaban consiguiendo le distrajo de los oscuros ojos que, desde el fondo de la sala, no se apartaban de ella ni un momento.

Al cabo de media hora, John Sinclair se sentía claramente incómodo. Y eso no se debía a la rigidez de la silla en la que estaba sentado. Llevaba ese tiempo contemplando el funcionamiento de aquella humilde clase, si es que merecía recibir ese nombre el dispar grupo de alumnos que leían, sumaban y rezaban a diferentes intervalos. Y no sabía qué pensar.

Estaba sentado al fondo de la sala, a espaldas de todos salvo de Anna Hurst y el reverendo. Era una posición perfecta para observar cuanto quisiera sin molestar, pero la alegría que flotaba en el ambiente, la falta de pretensiones y la sencilla naturalidad de los asistentes le hacían sentirse como un intruso que no tuviera derecho a estar allí. Era todo tan diferente del abigarrado mundo en que se movía, de las conversaciones artificiosas y vacías que escuchaba noche tras noche, que el contraste le hacía sentir aún más vacío e irritable. Oh, cómo se habría burlado Caro de poder verlo así. Y Julia... Julia le reprocharía su morbosa atracción por la vulgaridad, como a veces lo describía. Aquella clase solo le estaba haciendo consciente de una dolorosa sensación de desamparo que no comprendía, y a la que no se quería enfrentar.

Y luego estaba ella. Anna Hurst. Le costaba apartar la mirada de su figura, y eso lo desconcertaba. Se decía que no era tan bella ni sofisticada como Julia o como la dama rubia, delicada como una porcelana, que se había dedicado a flirtear con él en el baile de los Henderson la semana anterior a la muerte de su madre. Pero Anna Hurst le atraía de una forma extraordinaria, algo que la sofisticación de las damas de Londres no solía conseguir. Y aquellos momentos observándola solo habían contribuido a reforzar la atracción. Porque, absorta en lo que estaba haciendo y apasionada por ello, su figura transmitía una fuerza y una determinación que cortaban la respiración de John. Y cada vez que sonreía a aquellos muchachos, su cara se iluminaba con una luz que provenía de su interior, y que tocaba a quienes la rodeaban. Cada vez que su risa cristalina subrayaba el acierto de algún alumno, John quería alargar la mano y tocar su mejilla, dibujar el contorno de su sonrisa y atraerla hacia sí para besar su blanco cuello, sus labios, y llevarse consigo un poco de aquella calidez que parecía inundarlo todo.

Pero aquello era imposible; lo que él podía ofrecer solo conseguiría apagar

aquella luz vibrante en sus ojos. Debía dejarla en paz.

Él no tenía derecho a intentar llenar su vacío interior con su calor. Lo único que podía hacer por ella tenía que ver con la escuela. Eso sí podía hacerlo. Luego, se iría a Londres de una vez, donde Julia o cualquier otra dama casada y hastiada compartirían su vacío con él. Tendría que vencer el tremendo egoísmo que le impulsaba a querer estar cerca de ella, pero lo haría.

Solo cuando el reverendo dijo a sus alumnos que la clase había acabado, apartó la mirada de ella y salió de la sala en silencio. Sabía lo que debía hacer, y una vez que todo estuviera en orden, se iría de Surrey.

—Ha sido una gran suerte que lord Lisle encontrara a Andrew y lo trajera, ¿verdad?

Anna asintió sin decir nada y terminó de ordenar el material que había sobre la mesa. El reverendo continuó sin darle importancia a su mutismo.

—Ahora que ha visto la escuela, tal vez cambie de opinión. Era lo que tú pretendías, ¿no es cierto?

Anna asintió de nuevo. Luego se dirigió hacia la estufa para apagarla.

—Anna, ¿te pasa algo?

Ella había terminado sus tareas y no quedaba nada en lo que escudarse para evitar la mirada del reverendo. Suspirando, se incorporó y le miró con indefensión.

—Nada, ¿qué podría sucederme?

—No lo sé... —Se ajustó las gafas a la nariz y posó en ella la mirada con fijeza, haciéndola sentir incómoda—. Pareces inquieta.

—Porque lo estoy. —Se quitó el delantal blanco que llevaba colocado y lo dobló y depositó sobre la mesa—. Necesitamos que el vizconde se haya llevado una buena impresión de la escuela. Y al menos que recuerde la cara de estos chicos cuando tenga que decidir si nos ayuda o no.

—Ya, pero no creo que sea eso. Estaba convencido de que detestabas al vizconde, pero hoy no me ha parecido que fuera así. ¿Has cambiado de idea? —preguntó con suavidad, mientras tomaba la llave y la esperaba junto a la puerta.

Anna se sobresaltó al escucharlo. Había sido cuidadosa en no mencionar nada de sus encuentros con el vizconde, pero el reverendo siempre parecía saber algo más.

—En realidad no le conozco lo suficiente para detestarlo... —contestó procurando adoptar un tono de ligereza—. Aunque debo reconocer que hoy ha sido muy amable al traer a Andrew.

Intentó evitar su mirada, mientras alcanzaba el pomo de la puerta. A veces, viéndole renquear con su paso lento o distraerse en sus divagaciones, resultaba fácil olvidar lo perspicaz que era aquel hombre. Pero no eran muchas las cosas que escapaban a su conocimiento, al menos relativas al alma. Lo que sucedía era que hacía tanto tiempo que no había nada que conocer en su alma, que casi lo había

olvidado.

Cuando la puerta quedó cerrada, Anna le tomó del brazo y le ayudó a bajar con cuidado las escaleras. Iba mirando el espacio que pisaban, y al volverse hacia el reverendo para comentar algo, su expresión de profunda satisfacción la dejó desconcertada. Siguió la dirección de su mirada, y de nuevo su corazón comenzó a latir desenfrenado. A la izquierda de las escaleras, lord Lisle esperaba apoyado en el respaldo del banco de piedra situado a la entrada del cementerio. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y un tobillo descansando sobre el otro, en relajada postura. Anna bajó la mirada, simulando tener cuidado con el camino que trazaban. No le había visto abandonar la clase, y al terminar y despedir a sus alumnos la desilusión de nuevo había enturbiado su ánimo. Pero ahora estaba allí, a todas luces esperándoles, y por enésima vez su corazón se desbocaba ante su vista. El reverendo se soltó del brazo de Anna para dirigirse a él.

—Milord, le reitero nuestro agradecimiento por su benevolencia al venir hoy a nuestra humilde escuela. Espero que le haya complacido lo que ha visto aquí.

—Mucho, reverendo. Mucho... —dijo con aprobación, volviéndose hacia Anna. Pero ella no levantó la vista, aparentemente ocupada en alisar alguna inapreciable arruga de la falda. Se giró de nuevo hacia el reverendo—. En realidad, me ha gustado tanto que quería hablar con... ustedes de algunas ideas que tengo.

Anna fue muy consciente de la sutil inflexión que aquel hombre imprimió en la frase, pero la reacción del reverendo la pilló por sorpresa.

—Por supuesto, milord, aunque espero que sabrá disculparme si dejo que plantee sus ideas a la señora Hurst. Los domingos son días que me resultan agotadores, y a fin de cuentas, ella es quien organiza la escuela. Yo no tengo apenas intervención. Si me disculpan, mi almuerzo me espera. Deseo que puedan ponerse de acuerdo en sus ideas, si eso beneficia a estos chicos.

Y, sin esperar respuesta, se alejó camino a su casa, al paso más ágil que Anna le hubiera visto en mucho tiempo. No podía dar crédito a lo que había sucedido, y abochornada se preguntó si era posible que el reverendo supiera algo sobre sus encuentros. Aún seguía viéndolo avanzar por el camino, a punto de llegar a la rectoría, cuando la voz grave del vizconde, cercana a su oído, la hizo volverse.

—Tal vez usted también esté deseando volver a su casa.

Por un breve momento, al encontrar su mirada, Anna pensó lo fácil que sería perderse en aquellos ojos profundos y oscuros. Pero no volvería a ponerse en evidencia, se recordó, dando un paso atrás para poner distancia entre ellos. Eso la hizo sentir dueña de sí misma, y fue capaz de responderle con tranquila cortesía.

—No tengo prisa, milord.

—Tal vez le esperan Andrew y su hermana para el almuerzo —aventuró.

—¡Oh! Así que sabe que viven conmigo —exclamó con cierta sorpresa—. No,

hoy han acudido a la casa de la señora Child, así que almorzaré sola.

—En ese caso, permítame que la acompañe hasta su casa mientras le expongo mis ideas.

Anna miró en derredor, sorprendida por el ofrecimiento. No había nadie, ninguna excusa a la que asirse. Aferrándose a lo único que vio, señaló hacia su espalda:

—Su caballo...

Una chispa de diversión asomó a los ojos del vizconde, que no se giró hacia su montura.

—No se preocupe, no creo que él tenga otros planes. Además suele venir de las riendas cuando se lo pido. Es un ejemplar realmente inteligente, ¿no le parece? —Hizo una pausa, al observar la vacilación de ella, y continuó con voz serena—. Aunque acaso no esté interesada en escuchar mis ideas...

La expresión de su rostro era amable. Anna no sabía cómo rechazar su invitación sin ser descortés, y además se dijo que sería muy egoísta por su parte no atender a mejoras en la escuela solo porque la sonrisa de aquel hombre despertara en ella alocadas ideas. Se había propuesto olvidar sus ridículas ilusiones acerca de él, y sabía que caminar juntos y solos no era el mejor modo de lograrlo, pero decidió que podía tomarlo como una prueba de su fortaleza y determinación. Así que colocando las manos a la espalda comenzó a andar, volviendo levemente la cabeza hacia él a modo de invitación.

—Gracias por permitirme acompañarla —comenzó con aquella voz profunda que tensaba los nervios de Anna como si fueran una cuerda de violín—. En primer lugar, señora Hurst, creo que le debo una disculpa en relación a los hermanos Alcott. Reconocerá que la primera vez que me comentó el tema, las circunstancias eran un tanto inusuales y me temo que no presté suficiente atención a lo que explicó.

—Ciertamente lo eran —corroboró, sintiendo un acceso de rabia al recordar la imagen de la mujer pelirroja a medio vestir.

—Sin embargo —prosiguió—, bien es cierto que yo debería haber estado más al corriente de los asuntos de mi propiedad. Y después de eso, no he dispuesto del sosiego necesario para considerar el asunto de manera adecuada.

—Sí, ya comprobé que no ha tenido dificultades para mantenerse ocupado en la propiedad. —Al instante se arrepintió de su tono irónico: aquel hombre podía obtener la equivocada impresión de que estaba celosa. Cosa que era una absoluta tontería, por supuesto.

John Sinclair inclinó un poco la cabeza hacia ella con curiosidad, pero Anna continuó observando el camino.

—Sí, podría decirse así —reanudó su explicación con tranquilidad, tras percatarse de que ella no iba a añadir nada—. El caso es que hoy he hablado con Andrew, y he obtenido otra visión del tema. En mi descargo, y aunque no pretendo que sea una

excusa, debo señalar que, sabiendo que su hermana se ofrecía a ocuparse de ellos, me pareció que reunirse con la familia era lo natural y lo mejor para todos, dada su orfandad.

—Celebro saber que valora tanto la institución familiar.

—Lo cierto es, señora Hurst, que respeto profundamente la institución familiar. Eso no quiere decir que me agraden todas las familias que conozco. Pero volviendo al tema de los hermanos Alcott, déjeme decirle que comparto su opinión de que ocuparme de ellos es ahora mi responsabilidad.

—¿Ah, sí? —se detuvo en seco, sorprendida.

—Sí. Por ello me gustaría que Eliza pudiera entrar a formar parte del servicio de mi casa. Si ella está de acuerdo, claro.

—Claro.

Anna fijó la mirada en el manto de margaritas que salpicaba los prados a lo largo del camino. Ahora que el vizconde ofrecía lo que ella había exigido, sentía una extraña sensación agri dulce. Aún pensativa, volvió su rostro hacia él.

—¿Y Andrew?

—Bueno, me temo que el caso de Andrew es un poco diferente.

Anna entornó los ojos, presa de la sospecha.

—¿No pretenderá separar a los hermanos? —le espetó beligerante.

La diversión brilló en los ojos de John, que sin embargo conservó la seriedad al responderle.

—¿Le han dicho alguna vez que tiene un carácter endiablado?

—Eso no es un cumplido —apuntó molesta.

—No, es un hecho —comenzó a sonreír—. Aunque tampoco me parece un grave defecto. Pero, por favor, deje que me explique y no se enfade conmigo hasta oír todo.

Disgustada consigo misma y apretando los dientes, se puso en marcha de nuevo. Se había puesto en evidencia ante el vizconde, y por alguna razón le desazonaba la idea de que él pudiera ver alguno de sus muchos defectos.

John la siguió, aún sonriendo.

—Lo que sucede con la situación de Andrew es que conecta con mi siguiente propuesta, relativa a la escuela. Verá, tengo que admitir que ha hecho un trabajo excelente con esos chicos, pero aprecio ciertos defectos en la concepción de la misma que limitan la eficacia de lo que pretende.

Anna abrió los ojos, estupefacta. Aquello era el colmo. Que aquel hombre negligente que no se había ocupado de su propiedad en años se atreviera ahora a criticar la escuela era lo que le faltaba. Claro que era una escuela con muchas limitaciones y si ella pudiera la organizaría de otra manera, pero ¿con qué medios? Mejor lo que habían hecho que nada, se dijo con rabia. Y que fuera aquel hombre — que pese a contar con medios y poder suficientes para mejorar tantas cosas prefería

no mover un dedo— quien se dedicara a criticar su pequeña obra iba más allá de lo tolerable. Apretó el paso con furia y se obligó a contar mentalmente antes de explotar.

—¿Es que no me va a decir lo que piensa de mí?

Anna se volvió hacia él con la indignación reflejada en el semblante. Había escuchado la risa contenida en su voz. Perfecto; no contento con criticarla, se estaba burlando de ella.

—¿Es que acaso quiere que le diga lo que pienso de usted? —espetó con lentitud, en un tono venenoso.

Para terminar de irritarla, John Sinclair desplegó aquella irreverente sonrisa que le hacía perderse en ensoñaciones. Afortunadamente para ella, esta vez estaba demasiado enfadada como para sucumbir a su embrujo.

—Solo si es lo que yo quiero que piense de mí.

Su descaro acabó con la paciencia de Anna, que colocó los brazos en jarras y, olvidando sus propósitos y toda precaución, se encaró a él echando chispas por los ojos.

—¿Está flirteando conmigo? —lanzó, pero al instante se arrepintió de haberlo hecho. Paralizada, comprendió que le había dado la oportunidad perfecta de ponerla en su sitio; solo necesitaba reírse de aquella idea y tacharla de imaginaciones suyas. Al fin y al cabo, ya una vez le había dicho burlándose que no estaba interesado en ella, recordó con una punzada de dolor.

Contuvo el aliento con el corazón desbocado, esperando que su risa la hundiera en los abismos de la más absoluta vergüenza. Pero no se rio. Al contrario. Repentinamente serio, se inclinó hacia delante y tomando su mano enguantada, depositó un ligero beso sobre ella.

—Discúlpeme, es una maldita costumbre que aquí está fuera de lugar.

Esta vez, Anna no retiró la mano de forma inmediata, sino con lentitud. Entre maravillada y asustada, se preguntó qué poder era aquel, que con solo una frase desvanecía por completo su enfado.

—Quiere decir que no poseo la sofisticación necesaria para jugar a estos juegos —replicó con un tono falsamente frívolo, mientras un dolor familiar que creía enterrado para siempre ascendía por su garganta, haciendo que le costara un gran esfuerzo tragar saliva.

—No. Quiero decir que es demasiado verdadera para merecer ser sometida a estos juegos —afirmó él con solemnidad, incorporándose y quedando muy cerca de ella.

Anna sintió que le faltaba el aire. Por un momento temió que él fuera a besarla. Lo temió, lo deseó, se odió por sentir aquella necesidad de sus labios, se sintió exultante ante la expectativa de besarlo... La cabeza le daba vueltas, y no supo qué mínima parte de sentido común apareció para devolverle a la realidad y hacerle dar un paso hacia atrás, temblando.

John Sinclair también pareció despertar de algún hechizo. La tensión se dibujó en su rostro, en sus ojos más oscuros que nunca, en su mandíbula tensa y el rictus de su boca, con los labios fuertemente apretados.

«Discúlpeme, por favor». El sonido llegó hasta Anna a través de sus nervios crispados, y casi le provocó una carcajada no saber si debería disculparle por estar a punto de besarla o por no haberlo hecho. «Debo estar volviéndome loca», pensó.

—Discúlpeme, por favor. Sé cuánto le importan los hermanos Alcott y debería haberle explicado cuanto antes lo que pretendo.

En su estado de agitación, Anna se dio cuenta de que estaban a punto de llegar a su casa. Eso le dio las fuerzas para adueñarse, de nuevo, de sus reacciones.

—Se lo agradecería, milord. Ya casi hemos llegado.

John Sinclair miró en derredor y pareció sorprendido de encontrarse a tan solo unos metros de la verja de entrada.

—Bien, supongo que no hay tiempo de entrar en detalles, pero por supuesto que no pretendo separar a los hermanos. Mi intención es que Andrew se aloje en Hertwood Manor, pero al contrario que a su hermana, no le buscaré ocupación en el servicio de mi casa.

—¿No? —preguntó Anna, confusa—. Pero entonces, ¿qué...?

—Quiero decir, le buscaré una ocupación que le permita acudir a la escuela.

—No comprendo. En realidad, cualquier ocupación le permitiría...

—No me estoy explicando en absoluto. —Se pasó la mano por el cabello con frustración, desordenándolo y haciendo que un mechón cayera sobre su ceja, mientras la mirada de Anna seguía el movimiento de su mano como hipnotizada—. Lo que quería decirle desde el primer momento es que creo que la escuela de Halston no debería ser una escuela dominical.

—¿No? —repitió de nuevo, aún más confusa.

—No. Creo que deberíamos hacer que la escuela funcionara de lunes a sábado, todos los días, y ampliar la formación que los niños reciben. El domingo, si le parece bien, podría impartir clases de lectura a los adultos que lo deseen. ¿Estaría de acuerdo?

«Estar de acuerdo...». Anna alargó su mano hacia la verja de entrada para apoyarse. No podía creer la propuesta de lord Lisle. Ella no se había atrevido a soñar algo así. Se hubiera conformado con algo de ayuda para comprar algunas mesitas, nuevas cartillas, un ábaco nuevo, una pizarra... Y lo que el vizconde le proponía iba mucho más allá de eso.

—¿Me permitirá que la llame Anna?

El sonido de su nombre en sus labios acarició suavemente su alma, haciendo surgir una dolorosa necesidad que no estaba segura de entender. Él continuó hablando en aquel tono bajo y sensual que estaba acabando con sus defensas.

—Y me haría feliz si usted me llamara Lisle, como mis amigos... O tal vez John, si lo prefiere.

—No estoy segura. —Aturdida, escuchó su propia voz como si viniera de lejos—. No me parece adecuado.

—Por favor, *Anna*. Como amigos.

Y ella supo, con la certeza de una revelación, que la gravedad de su mirada la haría ceder antes incluso que su sonrisa, y que si se sumergía en ella estaría totalmente perdida.

Cuando él se despidió con un nuevo beso en su mano y se alejó al galope en su montura, Anna fue consciente de que su mente giraba disparatada entre dos ideas. La primera era que besarle la mano parecía haberse convertido para el vizconde en una costumbre. Y la segunda, que no era capaz de comprender por qué sentía más decepción que alegría ante sus últimas palabras. Ser amigos ya era mucho más de lo que habría podido esperar. Entonces ¿por qué se sentía tan decepcionada?

—¡Eres un estúpido! —bramó enfurecido el hombre sentado de espaldas junto a la chimenea encendida.

—¡El estúpido eres tú! Estás atrayendo la atención de la gente —siseó su acompañante, haciendo un gesto hacia las mesas situadas a lo largo de la pared de la taberna, donde algunas cabezas curiosas habían comenzado a volverse hacia ellos—. Baja la voz y tranquilízate. Todo salió como queríamos, así que ¿a qué viene esto?

Ambos hombres quedaron en silencio unos momentos. Los curiosos, viendo que aquella discusión no parecía que fuera a acabar en pelea, perdieron interés en ellos.

—Pero estuviste a punto de echarlo todo a perder por ese maldito anillo —exclamó algo más calmado—. Te dije que no te expusieras a ningún riesgo, y solo a alguien tan estúpido como tú se le habría ocurrido perder tiempo intentando robar un sello que no habría podido vender.

—Bueno, me pareció que un ladrón de verdad no habría dejado esa joya, y no es culpa mía que aquella arpía fuera armada —protestó molesto, echándose hacia atrás en la silla hasta tocar la pared—. Y además, al final no pasó nada.

Su acompañante no pareció aplacarse con aquella explicación. Al contrario, sus ojos adquirieron un brillo peligroso al hablar de nuevo.

—Oh, claro que no pasó nada, pero si llegas a caer del caballo o te hubiera acertado, a estas horas estaríamos cómodamente alojados en Horsemonger Lane, esperando nuestro turno para colgar al viento.

El hombre tragó saliva con dificultad.

—Pero no me dio y pude controlar al caballo. —Cruzó los brazos sobre el pecho, con terquedad—. Además, he estado estos días fuera de Hillbury como tú dijiste. Todo ha salido bien.

—Supongo que sí... —Dio un largo trago a su cerveza y se quedó contemplando el círculo de espuma que se cerraba de nuevo sobre la superficie—. Pero me da mala espina. ¿Sabías que los mocosos viven ahora en casa de la arpía?

—No. —Él también bajó la jarra que estaba apurando—. Pero a nosotros nos da igual lo que hagan, ¿no?

Su mirada interrogadora encontró el rostro pensativo de su acompañante.

—No lo sé, pero no me fío. Esperaba que pronto estuvieran lejos de aquí. Creo que tendrás que hacer otro trabajillo.

—¡Eh! —protestó el otro, molesto—. Dijiste que con el libro todo estaría resuelto.

—Quiero asegurarme de que no haya nada más. Tendrás que pasarte por la granja de esos mocosos una noche de estas. Y cuanto antes mejor —se levantó y arrojó un par de monedas sobre la mesa—. Toma otra cerveza si quieres, pero esta vez no me falles. Nada de improvisaciones sobre la marcha. Entra de noche, y llévate cualquier cosa que encuentres que tenga que ver con las obras. Te enviaré un mensaje en cuanto pueda reunirme de nuevo contigo.

Y se dirigió a la salida, mientras su acompañante rezongaba, enfadado.

—¡Que yo no falle! El plan era tuyo, ¿recuerdas?, fácil y sencillo, dijiste...

—No me importa si te gustan o no las coles, Andrew. Tienes que acabarlas.

Andrew no pareció muy impresionado por el tono imperioso de la voz de Bess, pensó Anna. Tamborileó con impaciencia en la mesa, mientras veía al niño llevarse una col a la boca con mueca de disgusto. A ese paso, no iba a acabar nunca. Estaba esperando que todos pasaran al salón tras la cena para contar a Eliza el ofrecimiento de lord Lisle. No había sido capaz de decírselo en todo el día, pero debía hacerlo.

Era la solución perfecta, mejor incluso de lo que ella había soñado. Pero desde que se había despertado aquella mañana, había ido retrasando una y otra vez el momento de decírselo. Era extraño. Debería haber estado ansiosa por compartir con ellos las buenas noticias, así que ¿por qué no lo había hecho?

Pero en realidad sí sabía por qué, reconoció con descarnada lucidez. No era lo que tenía que contar lo que le secaba la boca; era que tendría que explicar su encuentro con el vizconde, y no sabía si podría hacerlo sin que la voz le traicionara. Desde que había despertado, se había recreado una y otra vez en el momento en que él se había incorporado, tras besar su mano, y ella había deseado con todas sus fuerzas que la abrazara. Mientras desayunaba. Mientras paseaba por los prados circundantes. Mientras tomaba la aguja para recomponer una tapicería. Había atesorado su recuerdo en silencio, como si temiera que al compartirlo se desvaneciera la magia que le calentaba el alma.

El pescozón que Eliza propinó a su hermano no la inmutó. Aún escuchaba su nombre en sus labios. *Anna...* Suave como una caricia, un susurro que se deslizaba por sus sentidos haciéndola estremecer de placer. Andrew protestó al coger las últimas coles. Eliza se burló de él. Ella siguió pronunciando mentalmente: *Lisle... John.*

—Pero ¿qué te pasa hoy? —gruñó Bess, mirándola como si estuviera enferma.

—No me pasa nada. —Con un sentido suspiro, volvió a la realidad. Tendría que hacer un esfuerzo y separar las noticias de la ensoñación. Él la había hecho sentir viva en aspectos que creyó haber enterrado, pero su sentido común decía que hubiera sido mejor no haber despertado esos anhelos—. Simplemente, tengo mucho en qué pensar.

—Es por nosotros, ¿verdad? —preguntó Andrew, inquieto—. Porque le damos mucho trabajo.

Anna parpadeó sorprendida.

—¿Por vosotros? ¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—No lo sé —contestó sin mirarla, removiendo con el dedo las migas caídas junto a su plato—. Porque desde que ayer me escapé está... rara.

—No es por vosotros... Es decir, tiene que ver con vosotros pero no es que vosotros tengáis que... ¡Oh! —Suspiró rindiéndose—. Sí, tengo algo que deciros, pero son buenas noticias.

Tres pares de ojos se la quedaron mirando fijamente.

—Ayer, al acabar la escuela, tuve una pequeña charla con lord Lisle.

Se preguntó si el calor que sentía en las mejillas sería visible para los demás.

—¿Sobre nosotros? —aventuró Eliza, rompiendo el silencio.

—Bueno, hablamos de la escuela, pero sí, también me habló de vosotros. Veréis, el vizconde ha sido puesto al corriente de vuestra situación, y ha decidido que paséis a tener una ocupación en su propiedad.

Bess, de pie tras Eliza y Andrew, levantó las cejas de forma ostensible.

—¿Ahora ha sido puesto al corriente?

—Eso parece —respondió escuetamente, evitando la mirada de la mujer—. El caso es que me dijo que desea que tú, Eliza, pases a formar parte del servicio de su casa, y tú también, Andrew, aunque quiere que de momento sigas acudiendo a la escuela.

Los ojos de Andrew brillaron de expectación.

—¿Y podré encargarme de ese bonito caballo que tiene lord Lisle?

—No lo sé. No me dijo en qué tipo de ocupación estaba pensando. Pero lo importante es que los dos podréis seguir juntos y no tendréis que ir a Manchester.

El niño palmoteó con satisfacción, dirigiéndose a su hermana.

—¿A que es fantástico, Eliza? El vizconde es un tipo estupendo, y sabe trepar a los árboles casi mejor que yo. Es muy fuerte. Y estoy seguro de que dejará que me ocupe de *Thor*, y... —Se interrumpió al ver las miradas asombradas de las mujeres.

—¿Qué es eso de que sabe trepar a los árboles, Andrew? —le interrogó Bess—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Oh... —Miró hacia su plato, azorado—. Lo sé, eso es todo.

—Me parece —Anna frunció el ceño— que alguien no nos ha contado todo sobre su encuentro de ayer.

—Sí, yo estaba a punto de decir lo mismo —apuntó Bess. La ironía contenida en su voz hizo que Anna levantara la vista, para encontrar fija sobre ella una mirada inquisitiva. Tras un par de segundos, Bess se giró de nuevo hacia la pila de platos que estaba recogiendo.

«Genial», pensó enrojeciendo hasta la raíz del cabello.

Entonces se dio cuenta de que la muchacha no había dicho nada aún. No parecía particularmente feliz.

—Eliza, estás muy callada —se dirigió a ella, sobresaltándola—. Eso soluciona la situación, ¿no crees?

—¡Claro! —exclamó, levantando sorprendida la cabeza—. Sí, por supuesto. Estaba algo distraída, pero sí. Por supuesto.

Aquel era el por supuesto menos creíble que Anna hubiera escuchado nunca. Comprendió que algo no andaba bien, pero decidió esperar a que el niño se retirara para hablar del tema. Los hermanos salieron delante de ella hacia la sala, y Andrew pidió permiso para subir a su cuarto. Eliza meneó la cabeza.

—Seguro que va a leer su libro sobre caballos. Está tan entusiasmado que nos provocará a todos dolor de cabeza, ya verá.

Ambas se sentaron junto a la chimenea. El fuego se reflejaba en el rostro grave de Eliza, suavizando sus pecas y haciéndola parecer mayor. Anna observó que retorció sus dedos, inquieta.

—Eliza, quería hablar de lo que he dicho antes. No me ha parecido que te hiciera muy feliz la propuesta.

La joven bajó la cabeza.

—Creo que debemos irnos a Manchester —se limitó a decir.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Porque me parece lo mejor.

—Pero Eliza, la propuesta del vizconde es lo que queríamos. ¿Por qué os iríais, ahora que por fin todo se resuelve?

—Yo nunca quise que viviéramos en Hertwood Manor.

Anna sopesó aquella respuesta en silencio. Aquello era extraño. Eliza era una chica sensata, que nunca se había negado a trabajar todo lo duro que fuera necesario, que sabía cuál era su lugar y su posición. No era posible que no apreciara la bondad de la oferta del vizconde.

—No lo entiendo. ¿Acaso no quieres trabajar en una casa? ¿De veras crees que preferirías el trabajo de las hilaturas?

—No. No me disgusta trabajar en una casa, ni prefiero una ciudad donde Andrew no podrá respirar bien si enferma de nuevo. No es eso.

—Pues entonces, por favor —se inclinó hacia ella para tomar su mano con cariño—, dime qué sucede. Verás, no te he explicado esto aún, pero el vizconde pretende mejorar la escuela y que los niños acudan toda la semana, y no solo el domingo. Aún no sé nada de cómo va a organizarlo, pero sí sé que quiere que Andrew acuda. Me parece un ofrecimiento muy generoso por su parte. Y una oportunidad muy buena para Andrew. Así que tendrás que explicarme algo más, si aún quieres irte a

Manchester.

—¡Oh! —se sorprendió Eliza, con la indecisión reflejada en su expresión—. Oh, eso sería estupendo para Andrew. Eso lo cambia todo, supongo.

—¿Supones? —Se puso seria—. Eliza, sé que pasa algo que no me has contado. Y no puedo ayudarte si no me lo cuentas. Dime de una vez qué sucede.

Con expresión compungida, la muchacha sacó de su bolsillo un pañuelo y se sonó la nariz. Luego inspiró hondo, como si le costara hablar.

—Es por el accidente de mi padre. No sé muy bien qué hacía a esas horas de la noche en el granero, pero sé que estaba preocupado y algo no andaba bien.

El aparente cambio de tema sorprendió a Anna. La muchacha prosiguió.

—Unos días antes de que muriera, le oí discutir fuera de la casa con alguien. Mi padre decía que al final, todo se sabría, que todos conocerían lo que estaba haciendo. No oí la contestación del otro hombre, pero cuando salí, ya se había ido. Mi padre vino corriendo y me metió en la casa. Le pregunté qué sucedía, pero no quiso responderme. Solo me dijo que me alejara de Hertwood Manor. Y unos días después, murió.

La chica elevó hacia Anna unos ojos llenos de lágrimas.

—Así que, ya ve, puede que solo fuera una coincidencia, pero tengo miedo de que le pueda pasar algo malo a Andrew si vamos allí.

La sorpresa de Anna se reflejó en su semblante.

—Pero tu padre murió por un larguero desprendido, cariño. Solo fue un caso de mala suerte. Además, Hertwood Manor está lleno de gente, ¿qué podría pasarle a Andrew allí?

Eliza apretó los labios. No habló, pero introdujo la mano en el bolsillo de la bata y sacó un pequeño cuaderno cuyas tapas estaban muy desgastadas. Se lo entregó a Anna.

—Esta libreta estaba entre las cosas de mi padre. No comprendo bien lo que significan las anotaciones que contiene, pero verá que hay una hoja donde figura la palabra «granero» y luego hay muchos números.

Anna abrió la libreta. Efectivamente, contenía una lista de obras y ante cada anotación aparecían diferentes palabras y cifras. Drenaje, cerca, travesaños, carpinteros... Frunció el ceño.

—Parece que tu padre vigilaba de cerca las obras de Hertwood Manor. Quién sabe qué estaría buscando...

Observó a Eliza con detenimiento. La joven no había mostrado ninguna reacción ante las palabras de Anna, y esta sospechó que sabía más de lo que decía.

—Me estaba preguntando si en realidad tu padre no te contó algo más sobre las obras de Hertwood Manor. ¿Crees que se refería a esto cuando dijo que os alejarais de la gente de la propiedad?

Eliza se encogió de hombros y guardó el pañuelo.

—Es lo que he pensado.

—No acabo de comprender si tu padre pretendía tener pruebas de que lord Lisle no se ocupaba de mantener la propiedad en el estado adecuado, o de que las obras encargadas no se realizaban conforme a lo convenido. En el primer caso, no veo qué propósito podía tener enfrentarse con su patrono. Si fuera lo segundo, en cambio, parece más lógico que quisiera reunir pruebas. Aunque lo cierto es que a mí estas cifras no me dicen nada.

Se levantó y comenzó a pasear, reflexiva, delante de la butaca.

—Creo que lo único que podemos hacer es llevar esta libreta al vizconde. Si tiene algún sentido, solo él puede comprenderlo.

Eliza la observó con escepticismo.

—Si se fía de él...

—Bueno, lo que no parece probable es que tu padre os previniera contra lord Lisle, cuando ni siquiera vivía en Hertwood Manor. Pero si te hace sentir más tranquila, podemos solicitarle que de momento os permita dormir aquí. Tendrías que levantaros todos los días muy temprano, porque no os costará menos de media hora acudir andando, pero si le explicamos las circunstancias, tal vez lo permita.

—Pero él no tiene por qué hacer algo así —apunto dudosa, pero más tranquila.

—No —concedió Anna—. Pero no perdemos nada por intentarlo.

Eliza emitió un hondo suspiro, y sonrió con timidez a Anna.

—Bueno, tal vez no sea necesario. Puede que usted tenga razón, y haya hecho una montaña de un grano de arena. Si el vizconde quiere que trabajemos para él, supongo que debería estar agradecida.

—Lo que pasa es que la muerte de tu padre ha sido un golpe muy duro, y es lógico que estés tan sensible. —Apretó su mano para infundirle ánimos—. Has sido muy valiente enfrentándote a la realidad por Andrew. Puede que trabajar en las hilaturas no esté tan mal, pero Susan ni siquiera pudo acudir al funeral de su padre. Eso me hace pensar cómo ha de ser la vida allí. Lamento tanto que cada vez más jóvenes deban irse a esas ciudades... Pero la vida es así, supongo. —Se levantó para avivar el fuego con el atizador—. Sin embargo, vosotros tenéis la posibilidad de continuar en vuestro pueblo, con vuestra gente. Eso me hace sentir muy feliz.

—A mí también. Pero protegería a Andrew con mi vida, si hiciera falta —afirmó con vehemencia.

Anna rio.

—Gracias al cielo que no va a hacer falta. Nadie va a hacer daño a Andrew, te lo prometo.

—Pase.

El administrador entró en la biblioteca de Hertwood Manor, dirigiéndose con decisión a la mesa situada ante los ventanales. Ya se había acostumbrado a ver allí al nuevo vizconde y despachar teniendo ante su vista los jardines de la casa.

—Buenos días, milord. ¿Deseaba verme?

—Buenos días, Hubbard. En efecto. He estado repasando las anotaciones que me entregó y todo parece en orden.

—Sabe que después del atraco no puedo garantizar la misma exactitud...

—Sí, sí —le interrumpió con impaciencia—. Pero me gustaría hablar con el señor... el contratista, ¿cómo dijo que se llamaba?

—El señor Jenkins, milord.

—Muy bien. Dígale que esté aquí el viernes.

—Con todos los respetos, milord —interrumpió incómodo—, ¿puedo preguntarle por qué quiere verle?

John enarcó la ceja ante la impertinencia de la pregunta, pero contuvo la acerada réplica que acudió a sus labios.

—Simplemente quiero saber cómo es posible que nadie se percatara de que la madera estaba en mal estado.

—En realidad la carcoma no se ve a simple vista —se apresuró a explicar su administrador—. Por eso es tan complicado saber en qué estado se encuentran las vigas. Cuando se instalaron...

John le cortó con impaciencia.

—El viernes, Hubbard.

—Sí, milord, pero como ya le he explicado...

—Hubbard, no insista en el asunto. Creo que he sido muy claro en mis deseos. Ahora deseo hablarle de otros dos temas.

El administrador apretó los dientes con fuerza mientras John Sinclair cerraba el cuaderno que tenía ante él.

—En primer lugar, quiero contratar a Eliza y Andrew Alcott en mi casa. No sé de qué se ocupan las muchachas de su edad, pero encárguese de comentarlo a la señora Pratt; ella sabrá qué es lo más oportuno. En cuanto a Andrew, hay que buscarle una ocupación que le permita disponer de algunas horas libres para acudir a la escuela. Supongo que él preferiría echar una mano en los establos, por supuesto, pero lo dejo a su criterio. Y eso me lleva al siguiente tema. Quiero intervenir en la escuela de Halston y hacer algunos cambios...

El administrador mantuvo un incómodo silencio. Comprendió que estaba presenciando el nacimiento de cambios que no le iban a gustar nada, y que le obligarían a tomar alguna decisión más pronto que tarde.

Anna tomó una de las botellas de la estantería situada a su izquierda, y con

cuidado la colocó bajo la espita del tonel de roble, abriéndola y vertiendo el líquido de color pajizo en la misma. Cuando terminó, la depositó en la estantería de la derecha, y continuó con la siguiente. Ya solo le quedarían unas diez, calculó. Aquel día hacía un calor inusual para marzo, y había decidido bajar al pequeño espacio soterrado que se utilizaba como bodega. Ahora que el buen tiempo se había asentado, era el momento de embotellar su sidra cuanto antes.

Habiendo calculado a la perfección, diez botellas después había terminado, y solo le quedaba taponarlas. Todo debía hacerse con movimientos suaves, delicados, sin ninguna manipulación brusca.

Oyó en la escalera, a su izquierda, los conocidos pasos de Bess. Su voz llegó a ella desde los escalones superiores.

—Anna, tienes visita.

Anna detuvo un momento el movimiento que estaba a punto de hacer, sorprendida. Bess sabía que para ella el embotellamiento de la sidra era un momento especial, casi litúrgico, que procuraba hacer a solas y en silencio. Esa noche había cuarto menguante, y era el momento adecuado. Y no podía dejarlo hasta acabar.

—Ahora no, Bess —negó casi en un susurro—. Aún no he acabado.

Pero aquella razón no pareció convencer a Bess.

—Preferiría no dejar al vizconde solo en la sala.

La mano de Anna se crispó sobre el tapón que estaba a punto de colocar.

—Y yo no puedo dejar las botellas sin taponar. Tendrá que esperar —dijo con toda la decisión que pudo, a pesar de que su corazón había comenzado a latir como loco. Él otra vez. Echó un rápido vistazo a la estantería. Acababa de empezar a taponar, y le quedaban casi cuarenta botellas. Unos ocho minutos con suerte.

Oyó los pasos alejándose, y se obligó a prestar toda su atención a la siguiente botella. Agarró el corcho, notando que sus manos temblaban ligeramente. «Concéntrate en lo que estás haciendo —se dijo—. No pienses en él y acaba».

Al cabo de unos segundos, oyó de nuevo las pisadas, pero esta vez no se detuvieron en la entrada. Estaba recriminándose no haber cerrado la trampilla cuando notó la diferente cadencia de las pisadas. En el mismo instante en que comprendió que no era Bess quien bajaba, la conocida voz profunda que erizaba sus nervios dijo a sus espaldas:

—En ese caso, creo que lo mejor será que la ayude a terminar.

Todas las terminaciones nerviosas de Anna se pusieron alerta. Notó que le faltaba el aire, como si la imponente presencia de aquel hombre en el pequeño espacio lo hubiera agotado.

—Silencio —reprendió antes de que él se moviera, sin atreverse a volverse, y continuó con la siguiente botella.

Él la observó sin hablar, ligeramente divertido. Cuando ella terminó y depositó la

botella ya cerrada junto a las demás, se colocó tras su espalda, rozándola ligeramente, y tomó una de las botellas abiertas para imitarla.

Anna estuvo a punto de dejar caer el vidrio, pero consiguió aguantar. Al cabo de pocos minutos, todas las botellas reposaban en la estantería de la derecha. Anna suspiró aliviada cuando pudo dirigirse a las escaleras para salir. Los movimientos de aquel cuerpo a su espalda, su respiración audible en el silencio de la bodega, el calor que irradiaba, habían hecho que todo su cuerpo temblara de pies a cabeza. La había pillado por sorpresa, sin poder preparar una defensa ante él. Y sentirse tan vulnerable la irritaba.

Cuando ambos salieron y estuvieron junto a la trampilla, situada en el pasillo que conducía a la antigua despensa, la cerró de golpe y se encaró con él, mientras se quitaba el delantal.

—Su conducta ha sido muy poco apropiada, milord —espetó con indignación—. No sé qué habrá pensado Bess.

—Yo tampoco, pero fue ella quien me condujo hasta aquí —replicó con tal calma que Anna sintió deseos de gritar, cosa que tal vez hubiera hecho de no haberse quedado sin palabras.

«Traidora», fue su único pensamiento coherente.

—Además, necesitaba que acabara cuanto antes, y me pareció que ayudarla era la única opción de que eso sucediera.

—Si hubiera querido ayuda, se la habría solicitado a Bess.

—Pero Bess me dijo que ella nunca le ayuda con esa labor. Parece que usted prefiere hacerlo sola.

—Exactamente. Sola. No *yo sola* con alguien a mis espaldas. ¿Lo comprende ahora?

Una sonrisa iluminó su rostro de una forma que Anna comenzaba a encontrar demasiado familiar.

—¿Sabe? Es usted una mujer realmente sorprendente. El otro día limonada, ahora sidra... —murmuró con expresión pensativa.

Apretando los dientes, Anna se dirigió a la sala, donde Bess estaba colocando dos vasos y una jarra de limonada, y la fulminó con la mirada, pero ella no pareció sentirse intimidada. Se sentó en la butaca, y lord Lisle en una silla frente a ella. Cuando ambos se quedaron a solas, fue él quien comenzó a hablar.

—Discúlpeme, pero creí que habíamos acordado ser amigos.

Otra vez esa palabra, pensó Anna con fastidio.

—Estoy segura de que, si reflexiona sobre ello, el hecho de bajar a una bodega sin haber sido invitado no le parecerá una conducta propia de amigos.

—¿No? —preguntó enarcando las cejas divertido—. Yo acudo a las bodegas de mis amigos con bastante libertad, e incluso les ayudo a vaciarlas, pero si es así, le

presento mis disculpas. Bess me dijo que no había inconveniente. Sin embargo tal vez haya sido una libertad excesiva por mi parte. Por favor, perdóneme.

La mirada profunda que posó en ella hizo que Anna se estremeciera. Su sentido común le gritaba que se apartara, que aquel hombre solo buscaba entretenerse de algún modo hasta que decidiera volverse a Londres. Y, sin embargo, la tentación de arriesgarse a comprobarlo era muy grande. Sobresaltada, se dio cuenta de que el esquivo atisbo que había creído obtener del interior de su alma jugaba contra ella; podía negar durante días, tal vez semanas, la profunda fascinación que sentía, pero al final acabaría por caer. Su única posibilidad era que él se aburriera del juego antes de que ella resultara herida. Tal vez, si resistía lo suficiente, consiguiera que fuera así.

—¿Está usted bien... *Anna*?

Escuchar su nombre en sus labios la sobresaltó. No era la primera vez, pero seguía resultando turbador. El corazón le palpitaba demasiado, pensó confundida. Tal vez él era capaz de verlo. Pero se recordó que era experta en encubrir sus emociones; eso era algo que había hecho durante muchos años. Si conseguía estar alerta, él no podría saber lo alterada que se sentía. Todo era cuestión de controlar sus palabras.

—Sí, milord, estoy bien. Simplemente, me ha sorprendido usted. Mucho.

Los ojos de él brillaron con picardía.

—Pero las sorpresas son la sal de la vida, ¿verdad? A mí, por ejemplo, me sorprende que usted no me llame por mi nombre, tal y como acordamos.

Había pedido perdón, pero no estaba arrepentido de nada, se dio cuenta Anna sorprendida por su descaro.

Decidió cambiar de tema.

—Ha dicho que necesitaba que acabara pronto. ¿Puedo preguntar por qué?

—Claro. Porque he traído mi carruaje, y quería que me acompañara a visitar un sitio.

Entonces Anna fue consciente del sonido de unos cascos sobre la grava. Fueron necesarios algunos segundos para que asimilara lo que había escuchado.

—¿Quiere... quiere llevarme *de paseo*?

—En realidad quiero que me acompañe a visitar el granero donde falleció el señor Alcott.

«Ah». Bueno, eso tenía sentido, decidió con sensatez, sin querer prestar atención a la sensación de decepción que acababa de sentir. Aquello demostraba que comenzaba a interesarse por la propiedad, y eso solo podía ser bueno para todos.

—Considero que sería más útil para usted que le acompañara el señor Hubbard —objetó, más para ganar tiempo que por convencimiento.

—Tal vez. Pero hoy mi administrador ha tenido que ir a Hillbury, y reconozco que no estoy muy seguro de dónde se halla el granero comunal. Le agradecería que usted pudiera indicármelo.

Bien, pues eso lo explicaba todo. Salvo su desilusión, pensó burlándose de ella misma. Se levantó con rapidez para avisar a Bess de que iba a salir pero él continuó hablando.

—Además, también quería pedirle que me haga el honor de cenar hoy en Hertwood Manor. Cuando terminemos, mi carruaje la traerá de vuelta a casa. Tengo algunas ideas sobre la escuela que quisiera discutir con usted.

Anna, que se hallaba cerca de la puerta, giró sobre sus talones con tal ímpetu que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Cenar en Hertwood Manor? ¿Hoy, con usted? —La sorpresa tiñó su voz de incredulidad.

—Si usted me hace el honor de aceptar. Lo he pensado mucho, y creo que le gustarán las propuestas que tengo para la escuela.

Anna sintió la sangre agolpándose en los oídos, indecisa. Su sentido común sabía que aquello no era buena idea, que ellos no eran amigos ni podrían serlo, pero la extraña atracción que sentía por él acallaba esas palabras. Y por primera vez desde que había conocido a John Sinclair se dio cuenta de que estaba asustada. Durante los seis años que habían transcurrido desde la muerte de Phillip su vida se había mantenido dentro de los correctos límites que la sociedad prescribía para una viuda de buena educación, pocos medios y cierta edad. La única pasión a la que había sucumbido era su implicación con la escuela. Todo había sido predecible, pero seguro y resguardado. Sin embargo, desde que él había aparecido, una vaga sensación de ahogo ensombrecía su hasta entonces apacible vida.

Contempló el radiante día a través de la ventana, y pensó en su ordenada vida como era ahora, y también como seguiría siendo cuando aquel hombre decidiera seguir su camino: la escuela donde todos los años acogería nuevos alumnos y despediría a otros, el cuidado de su jardín, las ocasionales veladas con las Wentworth, tal vez algún baile en Hillbury... La sidra en otoño, los inviernos aislada, los cuidados de su jardín en primavera, los largos paseos en verano por los campos circundantes... Así año tras año. Todo lo que había conseguido que fuera su vida. Todos los resultados de sus esfuerzos. Desde sus treinta y cuatro años actuales hasta que Dios la llamara.

Se decidió.

—Avisaré a Bess de que hoy cenaré fuera.

—¿Cómo es que prepara usted su propia sidra?

Anna orientó la sombrilla sobre su hombro, de forma que el sol no le diera en el rostro. Por fortuna llevaba su vestido de paseo más ligero. A pesar de estar a finales de marzo, el aire soplaba caliente y bochornoso, como si fuera verano, y oscuras nubes comenzaban a crecer hacia el este.

—El anterior arrendatario era muy aficionado a ella. Fue él quien plantó manzanos de diferentes variedades. Encontré en el sótano unos barriles y botellas, y pensé en utilizarlos. Yo no sabía nada del proceso, pero Bess me habló del molino de sidra que un primo suyo tenía cerca de Hillbury, y acudí a hablar con él. Harry fue quien me explicó cuáles eran las mejores manzanas para la sidra y en qué proporción debía mezclarlas, cuándo hay que recolectarlas, cómo debo mantener el barril...

—Y decidió que usted también haría su sidra.

—Decidí intentarlo. —Se encogió de hombros—. Ahora voy mejorando.

—Pero no he visto espacio suficiente en su bodega para esa labor.

—No lo hay, y tampoco tengo los medios necesarios. Cuando tengo la mezcla de manzanas que creo adecuada, acudo con ellas y los barriles al molino de Harry. Él me ayuda con la prensa, y luego trasladamos los barriles a mi bodega.

La mirada de John Sinclair se apartó un instante del camino para observar el perfil de Anna.

—Muy interesante —se limitó a decir con un tono ambiguo, que sugería que no se refería al proceso de la sidra.

Anna fue consciente de su escrutinio, y se obligó a mantener la mirada al frente en un intento de contener el escalofrío que subió por su espalda. Continuaron en silencio un trecho.

El tílburí sorteó con destreza un bache, bamboleándose un instante, y Anna se agarró con precaución al asiento. No pudo evitar observar las elegantes manos del vizconde. Eran unas manos grandes, de dedos largos, que sostenían las riendas con la mezcla de firmeza y delicadeza que ella había visto en los mejores oficiales del ejército. Suspiró. El vizconde también parecía dotado para la conducción.

—¿Por qué se preocupa tanto por la gente de Halston?

Anna dio un respingo y elevó la vista hacia su rostro. Se había distraído observando sus manos, y temió que él aprovechara aquello para tomarle el pelo, pero la pregunta sonó directa y franca, sin rastro de burla.

—¿Le parece mal que me preocupe por los demás? —Le devolvió la pregunta para ganar tiempo, intentando decidir si él se lo reprochaba o sentía curiosidad.

—Me parece extraño. —Dio un suave tirón a las riendas, y el caballo aceleró el paso.

Anna frunció el ceño, algo recelosa.

—No sé qué tipo de sermones está acostumbrado a oír los domingos, pero le aseguro que si escuchara al reverendo Edwards no vería nada raro en ofrecer su ayuda a los demás.

—Me parece extraño que *usted* se preocupe. No me malinterprete —cortó la evidente protesta que ella estaba a punto de emitir—, solo quiero decir que las mujeres como usted suelen estar tan ocupadas con invitaciones a veladas, fiestas y

bailes que no tienen tiempo de dedicarse a ayudar en la iglesia.

—No sé si ha pretendido ofenderme o halagarme, pero le aseguro que las mujeres como yo tenemos muchas más preocupaciones que las fiestas.

—No es lo que yo conozco.

—Cualquiera diría que las mujeres que usted conoce solo se ocupan de vestidos y bailes.

—Y así es, se lo puedo asegurar. Esas son las preocupaciones de las mujeres que conozco —afirmó con rotundidad, y su rostro se ensombreció—. No quisiera preocuparla, pero aquellas nubes oscuras a nuestra derecha están creciendo a gran velocidad.

Anna observó de reojo el cielo. Efectivamente, empezaban a parecer amenazantes. Pero decidió volver al tema.

—No estoy en absoluto de acuerdo con usted. Todas las mujeres se preocupan de muchas más cosas que esas frivolidades. Las mujeres cosen, bordan, leen, llevan un hogar, cuidan hijos... Y muchas además se dedican a labores caritativas.

—No dudo que habrá mujeres así, pero no son las que yo *frecuento* —explicó con repentina severidad, mientras sus ojos se ensombrecían—. En mi mundo, Anna, las mujeres hablan de la última moda de París y del último escándalo de la sociedad, encargan el cuidado de sus hijos a institutrices y tutores, y prefieren el brillo de los cientos de velas de un baile al calor de la chimenea de la casa familiar. Y puede que den dinero para caridad, sobre todo si pueden hacer que otros lo sepan, pero lo que no dan es su *tiempo*.

Allí estaba otra vez aquella extraña amargura, pensó Anna estremecida. El vizconde sonriente, que bromeaba con ligereza y galanteaba casi de continuo, se transformaba a veces en un ser severo, que hablaba con cinismo y rebatía con aspereza. Era una transformación de lo más desconcertante.

Observó de reojo su mandíbula apretada, y la tensión que blanqueaba sus nudillos. Súbitamente, comprendió que todo en él le atraía, sin que su dureza y su cinismo rebajaran un ápice aquella atracción, y se sintió dolorosamente frágil. Con la vista fija en su perfil, se dirigió a él con un hilo de voz.

—¿Por qué ha venido a buscarme, lord Lisle?

Él continuó mirando al frente, sin volverse hacia ella, cuando se oyó el primer trueno.

No pretendió fingir que no la había entendido.

—Me gusta su compañía, Anna.

—¿Tanto le aburre Halston, milord? —La incertidumbre hizo que su voz sonara indecisa.

—Halston me aburre, sí. Y Londres también —reconoció con desgana, sorprendido de haber admitido en voz alta algo que guardaba dentro de sí—. Pero

aunque la encuentro amena, esa no es la razón de que me guste estar con usted.

Entonces tiró de las riendas, y el carruaje se detuvo. Se giró hacia Anna. Sus ojos parecían reflejar la angustiosa oscuridad del cielo, y contenían una emoción que ella no supo identificar. Con lentitud, elevó una mano hacia la mejilla de Anna, deslizando sus nudillos en una suave caricia que le quitó el aliento.

Unas gotas de lluvia comenzaron a caer. Sabía que debía decirle que se detuviera. Sabía que no estaba bien disfrutar aquella caricia. Con voz trémula, mientras John bajaba la mano y el camino trazado sobre su mejilla parecía arder, Anna preguntó sin aliento:

—¿Cuál es la razón?

John sonrió sin ganas, con algo parecido al arrepentimiento en sus ojos.

—Su pasión, Anna. Su extraordinaria pasión.

Un trueno retumbó sobre sus cabezas con violencia.

Anna creyó que no podría respirar.

Las gotas de lluvia se intensificaron, y el viento comenzó a formar remolinos de polvo. El cielo se había oscurecido tanto que apenas podía ver ante ella, y a pesar de que sentía como si flotara, se obligó a volver a la realidad. Comprendió que no habría forma de llegar al granero antes de quedar completamente empapados.

John pareció comprenderlo a la vez, porque tiró de las riendas del caballo para ponerlo en marcha de nuevo.

—No llegaremos, milord.

El estruendo de un nuevo trueno ahogó sus palabras. El agua resbalaba ya por su sombrero, dibujando surcos sobre su cara. Anna alargó la mano hacia su brazo, para captar su atención.

—Milord, apenas se puede ver y es peligroso continuar con esta tormenta. El caballo podría herirse.

—Cierto, pero tampoco podemos volver sobre nuestros pasos. —Mantuvo las riendas con firmeza y le dirigió una sonrisa culpable que pretendió ser tranquilizadora—. Usted conoce la zona, ¿hay algún lugar donde podamos guarecernos?

Anna echó un vistazo a su alrededor. Claro que lo había, pensó desazonada. Todavía daba vueltas en su cabeza la respuesta de aquel hombre. «*Pasión*» había dicho, y ella se sintió desfallecer. Odiaba la pasión. Odiaba ser apasionada. Desde hacía seis años se había ocupado de arrancar cualquier vestigio de apasionamiento que pudiera quedar en su carácter, como las malas hierbas en su jardín. Pero John Sinclair había visto bajo todas sus capas de respetabilidad y decoro lo que aún habitaba en ella. Se sentía infinitamente desdichada.

Él aguardaba con paciencia. Ella quería gritar de desesperación.

Sintió cómo el vestido empapado se le ceñía al cuerpo, enredándose entre sus piernas. Un nuevo rayo iluminó el horizonte, donde sabía que encontrarían refugio. Tenía que tomar una determinación.

—Se está congelando. —John detuvo el tálburi—. Deberíamos guarecernos bajo el carruaje.

Ella negó con la cabeza. No sentía frío. Él la había visto temblar y lo había achacado al frío, pero ella sabía que se debía al pánico. Se decidió a su pesar, extendiendo el brazo para indicar una construcción a su derecha.

—Estamos muy cerca de la granja de los Alcott —dijo.

Pero su voz, más que de alivio, se tiñó de resignación.

De manera inmediata el carruaje se puso en marcha hacia el edificio que los fogonazos de luz recortaban contra la oscuridad. Apenas doscientos metros delante de ellos, el pequeño sendero que conducía a la granja apareció a la vista. Aturdida por la violencia de la tormenta, que la deslumbraba a ratos para luego hacerle perder de vista el horizonte, tuvo que reconocer la maestría del vizconde con las riendas.

Cuando llegaron ante la puerta de la granja, le indicó por señas que rodeara la casa por la derecha y se dirigiera al pequeño establo para alojar el caballo y el tálburi. Hacía unas semanas que Eliza había vendido la montura y el carro de su padre, y estaba vacío. Luego se deslizó hacia el suelo y corrió a la entrada de la casa intentando sortear los charcos. Se agachó sobre la madera del porche, y levantó una pequeña grieta de donde extrajo la llave. Aunque habían entregado al administrador una de las que poseían, la otra la habían dejado oculta por si hubieran olvidado algo en la casa.

La llave resbalaba entre sus manos empapadas. Se apoyó en el picaporte, buscando la cerradura, y entonces la puerta se abrió sola. Le resultó extraño que hubieran olvidado cerrarla, pero su principal preocupación era recordar dónde habrían quedado las velas. Entró y se quitó los guantes mientras volvía sobre sus talones, escrutando la estancia. En la pared cercana a la cocina había un candil. Lo descolgó y se acercó al fuego abierto que separaba la cocina de la sala principal, donde sabía que encontraría pedernal.

Cuando unos minutos más tarde John entró en la casa y cerró la puerta, encontró a Anna de pie tras la mesa de comedor, inmóvil. La luz del candil ante ella llenaba su rostro de sombras, pero su consternación era evidente. John siguió la dirección de su mirada hacia el pie de un aparador de roble, cuyos cajones aparecían volcados sobre el suelo. Entonces Anna lo miró; pareció despertar de su estupor, y tomando el candil se dirigió a la cocina, donde los cajones también habían sido volcados. Luego recorrió las dos pequeñas estancias utilizadas como dormitorios, a las que se accedía directamente desde la sala, y cuyo estado era similar. Al regresar al centro de la sala, encontró al vizconde terminando de cargar una pistola.

—Hoy soy yo quien va preparado —dijo él con cierta ironía, por encima de su hombro—. Revisaré la casa y los alrededores. No se mueva de aquí.

Anna lo vio salir por la puerta, segura de que no pensaba moverse. Se volvió sobre sí misma para contemplar de nuevo la estancia, y solo entonces se dio cuenta de que estaba temblando. Las ropas empapadas le pesaban y tenía los zapatos encharcados. A pesar del desconcierto, su sentido práctico se impuso y se dirigió a la cocina en busca de carbón. Encontró algo en un cesto junto al hogar, y colocándolo sobre las piedras ennegrecidas, se arrodilló para prenderlo.

—También sabe encender el fuego... —comentó a su espalda el vizconde, al

volver del exterior, cerrando la puerta tras él.

—Ya ve, si todo me va mal siempre podré trabajar en el servicio doméstico —replicó con calma, mientras se apoyaba en el suelo para incorporarse—. No tengo un ejército de criados que cumplan mis caprichos, así que he tenido que aprender muchas cosas.

—No era una crítica, Anna —repuso con suavidad.

—Lo sé.

«Y eso es lo malo», pensó mientras sacudía sus manos del polvo del carbón.

El vizconde atrancó la puerta y dejó la pistola sobre la mesa redonda.

—No había nadie. Asumo que tenemos un problema real de bandolerismo en esta zona —comentó con preocupación.

Anna giró de nuevo en derredor, observando el estropicio, y negó con la cabeza.

—Un bandolero no atraca una casa deshabitada como esta. Solo podría llevarse algunos muebles y utensilios de cocina. No, creo que quien quiera que haya entrado aquí buscaba otra cosa.

—¿Como qué? —John tomó dos de las sillas que había junto a ella y las acercó al fuego, invitándola—. Siéntese aquí y cuénteme a qué se refiere.

Con aspecto pensativo, Anna se acercó y se sentó junto a él, y aunque con cierta reticencia, procedió a contarle la conversación que había mantenido con Eliza. Mientras la escuchaba, John colocó los codos sobre las rodillas y apoyó la barbilla en las manos, con la vista fija en el fuego.

—Tenía que haberle dado la libreta en mi casa, pero me pilló tan por sorpresa que lo olvidé —concluyó Anna—. Yo di... di...

Se interrumpió. Un estornudo sacudió su cuerpo.

—Lo que faltaba. Con ese vestido empapado cogerá una pulmonía. —John se levantó y se dirigió a la cocina, de donde volvió con dos vasos. Sacó una petaca de plata de su chaqueta y vertió parte de su contenido en ellos—. Tome esto. Le hará entrar en calor. Ya hablaremos más tarde de esa libreta.

Anna tendió la mano hacia el vaso.

—¿Suele llevar *eso* encima cuando cabalga? —El fuerte aroma del brandy inundó sus sentidos e hizo que le picaran los ojos. Contempló con el ceño fruncido el oscuro líquido, y con un gesto de repugnancia lo bebió de un trago.

—Es útil cuando se va de caza —explicó como si eso contestara la pregunta. Se soltó los botones de la chaqueta mientras su mirada parecía buscar algo en la pared—. Y usted, ¿suele beber *así*?

—Nunca. —Su voz salió rasposa. La quemadura que el líquido le hizo sentir en la garganta había llenado sus ojos de lágrimas, pero comenzaba a notar una agradable tibieza en el cuerpo—. Solo había bebido brandy una vez en mi vida, antes de hoy, pero no recuerdo bien aquella ocasión.

—No es de extrañar, si bebió de igual manera.

Al fin encontró lo que buscaba; tomó el extremo de una cuerda que colgaba de un gancho en la pared y lo ató a otro gancho situado en la pared de enfrente, por delante del fuego encendido.

—Bien, ahora creo que lo mejor será que busque algo con que cubrirse y cuelgue su vestido para que se seque. Yo también colgaré mi chaqueta —dijo mientras deslizaba la prenda por sus brazos.

Anna sintió que la alarma secaba su boca.

—No —articuló con dificultad—. No es necesario.

—Oh, ya lo creo que lo es. —Su voz sonó desprovista de emoción. Colocó la chaqueta sobre la cuerda, y continuó con el chaleco—. No estoy dispuesto a que coja una pulmonía, ya se lo dije antes.

Estupefacta pero menos escandalizada de lo que esperaba, los ojos de Anna siguieron sus movimientos como si estuviera en trance. Los dedos fuertes y morenos del vizconde estaban soltando la corbata con delicadeza, descubriendo al retirarla parte de la piel del pecho. Anna bajó un momento la vista, parpadeó y al momento volvió a clavarla en él, cautivada. Era vagamente consciente de que el vestido, incómodamente pegado a sus piernas, desprendía una humedad que le resultaba muy desagradable, y sentía los pies y las manos fríos. Sin embargo, un reconfortante calor se extendía por su estómago y comenzaba a ascender por su pecho, su cuello, su rostro. Sentía que no podía apartar la vista de aquel hombre, maravillada e incrédula; en algún lugar dentro de su mente una voz le gritaba que aquello era una locura que debía cortar de inmediato, pero la cabeza le pesaba, y parecía funcionar más lenta que el resto de su cuerpo.

—No puedo hacerlo —protestó con poca decisión—. Sería indecente.

John había colgado el chaleco. Se volvió hacia ella, ceñudo.

—Mire, si acaba con una inflamación de los pulmones nunca me lo perdonaría. Esta situación no es exactamente cómoda para ninguno de los dos, y comprendo y aprecio sus recelos. Pero somos dos personas adultas y mayores que han estado casadas con anterioridad. Usted tiene un conocimiento de la vida que una jovencita no posee, y sus condiciones son muy diferentes. Reconozco que encontrarnos aquí los dos no es una situación habitual ni tal vez deseable, pero no deberíamos darle más importancia de la necesaria. No tiene por qué temer nada, créame.

Anna elevó la barbilla con altivez y con gesto malhumorado se dejó caer contra el respaldo de la silla. Vaya, así que ella no corría ningún peligro porque ya no era una jovencita. Aquel hombre era tan arrogante... De acuerdo. Se levantó con brusquedad, tropezando con la silla. La cabeza comenzó a darle vueltas, y sintió sus pasos inseguros, pero consiguió apoyarse con cierta dignidad en la pared para dirigirse a la habitación más cercana. Tenía que reconocer que, aunque su cabeza parecía irse hacia

todos los lados, sentía una especie de languidez muy placentera en los miembros, y deseaba que el calor del fuego acariciara su piel. Tomó una de las fundas que cubrían un mueble y la sacudió. Con cierta dificultad, se desabrochó los cordones de la espalda y dejó caer el vestido a sus pies con un gemido de placer. Dudó si quitarse también las enaguas y las medias, pero eso, incluso en su estado de relajación, era demasiado para su sentido del pudor, de forma que tomó la tela y pasándola bajo los brazos, la enrolló alrededor del cuerpo. Una sensación de euforia la embargó. Se sentía viva, atrevida. Salvaje.

Volvió a entrar en la sala y se dirigió a la cuerda tendida frente al fuego, con el vestido en la mano. No tan salvaje, se corrigió al darse cuenta de que no podría elevar ambos brazos como si tal cosa.

—No puedo colgarlo.

John enarcó una ceja, burlón, y tomó el vestido. Tras depositarlo extendido sobre la cuerda, se volvió hacia ella, y se quedó un instante quieto contemplándola. Los hombros de Anna brillaban dorados a la luz del fuego, y su cabello, húmedo, desprendía un aroma silvestre, a bosque y a flores. Cerró los ojos un momento, aspirando su olor, y un ramalazo de deseo lo invadió. Se volvió con brusquedad hacia la mesa y se sirvió otro vaso. Tal vez aquello no había sido buena idea. Miró por la ventana; continuaba lloviendo sin parar y los truenos sonaban cercanos. Apuró su vaso de un trago.

La voz de Anna llegó desde su espalda.

—Yo también tomaría un poco más.

Se hizo un instante de silencio.

—¿Está segura? No está acostumbrada a beber...

—Estoy segura —«y tal vez, también, un poco achispada».

John le acercó una pequeña cantidad en un vaso y se sentó en la silla ante el fuego.

—Lamento que nuestra pequeña excursión se haya interrumpido de esta manera. Tenía realmente interés en ver ese granero.

Anna tomó un sorbo del vaso, ignorando su prosaico comentario. Allí estaba, en compañía de un hombre atractivo cuya camisa mojada transparentaba unos firmes hombros y una espalda ancha, y la idea de hablar sobre graneros no le resultaba sugestiva. Había demasiada sensualidad en el calor que el fuego derramaba sobre sus brazos y su cuello desnudos, y aquel líquido la hacía sentir valiente. Lo hizo girar en suaves círculos, aspirando su aroma. O puede que no fuera el líquido. Entrecerró los ojos, y dirigió su mirada al perfil del vizconde, inclinado hacia el fuego. Algunos mechones caían sobre su frente, y su aristocrática nariz brillaba humedecida. Una gota de lluvia se deslizó por su mejilla, desapareciendo entre los labios entreabiertos. Anna no pudo evitar un escalofrío de excitación. Terminó su bebida de un trago. Si

tenía que tomar una decisión, estaba dispuesta a obtener la información que creyera necesaria.

—Lord Lisle, ¿por qué nunca ha venido a Halston?

Él se giró, sorprendido, y se recostó en la silla con los brazos cruzados sobre el pecho, en un gesto defensivo que reveló cuánto le incomodaba aquel tema.

—¿Qué quiere decir?

—Conocí a la vizcondesa un poco, los últimos dos años. Aunque debo reconocer que era una dama muy callada, cuando hablaba de usted lo hacía con afecto. Estaba orgullosa de su hijo. Y siempre me sorprendió que ese hijo nunca apareciera por su propiedad.

Un músculo latió levemente en la mandíbula de John Sinclair.

—Su pregunta es directa de un modo bastante inapropiado.

—Creí que había dicho que éramos amigos.

—En el futuro procuraré recordar que para usted amistad e impropiedad son conceptos incompatibles. —Una chispa de humor asomó a sus ojos—. Además acaba de llamarme «lord Lisle».

—Si le hubiera llamado John, ¿me contestaría? —insistió atrevida.

El músculo volvió a latir, atrayendo la atención de Anna hacia ese punto.

—Pruebe —retó.

El desafío contenido en su voz provocó un cosquilleo en su estómago. Elevó el vaso y lo miró a través del cristal. Su figura se descomponía en partes que se repetían, como un caleidoscopio brillante al resplandor del fuego. El líquido la había vuelto despreocupada y resuelta. En esos momentos, solo existía el presente.

—¿Por qué nunca visitaba a su madre, *John*?

Él sostuvo su mirada sin parpadear.

—No sentía la necesidad de hacerlo.

—¿Y la obligación?

Ambos se contemplaron sumidos en un silencio solo roto por el crepitar de las llamas. Un sexto sentido decía a Anna que aquel hombre se debatía entre emociones que ella no comprendía. Pero quería ayudarlo, deseaba borrar el sombrío dolor que había descubierto en él. Una oleada de anhelo subió por su pecho, y entre la bruma que aquel dulce calor extendía por su cuerpo, bruscamente comprendió que se hallaba en un peligro mayor de lo que había creído hasta ese momento. Y lo peor de todo, que Dios la ayudara, era que no deseaba escapar del mismo.

John Sinclair permaneció reclinado en la silla; tenía las piernas estiradas ante sí, un tobillo cruzado sobre el otro, pero la mandíbula tensa desmentía su aparente despreocupación. Anna esperó con los latidos del corazón resonando en sus oídos.

—Es curioso cómo uno llega a convencerse de que no tiene obligaciones, y cómo puede llegar a olvidarlas —habló al fin, con voz desprovista de emoción,

contemplando fijamente las llamas—. Digamos que hubo un tiempo en que yo necesité a mi madre, y no la encontré. Luego, la lejanía lo hizo casi todo. A los ocho años me fui interno a Eton. Pasaba más tiempo con los compañeros de colegio que con mi familia, aunque antes de que me compadezca —advirtió sin mirarla—, le diré que lo prefería con mucho. Luego terminé los estudios, viajé, me dediqué a invertir mi dinero de la mejor forma que supe, y me casé. Ninguna de esas actividades tenía relación con mis padres. Viví lejos de ellos mucho tiempo. Tal vez olvidé las obligaciones.

—Suenas cínico —observó Anna, recostando su cuerpo ociosamente en la silla.

Él se levantó y tomó el atizador. Se colocó en cuclillas para avivar las llamas.

—El hecho es que no vine. Hasta ahora.

—Pero su madre le escribía. Eso le haría recordar las obligaciones.

—Entonces llámelo como quiera. —La miró agachado, las manos sobre el atizador apoyado en el suelo—. No sentía deber filial, o era muy egoísta para cumplirlo, o era una persona insensible y arrogante... Seguro que alguna vez lo ha pensado.

—Más de una —admitió con sencillez—. Pero ya no.

—¿Ya no cree que sea un egoísta insensible?

—Creo que ha tenido sus razones para comportarse como lo ha hecho.

Una dolorosa comprensión cruzó la mirada de John, y levantándose, se dirigió con lentitud hacia ella, sin dejar de mirarla ni un momento.

—No pretendas ver en mí virtudes inexistentes, Anna —susurró con voz ronca—. Te arrepentirías.

—No lo creo.

—¿No? No me retes. No sé si podré resistirme a tu desafío.

Ella le siguió con la mirada, hipnotizada por el elegante movimiento de su cuerpo, mientras él se colocaba a su espalda. Con lentitud, John apoyó sus manos en la base de su cuello, y los pulgares comenzaron a trazar delicados círculos en su nuca.

Todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Anna parecieron estallar, enviando descargas que bajaban por su columna y se convertían en palpitaciones al alcanzar su vientre. Cerró los ojos y entreabrió los labios, dejando escapar un suspiro. No había previsto aquello.

John colocó los pulgares bajo su mandíbula. Con una ligera presión, empujó su cabeza hacia atrás. Se inclinó sobre ella y depositó un lento beso sobre su boca, probándola, tentándola, sorbiendo el sorprendido sonido que escapó de su garganta, para luego tomar su labio inferior entre los dientes y abrirse camino hacia su interior, deslizando su lengua por el sedoso contorno que quedaba al descubierto.

—Somos adultos, Anna —susurró tras apartarse apenas unos milímetros—. Somos dos adultos viudos y no debemos dar explicaciones al mundo. Podemos hacer

todo cuanto queramos, como queramos. —Sus dedos se deslizaron por su cuello, mientras sus labios jugueteaban con su boca—. Yo te deseo, y tu cuerpo me dice que tú también me deseas. Eres una mujer apasionada. Lo supe desde el primer momento en que te vi. —Su voz ronca y sensual aletargaba la mente de Anna, conduciéndola hacia algún lugar desconocido del que no sabría volver. Como en un sueño, pensó que la voz del diablo no podría ser más tentadora—. Nadie puede decirnos qué hacer con nuestra pasión, Anna. No hay nadie a quien debamos ninguna respuesta.

Las manos descendieron, trazando el camino de su cuello hacia los hombros, arrastrando los tirantes de su camisola con enloquecedora suavidad. Su espalda se arqueó sin que pudiera evitarlo, sometida a la dulce tortura de las descargas que aquellos dedos enviaban por su piel. Sus dedos empujaron el borde de la tela hacia abajo, con una lentitud embriagadora. Anna notaba su tacto a través de la camisola, resbalando sobre su pecho. Escuchó un sonido ahogado, y comprendió que el gemido había salido de su garganta. «*Oh, John*». La piel de su escote parecía abrasarle, y sentía el pecho hinchado, tenso, necesitado.

«*¿Necesitado de qué?*» acertó a pensar entre la bruma del deseo que arrasaba sus defensas. Ella conocía el acto sexual; las posturas, los olores y sabores. Incluso lo gélido, brusco y vulgar que podía llegar a ser. Seis años casada daban para eso... Pero sobre la manera de no implicar su corazón, de aceptar la pura satisfacción física sin anhelar algo más, sabía muy, muy poco. No era rival para él.

Esa conciencia se abrió paso por su mente, justo cuando las puntas de los dedos comenzaban a descubrir la tibia piel de sus pechos. No podría defender su corazón. Comprendió que estaba en grave riesgo de ser herida. Enfebrecida, como si estuviera borracha, reunió todas sus fuerzas para decir una sola palabra.

—No.

Supo que él la había escuchado porque sus dedos se detuvieron bruscamente, al borde de sus pezones, dejándolos anhelantes, estremecidos. Permaneció quieto unos segundos, y después sus manos volvieron con lentitud a los hombros, y colocaron con delicadeza los tirantes en su sitio. Entonces fue consciente de la dificultosa respiración de él. Sus fuertes manos presionaron los hombros de Anna, sin permitirle volverse. Se quedó quieta, escuchando su respiración entrecortada, sin saber quién de los dos estaba más agitado. Poco a poco, el sonido se fue haciendo más regular, y las manos se aflojaron. Anna se giró en la silla y lo contempló desde abajo, alzando la cabeza. Sus ojos parecían más negros que nunca bajo las pestañas entrecerradas. Su pecho subía y bajaba, y había colocado las manos sobre el respaldo. Le pareció que los nudillos estaban crispados, y vio una gota de sudor deslizarse por la brillante piel de su cuello hasta el pecho, donde desapareció tras la camisa suelta.

Anna elevó la mano de forma inconsciente para tocarse los labios, sin apartar la vista de él. Aquel gesto pareció despertarlo, y con un ronco quejido se apartó con

rapidez y se sentó en su silla, dejando caer la cabeza entre las manos.

Permanecieron así un largo minuto. Anna pensó, tontamente, que ya no escuchaba truenos. Tampoco el repiqueteo de la lluvia. Pero no se atrevió a decir nada, aún sumida en la conmoción de lo que acababa de suceder entre ellos. Le había dicho que no debían explicaciones a nadie; y era cierto, salvo por una cosa: no tuvo en cuenta las que su propio corazón le pediría. Comenzaba a sentir muy hondo el arrepentimiento de lo que había sucedido. Le abochornaba su falta de control, de propiedad, su temperamento lascivo al descubierto... El efecto del brandy había desaparecido de golpe, barrido por la oleada de vergüenza que la recorría. Se sentía paralizada, sin capacidad de decir nada, ni de volver a mirarle a la cara. Él la había deseado, sí, pero su «no» había llegado demasiado tarde para que, además, la respetara. Y ella quería más que deseo.

De golpe, su mente recordó una voz familiar insultándola.

«Zorra».

Aquel recuerdo la pilló desprevenida. Sintió que se desgarraba por dentro, y no pudo evitar que un torrente de silenciosas lágrimas desbordara sus ojos.

John escuchó el sonido ahogado procedente de su izquierda, mientras intentaba aplacar su deseo insatisfecho. Levantó la cabeza, y la visión del rostro de Anna cubierto por las lágrimas, que caían en silencio pero sin pausa, le desconcertó. La fuerza del deseo que había experimentado le había sorprendido a sí mismo. No deseaba a otras, se dio cuenta repentinamente al pensar en el cuerpo flexible de Julia o el abundante pecho de Henrietta. La deseaba a ella, maldita fuera, y no podría tenerla.

Ella le miró. John se preparó para ver el reproche asomando a sus ojos, escuchar censuras, quejas, acusaciones. Se preparó incluso para que le exigiera una reparación. Pero no esperaba aquella mirada desamparada, llena de culpabilidad. Culpabilidad por algo que él no comprendía. Pero aquel sentimiento le era demasiado familiar para permanecer impasible ante él.

Se acercó de nuevo y se arrodilló ante ella. Tomó sus manos, y las besó con suavidad. Anna no se apartó ni las retiró, y John comprendió con alivio que no estaba enfadada con él. No quiso preguntarse por qué era tan importante para él que aquella mujer no lo echara de su lado, pero sentía de una forma irracional que no quería perder su contacto. Elevó la mano para apartar las lágrimas que recorrían sus mejillas, y de nuevo ella lo aceptó.

—Anna, por favor, no llores —le dijo con dulzura—. No hay ninguna excusa para mi comportamiento, pero necesito que creas que no he tenido intención de lastimarte. Pensé que tú también... Pero me he dejado llevar por mis impulsos y te he ofendido. Perdóname. Por favor...

Anna le apartó con cuidado para levantarse y buscar un pañuelo en su vestido. Se secó los ojos antes de sentarse de nuevo en la silla. Le costaba tragar saliva, la garganta le dolía como si estuviera enferma, pero empezaba a recuperar la compostura. Su arrebato de lágrimas hacía que se sintiera doblemente avergonzada. Inspiró hondo antes de atreverse a enfrentar su mirada.

—No me has ofendido. El problema es mío; soy yo quien ha perdido la cabeza.

—¿Sí? ¿Así han sido las cosas? —Una sonrisa renuente apareció en su cara—. Me resulta muy halagadora la idea de haber sido capaz de trastornarte hasta ese punto, pero sé bien que mi comportamiento ha sido imperdonable.

—No hay nada que perdonar —musitó, mirándolo avergonzada—. Pero tal vez lo mejor fuera que no volviéramos a vernos.

John volvió a tomar su mano, y acarició sus dedos con lentitud.

—Tal vez, pero yo no lo creo. Soy un egoísta impenitente. —Sonrió como ofreciendo una disculpa—. Y necesito que comprendas cuánto bien me hace tu presencia. Desde que te conozco es como si me hubieras zarandeado para gritarme que estoy vivo. Cada vez que apareces, cosas que siempre me han parecido grises y anodinas parecen vibrar. Me divierten las cosas prácticas e inesperadas que sabes hacer. Me gusta la forma en la que defiendes lo que crees, con bravura y decisión. Aún no estoy preparado para renunciar a la novedad que has traído a mi vida, y soy lo suficientemente egoísta para intentar convencerte de que te quedes en ella. No seremos amantes si así no lo quieres, pero seamos al menos amigos. Por favor.

A pesar de su confusión, Anna le había escuchado con creciente asombro, fascinada por la imagen que aquel hombre atractivo y poderoso le transmitía de ella misma. No podía explicar qué le sucedía, pero desde luego no se sentía ultrajada ni ofendida. Que un hombre como aquel la deseara era una enorme sorpresa, pero en absoluto una ofensa. Su congoja se debía a otros motivos, difíciles de explicar. En realidad, llevaba años creyendo que, si se comportaba de acuerdo con las normas de la buena sociedad, estaría a salvo de los recuerdos. Pero en cuanto había olvidado sus propósitos, estos habían vuelto para herirla. Aún tenían ese poder, se estremeció.

—Amigos, Anna —volvió a repetir.

Amigos... Todo lo máximo que podrían ser, y con probabilidad ni siquiera eso. Sus situaciones eran tan diferentes... Asintió en silencio, sin saber siquiera si estaba aceptando.

—Lamento haberte ofendido —dijo de nuevo John con una sonrisa compungida.

Anna suspiró profundamente, retirando de un manotazo una última lágrima.

—No me has ofendido. Pero me siento mortificada por mi comportamiento.

—Tu comportamiento... Pero tú no has hecho nada, salvo decir «no».

Anna se sentía demasiado afectada para escoger las palabras adecuadas, pero hizo un esfuerzo por hacérselo entender.

—Te he devuelto el beso —explicó en voz baja, reticente.

John, sorprendido, acercó la silla para sentarse ante ella.

—Sí, y ha sido magnífico. Pero no consigo entender qué puede tener eso de malo.

—¿Ah, no? —El color retornó a sus mejillas, y le miró retadora—. Cuando me... acariciabas, no te he detenido.

—Me *has* detenido —sentenció con un destello de humor en los ojos oscuros—. ¿Recuerdas?

—Bueno, sí —continuó con terquedad—, pero eso ha sido... era... *yo lo deseaba*, ¿es que no lo comprendes? —insistió exasperada.

—Eso resulta halagador, y yo también lo deseaba —respondió con calma—. Pero tú has dicho «no». Sigo sin ver por qué habrías de avergonzarte. Aunque claro, tampoco lo vería si hubieras dicho «sí».

—John, los comportamientos admisibles en una mujer y un hombre son diferentes —explicó con impaciencia, incapaz de creer que tuviera que aclararle algo tan básico—. Lo que en vosotros es inconveniente, en nosotras puede ser irreparable. No somos iguales, y la sociedad no nos trata igual. Tú mismo hablaste el otro día de la frivolidad de las mujeres que conoces...

—¿Y qué tiene que ver el deseo con la frivolidad? —la interrumpió con asombro—. El otro día yo no hablaba de deseo, sino de generosidad. Todos deseamos, Anna. Yo no veo nada malo en ello, y es lo primero que te dije. Ambos somos adultos. Estuvimos casados, pero ya no lo estamos. No hay nadie a quien debamos una explicación. Tal vez el caso de una joven que busca marido sea otro; y sí, en ella esto habría sido indecoroso, supongo. Pero en una mujer adulta, viuda, independiente como tú, ¿a quién podría importar? No te confundas, Anna, la sociedad que yo conozco tal vez no lo diga abiertamente, pero no necesita que una mujer viuda se comporte como una doncella.

John se colocó frente a ella y depositó un beso en su frente. Luego se dirigió hacia la pared, y apoyó el cuerpo en ella, cruzando las manos a su espalda, como si quisiera dejar claro que no la iba a tocar.

—Anna, yo te deseo, no quiero negarlo. Entre tú y yo hay una atracción intensa, lo he sentido desde el primer momento, y sé que tú también lo has sentido. Si decidiéramos ser amantes, no hay nadie a quien eso deba importar. Solo a nosotros. Me ocuparía de ti. Disfrutaríamos juntos y te cuidaría. ¿No crees que podría funcionar?

Amantes...

A pesar de lo que había sucedido apenas hacía unos minutos, la palabra provocó un cosquilleo de excitación en su vientre. No ignoraba que en el mundo elegante aquello no tenía ninguna trascendencia, que muchas mujeres de la alta sociedad recibían varias invitaciones de ese tipo a lo largo de su vida, invitaciones que

sopesaban con cuidado para elegir la que más le conviniera. En su momento, ella había soñado con un caballero andante, pero hacía tiempo que había descubierto que solo ella podría defenderse a sí misma. Sin embargo a veces la idea de contar con alguien más a su lado, alguien que la apoyara, que la hiciera sentirse viva de nuevo...

Pero no conseguía parecerle algo real. Una relación temporal con un hombre atractivo era algo bastante habitual para las damas de la alta sociedad, sí. Pero ella era la aburrida viuda Anna Hurst de Halston... Y qué imposible resultaba tomar en serio algo así.

—Yo... me temo que no soy tan mundana como las mujeres que conoces, John, yo no podría...

John pareció leer su pensamiento.

—No haríamos daño a nadie, Anna. Y nos tendríamos el uno al otro.

Anna sentía la cabeza dándole vueltas. No podía creer lo que le estaba sucediendo. Él le proponía que fueran amantes con pasmosa tranquilidad. A ella, de entre todas las mujeres que conocía... A ella, una aburrida viuda de cierta edad, a quien apenas había visto tres o cuatro veces en su vida. Aquello le resultaba increíble, casi milagroso.

Pero por habitual que aquello fuera en su ambiente, ella no era una mujer mundana y elegante como las que él acostumbraba tratar en Londres. Ella involucraría su corazón, y luego ya sería tarde para arrepentirse. Ella *deseaba* el acto sexual porque lo quería *todo* de la otra persona. Porque sentía una empatía profunda, una necesidad de proteger al otro, de descubrir sus miedos y aplacarlos, de descansar en él cuando estuviera inquieta, de compartir sus sueños y temores. Anna no deseaba por sí sola la satisfacción física que el sexo proporcionaba. Ser amantes durante un tiempo la destrozaría. Y no se creía capaz de volver a empezar.

—No puedo —musitó sin levantar la vista del suelo.

—Lo entiendo —encajó él, con sobriedad—. Y lamento que así sea, pero eso no importa, Anna, por mucho que te desee. Aunque ahora que todas las cartas están sobre la mesa, necesito que entiendas una cosa: puedo renunciar a tu cuerpo, pero no deseo renunciar a tu compañía. Quiero tu amistad.

—¿Por qué? —preguntó con un filo de sospecha en la voz.

John colocó la mano en la nuca, mientras una sonrisa asomaba a su rostro. Para su alivio, Anna había vuelto a mirarle de la manera franca y directa que solía.

—Es difícil de explicar, aunque supongo que a la vez es muy sencillo... —Meditó unos segundos, escogiendo con cuidado las palabras—. Verás, Anna, cuando vine a Halston hace unas semanas me sentía hastiado y aburrido. Mi madre se había ido antes de que yo pudiera... Bueno, eso ya da igual. El caso es que aquí no había nada que me atrajera, pero tampoco lo había en Londres. Los días me resultaban todos iguales, y odiaba estar aquí tanto como odiaba mi vida allí. Y de pronto apareciste tú,

diciéndome lo necio e irresponsable que era, y obligándome a despertar y contemplar la vida que me rodea. Desde ese día siento que he recuperado algo que pensé que había desaparecido para siempre. Y temo que si te vas, vuelva a perderlo.

Muy a su pesar, Anna sintió curiosidad.

—¿Qué es?

Él la miró con fiereza, como si pretendiera apropiarse de su alma, mientras se inclinaba sobre ella para besarla de nuevo.

—A mí mismo.

Cuando ambos salieron al exterior, después de apagar el fuego y haberse vestido sin apenas palabras, el aire era diáfano y limpio, aunque la noche había comenzado a cubrir el cielo. Olía a tierra húmeda, y el camino estaba salpicado de charcos. John sacó el carruaje y el caballo, y ayudó a Anna a subir. Ella se sentía aún aturdida, le dolía la cabeza y se sentía insegura. Supuso que él estaría más acostumbrado a escenas como la que había vivido, pero cuando la tomó por la cintura para alzarla, creyó ver incertidumbre en sus ojos.

Permanecieron largo tiempo en silencio. Anna estaba absorta en sus pensamientos, y prestaba poca atención al conocido paisaje que desfilaba ante ella. Su cabeza hervía de ideas, y ni siquiera sabía si se sentía escandalizada o halagada. Había tanta confusión en lo que pensaba...

John la miró preocupado. No había dicho nada desde que habían salido de la granja. Decidió romper el silencio.

—La invitación a cenar sigue en pie.

—Lo sé —contestó con aire ausente.

John apretó los labios, y continuó conduciendo hacia Hertwood Manor.

—¿No estás molesta, entonces?

Anna se volvió hacia él. Lo miró de cerca: su mandíbula estaba tensa, y una ligera sombra aparecía bajo sus ojos. Estaba preocupado, se dio cuenta fascinada. Estaba preocupado sinceramente por ella.

—No, John, no lo estoy. Pero me siento algo confundida. Lo que hoy ha pasado... lo que has dicho... No esperaba que me sucediera nada así, y tengo que asimilarlo. Solo es eso.

—Me alegro —contestó aliviado—. Por favor, quédate a cenar. Haz que me sienta perdonado.

Le sonrió como lo habría hecho un niño que pide perdón por una travesura, y Anna no pudo evitar que una oleada de calidez la recorriera de nuevo. Tal vez él tuviera razón, después de todo. Tal vez la incomodidad que aún sentía se desvanecería con rapidez. Casi sin pensar, le devolvió la sonrisa.

—Aún no lo he decidido.

Se acercaban a la casa. El carruaje enfiló el camino con suavidad. John sabía que era muy tarde para una cena en el campo, pero dado que él mantenía los horarios de Londres, supuso que sus criados aún le esperaban en el comedor. El cielo estaba oscuro, con apenas unos tímidos rayos de luna que se filtraban de vez en cuando entre las nubes. Al avanzar por la avenida principal un lujoso carruaje negro a punto de ser introducido en las cocheras atrajo su atención. Supo cuál era el escudo de la puerta aun antes de verlo.

—Maldita sea —masculló.

Detuvo el tálburi ante la puerta principal, contemplando a Anna con consternación.

—¿Qué sucede, John?

—Anna, parece que tengo visitas en casa, y temo que no sean demasiado agradables. Debo decirte algo antes de que...

—¡Lisle!

La cultivada voz femenina llegó desde el vestíbulo de la casa, mientras ambos se volvían hacia ella. Con asombro, Anna vio descender a una hermosa mujer de cabellos rojos y distinguida figura, ataviada con un elegante abrigo de viaje azul, a juego con un pequeño sombrero adornado con una pluma blanca. Los bordados del abrigo también eran blancos, como el impoluto guante que cubría la mano que ofreció a John Sinclair al acercarse al tálburi.

—Buenas noches —la sonrisa que les dedicó, cortés pero fría, no alcanzó sus ojos.

Anna comprendió que aquella mujer estaba valorando su aparición junto al vizconde. Supo exactamente el momento en que llegó a la conclusión de que la presencia de Anna representaba algún tipo de amenaza, porque entornó los ojos apenas un momento con algo cercano al odio. Anna se estremeció a su pesar. Sus emociones seguían a flor de piel, y no tenía ninguna gana de enfrentarse a alguien que, a todas luces, la consideraba una enemiga.

John bajó del carruaje y se inclinó sobre la mano ofrecida. El evidente placer que aquella mujer demostró ante el gesto le colocó un nudo en la garganta, y no pudo evitar una punzada de celos.

—Buenas noches, lady Holbrook.

—¡Oh, John! ¡Cuánta formalidad! —protestó con una falsa risita que exasperó los nervios de Anna.

La mujer se dirigió a Anna con un tono artificialmente amistoso que no la engañó ni por un momento. Se dio cuenta de que, en apenas unos segundos, había comenzado a sentir una fuerte antipatía por aquella desconocida.

—Perdone a Lisle por su falta de cortesía al no presentarnos, pero temo haberle tomado por sorpresa con mi visita. Sin embargo, él y yo somos viejos amigos —

pronunció la última palabra con intención, como si fuera una advertencia—, y las formalidades están de más entre nosotros. Soy Julia Dunn, condesa de Holbrook. Y usted ha de ser alguna amiga del pueblo, supongo.

La aparente solicitud de la frase apenas cubrió su desprecio, pero aquello no amilanó a Anna, como tampoco lo hizo la desdeñosa mirada que le dirigió de arriba abajo.

—Soy Anna Hurst.

Ambas se sostuvieron la mirada con determinación. Anna comprendió muy a las claras qué tipo de amistad la unía con Lisle, y captó a la perfección la advertencia de aquella mujer para que se retirara de su camino.

—Supongo que habrás enredado a Gareth para que te traiga —intervino John con aspereza, pero aquello no amedrentó a Julia.

—Tu amigo deseaba saber qué tal te encontrabas, y nos invitó a Rachel y a mí a que le acompañáramos para comprobarlo. Estábamos preocupados por ti. —Hizo un mohín y bajó el tono con zalamería—. No has escrito ni una carta.

Aquel sutil reproche hizo que Anna comprendiera que, bajo su aparente despreocupación, aquella mujer no estaba tan segura de su situación como pretendía demostrar. Pero ella ya había tenido demasiado por aquel día.

—Si me disculpa, lord Lisle —se dirigió a él con un tono de voz cuidadosamente desprovisto de emociones—, desearía que avisara cuanto antes al lacayo que iba a conducirme a mi casa.

Él se giró con prontitud, sorprendido.

—Quédese a cenar con nosotros, se lo ruego —invitó con cortesía, pero parecía incómodo, y la rigidez de su cuerpo le dijo a Anna cuanto necesitaba saber.

—Se lo agradezco mucho, pero sus invitados estarán cansados del viaje y temo que mi presencia haría la velada demasiado larga para su comodidad. Estoy segura de que preferirán una cena frugal y meterse cuanto antes en su cama. —Dirigió una intencionada sonrisa a Julia, quien, en respuesta, le devolvió una mirada cargada de odio.

—¿Tal vez otro día? —aventuró John, intentando captar su mirada para transmitirle su disgusto por la situación.

—Tal vez —contestó Anna con el tono de voz más ligero que pudo, mirando al frente.

John pareció resignarse, y ascendió los escalones para dar las órdenes oportunas. Tras un par de minutos, un lacayo apareció y el carruaje salió de nuevo al camino, llevando a una Anna intensamente consciente de la mirada de resentimiento que Julia había clavado en ella antes de entrar en la casa. Así pues y a pesar de lo que el vizconde había dicho, reflexionó desapasionadamente, uno de los dos sí debía explicaciones a alguien. Una sensación de profunda decepción se instaló en ella. Pero

en aquel momento no era capaz de pensar en aquello. Bostezó con disimulo, y se sintió extenuada. Había sido uno de los días más sorprendentes de su vida.

John Sinclair se dirigió a la biblioteca a grandes zancadas. Estaba irritado, y no deseaba soportar la compañía de sus amigos aquella noche. Ver a Julia le había enfurecido, pero sobre todo, estaba furioso consigo mismo. En primer lugar, por no haber sido capaz de mantener las manos alejadas de Anna Hurst, y en segundo y principal, por no haber pensado en contarle nada sobre Julia. Pero ¿qué podría haber dicho? ¿Que él ya tenía una amante y que esperaba que Anna ocupara su lugar?

Él apenas había pensado en Julia desde que había llegado a Halston. La casualidad había querido que, de todas las noches posibles, aquella hubiera sido la elegida por ella para hacer su aparición triunfal. Maldita fuera. Hacía tiempo que solo la rutina le llevaba a su cama, y sabía que hacía meses que debería haber roto con ella de una forma educada y agradecida, como un caballero. Y la conocía lo suficiente para saber que ahora todo iba a ser mucho más complicado.

Abrió la puerta de la estancia sin contemplaciones. Su amigo Gareth estaba sentado en la butaca donde él solía trabajar, y Rachel Gall descansaba en el diván colocado a la izquierda de la puerta, girando un abanico en su mano con aparente desinterés. Se detuvo, respirando hondo. Sabía que el viaje había sido cosa de Julia, y ellos no tenían la culpa de nada.

—¡Lisle, viejo amigo! —lo saludó Gareth al verlo, mientras retrepado en el asiento elevaba un vaso hacia él—. Este whisky es excelente.

—Me alegro de que lo apruebes, Trent. —Se acercó a él para darle un apretón de manos. Luego se giró hacia Rachel—. Bienvenidos a mi casa.

—Gracias, Lisle —respondió aquella joven rubia y delicada con una tímida sonrisa de disculpa—. No estaba segura de que hiciéramos bien viniendo de esta manera, pero Julia aseguró que no te importaría. Ha sido muy desconsiderado por nuestra parte venir sin avisarte. Espero que no lleguemos en mal momento.

—Sabes que no necesitáis invitación para visitarme, Rachel —aseveró con sinceridad, consciente de que la bienvenida que les estaba dispensando no era la más cálida que podían esperar. Se acercó a ella y se inclinó sobre su mano con cortesía, mientras le dirigía una sonrisa que ella aceptó con alivio—. Pero desgraciadamente mi madre ya no está, y me temo que no hay ninguna anfitriona que haga vuestra visita socialmente apropiada.

—Yo ya se lo dije a Julia, pero ya sabes cómo es —respondió su amigo con despreocupación, absorto en su vaso—. Y por cierto, ¿dónde está tu invitado? Decker nos dijo que habría alguien más en la cena.

John miró a Gareth con impaciencia. Conocía a aquel joven desde poco después de su matrimonio con Caroline. Era un joven rubio y robusto, con una mirada azul algo bovina. Su físico recordaba a su padre, y en el futuro la fabulosa herencia que recibiría de él acentuaría el parecido. Pero en cuanto a su carácter, los honores correspondían a su madre, como dejaba muy claro la perpetua expresión de placidez que ambos compartían en un rasgo evidentemente familiar. Y, como ella, albergaba tan poca malicia como escaso ingenio. John lo sabía desde el día que le conoció en White's, cuando Gareth Trent realizó una pasmosa demostración de su habilidad para perder dinero al *whist*. Aquel día, a diferencia de los demás compañeros de partida y sin saber muy bien por qué, John se había apiadado de él. En realidad, su ayuda fue lo único que le permitió volver a casa sin haber dilapidado en vida de su padre su futura herencia. Desde entonces, pareció considerar a John Sinclair como el más íntimo de sus amigos, y se había aferrado a él de una manera que, al principio, este encontró enervante. Pero a pesar de cierta torpeza social, había resultado ser también un joven afable, servicial y honrado, y un amigo leal. Lo que sucedía, pensó John con un suspiro resignado, era que en manos de Julia era como arcilla.

—No hay ningún invitado, Gareth. Solo estamos nosotros —contestó con impaciencia, procurando controlar su irritación.

—¡Oh! —La confusión se dibujó en su rostro—. Estaba seguro de haber entendido...

—Sí *había* una invitada —interrumpió Julia entrando en la sala, y acomodándose junto a Rachel con aire lánguido—, pero al parecer ha tenido que irse. Una lástima; no estoy acostumbrada a tratar con lugareños, pero es posible que sea una de las escasas fuentes de entretenimiento que podamos encontrar aquí, después de todo. Podría haber resultado un cambio refrescante, después de la sofisticación de Londres. Tratar con una mujer del pueblo, sencilla y común, tan... *sin pretensiones*. ¿No crees, John?

La sutil pulla escondida en sus palabras no pasó desapercibida para John, pero sí para su amigo.

—¿A qué te refieres, Julia? —preguntó Gareth mientras cerraba un ojo para contemplar el contenido de su vaso.

—Bueno, a que habría resultado absurdo pretender que la sociedad local nos ofrezca el nivel de entretenimiento elegante al que estamos acostumbrados. Pero aun así, podríamos hacer de la necesidad virtud. —Se detuvo un momento, aparentemente absorta en alguna reflexión—. Sí, estoy segura de que una mujer tan resuelta y franca como ella podría habernos proporcionado una conversación interesante. Desde luego, parecía una mujer de carácter. Aunque es una pena que su forma de moverse resaltara en exceso su falta de refinamiento. El hecho de que sus ropas estuvieran pasadas de moda no debería importarnos. Ya se sabe que en el campo hay una falta de distinción

que no pueden evitar.

—Veo que te has fijado mucho en ella —dejó caer John sin volverse, mientras servía un poco más de whisky a su amigo.

Julia entornó los ojos con rabia. John no solo parecía haber encontrado una sustituta, sino que ni siquiera parecía importarle que ella lo supiera.

—No era necesario, ya que todo eso saltaba a la vista. Dinos quién era, John. ¿O jugamos a las adivinanzas? Veamos... —prosiguió con ligereza, ignorando de forma deliberada el gesto de advertencia de John—. Diría que era la señora de compañía de alguna dama del pueblo. ¿O tal vez atiende algún negocio, digamos que el almacén...?

—¡Santo Dios, Lisle! —exclamó Gareth, casi atragantándose con la bebida—. ¿Por qué ibas a invitar a cenar a una tendera del pueblo?

Rachel miró a ambos con reproche.

—¡Qué absurdos sois! —Se volvió hacia John con amabilidad—. ¿Quién era tu invitada, Lisle?

A pesar de su irritación, John inclinó la cabeza hacia ella, agradeciendo su intervención. A veces le parecía imposible que aquella criatura delicada y considerada fuera familia de Julia.

—Es una viuda que reside en Halston, Rachel, y se encarga de la escuela del pueblo, pero no era mi invitada ya que no aceptó quedarse a cenar.

—No sabía que hubiera una escuela en el pueblo —dijo Julia, arrugando la nariz.

—¿Y por qué habrías de saberlo, Julia? Que yo sepa, no tienes ninguna relación con este pueblo.

El tono cortante de John hizo que la mujer frunciera los labios en un mohín de enfado.

—No parece que esta noche estés de muy buen humor.

Ambos se contemplaron un momento en silencio.

—Ha sido un día muy largo para mí y estoy cansado, Julia —replicó con cierta impaciencia, mientras ella le dedicaba una mueca irónica—. Lamento no ser un anfitrión más diligente, pero he descubierto que llevar una propiedad como esta es más trabajoso de lo que suponía. Hay muchas cosas que hacer y que mejorar, decisiones que tomar... Pero no creo que mis preocupaciones os resulten interesantes.

La entrada de Decker anunciando que la cena estaba preparada estuvo a punto de producirle una exclamación de alivio. Ofreció con cortesía su brazo a Julia, a pesar de su aire ofendido, y se dirigieron al comedor seguidos por Rachel y Gareth.

—John —susurró Julia, acercando su cuerpo hasta rozar el suyo. Las risas de la pareja que caminaba tras ellos casi ocultaban sus palabras—, esta noche dejaré la puerta del dormitorio abierta y...

—No lo hagas —cortó él con rapidez. No deseaba enojar a Julia, pero no tenía

ningún deseo de soportar ni sus reproches ni sus atenciones—. Esta noche estoy muy cansado, de verdad. Ya hablaremos mañana.

Un estremecimiento de furia recorrió a Julia de la cabeza a los pies, pero supo controlarse. Conocía bien a Lisle y sabía que presionarle en aquel momento solo serviría para que ella quedara en evidencia. Pero al día siguiente iba a calibrar el grado de amenaza que aquella insolente mujer representaba para sus intereses. Y si detectaba el más mínimo peligro, aquella pueblerina podía empezar a prepararse para la batalla. Porque si algo tenía claro era que de ninguna de las maneras iba a permitir que la amenaza de otra mujer en la vida de John Sinclair se tornara realidad.

A la mañana siguiente, John había bajado a desayunar más temprano de lo que acostumbraba, sabiendo cuánto odiaba Julia madrugar. Esperaba encontrar la sala vacía, pero Rachel Gall se le había adelantado, y ambos habían compartido un agradable momento. Rachel se había vuelto a disculpar por aparecer así, y John le había reiterado cuánto apreciaba su compañía.

Y era verdad. Desde que comenzó a cortejar a Caroline, había conocido a su amplia familia, y siempre había sentido predilección por la pequeña de sus primas. Entonces era solo una niña, pero ya había algo muy agradable en Rachel Gall. Posiblemente la mezcla de timidez y sentido común que había en ella, a pesar de que casi pasaba desapercibida, eclipsada por sus decididos hermanos mayores y los revoltosos pequeños. Se había convertido en una bonita joven de piel inmaculada y sonrisa pacífica, aunque su rostro era tal vez demasiado triangular, y sus ojos azules demasiado redondos. Siempre le había recordado a un duende de los bosques.

Tras dar por terminado el desayuno y dirigirse a la biblioteca, aún sonreía recordando las quejas de Rachel, segura de que ni sus hermanos, ni sus padres, ni Julia le tomaban en serio. Avanzaba por el pasillo cuando una voz sarcástica tras él le detuvo.

—Parece que hoy sí estás contento.

«Julia», pensó con cansancio antes de girarse hacia ella. Contempló su apariencia exuberante, que su sobrio vestido de mañana no ocultaba. Claro que el escote era, probablemente, el más bajo que una dama de buena cuna hubiera mostrado jamás en Halston a aquellas horas tan tempranas.

—Estás muy hermosa esta mañana —la saludó, inclinando la cabeza en gesto de reconocimiento.

—Gracias, pero no he venido para que me adules —respondió con sequedad pasando ante él y entrando en la biblioteca—. Parece que ayer querías que habláramos.

—Sí, claro que sí. —John entró tras ella y cerró la puerta. Se dirigió al escritorio y permaneció allí de pie—. Se trata de esta visita.

—¡Oh! —Abrió sus hermosos ojos con falsa inocencia—. Y yo que creí que querías hablar de nosotros.

John suspiró. Ya había imaginado que no iba a ser fácil.

—Toma asiento, por favor. —Le indicó el diván, y él acercó una silla—. Supongo que esta conversación debimos tenerla hace un tiempo, Julia.

Ella le miró a los ojos con frialdad.

—No podré saber si estoy de acuerdo contigo si no acabas tu planteamiento.

John pasó la mano por su cabello. ¿Cómo se decía «Se acabó» sin herir a alguien? Lo intentó de nuevo.

—Creo que sabes cuánto te aprecio, y qué agradecido te estoy de que me hayas ofrecido tu amistad. Estos años que hemos estado juntos he disfrutado mucho de tu ingenio, de tu compañía...

—De mi cama... —añadió ella con sarcasmo.

John calló un instante, pero al reanudar su discurso su voz fue aún más neutra y suave.

—Sí, *ambos* hemos disfrutado de la pasión y el deseo. —Recalcó la palabra con sutileza—. Eres una mujer extraordinaria.

—Un gran elogio —apuntó con mayor sarcasmo—, pero no estamos aquí para elogiarme, ¿verdad?

—Tampoco para herirte.

Aquello enfureció a Julia.

—No seas arrogante, Lisle —espetó con tono glacial—. Dime ya lo que quieras decirme.

John inspiró hondo. Por supuesto, ella tenía razón; no tenía sentido alargarlo.

—Julia, quiero poner fin a nuestra relación.

Un silencio opresivo descendió sobre ellos. Los ojos de Julia se clavaron en los suyos con dureza.

—Supongo que al menos merezco una explicación, si no tienes inconveniente —solicitó glacialmente.

—Por supuesto, aunque creo que tú también sabías que nuestra relación se estaba agotando.

—No digas estupideces, de haberlo sabido te habría dejado hace tiempo —cortó con malignidad, sin hacer caso a su explicación—. ¿Es por otra mujer?

—No, claro que no.

«Demasiado rápido, demasiado automático», pensó ella entrecerrando los ojos.

Él prosiguió.

—Hace tiempo que debí poner fin a esto. Se trata de mí, Julia. Se trata del vacío que llevaba sintiendo años.

Ella arqueó las cejas y esbozó una sonrisa desprovista de humor.

—Supongo que comprenderás que eso no es muy halagador.

—No he pretendido ofenderte. Tú has sido lo único que me ha salvado del hastío en muchas ocasiones, y quiero que lo sepas. No podré agradecerte lo suficiente todo lo que me has dado.

—Ya —comentó cortante—. Pero eso ya no es suficiente.

—No, no lo es. Tal vez dejó de serlo hace tiempo, pero nunca quise preguntarme por qué me sentía tan aburrido, tan vacío. Llevo tiempo viviendo sin ningún objetivo, Julia, y estoy seguro de que tú lo has llegado a ver. Jugar, beber, discutir de política día tras día... Estaba harto.

—*Estabas...* —murmuró pensativamente—. ¿Eso quiere decir que ya no lo estás?

—En Hertwood Manor puedo sentir que mis días tienen una finalidad. Ahora pienso que tardé demasiado en venir.

—¿Estás diciendo que pretendes instalarte *aquí*, en el campo, para siempre? —preguntó incrédula, y su voz se volvió ligeramente aguda.

—Tal vez no para siempre, pero sí la mayoría del tiempo. He sido muy negligente con esta propiedad, y voy a dedicarme a devolverle a su debido estado. Viviré aquí e intentaré convertirme en un propietario adecuado. Ese es en parte el motivo por lo que necesitamos dejarlo ahora, Julia; aunque tu marido siempre ha sido tolerante con tus aventuras, sabes que es del todo punto imposible que permanezcas aquí, en Surrey. Ni siquiera él soportaría algo tan abiertamente humillante.

—Así pues, me estás diciendo que la única solución que nos queda es separarnos. Por esta... *propiedad*.

Lo miró con escepticismo, sabiendo que la propiedad era lo de menos. Otras veces en el pasado él había conocido a otras mujeres, y habían pasado temporadas de distanciamiento. En esos casos, ella había tomado otros amantes. Pero había esperado pacientemente, y siempre que se había cansado de la novedad, Lisle había vuelto a buscarla.

Pero aquello que le estaba diciendo, aquella intención de quedarse en aquel lugar para siempre...

—No te creo —negó con una sonrisa herida, dejando entrever solo parte de la emoción que la dominaba—. Tú adoras los bailes y el coqueteo, las discusiones en tu club sobre política, las partidas de cartas, los conciertos,...

—No —la cortó—. Tú adoras eso, es la razón de que no soportes estar en Sussex. Yo solo lo toleraba porque no había nada que deseara en su lugar.

—¿Y es que ahora sí lo hay? —preguntó con mordacidad.

—Julia, por favor. —La detuvo, alzando la mano con aspecto cansado—. Seguir con esto no tiene sentido.

La compasión que percibió en su voz provocó en ella una oleada de cólera aún mayor de la que había provocado su revelación.

—¿Es ella, es la mujer que te acompañaba ayer? ¡Oh, John, por favor, qué vulgaridad! —Los celos tiñeron su voz de amargura—. Si me hubieras dicho que te atraían las mujeres corrientes y pueblerinas, podía haberme disfrazado de pastora o de lechera.

—Basta, Julia —cortó con aspereza, levantándose del asiento—. Esto no tiene sentido. Ya te he dicho que no hay nadie. No nos hagamos más daño.

El impasible desapego que percibió en él le advirtió de que esta vez hablaba en serio. «*Voy a perderlo*», comprendió conmovida. «*No, no, no...*». Tenía que haber algo que ella pudiera hacer. No iba a dejar que él la abandonara de esta manera. Se obligó a mantener la cabeza tan fría como pudo. Tenía que ganar tiempo. Ya gritaría después.

—Tienes razón, pero es que me cuesta entenderlo. Nunca he visto en ti la intención de ser un hacendado, y además, John, otras veces también nos hemos separado y al final... —probó.

—Lo sé, Julia, pero esta vez es diferente.

—Sigo sin comprenderlo. Si estás interesado en esa mujer, sabes que nosotros nunca hemos tenido exclusividad, y si es eso no me importaría...

—No —interrumpió con impaciencia—. No se trata de eso, y he intentado explicártelo. No puedo decirte nada más, nada que ayude a que lo entiendas si no lo has hecho ya. Estamos dando vueltas en círculos una y otra vez... No quiero herirte, Julia.

—Por suerte o por desgracia para ti, tu capacidad de herirme solo depende del poder que yo te conceda sobre mí —señaló con forzada indiferencia, defendiéndose así del dolor que sí era capaz de causarle. Se detuvo intentando recuperar su sangre fría. Tiempo. Necesitaba tiempo—. Bien, parece que no hay mucho más que decir, entonces. Siempre he tenido algunas proposiciones para sustituirte, y al parecer tendré que sopesarlas antes de lo que pensaba.

John asintió en silencio.

—En fin, habría preferido ser yo quien pusiera fin a lo nuestro, pero de todas formas, no puedo estar enfadada contigo —continuó con voz forzada—. Siempre hemos sabido que esto acabaría algún día, y en estos casos solo queda desearse suerte y salir con elegancia. Espero que podamos seguir siendo amigos, sin embargo.

—Claro que sí. —El alivio de John se hizo patente en su voz—. Siempre serás muy importante para mí, y me sentiré honrado de contar con tu amistad.

—Bien, así pues, parece que esto es el fin. —Se levantó del diván y se encaminó a la puerta—. Aunque hay un último asunto. Supongo que sería lógico que partiéramos cuanto antes a Londres. Sin embargo, una vuelta tan precipitada daría lugar a rumores que preferiría evitar. Si no tienes inconveniente, creo que sería mejor que mantuviéramos la apariencia de que hemos recibido una invitación tuya para

pasar unos días en el campo, como creen nuestros amigos en Londres. Ya que las cosas están claras entre nosotros, supongo que eso no será demasiado problema.

Los labios de John se tensaron de una forma apenas perceptible; no quería mantener aquella situación, pero si eso era lo único que ella pedía, podía ser generoso. Así que, a pesar de su recelo, respondió con perfecta cortesía:

—Por supuesto, Julia. Estás invitada a permanecer en Hertwood Manor hasta que consideres oportuno.

Sin demostrar ni un ápice de complacencia, Julia aceptó el ofrecimiento con una ligera reverencia, y abandonó la estancia. Al cerrar la puerta tras ella, John soltó con alivio el aire que inconscientemente había estado conteniendo. Bien, ya estaba hecho. Ahora le esperaba la gestión de su propiedad, las obligaciones que había decidido asumir voluntariamente. Primero vería a Jenkins, y luego saldría a cabalgar con *Thor*. Y en cuanto ordenara sus pensamientos iría a buscar a Anna; necesitaba verla y conseguir que le perdonara por haber sido demasiado cobarde para hablarle de Julia. Y pensaba lograrlo incluso aunque para ello tuviera que ponerse de rodillas antes ella.

Anna rodeó las rodillas con los brazos, y apoyó la barbilla sobre ellas. No tenía ningún sentido estar decepcionada, pero no lo podía evitar. Cualquier sueño sobre John era una estupidez, ya que nada podría existir entre ellos, con independencia de que aquella mujer hubiera acudido a visitarlo. No solo porque sus situaciones fueran diferentes; hacía años que había decidido que en su vida no volvería a haber un hombre.

Introdujo la mano derecha en la fría corriente, sintiéndose desdichada. La sombra de la enorme haya bajo la que se encontraba creaba extraños efectos en la cristalina superficie del remanso que se extendía ante ella. Aquel lugar siempre le generaba sosiego y le ayudaba a pensar, pero hoy no estaba surtiendo efecto. Deseó poder introducir sus pies en el agua, incluso bañarse. Una inmersión en agua helada que le ayudara a aclarar sus ideas. Pero no era posible, se resignó, y se contentó con deslizarse sobre la gran piedra en la que estaba sentada, inclinándose más hacia la superficie y dejando que el agua acariciara también su muñeca y su antebrazo.

No, no tenía sentido. En primer lugar, porque ella se había jurado no volver a depender de un hombre jamás. Había diseñado una vida apartada, tranquila y confortable. Con poco dinero, pero con sosiego y seguridad. Nada de miedos, nada de aprensión mirando el rostro de quien vivía junto a ella para descubrir cualquier cambio de humor que la pusiera sobre alerta. Ahora su casa era *suya* de verdad. Su hogar. Ya no le sobresaltaba cualquier ruido a destiempo, ni su respiración se paralizaba al escuchar un juramento. Y si para conseguir su tranquilidad tenía que renunciar a otras necesidades, aun así merecía la pena.

Y lo cierto era que desde que se había trasladado a Halston, no había sentido la

necesidad de recibir miradas de admiración de ningún hombre, ni su cuerpo había temblado al imaginar el roce de unos labios sobre él. Había vivido tranquila sin ello, y por eso ahora sus sentimientos le resultaban tan confusos.

Hasta hacía un mes, lo único que sabía de John Sinclair era que el heredero de Hertwood Manor vivía en Londres y apenas pisaba la propiedad. Por el hecho de que nunca se ocupara de ella, y por algunos comentarios hechos en voz baja por habitantes de Halston que tenían relaciones en la ciudad, llegó a la conclusión de que era un noble ocioso dedicado a las fiestas, las cartas y las mujeres. Y su primera imagen de él, casi desnudo junto a aquella pelirroja exuberante, le dejó bien claro que aquella descripción no estaba desencaminada en absoluto. Eso debería haber hecho que volviera la espalda y evitara una conexión tan indeseable. Pero para su total sorpresa no había sido así. Había tolerado que se acercara a ella, había consentido que la besara y acariciara. Había permitido que despertara su deseo, pero lo que de verdad la mortificaba profundamente era que le había dado la oportunidad de adivinarlo. Y por si fuera poco, la punzante sensación de celos que la invadió al comprender la naturaleza de su relación con lady Holbrook aún le irritaba.

En su fuero interno Anna se había vanagloriado de su fortaleza al salir adelante sola y sin necesidad de ninguna figura masculina en su vida. Y, sin embargo, ahora su mente volvía una y otra vez al recuerdo del rostro de John Sinclair, a sus palabras, al rastro de su boca y sus manos sobre su piel; y ella descubría que no era tan diferente al resto de mujeres que querían un hombre en su vida. Bien, ella podía aceptar con entereza aquello; lo que no lograba entender era que su deseo se despertara por un hombre tan poco conveniente como aquel.

El recuerdo de sus caricias la hizo sonrojarse de nuevo. Cómo era posible aquello, se preguntó. Cómo a su edad y después de haber sobrevivido a su marido, podía acalorarse de aquella manera al recordar los momentos vividos en la granja de los Alcott. Si su naturaleza lasciva tenía que despertar ahora, al menos podía haberlo hecho con algún viudo discreto y decente de la comarca, y no con aquel noble libertino y consentido, capaz de pedirle que fuera su amante un rato antes de recibir con total tranquilidad a otra *amiga* sin perder la compostura.

Al menos podía dar gracias al cielo de haber dicho que no. Eso era lo único que le había permitido levantarse aquel día con la cabeza alta. De haber sucumbido, para luego encontrar a aquella... lo que fuera, mirándola con su odiosa sonrisa, no habría sido capaz de salir de su casa en mucho tiempo.

Unas gotas de agua salpicaron su falda, y sacó la mano de la corriente. Se reclinó con cuidado sobre la piedra, observando el cielo a través de las ramas que sombreaban su cabeza. Anna no tenía por costumbre engañarse; y a pesar de todo lo que acababa de decirse a sí misma, lo que debía aceptar —por mucho que le molestara—, era que estaba más celosa que mortificada. Resultaba absurdo y

estúpido; no tenía ningún derecho a sentirse así y además, aquella fascinación no podía traerle nada bueno. De haber tenido diecisiete años tal vez podría entenderse algo así; pero a los treinta y cuatro años solo demostraba que era más débil de lo que siempre había creído.

Un escalofrío la recorrió por completo mientras se sentaba otra vez, inquieta y molesta consigo misma. Solo daba vueltas y vueltas a la misma idea, y no resolvía nada. Estaba intentando convencerse de que lo único que funcionaría sería alejarse de él antes de ponerse más en ridículo, cuando el ruido de unos cascos de caballo la puso alerta. Se incorporó casi de un salto, y a punto estuvo de caer al agua al resbalar sobre la roca. La conocida voz de John Sinclair llegó a ella desde el camino.

—¡Ten cuidado o te caerás!

Estremeciéndose, Anna se dirigió hacia la orilla, pero antes de poder pisar la tierra, John ya había atado su caballo a un árbol y se encaminaba hacia donde ella estaba. Se irguió con tanta dignidad como pudo.

—Deténgase ahí —ordenó, y dio otro paso cauteloso hacia la tierra—. Si los dos estamos sobre las rocas será cuando haya verdadero peligro de caer al agua.

—Solo pretendía ayudar —se disculpó él con poca convicción, tendiendo una mano que Anna ignoró. Prefería ocuparse de que sus faldas no rozaran el suelo, y cuando alcanzó tierra firme, pasó junto a él sin levantar la cabeza.

—Si su idea de ayudar a una mujer es asustarla de esta manera, quiero que le quede claro que prefiero que me deje sola con mis dificultades.

—Pero sé perfectamente que no es fácil asustarte. Y por lo que veo, tampoco ayudarte —replicó con seriedad, pero la risa bailaba en sus ojos.

Anna hizo un vano intento de permanecer reservada y mantenerse distante, pero acabó rindiéndose ante la atracción que su imponente presencia ejercía sobre ella.

—Simplemente no esperaba a nadie, y me ha sobresaltado —replicó algo apaciguada—. ¿Cómo me ha encontrado?

John se encogió de hombros, y comenzó a andar por el saliente de rocas.

—Andrew ha ido a visitar a *Thor* y me ha dicho dónde estabas.

Se agachó junto al agua, y permaneció en cuclillas unos momentos, con las manos cruzadas ante él y el semblante ausente. Anna lo contempló en silencio, desarmada como siempre que se encontraba en su presencia. Observó absorta la forma en que la chaqueta se ceñía sobre sus anchos hombros, y sintió unos absurdos deseos de apoyarse en él.

—Un sitio muy hermoso. Lo recordaba de cuando era un niño.

John comenzó a incorporarse.

—¿Solía venir aquí? —preguntó Anna, intentando no fijarse mucho en la forma en que sus musculosos muslos tensaban la tela del pantalón al levantarse.

Una enigmática sonrisa iluminó su faz, y el encanto que desprendía hizo que

Anna se sintiera hipnotizada.

—Alguna vez. Más de las que mis padres consideraban adecuadas y menos de las que yo hubiera querido. ¿Sueles bañarte aquí?

Anna ahogó una risita de sorpresa ante aquella posibilidad, pero intentó componer una fachada de dignidad.

—Una dama no se baña en ríos. Y si lo que sucedió el otro día le ha hecho creer que suelo comportarme de un modo indecoroso e inadecuado de manera habitual, debo asegurarle que no es así y pedirle que lo olvide cuanto antes. Por mi parte, no volveré a beber ese maldito brebaje en toda mi vida.

John echó a reír, y ante el estupor de Anna, sus ojos recorrieron lentamente su cuerpo, sin pretender disimular en absoluto lo que estaba haciendo.

—Solo te lo he preguntado porque yo sí que lo hacía de pequeño. Dejaba las ropas en la orilla, donde estás tú ahora, y me bañaba desnudo en este remanso. —Con dos grandes zancadas, abandonó las piedras y se colocó junto a ella—. En cuanto al tema del otro día, sé perfectamente que eres una dama a pesar de lo que sucedió. Espero que nada en mi comportamiento te haya hecho creer que te veo de otra manera. Mi única queja podría ser que no te comportes conmigo así más a menudo. —Interrumpió con una mueca divertida la protesta que Anna comenzaba a emitir—. Pero no hablaremos de ello si no quieres. Solo he venido para disculparme. Me gustaría que me permitas acompañarte hasta tu casa, si vas a pasear de vuelta.

Anna bajó la vista hacia la tierra e inspiró hondo, intentando reunir las fuerzas para negarse. Sabía que las insinuaciones que lanzaba aquel hombre eran absolutamente inapropiadas, pero lo realmente grave de su situación era el placer que ella experimentaba al escucharlas. Supuso que su sentido común se había ausentado por fin, cansado de intervenir sin ser atendido.

Entonces la mirada fría y desdeñosa de la mujer que había llegado la víspera apareció en su mente. Se giró y echó a andar sin contestarle.

—Lo tomaré como un sí, ya que no te has negado. —Tras soltar su caballo John la alcanzó con facilidad y la detuvo colocando la mano en su brazo—. Anna, en realidad he venido para hablar contigo de los invitados que llegaron ayer a mi casa. Sé lo que pudo parecerte, pero yo no tenía...

—No necesito ninguna explicación —le cortó con vehemencia, soltándose y apretando el paso—. Unos invitados llegaron a su casa, y eso es todo.

—No, no lo es. No les esperaba, ya que de otro modo te lo habría contado antes. —Volvió a colocarse junto a ella con rapidez—. Quiero explicarte quién era ella.

Todas las alarmas se encendieron en la cabeza de Anna. No necesitaba escuchar de sus labios quién era ella. Lo había comprendido perfectamente. Y, desde luego, no quería saber ningún detalle de la unión que mantenían.

—No creo que nuestra relación permita que ese tipo de confianzas resulten

adecuadas, y con seguridad no es necesario. —Sin detenerse, elevó una mano fingiendo proteger sus ojos del sol. Quería evitar que él pudiera leer en su rostro los celos que aquella mujer le había hecho sentir.

Pero John no pareció compartir su opinión.

—Como parece que has adivinado, Julia Dunn y yo hemos mantenido durante un tiempo una amistad especial.

—Es una forma de llamarlo —murmuró entre dientes, pero al momento se arrepintió de mostrar tan a las claras cuánto le molestaba aquello.

—Bueno, quiero creer que así ha sido, al margen de que otro tipo de cosas también haya sucedido entre nosotros —replicó John con humor—. Pero la cuestión es que ya hace un tiempo que lo que había entre nosotros estaba agotado. Necesito que sepas que la llegada de Julia no afecta en absoluto a todo lo que te dije en la granja.

—Es evidente que no afecta, porque ya le dije que no podía aceptar esa oferta mucho antes de que ella apareciera. Que tenga invitadas «especiales» es algo que no me incumbe.

—En realidad yo no la invité, a pesar de que pude haberlo hecho —le respondió, picado en su orgullo por la frialdad que ella demostraba.

—Sigue sin tener que ver conmigo, salvo por el hecho de que ahora que ella está aquí, ya no necesitará hacerme proposiciones de ningún tipo.

John se paró en seco y la agarró del brazo para detenerla. Anna dio un respingo, y retrocedió un paso. La mirada que la observaba era fría y dura.

—Si solo hubiera querido satisfacer mis apetitos sexuales habría acudido a Hillbury o incluso a la posada del pueblo —explicó en tono cortante—. Lo que te dije en la granja era lo que sentía. No sé cuántas veces ya me he disculpado por haberte ofendido, a pesar de que fuiste tú quien dijo que no era necesario. Y lo seguiré haciendo, si es lo que hace falta para que me perdones. Pero de ninguna de las maneras voy a dejar que nos insultes a los dos insinuando que solo pretendí aplacar contigo mi deseo insatisfecho. Lo que hay entre nosotros es otra cosa, aunque te empeñes en negarlo.

—Yo no me empeño en negarlo. —Se sentía sofocada por sus palabras—. Es que entre nosotros no hay nada.

—¿Nada? ¿Sueles besar a menudo a hombres con los que no tienes nada?

La boca de Anna se abrió en una muda exclamación de incredulidad. Antes de saber lo que estaba haciendo, el sonido de una bofetada rompió la tranquilidad del bosque.

—Eres odioso —dijo sin aliento, conmocionada por lo que acababa de hacer.

Para su sorpresa, en el rostro de John apareció una sonrisa irónica, mientras su mano acariciaba con suavidad la mejilla golpeada.

—Bien, si este es el precio para conseguir que vuelvas a hablar conmigo, lo pago gustoso.

—¿Qué quieres de mí? —Echó a andar de nuevo con grandes zancadas, sintiéndose desesperada. El golpe le había hecho ser plenamente consciente de cuánto le había perturbado encontrar a su amante la víspera, y no pensaba permitir que él también lo comprendiera.

—Solo que me escuches, Anna. —La siguió—. Es cierto que Julia y yo éramos amantes en Londres, pero no tenía ni idea de que pensara venir aquí. De haberlo sabido, te lo habría contado antes. Si recuerdas, intenté decírtelo cuando llegamos a la casa.

—Bien, pues ahora ya lo sé. Y ya te he dicho que no me debías ninguna explicación.

—Pero hay algo más que quiero que sepas. Esta mañana he terminado mi relación con ella.

Anna mantuvo el paso firme, y consiguió mantener su apariencia de impasibilidad. Aquello no cambiaba nada, se dijo sin querer pararse a considerar por qué su corazón se sentía reconfortado.

—Tú sabrás qué es lo que debes hacer. Solo espero no haberte dado en ningún momento la impresión de que eso era algo que yo quería.

—Detente, por favor.

John la tomó por los hombros, haciendo que parara bruscamente. El corazón le latía con violencia, en parte por la velocidad a la que caminaban, pero sobre todo porque aquel era el efecto que aquel hombre provocaba habitualmente en ella. La consciencia del tacto de sus manos a través de la tela del vestido le provocó un estallido de calor en el vientre, y con brusquedad dio un paso atrás que hizo que él la soltara.

La voz de John sonó seria y decidida, mientras Anna intentaba serenarse, con la vista fija en el suelo.

—Anna, la realidad es que no he roto mi relación con Julia por ti. Podría intentar halagarte diciendo otra cosa, pero no sería verdad. Nuestra relación había perdido sentido mucho antes de que yo viniera aquí. En cuanto al por qué no rompí antes... bien, digamos que tal vez me dejé arrastrar por la inercia. Lo que quiero que quede claro es que no estoy pretendiendo convencerte para que tú ocupes su lugar. Es verdad que me hubiera gustado conocerte de manera más... *íntima*, pero te has tomado muchos esfuerzos por dejarme claro que tú no deseas ese tipo de relación conmigo, y yo lo he admitido. Pero no creo que por eso debamos abandonar nuestra relación de amistad.

—No creo que pueda decirse que seamos realmente amigos —se excusó con poca convicción, y ni un gramo del alivio que supuso debería sentir al saber que el

vizconde desistía de convertirla en su amante.

—Pero podemos serlo.

El desconcierto reinaba en la mente de Anna. Aunque él dijera que podían ser amigos, sabía que estar cerca del vizconde era una imprudencia, si no algo peor. Pero era como si las palabras que debía pronunciar se resistieran a formarse en sus labios. Debería decir «no». Debería despedirle y caminar sola. Pero no era capaz de hacerlo. Comenzó a andar.

—Me siento halagada, de veras, pero ¿qué sentido tiene pretender ser amigos? Nosotros no tenemos nada en común —respondió, cada vez con menor convicción.

—Claro que lo tenemos, Anna. A ambos nos importa la gente de esta propiedad. Ambos estamos solos...

Anna dejó escapar un bufido de indignación, y un brillo de diversión asomó a los ojos de John, pero cuando habló su tono tuvo un deje de melancolía.

—Ambos queremos que las cosas sean diferentes, aunque no sepamos bien cómo las queremos.

De repente, Anna elevó la mirada hacia él, alerta. Comenzó a negar con la cabeza, pero él desechó su gesto con una sonrisa breve y desprovista de humor.

—Lo veo en ti, Anna. Veo tu espíritu intentando acomodarse a esta vida que dices que deseas, pero está enjaulado. Esta quietud no es para ti. Ambos podemos ayudarnos.

Anna volvió a negar, pero no habló. Su silencio fue interpretado por John como la confirmación de que estaba en lo cierto.

—Quiero que aceptes esta relación. Estoy convencido de que juntos podemos hacer grandes cosas. Ese es otro de los motivos por los que necesitaba hablar hoy contigo. He pensado que deberíamos tratar el tema de la escuela. ¿Crees que podríamos hablar de ello tomando un vaso de esa sidra que preparas?

Aún confusa e indecisa, Anna ralentizó su paso y él la imitó. El día era muy hermoso, con una suave y cálida brisa que invitaba a disfrutar de la tarde ante una taza de té, sentados en el jardín. Pero la presencia de John Sinclair aún alteraba demasiado sus sentidos para fingir con tranquilidad que nada pasaba. En otro momento, tal vez más adelante, una charla desenfadada sería algo completamente inocente, pero aquel día no. Ella aún no estaba preparada para mirarle con la serenidad que la amistad requería.

—Me temo que hoy me encuentro un poco cansada. Debe haber sido este sol —se excusó sin poder evitar sonrojarse por la mentira—. Tal vez otro día...

John Sinclair la miró con una expresión indescifrable y Anna comprendió que no la creía.

—¿Tanto te importa la relación que mantuve con Julia?

—¡En absoluto! —replicó con vehemencia, sintiendo que sus mejillas ardían—.

No es de mi incumbencia a qué dedicas tu tiempo.

—Entonces ¿por qué me evitas? ¿Tan despreciable te resulta mi moral?

—No se trata de moral —negó con rotundidad—. Créeme, soy la persona menos indicada para emitir juicios morales. Es solo que no quiero crear falsas expectativas. Cualquiera día te irás a Londres, y la escuela dejará de importarte. No quiero soñar con algo que en cualquier momento se puede destruir.

—Entonces, ¿se trata de eso? —La contempló unos instantes, como si estuviera sopesando su respuesta—. ¿No estás molesta por lo de Julia?

Anna vaciló un instante antes de contestar.

—No soy quién para molestarte por tus relaciones.

—¿Y de veras tu miedo es que me vaya y la escuela deje de funcionar? —La observó con intensidad mientras un músculo latía en su mandíbula tensa. Anna bajó la vista y no respondió—. Bien, entonces todo está claro entre nosotros. Si de veras estás cansada, creo que será mejor que lo dejemos para mañana. Tengo varias ideas sobre cómo conseguir que la escuela funcione semanalmente, y pienso llevarlas a cabo antes de irme. Y a menos que tu miedo a soñar te impida volver a preocuparte por la escuela, en cuyo caso supongo que no me quedaría más remedio que recabar la ayuda del reverendo, me gustaría compartirlas contigo.

—¿Acaso no es cierto que te irás? —preguntó con resquemor, molesta por la forma en que él parecía haberla acusado de cobardía.

—Qué más da eso, Anna —contestó cansadamente—. Si así fuera, me ocuparé de que la escuela continúe. Pero no creo que las dudas sobre el futuro deban estropear el presente. Somos amigos, y quiero ayudarte con la escuela. Eso debería ser lo único importante.

Anna disimuló el nudo que se le había formado en la garganta. No había negado que acabaría por irse. Tendría que recordarlo cada vez que, como una estúpida, se permitiera soñar con él.

—Iré mañana para entregarte la libreta —le informó con sobriedad. Aquello era cuanto podía comprometerse en aquellos momentos—. Tal vez entonces podamos hablar de tus planes.

Aceptando que aquello era mejor que nada, John asintió, tocó con levedad el ala del sombrero y se inclinó para despedirse. Luego se giró hacia su montura y subió con un ágil salto. Anna lo vio picar las espuelas y lanzarse al galope con elegancia. Suspiró confundida. Había conseguido que el vizconde asumiera su negativa a mantener una relación con él. Era evidente que no pensaba renovar su ofrecimiento, y eso debería hacerla sentir aliviada. Sin embargo, solo sentía unas tremendas ganas de llorar. Golpeó el suelo con fuerza, en un intento de descargar la zozobra que sentía. Una voz familiar se burlaba de ella: «¿Ves como tenía razón? Solo eres una furcia».

El cuerpo le tembló con violencia, y tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol

para no caerse. No, se dijo con decisión, él no tenía razón. No la había tenido nunca, y no la tendría ni aunque ella decidiera acostarse con John Sinclair. No sería de la incumbencia de nadie, y menos de un muerto. No pensaba concederle de nuevo el poder de hacerle daño.

Iría a casa de John al día siguiente. La escuela le importaba, era algo real, y por el bien de todos iban a hablar de ello como amigos. Él había aceptado su no, y ya no la perseguiría. Y ella sabría vencer la sensación de profunda decepción que aquella idea le provocaba.

Anna acarició con suavidad la ornamentada superficie del brazo de su silla, mientras su mirada se perdía en la hermosa vista de los jardines que se alcanzaba desde su posición. Aunque en el pasado había acudido en ocasiones a la casa, era la primera vez que entraba en la biblioteca. Lady Lisle prefería recibir en la salita orientada al oeste que se hallaba junto a la sala de desayunos, decorada en un delicado tono rosado. La biblioteca, sin embargo, era un lugar mucho más adecuado al vizconde. Las altas estanterías llenas de libros, la mesa y las sillas eran de oscura madera labrada, y le sugerían una impresión de solidez y permanencia.

Sonrió con disimulo. Le resultaba sorprendente que su mente hubiera establecido una correlación entre John Sinclair y solidez. O al menos, le habría resultado sorprendente días atrás. Sin embargo, hacía un par de horas que se habían reunido para hablar de la escuela, y en ese tiempo había corroborado que aquel hombre era muy diferente de lo que siempre había creído. Parecía sinceramente interesado en que la escuela educara a los jóvenes de su propiedad, y estaba dispuesto a invertir tiempo y dinero en ello. Había abordado las ventajas e inconvenientes de su planteamiento de manera sistemática, solicitando al reverendo Edwards y a ella misma su opinión sobre los diferentes puntos. Quería saber de cuántos posibles alumnos hablaban, cómo conseguir que acudieran a la escuela, qué tipo de estudios deberían realizar, cómo habría de ser el profesor que pudiera llevar adelante aquella clase...

Estaba sorprendida. Y también algo decepcionada, suspiró. La implicación de John Sinclair en el proyecto no tenía nada que ver con ella. Tal vez había sido el medio a través del que se habían relacionado, pero desde luego que el esfuerzo que estaba dedicando al proyecto no tenía por objetivo impresionarla. Allí había auténtico convencimiento, y sabía que aquella conversación y aquellos planes se habrían dado incluso aunque ella no hubiera acudido esa tarde.

Observó la morena cabeza del vizconde inclinada sobre la mesa, mientras indicaba algo al reverendo sobre el plano de la iglesia que contemplaban. Estaba de pie junto a él, con la cadera derecha ligeramente apoyada en el escritorio, y algunos mechones de su cabello caían sobre la frente, proyectando sombras sobre sus ojos. Anna pensó distraída que a menudo lo había visto así, envuelto en las sombras. De repente sonrió ante algún comentario del reverendo, y por enésima vez desde el día que lo vio en los establos, sintió que aquella luminosa sonrisa le robaba la respiración. El negro riguroso que vestía solo hacía que fuera aún más impactante. Aún sonriendo, alzó la mirada por encima de la cabeza del reverendo para encontrar

su rostro. Anna dio un respingo, sintiéndose pillada en falta. Por una décima de segundo, creyó que algo parecido al afecto se reflejaba en sus ojos oscuros, pero su voz neutra le hizo pensar que bien podía haberlo imaginado.

—¿Y usted, Anna, qué piensa?

Anna parpadeó, azorada. Aquella tarde se sentía completamente distraída, y muy poco brillante. Cuanto más entusiasmo demostraba el vizconde, más le costaba a ella dar su opinión o proponer cambios. En realidad, se daba cuenta de que el proyecto que el vizconde diseñaba no la necesitaba en absoluto, y había dedicado tanto tiempo a aquello en los últimos años que reconocerlo le producía una especie de abatimiento. Un cierto vacío.

—Creo que su opinión es lo más importante en esto, milord —contestó con tanta serenidad como pudo. Sabía que sentirse triste ahora era el colmo del absurdo—. Estoy segura de que tomará las decisiones adecuadas.

John Sinclair enarcó una ceja pero mantuvo su sonrisa impertérrita.

—A mí me gustaría conocer su opinión, de todas maneras. —Se volvió hacia el reverendo—. La de ambos.

Los dos hombres la observaron. Anna había comprendido desde el principio que el reverendo sentía afecto y respeto por el vizconde, y llegó a preguntarse si ella era la única persona que lo había considerado alguna vez indolente y egoísta. Aunque ahora le resultaba difícil conciliar aquella creencia con la imagen del hombre atractivo y sonriente que quería establecer un legado para su escuela.

—Sí, Anna, ¿qué opinas? —preguntó el reverendo con aire esperanzado.

Anna suspiró. No tenía ni idea de qué le estaban preguntando.

—Me temo que estaba un poco distraída...

La sonrisa de John se ensanchó.

—Hablábamos de la mejor manera de asegurarnos de que los niños vengan. El reverendo dice que tendríamos que servir un desayuno, pero no estoy seguro de que eso sea suficiente. Yo digo que habría que añadir algún otro tipo de incentivo, al menos de cara a los padres.

Anna le contempló perpleja, sin saber qué responder. Estaba claro que aquel hombre había tomado el tema en serio.

—¿No está de acuerdo conmigo?

La ligera inflexión de desafío contenida en la pregunta captó la atención de Anna. Le observó con atención. A pesar de su dominio de la situación y su demoledora seguridad sobre lo que había de hacerse, aquel hombre parecía esperar algo de ella. Había bajado la cabeza de nuevo hacia el plano, y sus dedos jugueteaban distraídamente con el sello que un día definió como muy valioso para él.

Parecía absorto en lo que contemplaba, pero Anna percibió la sutil tensión en sus hombros, mientras se hallaba vuelto hacia los planos; el proyecto del vizconde no la

necesitaba, pero él sí parecía desear que ella lo contemplara favorablemente. Su corazón latió más ligero.

—Dependería del incentivo en que esté pensando, por supuesto. Pero en cuanto al desayuno, sí creo que debemos proporcionar algo a los chicos. Tal vez algo de té y galletas.

—Bien, yo esperaba ofrecer algo más consistente. Sé que después de las clases los chicos tendrán que ayudar a sus familias.

—Pero las instalaciones no son adecuadas... —comenzó a excusar Anna, aún sorprendida por las propuestas del vizconde.

—Lo sé —respondió con una rápida sonrisa de triunfo, mirándola a los ojos—. Eso haría necesario levantar una pequeña cocina, tal vez añadiendo un anexo en esta parte. —Señaló algún punto en el mapa.

Anna se levantó y se colocó junto a él para observar el plano. Se concentró en la zona señalada. Sí, por supuesto que podría añadirse un anexo si hubiera dinero. Alguna vez se había permitido soñar despierta con algo así. Con dinero, la escuela dispondría de una pizarra nueva, estufas que calentaran el espacio de manera conveniente, mesas, cartillas de lectura, tal vez un mapamundi y algunos libros de geografía... También podría añadir una zona de retretes, y algún banco en el exterior donde la lectura fuera un placer en los días cálidos. Ella sabía lo que había soñado para su escuela. Y podía defenderlo.

—Sí, es una buena idea. —Sintió que el vizconde se acercaba más a su cuerpo, y un ligero cosquilleo bajó desde su nuca hacia su espalda—. Pero si el anexo lo construyéramos haciendo ángulo con esta pared podríamos disponer de un pequeño jardín en esta otra parte.

Se inclinó para indicar la ubicación, al mismo tiempo que John Sinclair se giraba hacia ella. El contacto con su cuerpo la desequilibró, y estuvo a punto de golpearse con la mesa. Él la cogió con velocidad de ambos brazos y la mantuvo así unos momentos. Anna sintió el calor de aquellas manos a través de la tela del vestido, y la fuerza con que la sostenían. La barbilla de Anna quedaba a la altura de sus hombros, y su aroma, una mezcla de madera y cuero, pareció inundar todo el aire en derredor. Por un instante, imaginó que se reclinaba contra él, que apoyaba la cabeza en su pecho y escuchaba el latido de su corazón traspasando su propia piel. Un suspiro entrecortado se escapó de su boca antes de que pudiera evitarlo. Entonces John Sinclair la soltó con brusquedad y retrocedió un paso. Anna se sintió como si la hubieran arrojado de cabeza a un lago helado. El reverendo seguía contemplando el plano, ajeno a la tensión que de nuevo había surgido entre ellos. Su voz alegre obligó a Anna a intentar concentrar de nuevo toda su atención en el mapa, aunque la cabeza le daba vueltas.

—Creo que Anna tiene razón, aunque por supuesto acondicionar la zona será un

gasto añadido. Sin embargo, sería magnífico disponer de un pequeño jardín para los días cálidos.

John seguía de pie frente a ella, con la vista fija en algún punto a su espalda y la mandíbula apretada. Se giró bruscamente hacia el reverendo, y Anna sintió un acceso de tristeza al pensar en cómo la había alejado de su cuerpo. Era lo que ella había pedido, y tendría que acostumbrarse.

—No se preocupe por el gasto —respondió John con dificultad, dando la espalda a Anna.

El tono forzado de su voz hizo que el reverendo le contemplara con preocupación.

—No quisiera que se sintiera obligado de ninguna manera por nuestras propuestas —contestó afligido, malinterpretando la tirantez de aquella respuesta.

—No me siento obligado. En realidad les estoy agradecido por la posibilidad que me han ofrecido de hacer algo útil en el pueblo.

—Hay otras muchas cosas de utilidad que podrían hacerse, si realmente le importara —interrumpió Anna en tono bajo, evitando la mirada asombrada del reverendo. Sabía que debía estar agradecida de que él evitara su contacto, pero se sentía dolida e irritada.

—Estoy seguro de que usted y yo podríamos hacer grandes cosas, Anna —replicó John sin mirarla, con un atisbo de sarcasmo—. Pero de momento centrémonos en la escuela. Si creen que un jardín es necesario, así se hará. La cocina entonces la colocaríamos en esta posición.

El reverendo se inclinó junto a él, mientras Anna se quedó contemplando a ambos, sintiéndose ridícula. Si John Sinclair mantenía su palabra y no volvía a tocarla, tendría que sentirse agradecida. Al fin y al cabo, es lo que ella le había pedido, ¿verdad? Pero no era lo que estaba sucediendo: se sentía triste y enfadada.

Escuchó a ambos hablar de la posibilidad de entregar a los niños una especie de salario por acudir, de forma que los padres pudieran permitirse prescindir de su trabajo en las granjas. De nuevo, era mucho más de lo que ella había soñado conseguir. Se dirigió hacia la ventana, preguntándose si no estaría celosa del vizconde. Anna había aportado mucho a la escuela, pero todo era insignificante al lado de lo que lord Lisle, con su dinero y su poder, podía hacer.

Una de las cristaleras de la terraza estaba entreabierta, y Anna decidió salir de la biblioteca. Aquellos hombres se las estaban arreglando realmente bien sin su participación, y aunque su parte racional sabía que sentirse desplazada era algo inmaduro e infantil, en aquel momento no podía evitarlo. Confiaba en que el aire fresco la ayudara a rehacerse. Observó aquellas figuras inclinadas sobre la mesa, absortas en algún punto del mapa, y con sigilo se deslizó por la puerta hacia el exterior. La intensa luz del sol la deslumbró unos instantes. Con paso inseguro, se acercó a la balaustrada de piedra y se apoyó en ella. Aquel lugar era tan hermoso...

—¿Ha terminado ya su reunión, señora Hurst?

Anna se volvió sobresaltada. Desde la sombra que proyectaba la balconada superior del edificio sobre la terraza, Julia Dunn la contemplaba, sosteniendo en su mano una delicada sombrilla en tonos azulados a juego con su vestido de seda celeste. Su cabello relucía como el fuego a pesar de hallarse en la sombra. Anna tuvo que reconocer que era una mujer muy bella, pero pensó que el frío brillo de sus ojos le restaba encanto. O eso le parecía a ella, aunque por supuesto el hecho de que aquella mujer tuviera una relación con John Sinclair podía influir en su parecer, reconoció con honestidad. Ni siquiera le gustaba verla allí de pie, como si fuera la dueña de todo aquello, pero eso no era de su incumbencia. Podría haberlo sido, reflexionó desapasionadamente, de haber aceptado la oferta del vizconde. Pero no lo era.

Intentó una sonrisa cortés mientras alejaba esos pensamientos, aunque temía que se quedara en una torpe mueca. Por la manera en que la condesa mantenía clavados sus fríos ojos en ella, parecía que sopesara cómo ocuparse de aquella adversaria, y demostrar hostilidad solo serviría para incentivar su agresividad.

—Buenas tardes, lady Holbrook. En realidad no, aún no ha acabado. El vizconde y el reverendo aún siguen revisando planos.

—Pero usted sí la ha dado por finalizada, ¿no es así?

A pesar del calor que aún proyectaba el sol, Anna se estremeció de manera involuntaria. El tono aburrido de la condesa no conseguía disfrazar del todo el desdén que se ocultaba en sus palabras.

—Quería respirar un poco de aire —repuso evasiva. Aquella mujer no le agradaba en absoluto.

—¡Oh! En tal caso le ruego que me acompañe a dar una vuelta por los jardines. —Tomó a Anna del brazo antes de que esta pudiera reaccionar—. La señorita Gall está escribiendo cartas, y el señor Trent está revisando algo sobre algún negocio. Sin embargo, el día es tan magnífico que no he podido resistirme a disfrutar del buen tiempo, pero comenzaba a aburrirme aquí sola en la terraza. Su llegada es una bendición para mí.

—Sería muy agradable, pero me temo que aún no hemos terminado y estarán esperando que vuelva... —intentó excusarse.

—No lo crea, querida. —Continuó andando hacia las escaleras del jardín, sonriendo fríamente mientras la arrastraba consigo—. Cuando los hombres deciden que tienen interés en un asunto, rara vez creen necesario discutirlo con mujeres.

Anna se quedó sin respuesta. No sentía ninguna gana de pasear con aquella mujer cuyo propósito para viajar hasta Halston le resultaba evidente, pero a regañadientes, tuvo que reconocer lo cierto de la frase cuando miró hacia atrás: nadie había salido tras ella.

—Comprobaré que los jardines de Lisle son magníficos. Aunque tal vez ya los conozca. —La miró con las cejas alzadas, mientras descendían los escalones.

La aparente afabilidad de la condesa no engañó a Anna. No tenía ni idea de cuál era su propósito al planear aquel paseo, pero sí sabía sin duda que su intención no era la de ser buenas amigas.

—Estuve en el funeral de lady Everley —contestó con tono neutro, preparándose mentalmente para hacer frente a lo que quiera que aquella mujer estuviera intentando.

—Por supuesto. —Julia continuó sonriendo, pero su mirada, fija en el frente, se había endurecido—. Entonces supongo que estará de acuerdo conmigo. Aunque he de decirle que en mi caso, esta es la primera vez que los visito. Hasta ahora, John nunca había manifestado intención de pasar tiempo en Surrey. Sin embargo, parece que ahora encuentra la propiedad muy... absorbente.

Anna permaneció en silencio. No sabía qué podría decir sin alentar la conversación de aquella mujer. Por la forma en que había decidido utilizar el nombre de pila del vizconde ante ella, era evidente que no pensaba disimular nada sobre su relación.

Avanzaron por el sendero de grava en paralelo al ala derecha de la casa hacia el pequeño laberinto de setos recortados que existía un poco más allá de la fuente. Anna comprendió que Julia no deseaba que su conversación fuera escuchada, y eso hizo que sus deseos de regresar aumentaran.

—Lady Holbrook, tal vez deberíamos volver. No quisiera que el reverendo se inquietara por mi ausencia.

Julia la miró con dureza, sin rastro de la afabilidad que antes había fingido.

—No se preocupe, Anna. ¿Puedo llamarla así? Estoy segura de que aún continuarán mirando ese plano del que hablé. Sé bien que cuando algo capta el interés de John es difícil que se aparte de ello. —Hizo una intencionada pausa y miró a Anna fijamente—. A pesar de que luego ese interés decaiga rápidamente.

Anna inspiró hondo intentando mantener su expresión inalterada. Así que para eso estaban allí. Si le decía abiertamente que era ella quien no tenía interés ni intención de mantener una relación con John Sinclair, conseguiría que aquella conversación fuera breve. Pero una pequeña mecha de rebeldía prendió en su interior al contemplar el arrogante perfil de aquella mujer. No quería ponérselo tan fácil.

—Y supongo que lo sabe porque usted conoce bien su desinterés. De ahí esta conversación —repuso con desapego, sin volverse hacia ella. La mano apoyada sobre su brazo se tensó repentinamente, asemejándose a una garra que sujetara a su presa con determinación, pero enseguida se aflojó.

Sin mirarla, Julia se separó de Anna y se dirigió hacia un pequeño banco en sombra, situado a la entrada del laberinto. Se sentó y esperó a que ella hiciera lo mismo.

—Lo sé porque hace muchos años que conozco a John Sinclair, desde su matrimonio con Caroline —comenzó a explicar con tono aburrido, como si esa historia la hubiera explicado un millar de veces antes de entonces—. Tal vez ahora usted se crea alguien especial, pero son muchas las mujeres que antes también lo han creído. Es un hombre atractivo, rico y encantador, y nunca ha tenido que estar solo. Recuerde eso cuando se sienta única.

A pesar de que le habría encantado reírse de aquello, la verdad de aquellas palabras la hizo contenerse. Julia Dunn había decidido marcar su territorio, y sabía bien lo que debía decir para ello.

—Lo recordaré, llegado el caso.

Aquello pareció irritar a Julia, que arrugó la nariz en una mueca poco elegante, como si la cercanía de Anna la repeliera.

—Usted no sabe nada sobre John, me doy perfecta cuenta. Bien, tal vez deba ilustrarla un poco. Debería saber algo sobre su pasado... Sabrá al menos que es viudo, ¿verdad? —prosiguió sin esperar la respuesta de Anna—. Estaba casado con una de mis amigas, Caroline Saint James. Lo cierto es que nunca he comprendido por qué, de entre todas las mujeres que le perseguían temporada a temporada, John eligió casarse con ella. Supongo que se creyó enamorado, o tal vez pensó que aquel era el momento adecuado para casarse. Al fin y al cabo, Caro era una mujer muy hermosa, decidida y alegre. Era el centro de atención en cualquier reunión a la que acudía. En cualquier caso, lo relevante no es por qué se casó, sino el hecho de que lo hizo. Yo conocí a Caro poco después de su matrimonio. Teníamos primos en común, de hecho éramos familia en algún grado lejano. Siempre pensé que lo mejor que aquella muchacha tenía era el marido. —Una sonrisa cínica dio un poso de amargura a su expresión—. Ella y yo nos hicimos amigas en cierto modo, pero eso no me impide reconocer que era una criatura tan bella como veleidosa y superficial. Aunque supongo que esas facetas no las conoció Lisle hasta que fue tarde.

—Creo que nada de esto es de mi incumbencia —la interrumpió Anna, poniéndose en pie.

La mano de Julia la obligó de nuevo a sentarse. La contempló con una sonrisa ligeramente desdeñosa.

—¿Es que no siente curiosidad siquiera? ¿O acaso tiene miedo de lo que pueda escuchar?

Anna apretó los labios, molesta. Sabía que no debería prestar oídos a nada de lo que aquella mujer le pudiera contar sobre el pasado del vizconde; pero tuvo que reconocer que una pequeña parte de sí deseaba averiguar cómo era realmente aquel hombre. Decidió mantener un discreto silencio.

Julia prosiguió su historia.

—No supe cuándo Caro empezó a engañar a John, pero sí le puedo asegurar que

prácticamente no hubo un momento en su vida de casada en que no tuviera un amante. Él no lo supo hasta que fue tarde. En cualquier caso, y por lo que yo sé, él sí permaneció fiel a su mujer. Algo sorprendente, vista su posterior trayectoria. — Enarcó una ceja con ironía, mientras contemplaba sus manos enguantadas, pensativa. Luego las colocó de nuevo sobre su regazo y continuó—. No sé cuánto hubiera aguantado siendo fiel, de haber vivido Caroline. Pero aguantó hasta su muerte.

—Tal vez estaba enamorado de ella —apuntó Anna con sequedad, molesta por la evidente intimidad que había existido entre aquella mujer y John.

Una carcajada acogió su intervención.

—No sea absurda, querida.

—¿Y por qué no había de estarlo? —preguntó a la defensiva, sintiéndose enrojecer.

—¡Qué pintoresca es usted! Tal ingenuidad, y ninguna pretensión de distinción... Casi comprendo por qué ha cautivado a John de esa manera.

—No soy en absoluto ingenua ni he cautivado a nadie —rechazó Anna de manera desabrida, cada vez más incómoda. Se sentía indignada, y deseaba decirle a aquella mujer lo que pensaba de su chismorreos, pero consiguió controlarse—. Usted conoce hechos, pero ni usted ni nadie pueden conocer lo que se esconde en el corazón del vizconde. Usted no ha visto su alma, aunque así me lo quiera hacer creer.

—Bueno, pues eso será lo único de él que no he visto, querida —respondió con una sonrisa irónica, mientras se daba unos golpecitos pensativos en el labio con el abanico—. Pero a pesar de lo que usted piense, puedo asegurarle que John no estaba enamorado de Caroline. Aquel matrimonio era una cárcel para él. Y para ella también, claro. Así que supongo que finalmente John hubiera hecho lo mismo que todos, de haber continuado casado. Pero por suerte el fallecimiento de Caroline lo arregló todo.

—¡Qué curiosa forma de referirse a la muerte de una amiga! —interpuso con mordacidad, aun sin saber qué le molestaba más de toda aquella situación.

Julia continuó como si no la hubiera escuchado.

—Después de eso, John decidió que había dos cosas que no pensaba volver a soportar: la mentira y el matrimonio. Que para él, en el fondo, son una misma cosa. Y eso nos lleva a la situación actual, en la que ambos mantenemos una relación libre y especial.

—Lo que suceda entre usted y el vizconde no es de mi incumbencia. Voy a regresar a la casa, usted puede quedarse si así lo desea. —Anna se incorporó con brusquedad, y comenzó a andar por el sendero con rapidez, antes de que aquella mujer pudiera detenerla de nuevo.

Julia la siguió, riendo, y se colocó a su altura, manteniendo el mismo paso rápido.

—¡Qué insolencia! Es evidente que no necesito su permiso para hacer lo que me

venga en gana en esta casa. Pero aún hay algo más que necesita saber. Nuestra relación es libre, y ambos nos permitimos otras aventuras cuando así lo deseamos. No soy celosa, ¿sabe? Cuando las historias que mantenemos acaban, siempre volvemos a encontrarnos. Ahora él desea convertirla a usted en su amante.

Anna se detuvo de golpe, con la boca abierta ante aquella afirmación, más indignada de lo que habría creído posible. Julia dejó escapar una carcajada ante su desconcierto.

—Sí, querida, ya le he dicho que lo conozco muy bien. Nada que no haya sucedido antes. Y yo lo admito, de momento. Pero quiero que sepa que después de un par de meses, tres a lo sumo, John volverá a mí. No se haga ilusiones de ninguna otra cosa. John Sinclair ha jurado que jamás se volverá a casar, y en cuanto a relaciones de otro tipo, la oferta de Londres es tan abundante que ninguna dura mucho. Usted pasará muy rápido, y nosotros nos volveremos a encontrar.

Anna sentía el corazón palpitando con violencia en su pecho. Estaban cerca del sendero que conducía a los jardines delanteros de Hertwood Manor. No veía el momento de perder de vista a aquella mujer, y comenzó a andar de nuevo a tal velocidad que le costaba no echar a correr.

—¿Nunca se casará? Olvida usted que el vizconde necesita un heredero —espetó por encima de su hombro, sin detenerse.

La risa de Julia resonó desde atrás en los oídos de Anna. Comenzaba a resultarle desagradablemente familiar.

—John jamás quiso esta propiedad, y le tiene sin cuidado quién la herede cuando él no esté. Alguna vez ha hablado de un primo lejano... Nada que perturbe su sueño, créame.

Llegaron ante las escaleras que ascendían a la terraza, y Anna se paró en seco, encarándose con Julia.

—Pues ahora sí parece que tiene interés en ella, milady. Tal vez no lo sepa todo sobre él —le desafió, con los ojos brillantes de furia.

Julia sonrió con amplitud, como si aquella situación le resultara realmente divertida.

—¿Cuántos años tiene, Anna? —Su mirada la recorrió de arriba abajo, observándola con fingida compasión. Anna sintió que enrojecía al comprender la insinuación.

—Mi edad no importa —replicó acalorada y molesta.

—Depende de lo que aspire a obtener, Anna. Yo diría que ambas somos de la misma edad. Suficientemente mayores para saber que cuando un hombre necesita un heredero busca a alguien que se lo pueda dar. Alguna jovencita de veinte años sumisa y callada que cumpla con ese deber y le deje continuar con su vida tal como a él le gusta. Y si eso llega alguna vez a suceder, por remoto que me parezca, yo estaré allí

para ofrecer mi cama en cuanto se aburra de la novedad.

Anna no supo qué replicar. Las insinuaciones de Julia habían sido tan explícitas desde el principio que ya no le escandalizaban, pero se encontró sin respuesta.

—Se deberá conformar con ser su amante por un breve espacio, Anna. Pero usted no es así, no quiere solo eso, ¿verdad? Conozco su estilo. Y no podrá fingir que se conforma con ello si aspira a más. Si algo no soporta John es que le engañen. ¿Será usted capaz de compartir su cama hasta que él la cambie por otra? No, yo no lo creo.

La cara de Julia mostraba tal expresión de diversión que, por un momento, Anna dudó si estaba en sus cabales. Aturdida, no supo qué responder, y se limitó a girar y subir las escaleras. Justo en el momento en que llegó a la terraza, los dos hombres salieron de la biblioteca por la cristalera abierta. El reverendo Edwards se dirigió a ella con los brazos extendidos y una sonrisa radiante.

—¡Ah, Anna, estás aquí! ¿Dónde te habías metido? Hemos progresado de manera asombrosa. Lord Lisle está siendo extremadamente generoso y en dos semanas quiere comenzar ya las obras de mejora de la escuela. Déjame que te explique lo que hemos pensado...

El reverendo la tomó del brazo sin percatarse de su agitación, y se dirigió con ella hacia la parte delantera de la mansión, donde les aguardaba su coche para regresar a casa. Anna se volvió sobre su hombro un momento, advirtiendo que el vizconde les seguía. La sonrisa de John quedó suspendida al advertir la expresión turbada de Anna, pero no dijo nada. Cuando llegaron a la puerta principal, el reverendo subió al carruaje. John se adelantó para ayudar a Anna y cuando ella le tendió la mano, la retuvo un instante, interrogándole con la mirada.

Ella se sentía extrañamente afectada por la conversación, pero no quería que él lo comprendiera. Entonces recordó que llevaba consigo la libreta de Eliza, y con un suspiro de alivio la sacó del bolsillo de su abrigo y se la tendió.

—Casi olvido darle esto. —Sonrió con gesto de disculpa—. Es la libreta de la que le hablé.

John la contempló con gravedad un instante. Sabía que algo había sucedido, y desde luego no tenía que ver con aquel pequeño cuaderno. Aunque no debería haber esperado otra cosa, estando Julia de por medio.

El reverendo agitó las riendas, y el carro se puso en marcha. Anna se giró para verle. Unos pasos tras él, Julia le dedicó un burlón gesto de despedida con la mano. Luego tomó del brazo a John, haciéndole entrar a la casa. Anna los vio desaparecer en el interior. Aquella mujer la había considerado un peligro y se había tomado muchas molestias para advertirle que se alejara, estaba claro. Pero de todas las cosas que había dicho, de todos los avisos y burlas, tan solo una frase había alcanzado su corazón, clavándose en él como una daga: John no soportaba que lo engañaran. Y Anna sabía que ella era una impostora de pies a cabeza.

La cortina de la ventana que iluminaba el corredor sobre la puerta de entrada se agitó ligeramente cuando la figura que contemplaba la escena se retiró, temblando de furia. ¡Maldita fuera aquella mujer! Solo era cuestión de tiempo que todo se descubriera. Su situación empezaba a ser muy incómoda y tendría que pensar una salida con rapidez. De momento, intentaría recuperar aquella maldita libreta, pero tendrían que asegurarse de que aquella arpía no guardaba ningún otro documento que los pudiera implicar. Iban a tener que encargarse de otro trabajito.

Se mantuvo inmóvil unos segundos, alerta. El ruido de la puerta de la biblioteca le hizo suponer que el destino de aquella libreta sería la mesa del vizconde. Comenzó a descender las escaleras con sigilo hacia la planta baja. De nuevo escuchó el ruido de la puerta, y las voces de dos hombres se fueron alejando por el pasillo. Bien, la mullida alfombra amortiguaría sus pasos, y nadie podría averiguar quién había tomado aquella libreta. Pero cuando se detuvo ante la puerta de la biblioteca, unas voces que se acercaban le sobresaltaron. Entró con rapidez en la estancia y echó un vistazo desesperado a su alrededor. La amplia cortina de terciopelo recogida junto a la puerta de la terraza tendría que servirle. Justo se había colocado tras ella, con el corazón desbocado, cuando la puerta se abrió y las voces llegaron más nítidas.

—A mí me ha parecido agradable —dijo una voz femenina.

—¡Menuda estupidez! —contestó la otra voz, que reconoció como la condesa Holbrook, mientras el rítmico ruido producido por pequeños golpes de madera le hizo comprender con irritación que estaba abriendo y cerrando cajones—. ¿Acaso no has visto que se trata de una mujer vulgar?

—Yo no la he encontrado vulgar en absoluto. Puede que su situación no sea desahogada, desde luego, pero se comporta con perfecta propiedad —replicó con calma.

—No seas ingenua, Rachel, yo diría que si de algo está lejos es de observar un comportamiento propio.

—Es la mujer que estaba con Lisle el día que llegamos, ¿no es así? ¿Es por eso por lo que te enfadas tanto? —preguntó, sin inmutarse por la acritud con que su prima le respondió.

—¡Otra tontería! —Esta vez el cajón cerró con más fuerza—. ¿Qué tiene que ver John con esto? Sabes perfectamente que no me gusta confraternizar con esta clase de gente, y eso es todo.

De repente, una suave exclamación de placer detuvo los demás sonidos. El susurro de unas hojas se interrumpió bruscamente cuando la otra voz se acercó.

—Ese no es tu libro de salmos, Julia.

—No, eso parece.

—Estás hurgando en las cosas de Lisle.

—¡Qué perspicaz es mi primita! —El libro se cerró, y la mujer dejó escapar una risita—. Bueno, esto no es lo que yo pensaba. Y tú ni una palabra a John. Como abras la boca ya puedes ir olvidándote de quedarte en mi casa en Londres este año.

La figura escondida tras la cortina esperó un largo minuto tras oír el ruido de la puerta al cerrarse. Con cautela, se decidió a salir por fin, para dirigirse al escritorio. Tomó la libreta, pero su semblante no delataba ninguna satisfacción: su situación se estaba volviendo insostenible, y tenía que buscar una salida airosa antes de que ya no tuviera solución.

—Qué extraño...

John Lisle frunció el ceño mientras abría y cerraba de nuevo los cajones de su escritorio. Sabía que la noche anterior había guardado la libreta allí.

Aún tenía fija la mirada en el mueble cuando Rachel Gall asomó a la misma.

—¿Puedo pasar, Lisle? Decker me ha dicho que estabas aquí, pero si tienes trabajo...

—No te preocupes, Rachel. ¿Necesitas algo?

—En realidad no. —La joven recogió con delicadeza la falda verde oscuro de su vestido de amazona y se sentó en el diván situado junto a la puerta, sonriendo—. Más bien diría que eres tú quien necesita un descanso, a juzgar por tu expresión. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Un poco preocupado, eso es todo. Parece que en una propiedad como esta nunca hay un momento relajado. —Se pasó la mano por el cabello saliendo de detrás de la mesa. Tomó una silla, que acercó al diván, y se sentó en ella—. Bueno, dime qué has estado haciendo esta mañana. ¿Has estado cabalgando?

—Sí, he salido a dar un paseo con Julia y Gareth mientras tú te quedabas aquí, trabajando. Hemos ido hasta las ruinas de una abadía que está en una loma cerca de Hillbury, siguiendo el camino del río. Una vista estupenda. Es una lástima que se incendiara, ¿no crees?

—Supongo que sí, aunque no estoy seguro de que las cuatro piedras que quedan fueran realmente una abadía. Siempre he oído que allí había una iglesia, y no demasiado grande.

—Gareth dijo que era una abadía —razonó Rachel.

—Ya, pero Gareth no es de esta zona, y dudo mucho que sus conocimientos de arqueología le permitan deducir eso de las piedras que habéis encontrado.

—Bien, en realidad me da igual lo que haya sido. —Se encogió de hombros—. Las vistas eran muy bonitas.

John sonrió, observando su rostro animado.

—Cuéntame, ¿qué más planes habéis hecho en mi ausencia?

—De eso he venido a hablarte. —Se inclinó hacia él, con los ojos brillantes de

emoción—. Por el camino nos hemos encontrado con el doctor Payne, y nos ha explicado que mañana comienza la feria de primavera de Hillbury. Dice que habrá acróbatas, equilibristas, un gigante irlandés y unos hermanos que están unidos por una pierna, una mujer a la que llaman la mujer oso, y también una exhibición de figuras de cera y otra de animales salvajes, y espectáculos de ilusionismo, números musicales...

—¡Para un momento, Rachel, por favor! —le interrumpió John riendo—. Vas a ahogarte si no respiras, y entonces no podrás ir a la feria. Porque supongo que es eso lo que has venido a contarme, que vais a ir, ¿verdad?

—¡Pues no! —Hizo un mohín de frustración—. Julia no quiere ir, dice que una feria es algo vulgar, y Gareth irá donde ella diga. ¡Pero yo quiero ir, John! —Se inclinó hacia delante, suplicante—. Ya sé que puede haber cosas vulgares, y desde luego no pretendo participar en el baile que habrá el jueves, pero no creo que haya nada de malo en divertirse con los acróbatas, o en comprar unas galletas de jengibre o ver las figuras de cera. Me gustaría tanto acudir...

Le miró con aspecto suplicante, y John no pudo evitar que una sonrisa de comprensión asomara a su rostro.

—Y como te gustaría acudir, crees que soy la única persona a la que puedes pedir que vaya contigo, ¿es así?

—Claro. —Rachel asintió con la cabeza, esperanzada—. Si tú vienes, me da igual lo que hagan los demás. Aunque sé lo ocupado que estás con la propiedad, solo serán unas horas, y seguro que te vendrá bien distraerte. Pareces demasiado preocupado últimamente.

John denegó con la cabeza, mientras suspiraba de forma audible.

—En realidad yo he vivido de forma despreocupada toda mi vida, y supongo que ya era hora de que tuviera que ocuparme de algo. ¿Cuándo querías que fuéramos?

—La feria empieza mañana.

—Pues entonces, mañana mismo. Iremos temprano y comeremos en el propio Hillbury, si quieres. Y nos quedaremos al baile, aunque no sea suficientemente elegante para que puedas bailar en él.

—¡Oh, eso sería estupendo! —Aplaudió entusiasmada, riendo, mientras se levantaba para salir—. Muchas gracias, John ¿Te he dicho alguna vez que quisiera que mis hermanos se parecieran a ti?

—Alguna, pero eso me hace sentir demasiado viejo. —Sonrió distraídamente.

Se había dirigido de nuevo hacia su escritorio, y se hallaba parado delante del mismo, contemplando pensativo el cajón. Rachel tomó el pomo de la puerta, y antes de salir se volvió para despedirse. La vista de John Sinclair, parado ante la mesa frunciendo el ceño, le provocó un presentimiento.

—John, ¿va todo bien?

—Sí, Rachel, gracias. Es solo algo que debía estar aquí y no encuentro.

Rachel ya había abierto la puerta, pero vaciló al escuchar aquello.

—¿Qué tipo de... *algo*?

John captó la duda en su voz y la sospecha empezó a instalarse en su cabeza.

—Una libreta. —Se limitó a contestar, sin dejar de observar fijamente a la joven.

Rachel bajó la vista, y permaneció unos segundos aparentemente absorta en la visión de sus zapatillas de seda. Luego volvió a mirar a John, con la culpabilidad claramente reflejada en su semblante.

—¿La libreta que trajo la señora Hurst? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Qué sabes de esa libreta, Rachel? —la interrogó a su vez con más dureza de la que pretendía.

—Sé que la trajo, nada más —respondió a la defensiva.

—Si eso fuera todo no tendrías esa expresión de duda. ¿Qué tienes que ver con esa libreta, Rachel?

—¡Oh, John, no te enfades conmigo! —le suplicó, pesarosa—. Yo no sé dónde está tu libreta. Es solo que...

—Continúa, Rachel.

—Pero antes prométeme que no le dirás a Julia que yo te he contado esto. Se enfadará, y si no me deja alojarme con ella cuando vayamos a Londres tendré que volverme a Kent.

—¿Qué ha hecho Julia? —preguntó con verdadera impaciencia.

—Prométemelo —insistió ella con terquedad.

Ambos se observaron en silencio, y el temor que Rachel mostraba ante la posibilidad de que su prima se enfadara con ella hizo que John reprimiera las ganas de ir a buscar a Julia y obligarle a confesar. Suspiró con cierto cansancio.

—De acuerdo, no le diré nada a Julia. ¿Se llevó ella la libreta?

—¡Oh, no, Lisle, ella no haría eso! Pero anoche, después de que la dejaras aquí, vino y la cogió para leerla.

—¿Julia se atrevió a abrir mi escritorio para husmear en mis cosas?

—Pero no se la llevó, te lo prometo. Cuando nos fuimos la dejó exactamente en el mismo lugar donde la encontró.

John reclinó la cabeza sobre el respaldo de la silla, furioso. No creía que la libreta en sí fuera muy importante —al menos él comenzaba a tener una idea ajustada de lo que podía contener—, pero la osadía de Julia al rebuscar entre sus cosas era más de lo que estaba dispuesto a permitir. Respiró varias veces para tranquilizarse, y con toda la calma que pudo volvió a mirar a Rachel. Al fin de cuentas, ella no tenía la culpa de nada.

—Espero que comprendas que esto me coloca en una posición muy delicada respecto a ella.

—Lo comprendo —asintió compungida.

—También comprenderás que en estas circunstancias será difícil que vuestra visita se pueda prolongar más tiempo. Por supuesto, Gareth y tú seguiréis siendo bienvenidos en esta casa cuando queráis, pero en el presente no creo que resulte respetable que tú permanezcas bajo mi techo cuando Julia se vaya. No quiero que sientas que te echo...

La joven asintió de nuevo.

—Claro que no. Además creo que Julia me necesitará cuando nos vayamos. Lisle —vaciló con cierta indecisión—, ¿cuándo vas a hablar con ella? No creo que se lo tome muy bien...

John se pasó la mano por los cabellos con impaciencia. Él también creía que Julia no se lo iba a tomar bien, pero la situación era insostenible. Los grandes ojos de Rachel mostraban pesar y desilusión, y a pesar de su enfado, John no pudo evitar una sonrisa; aunque ya había sido presentada en sociedad hacía un par de años, Rachel aún parecía a veces la niña que había conocido, y estaba seguro de que la perspectiva de perderse la feria le resultaba dolorosa.

—Bien, supongo que puedo esperar al jueves.

—¡Oh! —Lo miró con los ojos abiertos por la sorpresa—. ¿Significa eso que nuestra excursión sigue en pie?

—Siempre que no te parezca aburrido ir conmigo.

Rachel palmoteó con alegría.

—¡Por supuesto que no! No se me ocurre nadie mejor con quien acudir.

John rio involuntariamente ante su entusiasmo.

—¿Nadie? ¿Ningún joven apuesto y romántico que haya captado tu atención?

La joven, que se había levantado del asiento para dirigirse a la puerta, se detuvo con la mano en el pomo, fingiendo pensar seriamente en el tema. Luego se volvió hacia él con expresión risueña.

—Nadie mejor que el mejor hermano postizo del mundo.

—¡Pero yo quiero ir a ver los animales ahora!

Un enfurruñado Andrew intentó detenerse en el camino, mientras su hermana tiraba de él hacia delante.

—Ya te hemos dicho que hasta que no se abra la feria eso no es posible. Además —fingió que meditaba la situación, mientras trataba de disimular una sonrisa—, yo prefiero ver primero las figuras de cera.

El niño dejó escapar una exclamación de indignación, mientras se soltaba de su mano y su ceño se acentuaba.

—¡Pero eso es aburrido! Yo quiero ver los leones y el rinoceronte, y el elefante, y...

—¿Cómo sabes que es aburrido si nunca las has visto? —le interrumpió Eliza echándose a reír.

Anna se colocó a su altura y los contempló sonriendo. Andrew estaba nervioso y excitado desde que el lunes les anunció que irían a la Feria de Primavera de Hillbury. Y aunque Eliza intentaba disimularlo, Anna sabía que su emoción no era menor. Ella misma era aún capaz de recordar lo maravillada que se sintió cuando, con doce años, sus padres la llevaron a la feria de San Bartolomé en Londres. Claro que la feria de Hillbury no era comparable, pero a los ojos de un niño seguía siendo un mundo tan mágico como aquel.

—Tal vez sería mejor que no discutierais y que nos apresuráramos —les dijo tomando de la mano a Andrew y comenzando a andar de nuevo con él.

—Pero señora Hurst, ¿podemos ir a ver los animales cuando abran? —le preguntó esperanzado el niño, con los ojos muy abiertos.

—Pues claro que sí, Andrew. —Una carcajada escapó de su garganta al ver la carita expectante que esperaba su respuesta—. Veremos los animales de Wombwell, y también veremos las figuras de cera, y los malabaristas y saltimbanquis, y los magos, y todo lo que podamos ver hasta que caigamos muertos de cansancio. Vamos, ya estamos cerca del ayuntamiento.

Terminaron de subir la empinada y estrecha calle, flanqueada por sencillos edificios de dos plantas, en uno de los cuales, situado al comienzo de la misma, habían dejado a Bess. Allí residía una de sus hermanas, con la que acostumbraba a reunirse durante la feria de primavera. A solicitud de Bess, había tenido la gentileza de hacer que su hijo fuera a buscarles en su carro y las condujera a Hillbury, a pesar de las protestas de Anna cuando Bess le informó del plan. Pero Bess la conocía bien,

y las apelaciones a lo bien que les vendría a los Alcott distraerse y pasar un buen rato, después de todo lo que habían sufrido, habían vencido su recelo.

Doblaron la esquina y desembocaron en la amplia avenida central de Hillbury, donde los edificios tenían tres y hasta cuatro pisos de altura y los numerosos locales comerciales existentes se adornaban con llamativos carteles de colores. Una hilera de castaños, en el centro de la calzada, separaba la circulación de los coches que en aquellos momentos rodaban por el camino, amortiguando el sonido de las ruedas en los adoquines. Por las aceras junto a las casas multitud de personas se apresuraban hacia el norte de la calle, donde se recortaba la silueta aún inacabada de la iglesia de St. John's, y frente a ella, el imponente edificio del Ayuntamiento. La calle bullía de sonidos y voces, y por un momento Anna, acostumbrada a la quietud de Halston, se sintió apabullada. Miró de reojo a Andrew y Eliza, pero ambos tenían la vista fija al frente, los ojos muy abiertos, y las enormes sonrisas que ensanchaban sus expresiones le convencieron de que ellos no encontraban aquello perturbador en absoluto.

Hasta ellos llegó un alegre clamor que hizo a Anna comprender que el alcalde había salido del ayuntamiento para dirigirse a la feria. Echó un vistazo en derredor. Luego señaló hacia la pequeña bocacalle que desde la calle principal se abría a su izquierda.

—Si bajamos por esa calle, podremos rodear el Ayuntamiento y acercarnos a la entrada de la feria. ¿Vamos?

Su sugerencia fue acogida por un grito de júbilo de Andrew, que casi echó a correr en la dirección indicada. Eliza tomó a Anna del brazo, y ambas siguieron al niño, charlando animadamente.

Unos minutos después, la gran explanada del camino de Reigate, donde se instalaba la feria todos los años, apareció ante sus ojos, resplandeciente de colorido. Manteniéndose a cierta distancia de la entrada, Anna apretó con firmeza la mano de Andrew, consciente de que el niño a duras penas contenía las ganas de correr hacia los puestos. El alcalde ya estaba leyendo el pergamino ante las puertas de la feria, y Anna se mantuvo firme hasta que la música de la banda empezó a sonar. Entonces, entre exclamaciones y gritos de alegría y excitación, el alcalde bebió una jarra de *ale*, y los habitantes de Hillbury se lanzaron a recorrer los angostos pasillos que los puestos y tenderetes dejaban entre sí.

Los puestos de venta de porcelana ocupaban la zona más cercana al pueblo, entremezclados con los de venta de cazuelas y sartenes de hierro, tejidos, o los numerosos puestos de venta de galletas de jengibre, cuyo olor hizo relamerse a Andrew. Pasaron ante un vendedor de hermosas sedas y delicadas gasas, que proclamaba a gritos que acababan de llegar de la India. A Anna le habría gustado detenerse a echar un vistazo, pero nada podría contentar a Andrew hasta que hubiera visto los animales salvajes. Se consoló pensando que, de cualquier manera, no podría

comprar nada de aquello. La entrada al espectáculo de George Wombwell no era barata en absoluto, y para afrontar aquel día de feria había renunciado a comprar el sombrero nuevo que había previsto para su viaje a Londres.

Cuando por fin dejaron atrás los puestos, el resto de atracciones se hizo presente con aún más colorido y abigarramiento. Enormes carpas de lona de brillantes colores cubrían las zonas destinadas a representaciones teatrales. En la zona central, un alambre sostenido entre dos postes clavados al suelo y colocado muy por encima de sus cabezas les arrancó exclamaciones de asombro. Tras él, una taquilla flanqueada por multitud de carromatos decorados con cabezas de leones y volutas plateadas anunciaba el mejor espectáculo de animales salvajes del mundo.

—¡Ahí está, ahí está! —gritó Andrew, soltándose de la mano de Anna y echando a correr hacia la entrada.

Anna y Eliza le siguieron, más contagiadas por la ilusión del niño de lo que estaban dispuestas a reconocer. Anna sacó de su bolso tres chelines, que entregó a la mujer de la taquilla, y los tres entraron en un espacio rectangular abarrotado de gente, delimitado por los carromatos que transportaban y a la vez, mostraban los animales, y cobijado por una lona sujeta a cuatro gruesos postes de madera que caía más allá de las jaulas. Una cinta colocada ante los carromatos pretendía impedir que los espectadores se acercaran demasiado. Anna creyó aquella protección demasiado insuficiente para el entusiasmo de un niño, y se propuso mantenerse tan cerca de Andrew como fuera posible. Pero el entusiasmo del niño, corriendo de jaula a jaula en aquel ambiente sofocante lleno de acres olores hizo a Anna suspirar de resignación: sabía que el día iba a ser muy largo.

Cuatro horas después, Anna se sentía agotada. A pesar de estar en abril, el día era muy soleado y no corría ninguna brisa que refrescara el ambiente. Habían comido pan de jengibre y salchichas y bebido sidra, pero sentía que necesitaba sentarse a descansar de nuevo. Andrew les había llevado de lado a lado de la feria sin compasión; habían visto a la mujer más gorda del mundo, a dos siameses unidos por la cadera, a unos equilibristas que habían hecho que Eliza pasara toda la representación con los ojos entrecerrados, las figuras de cera de Tussaud, una rocambolesca representación de teatro... Ahora ambos hermanos contemplaban la actuación de un bufón que tocaba una trompeta mientras lanzaba y recogía pelotas con una mano. Unos pasos atrás, Anna los observó con afecto; Eliza ya no era una niña, pero no podía negarse que estaba disfrutando tanto como su hermano. Sin embargo, por mucho que estuvieran disfrutando, estaba segura de que también ambos agradecerían sentarse a tomar un té y descansar un rato. Aún estaba decidiendo dónde ir cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—¡Señora Hurst! —Rachel Gall se acercó con las manos tendidas hacia ella y una

amplia sonrisa en el rostro—. ¡Qué alegría verla! Espero que esté disfrutando de su visita a la feria. Es una diversión tan agradable, ¿no le parece?

Anna, que apenas había tardado un segundo en percatarse de que, detrás de la joven se hallaba John Sinclair, se sintió agitada. Alto, moreno, oscuro y tremendamente atractivo, John la contemplaba con aquella deslumbrante sonrisa suya ante la que Anna se encontraba sin defensas. No había esperado encontrarle allí, y temió que, si le miraba, él sería capaz de percibir el nervioso aleteo que se había instalado en su estómago. Convenciéndose de que no debía comprender nunca el efecto que causaba en ella, se dirigió en exclusiva a Rachel.

—Buenos días, señorita Gall. Me alegra que encuentre la feria tan agradable. ¿Llevan mucho tiempo visitándola?

—Menos de lo que yo hubiera querido —contestó con desparpajo, volviéndose hacia John, que se aproximó a ellas—. Hemos tenido algunos problemas con el atuendo de Julia antes de salir, y nos hemos retrasado. Aún no he visto el cosmorama, y tenía particular interés en él. ¿Lo ha visto usted?

—Pues aún no. —La mención de Julia le provocó una punzante sensación de incomodidad que intentó disimular. Con discreción, echó un vistazo alrededor, pero para su alivio no la vio por ningún sitio—. Teníamos pensado acudir esta tarde, pero aún queda tanto por ver que no sé si será posible. Me temo que Andrew estará agotado mucho antes de lo que piensa.

—¿Andrew? ¿Ha venido entonces con algunos amigos?

El matiz de desilusión en su voz sorprendió a Anna.

—Andrew es el hijo menor del fallecido señor Alcott, un arrendatario de lord Lisle —explicó de forma sucinta, ante la mirada expectante de Rachel—. Él y su hermana viven conmigo por el momento.

—Hasta que comiencen a trabajar en Hertwood Manor —aclaró con solicitud John acercándose más, mientras Rachel miraba a ambos. Luego se dirigió hacia Anna con una cálida sonrisa que hizo que el corazón de ella comenzara a latir descontroladamente—. Imagino que Andrew será una prueba para usted, en un lugar así.

—Los niños son quienes más disfrutan de la feria, milord —contestó, esforzándose en que su tono sonara neutro. A pesar de sus esfuerzos, temía no ser capaz de ocultar la extraña emoción que encontrarlo le provocaba—. Pero también para los adultos es como recuperar la ilusión de la infancia.

—Sí, si hubiera alguna ilusión que recuperar —comentó irónico. Por unos instantes, una sombra nubló su expresión, y Anna supuso que recordaba algún momento de su pasado. Pero la sombra desapareció tan rápido como había aparecido, dejando paso a una sonrisa burlona—. Aunque a decir verdad, también para los adultos cualquier lugar podría resultar mágico, si se está en la compañía adecuada: un

paisaje hermoso, una granja abandonada...

El casual comentario, formulado en tono ligero, hizo sin embargo que la sangre de Anna fluyera por sus venas como lava derretida. El recuerdo de la granja apareció ante ella, y notó una llamarada de calor que subía por su cuello hacia el rostro. Miró con disimulo hacia el vizconde, y el brillo travieso de su mirada le confirmó que aquella frase no había tenido nada de inocente. Supuso que debería molestarse, pero en el fondo de su alma la idea de compartir con él una intimidad a la que el resto del mundo era ajeno le emocionaba.

Rachel miró a John Sinclair con extrañeza.

—Nunca hubiera supuesto que fueras tan lírico, Lisle.

John se echó a reír.

—Será el ambiente, cuesta sustraerse a la excitación. ¿Y dónde está el pequeño Andrew? —preguntó cambiando de tema, mientras oteaba los alrededores.

Anna, aún acalorada, se volvió hacia el grupo que reía y gritaba a su espalda, agradecida porque aquella distracción le permitiera recuperar el control de sí misma.

—Está viendo esa actuación con su hermana. Espero que cuando este número acabe podamos por fin ir a descansar y tomar un refresco. Creo que a todos nos vendría bien.

—Entonces vengan con nosotros —ofreció Rachel con cariño, tras haber observado de reojo a John—. Estábamos a punto de ir al Green Clover. Mi prima y el señor Trent ya están allí para tomar un pequeño refrigerio. Julia no es muy aficionada a las ferias, y hace unos minutos que ha decidido adelantarse y esperarnos allí. Sería estupendo que vinieran con nosotros.

El ofrecimiento pilló a Anna por sorpresa, y por instinto se volvió hacia John Sinclair. Que Julia y ella estuvieran en la misma habitación no parecía la mejor de las ideas posibles, y supuso que él ofrecería alguna disculpa a la que ella pudiera asirse, pero, para sorpresa de Anna, la idea pareció agradaarle.

—Sería un verdadero placer que nos acompañaran —aseguró mirándola a los ojos con calidez—. Además, eso me permitiría comentarle algunas cosas que necesito explicarle sobre la libreta que me trajo. En realidad estaba pensando ir a visitarla, pero esta es una oportunidad estupenda de hablar de ello.

La llegada de los Alcott interrumpió la conversación. Todos se giraron hacia ellos, y Anna se sintió aliviada. Sabía que no era prudente acompañarles, y pensaba hacer caso a su sentido común. Tan solo la pequeña parte de sí misma que no podía evitar que la visión de John Sinclair la privara de aliento permanecía dudosa, pero estaba dispuesta a acallarla.

—¡Milord, qué estupendo que esté aquí! —Andrew se precipitó hacia ellos casi sin respiración, como si acabara de correr un largo trecho, y miró satisfecho a la concurrencia—. No se van a creer lo que hemos visto en la feria. Hay un montón de

animales estupendos, aunque a mí el que más me ha gustado es el elefante, pero Eliza dice que el rinoceronte era mejor. Pero yo creo que eso no es verdad, porque el elefante se ha acercado a las rejas y le he dado la comida con la mano, y él la ha tomado con la trompa, y...

—¡Andrew, por favor! —le reprendió Anna con amabilidad—. Sabes que no debes irrumpir de esta manera en una conversación. Espera a que alguien te pregunte algo, y responde de manera educada y breve.

El niño miró a John Lisle y a Anna alternativamente, y a pesar de que asintió, manteniéndose en silencio, comenzó a balancear su peso de un pie a otro, manifestando así su impaciencia por explicar las maravillas que había visto.

—Señorita Gall —continuó Anna, volviéndose hacia Rachel—, estos son Andrew Alcott, y su hermana, la señorita Eliza Alcott. Ambos residen actualmente conmigo, hasta que comiencen su trabajo en Hertwood Manor.

—Comprendo. Ya veo que ambos están disfrutando de la diversión, aunque espero que no les resulte inconveniente prescindir de ella un momento y acompañarnos a tomar un té. Cuando han llegado, estábamos a punto de dirigirnos al Green Clover. Me han dicho que debo probar sus pasteles de crema; al parecer son lo mejor de Hillbury —comentó en tono confidencial a Andrew, que al momento cambió su expresión expectante por una ancha sonrisa.

Anna, consciente de la diferencia existente entre los hermanos y Rachel Gall, y aún más del evidente desagrado que Julia sentiría frente a aquella heterogénea expedición, comenzó a negar con la cabeza, pero Rachel se adelantó solicitando a Eliza y Andrew que la acompañaran y le recomendaran aquellos espectáculos de la feria que más les hubieran gustado. Así que de repente se encontró sola al lado de John Sinclair, y encontró que no podía hacer nada salvo comenzar a andar detrás de aquellos.

—Has dicho que querías hablar de la libreta —comenzó a hablar al ver que John se ponía en marcha junto a ella.

El intento de evitar que la conversación recayera en otros temas no tuvo éxito, y fue sorteado por John con agilidad.

—Así es, pero como la libreta parece haber desaparecido no tengo prisa en tratar ese tema. Antes necesito hablar de otras cosas. ¿Qué pasó el sábado en mi casa, Anna? Es evidente que cuando te fuiste estabas preocupada.

Ella se mantuvo en silencio unos momentos, mientras avanzaban con dificultad entre los puestos.

—Estaba cansada, eso era todo —respondió con suave firmeza, pretendiendo zanjar la conversación.

Pero aquello no pareció surtir el efecto deseado.

—No, no lo estabas —rebatía John sin arredrarse, mientras le tomaba del brazo

para ayudarla a sortear un conjunto de telas que habían caído al camino desde un mostrador—. Sé que estuviste con Julia, ¿te dijo algo que te molestó?

—No.

Pero a pesar de su intento de aparentar firmeza, John captó el titubeo de su voz, e insistió en obtener una respuesta.

—¿Qué te dijo?

Anna apretó los labios, molesta consigo misma. Aquella insistencia era irritante, así que ella debería sentirse irritada. Y lo estaba, claro. Pero también se sentía halagada por su interés, y eso reflejaba la debilidad de su determinación. La idea de que Phillip tenía razón pasó fugazmente por su cabeza, pero la desechó con rapidez. Phillip estaba muerto, y no pensaba permitirle volver a su vida.

—Solo me habló un poco de ti... y de Caroline —explicó con reticencia.

—Ya...

De forma perceptible, la mandíbula de John se tensó, y su paso se hizo más lento. Anna le miró con disimulo desde debajo del sombrero, y observó cómo su semblante se había endurecido. Un pequeño latido de pulso se revelaba junto a su boca, y fascinada, sintió un loco impulso de acariciarlo. La voz de él la sacó de aquel extraño ensueño.

—Conociéndola, y aunque no alcanzo a comprender qué interés podía tener en hacerlo, estoy seguro de que te contó cómo fue nuestro matrimonio.

Anna no respondió de forma inmediata. La amargura que destilaba la voz de John Sinclair hablaba a las claras de heridas aún no cerradas, y ella supo que debía ser muy cautelosa al tratar aquel tema.

—Lo hizo.

—Por supuesto.

Caminaron en silencio unos metros más. John la ayudó de nuevo, rodeando esta vez un charco que se había formado ante uno de los puestos de venta de cerveza, y tomaron el camino más amplio que conducía a la entrada de la feria. A pesar de que su parte racional le recomendaba seguir en silencio, se sentía intrigada por aquel hombre. Era poderoso y era rico, y por ello podía tomarse libertades que la sociedad nunca le permitiría a ella. No eran iguales en absoluto. Pero Anna había descubierto un aspecto, un solo aspecto, en el que sí se asemejaban: él, como ella, había sufrido. Eso sí podía comprender Anna. En eso, sí podía intentar ayudarle. Observó su mirada endurecida.

—Puedo comprender el dolor que sentiste mejor de lo que crees, John. Incluso alcanzo a imaginar por qué no has deseado volver a casarte. Pero no todas las mujeres son iguales. Tal vez si...

—No me compadezcas, Anna —le cortó con brusquedad—. Eres demasiado inteligente para eso.

—No es compasión, es la realidad.

—No quiero hablar de ello.

Anna observó los signos de tensión alrededor de sus ojos, mientras él mantenía la mirada fija en el frente. Era evidente que no le iba a contar nada, así que decidió callar. Además, habían alcanzado a Rachel y los Alcott, que se habían detenido bajo una carpa roja adornada con estrellas doradas, y no tenía intención de hacerles partícipes de aquella conversación. Como si se hubieran puesto de acuerdo, ambos callaron antes de llegar a la altura del pequeño grupo, del que procedían exclamaciones de regocijo. Una mujer morena, vestida con una llamativa falda anaranjada y con sus muñecas adornadas por multitud de tintineantes pulseras, sostenía la mano de Rachel, sentadas a una pequeña mesa cubierta por una tela oscura. Cuando llegaron a su altura, la joven se volvió hacia ellos entusiasmada.

—¡Madame DuPont me está diciendo cómo va a ser mi futuro!

—Esplendoroso, imagino, dada tu alegría —apuntó John con escepticismo.

—Es que esta joven dama está bendecida por la fortuna, milord —intervino la zíngara con aire complacido, sin inmutarse por la evidente desconfianza de aquel hombre—. Le esperan largos años de dicha y felicidad. Conocerá a un hombre importante, y su matrimonio será muy afortunado. Le permitirá viajar y conocer muchos mundos. Los hijos llegarán tarde, pero serán niños hermosos y sanos. Veo tres niños y dos niñas, y mucho amor en su casa.

—¡Qué maravilla! —La risa de Rachel ante aquella predicción ejerció un efecto contagioso sobre Anna, que se encontró riendo con ella a pesar de que no creyera en nada de aquello.

La zíngara se dirigió a los recién llegados.

—¿Quiere que le lea las cartas, milady? —dijo observando a Anna con cierto detenimiento.

—No, muchas gracias —respondió sonriente, pero sin poder evitar un pequeño escalofrío—. No deseo conocer mi futuro.

Pero Rachel, entusiasmada ante la predicción recibida, no estaba de acuerdo con el plan de Anna.

—¡Claro que debe hacerlo, señora Hurst! —intervino, con los ojos aún brillantes de emoción.

—No, no, de ninguna de las maneras —negó Anna con vehemencia—. Estoy segura de que no hay nada en mi futuro tan interesante como para que perdamos el tiempo escuchándolo.

En aquellos momentos una trompeta a sus espaldas anunció el comienzo de un nuevo espectáculo. Todos se volvieron hacia el sonido, y Andrew palmoteó entusiasmado al percatarse de que un espectáculo de equilibrismo estaba a punto de comenzar. Anna le dio permiso para acudir a verlo, y su hermana Eliza y Rachel le

acompañaron.

—¿Temes lo que el futuro pueda depararte, Anna? —preguntó en tono burlón John, cuando se quedaron solos.

—No, milord. No lo temo en absoluto. —Sostuvo su mirada con firmeza—. Simplemente no espero ninguna variación que pueda ser interesante.

—¿No será entonces eso lo que temes, que no suceda nada?

Una exclamación de indignación escapó de la boca de Anna, pero John volvió a reír.

—Venga, Anna, demuéstreme de qué pasta estás hecha —le desafió—. Demuéstrame que no temes al futuro.

Irritada por ser objeto de un reto tan estúpido, Anna extendió la mano hacia la zíngara con decisión. Pero en vez de tomarla, esta tendió hacia ella un mazo de cartas.

—He leído la mano de la señorita, pero creo que a usted prefiero leerle las cartas. Siempre dan una información más exacta que la mano.

—No necesito exactitud —protestó Anna. La mirada de John seguía fija en ella, burlándose de sus miedos, y con un suspiro irritado tomó el mazo y se sentó—. Esto no tiene sentido —murmuró—. De tener que hacer esto, preferiría que me leyera la mano, como a los demás.

Pero madame DuPont no pareció atenderle.

—¿Hay algo en concreto que quiera que intente ver?

—No quiero ofenderla, pero no creo que nadie pueda ver el futuro.

—Entonces, será a mi manera. Por favor, mezcle bien las cartas y entréguelas.

A pesar de su reticencia, Anna se concentró en el mazo antes de devolvérselo, con los sentidos a flor de piel. Por supuesto que ella no creía en aquellas tonterías, pero aquel ambiente la sugestionaba. La gitana representaba su papel a la perfección, extendiendo concentrada una fila de cartas sobre el tapete, frunciendo el ceño como si de veras pudiera leer algo en aquellas figuras. Luego repitió la operación con una segunda línea de cartas.

Anna tragó saliva. No creía en aquellas bobadas, pero una especie de morbosa fascinación hacía que le resultara imposible apartar la vista del movimiento de aquellas manos llenas de anillos.

Cuando por fin la zíngara rompió el silencio, Anna no pudo evitar un escalofrío que no disipó la inquietud que sentía.

—Veo, milady, cosas enfrentadas en su pasado. Veo mucho amor y también mucho dolor. Y un cambio radical que trastocó todo, ¿ve? La muerte lo cambió todo. —Señaló una carta que representaba un esqueleto con una guadaña a cuestas, y Anna sintió que el corazón se le paraba. Un violento estremecimiento la recorrió por completo. La mujer paseó la mano sobre unas cartas que contenían espadas—. Ah, sí,

era un guerrero. Usted le amaba, y veo cuánto sufrimiento causó la batalla que se lo arrebató. Cuánto deseó usted que el resultado hubiera sido diferente. Y cuánto se castigó, y aún se castiga, por ello; pero milady, usted no pudo hacer nada diferente a lo que hizo, ¿por qué no puede aceptarlo? No fue culpa suya.

La mujer clavó en ella una mirada comprensiva, y Anna sintió que la sangre abandonaba su rostro de forma súbita. La gitana le dedicó una breve sonrisa de compasión, y volvió de nuevo a las cartas. Las observó unos momentos, pero se quedó callada. Frunció el ceño, concentrada.

—Pero algo no encaja en todo esto.

—¿Qué es lo que no encaja? —preguntó Anna con un hilo de voz, demasiado impresionada para mantener la fachada de incredulidad.

La mujer giró una carta que representaba una rueda y la colocó junto a la que simbolizaba la muerte.

—Algo no estuvo correcto, veo falsedad, engaño... Las cosas no fueron como debían ser... Sin embargo, ahora ese pasado vuelve, y tiene la posibilidad de poner todo en orden. Necesita hacerlo para ser feliz, milady. Si no lo resuelve...

La zíngara meneó la cabeza con aire de tristeza, y Anna sintió que estaba a punto de desmayarse. Le parecía que el aire ardía y le costaba respirar.

—¿Cómo podría eso ser? —murmuró con pretendida indiferencia, mientras intentaba evitar que las lágrimas afloraran a sus ojos. Los recuerdos le habían asaltado con demasiada viveza—. Tal vez deseé que hubiera sido diferente... pero la muerte no tiene solución.

De repente, la necesidad de respirar aire fresco le resultó insoportable. Aunque no confiaba en que las piernas le sostuvieran, alisó la falda de su vestido para darse tiempo a recuperar la entereza, y elevó la mirada hacia aquella mujer. Debía ser muy buena en lo suyo, se dijo con cinismo, para haber encontrado ese flanco débil en ella.

—Bien, creo que ha sido muy impresionante, madame DuPont —reconoció, adoptando el tono más impersonal que fue capaz de lograr.

La mujer la miró con extrañeza.

—No me cree —dijo al fin. Su voz traslucía una decepción que Anna encontró insólita.

—Bueno, supongo que nadie lo hace en realidad —intentó sonar despreocupada, mientras apoyaba las manos en la mesa para incorporarse—. Pero ha sido una gran representación. Una excelente representación, realmente. La felicito.

La zíngara cruzó los brazos ante el pecho. Parecía ofendida, y por un momento Anna temió que le lanzara una maldición gitana. Entonces apuntó a su espalda con decisión, y Anna volvió la cabeza. Había olvidado que John estaba junto a ella.

—Ustedes dos son personas atrapadas por su pasado, querida —dijo, señalando a ambos, y volviendo a mirarla fijamente a los ojos—. Usted va a tener que elegir, y

mucho antes de lo que cree. Deje de esconderse, y asuma cómo fueron las cosas. Si no lo hace, el pasado la apresará de nuevo. Y eso sería una estupidez, cuando tiene la felicidad al alcance de la mano.

Y diciendo eso, se puso en pie y se alejó de la tienda, sin importarle que ella continuara allí, pasmada. Tuvo que dejar que trascurrieran unos instantes, hasta que se sintió por completo dueña de sí misma de nuevo.

—Increíble —reflexionó en voz alta con sarcasmo, cuando por fin pudo hablar—. He ofendido a una adivina.

—¿Aún le quieres? ¿Es eso?

Anna dio un respingo. La voz de John Sinclair le había sobresaltado, y se volvió hacia él intentando sonreír. Pero él la contemplaba con atención, y no se reía. No se reía en absoluto.

—¿A qué te refieres? —preguntó mientras se sonrojaba con violencia.

John la contempló con calma, y algo parecido a la ternura en la mirada.

—Tu marido. Tú me dijiste que era soldado. Un guerrero, ¿no es cierto? Ella ha dicho que sufriste por su muerte. ¿Todavía le amas, a pesar del tiempo que ha pasado? ¿Es por eso por lo que vives tan sola?

Anna parpadeó confusa. «Mi marido...». Bajó la mirada; no quería que John captara el alivio que su suposición había provocado en ella.

—Prefiero no hablar de ello —dijo comenzando a andar—. Será mejor que nos apresuremos. Julia y tu amigo estarán preocupados.

Sin esperar su respuesta, llamó a Andrew, y cuando los hermanos y Rachel se unieron a ellos, comenzaron de nuevo a andar hacia la posada.

—¿Ha sido interesante, señora Hurst? —preguntó Eliza con alegría, mientras de nuevo caminaba junto a Rachel y Andrew ante ella.

—Bueno, supongo que mi futuro es bastante corriente —respondió Anna intentando sonar despreocupada—. No ha visto herencias ni tesoros ocultos.

Aunque las jóvenes la observaron con curiosidad, nadie volvió a preguntarle nada. Solo cuando abandonaron la zona de la feria y enfilaron la calle que conducía al Green Clover, John rompió el silencio.

—Tu marido era un hombre afortunado. De haber sabido que aún le amabas, el otro día...

—Lo del otro día no tiene nada que ver con mi marido —cortó con determinación, poco dispuesta a aclarar nada más.

—¿No? ¿Estás segura? —John se detuvo y la tomó con suavidad del brazo, obligándola a pararse frente a él—. Verás, lo que he visto del mundo no me anima precisamente a creer en el amor. Si Julia te contó algo de mi matrimonio, entenderás por qué. Sin embargo, cuando pienso que aún amas a tu marido, no puedo dejar de reconocer lo admirable que es una devoción así. Y aunque reconozco que intentaré

convencerte, egoístamente, de que la vida sigue, no por ello dejaré de admirar tu fidelidad a su recuerdo.

Anna tragó saliva, paralizada. John estaba muy cerca de ella, con la mano aún en su brazo. Sus ojos oscuros la observaban con aquella calidez especial que le hacía sentir que estaba viva, y todo era posible. Ella no podía dejarle creer aquello.

—Estás equivocado —negó con vehemencia—. No sabes cómo fueron las cosas, no tienes ni idea...

—Pues entonces explícamelo. Te confieso que lo envidio, Anna. Debo reconocer que envidio ese tipo de fidelidad. Supongo que todos soñamos ser objeto de una devoción así.

Pero Anna no se sentía capaz de hablarle de Phillip, y cuando al doblar la esquina divisó el cartel que coronaba la verja de entrada a la posada, se sintió llena de alivio. Rachel y los Alcott les esperaban ante la puerta, charlando con animación. El adoquinado patio estaba lleno de gente que iba y venía, elegantes carruajes y mozos que atendían los caballos de los visitantes. John se adelantó para dirigirse al posadero, y pronto el grupo fue conducido hacia el comedor privado donde se hallaban Julia y Gareth Trent.

Cuando entraron en la sala, Julia estaba de pie vuelta hacia el gran ventanal desde el que se observaba el patio y Gareth, ante la mesa, parecía desconcertado. Anna comprendió que les habían visto llegar y pudo intuir la reacción de Julia al ver quiénes eran los acompañantes de John.

—Por fin llegáis —les recibió Gareth, con una sonrisa insegura, mientras echaba un preocupado vistazo hacia Julia—. Ya pensábamos que os había sucedido algo.

—¿Qué nos iba a suceder, hombre? Nos hemos entretenido al encontrarnos con la señora Hurst y los Alcott. Pero será mejor que ordenemos que nos sirvan cuanto antes, ya que al parecer este hombrecito está impaciente por volver a la feria.

John guiñó un ojo a Andrew, y con la cabeza le indicó que tomara asiento. El niño le miró con adoración, y obedeció. Luego John apartó una silla para que Rachel se sentara. Gareth le imitó y ofreció asiento a Eliza, que no pudo evitar sonrojarse, antes de sentarse con timidez. Por fin, Julia se volvió y se dirigió a la mesa, y entonces Anna hizo lo mismo.

—Ha sido una gran desconsideración por vuestra parte. Estábamos desfalleciendo de hambre —observó Julia en tono irritado mientras tomaba asiento. Luego se dirigió al posadero, que había permanecido en la puerta—. Ordene que nos traigan el té cuanto antes.

El hombre asintió y abandonó la estancia. Una vez que la puerta se cerró, Julia se volvió con una tensa sonrisa hacia Anna.

—¡Qué sorpresa encontrarla por aquí, señora Hurst! Aunque supongo que no debería sorprenderme. Imagino que esta es una de las pocas ocasiones de diversión

que tiene la gente de la comarca.

—Así es, milady. Esta es una ocasión muy especial para todos, especialmente para los niños.

En ese momento sonó una llamada a la puerta, y entró una camarera portando una bandeja con tazas, una tetera, una jarra de crema y dos bandejas de pastelitos. La muchacha les sirvió con celeridad, como si la concurrencia la pusiera nerviosa. John contempló a Andrew, que tenía los ojos muy abiertos ante la bandeja de pasteles. En cuanto la muchacha salió de la habitación, ofreció un pastel al niño, que lo devoró en un instante, y aunque tras hacerlo pareció dudar, la comprensiva sonrisa de John Sinclair le animó a tomar otro.

—Y dígame, señora Hurst —prosiguió Julia, mientras servía el té en una taza y se la entregaba a Anna—, ¿ha encontrado diversión de su agrado en la feria?

—Pues sí —respondió esta con calma, colocando la taza sobre la mesa—. Aunque resulta agotador circular entre tanta gente, hay algunas actuaciones realmente asombrosas.

—Precisamente, cuando nos hemos encontrado con la señora Hurst acabábamos de ver a unos funambulistas que ponían la piel de gallina, te lo aseguro —interrumpió Rachel.

—Nosotros también los hemos visto, y eran fabulosos —intervino Eliza con timidez. Cuando la fría mirada de la condesa se posó sobre ella, la muchacha se sonrojó y tomó su taza de la mesa, dedicándose a observar el ambarino líquido con concentración.

Julia volvió a dedicar su atención a Anna.

—Puede que tenga razón, señora Hurst. Yo, sin embargo, he encontrado la feria algo enervante. Por ese motivo decidí adelantarme y esperar aquí a Lisle y a mi prima. Tengo que reconocer que no estoy acostumbrada a ambientes tan... pintorescos.

Anna respiró hondo, dispuesta a que nada de lo que dijera Julia le estropeará el día. No tenía dudas de que consideraba aquel lugar vulgar, y por extensión a sus habitantes. Tampoco le importaba. Para ella era mucho más valioso ver disfrutar a los Alcott que pretender distinción. Ciertamente ella era la primera que estaba más que atenta al ambiente que les rodeaba; era muy consciente de que aquellas ferias atraían a gente de toda condición y no era raro que las jornadas acabaran con desórdenes públicos. Por eso, su intención era volver a casa temprano por la tarde. Pero mientras tanto, iba a hacer todo lo posible por que Eliza y Andrew se divirtieran.

—Tal vez tenga razón, milady —aceptó con sencillez—. Pero mi caso es diferente. Es una ocasión tan especial para los niños que para mí, y a pesar de que el ambiente resulte abrumador, es un placer venir. Aunque de estar yo sola es posible que no lo viera de esta manera, por supuesto.

Los ojos de Julia brillaron con rabia, y Anna se preparó para alguna respuesta agresiva; pero en ese momento, Andrew dejó escapar un suspiro de aburrimiento, y todos se volvieron hacia él.

—¿Qué te pasa, Andrew? ¿No quieres más pasteles? —le preguntó John observando con una sonrisa cómo el niño se removía inquieto en la silla.

—No, milord —el niño negó con la cabeza. Convertirse en el centro de atención le había hecho enrojecer, pero una vez que se había atiborrado a pasteles, lo que sucedía en aquella sala no le interesaba demasiado. Señaló el patio exterior que se contemplaba desde la ventana—. Prefiero ir a ver su carruaje. ¿Puedo hacerlo? —preguntó dirigiéndose a Anna.

Esta observó a John, quien consintió con una ligera inclinación de cabeza.

—Está bien, pero no salgas del patio. Pronto nos iremos y espero no tener que andar buscándote.

El niño asintió con alegría, y salió de la sala andando, pero una vez cerrada la puerta, el sonido de una carrera y una exclamación de triunfo arrancó una sonrisa a todos los presentes, salvo Julia. Anna la contempló con cierta curiosidad. Era evidente que no le gustaban los niños, al menos los de otros. Había oído que tenía hijos, y se le hacía difícil comprender que una mujer prefiriera las diversiones de Londres a la crianza de sus hijos. Aunque Anna no sabía nada sobre la vida de Julia; tal vez sus hijos estuvieran en un colegio, o tal vez no podía vivir junto a su marido, a pesar de lo mucho que les amara a ellos. No sabía nada y, por mucha antipatía que sintiera por ella como persona, no iba a juzgarla como madre. De manera inconsciente, depositó su mano sobre su regazo, como solía hacer cuando pensaba en la maternidad.

—¿Regresan entonces a casa, señora Hurst? —preguntó Julia con frialdad.

Anna parpadeó. Se había distraído con pensamientos sobre aquella mujer, y el gesto de sus delicadas cejas alzadas, al hacerle la pregunta, le hizo comprender que había permanecido observándola con fijeza. Aquello la hizo sentirse mortificada.

—Todavía no, milady. Hay muchas cosas que aún no hemos visto en la feria, y no deseo que Andrew insista en que quiere volver otro día. Será mejor que contemplemos hoy tantas cosas como nos sean posibles.

—Bien, en ese caso, supongo que será mejor que vayan cuanto antes.

—Pero nosotros también queremos volver, Julia —apuntó Rachel, que había permanecido callada todo aquel tiempo.

Por toda respuesta, Julia la fulminó con la mirada.

Pero Anna, consciente de que acudir a la feria con Julia enturbiaría en parte el ánimo de los Alcott, se levantó de la silla, dispuesta a poner fin a aquella reunión, y los hombres la imitaron.

—No queremos que interrumpan su descanso por nosotros. Además, en breve

tenemos que encontrarnos con los amigos que nos han traído para volver, así que tal vez sea mejor despedirnos ahora.

—Iré a buscar a Andrew —ofreció Eliza, visiblemente aliviada de que aquella reunión hubiera llegado a su fin, pero Anna la detuvo antes de que saliera.

—Iré contigo, Eliza. Ha sido una agradable reunión, muchas gracias, señorita Gall. Lady Holbrook. Lord Lisle. Señor Trent.

Todos correspondieron a su saludo, y Anna y Eliza salieron al pasillo.

—Por fin —susurró Eliza con alivio.

—Sí. Por fin —corroboró Anna, tan aliviada como la joven.

No se lo podía creer. El maldito crío estaba allí, delante de sus narices, como si no pasara nada. Acababa de salir de la taberna, donde había pasado buena parte de la mañana revisando las cartas que el idiota de Jones le había traído de casa de la arpía. Al principio se había indignado con él; nada de libros de cuentas, libretas o anotaciones. En su lugar, le había traído un paquete de ¡cartas! El idiota se disculpó diciendo que no había encontrado nada más. Había tenido que apurar su jarra de un trago para evitar arrojársela encima. Menudo inútil. Había estado a punto de echar todo al fuego, y aún no sabía por qué no lo había hecho. Tal vez porque estaba algo bebido y el paseo hasta la chimenea podría ponerle en evidencia. Pero eso había sido una gran suerte; de ninguna de las maneras esperaba que la intachable viuda Hurst tuviera un pasado oscuro a sus espaldas, pero había descubierto que así era. Meneó la cabeza con satisfacción; tal vez aquella arpía quisiera recuperarlas a cambio de dinero. Y si no, al menos iba a darse la satisfacción de demostrar a la comunidad que aquella mosquita muerta no era quien decía ser. Eso era lo único bueno que le había pasado en los últimos tiempos. Y ahora tenía ante sí a uno de los culpables de su nueva situación. Si los malditos Alcott se hubieran ido con su hermana, nadie habría hablado nunca de las obras. Pero entre ellos y los manejos de la arpía, lord Lisle había decidido jugar al hacendado. Y aunque también se había encargado de eliminar la libreta, su situación se había vuelto insostenible. Sabía que tarde o temprano, alguien diría algo que le comprometería irremediablemente. Por eso, una vez que se había asegurado de que no quedaban pruebas, había decidido que lo mejor era presentar la dimisión y largarse donde no le pudieran localizar.

Salió de las sombras que proyectaba el cobertizo que se utilizaba como baño. Había decidido aliviarse, pero no había llegado a entrar en él. Tal vez estaba algo más bebido de lo que pensaba. El crío estaba de espaldas a él, reclinado junto al muro que cerraba el patio de la posada, al parecer embelesado con una camada de gatitos que había descubierto. Maldito mocososo. Se tambaleó un poco y dio un traspié hacia un lado, golpeándose en el hombro con la pared. El ruido hizo volverse a Andrew, que se volvió y lo contempló con el ceño fruncido, arrodillado en el suelo.

—¡Mira dónde me encuentro al pequeño Alcott! El pordiosero que no sabe dónde está su lugar y ha decidido que quiere ser amigo del vizconde.

—Voy a cuidar su caballo —espetó el niño con seguridad.

—Oh, oh... Seguro que sí, rufián. Seguro que yo te iba a dejar que pisaras los establos.

—No le tengo miedo —dijo con valentía, incorporándose.

—Como tu padre, ¿verdad? Un digno hijo de tu padre, aparentando siempre estar por encima de los demás. Terco y obstinado, pero totalmente estúpido.

—¡No diga eso de mi padre! —gritó el niño, con el rostro congestionado por la furia, y los puños apretados con fuerza junto al cuerpo—. ¡No hable de mi padre!

—Uy, qué miedo me das —rió con torpeza—. ¿Y cómo me vas a obligar a callarme? Hablaré lo que me dé la gana, estúpido mocoso. Y te volveré a decir que tu padre fue un majadero, creyendo que podría encontrar pruebas para incriminarme, escondiéndose de noche para encontrar Dios sabe qué... Le estuvo bien empleado, por cretino.

Con un grito de rabia, el niño se lanzó contra el administrador, que se tambaleó ante aquel ataque por sorpresa, pero a pesar de que el alcohol hacía torpes sus movimientos, se deshizo de él de un fuerte empujón, arrojándole al suelo sobre los gatitos.

Unos metros atrás, Anna ahogó un grito al ver cómo caía Andrew. Ella y Eliza habían salido a buscarle, y mientras la joven se dirigía a la zona de los carruajes, Anna había oído voces y se había acercado a la esquina más alejada del patio. Vio cómo el niño, en su intento de evitar aplastar a los gatitos, había caído boca abajo. Entonces, horrorizada, percibió que el señor Hubbard había echado mano a su costado y tomado el látigo que llevaba en el cinturón. Andrew seguía mirando a los gatitos y no percibió el movimiento del administrador. Anna comprendió que no podría apartarse a tiempo. Sin pensarlo, corrió hacia ellos y saltó sobre el cuerpo de Andrew, mientras escuchaba la voz rabiosa del administrador.

—¡Estúpido mocoso! Cómo te atreves...

El chasquido del aire rasgado llegó acompañado de un estallido de luz y una sensación de intenso frío. Un zumbido ensordecedor hacía que sus oídos parecieran a punto de estallar. Poco a poco, el frío dio paso a una insoportable presión en la cabeza y un dolor lacerante en el hombro que le hizo gemir.

Como entre la niebla, recordó que el administrador había intentado atacar a Andrew, y su instinto le hizo abrazar al niño e intentar incorporarse con él. Respiraba entrecortadamente, pero iba recuperando la vista.

Andrew se revolvió, y la miró con ojos horrorizados. Anna intentó sonreírle para darle ánimos, a pesar de que sentía un sudor frío recorriendo todo su cuerpo y una extraña debilidad en los miembros. Colocó una mano en el suelo para incorporarse, pero el agudo dolor que sintió estuvo a punto de hacerla caer. Aturdida y siguiendo la mirada de Andrew, volvió la vista hacia su hombro, donde un jirón de tela desgarrada colgaba hacia delante, mientras una gota de sangre se deslizaba sobre la parte del pecho que había quedado al descubierto. Con la otra mano, intentó colocar de nuevo la tela arrancada, y solo entonces fue consciente de la larga herida sangrante que el látigo había dibujado en su piel, sobre el hombro desnudo.

Se quedó paralizada, contemplándola con una mezcla de horror y fascinación. De repente, unos poderosos brazos la levantaron del suelo. A pesar de la niebla que parecía haber invadido su cerebro, comprendió que era John Sinclair. Se sentía dolorida y humillada, pero la sensación de protección que aquellos brazos le ofrecían hizo que deseara ocultar la cara en aquel hombro, y abandonarse a su cuidado.

—Anna, te voy a llevar a Hertwood Manor y llamaré al médico —susurró la voz de John junto a su oído—. Descansa aquí mientras preparan el carruaje.

Sintió que la depositaba junto al alféizar de una de las ventanas de la posada y entonces la visión de todo el patio apareció ante sus ojos. A su izquierda, derrumbado contra el cobertizo, Hubbard parecía una figura de cera, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y los hombros encorvados. El látigo estaba abandonado a su lado, y al verlo Anna no pudo evitar apretar con más fuerza el trozo desgarrado de vestido que aún mantenía asido. El hombro le dolía y le abrasaba, pero rechazó la petaca que John le ofreció.

—Estoy bien, solo quiero irme a mi casa. —Procuró que su voz sonara convincente, a pesar de que notaba la boca pastosa, pero no produjo el efecto pretendido.

—No me importa lo que digas, Anna. He dicho que te voy a llevar a Hertwood

Manor y eso haremos.

—Pero es imposible —protestó—. Tengo que ocuparme de Andrew y Eliza, y vamos a volver con Bess y su sobrino, así que no puedo irme así. Además, quiero ir a mi casa.

—Andrew y yo volveremos con Bess, señora Hurst. No tiene que agitarse por nada —dijo la preocupada voz de Eliza a su lado.

Anna parpadeó y se volvió hacia el lugar del que había llegado la voz. La joven estaba allí de pie, con las manos sobre los hombros de su hermano, y ella no los había visto. Un poco más allá, justo ante la puerta de la posada, Rachel, Julia y Gareth la contemplaban boquiabiertos. Y tampoco los había visto. Sacudió la cabeza, intentando encontrar algo de claridad en sus pensamientos. Se sentía tan confusa...

John y el administrador discutían, y ella creyó escucharle decir que se fuera. El señor Hubbard parecía protestar, pero a veces el sonido se le alejaba y no era capaz de entender nada. También los ojos se le cerraban. Apoyó la espalda contra la ventana, incapaz de seguir de pie. Solo quería dormir.

—De eso nada. —Una sacudida la despertó de nuevo. John. Una extraña calidez se extendió por su cuerpo al recordar cómo la había levantado del suelo—. No te dormirás hasta que un médico diga que puedes hacerlo. He mandado a un mozo a buscar al doctor Payne. Nosotros iremos en el carruaje.

—No voy a dejar aquí a Eliza y Andrew... —protestó con poca convicción, intentando soltarse de la mano de John, pero solo consiguió que la tomara de nuevo en brazos para conducirla hacia el coche.

—No los vas a dejar aquí. Gareth va a acompañarles a casa de la hermana de Bess. Luego volverán a casa tal como habrías hecho de no suceder... esto.

La indignación de su tono hizo que Anna se preguntara si tal vez se había enfadado con ella, pero estaba demasiado mareada para que eso le preocupara. A medida que el sueño se iba despejando con lentitud, era más consciente del violento latir del pulso en su cabeza. La sien derecha le ardía, y con cautela palpó la zona. Luego extendió la mano ante ella, y el brillo de la sangre en sus dedos le hizo comprender que se había golpeado la cabeza.

—No toques la herida, Anna. Ten mi pañuelo.

Tomó el lienzo ofrecido, y con sumo cuidado lo apoyó sobre la herida. No debía ser muy grande, a juzgar por la escasa sangre que había vertido. Tampoco el hombro había sangrado mucho, pero la piel de los bordes de la herida aparecía caliente y brillante, y Anna fue plenamente consciente de que no iba a poder evitar aquella cicatriz.

Llegaron al carruaje, y Anna echó un vistazo hacia atrás, por encima de su hombro desgarrado. Gareth estaba junto a Eliza y Andrew. Se despidió de ellos con la mano, y montó. Los asientos estaban recubiertos de pieles, y cuando John le tendió

una manta para que se tapara, se le escapó un suspiro de cansancio. Sentía tanto frío...

John se alejó para hablar con el cochero, y Rachel entró en el coche. La joven se sentó junto a ella y comenzó a parlotear sobre la feria sin descanso. Anna la miró extrañada, hasta que comprendió que debían temer que tuviera una conmoción y no pensaban dejar que cerrara los ojos. Pero el día había sido cansado y el golpe la había dejado completamente agotada, y precisamente el sueño la ayudaría a recuperarse.

Un ruido sobre la gravilla atrajo su atención.

—Menudo numerito... —De pie ante la puerta del coche, Julia la observaba sonriendo cínicamente—. He de reconocer que lo ha hecho usted bien. Francamente bien.

—¡Julia! —se escandalizó Rachel.

—Ahórrate la moralina, Rachel —contestó sin mirarla—. Ella y yo nos entendemos. Y en estos momentos la idea de compartir un viaje lleno de loas al heroísmo me resulta muy poco atractiva. Así que creo que prefiero volver con Gareth. *Au revoir*, querida. Supongo que mañana será inevitable que la vea en Hertwood Manor. Qué se le va a hacer...

Con una risita, les dio la espalda y se fue. Ambas la contemplaron mientras se dirigía hacia el pequeño grupo formado por los Alcott y Gareth Trent. Anna sintió cierta aprensión ante la idea de que los hermanos pudieran ser molestados de alguna manera por la condesa, pero tras intercambiar algunas palabras, Gareth y los hermanos se pusieron en marcha, mientras Julia permanecía de pie ante la taberna.

Por fin John subió al coche y se sentó enfrente de ellas, y tras un ligero golpe en el techo, el carruaje comenzó su marcha. Anna se volvió hacia atrás cuando atravesaron la verja del Green Clover, y una señal de alarma se encendió en su cerebro; el burlón gesto de despedida que Julia le dedicó dejaba muy claro que de ninguna de las maneras pensaba rendirse, y Anna intuyó que aquella mujer podía ser más peligrosa de lo que había creído hasta entonces.

—Entonces, ¿me está diciendo que sí hay algo?

El señor Hubbard la contempló con interés, y apuró el contenido de la jarra depositado ante él. Después de la escena del patio, se sentía sobrio de golpe, y no dejaba de dar vueltas a la idea de que aquello había sido una estupidez. No se le había ocurrido pensar con quién había acudido el mocoso, aunque tampoco nunca habría pensado que lord Lisle estuviera allí. En fin, mala suerte. Lord Lisle le había dado un día para abandonar la propiedad; eso suponía que tendría que adelantar su traslado a Brighton, pero era el menor de los males. Gracias a Dios que todos aquellos años había podido encontrar fuentes... *adicionales* de ingresos que le habían permitido comprarse una pequeña vivienda en una zona elegante de la ciudad. Ah, sí, su retiro

sería muy dulce, a condición de que nadie encontrara pruebas de la peculiar contabilidad que había aplicado a la recaudación de rentas y contratación de obras.

Y aún podía ser más dulce, si jugaba bien sus cartas ante aquella mujer. Sus *cartas*. Se rio del juego de palabras.

—Depende del grado de interés que tenga usted en este asunto, lady Holbrook. Por mi parte, encuentro difícil que pueda superar el que va a tener la propia señora Hurst.

—El interés que pueda tener ella no es relevante —cortó con altanería—. Lo importante, si le he entendido bien, es quién tiene los medios adecuados para satisfacerlo, ¿no es así? Pues bien, esa mujer no tiene dónde caerse muerta. Soy su única opción, señor Hubbard.

—¿Lo cree así? —Contempló el ambiente de la posada con fingido desinterés, cerciorándose de que nadie escuchaba la conversación—. Tal vez sí, o tal vez no. La señora Hurst no es rica, por supuesto; sin embargo, la futura lady Lisle sería otra cosa, ¿no le parece?

Julia entornó los ojos con odio, pero no se permitió perder el dominio de sí misma. No tenía dudas de que aquel hombre había tomado el pelo a Lisle, y no estaba dispuesta a que la engañara. Pero no tenía tiempo que perder. Miró hacia la puerta para asegurarse de que Gareth no había llegado, y decidió apurar el intento.

—Usted sabrá cuál es su mejor opción, pero le advierto que no estoy dispuesta a que se burle de mí. Primero he de juzgar si el contenido de esa correspondencia merece la pena. Tal vez sean cartas anteriores a su matrimonio. No, señor Hubbard, necesito alguna prueba de que merece la pena pagar por ellas.

—¿Quiere o no quiere las cartas? —preguntó de malos modos. La cabeza le zumbaba y el ruidoso ambiente de la posada no contribuía a su bienestar precisamente. No había pensado que fuera a ser necesario discutir tanto con aquella mujer.

—Muéstreme una y se lo diré.

El administrador dudó y, por instinto, dirigió su mano derecha hacia el bolsillo del abrigo, donde reposaba el fajo. Sabía que su mejor oportunidad de sacar rendimiento era aquella, pero no le gustaba que una mujer tomara las riendas. Al fin, decidió que podía mostrar una sin arriesgarse demasiado. Sacó el fajo del bolsillo, y rebuscó entre las últimas cartas del montón. Extrajo un papel, que desdobló y tendió con satisfacción.

—Puede leerla usted misma.

Julia la tomó. A medida que leía aquellas hojas, su reserva iba dando paso a una disimulada complacencia. Aquello era muy interesante, pero no debía parecer ansiosa.

—Bien, está claro que esta carta no es de su marido. Aunque tampoco resulta

demasiado comprometedora.

El administrador, sabedor de que el brillo en los ojos de la condesa había delatado su interés, se limitó a encogerse de hombros.

—Usted sabrá. Si no las quiere, volveré a mi plan original. No tengo mucho que perder ahora, ya lo ve.

Julia echó un nuevo vistazo hacia la puerta. Gareth llegaría en cualquier momento y no quería que la encontrara en plena negociación.

—Bien, no tiene sentido discutir ni regatear. Estoy dispuesta a darle cincuenta libras por las cartas.

El administrador prorrumpió en una carcajada que atrajo la atención de algunas de las personas que se encontraban en el comedor.

—No las venderé por menos de quinientas, milady.

Julia ahogó una exclamación de furia: quinientas libras era demasiado dinero.

—Ahora comprendo cómo pudo usted cometer la estupidez de golpear a Anna Hurst para convertirla en una mártir —dijo con gélido menosprecio al cabo de unos segundos—. Debe estar loco, si cree que le voy a dar esa cantidad. Y aún más loco si cree que a ella le podrá sacar ese dinero. Cien libras, y es mi última oferta. —Se levantó del asiento y contempló al hombre con desdén—. Tiene para pensarlo hasta mañana.

—Doscientas. No estoy dispuesto a bajar de esta cantidad.

Julia enarcó las cejas, sopesando la contraoferta del hombre. Suponía que era un farol, pero estaba demasiado ansiosa por hacerse con las cartas, y sabía que no podría negociar bien. En fin, era mucho dinero, y tendría que hacerlo pasar por deudas de juego si su marido preguntaba algo, pero no era una cifra fuera de su alcance. Sin demostrar ni un ápice de complacencia, aceptó la cantidad y se sentó de nuevo, dispuesta a extender el pagaré. Cuando Horace Hubbard le entregó el paquete de cartas, una sonrisa maliciosa apareció en su rostro, y cuando apenas unos momentos después Gareth Trent llegó en su busca, ni las quejas de este pudieron alterar su satisfacción ante la forma en que el día había concluido.

Anna reprimió una mueca de fastidio, y se dispuso a obedecer al médico. Cuanto antes acabara la exploración, antes la dejarían en paz. El doctor Payne era un hombre concienzudo, y las protestas de Anna no habían conseguido convencerle de que se encontraba bien y podía irse a su casa. Así que permaneció echada sobre la cama, siguiendo la luz con la vista.

—Bueno, parece que no hay ninguna conmoción que pueda resultar peligrosa.

El doctor Payne se había vuelto hacia John Sinclair, quien permanecía de pie junto a la puerta. Anna también volvió la cabeza hacia él. De acuerdo que era el dueño de la casa, pero la paciente era ella y debería ser la destinataria del diagnóstico,

pensó con cinismo. Intentó incorporarse y levantarse de la cama.

—Bien, en ese caso creo que puedo irme a mi casa. Les estoy muy agradecida por todo, de veras.

Pero antes de que hubiera colocado los pies en el suelo, la mano del médico la detuvo y la obligó a tumbarse de nuevo sobre su costado.

—Señora Hurst, es cierto que no parece haber una conmoción, pero le ruego que no intente ponerse aun en pie. Me atrevo a pronosticar que en estos momentos se debe sentir algo mareada.

—Ya le he dicho que estoy bien —murmuró con los dientes apretados. Lo cierto era que su intento de levantarse solo había conseguido que toda la habitación comenzara a dar vueltas, pero no lo iba a reconocer. Debía irse. Eso estaba fuera de toda discusión.

—¿Qué recomienda entonces, doctor Payne? —intervino John sin hacer caso a sus protestas.

—Que repose esta noche. Mañana pasaré temprano a examinarla de nuevo, y si todo sigue conforme, podrá irse a su casa.

—Pero yo quiero irme ahora —insistió con terquedad.

—Señora Hurst —John se dirigió a ella con tono seguro, casi arrogante, mientras comenzaba a andar en dirección a la cama—, dado que en estos momentos está bajo mi techo y que el doctor Payne recomienda que no lo abandone por ahora, debe comprender que la única opción posible es que duerma aquí. Si se fuera y algo le sucediera, la responsabilidad sería mía. Entenderá que no puedo permitirlo.

—Creo que soy capaz de tomar mis propias decisiones, milord, y nadie podría culparle por ello —objetó con tanta firmeza como pudo aparentar, aunque el mareo la debilitaba.

John estaba junto al doctor. Negó con la cabeza, sin ningún atisbo de duda sobre lo que había de hacerse. Anna comprendió que sus protestas no iban a surtir efecto en él. Por otra parte, sentía continuas punzadas de dolor en la sien. La tentación de cerrar los ojos y dormir en aquella suntuosa cama se estaba volviendo muy poderosa. Con un suspiro resignado se volvió hacia el doctor.

—Si es absolutamente necesario me quedaré esta noche, pero mañana me iré a mi casa.

—Muy bien, siempre que mañana la autorice a hacerlo. Y ahora —el doctor Payne se giró hacia John, que contemplaba a Anna con expresión indescifrable—, si me permite, milord, es el momento de curar la herida del hombro.

—Por supuesto. Llámeme si necesita algo más, cualquier cosa. —Luego la observó de nuevo, esta vez con una suave sonrisa que Anna encontró extrañamente tranquilizadora—. Avisaré a la señora Pratt para que envíe a alguien que la atienda, señora Hurst.

Anna asintió sin hablar, pero cuando él se dirigió hacia la puerta, se permitió demorarse unos momentos en la contemplación de su cuerpo esbelto y poderoso. Aquel hombre era imprevisible y exasperante, pero no tenía sentido que negara la atracción que sentía por él. Sin embargo, por mucho que su sonrisa le hiciera olvidarse casi de todo, la diferencia entre ellos era demasiada. No solo porque él fuera un hombre noble y rico; también era un hombre acostumbrado a mantener relaciones con muchas mujeres sin implicar sus sentimientos. Todo aquello no era sino parte de un juego para él. Pero Anna no iba a jugar. De ninguna de las maneras. Porque cuando el doctor Payne comenzó a limpiar su herida, y la intensa quemazón que sintió le hizo ahogar un grito, supo que aquel dolor no sería nada, en comparación con el sufrimiento que sentiría algún día si permitía que John Sinclair jugara con su corazón.

John apenas había descansado esa noche. Aún no había amanecido cuando él ya se encontraba completamente desvelado, asaltado por vagas inquietudes a las que no era capaz de dar forma, pero que sabía relacionadas con su infancia.

El silencio de la habitación se había hecho insoportable, y había decidido salir a cabalgar al alba. Desde hacía años había aprendido a centrar sus pensamientos en aquello que debía resolver sin permitirse digresiones, y era infrecuente que se sintiera desconcertado. Y en las escasas ocasiones en que eso sucedía, el ejercicio físico solía aliviarle.

Sin embargo, la vigorosa cabalgada del amanecer no había conseguido despejar la inquietud que le atenazaba. La escena de la víspera se le aparecía una y otra vez, Anna lanzándose sobre el cuerpecillo del niño, protegiéndolo con su propio cuerpo, y el látigo restallando en un siseo que hizo desaparecer de golpe todo el ruidoso estruendo del patio de la posada.

Al final, su paseo le había llevado a las inmediaciones de la presa, y en la penumbra que el primer atisbo de amanecer empezaba a deshacer, se había desnudado para zambullirse en las gélidas aguas del río. El impresionante frío le había cortado la respiración en un primer momento, y tuvo que dar vigorosas brazadas para evitar congelarse. Al cabo de unos minutos, había salido y se había vestido de nuevo, pero su mente no se hallaba más tranquila que antes. Debía reconocer, además, que aquel no era un buen sitio para dejar de pensar en Anna.

Porque de eso se trataba, había reconocido en el camino de vuelta, mientras mantenía a *Thor* a un suave trote y le acariciaba el poderoso cuello, distraído. Algo de lo sucedido la víspera había tocado alguna fibra de su alma, y a resultas de ello, parecía que no podía arrancar a Anna de su mente.

Desde la primera vez que se habían visto en los establos, había pensado en ella a menudo; pero si debía ser sincero, eso le pasaba a menudo con las mujeres atractivas

con las que trataba en Londres. Claro que no se trataba solo de pura atracción física, porque cuando estaba junto a ella había algo que le hacía sentirse en paz, como si el universo estuviera en orden; pero no por ello se había planteado algo diferente a convertirla en su amante. Ella había dicho no, y eso debería haber sido el final. No era la primera ni sería la última, suponía.

Sin embargo, ese algo indefinible que le atraía de ella parecía ser adictivo, porque había perseguido su presencia una y otra vez: la había buscado en la presa, la había invitado a su casa para hablar de la escuela... Esa insistencia ya era extraña, pero tenía buenas excusas: necesitaba disculparse, necesitaba agradecerle algo, necesitaba su opinión... Sin embargo, tras lo sucedido en el patio de la posada, algo había cambiado. No lo comprendía bien ni era capaz de describirlo; tal vez fuera algo efímero, una especie de fiebre pasajera, pero en cualquier caso aquella asombrosa necesidad de estar a su lado era algo desconcertante.

Hacía años que John se había despojado de cualquier sentimiento de dependencia; confiar en otro ser humano era un camino seguro hacia la decepción. Todos aquellos a quienes podía haber necesitado le habían fallado, por lo que era una suerte que no hubiera depositado en esas relaciones más confianza de la necesaria para hacerlas funcionar de manera útil. La relación con sus padres le había enseñado pronto cómo serían las cosas. En cuanto a los amigos del colegio, aún mantenía el trato con muchos de ellos, pero todo se reducía a acudir a las carreras para apostar, ver combates de boxeo, y beber en el club antes de jugarse cantidades ruinosas en interminables partidas de naipes. Y si cuando conoció a Caro, tuvo una pequeña esperanza de que las cosas fueran distintas, muy pronto recuperó la cordura y comprendió que nada había cambiado para él.

Y, sin embargo, ahora algo muy diferente había comenzado a desarrollarse en su interior, y su desconcierto era enorme. Siempre había tenido claro qué lugar ocupaba todo el mundo en su vida, desde sus padres, profesores o amigos, hasta las refinadas mujeres londinenses con quienes mantenía discretas relaciones de mutua complacencia. Pero en aquel momento, después de ver cómo ella se interponía entre el administrador y el niño, ya no encontraba el lugar adecuado en el que encuadrar a Anna Hurst.

Algo desconcertante, irritante e inconveniente, que necesitaba una solución diferente a cuanto estaba acostumbrado a hacer. Y que, posiblemente, requería una valentía que dudaba poseer.

El sonido de una llamada en la puerta de la biblioteca le sacó de sus meditaciones. Bien, aquel era el primero de los pasos que debía dar, se dijo con resignación antes de dar la orden de que Decker abriera y anunciara a lady Holbrook.

Julia entró en la biblioteca tras él, con una despreocupación que John supo al instante que era fingida. Le indicó la silla frente al escritorio y él tomó asiento al otro

lado. Julia no dijo nada, pero el segundo largo que tardó en obedecer la indicación fue suficiente para dejar patente que sabía que algo pasaba.

John se había representado aquella escena mentalmente varias veces; en ninguna de ellas, Julia había aceptado de buen grado su decisión. Pero estaba tomada.

Fue ella quien decidió romper el hielo.

—Debe tratarse de algo muy importante cuando me llamas a tu presencia sin siquiera haber desayunado.

—No tengo apetito y sí, es muy importante, así que será mejor que nos dejemos de rodeos y vayamos al grano; Julia, sé que hace unos días tomaste una libreta negra que guardé en mi escritorio. —John inspiró hondo, pero para su alivio, Julia se limitó a elevar una ceja en un gesto sarcástico—. Estoy seguro de que tendrías tus motivos, y no me interesan, pues no alcanzo a pensar en ninguno que justifique un abuso de confianza tan grave. Sé que acordamos que permanecerías aquí por un tiempo, pero en estas condiciones lo mejor para ambos será que abandones Hertwood Manor de inmediato. Daré instrucciones para que el carruaje esté preparado mañana mismo.

Para su sorpresa, Julia emitió una risa suave.

—Suponía que reaccionarías así al enterarte. Fue Rachel, ¿no es cierto?

—Eso no tiene importancia, ¿no crees? —respondió con acritud—. Nada justifica que tomaras la libreta. No se me ocurre qué pensabas que podía contener.

—No lo sé. ¿Poemas de amor, tal vez? ¿Un mechón de cabello?

—Julia, no empecemos de nuevo. Tú y yo...

—¡Oh, John, era una broma! Sentí curiosidad, eso es todo. Reconozco que esa mujer me disgusta, con sus aires de superioridad moral, cuando en realidad estoy segura de que en su pasado hay cosas que preferiría ocultar.

—No creo que su pasado sea asunto tuyo.

—Eso depende de cuánta influencia vaya a tener en nuestras vidas. ¿Y si descubriéramos que ella no es lo que parece?

—Julia, no vamos a descubrir nada de eso —insistió al borde de perder la paciencia—. Entre ella y yo no hay nada, pero de cualquier forma su pasado es cosa suya. Ordenaré que preparen el carruaje para llevaros mañana a Londres.

—Eso es lo que tú crees, pero tal vez acabes dándote cuenta de que debiste hacerme caso. Ella no es lo que parece, John, pero no voy a decir nada más hasta asegurarme.

Se levantó y él la imitó.

—Digámonos solo hasta luego, John. Espero que alguna vez cambies de idea y vuelvas a Londres. Ahora, si me disculpas, iré a ordenar que preparen mis baúles. En cuanto a Gareth, espero que tú puedas explicarle el por qué de nuestra repentina marcha. Porque a Rachel supongo que no le sorprenderá demasiado, *n'est-ce pas*?

Con una sonrisa atrevida, lanzó un beso por el aire y se dirigió a la puerta sin

volverse. John la observó salir, moviéndose con burlona altivez. Para su alivio, no había sido tan difícil como se temía. Ahora solo le quedaba explicarle a Gareth lo mejor posible por qué debían irse de manera tan precipitada.

—De verdad que no fue nada —dijo Anna, algo sonrojada.

—Pero a mí me impresionó —Rachel le sonrió con admiración—. Yo no creo que hubiera podido reaccionar así. Me habría quedado paralizada.

Anna permaneció callada unos segundos. No había pasado una buena noche. Se había despertado muchas veces, con el corazón acelerado y empapada en sudor, con el eco del sonido de la carne desgarrada retumbando en sus recuerdos. Cuando por fin las primeras luces del amanecer se habían colado en la habitación, revelando la soberbia silueta del dosel de palisandro bajo el que se encontraba, se había sentido desconcertada. Le había llevado unos segundos recordar dónde se encontraba, y fue la aguda quemazón en el hombro al incorporarse la que le hizo recordar lo acontecido la víspera. El alivio de que el pasado estuviera lejano le había durado apenas un momento: la idea de cómo se había puesto en evidencia la tarde anterior le hizo gemir de mortificación, y solo el consuelo de saber que Andrew estaría bien le animó a intentar levantarse. Pero antes de poder encontrar sus prendas de vestir, la señora Pratt había entrado y le había hecho acostarse de nuevo, diciendo que eran órdenes del señor, y había hecho que le llevaran el frugal desayuno que el médico había indicado.

No había podido hacer sino obedecerla; su ropa tenía que ser lavada y reparada, y hasta que no trajeran otro vestido de su casa, lo que la señora Pratt había asegurado que sucedería en breve, estaba atrapada en aquella habitación.

Tras un suspiro resignado, elevó la mirada hacia la joven. Rachel la contemplaba con admiración, y se sintió muy incómoda.

—Lo cierto es que uno nunca sabe cómo va a comportarse ante situaciones así —explicó con reticencia—. Antes de hoy, yo tampoco hubiera creído que reaccionaría de esta manera. Soy la primera sorprendida.

—¿De veras? —Los ojos de Rachel se abrieron con sorpresa—. Pero usted es tan decidida, tan valiente...

Una risa amarga brotó de la garganta de Anna, desconcertando a la joven.

—No se fíe, Rachel, a veces las apariencias engañan. En otro tiempo yo no habría...

Se detuvo con brusquedad; había estado a punto de mencionar a Phillip. Apretó los labios, sorprendida y molesta por haberse dejado arrastrar por los recuerdos.

—¿Está segura de que se encuentra bien? —le preguntó Rachel, desconcertada por el malestar que había aparecido en el rostro de Anna.

—Claro que sí, aunque me siento exhausta. Pero no se preocupe por mí —se apresuró a tranquilizarla, al ver que la joven fruncía el ceño—, no se debe al golpe

sino a que no he dormido bien.

—Bien, entonces la dejaré que descanse hasta que llegue el médico.

—Es una buena idea —llegó una voz desde la puerta.

Ambas volvieron las cabezas hacia allí; John Sinclair las contemplaba, apoyado en la jamba, con semblante serio.

—Oh, Lisle, me has asustado —le reprochó Rachel con una tímida sonrisa, llevándose la mano al pecho.

John entró en la habitación, pero se detuvo junto a la chimenea que estaba frente a la cama, a cierta distancia de ambas.

—No era mi intención, por supuesto. Solo quería avisarte que tu prima te ha mandado llamar. Mañana volvéis a Londres.

Rachel le dirigió una elocuente mirada y se levantó.

—Bien, entonces creo que iré a ordenar que preparen mi equipaje. He disfrutado mucho la visita, Lisle, pero creo que ya es hora de ver a mi familia. Imagino que tendré que volver a Kent antes de lo que pensaba.

John Sinclair la miró con impotencia, pero ella sonrió para tranquilizarlo. Cuando la joven desapareció por el pasillo John se volvió hacia Anna. La observó un largo momento con intensidad, sin moverse. Un rayo de sol se proyectaba desde la ventana hacia el suelo situado ante él, revelando diminutas motas de polvo en danza, y haciendo más patente la sombra que la chimenea proyectaba sobre su rostro.

—¿Estás bien, Anna?

—Estoy cansada, pero eso es todo —repuso con el tono más calmado que fue capaz de emplear, teniendo en cuenta que el corazón le latía a gran velocidad—. No he dormido muy bien.

—¿Y tu hombro?

—Poco más que un arañazo. En unos días curará.

Pero a pesar de su intento de sonar despreocupada, su voz no fue tan firme como pretendía, y en dos zancadas John se acercó a los pies de la cama.

—Te duele —dijo con incertidumbre, frunciendo el ceño.

Anna no pudo evitar que su corazón se emocionara, al sentir su preocupación por ella.

—Molesta un poco, pero se me pasará pronto.

—No has dormido bien y el hombro te molesta. Dolor y cansancio. De acuerdo. ¿Qué más te sucede?

Ella lo contempló largamente, antes de hablar. Cuando aquel hombre exasperante y encantador la miraba de aquella manera, pendiente de su estado, preocupado por ella, le era difícil no derretirse ante sus ojos. Emitió un bufido irónico en un intento de ocultar su emoción.

—Salvo que golpearse la cabeza con una piedra y recibir un latigazo te parezcan

sucesos nimios, yo creo que eso justifica de manera suficiente mi estado de ánimo.

Aquella respuesta incisiva pareció tranquilizar a John. Con una sonrisa de alivio se dirigió al escritorio situado ante la ventana, de donde tomó una silla. La acercó a la cabecera de la cama y se sentó.

—Me alegro que ayer decidieras quedarte.

—No es que tuviera mucha elección, en realidad, ¿no te parece?

—Tal vez no. Estaba preocupado —se justificó—. Y el doctor Payne recomendó que te quedaras.

Anna permaneció callada. Aunque reconocía que la víspera podía haber insistido algo más en ser conducida a su casa, no podía negar que su debilidad había sido real, y cuando a alguien en ese estado le ofrecían una confortable habitación y muchos cuidados, decir «no» requería un esfuerzo de ánimo superior al que ella había tenido. Por otra parte, si debía ser sincera consigo misma, a pesar de sus protestas una parte de sí misma había deseado quedarse. En cualquier caso, las cosas ya estaban hechas, y ahora solo quedaba que el doctor Payne le permitiera volver a su casa. A su vida simple, segura y cotidiana, donde todo era previsible y tranquilo. Donde los días transcurrirían iguales unos a otros, y no se cuestionaría su situación.

—Espero que no me creas desagradecida, pero no era necesario que me quedara. El doctor podía haber acudido a mi casa.

—Pero allí no había nadie para cuidarte.

La tranquila seguridad de su respuesta conmovió a Anna, pero no estaba acostumbrada a que la trataran como a alguien débil.

—Sé cuidarme sola —replicó—. Hace años que vengo haciéndolo.

Sin embargo, aquella protesta no pareció amilanar a John, que se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Lo sé, Anna —repuso con suavidad—. Y también sabes cuidar a los demás. No creo que nadie en esta comunidad pueda dudarlo. Pero ¿qué hay de malo en dejarse cuidar de vez en cuando? ¿Acaso tú no lo mereces tanto como todos los demás?

Desarmada por la dulzura de sus palabras, Anna bajó la mirada. No deseaba que John la creyera débil o vulnerable. Dejarse cuidar era un lujo que ella no podía permitirse; debía ser fuerte e independiente, pues estaba sola.

Aún permaneció un rato contemplando sus manos unidas sobre la sábana, sintiéndose amparada por el silencio, hasta que John comenzó a hablar de nuevo, con aquella dulzura que amenazaba con trastocar su autocontrol.

—¿Sabes?, lo que ayer sucedió en ese patio fue admirable.

—¿Tú también? —preguntó resignada.

—¿También? —Dejó escapar una carcajada—. Supongo que Rachel te ha dicho algo parecido. ¿Tu modestia te impide aceptar este pequeño cumplido?

Anna negó con la cabeza, visiblemente incómoda.

—No deja de ser halagador que alguien te contemple bajo esa luz, pero lo que hice no fue nada excepcional.

—¿Eso crees? —John la observó con curiosidad. Luego se levantó para dirigirse hacia la ventana. Anna le siguió con la vista, intuyendo que debía permanecer en silencio. Al cabo de un largo rato, John continuó hablando—. Sin embargo, hay mucha gente que nunca se interpondría ante un látigo para defender a un niño. Ni siquiera a su propio hijo.

La amargura con que pronunció las últimas palabras puso a Anna sobre alerta. Escrutó con disimulo la silueta a contraluz de John, aparentemente absorto en la contemplación del paisaje.

Hacía tiempo que Anna había comprendido que aquel hombre luchaba contra demonios internos que ella desconocía, y supo instintivamente que nunca había estado tan cerca de conocerlos como en aquel momento.

—Eso que dices no es cierto —contestó con cautela, dispuesta a tantear su reacción—. Las madres defienden a sus hijos.

—¿Sí? ¿Todas? —Le dirigió una mirada sarcástica y de nuevo se volvió hacia la ventana—. ¿Incluida Julia?

—Tal vez Julia no sea una madre abnegada, pero eso no quiere decir que no lucharía por sus hijos con uñas y dientes, si estuvieran en peligro —repuso con tono neutro, consciente de que no era a Julia a quien tenía en mente.

El rostro de John se mantuvo impasible.

—Yo no apostararía mi vida en ese evento —se limitó a decir.

De nuevo el silencio se instaló entre ellos. Anna comprendió que en su interior se estaba librando una dura batalla, pero si decidía callar, no podría reprocharle que no confiara en ella. Al fin y al cabo, ¿no era ella quien le había recordado más de una vez que no eran realmente amigos?

Tras unos momentos de tensa quietud, John se sentó de nuevo con determinación.

—No, Anna, no todo el mundo es como tú supones. Tú eres un espíritu honrado y valiente, y tal vez te cueste creer algunas de las cosas que suceden en el mundo. Pero las madres no son siempre el refugio que encuentran los hijos.

Con todos sus sentidos alerta, Anna tragó saliva con cuidado, decidida a no hacer ningún ruido que alterara su decisión de hablar.

—Conocí a un niño que nunca encontró refugio en su madre. Un niño pequeño, tal vez inquieto, pero supongo que no más que otros niños. Un niño al que su padre decidió educar con aquello que tuviera más a mano. En ocasiones era el puño, otras veces una fusta o un látigo... Casi siempre de manera arbitraria, de modo que las causas variaban de día a día y el niño vivía siempre en tensión... Cualquier movimiento, cualquier pequeño error podía desatar el caos. Supongo que aquel niño pudo haber aprendido a esconderse y a pasar desapercibido, pero una vena de

soberbia, o de rebeldía, le impedía hacerlo. Eso era lo que su padre peor soportaba, lo que él llamaba insolencia y el niño, si hubiera conocido entonces la palabra, habría llamado dignidad. Ese niño miró muchas veces a su madre entre lágrimas de rabia e impotencia, esperando que alguna vez detuviera aquello, pero todas esas veces la vio desaparecer por la puerta, en silencio, deslizándose como un fantasma. Todas.

Un pesado silencio cayó sobre la habitación. Anna permaneció inmóvil, temerosa de que cualquier movimiento rompiera aquel momento. John Sinclair tenía la mirada fija en el suelo, pero parecía estar muy lejos de allí.

—Pero con ocho años el niño fue internado en un colegio, y aquello fue el comienzo de su liberación. Comprendió que vivir lejos de su hogar era un pequeño precio a pagar a cambio de días seguros y predecibles. Y aunque en las vacaciones escolares debía regresar a casa, los golpes ya no le preocupaban porque sabía que pronto se iría. Comprendió por fin que podía vivir sin temor, sin necesidad de estar alerta en todo momento. Luego, cuando fue creciendo, y comenzó a recibir invitaciones de sus amigos para pasar con ellos las vacaciones, cada vez volvió menos. No fue un mal cambio. Las únicas rebeldías que a partir de entonces se permitió fueron dedicarse al comercio tras la universidad, y su matrimonio. Así que tal vez tú creas que lo que hiciste ayer no tuvo ninguna importancia, pero el niño que yo conocí no estaría de acuerdo con eso.

A pesar de que no era frecuente en ella, Anna sintió que se quedaba sin palabras. El desapego con que John había narrado la historia no consiguió engañarla; resultaba evidente que su infancia aún le dolía. Pero Anna había conversado alguna vez con la vizcondesa, y sabía que aquella mujer quería a su hijo. Podía comprender la rabia que aún habitaba en John, pero su madre debió tener alguna razón que explicara su comportamiento. Ahora Anna comprendía qué le había impedido a su hijo acudir, pero no era capaz de resignarse ante el evidente resentimiento que aún él albergaba.

—No sé cómo fue ese pasado, John —comenzó a hablar con suavidad—, ni sé cómo era el vizconde. Pero a ella sí la conocí, y si hay algo que puedo asegurar es que hablaba de su hijo con cariño.

—¿Siempre dispuesta a pensar bien de los demás, Anna? —preguntó con mordacidad—. En este caso, ella consiguió engañarte. Pero eso ya no tiene importancia.

—Ojalá eso fuera cierto, pero me temo que no lo es. ¿Acaso pretendes que crea que lo que tu madre sintiera por ti no te importa? —replicó con suave simpatía, sin dejarse intimidar por la mirada turbulenta del vizconde.

—Así es —respondió él con brusquedad—. Exactamente así. Y solo te he contado esto para que comprendieras que tu actuación de ayer no es habitual. No busco tu compasión, Anna. No se te ocurra tenerme lástima.

Anna bajó la vista; él no iba a admitir que su pasado aún le dolía, y ella no podía

ayudarle de ninguna manera si no lo hacía. Pero a pesar de ello, él le había permitido asomarse a sus sentimientos, y Anna no quería renunciar a ese inesperado privilegio. Tal vez no estaba dispuesto a hablar más de su infancia en aquel momento, pero aquella narración había trazado un vínculo de inesperada intimidad entre ellos, y decidió intentar aprovecharlo.

—¿Por qué has dicho que tu matrimonio fue una rebeldía?

Para su alivio, John no pareció molesto por la pregunta. La observó sin responder, como sopesando cuánto debería contarle, y Anna se sintió atrapada por la inteligencia que brillaba en aquellos hipnóticos ojos oscuros. Cuando ya creía que no iba a contestarle, su voz la sorprendió.

—Cuando conocí a Caroline, era su segunda Temporada en Londres. El año anterior había sido la gran sensación de la sociedad. Se decía que había rechazado varias propuestas de excelentes matrimonios y destrozado unos cuantos corazones. Al principio no le presté mucha atención; yo no buscaba casarme, y una joven de diecinueve años, adorada y mimada, no me ofrecía ningún interés. Pero, poco a poco, nuestros encuentros casuales se fueron haciendo habituales: en la ópera, el teatro, en todos los bailes a los que acudía... Siempre la encontraba allí donde iba, y una vez que la veías, era difícil no fijarte en ella. Era muy hermosa, tanto que parecía resplandecer entre la multitud. Y siempre parecía estar disfrutando tanto de la vida...

Anna notó que un nudo se instalaba en su garganta, pero no fue capaz de mover ni un músculo. La evocación de aquella esplendorosa criatura le provocaba un deseo incontenible de taparse los oídos. Tragó saliva con dificultad, y esperó que John continuara hablando.

—Para cuando me di cuenta, estábamos prometidos. No es que no quisiera casarme, pero no fue una decisión meditada. Caroline era una mujer que despreciaba las normas, y pretendía que todos se plegaran a sus caprichos. Yo comencé a sentirme atraído por lo que interpretaba como un signo de valentía y de espíritu inquebrantable. Y supongo que sabía que aquello horrorizaría a mis padres... —De nuevo pareció sumergirse en los recuerdos, y Anna continuó inmóvil. Tras unos momentos, él levantó la mirada y la fijó en Anna, sonriéndole—. A eso me refería con que fue mi gesto de rebeldía, una mujer que no encajaba en lo que Halston Manor parecía esperar...

Anna le devolvió la sonrisa con inseguridad. La imagen de una criatura radiante deslumbrando a John Sinclair aún atormentaba su imaginación.

—En cuanto a ella —continuó John, repentinamente serio—, supongo que el hecho de que la ignorara durante mucho tiempo hizo que se sintiera herida en su orgullo. Imagino que me vio como un reto, y yo, debo reconocerlo, me sentí halagado por su interés. Era la joven más solicitada de Londres, y prometerme a ella resultaba una especie de triunfo que mis padres no podrían ignorar. No encuentro otra

explicación a nuestro compromiso, cuando ella había rechazado ofertas mucho más ventajosas que la mía y yo nunca había querido casarme. Pero así fueron las cosas, y antes de que finalizara la temporada, estábamos prometidos. En cuanto a lo que sigue, creo que Julia ya te puso en antecedentes. —Ante el tímido asentimiento de Anna, prosiguió—. Lo que en un momento yo pude interpretar como valentía no era sino el reflejo de un carácter veleidoso, frívolo y egoísta. Caroline necesitaba desesperadamente sentirse admirada y deseada, y ningún juramento podía cambiar eso. Acudir a bailes y fiestas era como una necesidad para ella. Si yo pretendía que nos quedáramos una noche en casa, eso suponía un drama lleno de gritos, llantos y acusaciones de egoísmo. Y si salíamos, mi papel se limitaba a observar y tolerar su corte de admiradores. Pero lo cierto es que pronto dejó de importarme. En realidad, si he de ser justo, supongo que también para ella fue una decepción descubrir mi verdadero carácter.

John se recostó en la silla, estirando las piernas ante él, y cruzó los brazos sobre su pecho. Con sorpresa, Anna comprobó que estaba sonriendo.

—Supongo que Julia ya te habrá contado que Caroline tenía un amante. Es probable que hubiera más, claro está, pero nunca me he preocupado de averiguarlo. Lo que Julia no ha llegado a entender nunca es que, en realidad, no me importaba. Lo supe casi desde el principio. No nos hizo falta ni un año de casados para comprender que nos habíamos equivocado, y siempre que mantuviera las apariencias, no pensaba preguntarle qué hacía. Y no esperaba que ella me preguntara a mí. En ese sentido, creo que puede decirse que ambos nos amoldamos bien al fracaso.

Anna bajó los ojos, e intentó sonar serena; sentía clavada en el alma el reflejo de aquella belleza deslumbrante y caprichosa.

—Así que llegasteis a un arreglo. Entonces no fue un matrimonio tan diferente de otros, supongo.

El rostro de John se ensombreció, y permaneció pensativo. Anna esperó expectante, temiendo romper el delicado vínculo que le había hecho abrirse a ella.

—Pero al final sí hubo algo que no pude perdonarle —añadió con dureza al cabo de un momento—. Y el día que murió la dejé sola a pesar de sus súplicas. La odiaba, Anna, y en aquel momento me daba igual si vivía o no.

La sorprendida exclamación de Anna fue ahogada por el sonido de unos pasos fuera de la habitación. Decker apareció en la puerta para anunciar la llegada del doctor Payne. Anna se volvió con premura hacia John, pero este ya se había puesto en pie para recibir al doctor. Ambos intercambiaron saludos corteses, y cuando el doctor ocupó la silla junto a la cama, John salió. Anna le siguió con la vista mientras desaparecía por la puerta. El doctor no podía haber llegado en un momento más inoportuno. Su cerebro bullía de preguntas y dudas, y no estaba segura de cómo o cuándo podrían retomar aquella conversación. Con resignación, observó cómo el

doctor Payne rebuscaba en su maletín, hasta que extrajo su lupa, dispuesto a repetir la exploración de la víspera. Los murmullos de aprobación que fue emitiendo al comprobar el estado de Anna le hicieron comprender que su estancia en aquella casa estaba llegando a su fin. Pero para su sorpresa, aquella posibilidad no le produjo nada del alivio esperado.

Tras recibir el permiso del médico para volver a su casa, la señora Pratt había hecho que una doncella llevara a Anna su ropa y la ayudara a vestirse. A pesar del vendaje, Anna no había podido evitar una mueca de dolor al acomodar la tela del vestido sobre su hombro, y su intento de no lastimarlo más dotaba a sus movimientos de cierta rigidez.

Bajó las escaleras con precaución y se dirigió al vestíbulo, donde Decker le indicó que lord Lisle y sus invitados se hallaban reunidos en el salón. Suspiró hondo; era evidente que no podía pretender irse sin más, por mucho que prefiriera volver a su casa cuanto antes.

Procuró enderezar la espalda sin lastimarse el hombro, y entró en la estancia. Las cabezas de los presentes se volvieron hacia ella. Decidió quedarse cerca de la puerta; no pensaba permanecer más tiempo del necesario para agradecer al anfitrión su amabilidad y despedirse.

—Nos hemos alegrado mucho de saber que ya se encontraba recuperada, señora Hurst —la recibió Gareth Trent con amabilidad—. Espero que no sienta demasiado dolor.

—Gracias, señor Trent, me encuentro bien. Algo cansada, he de reconocerlo. —Sonrió a modo de disculpa—. Me temo que hoy no sería una compañía muy alegre, así que espero que me puedan excusar. Si no le importa —se giró hacia John, que la observaba con semblante serio—, me gustaría que alguien me llevara a casa.

—Por supuesto —aceptó John sin ninguna vacilación—. Ordenaré que preparen el coche, y yo mismo me ocuparé de que llegue cuanto antes a su casa.

—No es necesario que se moleste. El cochero puede llevarme perfectamente.

—Prefiero asegurarme de que llega en perfecto estado —contestó John. Tocó la campanilla para avisar a Decker de los preparativos que debían hacerse, y salió con él para asegurarse de que se hacían de manera inmediata.

Anna permaneció de pie, a pesar de las invitaciones a sentarse, alegando el estado de su hombro. Desde que había entrado, Julia la contemplaba con una especie de sonrisa malévolamente inquietante que encontraba más inquietante que su habitual altivez. Le recordaba a un gato relamiéndose, a punto de saltar sobre una presa. Intuía que el puesto del ratón le correspondía a ella, aunque no podía imaginar por qué.

Tras un rato que le pareció eterno, en que no fue capaz de prestar atención a la conversación que Julia mantenía con Rachel, y que en muy escasas ocasiones pretendió incluirla, por fin Decker anunció que el coche estaba preparado. Anna le

acompañó y tras tomar su capa, salió al exterior. John estaba subido en la calesa, ocupado en disponer unas mantas sobre el asiento que hicieran el espacio más confortable. Un lacayo se dirigió a ayudarla, y cuando estaba subiendo, un susurro llegó a ella desde atrás.

—El pasado siempre nos alcanza, ¿verdad, Anna?

Sorprendida, Anna miró por encima de su hombro mientras acababa de ascender y se acomodaba en el asiento. Julia se había adelantado al grupo allí reunido, y la contemplaba con burlona satisfacción. Mientras el carruaje se ponía en marcha, un escalofrío de aprensión recorrió a Anna. Instintivamente, se arrebujó en su capa. Aquella mujer sabía algo, pero ¿qué? ¿Qué podía conocer que le hiciera sentirse tan complacida?

John observó de reojo el perfil de Anna, atento al menor signo de dolor o incomodidad. Había dado la precisa instrucción al cochero de conducir con suavidad, evitando movimientos bruscos que pudieran provocar cualquier golpe en el hombro lastimado. Recordaba una y otra vez el momento en que, al salir de la posada, la había visto lanzarse sobre Andrew. El látigo había surcado el aire en un siseo envenenado, y aquella décima de segundo en que había encontrado con violencia el cuerpo de Anna había hecho que algo cambiara en el interior de John. Algo que aún no era capaz de verbalizar o de describir, pero que hacía que su corazón latiera de un modo diferente, más ligero. Algo que le había impulsado a hablarle de su infancia y su matrimonio... Algo que le hacía desear irracionalmente tomarla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin aliento.

El coche se bamboleó al tomar un bache, y Anna miró por la ventana. Reconoció la pequeña cuesta que daba acceso a su casa, sintiendo que habían llegado demasiado rápido; hubiera querido continuar la conversación en el punto en que la llegada del doctor, aquella mañana, la había interrumpido, pero no se atrevía a hacerlo al alcance de los oídos del cochero. Suponía que la vista de su casa debería haberla llenado de alivio, pero solo se sentía reacia a despedirse de John. Dirigió una mirada furtiva a su perfil, y el recuerdo de la extraordinaria seguridad que había sentido entre sus brazos la llenó de tibieza.

El carruaje se detuvo con suavidad ante la verja de entrada. Él abrió la puerta, la tomó por la cintura con firmeza y la depositó con lentitud en el suelo. Con las manos aún sobre sus hombros, Anna se perdió en su mirada, demasiado cerca de su cuerpo para pensar con serenidad. La mirada de John se posó en su boca entreabierta por la sorpresa, y sus ojos parecieron oscurecerse como el cielo en un día de tormenta. Anna sentía la respiración agitada; su pecho subía y bajaba, y el calor de aquellas manos sobre su cintura pareció irradiarse a todo su ser. Se sentía a salvo, allí entre sus brazos, pero las escasas fibras de sensatez que parecían quedarle la obligaron a empujar ligeramente sus hombros, instándole a soltarla. Sabía que era el momento de

despedirse de John, pero las palabras no se formaron en su boca. No quería despedirle aún. La conversación inacabada que habían mantenido pasaba una y otra vez por su cabeza, y la necesidad de saber más era superior a su sentido de la prudencia.

—¿Deseas entrar un momento?

John aceptó con una sonrisa agradecida; despidió al cochero, indicándole que volvería dando un paseo, y entró tras ella en la vivienda. Anna se detuvo en el umbral, indecisa por un momento. La visión de su sencillo hogar, tan alejado de la opulencia que había observado en Hertwood Manor, le hizo muy consciente de la gran distancia que separaba sus vidas. Pero en aquel momento no tenía sentido pensar en ello; se dirigió a la sala, donde se sentó en el diván, indicando a John que tomara asiento en la butaca frente a ella.

—Si deseas tomar algo... —comenzó, pero él la interrumpió.

—No quiero que te molestes. Si te he acompañado, ha sido para asegurarme de que descansas hasta que llegue Bess.

—Muchas gracias.

La sonrisa torcida de John pareció calentar el alma de Anna.

—¿Me has dado las gracias por algo? Debe ser la primera vez que lo haces.

—Tal vez es la primera vez que lo mereces —reprochó ella sin poder evitar reírse—. Reconozco que a veces he sido algo... suspicaz, pero no es caballeroso que me recuerdes mi comportamiento pasado.

—Bueno, a mí hay muchas cosas que me gustan de tu comportamiento pasado —contestó con un guiño.

El corazón de Anna dio un vuelco al recordar la noche de la granja de los Alcott y bajó la vista azorada. Al verla, John se echó a reír.

—No sé en qué estás pensando, pero me refería a lo que sucedió en la posada —dijo con picardía.

—¡Oh! —Rio aliviada, aun sabiendo que él le estaba tomando el pelo—. Ya te dije que no fue nada.

La expresión de John recobró la seriedad.

—Y yo te dije que fue asombroso, y que fuiste muy valiente. Y no me digas otra vez que cualquiera lo haría, porque ahora sabes que no es así. Hay poca gente que sea valiente de verdad.

Anna sonrió con indecisión. Era consciente de que él se había hecho una imagen distorsionada de ella, y en algún momento tendría que explicarle cuán diferente era de lo que creía.

—No soy ninguna heroína, John —explicó con reluctancia, con la vista fija en sus manos—. Simplemente, reaccioné sin pensar; créeme que soy la primera sorprendida por lo que sucedió.

—Fuiste valiente, pero tu honestidad es tan atractiva como tu valentía —contestó

tomando su mano.

Aquellas palabras hicieron que Anna se sintiera aún más incómoda. Retiró la mano con suavidad.

—¿Qué te sucede? —se extrañó John.

La preocupación de su tono emocionó a Anna casi hasta el punto de echarse a llorar. ¿Cómo explicarle lo que sentía, si ella casi no lo entendía? Solo sabía que, cada día que pasaba, sentía más deseos de escuchar su voz apareciendo de improviso en su tranquila y rutinaria vida, de sentir su presencia junto a ella. Empezaba a permitirse soñar con realidades que antes nunca hubiera contemplado, a preguntarse si mantener una relación especial sería posible, y cómo sería ocultarse de todos y atesorar sus caricias en noches robadas a la prudencia y al sentido común. Conocer su cuerpo, el sabor y el olor de su piel, y fingir que lo ignoraba. Y aunque estaba convencida de que en algún momento él acabaría por destrozar su corazón, su prudencia empezaba a ser barrida por la cálida ternura que su presencia despertaba en ella, por la creciente curiosidad de saber cómo sería el tacto de sus manos sobre la piel, el rastro de besos que dibujaría bajando por su cuello, por su pecho... Un sensual anhelo explotó en ella; supo que si no hacía algo, estaba perdida.

—John, no soy como crees. —Se puso en pie sin saber bien cómo iba a explicarle la verdad—. Hay algo que tengo que decirte, pero...

De pronto, un grito infantil fuera de la casa rompió el silencio que se había instalado en la sala. Por instinto, Anna se giró hacia la ventana, de donde llegó la ininteligible réplica de Bess y Eliza. Descorazonada, comprendió que en unos momentos entrarían en la sala y la conversación pendiente sería imposible. Se volvió hacia John, sintiéndose impotente.

—John, tengo que contarte algo.

Pero el sonido de la puerta de la calle la hizo callar. John la contempló con extrañeza, alertado por la nota de urgencia que se filtraba en su voz. Anna le dirigió una suplicante mirada solicitándole paciencia, y con frustración se sentó de nuevo en el sofá.

Cuando al poco, los hermanos Alcott entraron en la sala, encontraron a Anna y John Sinclair sumidos en un extraño silencio. Eliza saludó con timidez y, con cierto recelo, tomó asiento junto a Anna, pero Andrew se quedó junto a la puerta, enfurruñado. Tras ellos entró Bess, quien tras mostrar su alegría por encontrar a Anna en casa, fue a la cocina a preparar un poco de té.

La interrupción hizo a Anna consciente de su propia confusión. Se había decidido a contar a John la verdad sobre ella, pero más allá de eso no tenía ni idea de qué explicarle. Había dedicado tantos esfuerzos a olvidar su pasado que intentar ahora traerlo a su memoria le generaba un sordo malestar. Pero no tenía alternativa: tenía que contarle cómo era ella realmente, antes de que lo descubriera por sí mismo. Sin

embargo, era consciente de que el hecho de explicárselo no iba a cambiar el pasado, ni conseguir que John lo aceptara; con tristeza comprendió que tanto si hablaba como si callaba, corría el riesgo de perderle para siempre.

La afectuosa voz de Eliza la trajo de nuevo al presente.

—Gracias a Dios que está bien, señora Hurst. Estábamos tan preocupados... Andrew no ha querido comer nada desde que volvimos. —Se inclinó hacia ella y bajó la voz—. En realidad, tampoco ha hablado gran cosa desde entonces.

Anna se volvió a contemplarlo. Andrew estaba recostado en la pared, con los labios fuertemente apretados y la barbilla alzada en gesto de desafío. Era evidente que el niño se sentía afectado por lo que había sucedido en Hillbury. Estaba dudando cómo abordar el tema, cuando John se levantó para dirigirse hacia él. Al pasar junto a ella, presionó levemente su brazo, en una breve señal que pretendía tranquilizarla.

El niño alzó orgullosamente la cabeza para contemplarlo, pero su barbilla tembló un poco.

—Creo que necesitamos una conversación de hombre a hombre —dijo John, indicándole la puerta—. Espero que puedan disculparnos unos instantes, señoras.

Andrew pareció a punto de echarse a llorar, pero cuando John abrió la puerta y salió al exterior, le siguió sin protestar.

Eliza esbozó una sonrisa insegura.

—Espero que lord Lisle pueda hablar con él. Creo que se siente culpable.

Anna asintió pensativa, mientras contemplaba las dos figuras que pasaron ante la ventana hacia el lado derecho del jardín, donde se hallaba el velador. John había colocado el brazo rodeando los hombros de Andrew, en un gesto protector, y el niño iba hablando con la cabeza vuelta hacia él. La visión le provocó un nudo en la garganta. Pensó que habría sido un padre estupendo, pero de inmediato se reprochó aquel tiempo verbal: algún día, se corrigió con dolor, *sería* un padre estupendo. Con un suspiro de pesar, volvió su atención hacia la joven.

—Él no tuvo culpa de nada, Eliza. Aún no comprendo cómo el señor Hubbard fue capaz de algo así.

Eliza bajó la vista hacia sus manos.

—Yo creo que sé por qué fue.

—¿Por qué dices eso?

—Verá... después de que usted se fuera del patio de la posada, Andrew me preguntó qué significaba incriminar. Yo no estaba muy segura, así que le pregunté por qué lo decía. Él me dijo que el señor Hubbard le gritó que nuestro padre buscaba pruebas para incriminarle. Entonces de pronto recordé el día que mi padre discutió con el desconocido. Este le gritó que aunque buscara pruebas para incriminarle no sería capaz de conseguirlas.

Eliza tomó aire y continuó.

—Recordé el tono, las palabras... Creo que fue él, señora Hurst. Creo que mi padre discutió con el administrador.

Anna meditó lo que había escuchado.

—Sí, es muy posible. Las anotaciones de la libreta demuestran que tu padre creía que alguien no estaba diciendo la verdad sobre las obras, aunque yo no las habría considerado pruebas de nada. No sé por qué Hubbard decidió pagarlo con Andrew, pero tal vez de alguna manera quiso vengarse. John... quiero decir, lord Lisle —se corrigió al momento pero no pudo evitar enrojecer—, me dijo que Hubbard había dimitido. Supongo que pensó que sería descubierto.

Eliza asintió, aparentemente ajena al desliz de Anna. La llegada de Bess con la bandeja de té le permitió recuperar la compostura. Eliza se levantó para servirlo. Después de preparar una taza, se la ofreció a Anna con sonrisa vacilante.

—¿Cree... cree usted que todavía nos admitiría en su casa?

—¿Has cambiado de opinión sobre él? —preguntó sin poder evitar sonreír.

—¡Claro! —aseguró con vehemencia, preparando una segunda taza para ella—. Fue muy amable al proponerlo, y Andrew le adora. Además, cuando el administrador... usted... Quiero decir, que en la posada, cuando lord Lisle la recogió del suelo y se ocupó de todo... ¿No le parece que fue muy...?

Se interrumpió avergonzada mientras se sentaba de nuevo en el sofá con su taza, y Anna la contempló sorprendida. La joven parecía la segunda Alcott que descubría un héroe en el vizconde.

—Estoy segura de que su ofrecimiento sigue en pie pero ¿por qué no se lo preguntas tú misma?

Al cabo de un rato, John y Andrew volvieron a entrar en la estancia. John tomó de nuevo asiento, y Andrew se colocó junto a él, mirándole con adoración.

—Todo resuelto —se limitó a decir con un guiño.

Anna sonrió.

—Cuánto me alegro. Por cierto, Eliza quiere preguntar algo.

Un poco más tarde, después de que Andrew hubiera dado buena cuenta de las pastas, y John hubiera terminado su taza de té, Anna le acompañó hasta la verja. Andrew se sentía culpable de lo sucedido, le explicó a Anna con una medio sonrisa en los labios, pero estaba seguro de haberle hecho comprender que la responsabilidad era del señor Hubbard y de nadie más. Desde luego, el niño había vuelto animado, parlanchín y con su habitual buen apetito. Anna volvió a pensar con melancolía que algún día sería un gran padre.

Intentó reunir las fuerzas para hablarle de su pasado, pero no conseguía encontrar las palabras. John había despedido al cochero y ahora le tocaba volver paseando. Se colocó el sombrero y los guantes; Anna se dio cuenta de que debía comenzar ya, de

cualquier manera, antes de que él se fuera, pero entonces se percató de la extraña expresión de John: alrededor de los ojos y de la boca aparecían signos de tensión, y la observaba de una manera fija que comenzó a inquietarla.

Su corazón dio un vuelco: no era posible que él supiera nada... ¿o sí? ¿Habría comprendido de qué quería antes hablarle, incluso sin que ella pronunciara una palabra? ¿La condenaba ya, antes de escuchar nada?

—John, tengo que explicarte...

—No, Anna, déjame a mí primero. —La interrumpió alzando la mano, con semblante serio—. Ahora que el tema de los Alcott está resuelto, hay un tema importante del que deberíamos hablar. Respecto a lo que te propuse el otro día... tenías toda la razón, no creo que funcionara.

La sonrisa de disculpa de Anna se congeló en sus labios; sintió como si un golpe en el estómago la hubiera privado de respiración. Tal vez había entendido mal.

—¿Qué... qué quieres decir? —preguntó sin poder evitar un delatador temblor en la voz.

John había bajado la vista al suelo. Sin embargo, su voz sonó mucho más firme que la de ella.

—He estado pensando mucho en lo que ha pasado en este último mes, Anna. En cómo es mi vida en Londres y lo que he encontrado en Hertwood Manor. Jamás lo habría creído posible hace un mes, pero deseo afrontar la responsabilidad que tengo con los arrendatarios. A pesar de mi indolencia respecto a la propiedad, la gente me ha recibido con respeto, y no quiero defraudarles. Reconozco que jamás pensé en volver a Halston, pero ahora que estoy aquí no puedo comportarme de cualquier manera. Mi prioridad ahora es contratar un nuevo administrador, y después de eso hay muchas cosas que mejorar en la propiedad, si quiero que sea rentable.

Con la sangre zumbando en los oídos, todos los esfuerzos de Anna se concentraron en no delatar sus tumultuosas emociones. Incapaz de encontrar su mirada, bajó la cabeza y asintió con algo de torpeza.

—Por supuesto —continuó John ajeno a la conmoción desatada en ella—, las obras de la escuela también requerirán mi supervisión durante un tiempo. Pienso pasar todas las horas que haga falta recorriendo la propiedad, vigilando al nuevo administrador... No estoy dispuesto a equivocarme en esto. Estoy decidido a ser un propietario responsable, como una vez me exigiste. —Sonrió con gesto de disculpa, y Anna tuvo que contenerse para no gritar—. Y tampoco deseo escandalizar a nadie. En esas condiciones comprendo perfectamente que lo que te propuse en la granja es imposible. Así que tenemos que tomar una decisión.

A pesar de permanecer firme, Anna tuvo que parpadear varias veces para que ninguna lágrima delatara su dolor. No pudo evitar apreciar la fina ironía de que la posible aventura clandestina con el vizconde que tantas dudas le había generado fuera

a terminar antes de haber comenzado, y todo gracias a sus propios consejos.

—Comprendo —dijo al fin con esfuerzo y tanta serenidad como fue capaz de reunir—. Me alegra que al fin hayas decidido atender la propiedad.

John entornó los ojos, como si la viera borrosa.

—Pues no lo parece. Pensé que eso era lo que creías mi deber.

—Y así es —afirmó con la mirada fija en sus manos, cruzadas ante su falda—. Es tu deber, y solo puedo felicitarte porque hayas decidido cumplir con él.

—Pues nadie que te escuche diría que es eso lo que crees. ¿Sucede algo? Antes no estabas... —Se interrumpió, frunciendo el ceño; una sospecha pareció abrirse paso en su mente—. ¿Es por lo que te he dicho sobre Caroline?

Anna le miró sin poder disimular su desconcierto.

—¿Si es por qué?

—Por lo que te he contado. Sobre el día que murió.

Anna parpadeó de nuevo y se quedó observándolo confusa, mientras intentaba arroparse con su chal. Aunque el día aún era soleado, en esos momentos un frío viento procedente del norte soplaba con fuerza, arrastrando desde las montañas densas nubes que comenzaban a ocultar el sol.

—De veras que no comprendo a qué te refieres.

—Es evidente, ¿no? —Con mal disimulada impaciencia, John golpeó el suelo—. La idea de que sea capaz de odiar a mi esposa el día de su fallecimiento te ha horrorizado hasta tal punto... Es igual. —Hizo un brusco gesto de despedida y se caló bien el sombrero—. Lo comprendo.

La inicial desolación de Anna se había transformado en confusión, estupor y ahora llevaba camino de transformarse en indignación.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? Primero me dices que lo que ofreciste el otro día ya no es posible, y ahora te enfadas conmigo... —Se detuvo furiosa, sintiendo que le faltaban palabras.

Tras unos instantes de silencio, la voz de John sonó suave y cautelosa.

—Yo no estoy jugando a nada, Anna. Eres tú la que ha comenzado a tratarme con frialdad. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Yo? ¿Que qué quiero yo? —preguntó estupefacta, apartando una guedeja de pelo que el viento hacía caer sobre sus ojos—. ¿Qué te parecería que no jugaras conmigo? Primero decides que no podemos vernos y luego pretendes...

—Pero yo no he dicho que no *podamos* vernos —le cortó sorprendido—. Solo he dicho que lo que el otro día te propuse no es posible.

—¿Y cuál es la diferencia? —espetó con rabia, colocando las manos en las caderas.

Sorprendido por su reacción, John tomó su barbilla con la mano e hizo que elevara el rostro hasta encontrar sus ojos. Para total desconcierto de Anna, una amplia

sonrisa apareció en el rostro de John.

—Soy un completo idiota. Está claro que esto no se me da bien. Veamos. —Dejó libre su rostro, y se quitó el sombrero, pasando una mano por su cabello—. Intentaré comenzar de nuevo.

Inspiró hondo el frío aire, y comenzó a hablar despacio, separando las frases, como si de esa manera le resultara más sencillo ordenar sus pensamientos. La presencia de Anna, con los brazos en jarras, en actitud belicosa, no le ayudaba a encontrar las palabras adecuadas.

—Vamos allá: quiero ser el propietario responsable que tú me has exigido que sea; eso hará que mi tiempo libre sea menor de lo que acostumbro tener. Por ello es probable que no podamos encontrar muchas ocasiones para vernos. Por otro lado, debo reconocer que las cosas en el campo y en Londres son diferentes, y lo que allí no llamaría apenas la atención aquí será observado por multitud de ojos. Quiero que esta sociedad me acepte y no deseo escandalizarla. Así que, en cuanto a lo que el otro día te dije, tenías razón; ser amantes no es buena idea. Así que solo queda una solución.

Anna continuó mirándolo en silencio. El corazón le latía apresuradamente y sentía que su paciencia se había agotado hacía unas cuantas palabras. La pregunta de cuántas frases necesitaba para romper con ella daba vueltas en su cabeza una y otra vez, hasta que se dio cuenta con ironía que, en realidad, aún no había nada que romper.

—Tú dirás cuál es esa solución, ya que parece tener todo claro —replicó con mordacidad, ante la mirada divertida de John, que la contemplaba con aquella media sonrisa torcida suya que ya le era tan familiar.

—Qué carácter, Anna —sonrió burlón—. La única solución posible es que nos casemos, por supuesto.

—¿Qué? —gritó Anna, llevándose las manos al pecho. Dio un paso atrás, y estuvo a punto de tropezar y caerse de la conmoción.

Respiraba agitadamente. De todas las cosas que John podía haber dicho —y el mundo estaba lleno de temas, ¿verdad?—, no creía que nada pudiera haberle sorprendido tanto como aquello.

Casarse...

Lo que siempre supo que jamás volvería a hacer.

Lo que jamás imaginó que el vizconde pudiera pedirle.

Casarse...

Entonces sería lady Lisle y viviría en Halston Manor. Tendría doncella personal, ama de llaves, cocinera, cochero, mayordomo... No tendría que volver a pensar en cómo remendar el vestido azul ni cómo ajustar la ventana del desván por la que se

colaba el frío. Sus preocupaciones serían tan diferentes...

Y, sobre todo, lo tendría a él. Despertaría con él, bailarían con él, contemplaría el mundo con él. Podría descubrir a qué sabía su piel y dejar que sus manos le arrancaran escalofríos de placer con solo acariciarla, sin tener que fingir que lo ignoraba. Dormiría con él, velando sus sueños y protegiéndolo de los fantasmas que le acosaban y ahora apenas entreveía. Le ayudaría a vencerlos, como él le ayudaría a ella a confiar. Podrían amarse sin preocupaciones...

Pero era una estúpida si lo creía. ¿En qué estaba pensando?

Lo cierto era que no podrían.

Anna sacudió la cabeza, como para salir de la esperanza que la había invadido. John Sinclair creía que ella era una mujer diferente, fuerte, valiente y sincera, pero no la conocía. No la conocía en absoluto.

—John, me siento halagada —contestó tras varios segundos, cuando fue capaz de recuperarse de la impresión—. No, no es la palabra —se corrigió—. Me siento honrada, agradecida, maravillada por tu ofrecimiento. No tengo palabras para describir todo lo que siento, pero no me conoces... Solo hace un mes que nos conocemos...

—Claro que te conozco —respondió lentamente, observándola con suspicacia al comprender que aquello no era el sí que esperaba—. Te conozco tanto como necesito para querer vivir a tu lado.

Apenada, Anna se llevó las manos a las mejillas, mientras trataba de poner orden en el caos que había invadido su mente.

—No esperaba esto. Yo... —Lo miró con los ojos muy abiertos, amargamente consciente de que estaba rechazando al hombre del que se había enamorado—. Podemos ser amantes, pero esto...

John sostenía en la mano el sombrero. Su frente estaba oculta por mechones de pelo que el viento agitaba, y sus ojos resultaban más oscuros que nunca. La línea de su mandíbula parecía tensa y tirante.

—Pero ya te he explicado que eso no es posible, Anna. Si mi afecto no es correspondido, creo que sería más honesto que me lo dijeras cuanto antes.

—No se trata de eso, John —intentó justificarse en medio de su agitación.

—Pues entonces, espero que puedas explicarme de qué se trata.

—Se trata de que tú no puedes casarte conmigo. Tú y yo no somos iguales, ¿es que no lo ves? Tú necesitas casarte con otra mujer, John; una joven de buena familia que pueda darte un heredero.

—Eso debo decidirlo yo, ¿no te parece? Creo que ya te he explicado que nunca he querido ser padre. Además, no consigo comprender por qué insistes... ¿O acaso se trata de eso? ¿Quieres hijos y crees que yo no querré dártelos?

Anna se sintió como si le hubieran dado un golpe en el pecho. A duras penas

consiguió hablar, habida cuenta del nudo en la garganta que se le había hecho, y cuando lo hizo utilizó el tono paciente que empleaba con sus alumnos más torpes.

—John, tengo treinta y cuatro años. La maternidad es algo a lo que renuncié hace mucho tiempo.

—Igual que yo, entonces. Deja esa excusa.

—No es excusa, John. Algún día serás un magnífico padre. Con la mujer adecuada.

—Tal vez me conforme con ser un hombre en vez de un padre. ¿Y si yo sé que la mujer adecuada eres tú?

Al borde de la desesperación, Anna se dio cuenta de que ella no podría resistir mucho tiempo, si él insistía; y aquello sería desastroso para ambos.

—Pero es que no me conoces, John. Tú crees saber cómo soy, pero hay muchas cosas que ignoras. Créeme, si lo supieras nunca me habrías ofrecido matrimonio.

—Te agradezco el intento de no herir mis sentimientos, pero preferiría la verdad.

Anna meneó la cabeza con incredulidad. La frialdad de John dejaba bien a las claras lo herido que se sentía. Aquello era algo ridículo; ella, Anna Hurst, una mujer normal y corriente, que ya no era joven, ni rica, ni elegante, estaba hiriendo con su rechazo a un hombre inteligente, atractivo, divertido... Aquello era el mundo al revés.

—Es la pura verdad, John. No sabes nada de mi pasado.

—Pues cuéntamelo. Explícame que es eso tan terrible que sucedió en tu pasado, aunque te advierto desde ahora que, sea lo que sea, no podrás convencerme de que no debemos casarnos.

—Pero es la realidad. No puedes casarte conmigo, John, no soy suficiente para ti. ¿Es que acaso no lo ves?

—No, no lo veo. Si vas a rechazar mi oferta, creo que al menos merezco una explicación sincera. Supongo que no es pedir mucho.

Anna suspiró, rindiéndose ante la insistencia de John. Su cuerpo temblaba como una hoja, la cabeza le daba vueltas como una peonza y el hombro le dolía endemoniadamente.

—De acuerdo. Es lo que quería explicarte antes... Pero no aquí ni ahora. Necesito algo más de tiempo.

—¿Entonces, cuándo, Anna? Yo hoy te he hablado de mi pasado, de Caroline... Pero tú, ¿cuándo vas a poder confiar en mí siquiera un poco?

—No se trata de eso, John. Confío en ti.

—Pero me dices que no eres como creo, y no me das ninguna otra explicación. ¿Cómo crees que debo tomarme eso? ¿Cuándo vas a contármelo?

Anna se colocó el chal que había resbalado sobre su hombro.

—Necesito tiempo, John. No me resulta fácil hablar de mi pasado.

—¿Cuándo, Anna?

Anna apretó más el chal en torno a sí, como si necesitara aquella protección. Cerró los ojos un momento, intentando reunir coraje, y finalmente se rindió a su insistencia.

—Ven mañana por la tarde a la escuela. Intentaré explicártelo.

John la miró a los ojos con expresión neutra, pero solo contestó:

—De acuerdo, Anna. Allí estaré.

Agradecida porque hubiera aceptado tendió la mano, y John se inclinó sobre ella en un breve gesto de despedida. Anna le siguió con la mirada hasta que desapareció de la vista, y solo entonces se decidió a entrar en la casa, a pesar del frío. Con semblante pensativo, se dirigió de nuevo al salón y con la excusa de escribir a lady Everley, se sentó ante el escritorio. Andrew ya se había ido y Eliza, tras echarle una mirada de reojo, alegó que Bess necesitaba ayuda y salió, dejándola sola. Anna sintió que no podía estar más agradecida por la soledad. Necesitaba todas y cada una de las horas que había ganado para pensar sobre su pasado y encontrar la manera de explicárselo a John sin perderle para siempre.

—Bien, así pues aquí nos despedimos.

John asintió. Aún recelaba de la aparente resignación de Julia, pero al fin y al cabo era una mujer inteligente, y aún más orgullosa, se dijo. Era probable que hubiera comenzado a perder interés en el mismo momento que escuchó que su relación había terminado. También era evidente que podía aspirar a mantener una relación con hombres más poderosos e interesantes que él, y así debía haberlo comprendido al fin.

—John, lamento que el asunto de la libreta haya empañado de algún modo el final. Comprendo perfectamente lo incorrecto de mi proceder, y por mi parte puedo asegurarte que no queda el menor resquemor. Yo me vuelvo a Londres y tú te conviertes en un tranquilo caballero rural. —La ironía se reflejó en su voz—. Confieso que no estoy convencida de que vayas a amoldarte a esto, pero en fin, si deseas intentarlo... Lo único que sinceramente espero es que tu decisión no tenga que ver con cierto... *influjo*, al que temo puedas ser vulnerable en estos momentos.

John intentó armarse de paciencia; conocía demasiado bien a Julia como para haber esperado que se fuera dócilmente.

—Si te refieres a Anna Hurst, no estoy sometido a ningún influjo.

—*Oui, précisément* —respondió con aparente desinterés, mientras pasaba la mano por el respaldo del sofá de manera distraída.

—Anna Hurst es una buena vecina y una persona importante en la comunidad. Y espero sinceramente que pueda ser una buena amiga mía.

—Una *amiga* que tal vez aspire a algo más... —Se detuvo y se volvió hacia él, levantando una ceja en un estudiado gesto de insinuación.

Pero el destinatario de su gesto no estaba de humor para juegos. John sabía que aceptar su provocación retrasaría su marcha, pero se sentía irritado.

—¿Eso crees? ¿Y si fuera yo quien aspirara a ello? —le retó con impaciencia.

—¿De veras? —inquirió con ironía y los ojos muy abiertos, simulando sorpresa—. ¿Y cuál es el tipo de relación a la que aspiras tú, habitualmente?

Sonrió con suficiencia, segura de que esta vez no era diferente a todas las veces anteriores en que se habían separado. Pero frente a ella, John permanecía con las piernas firmemente asentadas, las manos cruzadas a la espalda y la mandíbula tensa. Había en su postura un algo indefinible, como si la retara a... Lo contempló con detenimiento, mientras una desagradable sospecha comenzaba a abrirse paso en su mente.

—No es posible. —Su voz sonó más aguda de lo habitual al comprender lo que

John parecía estar pensando—. No puedo creer que... No puedes estar hablando en serio. ¿Acaso me estás diciendo que pretendes que vuestra relación sea... *seria*?

—No descarto ninguna posibilidad.

—¡Oh! —Sus ojos se entrecerraron en un gesto de rabia contenida—. ¡Vaya con la señora Hurst! ¿Cómo ha conseguido embaucarte de esa manera? No puedo comprender qué has visto en ella, si no tiene clase, ni es hermosa. ¡Ni siquiera es joven!

—Eso no es asunto tuyo, Julia.

—¡Esa maldita mujer, siempre dándoselas de digna, y arrugando la nariz al mirar a los demás...! Pero ya lo entiendo, con esa actitud estirada ha conseguido convencerte de que ella es diferente, de que está por encima de todos nosotros... ¡cuando es tan solo una arribista!

—Ella no me ha convencido de nada, Julia —respondió con forzada calma, consciente de que empezaba a perder la paciencia—. ¿Crees de veras que Anna Hurst es una oportunista? No, ni siquiera tú lo crees. Puedes pensar que ella solo está interesada en buscar una posición, pero si eso fuera así, a estas alturas ya...

Se detuvo con brusquedad, pero ella comprendió rápidamente la situación.

—¡No puedo creerlo! ¿Qué has querido decir? ¿Acaso ya le has ofrecido...? — Pero la furia le impidió expresar las sospechas de su mente.

John se tensó visiblemente, pero se mantuvo en silencio. No pretendía entrar en ningún tipo de discusión con Julia sobre su relación con Anna. Iba a zanjar el asunto de forma definitiva cuando ella se le adelantó.

—Bien, ya veo hasta qué punto han avanzado las cosas. No sospeché que a estas alturas esa mosquita muerta... Pero en fin, ya está hecho. Y, sin embargo, tal como te conozco debo suponer que hay hechos que ignoras. Si ella ha conseguido engatusarte de esta manera ha de ser porque no te ha contado ciertos detalles de su pasado realmente interesantes.

—Sé cuanto necesito saber.

—¿Eso crees? Yo estoy segura, sin embargo, de que ignoras hechos relevantes.

—Julia, déjalo ya —espetó con dureza—. Es inútil que intentes que desconfíe. A partir de ahora, mis decisiones no tienen nada que ver contigo, y espero que así lo recuerdes.

—Bien. Haz lo que quieras —escupió con rabia, dando un golpe con el pie en el suelo. Se dirigió a la puerta, pero antes de salir se dio la vuelta—. Acabas de echarme de tu vida sin miramientos, pero yo aún te voy a hacer un favor. Por los viejos tiempos. —Rio con sarcasmo, mientras sacaba una carta de su retículo que tendió a John—. Si no quieres creerme a mí, tal vez tengas que creer otras pruebas. Supongo que ella tendrá alguna explicación para esto.

John tomó el sobre que le ofrecía.

—¿Qué es esto, Julia?

—Una carta, evidentemente. Una carta de amor.

John se la tendió de nuevo.

—No me interesa.

—Eso es porque no conoces los detalles del asunto. —Sonrió con malevolencia, rechazando tomarla de nuevo—. Yo al principio tampoco la encontré interesante, hasta que los comprendí del todo. Pero si la abres, verás que es una carta dirigida a una tal Anna. Una carta escrita por un oficial en algún lugar cerca de Bruselas en mayo de 1815. Habla de rumores sobre la salida de Napoleón desde París. También se refiere al baile de la duquesa de Richmond en el que ambos se han encontrado. Me ahorraré los tiernos detalles que él recuerda del encuentro, ya que tú puedes leerlos si así lo deseas.

Muy a su pesar, John no pudo evitar sentir curiosidad. Sopesó la carta con indecisión.

—Anna Hurst estaba casada con un oficial del ejército. No veo cuál es el problema.

—No, ya imagino que no —replicó con una risita, mientras abría la puerta—. Tal vez las mujeres seamos más perspicaces. Simplemente, mira la firma y lee la carta. Y luego, cuando encuentres a la señora Hurst, puedes preguntarle cómo se tomó el señor Phillip Hurst la tierna intimidad entre su buen amigo William y su esposa. Apuesto a que tendrá una emotiva explicación que ofrecerte.

Anna acercó el banco hacia la estufa, y se sentó con las manos extendidas. Bess tenía razón; no debería haber acudido caminando a la escuela. La fina lluvia que había caído por la noche había embarrado los caminos, y a pesar de que la mañana había permanecido seca, finalmente había acabado por llover con fuerza, justo cuando Anna estaba a medio camino de la escuela. El paraguas no había podido evitar que el ruedo de su vestido, y también el de las enaguas bajo él, acabaran empapados. Notaba los pies mojados, y sentía la nariz húmeda y fría. Estaba segura de presentar un aspecto muy poco atractivo en aquellos momentos, y tampoco sus ánimos estaban mucho mejor.

En realidad, su malestar había comenzado al levantarse, y caminar bajo la lluvia desde luego no lo había mejorado. Al amanecer había comenzado a estornudar, pero había decidido no prestar atención a los escalofríos que la habían acompañado toda la mañana. En parte porque nunca estaba enferma, y en parte porque lo achacaba a la tensión de tener que explicar ante John su pasado. Así que se había negado a escuchar a su cuerpo, y había decidido caminar. En consecuencia, ahora sentía una languidez en los músculos que solo le hacía desear tumbarse en un sitio cálido y seco y dormir.

Pero no podía hacerlo, porque la víspera le había dicho a John que aquella tarde le

contaría la verdad sobre ella misma. O al menos, que no le permitiría engañarse más sobre cómo era. Resultaba una verdadera lástima que sintiera tan pocos ánimos en aquellos momentos, porque después de pasar toda la mañana dando vueltas a qué le diría o cómo se justificaría, sin encontrar las palabras mágicas que le dieran ánimos, sabía que necesitaría todas sus fuerzas para hacerlo.

Decidió tumbarse un instante en el banco y descansar. Le ardían los ojos y la tentación de cerrarlos era tan fuerte... Llevaba años procurando no revivir el pasado, porque no se sentía orgullosa ni feliz de recordarlo.

Decisiones equivocadas que ya no tenían solución.

Nunca volvería a depender de nuevo de nadie.

Se corrigió: nunca hasta ahora había pensado depender de nuevo de nadie.

Pero ahora, a veces, creía que, tal vez, con John...

El silencio, confortable y acogedor, había comenzado a envolverla cuando un relincho cercano le hizo abrir los ojos. Se incorporó sobresaltada y algo mareada. Comprendió que se había quedado dormida. Intentó comprobar si su cabello estaba en su sitio, pero no disponía de espejo en el que mirarse y, con impotencia, se conformó con alisar su falda. Escuchó sonidos de pisadas fuera, y al poco la puerta de la escuela se abrió. La figura alta y atlética de John se recortó contra la escasa claridad del exterior. De repente, Anna fue consciente de lo peligroso que sería estar a solas con él. No lo había pensado hasta entonces, pero es que hacía ya mucho tiempo que su sola presencia bastaba para borrar cualquier rastro de sensatez en ella, se dijo observándole cautivada.

John avanzó unos pasos dentro de la estancia y se detuvo, mirando a su alrededor en busca de algo. Anna tuvo que echar la cabeza ligeramente hacia atrás para poder contemplarlo. También él había ignorado la amenaza de la lluvia. De su elegante abrigo caían gotas de agua que habían comenzado a crear un pequeño cerco en el suelo. Anna fijó la vista en su rostro; era la segunda vez que lo veía así, con el negro pelo empapado cayendo sobre la frente, y pequeñas gotas de lluvia que resbalaban desde su cabello y trazaban un rastro brillante por sus pómulos y su aristocrática nariz, hacia aquella boca que solía contemplarla con su media sonrisa y cuyo sabor se le había grabado en el alma. Solo que esta vez no sonreía. Tampoco la miraba.

—Será mejor que te sientes ante la estufa —ofreció ella con calidez mientras escrutaba su expresión, desplazándose un poco sobre el banco para dejarle más espacio.

Pero él negó con la cabeza.

—Esto está muy oscuro. ¿Dónde tienes las velas?

Sorprendida por su tono seco, Anna se levantó con algo de esfuerzo y se dirigió a un pequeño aparador situado junto a su mesa, de donde extrajo una vela de sebo que le tendió para que la encendiera.

—¿No hay más? —preguntó con tirantez, cogiéndola con cierta brusquedad y sopesándola—. Creí que habías aceptado mi ayuda para la escuela.

Anna frunció el ceño, confundida por su tono airado. Sin decir nada, salió de la sala por la puerta lateral hacia el pequeño almacén donde se apilaba el carbón, y volvió trayendo tres velas de cera. Encendió dos y las introdujo sobre unas palmatorias que colocó sobre su mesa. La otra se la tendió a John. Hizo una señal hacia el farol que colgaba de la pared junto a la puerta, y se sentó de nuevo.

—Son las últimas. Aún no hemos recibido dinero para la escuela.

—Por Dios... —Con impaciencia, John se pasó la mano por el cabello y algunas gotas de agua cayeron sobre la falda de Anna, que se quedó contemplando las oscurecidas motas en silencio. Su instinto le avisaba de que algo no iba bien.

John permaneció tras ella. Anna escuchó sus pasos sobre el suelo, yendo y viniendo entre el banco y la puerta, pero no se giró. Un ligero resplandor le hizo comprender que había encendido el farol. No entendía a qué se debía el malhumor de John. Le habría gustado preguntarle qué sucedía, pero los bruscos sonidos que su llegada había introducido en la habitación habían hecho que todo su ser se sintiera paralizado salvo su corazón, que latía muy deprisa. Una vieja y detestada sensación se iba instalando en ella.

De pronto John se acercó y se sentó a horcajadas sobre el banco, enfrentado al perfil de Anna.

—¿Quién es William? —preguntó a bocajarro.

Aquel nombre le golpeó como una bofetada. Anna abrió la boca en un gesto de asombro, pero no fue capaz de articular palabra. Sintió que la sangre huía de su rostro y tuvo que cerrar y abrir los ojos para comprobar que no soñaba ni su imaginación le estaba jugando una mala pasada. ¿Le preguntaba por William? ¿Cómo podía haberlo averiguado?

—¿Por... por qué me preguntas eso? —inquirió a su vez con un hilo de voz, incapaz de enfrentar su mirada.

—¿Quién es, Anna? —volvió a insistir John, con impaciencia.

—*Era* un amigo —contestó al cabo de unos segundos, sintiendo el corazón en la boca.

—¡Un amigo! —repitió John con amargura—. ¡Parece ser que tu concepto de la amistad es bastante flexible cuando quieres!

Anna bajó la cabeza y procuró concentrarse en controlar la respiración. El tono airado de John parecía conducir su cerebro a una espiral frenética sin ningún destino, pero debía intentar mantenerlo bajo control. Si se dejaba llevar por el pánico no sería capaz de razonar nada. Cuando le explicara todo, él comprendería. Solo necesitaba encontrar las palabras.

—¡Y yo que creí que la gitana se refería a tu marido! —continuó John con un

tono burlón lleno de rabia—. ¡Tuviste que reírte mucho de mí en la feria, cuando no hacía más que alabar lo admirable de tu amor hacia él! Maldita sea, Anna. Ni siquiera murió en una batalla, ¿verdad? No hay ninguna memoria que honrar.

—Nunca dije que la hubiera —intentó protestar, dividida entre el asombro y la culpabilidad, pero las palabras parecían atascarse en su garganta.

—Y yo pensando que eras diferente... Defendiéndote, alabando tu honestidad, tu valentía, tu rectitud... —Pareció escupir las palabras con desprecio—. Has debido divertirme mucho a mi costa.

—Yo nunca quise que creyeras eso. —Trató de hablar con seguridad, pero su voz sonó extrañamente débil—. Intenté decírtelo.

—¿Ha habido alguna verdad en lo que he creído saber de ti, Anna?

—¡Intenté decírtelo! —gritó volviéndose hacia él, abrumada por la injusticia de lo que estaba sucediendo—. Te dije muchas veces que yo no era así. Hoy pensaba contártelo todo. Ayer te dije que teníamos que hablar, ¿recuerdas? Fui yo quien lo dijo.

—¡Qué casualidad! Lástima que yo lo haya averiguado antes, ¿no es cierto?

—¡Tú no sabes nada de mí! —gritó enfurecida, intentando contener las lágrimas—. Te sientes defraudado porque no soy el dechado de virtudes que creíste, pero yo nunca pretendí serlo. Yo nunca te he pedido nada. No te pedí que me admiraras, ni que intentaras ser mi amigo.

—Pero dejaste que me engañara. ¡Si incluso llegué a pedirte que nos casáramos!

—¡Sí, tú me lo pediste! ¡Y yo te dije que no! ¿Qué más querías que hiciera?

—¡Maldita sea! ¿Qué tal si me hubieras dicho alguna verdad desde el principio?

John se levantó atropelladamente, y al pasar la pierna sobre el banco tropezó con él. Lanzó un juramento y golpeó el banco. El sonido de la madera al chocar con la piedra resonó con estruendo en el silencio de la sala.

Comenzó de nuevo a dar furiosos paseos entre el banco y la puerta. El sonido de sus brucas pisadas, continuamente de un lado a otro de su espalda, era demasiado familiar, pensó Anna con desmayo. Cada grito, cada juramento hacía que el pasado se volviera demasiado real. El sonido de su respiración se hizo inaudible.

—¡Qué bien has jugado a la mujer virtuosa!

Anna se llevó la mano al pecho, aturdida. El sonido de la sangre agolpándose en sus oídos hacía lejana la voz que había hablado con sarcasmo. Más rápido, más deprisa... Siempre pensaba en cuánto podría latir un corazón antes de pararse.

—¡Maldita sea!

Escuchó el sonido metálico de algo que se estrellaba contra el suelo, seguido por la conocida explosión del vidrio al estallar tras la caída. Desbocado, pensó. Su corazón se había desbocado y no alcanzaría más velocidad. Tenía los puños apretados, y sentía todo su cuerpo rígido. Entonces, con todos los sentidos alerta,

advirtió que el cuerpo a su espalda se movía rápido, hacia ella. Era capaz de detectar la más mínima alteración del aire, y cuando sintió su levísima vibración, supo que una mano se dirigía con rapidez hacia ella. Entonces su aguzado instinto de supervivencia ordenó a su cuerpo aquel inútil gesto que tantas veces había hecho en el pasado: se encogió cuanto pudo, y sus brazos se alzaron para proteger su cabeza.

—¡No! —fue cuanto acertó a articular.

John detuvo la mano en el aire, paralizado por el estupor. En su furioso estado de ánimo había colgado mal el farol, que había resbalado y se había estrellado contra el suelo, rompiéndose en pedazos. Su descuido le había enfurecido aún más. Había visto saltar uno de los cristales a la espalda de Anna, y lo había querido retirar antes de que se lastimara, pero entonces ella se había inclinado hacia delante y había levantado los brazos para protegerse. Aún los mantenía sobre su cabeza.

Estaba de pie tras ella, con la mano aún en alto, tan atónito que no había podido moverse. La sorpresa había hecho que su furia se diluyera como un azucarillo en café hirviendo. ¿Anna había gritado e intentado protegerse... *de él?* ¿Es que acaso pensaba que iba a golpearla? Por Dios bendito...

Tras unos momentos en los que el asombro le mantuvo inmóvil, John reaccionó. Rodeó el banco y se agachó frente a Anna. Cogió sus brazos y se los intentó apartar de la cabeza con suavidad, pero ella ofreció resistencia.

—Anna, por favor, deja que te vea —le rogó en voz baja—. No voy a hacerte daño.

—No. —Su voz sonó ahogada—. No.

Aquel sonido como un sollozo retumbó en los oídos de John como la más terrible de las acusaciones. Ciertamente había acudido a la escuela con un ánimo turbulento. Después de la partida de Julia, había sostenido la carta y la había vuelto a guardar ininidad de veces. Se decía que no era cosa suya, pero la necesidad de saber, o tal vez la curiosidad, había acabado pesando más. Él no había pretendido más que tener un pequeño atisbo de su pasado, pero la carta descubría la intimidad de su relación con el tal William, y a pesar de su intento de racionalizar la situación, se había sentido furioso y engañado. Anna le había rechazado, pero la carta demostraba que en el pasado no se había mostrado tan remilgada con su situación personal, y eso había herido su orgullo.

A pesar de todo, se había propuesto escucharla, pero al oír cómo admitía su *amistad* con ese William, algo primitivo había reaccionado dentro de él, escapando a su control.

Tal vez una parte de sí mismo esperaba que aquello fuera falso; que ella lo negara todo. Que le dijera que ese tal William nunca había existido. Que no había disfrutado de su beso en el jardín de la duquesa de Richmond el día de su baile como decía la

carta. Suponía que esperaba que Anna fuera como él la creía, y no había soportado la idea de haberse engañado.

Pero tal vez ella tenía razón, y la había idealizado. Para ser justo, ella había proferido numerosas negativas cuando él alababa su franqueza, su honestidad... Él había preferido interpretarlas como expresiones de falsa modestia, pero en conciencia no podía acusarla de haber intentado engañarlo, al menos no más de lo que él se había engañado a sí mismo. Le había visto ser valiente y decidida, pero también muy reservada; en realidad, como Anna le había dicho y él admitía ahora asombrado, no sabía nada de ella.

Y esto lo demostraba.

Por fin, poco a poco, Anna bajó los brazos, pero permaneció muy quieta en el asiento, con la cabeza baja y sin mirarle.

—¿Estás bien? —preguntó sintiéndose estúpido; era evidente que no lo estaba, pero no sabía cómo abordar la situación.

Anna colocó las manos extendidas sobre las piernas. John comprobó que le temblaban ligeramente y colocó las suyas sobre ellas, pero Anna las retiró con suavidad.

—Estoy bien —musitó.

Aquel rechazo le dolió, pero aceptó que se lo merecía. Había perdido el control de sí mismo, algo que no era habitual y que le asqueaba: le recordaba demasiado a su padre. John se incorporó y se apoyó en la pared frente a Anna. Continuaba con la cabeza agachada. Se maldijo por lo bajo. Había acudido a la escuela lleno de incertidumbres pero con la esperanza de que ella negara todo, y al ver cómo su rostro se demudaba ante la mención de William, se había enfurecido como no creía posible. Era como si con esa tácita admisión, ella le hubiera arrancado algo que le pertenecía. Se había sentido lleno de una furia irracional, como la tarde en que Caro murió. Pero la reacción aterrorizada de Anna le había hecho sentir un monstruo, y había desvanecido por completo cualquier atisbo de resentimiento.

—¿De verdad creíste que yo... que sería capaz de pegarte? —fue cuanto acertó a decir, dividido entre la incredulidad y el dolor de que ella creyera aquello posible.

De repente, Anna alzó la cabeza y clavó en él una mirada llena de amargura. Tenía la boca apretada y tensa, y oscuras sombras bajo los ojos enrojecidos.

—No eras tú —aclaró con la voz enronquecida.

John se sentía demasiado sorprendido por la situación como para pensar con claridad. «¿No era él?».

—¿Y quién era, Anna? ¿De qué me estás hablando?

Anna permaneció unos instantes contemplándolo. John pensó que algo muy cercano a la desesperanza se asomaba a sus ojos, y se sintió aún más arrepentido de su estallido de antes. Fuera lo que fuese lo que hubiera pasado entre aquel oficial y

ella, debería haberle dado la posibilidad de explicarse.

Entonces Anna pareció tomar una decisión. Se levantó y tomó su abrigo.

—Lo siento, John —se disculpó con inseguridad, mientras se colocaba una manga del abrigo—. De verdad. Siento mucho que te hayas sentido engañado, porque en ningún momento fue mi intención. Nunca pretendí que me creyeras diferente a lo que soy, y en mi defensa debo decir que intenté advertirte. Tampoco busqué que me ofrecieras matrimonio. Tal vez, si te hubiera explicado antes parte de mi pasado, comprenderías que no tengo intención de casarme jamás de nuevo.

—Nunca has querido hablar conmigo de tu pasado —respondió, consciente de que se había puesto a la defensiva. La resignada serenidad contenida en la voz de Anna le hacía sentir aún más culpable.

—No... hasta hoy. Hoy pretendía hacerlo, aunque solo tienes mi palabra de que iba a contarte todo. Y realmente, sé que no he hecho nada para ganarme tu confianza

—Quiero confiar, Anna. Pero tal vez esa sea una vía de dos sentidos. Puede que para confiar en ti necesite que tú también lo hagas en mí. Y hasta ahora no has demostrado que confíes en mí en absoluto.

—¿Eso crees? —preguntó con tristeza, terminando de colocar la otra manga del abrigo—. Quizá no haya sabido transmitirte hasta qué punto he llegado a confiar en ti, lo dispuesta que estaba a ponerme en tus manos. Pero no tiene sentido discutir. Tal vez esto demuestre que el camino por el que nos habíamos aventurado no era posible.

Se abotonó el abrigo, y comenzó a apagar las velas.

—Por un motivo o por otro, no hay nada de ti que me hayas contado, Anna —le reprochó colocándose ante ella—. Yo diría que estás huyendo.

Anna elevó la mirada hacia su rostro sombrío. Había dolor en el fondo de aquellos ojos profundos y oscuros. Él le había dejado entreverlo, y en su ingenuidad Anna había llegado a creer que ella podría curarlo. Lo contempló con intensidad, como si pretendiera grabar su imagen en el corazón. Luego bajó la vista, lo rodeó y apagó la última vela, y John se vio forzado a salir tras ella.

—Entonces, ¿esto es todo? ¿Así piensas dejar que termine esto? ¿Ni una palabra, ni una explicación?

Anna cerró la puerta y guardó la llave. Luego alzó el cuello de su abrigo. Había dejado de llover, pero el ambiente era frío y el camino estaría embarrado. Suspiró con pesar.

John observó el cielo y luego a ella.

—Al menos me dejarás que te lleve a tu casa.

—Por supuesto que no. Has venido cabalgando. Y yo quiero caminar.

Anna tomó los guantes y se mantuvo concentrada en ellos mientras se los colocaba. Luego bajó los escalones, y comenzó a andar. Entonces, como si lo hubiera pensado de golpe, se detuvo y se volvió hacia John, que estaba apoyado en *Thor* con

aspecto perdido.

—John, quieres una explicación, pero las cosas son más sencillas de lo que parece. Amé a otro hombre mientras estuve casada, y nunca se lo dije a mi marido. No hay nada más que saber. Eso es todo, así de simple.

Recogió con decisión el largo de su abrigo y comenzó a caminar a grandes pasos. John la vio alejarse por el sendero, andando cada vez más rápido. Dudó si seguirla, pero algo en la determinación de su paso le dijo que echaría a correr si se acercaba a ella.

De un salto montó en *Thor*, pero lo mantuvo quieto, acariciándole el cuello, mientras la veía desaparecer tras los árboles del recodo. Anna podría haberse ahorrado esa confesión; que tuvo un amante era evidente por la carta. Pero su última y escueta frase contenía dos errores palmarios; en primer lugar, John había comprendido que las cosas no habían sido tan simples como ella decía, y la reacción de hacía unos momentos lo demostraba. Y en segundo lugar, si Anna pensaba que eso era todo, y que él se resignaría a este final, era que no le conocía en absoluto. Y él se iba a encargar de demostrarle lo equivocada que estaba.

William sonreía.

Anna no. Miraba hacia abajo y el río arrastraba su vestido hacia delante. William le tendía la mano pero ella no podía tomarla; antes debía encontrar aquello que había perdido.

Giraba sus propias manos. Sabía que faltaba algo. Estaba allí, sumergida hasta las rodillas en la corriente, porque faltaba algo que debía recuperar. Pero no sabía qué.

Junto a ella aparecía la maleta. Daba un paso sobre la hierba para cogerla. La mano seguía tendida y esta vez la tomaba. Comenzaba a andar con decisión; andaba y andaba, pero Anna seguía quieta, descalza sobre la hierba.

Entonces recordó que buscaba su alianza. Y los caballos se alejaban...

Anna se incorporó de un salto, empapada en sudor. La penumbra de la habitación revelaba la familiar forma de un tocador y un armario, pero en su desorientación aún le costó un momento darse cuenta de que todo era un sueño, salvo el sonido de los cascos de un caballo en el camino. Estaba en su habitación, en su cama, pero su cerebro lo había confundido con el sonido de los caballos que les sacaron de Bruselas, hacía casi ocho años.

Si el sueño hubiera continuado, se habría enterado de que William estaba muerto.

Otra vez.

Se levantó con rapidez de la cama y tomó el chal que reposaba en la silla. No soportaba soñar con aquello. Demasiadas veces se había despertado de madrugada, siempre empapada en lágrimas, con la angustia instalada en el pecho y ningún consuelo al que aferrarse.

Aunque curiosamente, hoy no había llorado...

Abrió la puerta de su habitación, pero Bess ya subía la escalera con algo en la mano, y frunció el ceño reprobadoramente al verla de pie en el pasillo.

—¿Qué haces levantada? El médico aún no te ha dado permiso para salir de tu cuarto.

Llegó hasta ella y se detuvo, con los brazos en jarras, esperando que volviera a su habitación. Anna supuso que para bajar tendría que saltarle por encima, y se sentía demasiado débil y cansada para intentarlo, así que giró y entró de nuevo en el cuarto, pero en vez de dirigirse a la cama se sentó ante el tocador. Sonrió para sí como una niña realizando una travesura, antes de darse cuenta de lo ridículo que resultaba que una mujer de su edad necesitara rebelarse así.

—Ya no tengo fiebre —explicó con algo de jactancia, retando a Bess a contradecirla.

Pero la mujer se limitó a encogerse de hombros, y comenzó a ahuecar las almohadas de la cama.

—Bueno, pues me alegro mucho. Pero el médico dijo que aún deberías estar otra semana en casa.

—¡Otra semana! —bufó molesta—. No creo que vaya a hacerle caso.

Bess se giró hacia ella, apuntándola con un dedo acusatorio.

—¡Vaya ocurrencia tuviste, caminar bajo la lluvia! Puedes dar gracias a Dios de no haber sufrido una pulmonía. —Retiró las mantas hacia los pies de la cama, y estiró las sábanas. Cuando acabó, se volvió hacia ella—. Pero bueno, si ya te encuentras mejor, te prepararé algo para desayunar.

—Algo que no sean gachas, por favor. Voy a tener pesadillas con las gachas.

—Si no querías gachas debiste pensarlo antes de caminar por ahí como una gitana. Pero ya veo que te encuentras mejor. Entonces supongo que no hay problema en que te dé esto. —Alargó la mano y le entregó una carta—. Acaba de llegar.

Anna contempló expectante la elegante letra del sobre, mientras un sentimiento de inquietud le cosquilleaba en el estómago.

—Es la respuesta de lady Everley.

—Eso parece. Así pues, por lo que veo, estás decidida —respondió con tono seco. Luego, tras dudar un momento, le preguntó en voz baja—. Sabes que él ha venido a preguntar por ti, ¿verdad?

Anna eludió su mirada y no respondió. Abrió el sobre y extrajo la carta. Cuando el sábado anterior había llegado a casa después de la escena con John, la fiebre no le había impedido correr al cajón donde guardaba las cartas de William, para descubrir que habían desaparecido. Atontada, no fue capaz de saber qué hacer; alguien se las había quitado, aquellas cartas, la única prueba que tenía de que él había existido. Entonces, temblando de pies a cabeza por la fiebre y la conmoción, se había sentado

ante el escritorio para aceptar la invitación de su madrina. Sin embargo, los tres días siguientes los había pasado en cama, dormitando la mayor parte del tiempo a causa de la alta temperatura, confundiendo en ocasiones la realidad con los recuerdos. Luego, la fiebre había ido bajando poco a poco, y Anna había podido comenzar a reflexionar sobre lo sucedido en la escuela.

Siempre había tratado de evitar que nadie supiera la realidad de su matrimonio con Phillip. Y muy pocos lo habían averiguado: William, su madrina, Bess... Poder mantener una apariencia de dignidad era lo único que había hecho que su sufrimiento fuera soportable. Pero en la escuela la fiebre le había jugado una mala pasada; había debilitado su férreo autocontrol y permitido que sus sentidos volvieran al pasado por unos instantes, apenas unos pocos segundos, pero suficientes para que de nuevo sintiera la impotencia y el terror... ¡Dios mío, se había sentido tan humillada delante de John!

En aquel momento solo pensó en salir de allí, en no tener que enfrentar su mirada. Ni siquiera sabía si iba a encontrar en ella compasión o desprecio. Pero no le importaba: no habría soportado ninguna de ambas.

Luego, en el camino de vuelta, con los ojos enrojecidos por el llanto y el dolor martilleando sus sienes, recordó que todo había sido porque había descubierto la existencia de William. Evocar de nuevo lo sucedido fue como un golpe real que le arrancó nuevas lágrimas. Porque, como Anna bien se temía e imprudentemente había querido olvidar, John Sinclair no estaba interesado en la mujer que era realmente; por alguna causa que ella desconocía, se había empeñado en verla como un ejemplo de rectitud y honestidad, y había declarado un interés tan apasionado como repentino. Desde el principio Anna había comprendido que para él no era sino una rara extrañeza con la que entretenerse un tiempo. Pero se había permitido olvidarlo, envuelta en estúpidas fantasías en las que él aparecería como su príncipe encantado, que la salvaría de la terrible inmovilidad en que se había convertido su vida.

Ilusa. Se daría golpes con la pared, si así pudiera aprender de una vez por todas que eso no era posible.

—Mandaré el carruaje el próximo jueves —explicó aplacando su emoción, con la vista fija en la carta.

Claro que sabía que él había acudido a verla mientras ardía en fiebre. Había escuchado su voz el primer día, rasgando el brumoso delirio que la envolvía, y su corazón había latido con alegría un instante, antes de recordar que no iba a verlo nunca más. Comprendía por qué había acudido: él quería saber. Se había sentido burlado y quería saber qué, quién, cómo, por qué. Pero aquello no serviría de nada. Antes de llegar a casa el sábado, ya había comprendido que debía irse de Halston tan pronto como le fuera posible. Debía poner distancia entre ella y John. Había estado segura de que nunca volvería a perder el corazón por nadie. Pero había sido una

incauta, y desgraciadamente para ella, se había enamorado como una tonta sin remedio, echando por la borda toda la prudencia que le había permitido sobrevivir aquellos años. Y ahora pensar en afrontar su desprecio desgarraba su corazón. Todos los sueños que imprudentemente se había permitido se habían vuelto amargos, y habían estallado ante ella con una simple pregunta: «¿Quién es William?».

Le había pedido a Bess que no lo dejara entrar. Caminando bajo la lluvia en su regreso a casa le había dado vueltas una y otra vez a la pregunta de cómo habría llegado él a conocer la existencia de William. Ahora comprendía que aquello no tenía importancia: si ella hubiera llegado a explicárselo, a contarle cómo le conoció, lo que significó para ella, lo que sintió cuando murió, nada habría cambiado. Porque al final, todo se resumía en la frase que le dijo al irse: tuvo un amante, y eso era todo.

Nada de cuanto él pudiera decir iba a aumentar la tremenda carga de culpabilidad que Anna soportaba, ni tampoco iba a aliviarla. El pasado estaba cerrado y era inamovible. Y ahora ella no podía quedarse en Halston, porque no era capaz de afrontar el desprecio en los ojos oscuros de John Sinclair, aquellos mismos ojos oscuros que la habían contemplado con admiración en el patio de la posada, haciéndole creer que ser amada era, de nuevo, posible.

Londres, 15 de abril de 1823

—Esperaba algo más concreto a estas alturas, señor Flint.

Julia Dunn cerró el abanico con un movimiento seco de la muñeca, y comenzó a dar golpecitos de impaciencia en el brazo del sofá.

El señor Flint, un hombre pequeño y delgado que rondaba los cincuenta años, se ajustó las gafas sobre la nariz con calma y apoyó las manos entrecruzadas sobre la rodilla. La apacible tranquilidad con que recibía los comentarios de Julia comenzaba a irritarla, pero se recordó que, a pesar de su aspecto insignificante, le habían recomendado a aquel hombre como uno de los mejores investigadores privados de Londres.

—También su información era poco concreta, milady.

Julia emitió un bufido de desaprobación, mientras su mirada se escapaba de nuevo sin poder evitarlo a los tonos morados y verdes del chaleco de aquel hombre. Llevaba toda la visita luchando contra la morbosa fascinación que aquel horrible chaleco parecía ejercer sobre ella, y cuanto más trataba de evitar fijar su vista en él, menos lo conseguía.

—Pero han pasado ya diez días. No pudo haber tantos oficiales con ese nombre en Bruselas en 1815 —dijo aún mirando de reojo el chaleco.

El señor Flint emitió una risita de suficiencia.

—No se trata de cantidad, milady. Hablamos de un asunto delicado, especialmente si existen esposas de por medio. Y como tal, las indagaciones han de ser discretas.

Julia se levantó con brusquedad y comenzó a pasear ante la chimenea.

—Dígame cuándo podrá tener la información.

El hombrecillo la contempló con una amplia sonrisa que ella prefirió ignorar.

—Espero poder informarle de su identidad y paradero a finales de esta semana.

Julia detuvo su paseo, y lo miró alzando una ceja con ironía.

—¿Esta semana?

—Este sábado, con probabilidad —asintió satisfecho.

—¿Y no podía haberme dicho eso desde el principio y ahorrarnos a ambos esta conversación? —inquirió Julia con un peligroso brillo en los ojos.

—Podría, pero es que no es eso lo que usted me ha preguntado cuando he llegado, milady. Usted dijo, veamos... —Apoyó la barbilla en la mano con aire pensativo

mientras recordaba—: «¿le ha encontrado ya?», y luego «pero sabrá al menos su nombre», y también «quisiera saber a qué ha dedicado el tiempo». También dijo...

—Bueno, basta ya —le cortó Julia, apretando los puños a su espalda. Sentía que la paciencia se le estaba acabando. Esperaba que realmente fuera tan bueno como se decía y le enviara pronto el informe, porque no tenía ninguna gana de volver a reunirse con aquel hombrecillo tan insignificante como insolente.

—Fue usted quien me ordenó acudir hoy, milady —respondió como si le hubiera leído el pensamiento—. En realidad sería más útil para todos que yo estuviera investigando.

Julia se quedó mirándole como si le hubieran salido dos cabezas. Volvió a sentarse, meneando la cabeza con irritación.

—Pues no sé a qué espera. Vaya a investigar de una vez.

En pocos segundos, el señor Flint se había colocado el sombrero y el abrigo, desapareciendo por la puerta. Mientras Julia permanecía sentada intentando dilucidar si aquel hombrecillo se estaba riendo de ella, el investigador salió al frío aire de la tarde agradecido por alejarse de aquella mujer. De no ser porque necesitaba la extraordinaria suma de dinero que la condesa iba a pagarle, de buena gana hubiera dejado en paz al pobre mayor William Moore.

El pesado y confortable carruaje se detuvo ante la puerta de la casa de lady Everley con un ligero chirrido. Anna se acercó a la ventana del coche con cierta expectación, pero apenas se inclinó para contemplar la sencilla fachada de ladrillo rojo, supo que nada había cambiado. En realidad era de esperar; habían pasado ocho años desde su última estancia en la casa, y ese tiempo era apenas un suspiro para una propiedad que se había construido a comienzos del siglo anterior.

Gracias a Dios, el traslado de los Alcott a Hertwood Manor había resultado un éxito. Eliza sería formada como segunda doncella, y Andrew podría ocuparse de los caballos siempre que no descuidara sus estudios, en los que lord Lisle había manifestado un interés personal. Anna cerró los ojos un momento e inspiró hondo; evitaba pensar en él, pero su recuerdo la asaltaba a menudo. Cuando Bess le había descrito lo contentos que estaban los hermanos en la casa, ella pensó en la generosidad y consideración con que les había tratado, y le costó mucho esfuerzo disimular el enorme nudo que se le había formado en la garganta. Cuando la víspera de irse se despidió del reverendo y este le contó que lord Lisle le había comisionado para buscar un maestro, y le explicó con admiración la especie de salario que pensaba dar a los alumnos para fomentar que acudieran a clase, aguantar las lágrimas fue un esfuerzo ímprobo. A menudo recordaba la reconfortante sensación de protección que había experimentado en sus brazos, en la posada de Hillbury, y eso hacía que fuera aún más difícil aceptar que no volvería a verle.

Cuando el cochero abrió la puerta, Anna tuvo que apartar con disimulo una lágrima que había comenzado a rodar por su mejilla. Sabía que la tristeza era inevitable, y se recordó que también sería pasajera; antes o después lo olvidaría. Había logrado olvidar una vez, y en esta ocasión también lo conseguiría. Lo único que suplicaba era que el dolor no fuera tan intenso.

Armándose de valor, descendió del coche para subir los cinco escalones semicirculares de piedra que conducían hasta la puerta principal. Caía una ligera llovizna que le hizo encogerse involuntariamente, mientras uno de los criados abría un paraguas para protegerla. Echó un vistazo sobre su hombro hacia las fachadas de piedra clara que cerraban su vista de Grosvenor Square. A diferencia de la casa, tuvo la sensación de que en ese tiempo Londres sí había cambiado, y mucho. La plaza era aún más cerrada, más compacta de como la recordaba, y en la uniformidad de viviendas de cuatro pisos y piedra clara la casa de lady Everley resultaba aún más insólita, con sus dos alturas de ladrillo rojo y la recargada barandilla de la terraza.

Comparada con las demás posesiones de lady Everley, aquella era la más pequeña y sencilla de sus mansiones. El cuerpo principal de la casa, orientado al parque, tenía dos pisos con altas ventanas de cuarterones y una última planta abuhardillada e iluminada con cinco mansardas. Adyacente a uno de sus laterales, otro cuerpo de una sola altura albergaba la cocina y otras dependencias del servicio. Sin embargo, las líneas rectas y severas de la fachada aparecían matizadas por las cuatro columnas de piedra grisácea que sostenían un dintel semicircular y daban un aspecto de templete griego a la entrada de la casa.

El mayordomo de lady Everley la recibió en la puerta y la condujo a la sala de estar del piso superior, donde la familia estaba reunida. Al verla aparecer, Lucy Stanbrigde emitió un grito de placer, y aquel afectuoso recibimiento hizo que Anna entrara en la cálida habitación con el ánimo más confortado de lo que había esperado. La enorme chimenea de piedra labrada y decorada con hojas de acanto estaba encendida, y Anna se dirigió a uno de los sofás colocados cerca de ella donde su madrina estaba sentada.

—Querida Anna. —Le recibió tendiéndole ambas manos y estrechando las suyas con cariño—. Qué feliz me hace que hayas decidido venir al fin. —Luego hizo que se sentara junto a ella, e indicó con la cabeza el otro sofá, ocupado por su hija y su nieta—. En realidad todas nosotras estamos felices de tenerte aquí.

Ambas asintieron. Conmovida, Anna sonrió a las presentes con verdadero afecto, y se detuvo en la rubia joven que la contemplaba con algo sorprendentemente parecido a la admiración. La recordaba como una joven de mejillas llenas y sonrosadas y alegre sonrisa, pero ahora su rostro se había afilado, su sonrisa era más contenida, y sus pómulos destacaban dotando a su semblante de una sencilla elegancia que resultaba cautivadora.

—Si no llego a saber que eras tú, jamás te habría reconocido, Lucy —exclamó, verdaderamente asombrada—. La última vez que te vi eras apenas una niña, y ¡fíjate ahora!, eres una verdadera belleza.

La aludida no pudo evitar una risita complacida, y sus ojos azules chispearon de satisfacción.

—Sí que hace muchos años, por lo menos seis o siete, ¿no es cierto?

—Ocho —corrigió Anna con seguridad.

La contundencia de su respuesta hizo que lady Everley la mirara con cierta precaución, pero el rostro de Anna no había perdido la sonrisa, y no encontró nada que le hiciera necesitar preocuparse.

—Vamos a disfrutar de una temporada estupenda, Anna —intervino lady Antwood, la madre de Lucy—. Hoy hemos planeado un día tranquilo; solo hemos aceptado la invitación a una velada musical. Pero te prometo que, tan pronto como descanses, tendremos muchos más compromisos de los que has creído posible.

—Muchas gracias, Gertrude —contestó con una sonrisa desmayada, sin poder evitar un ligero estremecimiento. La sola idea de pasar la noche de baile en baile le provocaba una sensación de agotamiento—. Lo que sucede es que me temo que el viaje me ha fatigado, y hoy no sería una compañía muy agradable. Esta noche creo que prefiero quedarme a descansar en casa.

—Claro que sí —aseguró lady Everley antes de que hubiera otra intervención, dándole confortadores golpecitos en la mano que aún sostenía—. Es perfectamente comprensible. De hecho, yo también preferiría quedarme hoy en casa...

—¡Madre!

—... pero no me dejan hacerlo —terminó lady Everley con una mirada de reproche a su hija, hacia quien se volvió—. ¿Satisfecha?

Gertrude cerró la boca, mientras Lucy y Anna disimulaban una sonrisa.

Como al resto de hijos de su madrina, Anna apreciaba mucho a Gertrude Stanbridge, su hija mayor, si bien los nueve años de diferencia que se llevaban no les habían permitido compartir demasiadas ocasiones en su niñez. Desde que Anna podía recordar, Gertrude había sido una joven cuya preocupación principal tenía más que ver con peinados y vestidos que con sentarse en el suelo para jugar con sus hermanos menores. Por edad y carácter, Anna siempre se había sentido más cercana a la pequeña, Catherine, e incluso al travieso Henry. Aprovechó la ocasión para inquirir acerca de la salud y la situación de todos ellos, y fue recompensada por algunas de las historias sobre la pequeña Eleonora, la hija de Catherine que, siendo la nieta menor de su madrina, era además su verdadero ojito derecho.

Entre historias familiares y cotilleos londinenses, transcurrió casi media hora antes de que Anna pudiera retirarse para descansar un poco. La constatación de que se alojaría en la misma habitación de la vez anterior le hizo sentirse algo nostálgica,

pero al entrar en ella comprobó que los paneles de madera se habían lacado en tonos blancos, y la habitación disponía de un nuevo papel pintado, de delicadas flores cremas y verdes sobre un suave tono azul. También la gran alfombra ocre y azul era nueva, pero el resto seguía tal como lo recordaba: la mullida cama cuyo dosel se sostenía sobre cuatro estilizados postes de madera, el tocador de palisandro junto a la puerta, y la ventana desde la que se obtenía una espléndida vista de los jardines ante la casa. Sus maletas ya habían sido deshechas y su ropa guardada. Una criada bajita y pelirroja, que dijo llamarse Jane y ser su doncella, le ofreció su ayuda para desvestirse y tomar un baño con el que deshacerse del polvo del viaje. Anna no pudo evitar un suspiro de agradecimiento mientras dejaba que la ayudara con su ropa. Luego la condujo al baño, donde una humeante bañera la aguardaba. El aire olía a lavanda y a azahar, lo que le pareció el colmo del lujo. Anna se introdujo en el agua caliente sin poder evitar una exclamación de placer al sentir el contacto del agua cálida y perfumada sobre su piel. Con una reverencia, Jane pidió permiso para retirarse, lo que le fue concedido de inmediato, y Anna se quedó a solas con sus pensamientos. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la toalla que su doncella había colocado en el borde de la bañera. El silencio era total a su alrededor, y las volutas de vapor que ascendían desde el agua llenaban su pecho, su rostro y su pelo de diminutas y cálidas gotitas. Se deslizó en la bañera hasta que el agua cubrió toda su cabeza. Sus músculos, algo doloridos después del viaje en carruaje, comenzaban a relajarse y sintió una agradable somnolencia. En aquel momento, todo parecía fácil, cálido, posible. Y ella no había tenido que acarrear el agua, pensó con ironía al darse cuenta de lo fácil que le sería rendirse al lujo y al confort de una mansión como aquella.

Entonces, el rostro del vizconde, con su media sonrisa y sus ojos expectantes aguardando su respuesta, se apareció en su mente, y todo el placer que estaba experimentando decayó de golpe. Sacó la cabeza del agua, abrió los ojos, y contempló inexpresivamente el blanco techo profusamente decorado con abigarradas molduras. No pensar en él iba a ser una tarea difícil, que iba a requerir un supremo esfuerzo de voluntad por su parte. Pero nada comparado con pensar en toda una vida lejos de él sin que su corazón se desgarrara. Algo que, en aquellos momentos, se le antojaba imposible, reconoció mientras apartaba con furia una lágrima solitaria y llamaba a Jane para que le ayudara a salir, desvanecido ya todo el placer de la ocasión.

Poco después, Anna volvió a bajar a la sala. Aún faltaba un rato para la hora de la cena pero a pesar del cansancio no se había sentido capaz de quedarse a solas en la habitación. Estaba decidida a no pensar en él, y para ello necesitaba ocupar su mente. Supuso que en la sala podría encontrar algo para leer, pero al entrar descubrió que

lady Everley se le había adelantado y ya había bajado, vestida para la cena.

Su madrina no pareció sorprenderse al verla, y tan solo elevó hacia ella sus impertinentes, para observarla con detenimiento.

—Estaba pensando en ti —fue su forma de recibirla mientras continuaba su escrutinio. Luego bajó los cristales, aparentemente satisfecha de su inspección—. Tienes un aspecto estupendo, Anna. Ese tono rosado favorece tu tez, y el corte del vestido es magnífico.

—Gracias, madrina —contestó cerrando la puerta, sintiéndose a la vez incómoda y complacida al recibir un desacostumbrado halago—. En realidad es uno de los vestidos que encargué en Bruselas. Usted misma fue quien me aconsejó decantarme por esta seda italiana.

—¿Ese vestido es de Bruselas? —preguntó, francamente sorprendida—. Recuerdo que compramos varios vestidos, pero no lo reconozco. Parece tan... actual.

Anna asintió con cierto orgullo, mientras balanceaba con una mano la falda para mostrar su movimiento.

—Es porque las hermanas Wentworth han hecho un magnífico trabajo —explicó con satisfacción, dirigiéndose al sofá para sentarse con ella—. Han añadido el fajín de seda para bajar la cintura, y estos festones de satén. También añadieron el ribete de gasa al ruedo.

—Claro —afirmó aún sorprendida—. Es evidente que han hecho un buen trabajo. —Se detuvo, vacilante—. Parece que te las has arreglado sola muy bien, Anna. Yo esperaba ir de compras mañana.

Anna comprendió sin dudas lo que su madrina no había llegado a expresar, y negó con la cabeza mientras le sonreía con afecto.

—Si es lo que quiere, me agradará acompañarla mañana, pero tengo todo lo que necesito. No voy a comprar vestidos nuevos, ni zapatos ni guantes —repuso con determinación, al ver que su madrina intentaba interrumpirla—. Debo confesarle que nunca habría aceptado venir, si no hubiera podido arreglármelas sola.

Lady Everley la observó desalentada.

—Pero eres como una hija para mí, Anna, ¿cuándo vas a aceptarlo? —preguntó con resignación.

Anna tomó su mano y la apretó con suavidad, intentando hacerle comprender todo el cariño que le profesaba.

—Y yo le quiero como a una madre, pero de veras que no necesito nada. Invitarme a venir ya ha sido suficientemente generoso por su parte.

—No ha sido nada —negó lady Everley, y una sombra parecida al arrepentimiento cruzó su mirada—. Creo que debí hacer más por ti...

Anna cerró un instante los ojos e intentó controlar el malestar que aquel tema le producía. Sabía que en algún momento aquella conversación tendría que producirse,

pero ella prefería dejar el pasado donde estaba. Volver sobre él solo le generaba angustia.

—Hizo cuanto pudo, más de lo que yo merecía —contestó al fin, en un tono monótono que esperaba desalentara aquella conversación.

Pero su madrina no pareció querer dejar aquel tema con tanta facilidad.

—No empieces otra vez, Anna. Sabes que podía haber impedido que volvieras con él.

—No, no podría haberlo hecho, puesto que era mi marido. Cualquier otra decisión estaba fuera de consideración.

—Si él hubiera tenido la décima parte de la consideración que tú tuviste... Pero, en fin, supongo que tienes razón y nada se arregla hablando de ello, aunque a veces aún me pregunto por qué no te hice embarcar conmigo. Debo reconocer que al salir de Bruselas estaba convencida de que volverías conmigo.

—En Bruselas todo parecía diferente —repuso evasiva—. Pero era mi obligación, y nada podía hacer que cambiara de opinión.

—No estoy segura de que eso fuera así. En cualquier caso, hace seis años pudiste venir, y sin embargo decidiste irte a ese pueblo de Surrey.

—Pero no pensaré que lo hice porque tenía algo que reprocharle —se sorprendió Anna.

—Bueno, debo reconocer que sentí un gran alivio cuando por fin aceptaste mi oferta.

Anna dejó escapar una exclamación sorprendida.

—Pero, madrina, yo jamás he tenido nada que reprocharle. Al contrario, no sé qué habría sido de mí si no me hubiera llevado a Bruselas. Recuerdo que prácticamente me obligó a ir, sin atender ninguna de mis excusas. Yo me sentía destrozada y gracias a usted pude recuperarme. Esos meses me dieron fuerzas para empezar de nuevo y tomar mis decisiones. Y volver con Phillip fue una de esas decisiones, porque era mi deber. Nadie me obligó. Tampoco nadie me había obligado a aceptar su proposición años atrás. Decidí casarme, y luego decidí cuidarle. No puedo responsabilizar a nadie por mis propias decisiones.

—Pero él te había...

—Ya no tiene importancia —cortó con brusquedad antes de que su madrina dijera cosas que no quería recordar—. Está muerto.

Lady Everley le contempló con compasión.

—Querida niña, pero tú no lo estabas y sin embargo decidiste enterrarte en ese pueblo.

—¡Por supuesto que no me enterré en ningún sitio! —rebatía acaloradamente, recordando que Bess solía decir algo similar—. Además, ¿qué otra cosa podía hacer? Sabe que después de pagar las deudas de Phillip no me quedó casi nada.

—Podías haber vuelto con nosotros. Podías haberte quedado en el entorno al que perteneces. Podías haber vivido en mi casa.

—Sabe que eso no era posible.

—Yo no sé nada de eso. Ya te he dicho muchas veces que ese orgullo tuyo me resulta absolutamente fuera de lugar. Deberías haberte quedado aquí; podrías haber conocido algún caballero interesante, volver a casarte...

—¿Eso cree? —dejó escapar una risa burlona que pretendió encubrir la angustia que aquel tema le provocaba—. ¿Y qué podría ofrecer yo a un caballero interesante? No tengo dinero, no soy joven, no puedo tener hijos...

Lady Everley agitó una mano con energía y cortó su frase con impaciencia.

—Deja de autocompadecerte, por favor. Eres una mujer de buena familia, inteligente, luchadora y hermosa. Podrías haber encontrado otro marido, o también podrías haberte quedado aquí conmigo como mi invitada, como ya te he dicho. Pero tenías otros motivos para encerrarte en Halston.

Anna alzó la cabeza con brusquedad. Su madrina le devolvió una aguda mirada cargada de significado.

—Sí, Anna. Puede que sea vieja pero no soy tonta. Sé que nunca te has perdonado lo que le pasó a William.

El silencio que se hizo en la habitación fue roto por la llegada de Gertrude y Lucy. La interrupción proporcionó a Anna la ocasión de recomponerse, y fue capaz de acoger con serenidad la conversación que las mujeres introdujeron en la sala. Ninguna de las recién llegadas pareció notar nada raro en ella, y continuaron su relato de todos los cotilleos que consideraron de imprescindible conocimiento para una recién llegada a Londres. Para su fortuna, aquella lluvia de información no requería de ella más que sonrisas de comprensión y ligeros asentimientos. La aparición del mayordomo, anunciando que la cena estaba preparada, la llenó de alivio. Pero la perspicaz mirada que su madrina le dirigió al salir le hizo comprender que sería difícil ocultar a aquella mujer la verdadera razón de su presencia en Londres.

Julia se apartó de la ventanilla y se recostó en el asiento con sonrisa satisfecha. Puede que el señor Flint no hubiera sido lo rápido que esperaba, pero no podía negar la exactitud y meticulosidad de su informe. Desde el comienzo de Cork Street, donde había indicado a su cochero que se detuviera, pudo contemplar a lo lejos la atlética figura del mayor Moore saliendo de su casa, exactamente a la hora que el informe indicaba como habitual. Con un golpe en el techo, y sin prestar atención a la mirada sorprendida de Minnie, Julia indicó a su cochero que se pusiera en marcha, atravesando Bond Street para alcanzar el extremo de Burlington Arcade opuesto a aquel en que se encontraban.

Sabía por el informe que el mayor acudía paseando a su club a diario, siempre por

el mismo camino. Encontrarse con él no sería complicado. Cuando el coche se detuvo, Julia y su criada se apearon y entraron en la galería comercial, dirigiéndose a la sombrerería de Madame Deveraux. El día anterior Julia había acudido al establecimiento y había comprado tres sombreros sobre los que solicitó algunos arreglos, y para extrañeza de madame Deveraux, que se ofreció a hacérselos llegar a su casa, había indicado que ella misma los recogería al día siguiente.

Ambas entraron en el establecimiento y les llevó tan solo un par de minutos volver a salir. Mientras Minnie buscaba la forma más cómoda de portar las sombrereras, Julia permaneció de pie ante la tienda, ajustando un botón del guante en la muñeca, y contemplando con aire distraído el otro extremo de la galería. Aún no había rastro del mayor, así que comenzó a pasear sin prisa en aquella dirección, contemplando las hileras de escaparates, levantando de vez en cuando la cabeza esperando obtener un atisbo del hombre. Se detuvo ante un establecimiento que exhibía delicados encajes procedentes de Bruselas y Malta, cautivada por un pequeño rollo negro de puntilla veneciana con figuras de pájaros, cuando por fin distinguió a lo lejos la figura masculina cuya llegada aguardaba. Una sensación de excitación la recorrió por dentro, pero continuó de nuevo su lento deambular sin que nada en su expresión delatara aquella emoción.

El informe que había recibido contenía una descripción física del mayor bastante detallada, lo que le había permitido identificarlo sin dudas al verlo salir de su casa. Un hombre de complexión más atlética que robusta, de estatura media y con el cabello rubio corto y ordenado. Su mirada resultaba severa, con cejas rectas y marcadas que casi velaban sus ojos. El informe decía que eran verdes, aunque eso era algo que ella no podía corroborar a aquella distancia. Su nariz era afilada y recta, y su mandíbula cuadrada. Un hombre cuyo aspecto podría describirse como confiable y sólido, de no ser por una cicatriz que desde el pómulo derecho bajaba por su mejilla y cortaba el labio superior. Ese rasgo distintivo era el que le había hecho reconocerle al instante, pero ni mucho menos le confería el aspecto desagradable que ella esperaba. Más bien al contrario, pensó mientras un ligero cosquilleo se extendía por su interior; aquella marca daba a su correcta y sólida apariencia un toque salvaje que resultaba muy atractivo.

Caminaba con decisión pero sin prisa, y Julia pensó que no habría imaginado que aquel hombre que irradiaba calma y seguridad pudiera haber tenido una aventura con la mujer de un compañero de armas bajo sus mismas narices. Con un imaginario brindis mental, tuvo que reconocer que el gusto de Anna Hurst en cuestión de hombres no era muy diferente al suyo.

El mayor estaba a punto de cruzarse en su camino, cuando Julia dejó escapar una exclamación de dolor, trastabillando hacia un lado y apoyándose en la pared. Con un gritito ahogado, Minnie dejó caer los paquetes y se llevó las manos a la boca, pero tal

y como Julia había previsto resultó incapaz de moverse en su ayuda. Fue el mayor Moore quien se precipitó hacia ella, sosteniendo con firmeza su brazo.

—¿Se encuentra usted bien, señora? —inquirió con solicitud, inclinándose hacia ella.

Julia se hallaba apoyada en la pared, con la vista fija en el suelo, respirando de manera entrecortada, pero elevó hacia William Moore una trémula sonrisa.

—Estoy bien, solo he tropezado, o tal vez he pisado mal —respondió con cierto temblor en la voz pero manteniendo la sonrisa con valentía—. Ha sido muy amable al ayudarme, señor...

Alzó hacia él una brillante mirada esmeralda, dejando que por una décima de segundo un atisbo de admiración se revelara en ella. Luego bajó de nuevo la mirada hacia el suelo con aparente confusión. Cuando de nuevo posó los ojos en él, observó satisfecha el fugaz brillo en la mirada del hombre que reveló que el truco había conseguido su objetivo: despertar su interés.

—William Moore, señora —contestó enseguida con una leve reverencia, liberando con suavidad el brazo de Julia que había sostenido, mientras esta seguía apoyada en la pared.

—Le estoy muy agradecida por su ayuda, señor Moore. Tan solo he perdido el equilibrio un instante, pero ya me encuentro bien.

Se irguió y separó el cuerpo de la pared, e intentó caminar unos pasos.

—No parece que esté completamente recuperada —intervino él acercándose de nuevo a sostener su brazo, al observar su mueca de dolor mientras cojeaba.

Julia se apoyó en la pared y le dedicó una sonrisa apenada.

—Creo que me he torcido el tobillo, pero estoy segura de que se me pasará en unos instantes. No es necesario que se moleste por mí, señor Moore. Mi coche ha de estar cerca, y Minnie puede ayudarme a caminar.

La criada, que se hallaba agachada recogiendo las sombrereras, se giró hacia ella, sobresaltada al oír su nombre, dejando caer de nuevo una de las cajas. Ambos la miraron, y Julia dejó escapar un suspiro de resignación, mientras William Moore contemplaba pensativo a aquella delgada y asustadiza criatura.

—No creo que su criada pueda ayudarle a caminar con tantas cajas, señora. Creo que lo más conveniente será que ella avise al cochero de que acerque su carruaje a la entrada, y yo la ayudaré a caminar hasta él.

—¡Qué amable es usted, señor! —exclamó con una cálida mirada desde debajo de sus pestañas, la cabeza ligeramente inclinada hacia él—. Pero no puedo abusar de su amabilidad de esta manera.

—Será un honor poder ayudarla.

Julia mantuvo la mirada en él una décima de segundo más de lo necesario, sonriendo con coquetería.

—En tal caso, no puedo negarme a aceptarla. Minnie, busca el coche y di a Wilkins que se acerque a la entrada. Date prisa.

—Sí, milady.

La joven, que por fin había recuperado el control de las sombrereras, hizo una reverencia asustada y se fue apresuradamente.

Julia tomó el brazo que el mayor le ofreció y se irguió, apoyando con delicadeza su peso en él. Ambos comenzaron a caminar con mucha lentitud, Julia cojeando ligeramente, y William procurando sostener su peso de forma que apenas se apoyara en el tobillo dolorido. De vez en cuando, se detenían para que Julia pudiera descansar.

—Espero no estar apartándole de sus obligaciones —expresó en uno de los altos del camino, a modo de disculpa.

William sonrió y le ofreció de nuevo el brazo.

—En absoluto. Solo estaba dando un paseo hasta mi club.

—Por supuesto. Como todos los hombres. Déjeme adivinar... —se interrumpió con aire especulativo—. Yo diría que Brook's antes que White's.

Con una sonrisa de diversión él negó con la cabeza.

—United Service.

—¡Oh! —Se detuvo asombrada y lo contempló con fingida confusión—. ¿Entonces es usted oficial de nuestra armada? Al verlo sin uniforme no supuse...

William se inclinó hacia ella a modo de saludo.

—Mayor Moore, del regimiento 95, de permiso por motivos personales. Aunque —reflexionó con una sonrisa en la que Julia creyó leer un atisbo de tristeza— eso es algo que va a cambiar en breve.

Julia asintió con gesto comprensivo.

—Va a reingresar a su regimiento, supongo.

—Al contrario, voy a dejarlo.

—No parece muy convencido.

William negó con la cabeza, y la sonrisa desapareció de su rostro. Dejó pasar varios segundos antes de responder.

—Estoy convencido. Simplemente, todavía no me he acostumbrado a la idea.

Julia dio un respingo al fingir un traspié, y apoyó su cuerpo contra el brazo de él. William sujetó su codo con más fuerza y la miró con gesto de preocupación, pero Julia le devolvió la sonrisa con valentía.

—Imagino que debe ser extraño abandonar su forma de vida después de tanto tiempo —ofreció con simpatía, tras haber recuperado el equilibrio.

—Lo es. Pero las responsabilidades familiares así lo requieren.

—En tal caso, supongo que debo ofrecerle mis condolencias.

William se volvió hacia ella con sonrisa extrañada.

—¿Por qué dice eso?

—Porque es evidente que cualquier responsabilidad familiar que en este instante requiera de usted que abandone su regimiento ha de derivar de algún suceso luctuoso.

—¿Cómo lo ha sabido? —inquirió algo sorprendido—. Acepto sus condolencias, aunque en este caso se trata de un tío con el que apenas he mantenido trato.

Julia inclinó la cabeza con elegancia en un gesto de reconocimiento, y continuó su lenta marcha.

—Entonces deduzco que es usted heredero de alguna propiedad cuyos asuntos le necesitan. Y que es una herencia que no le satisface especialmente. ¿Tal vez alguna tía o primas que dependan de su buena voluntad?

William dejó escapar una carcajada.

—Es usted sorprendentemente perspicaz. Una tía y dos primas. —Luego pareció pensar en ellas, y su rostro se volvió repentinamente serio—. Mi primo murió hace un año, y mi tío no se recuperó nunca de su muerte. Falleció hace cuatro meses, y supongo que no es fácil aceptar que la vida pueda cambiar tan completamente. Mi tía no solo ha perdido a su hijo y a su marido en un corto espacio de tiempo, sino que ha pasado a depender casi por completo de la benevolencia de un sobrino al que prácticamente no conoce.

—Imagino que no será fácil para nadie. Tampoco para usted.

—Lo cierto es que voy a tener que aprender rápido acerca de la gestión de una propiedad rural, cosa sobre la que ahora no tengo ni idea, pero peor es la situación de ellas, por supuesto.

Julia le dedicó una mirada alentadora y él le sonrió. Habían llegado a la entrada de la galería, y el cochero aguardaba ante la misma, mientras ayudaba a Minnie a colocar las sombrereras.

—Bien, ya hemos llegado. De nuevo le doy las gracias por su ayuda, mayor Moore.

—Ha sido un placer, señora...

Julia emitió un leve sonido de regocijo.

—Oh, Dios mío, ha sido una presentación de lo más irregular, ¿no es cierto? Ni siquiera le he dicho mi nombre. Soy Julia Dunn, condesa de Holbrook. —Tendió la mano, y William se inclinó sobre ella.

Con una sonrisa resplandeciente, Julia retiró la mano antes de girarse hacia el coche. William dio un paso hacia delante y sostuvo su brazo mientras ella subía con precaución. Mientras Minnie le ayudaba a acomodarse en el asiento, se volvió hacia él con expresión afectuosa.

—Ya que no ha de volver a su regimiento, y por lo que le he entendido, va a estar todavía unos días en Londres, espero tener el placer de recibir su visita en Berkeley Square, mayor. No es que yo sepa gran cosa sobre la gestión de una hacienda, pero puedo ponerle en contacto con personas adecuadas que sí lo conocen.

A pesar de la sorpresa que el ofrecimiento le produjo, William le agradeció su ayuda, prometiendo que pasaría a verla. Acto seguido, Julia dio orden al cochero de ponerse en marcha, y cuando el coche hubo recorrido unos metros, aún se volvió para observarlo. William continuaba de pie ante la entrada de Burlington Arcade, siguiendo con la vista el coche que se alejaba. Con aire de triunfo, Julia se recostó en el asiento. Quién hubiera pensado que su venganza iba a adoptar tintes tan placenteros, pensó reprimiendo un escalofrío de satisfacción.

Después de diez días siguiendo resignadamente todos los planes propuestos para su disfrute, Anna no se sentía feliz, pero tampoco podía decir que hubiera pasado los días arrastrándose como alma en pena. Había acudido a Covent Garden, había cabalgado por Hyde Park cuando la lluvia lo había permitido, había visitado Astley's y había asistido a una velada musical en casa de una prima de lady Everley. Y, por supuesto, había acompañado a Lucy de compras varias veces. Pero por mucho que Anna pudiera disfrutar admirando telas y sombreros en las elegantes tiendas de Londres, aquella semana había acabado por ser demasiado para alguien acostumbrado a contemplar con precaución cada penique que gastaba.

La invitación para su primer baile formal, al que se dirigían en aquel momento, le produjo inicialmente más desasosiego que ilusión. Se sentía extraña en aquel elegante mundo de frivolidad al que un día perteneció, como si ya no encajara en él. Pero tampoco estaba segura de ser capaz de amoldarse de nuevo a su rutinaria vida. Le irritaba aquella sensación de estar dividida entre dos mundos sin encontrar acomodo en ninguno de ambos. Y para empeorar su ánimo, no había conseguido apenas limitar la cantidad de veces que se descubría pensando en la sonrisa deslumbrante de John o en su mirada sombría.

Su ánimo era extraño cuando el sábado por la noche el carruaje de lady Everley se detuvo ante la casa de lord y lady Winwood. Conteniendo la respiración, Anna observó la entrada brillantemente iluminada: hacía tanto tiempo que no acudía a un baile que temía haber olvidado comportarse. Habían acudido en dos carruajes desde la casa de lady Everley; Charles, el hijo mayor de su madrina, y su esposa Hazel habían cenado con ellos, y después todos juntos habían acudido al baile. Mientras el mayordomo comprobaba las invitaciones, Anna atisbó el interior de la casa. El resplandor de los centenares de velas que iluminaban el salón se reflejaba en el recibidor, y el rumor de multitud de conversaciones entremezcladas y risas llegó nítido y potente hasta ella.

Al cabo de unos momentos, el mayordomo inclinó brevemente la cabeza, franqueando el acceso al salón de baile. A pesar del calor que procedía de aquella estancia, Anna sintió un escalofrío al contemplar aquel amplio espacio tan lleno de vida y alegría.

Aunque no esperaba conocer a nadie, su mirada recorrió toda la sala. La orquesta tocaba desde un espacio elevado situado a su derecha, sostenido por columnas corintias y rodeado por una barandilla de mármol. Bajo él, y a lo largo de toda la

pared, se habían colocado dos hileras de sillas doradas, con patas en forma de cabeza de pantera y tapizadas con terciopelo azul. Los espacios entre las altas ventanas estaban ocupados por mesas cubiertas por delicados manteles de hilo y encaje, sobre las que se hallaban poncheras, platillos de porcelana y copas de cristal que reflejaban en todas las direcciones las luces de las inmensas lámparas de cristal. Algo aturdida, pensó que hacía muchos años que no estaba en un lugar tan lujoso y elegante.

Lady Winwood les recibió a la entrada del salón, con distraída cortesía, animándoles a disfrutar del baile; antes de terminar ya se dirigía a los invitados a su espalda.

El grupo de Anna rodeó la zona reservada para el baile, donde se estaba formando una cuadrilla, y se dirigió al espacio situado bajo la orquesta. Allí tomaron asiento y, a pesar de su reserva, Anna tuvo que reconocer que era difícil sustraerse a la excitada emoción que todo baile parecía provocar en los asistentes. Desde que habían llegado, una inexplicable sensación de inquietud hacía que le cosquilleara la sangre en las venas.

Mientras Charles y Hazel, y Lucy y un joven rubio, alto y de aspecto tímido — que su madrina identificó como lord Alvey, hijo de lord Alverston—, se dirigían a la pista para un *reel*, lady Everley y su hija se dedicaron a explicar a Anna todo lo que conocían sobre las personas presentes. Anna les escuchaba algo distraída. Había acudido decidida a permanecer sentada junto a su madrina, y así lo había manifestado a pesar de las protestas de esta. Ciertamente era que su resolución había flaqueado un poco al contemplarse por primera vez en el espejo, con aquel viejo vestido de baile que las hermanas Wentworth habían arreglado de manera espectacular. Las mangas ahora eran más cortas y el escote más bajo, y sobre la seda azul habían añadido un delicado tul del mismo color, liso salvo en la zona del ruedo, donde se adornaba con hojas de serbal bordadas. La doncella de lady Everley había cepillado su cabello hasta hacerlo brillar de manera asombrosa, y había dispuesto la cascada de rizos en un sencillo recogido alto, sujeto por una diadema adornada por pequeñas turquesas que, para su sorpresa, le hacía parecer muy joven. Cuando lady Everley, al entregarle un paquete que contenía un par de guantes de satén, la había encontrado con la boca abierta ante su propio reflejo, se había echado a reír, pero solo le había dicho que ahora Anna podía ver lo que ella veía claramente hacía tiempo: que no era ninguna mujer de mediana edad que tuviera que quedarse sentada en un baile mientras el resto de la gente se divertía.

Pero, a pesar de ello, había acudido dispuesta a permanecer junto a su madrina. Sin embargo, los susurros de las zapatillas de baile sobre el brillante suelo de madera parecían ejercer sobre ella una fascinación irresistible. Aquello no le desconcertó demasiado; aunque hasta entonces lo había evitado casi con fiereza, desde que había recibido la invitación para acudir a Londres había pensado más de una vez cómo

habría sido su vida si no hubiera vuelto con Phillip a Kent. Así que cuando Charles la invitó a bailar, no fue necesario el pequeño toque que su madrina le dio con el abanico para que saliera a la pista con una sonrisa agradecida.

Cuando el baile acabó y Charles le condujo de nuevo a su silla junto a lady Everley, el rostro de Anna resplandecía de satisfacción. Para su deleite, el hermano de Hazel le solicitó el siguiente baile y a partir de ese momento, no le faltaron las invitaciones para bailar.

—Siempre fuiste una excelente bailarina —le dijo lady Everley observándola con cálida aprobación, en una de las ocasiones en que Anna prefirió permanecer junto a ella.

Intentando recuperar el ritmo de la respiración después del esfuerzo, Anna rechazó aquel halago, pero el chispeante brillo de sus ojos delató su complacencia. A pesar de su inicial reticencia, se sentía alegre, y más viva de lo que se había sentido en muchos años. Y aunque dentro de ella subsistía la vocecilla que susurraba que no tenía derecho a sentirse así, el sonido de la música había conseguido silenciarla.

Hacia el final de la velada el calor del salón se había vuelto casi sofocante, pero el conocido miedo a las corrientes del anfitrión no permitía abrir las puertas de la terraza de par en par. Anna convenció a lady Everley para trasladarse a una de las sillas dispuestas en la galería abovedada que cerraba el extremo septentrional del salón, donde estaba segura de que el aire sería más fresco. Estaban tomando asiento cuando Lucy se les acercó, contemplando con un mohín de disgusto el ruedo de su vestido, descosido tras el pisotón de lo que describió como el bailarín más torpe con el que había tenido la desgracia de topar. Disimulando una sonrisa, pues realmente el estropicio causado al vestido era importante, Anna se ofreció a acompañarla al tocador para intentar reparar el daño, lo que fue recibido con agradecimiento por la joven.

A pesar de su destreza con los alfileres, el arreglo del ruedo llevó a Anna más tiempo del que había previsto, y cuando de nuevo pudieron bajar al salón la orquesta se estaba preparando para acometer el último vals de la noche. Tan pronto entraron en la sala lord Alvey se les acercó para recordarle que Lucy le había prometido este baile. Anna observó divertida el brillo de la mirada de la joven al aceptar la mano de su admirador, y supo a ciencia cierta que aquel recordatorio no era imprescindible. Meditando que un enlace entre Lucy y el heredero de lord Alverston sería una noticia muy bien recibida en casa de los Everley, aceptó una copa de champán de la bandeja ofrecida por un camarero, y se dirigió en busca de su madrina. A su muda interrogación, respondió con una inclinación de la cabeza, indicando el lugar donde Lucy y su pareja giraban con elegancia. No pudo evitar una sonrisa al ver la expresión de satisfacción de su madrina. Estaba elevando la copa de champán hacia sus labios cuando, a través de las figuras en movimiento, su atención fue atraída por

la figura alta y atlética de un hombre vestido de negro, de espaldas en el otro extremo del atestado salón. Paralizada, detuvo el movimiento de la copa en el aire, y unas gotas de la bebida se derramaron sobre su falda. Las figuras sobre la pista continuaron sus giros, y la visión desapareció.

—¿Anna?

Volvió la cabeza hacia el lugar del que la voz provenía. Lady Everley la miraba con asombro. Desconcertada, Anna descubrió que aún sostenía la copa en el aire, y bajó la mano. Entonces se dio cuenta que había estropeado la falda de su vestido.

—Anna, ¿estás bien?

A pesar de que ella se estaba preguntando lo mismo, consiguió recomponerse lo suficiente para responder con el tono más pragmático que pudo conseguir.

—Me he estropeado el vestido.

—Eso parece. ¿Te encuentras bien?

Asintió con la cabeza, abriendo el abanico que colgaba de su muñeca, agradecida por la excusa que le proporcionaba.

—Hace mucho calor en esta sala.

—Ciertamente —respondió su madrina sin apartar la mirada de su rostro—. Llevo diciéndolo toda la tarde.

Consciente de que aquella explicación no sería suficiente para su madrina, Anna intentó pensar en algo más que decir, pero se encontró lamentablemente falta de palabras. Al fin, con un suspiro resignado, bajó la vista de nuevo a su vestido.

—Creo que debería intentar solucionar esto cuanto antes. Será mejor que vaya al tocador.

—El baile está a punto de acabar, Anna —la interrumpió su madrina colocando la mano en su brazo—. Lucy terminará en apenas un par de minutos, y entonces todos nos retiraremos. Será mucho mejor que sea Bridges quien se ocupe de esa falda.

Anna aceptó la sugerencia con docilidad, y continuó sosteniendo ante sí el abanico. La visión había sido tan fugaz que ahora podía dudar si en realidad era John Sinclair quien había permanecido ante la puerta que conducía a la sala de naipes, o su imaginación la había traicionado. Había vislumbrado su figura apenas dos segundos, y cuando los remolinos que giraban en la pista le habían permitido ver de nuevo aquella puerta, él ya había desaparecido. Continuó sintiéndose alerta mientras Lucy volvía y todos juntos se dirigían a buscar sus capas, pero aunque ya en la puerta se volvió de nuevo hacia el gran salón, no volvió a tener atisbo de aquella figura. Dolorosamente consciente del ruidoso golpeteo del corazón en su pecho, no fue capaz de decidir si su agitación se debía al temor de encontrarlo o a la esperanza de hacerlo.

Al día siguiente, y para su alivio, Anna se había encontrado sola en la mesa del desayuno. Se había despertado temprano, inquieta y exasperada sin motivo, y a pesar

del plomizo cielo que había ocultado los primeros rayos de sol del amanecer, había decidido salir a cabalgar por Hyde Park. El ejercicio había hecho bastante para aplacar su impaciencia, pero el hecho de que todas las habitantes de la casa continuaran en sus habitaciones cuando ella bajó a la salita de desayunos le provocó un suspiro de alivio.

Había permanecido algo abstraída frente a una taza de té caliente, jugueteando con las migas que habían quedado en el plato tras comer con desgana dos pedazos de *brioche*, y sin terminar su bebida había ido a la salita de mañana. La imagen de John la víspera en el baile de los Winwood había sido tan inesperada que le había dejado casi sin capacidad de reaccionar. Pero debería haber comprendido que, junto a Halston, Londres era el lugar del mundo donde más probable resultaría encontrarse. Sabía perfectamente que la sede de sus negocios estaba allí, y por tanto era más que seguro que acudiría habitualmente a la ciudad.

Sin embargo, ni siquiera estaba segura de haberle visto. Podía tratarse de una mala jugada de su imaginación. No sería tan extraño, teniendo en cuenta que más o menos cada cinco minutos pensaba en él. Con un suspiro de cansancio, tomó un libro de la estantería y se acomodó con él en la butaca más cercana a la ventana, dispuesta a dejar de pensar en John. Pero tras volver una y otra vez sobre el mismo párrafo sin conseguir concentrarse en la lectura, finalmente se rindió y bajó el brazo, depositando el libro abierto sobre sus rodillas, intentando comprender qué le sucedía. Había abandonado Halston porque no se había sentido capaz de enfrentarse a la vergüenza de que él hubiera comprendido demasiado sobre su vida. Y, al hacerlo, había cerrado la puerta a lo que quiera que pudiera haber sucedido entre ellos, estuviera él en Londres, en Halston o en las Indias. Punto final.

El hecho de que no hubiera dudado, hacía apenas una hora, en cambiar su traje de amazona por el vestido de paseo más favorecedor de todos los que poseía, en vez de tomar uno de sus más habituales sobrios vestidos de muselina, era algo cuyo significado no iba a plantearse.

La aparición de su madrina hizo que se volviera hacia la puerta sobresaltada.

—¿Vas a salir? —se sorprendió lady Everley dedicándole una breve mirada mientras se dirigía al escritorio situado junto a la ventana.

Anna la contempló fugazmente, sintiéndose pillada en falta.

—No.

—Gertrude y Lucy van a salir de compras. Pensé que tal vez ibas a acompañarlas.

—Pensé en salir, pero he cambiado de idea.

—Bien, pues me alegro de que me hagas compañía. Tenía ganas de comentar contigo lo que sucedió en el baile.

Aunque sabía que antes o después iba a tener que ofrecer una explicación a su madrina, Anna no pudo evitar que una sensación de desfallecimiento se apoderara de

ella.

—Lo que sucedió en el baile... —repitió mientras intentaba ganar tiempo para pensar en qué pretexto podía darle.

—Claro. No es que quiera vanagloriarme de mi perspicacia, pero reconozco que desde que vi a ese joven supe lo adecuado que sería.

—¿Ese joven? —volvió a repetir, mirándola con perplejidad.

—Por Dios, Anna, deja de repetir lo que digo como un loro. Me refiero al hijo de Alverston, por supuesto. Ayer fue muy particular en sus atenciones hacia Lucy, y yo diría que a ella no le es indiferente. ¿A qué pensabas que me refería? —preguntó con atención, al observar el alivio que traslució el rostro de Anna.

—A nada, de veras. Un joven muy agradable, Alvey.

Lady Everley asintió a medias, pero continuó contemplándola con curiosidad. Tomó unos sobres que se hallaban en la mesa y los sopesó meditativamente, antes de dejarlos de nuevo donde estaban y volverse hacia ella sin disimulos.

—¿Qué pasa entre tú y Lisle?

Una exclamación ahogada escapó de la boca de Anna antes de poder evitarlo. Estupefacta, se quedó mirando a su madrina presa de la más absoluta sorpresa.

—¿Qué le hace pensar que pasa algo? —preguntó al fin, con un ligero temblor en la voz que delató su incomodidad.

Pero su madrina se limitó a encogerse de hombros.

—Tengo mis motivos para sospechar que habéis discutido. Había decidido esperar a que me dijeras algo, pero ya sabes que no tengo paciencia para estas cosas.

Acto seguido, se levantó y se dirigió hacia el sofá, desde donde hizo una señal a Anna para que tomara asiento junto a ella, pero esta no se movió de su butaca.

—¿Qué motivos podríamos tener para discutir? —preguntó en un tono que pretendía ser despreocupado.

—No lo sé, esperaba que tú me lo dijeras. Supongo que podría tratarse de la escuela. Aunque tenía entendido que ahora estabais colaborando en ella...

Anna elevó hacia ella una rápida mirada de alivio, y se aferró a aquella excusa.

—Bueno, comenzamos a colaborar, pero las ideas que él y yo tenemos son muy diferentes.

—No me digas que ha hecho caso a su administrador y te impide dar clase a las muchachas.

—No, no es eso —admitió con reticencia, consciente de que el tono pretendidamente inocente de su madrina no lo era tanto—. En realidad, ha propuesto organizar una escuela durante toda la semana.

—Vaya. ¿Y eso a ti no te gusta porque...?

—No se trata de que no me guste. Es... una gran idea, y muy generoso por su parte. Está haciendo por la escuela mucho más de lo que yo podría haber hecho.

—Entonces tendrás que darme alguna otra pista para entender qué tipo de discusión habéis mantenido.

—Lo cierto es que es él quien ha tomado las riendas de la escuela, y no hay mucho que yo pueda hacer allí ahora —contestó con cierta precipitación, insistiendo en la excusa.

Lady Everley escudriñó su rostro en silencio. Anna temió estar enrojeciendo, y se puso en pie para pasear por la habitación.

—Si se tratara de otra persona, pensaría que los celos por sentirse apartada de su obra serían suficiente motivo para la discusión. Pero a ti te conozco, Anna, y sé que eres mucho más generosa que eso. No, no acabo de creer que sus decisiones sobre la escuela puedan provocar en ti otra cosa que agradecimiento. Tendrás que darme otro motivo.

Con impotencia, Anna detuvo su deambular ante la ventana y se quedó contemplando unos instantes la vista del jardín.

—No hemos discutido —se limitó a contestar, al fin.

—Entonces, el hecho de que decidieras venir de manera tan precipitada, ¿no tiene nada que ver con él?

Anna se giró. Los inteligentes ojos grises de su madrina la contemplaban con tranquilidad, pero creyó percibir en ellos un destello de ansiedad. No tenía ni idea de cómo podría haberlo averiguado, pero sabía bien que no iba a conseguir librarse de su curiosidad tan fácilmente. Con un suspiro, se dirigió al sofá y se sentó junto a ella.

—Tal vez tenga un poco que ver —reconoció, sorprendiéndose a ella misma al admitirlo en voz alta.

—Así que se trata de eso... —murmuró su madrina, con un tono pensativo no exento de satisfacción—. Verás, Anna, supongo que piensas que soy una vieja entrometida y cotilla, pero he de decirte que una amistad entre tú y John me parece de lo más recomendable.

—¿Y en base a qué resultaría recomendable? —preguntó frunciendo el ceño, algo molesta porque su madrina la conociera tan bien—. No estoy segura de que tengamos nada en común.

—Aunque así fuera, cosa que me permitirás dudar, estoy segura de que esa amistad os haría bien a los dos. No deseo ver de nuevo cómo te encierras en ese pueblo, y en cuanto a él... bien, a él le vendría bien encontrar alguien en quien poder confiar de nuevo. Estoy segura de que es una amistad altamente recomendable para ambos.

Contemplando sus manos con aparente interés, Anna tragó saliva con dificultad.

—No creo que él comparta ese punto de vista.

—Oh, los hombres a veces son algo lentos comprendiendo ciertos asuntos —respondió su madrina con un gesto de la mano que pretendía restar seriedad al tema

—. Pero estoy segura de que acabaría por entenderlo así. En cuanto a ti, reconozco que no estoy segura de qué piensas sobre él, pero me inclino a pensar que no te es completamente indiferente. ¿Me equivoco?

El fulminante sofoco que sintió convenció a Anna de que aquella vez había enrojecido hasta la raíz del cabello.

—Verás —continuó su madrina sin dar muestras de que ella sintiera la más mínima turbación al abordar aquel asunto—, me da la impresión de que, por motivos que desconozco, has llegado a la errónea conclusión de que aquí podrías esconderte de lo que quiera que haya motivado tu huida de Halston.

—Yo no he huido de Halston —protestó con calor, demasiado pasmada para intentar hacer nada más que no fuera defenderse de aquella injusta suposición.

—No, tienes razón —admitió su madrina con falsa mansedumbre y un burlón brillo en los ojos—. En realidad has huido de John Sinclair, ¿no es verdad?

—¡Oh! —bufó Anna poniéndose en pie de un salto, y comenzando a dar vueltas por la habitación, mientras su mirada echaba chispas—. ¿Se puede saber de dónde ha sacado esa conclusión tan... peregrina?

Su madrina la siguió con la mirada mientras deambulaba por la habitación como una fiera enjaulada, y se encogió de hombros al responder:

—Pues de lo que él me explicó ayer, por supuesto.

—¿Ayer? —El giro de Anna fue tan brusco que tropezó con la alfombra y estuvo a punto de caer.

—Ayer en el baile —confirmó su madrina con expresión inocente—, cuando vino a saludarnos. En aquel momento te habías ido con Lucy al tocador, pero estaba segura de que luego lo viste. ¿Acaso no sabías que había estado en el baile?

El latido del pulso en sus oídos era tan escandaloso que Anna supuso que se podría escuchar desde la calle. Apretó los labios con terquedad, incapaz de encontrar una respuesta coherente.

—Claro que no bailó, estando aún de luto. —Lady Everley dio unos golpecitos con su abanico en el brazo del sofá, mientras parecía pensar en ello—. Es curioso, hubiera jurado que le habías visto, pero ya sabes, los viejos a veces confundimos las cosas...

Anna apoyó los brazos en el respaldo de la butaca que había ocupado, como si al colocarse tras ella pudiera protegerse de aquella noticia que le había pillado tan desprevenida.

—Creí verle un instante —rectificó entre dientes—, pero luego desapareció. Supuse que le había confundido con alguien.

—Pues no, ya lo ves, era él —respondió con una nota de triunfo en su voz que hizo que Anna entornara levemente los ojos—. Ha vuelto a Londres.

Pasaron varios segundos antes de que Anna pudiera digerir aquella información.

—Seguramente habrá venido a ocuparse de sus negocios.

—Seguramente. O tal vez haya decidido que ya es hora de casarse de nuevo, y qué mejor lugar y momento para encontrar prometida que la Temporada —replicó impertérrita ante la inflexión irónica de la voz de Anna—. Sería bastante lógico. ¿No estás de acuerdo?

La falta de respuesta no desanimó a lady Everley, que mantuvo su mirada fija en el rostro de Anna. Al cabo de unos segundos, riendo con suavidad, le indicó de nuevo el asiento libre a su lado. Presa de emociones contrapuestas, Anna atendió su indicación de manera mecánica.

—Sabes que te conozco, y estoy convencida de que algo ha sucedido que no me quieres contar. —Su madrina le tomó de la mano, dándole un pequeño apretón que pretendía infundirle confianza—. También estoy segura de que podría ayudarte, pero si no quieres confiar en mí...

—¿Qué le dijo ayer? —cortó con torpeza; no creía poder describir lo que bullía en su interior.

Una llamada en la puerta hizo que lady Everley interrumpiera la explicación que iba a comenzar. Se quedó escuchando el sonido de la puerta al abrirse, mirando a Anna con cierta indecisión. Entonces el sonido de pasos en las escaleras pareció decidirla.

—Verás, Anna, te debo una disculpa —se apresuró a explicar mientras los pasos se acercaban—. Cuando ayer Lisle vino a saludarnos, y le dije que habías acudido con nosotros, comentó que era probable que no desearas verle. —Se inclinó hacia ella sosteniendo aún su mano—. Supuse que tendría algo que ver con la escuela, y no le di más importancia. Pero hoy después de hablar contigo dudo si en realidad... —se interrumpió con una expresión de ansiosa preocupación en el rostro—, Anna, ¿ha sucedido algo entre vosotros que hace que sea inconveniente que os encontréis? ¿Tal vez él ha...?

—No —negó con rapidez—. No, no ha sucedido nada de lo que está imaginando.

—Entonces, si nos encontráramos con él, ¿no supondría eso un problema?

—En absoluto —mintió con un nudo en la garganta.

Entonces lady Everley se reclinó en el asiento mientras murmuraba:

—Gracias a Dios.

A pesar del desconcierto, Anna captó lo extraño del comportamiento de su madrina. Se volvió hacia ella y preguntó: «¿Por qué?», al tiempo que la puerta se abría y justo cuando el mayordomo anunció al visitante, le oyó decir con acento culpable:

—Porque le animé a venir a saludarte.

La entrada de John Sinclair en la estancia dejó la capacidad de respuesta de Anna a la altura del suelo. No estaba preparada en absoluto para enfrentarse de nuevo a su magnetismo, como comprendió con desmayo al posar los ojos sobre él. Apenas hacía diez días que había salido de Halston, y no habían sido suficientes para que la sonrisa de aquel hombre perdiera el poder de hacer que todo su cuerpo se convirtiera en gelatina.

—Es un placer recibirte en esta casa, Lisle. —Lady Everley tendió la mano hacia él, y tras recibir el saludo de John le indicó que tomara asiento frente a ellas—. Gordon, por favor, tráiganos un poco de vino. ¿O prefieres otra cosa, Lisle?

—Vino está bien.

Mientras el mayordomo salía y volvía con el decantador y unas copas, Anna reunió el coraje suficiente para mirarle a la cara. John tenía la vista clavada en ella, y al encontrar sus ojos, una cálida sonrisa trepó por su rostro, haciendo que el estómago de Anna hormigueara de placer. Sin pensar en lo que hacía, le devolvió la sonrisa con ternura, como si hubiera olvidado que cuando se despidieron por última vez ella se había jurado que nunca volvería a verlo.

Entonces recordó que no estaban solos, y miró de reojo a su madrina; la contemplaba con aire pensativo, pero al cabo de un par de segundos se volvió hacia John.

—Así que has venido a disfrutar de la temporada.

John Sinclair cruzó una pierna, y colocó sus manos sobre la rodilla.

—No.

—Entonces, ¿has venido por negocios, Lisle?

—He venido porque debo aclarar cierto asunto —respondió con seguridad clavando en Anna una mirada elocuente.

—¡Vaya por Dios! —Con una agilidad prodigiosa para su edad, lady Everley se levantó del sofá—. Ahora que me acuerdo necesito encargarle a Gertrude una cosa. Si me disculpáis, solo será un momento. Anna, por favor, encárgate de que nuestro invitado se sienta cómodo.

Anna aún no había sido capaz de articular su primera protesta cuando lady Everley ya había salido de la habitación. Inspiró hondo, alucinada por la desfachatez de su madrina. No había escapatoria posible. Se volvió hacia John y su corazón comenzó a latir más deprisa. Continuaba vistiendo prendas negras de riguroso luto, pero su presencia parecía resplandecer en la sosegada quietud de la sala, haciendo

vibrar el aire que los separaba.

—¿Has venido realmente por eso, John? —preguntó con desconfianza, sintiéndose mortificada al recordar lo sucedido en la escuela la última vez que se habían visto.

La sonrisa irónica de John apenas suavizó su gesto serio.

—¿Pensabas que no lo haría, Anna? ¿Pensabas que cuando me dijeras que habías tenido un amante yo saldría corriendo? ¿Que te odiaría? ¿Que no querría saber qué era lo que había sucedido?

Una casi imperceptible nota de dolor se filtró en su serena entonación, pero Anna solo supo encogerse de hombros.

—Tú odias los engaños. Me dijiste que nunca perdonaste a Caroline.

—Sí, eso es cierto, pero nunca te dije por qué, y desde luego no fue porque tuviera amantes. Nosotros no nos amábamos, Anna. Yo no habría considerado justo condenarla a soportar mi compañía cuando ambos sabíamos que nos habíamos equivocado, y siempre que guardara una mínima discreción, yo no pensaba decir nada sobre sus amistades.

—Resulta muy civilizado por tu parte, pero me cuesta creerte. A mí también me acusaste de engañarte... —le reprochó dolorida.

John se pasó la mano por los cabellos, alborotándolos, y con un fuerte suspiro se levantó para tomar asiento junto a ella.

—Lo sé.

—No tenías ningún derecho —murmuró, mientras se apartaba en el asiento, poniendo distancia entre ambos.

—Lo sé, y lo siento. Es solo que, cuando leí aquellas palabras... —Se detuvo escrutando el rostro de Anna, que lo observaba conteniendo el aliento. Luego, con una sonrisa desprovista de humor, prosiguió—: Lo siento, Anna, pero me volví loco de celos. Esa es la miserable verdad. Comprendo perfectamente que no tenía ningún derecho a pedirte explicaciones, y debí escucharte como tenía intención de hacer, pero no pude. Habías rechazado mi proposición sin ninguna explicación, y me sentía herido. No comprendía por qué me desdeñabas de esa manera, y al leer cómo ese tal William hablaba de vuestro amor, sentí una rabia tan profunda...

—William está muerto —cortó con brusquedad, ansiando mantener la distancia emocional que le permitiera salir indemne de aquel encuentro.

—Pero eso es aún peor, Anna. Porque después de leer la carta até cabos, y comprendí que era el hombre a quien aún seguías amando.

—Eso no es cierto —negó con fiereza, sin atender la vocecita interior que se reía de sus protestas.

Pero él, como su vocecita, tampoco pareció creerlo.

—¿No comprendes lo difícil que sería luchar contra un fantasma? ¿Contra un

recuerdo idealizado que nunca te defraudará? Lo siento, Anna, pero no pude evitarlo. Fue una estupidez por mi parte de la que me arrepentí al momento. Pero ya te habías ido, y después no me diste la ocasión de disculparme. Cuando intenté verte, encontré que no era bienvenido en tu casa.

—Estaba enferma.

—Lo sé. Pero luego te fuiste, sin despedirte ni darme la oportunidad de verte. Te fuiste huyendo, Anna, y quiero saber por qué.

Anna negó con la cabeza.

—Yo no he huido, y no estábamos hablando de eso. Sé que llegaste a odiar a Caroline cuando te engañó, y por algún motivo que desconozco has creído que, a diferencia de ella, soy una persona que nunca te defraudaría. Me has recubierto de virtudes que no poseo. Pues bien, John, yo soy débil y cobarde. Si llegaras a conocerme lo sabrías. Y cuando eso pasara al fin, acabarías odiándome también a mí. No quiero que lleguemos a eso, no podría soportarlo. No nos hagamos más daño, John. Tú podrás casarte con cualquier mujer que elijas y serás feliz.

—Otra vez con eso —la interrumpió con indignación—. Con cualquiera menos contigo, ¿no es así? Pues que te quede clara una cosa, Anna, no acepto tu respuesta ni me voy a alejar de ti.

—Yo ya fui infiel una vez, John —recalcó con frío desapego, mientras trataba de cerrar su corazón a cal y canto a la esperanza que la insistencia de John empezaba a hacer nacer—. Podría serlo de nuevo.

—¿Seguirás insistiendo en eso? No es buena táctica, puesto que no me importa; soy el primero que comprende que en ocasiones la fidelidad es una cárcel imposible de soportar, y el último en condenar a alguien por ello. En fin, supongo que si algún día así lo quieres, me contarás qué sucedió en tu matrimonio. Y no me digas que nada, porque vi tu reacción en la escuela.

Anna se tensó con rigidez.

—No te preocupes, no insistiré. Tú decidirás si lo haces o no, y cuándo y cómo. Pero creo que debo contarte por qué las cosas entre Caroline y yo llegaron a aquel punto, ya que parece que has confundido mis motivaciones. Te dije que hubo una única cosa que no pude perdonarle, pero no te expliqué qué fue. Tú has creído que la odié porque me fue infiel, pero en realidad lo que no pude perdonarle fue que abortara.

Anna ahogó una exclamación de sorpresa, y le miró horrorizada.

—Caroline murió así —continuó él con un brillo extraño en los ojos—. Por supuesto que no fue eso lo que la familia dijo. Para todo el mundo, Caro falleció tras caerse del caballo. Pero la realidad es que la encontré en la cabaña de una partera cerca de Tothill Fields, medio desangrada. Yo había sospechado que estaba embarazada, pero cuando le pregunté lo negó con vehemencia. A esas alturas de

nuestra historia, no tenía sentido que me mintiera. Sabía que por entonces andaba con Buscott, y suponía que el padre podía ser él. Aunque podría ser otro, claro está. En realidad, no me importaba, y eso no iba a cambiar mi forma de actuar. Le dije que no iba a divorciarme ni a obligarla a desprenderse del niño. Le dejé claro que podríamos seguir con nuestro aparentemente feliz matrimonio. No le di motivos para que mentir fuera necesario, y cuando insistió en que no estaba embarazada, tuve que creerle.

—¿Así que habrías criado al hijo de otro? —preguntó Anna verdaderamente asombrada; no porque fuera extraño que un hombre criara al bastardo de otro, pero que lo hiciera sabiéndolo sí era infrecuente. Y más aún si se trataba del primogénito, llamado a heredar el título y la propiedad—. ¿Y Hertwood Manor?

John se encogió de hombros, dando a entender que aquel era un tema menor.

—Casi no conozco al primo lejano que heredará la propiedad. A ese niño sí le hubiera conocido. Y en cuanto a los lazos de sangre... bien, con lo que sabes de mi infancia ya habrás comprendido que no los considero garantía de nada.

La fría lógica contenida en su explicación dejó a Anna sin réplicas que oponer. John continuó hablando.

—Bien, como te decía, me aseguré que no estaba embarazada. Pero una tarde llegó un chiquillo preguntando por mí; me dijo que mi esposa había tenido un accidente cabalgando y que tenía que acompañarle. Por su expresión comprendí que pasaba algo grave, e insistí en buscar primero un doctor; pero cuando llegamos a la cabaña, ya había poco que hacer. Por supuesto, el doctor comprendió al momento que Caro no se había caído del caballo. La vieja había desaparecido al vernos llegar, y solo estaba la criada de Caro llorando aterrorizada. Cuando me di cuenta de lo que había sucedido monté en cólera. Caro estaba casi exánime, pero aun así le pregunté cómo había sido capaz, y le grité que no me importaba quién fuera el padre, que yo iba a hacerme cargo de él. Pero entonces ella se rio y dijo que no se trataba de eso. Que ni por mí ni por nadie iba a encerrarse en casa para engordar como una vaca y estropear su figura, ni a sufrir por tener un mocoso que no le importaba en absoluto y del que no pensaba ocuparse.

—¿Y entonces la odiaste? —afirmó más que preguntó, conteniendo el aliento.

—No sabía cómo era realmente. —La voz se le quebró, y permaneció en silencio hasta que recuperó la compostura—. Entonces me fui. Ella me llamó pero yo no quería saber nada más. La dejé allí sola. Me daba igual lo que le pasara, si vivía o moría. Solo resistió un par de horas. Luego el doctor se encargó de que trasladaran su cuerpo a casa. Más tarde supe por su doncella que aquella no era la primera vez que acudía a la partera.

—Y todos estos años ¿te has culpado de su muerte? —exclamó Anna, entendiendo por fin lo que le sucedía—. ¿O de la muerte del niño? ¿Acaso crees que tuviste algo que ver con que murieran? No fue tu decisión y no podrías haber hecho

nada.

John se cruzó de brazos, como pretendiendo distanciarse de aquellas palabras.

—No puedes comprenderlo.

Pero Anna le interrumpió con una mueca amarga.

—Créeme, podría dar lecciones sobre culpabilidad. Pero no es posible que te recrimines su muerte, ¿es que crees que podrías haberla convencido de alguna manera?

—No lo sé, Anna, pero de haberlo sabido tal vez podría haberla tratado de otra manera, haber estado más atento... Lo único que sé es que la dejé abandonada como un perro. No creí que yo pudiera comportarme así. Pero estaba deshecho, rabioso... No quiero más engaños ni más mentiras, Anna. Detesto a la persona en que pueden convertirme. Pero eso es el pasado; ni tú ni yo podemos cambiarlo ya, pero podemos vivir el presente. *Nuestro* presente.

Ella sintió que su cabeza daba vueltas. Una y otra vez aquella idea —«¿y si fuera posible?»— parecía burlarse de ella. Respondió con menos convicción de la que hubiera pretendido.

—No hay ningún presente para nosotros.

—Eso no es verdad y ni siquiera tú lo crees. —Clavó su mirada en la de Anna, que bajó la cabeza—. Por supuesto que hay un presente para nosotros. Lo ha habido desde el momento en que te vi en los establos, con tu absurdo sombrero chorreando agua y el vestido empapado, gritándome y estirándote como si creyeras que así conseguirías intimidarme.

Anna casi sonrió al recordar aquel día y a la pelirroja, pero decidió aferrarse al presente.

—Tú querías ser padre, John. Querías a ese niño, y eso es algo que nunca podré ofrecerte.

—Yo lo que quiero es que me dejes estar cerca de ti —continuó él con ternura—. Y espero que algún día llegues a confiar en mí lo suficiente para contarme qué te atormenta.

Anna elevó los ojos hacia aquel rostro que tanto le fascinaba.

—Pero ya confío en ti —dijo con sencillez.

John la contempló en silencio. Luego se puso en pie y le tendió la mano. Anna la miró hechizada, con el corazón retumbando en el pecho. Lentamente, extendió su mano derecha y la depositó sobre la de John. Con una sonrisa de agradecimiento, él tiró de ella con delicadeza, y Anna se puso en pie, mientras John la tomaba por la cintura sin soltarla. Tuvo que echar la cabeza ligeramente hacia atrás para poder contemplarlo. La mano derecha de John se alzó para acariciarle la mejilla con dulzura. Anna se apoyó con suavidad en ella, y John la deslizó hacia su nuca, atrayéndola hacia sí. Cuando sus labios se encontraron con suavidad, Anna sintió que

una vibración recorría todo su cuerpo. Notó las piernas temblar, pero John apretó el brazo que la sostenía, y el beso se volvió más posesivo, más profundo. Sus dientes atraparon el labio inferior de Anna, y su lengua se abrió paso acariciando la delicada piel con maravillosa lentitud. Ella se aferró a su cintura con ansia, como si él fuera lo único que le hiciera conservar el equilibrio. La mano que se apoyaba en su costado ascendió poco a poco, trazando pequeños círculos sobre su espalda, hasta que llegó al cuello. Entonces, con una maldición, John detuvo el beso bruscamente y con ambas manos separó el rostro de Anna unos centímetros. Desorientada por el abrupto fin, ella lo observó a su vez: respiraba de manera agitada y tenía los ojos entrecerrados. Un mechón de pelo caía sobre su frente. Anna elevó la mano con suavidad para colocarlo de nuevo, y John dejó escapar un gemido de frustración.

—¿Qué sucede?

—Me temo que si alguien decidiera entrar en estos momentos me encontraría en un estado de gran... *apuro*.

Anna abrió los ojos como platos y acabó riendo.

—¡Oh, Dios mío! Consigues que me olvide hasta de dónde estoy. —Meneó la cabeza, y recuperó la seriedad—. John, lo que has dicho ha sido muy hermoso, pero una vez tomé la determinación de no volver a casarme nunca. Por favor, necesito que me prometas que no volverás a pedírmelo. No lo necesitamos para estar juntos, si es lo que ambos deseamos.

John la contempló un largo momento. Un músculo latió en su mandíbula y Anna comprendió que estaba reprimiendo alguna emoción desconocida para ella. Lo observó con serenidad, algo temerosa de su respuesta.

—Comprendo —aseguró al fin. Pero rectificó al momento, con un gesto de frustración—. No, no lo comprendo en absoluto, Anna. Mi experiencia del matrimonio fue un desastre, y no hay ningún motivo por el que necesite casarme, ni por un heredero ni para calentar mi cama. —Desechó con un gesto de la mano la ahogada protesta de Anna ante aquella vulgaridad, y continuó con firmeza—. Pero a pesar de ello, estoy dispuesto a hacerlo si esa es la única forma en que puedo asegurarme de que no saldrás corriendo de mi vida ante cualquier contratiempo.

—Yo no salgo corriendo, y eso no es motivo para casarse —protestó ella entre dientes, molesta por la acusación de cobardía.

—¿No? ¿Cuál sería un buen motivo para casarse, según tú? Si no me cuentas tus motivos, tendrás que aceptar que ese es tan bueno como cualquier otro. —Permaneció expectante, pero ante el obstinado silencio de Anna continuó con la misma firmeza, como si hablara con un niño irrazonable—. Ya has oído todo sobre mi matrimonio, Anna. Yo no sé nada del tuyo, y por ello no puedo comprender tu aversión a él. Tendrás que ofrecerme alguna explicación razonable, si quieres que desista de intentar que accedas a casarte conmigo. Mientras tanto, no pienso aceptar

tu rechazo.

—Yo no te he rechazado —replicó con obstinación—. Acabo de decirte que estoy dispuesta a que seamos amantes, ¿recuerdas?

—Pero yo no —cortó con arrogancia—. He tenido suficientes amantes para saber que de ti quiero y espero otra cosa.

Anna emitió un sonido de pura frustración. «Engreído», pensó con una punzada de celos. Para su sorpresa, John comenzó a sonreír, y ella contuvo la respiración ante aquel encanto arrasador, mientras su disgusto se desvanecía como por arte de magia.

John avanzó un paso y tomó sus manos sin que ella se opusiera.

—No tiene sentido que discutamos. No voy a resignarme, pero estoy dispuesto a esperar. Mientras tanto, pienso visitarte y disfrutar de tu compañía tanto como pueda. Tal vez así llegues a comprender el buen partido que soy —declaró con un guiño y una reverencia, antes de dirigirse a la puerta en busca de su sombrero y sus guantes—. Eso sí, puedes ir pensando dónde te gustaría que fuera la ceremonia. Solo por si acaso, por supuesto.

La puerta se cerró tras él, pero el recuerdo de la irreverente sonrisa que le dedicó al salir permaneció aún largo tiempo calentando el corazón de Anna. Aquello no podía ser, no debería, y no pensaba ceder. No se pondría de nuevo en manos de un hombre ni permitiría que John llegara a despreciarla al saber lo débil que podía llegar a ser. Y cuando por fin creyó que estaba convencida de ello, no supo encontrar una razón que explicara por qué su corazón latía con una ligereza que no había vuelto a sentir desde hacía muchos años.

—Está aquí.

Sarah Johnson dejó el bordado que la mantenía ocupada sobre la silla. Aunque intentó mantener la compostura, el alivio reflejado en su semblante no pasó desapercibido para su acompañante, que no pudo evitar fruncir el ceño al dejar la ventana y sentarse de nuevo a su lado.

—Muchas gracias, Nora. —Colocó las manos sobre las sienes, como si pretendiera aplastar los rizos que escapaban de su peinado. Nunca lo conseguía—. ¿Qué tal estoy?

—Muy elegante, niña.

La joven sintió un latigazo de decepción, pero se sobrepuso con rapidez. Ser elegante estaba bien, pero le habría gustado escuchar por una vez «arribatadoramente bella» o «irresistiblemente adorable». O simplemente, «muy hermosa». Sin embargo, como a menudo le solía recitar su bienintencionada acompañante, no eran esas sus armas para conseguir una adecuada proposición de matrimonio.

Escuchó la campanilla de la puerta, y voces en el vestíbulo. Inspiró hondo y soltó el aire poco a poco, controlando la cadencia de los latidos de su corazón. Al fin y al

cabo, como Nora decía, la solidez y el sentido común eran sus mejores cualidades. Bueno, eso y la fabulosa dote con que contaba, se dijo con tan solo una pizca de ironía, justo cuando la puerta se abrió y el mayordomo introdujo en la sala a William Moore.

William... Sarah le dedicó una tímida sonrisa, y el mayor acudió a saludarla, depositando un casto beso en su mano. Luego tomó asiento frente a ellas, y Nora comenzó una conversación llena de tópicos sobre el tiempo, la última obra de Covent Garden y la reapertura de Vauxhall Gardens. Sarah toleró con su habitual tranquilidad aquella avalancha de nimiedades, pero sintió un gran alivio cuando William comenzó a hablar de sus planes para Rosehill Abbey.

Se sentía mucho más cómoda tratando temas domésticos. Sabía que en eso sí podía hablar con conocimiento de causa; era una hábil y diligente anfitriona, acostumbrada a llevar la casa de su padre y comandar el ejército de criados que él se había empeñado en contratar. Tras la muerte de su madre en su hogar de Castle Accre, siendo ella casi un bebé, se habían trasladado a Halifax, y todos los esfuerzos de su padre se habían dedicado a levantar un emporio textil que los había convertido en una de las familias más ricas de la zona. Pero cuando pudo delegar parte del negocio en las manos de su competente abogado, su padre había decidido vivir de nuevo en Norfolk, y comprar una propiedad que cortara la respiración de los empobrecidos terratenientes de la zona para los que en el pasado había trabajado. Sarah hubiera preferido una casa y un personal menos ostentoso, y desde luego vivir en algún lugar diferente, donde no les consideraran vulgares advenedizos que, con la prosperidad lograda en Yorkshire, habían contribuido a la decadencia de sus vecinos.

Una vez comprada la casa, nada podría hacer más feliz a su padre que disponer de su enorme riqueza para conseguir la felicidad de su hija. Consideraba que nada era lo bastante bueno para ella; ni las mejores modistas, ni las más deslumbrantes joyas... Mucho menos el montón de pretendientes que se habían acercado a su puerta deslumbrados por aquel montón de oro, de procedencia vulgar e ignominiosa, pero oro al fin y al cabo.

Suponía que tampoco habría aceptado a William, de no ser porque ella le había dicho con timidez pero sorprendente firmeza que le gustaba. Lo cierto es que no le había dicho toda la verdad: en realidad, se había enamorado como una loca de William la primera vez que se había dirigido a ella en la Asamblea de Norwich donde se habían conocido. Sarah había oído hablar del nuevo heredero de Rosehill Abbey; conocía su situación familiar y el estado en que se hallaba aquella propiedad, y cuando él se acercó para solicitarle un baile no se hizo ilusiones de que fuera su belleza o su encanto lo que le habían atraído hasta ella.

Se preparó para ser inmune a los predecibles halagos y lisonjas que habría de escuchar, pero las cosas no sucedieron así. William no le había lisonjeado, sino que le

había explicado con sencillez la situación en que se encontraba, su amor por la vida militar y la necesidad de buscar una esposa cuya dote le ayudara a cumplir con las obligaciones que voluntariamente había asumido.

El carácter sólido, pragmático y sereno de aquel hombre la había cautivado, y nadie debió aleccionarla para que alentara sus atenciones, a pesar de que su timidez le hacía sonrojarse cuando él se dirigía a ella o la miraba. Una tarde, por fin, él le había hablado sobre lo sensata que aquella unión podría ser para ambos. Nunca había pretendido engañarla sobre sus sentimientos, pero le había garantizado, mirándola con aquellos ojos graves y sinceros, que haría todo cuanto estuviera en su mano para que ella no lamentara su decisión. Y Sarah le había creído.

Le observó, aún conmovida y casi incrédula porque aquel hombre maravilloso, honorable y fuerte fuera a ser su marido. Debió observarle demasiado fijamente porque él se interrumpió un instante. Sarah se ruborizó y Nora aprovechó para sugerir melifluamente que aquella noche debía acudir a cenar con ellas. Sin embargo, William fijó la vista en la chimenea y con cierta incomodidad alegó un compromiso previo para excusarse.

Sarah sonrió, pero no consiguió mantener la firmeza de su expresión como pretendía, mientras luchaba valientemente contra el acceso de dolor que aquella negativa le había causado, y tuvo que bajar la mirada hacia su falda.

Cuando William por fin abandonó la sala, Nora miró a Sarah ceñuda.

—No le has dicho nada.

—¿Qué podría decir?

—Si no le pides que venga más a menudo a verte, no es de extrañar que se crea libre para frecuentar esa casa como lo está haciendo.

Sarah apretó los labios y ocultó la angustia que aquello le producía tomando de nuevo su labor y concentrándose en ella.

—Imagino que hoy también estará con ella. Te está descuidando demasiado, niña.

Sarah bajó la mirada, porque su barbilla había temblado ligeramente. Desde hacía varios días, le habían llegado rumores sobre la estrecha amistad que parecía estar tejiéndose entre William y la condesa Hoolbrok. Y aunque nunca había prestado oído a los cotilleos, sabía bien qué tipo de reputación tenía aquella mujer. Ahora parecía que se había encaprichado de William, y a pesar de que la idea de que él contemplara a otra mujer con ojos brillantes de pasión se clavaba en su corazón como un cuchillo, tenía que ceñirse a la realidad de su vida.

—Está casada, Nora. Y yo confío en William.

Sarah no temía que él se echara atrás; era demasiado caballero, y la obligación que parecía haber asumido hacia aquella ruinosa propiedad no le dejaba ninguna otra salida. Dependía de aquel matrimonio incluso más que ella. No, Sarah no tenía miedo de que no cumpliera su palabra. Lo que le aterraba era pensar que, cuando por fin

accediera a su cama la noche de bodas, el afecto de William pudiera estar muy lejos de su lecho; que se hubiera enamorado, que amara a otra a pesar de saber que se casaría con ella; y que mientras su cuerpo cubriera y poseyera el de Sarah, sellando el prosaico compromiso adquirido, su corazón llorara lágrimas de sangre porque la mujer a la que amaba no era aquella que se retorció bajo su peso, aferrada a su espalda, desgarrada porque ella sí, a diferencia de él, le había amado desde el primer momento en que se habían conocido con desesperación, sabiendo desde ese primer momento cuán superior y merecedor de amor era él, y cuán indigna de su amor se sentía ella, que lo había atrapado en su vida con dinero, y nada más.

Anna dio los últimos retoques a su atuendo sintiéndose extraña. Su ánimo estaba dividido entre la felicidad que le provocaba que John hubiera acudido a buscarla, y la incertidumbre ante lo que el futuro podría depararle. Una y otra vez había dicho que no se volvería a casar, pero tenía que reconocer que ahora su resolución flaqueaba un poco.

Había escogido su vestido verde de paseo porque, de alguna manera, había pensado que hacía juego con sus ojos. Alisó la falda, contemplando con ojo crítico la caída marcada por el amplio dobladillo, resaltado por una trenza de satén más oscuro. Luego colocó con cuidado la delicada esclavina de encaje que protegía su escote, y los puños en tonos dorados que ajustaban las mangas. Giró sobre sí misma, y aparentemente satisfecha, tomó su sombrero verde con cintas doradas, el parasol a juego y los guantes, y salió de su habitación para bajar a la salita de mañana.

En realidad, se había vestido mucho antes de lo necesario, ya que le había dicho a Jane que estuviera dispuesta a las doce y aún eran las once y media. Pero tras cabalgar muy temprano y desayunar, se había sentado a contestar a su amiga Arabella sin apenas ser capaz de hilar dos palabras. La inquietud y la impaciencia le hacían sentirse continuamente distraída; su mente había vagado una y otra vez a la idea de que John no era Phillip. Al fin, tras redactar dos cuartillas poco satisfactorias con un notable esfuerzo, se había rendido y había guardado la carta, hasta que se sintiera capaz de terminarla, decidiendo que dedicar su tiempo a vestirse con esmero le sería de mayor provecho.

Mientras descendía las escaleras ahora, pensó otra vez que John no era Phillip. Pero conquistar su actual libertad le había costado demasiadas lágrimas para arriesgarse de nuevo. Una vez que la mujer aceptaba el matrimonio, pasaba a convertirse en una unidad con su marido. Y a pesar de lo que dijeran las leyes sobre el comportamiento de los esposos, el hombre podía dilapidar lo que su esposa había aportado al matrimonio, emborracharse día tras día, retozar con cuantas fulanas pudiera pagar en la taberna y destrozar todas las esperanzas de la esposa sin que nadie ni nada le exigiera una compensación.

Así que no, no pensaba volver a casarse. No veía ninguna ventaja al hecho de ser de nuevo uno con alguien. Aunque cuando rememoraba la sonrisa deslumbrante de John, la bondad que había mostrado con los Alcott, la manera en que la había levantado del suelo en la posada y la había protegido entre sus brazos, tenía que hacer un supremo esfuerzo para obligarse a recordar que su decisión era firme.

Tomó el pomo de la puerta y entró en la estancia. Gertrude se hallaba leyendo en voz alta una carta, sentada en el sofá azul junto a su madre, mientras que Lucy, frente a ellas en una silla, las contemplaba con aire abstraído. Las tres mujeres elevaron las cabezas al unísono y la saludaron. Anna las correspondió y se dirigió hacia el escritorio situado bajo la ventana.

—¿Vas a salir? —preguntó su madrina apenas prestándole atención.

—Sí —afirmó, depositando la carta en la mesa. Ya que no estaba inspirada, se iba a limitar a añadir una despedida y enviársela a Arabella—. Sé que Lucy tiene las pruebas de su nuevo vestido de baile, y quiero cambiar el libro que tomé hace tres días en la librería de Bond Street. Jane me acompañará —añadió antes de que su madrina pudiera formular alguna objeción.

Pero lady Everley se limitó a asentir y volvió su atención a la carta de Gertrude. Anna las escuchó un momento, mientras tomaba el secante y la pluma y los colocaba ordenados ante ella. Al parecer, el barón Antwood seguía teniendo problemas en la propiedad de Jamaica y de nuevo había retrasado su vuelta. Por un momento, supuso que aquellas noticias sobre su padre explicaban la preocupación del rostro de Lucy. Pero cuando la joven se levantó con sigilo y se acercó hasta ella con aire vacilante, comprendió que sus desvelos tenían otra causa.

—¿Estás escribiendo una carta? —preguntó con indecisión.

Anna asintió, terminando su despedida a Arabella. Casi podía ver el rostro ceñudo de su amiga ante aquella misiva tan deslucida y falta de detalles, pero si no la enviaba ahora tardaría muchos días en ser capaz de contestarle.

—Quiero enviar hoy esta carta a lady Craven. Si no le contesto ya, es capaz de venir a buscarme.

—¿Es tu amiga Arabella, verdad? La que acaba de tener un bebé.

—Eso es. Me ha invitado a visitarla...

—Pero no te irás aún, ¿verdad? —la interrumpió apresuradamente, retorciéndose las manos.

Sorprendida, Anna dejó la pluma que estaba utilizando, y giró levemente el cuerpo hacia ella, apoyando el codo izquierdo en el respaldo de su silla.

—¿Te pasa algo, Lucy?

—No —contestó sin convicción. Luego miró en derredor y tomando la silla que había junto a la salida a la terraza, la acercó y se sentó—. Es solo... es que quería preguntarte algo.

«Dios mío», pensó Anna con desmayo, segura de que ninguna pregunta que le pudiera hacer una joven en su segunda temporada en Londres iba a tener fácil respuesta.

—Tal vez... —sugirió con un rápido vistazo hacia Gertrude, mientras doblaba y cerraba la hoja que reposaba ante ella.

—¡Oh, no, Anna! No... no quiero preguntar a mi madre. Ella va a intentar convencerme de lo conveniente que puede ser, pero no es eso lo que yo quiero...

Se interrumpió contemplándola con expresión suplicante. Anna suspiró con resignación; no se sentía preparada en absoluto para aconsejar a aquella muchacha, pero tampoco podía negarse.

—Tú dirás.

Lucy le dedicó una sonrisa de disculpa, y tras asegurarse de que su madre y su abuela no le prestaban atención, se inclinó hacia delante.

—Verás, Anna, yo quería saber, ¿cómo puedo estar segura de que una relación va a funcionar?

Anna parpadeó, sorprendida. Tomó de la mesa una palmatoria con un pequeño cabo de vela y se levantó para encenderla en la chimenea.

—¿De que una relación va a funcionar? ¿Qué quieres decir? —preguntó al volver a sentarse, más para ganar tiempo que porque no hubiera comprendido la cuestión.

—Pues eso, que cómo puedo saber si estoy tomando la decisión correcta. Y no me refiero a que sea conveniente. Quiero decir, ¿cómo puedo saber que si acepto una proposición no me estaré equivocando?

—No estoy segura —respondió con cautela mientras acercaba el cilindro de cera roja a la llama de la vela; si alguien podía dar una lección sobre cómo equivocarse al elegir marido, esa era ella. Pero aquello no era algo que pudiera decir a aquella muchacha. Intentó pensar en una respuesta útil que ofrecerle—. Supongo que lo primero sería tener claro lo que se espera de una relación.

—Bueno, se trata de matrimonio —exclamó sorprendida—. Supongo que todo el mundo espera lo mismo, ¿no es así?

Anna la contempló con vacilación. La pregunta podría ser superflua, pero lo cierto es que ella había esperado algo que nunca obtuvo.

Negó con la cabeza, dejando caer una gota de cera sobre el papel doblado con aire pensativo.

—No se trata de los demás, se trata de lo que tú esperas.

—¿Sí? No lo he pensado... —Pareció meditar, y tras varios segundos se dirigió a ella con timidez—. Tú estuviste casada, ¿sabías lo que deseabas antes de decidirte?

Un hondo suspiro escapó de Anna antes de poder evitarlo. La respuesta era «no» porque en su momento no había pensado nada. O si lo había hecho, sus razones para casarse no habían tenido nada que ver con lo que ella deseaba del matrimonio. En realidad, al recordarlo ahora, se daba cuenta de que se había dejado llevar, en parte para dar satisfacción a su madre, y en parte cegada por la vanidad que las atenciones de Phillip habían halagado. Pero no tuvo que pasar mucho tiempo antes de que comprendiera que sus sueños de vida no se iban a cumplir.

—No —contestó al fin, aplastando con contundencia el sello contra la gota de

cera roja—. Casarse era lo natural, y no me planteé cómo deseaba que fuera mi vida. Pero eso es una equivocación; hay que saber lo que se desea para intentar conseguirlo. Tal vez luego las cosas no salgan bien, pero intentar algo es el primer paso para conseguirlo.

—Pero se trata de matrimonio —repitió de nuevo, esta vez con la confusión reflejada en su semblante—. ¿Cómo podrías esperar cosas diferentes?

—Bueno, pues porque no es lo mismo desear una vida acomodada que amar a tu marido. Las premisas de partida son diferentes, y lo que debes valorar entonces también.

—¿Y si lo quieres todo? —preguntó con timidez, claramente incómoda ante la disyuntiva que Anna había establecido.

—Pues entonces tienes que intentar tener todo —respondió algo agobiada—. Verás, Lucy, me temo que no soy el mejor ejemplo de cómo conseguir un matrimonio feliz. —Observó que la joven abría los ojos sorprendida por su confesión, y decidió que no tenía sentido ahondar en el tema—. Si quisieras ser duquesa contra viento y marea, solo tendrías que buscar un duque disponible, y nada más. Pero a veces las mujeres buscamos algo más; queremos un matrimonio conveniente, sí, pero también queremos amar a nuestro marido, tener una familia unida... Creo que en el tema del matrimonio es esencial que puedas respetar a tu marido y que él te respete a ti. Puede que cuando él te mire sientas mariposas en el estómago, y ese tipo de cosas, pero asegúrate además de que te respeta y le respetas. Es lo que puedo decirte —concluyó con algo de brusquedad, al ver que Lucy parecía totalmente sorprendida.

Por un momento pareció que la conversación iba a terminar así, pero entonces Lucy pareció aprobar el consejo de Anna.

—Nunca había pensado en el respeto, pero supongo que tiene sentido. ¿Cómo puedo saber si me respeta?

—¿Hablamos de alguien en concreto? —Intentó distraer su atención, sofocada por la conversación—. ¿De lord Alvey, tal vez? Porque así me resultaría más fácil ponerme en situación.

Lucy, que había mantenido la cabeza baja, elevó una mirada sonriente hacia ella, sin protestar con afectación ni pretender disimular. Anna la contempló con afecto; supuso que, de haber tenido una hermana pequeña, esta era la conversación que habrían mantenido.

—¿Y bien? —insistió.

—¿Qué piensas de él?

—¿Yo? Eso no tiene ninguna importancia —contestó apartando la carta y los útiles de escritura que había utilizado—. ¿Qué piensas tú?

—James... lord Alvey, quiero decir, me agrada mucho. Cuando estoy con él me siento tranquila y contenta, como si supiera que estando él nada malo puede

ocurrirme. Y ¡me parece tan guapo, Anna! Me encanta la forma en que cierra los ojos cuando se ríe, y tiene la sonrisa más bonita que he visto nunca. ¿Sabes que sus ojos son grises? Al principio pensé que eran azules, pero no, son grises. Y cuando bailamos juntos... ¿has visto alguien más elegante bailando, Anna? Y es muy cariñoso con sus hermanas pequeñas, aunque a veces sean un poco pesadas, pero él nunca pierde la paciencia y ellas le adoran. Y a los dos nos gusta más el campo que Londres, y cuando salimos a cabalgar siempre estamos hablando de cosas, y riéndonos...

—Y solo hay que mirarle cuando está contigo para comprender que él siente lo mismo. —La interrumpió con una sonrisa pícaro, antes de que continuara explicando las, a todas luces, innumerables virtudes del conde—. ¿Crees que pronto vendrá a hablar con tu madre?

—No lo sé. James es tan correcto que quiere esperar a que mi padre vuelva para hacerlo, pero con las últimas noticias —hizo una mueca de disgusto en dirección a su madre—, me temo que tendrá que cambiar de idea, si... —Se interrumpió, y se inclinó hacia delante tomando la mano de Anna—. Oh, pero Anna, ¿cómo puedo saber si debo casarme con él? ¿Y si luego las cosas cambian? ¿Y si me equivoco?

Con una mueca de desazón, Anna se apoyó contra el respaldo de su silla. Si se equivocaba la cosa no tendría solución. De eso podía dar fe. Pero no le pareció justo decírselo.

—Nada cambia porque sí, Lucy. A veces habrá momentos mejores y otros peores, pero si la base es sólida, todo se puede arreglar. En cuanto a equivocarse, eso solo puede decirlo tu corazón. ¿Tú le quieres?

Por primera vez desde que había comenzado su charla, la joven enrojeció furiosamente, y asintió con la cabeza, mientras una sonrisa ilusionada animaba su semblante.

—Entonces te diré que a veces hay que arriesgarse, Lucy. La felicidad no va a venir a buscarte a tu puerta.

—¿Qué estáis cuchicheando? —las interrumpió su madrina.

—No cuchicheamos, abuela —respondió Lucy en voz alta, levantándose de la silla. Antes de dirigirse al asiento junto a las otras dos mujeres, guiñó un ojo a Anna y le susurró—: Muchas gracias, Anna. Me has sido de gran ayuda.

Anna también aprovechó la interrupción para levantarse y colocarse el sombrero. Se contempló en el espejo mientras ajustaba el lazo dorado bajo su barbilla. ¿Acababa de decir a aquella joven que la felicidad no vendría a buscarla, que debía arriesgarse? ¿En qué estaba pensando? Precisamente ella, que se negaba a arriesgar su confortable pero aburrida libertad a cambio de la incierta promesa de un nuevo amor. Confundida por sus propios razonamientos, tomó sus guantes, el libro, el parasol y la carta para Arabella y salió de la estancia con una apresurada despedida,

antes de que Lucy o cualquier otra persona presente pudieran darse cuenta de las incongruencias que albergaba su corazón.

Anna abrió el libro que reposaba en la vitrina y lo hojeó con poco interés y mucho cuidado de no mancharse los guantes. El enérgico paseo que había dado hasta Hartfield's no había tranquilizado su espíritu, pero le había hecho ganarse una muda mirada de reproche de Jane. Intentando congraciarse con ella, le había permitido que se quedara fuera, sentada a la sombra de un árbol, mientras ella entraba con poco entusiasmo en la librería. El día era bochornoso, y las cortinas que tras el escaparate pretendían cerrar el paso al sol no habían podido evitar que el aire en aquel establecimiento resultara sofocante.

O tal vez era ella quien encontraba aquel día todo sofocante. No podía creer que le hubiera aconsejado a Lucy que se arriesgara en busca de la felicidad. Eso era precisamente lo que llevaba años tratando de evitar. Intentaba encontrar explicaciones para aquella extraña contradicción cuando un saludo tras ella la sobresaltó, y se giró casi de un salto.

—Parece que te he dado un buen susto —dijo John Sinclair, agachándose a coger el libro que ella había golpeado con el brazo al volverse.

—No esperaba encontrarte aquí —explicó jadeante, molesta porque la hubiera pillado desprevenida de aquella manera.

—Eso parece. —El inicio de una irreprimible sonrisa hizo parpadear a Anna—. En realidad he venido a buscarte. Tu madrina me dijo que estabas aquí. Había ido a Grosvenor Square para invitarte a dar un paseo en carruaje por Hyde Park. Ya te dije que pensaba disfrutar de tu compañía. —Extendió su brazo derecho a modo de invitación—. ¿Vamos?

Anna contempló el brazo y luego aquel atractivo y sonriente rostro vuelto hacia ella, y antes de saber lo que hacía estaba apoyando la mano en él. A través de la tela de la chaqueta y la camisa podía notar la firmeza de los tendones del antebrazo, la indomable fuerza de aquel cuerpo. Una fuerza que podía enviar a una mujer contra la pared en un abrir y cerrar de ojos, antes de que ella supiera siquiera qué sucedía. Pero John no era Phillip, se dijo de nuevo, sumergiéndose en aquellos ojos oscuros a los que la alegría arrancaba destellos castaños. No lo era, y ella tampoco era la mujer que se casó con él, comprendió súbitamente mientras su mirada se deslizaba hacia la sensual boca cuyos extremos se curvaban de una manera que le resultaba irresistible. Miró hacia delante, hacia la puerta que ya alcanzaban, sorprendida por su descubrimiento; su corazón dio un salto, y de nuevo repitió para sí, fascinada y regocijada, «ya no soy ella».

Un júbilo imprevisto se apoderó de ella. Se detuvo en el umbral de la tienda, parpadeando ante la luminosidad del día, y mientras abría su parasol elevó una

mirada decidida hacia el hombre que la acompañaba.

—John, sobre el tema del matrimonio, hay algo... —inspiró hondo para armarse de coraje—. Me dijiste que no te he contado nada de mi vida, y es así. Pero quiero hacerlo, John. Quiero contarte mi pasado, para que entiendas por qué no quiero casarme de nuevo. Lo que sucede es que he pasado tanto años queriendo olvidarlo que me cuesta hacerlo. Pero no en el carruaje, donde el cochero nos puede oír. Si pudiéramos encontrar un sitio más íntimo...

Se detuvo, indecisa, dudando si su atrevimiento había sido demasiado. John la contemplaba con aire sorprendido. Jane ya se había acercado para acompañarla, y Anna no supo qué hacer. Pero entonces fue John quien decidió por ella: tomó su mano con resolución y la ayudó a subir a su carruaje mientras se dirigía a la criada.

—Dígale a lady Everley que la señora Hurst tiene un compromiso para cenar. —Luego se volvió hacia su cochero—. A casa, Matthew. Tan rápido como puedas.

Julia depositó una mirada apreciativa en la enorme estatua de bronce que dominaba el pequeño alto del parque.

—Impresionante, ¿no es cierto?

William miró la enorme estatua de Aquiles con cierto embarazo. Ella, consciente de su incomodidad, volvió la cabeza por encima del hombro y con una mirada provocativa aclaró:

—Me refería al hecho de que este bronce proceda de cañones utilizados en la guerra. —Resguardada por su parasol, se acercó más a la base de la estatua—. Salamanca, Vitoria, Toulouse y Waterloo —leyó con atención. Luego fijó la vista de nuevo en la estatua, y sin volverse preguntó con voz seductora—: ¿estuviste allí, William?

William tragó saliva, y cerró los ojos un breve instante, antes de contestar con evidente malestar:

—Sí.

Julia se acercó a él con un suave contoneo y tomó su brazo.

—Parece como si lo lamentaras. —Pero al ver que él permanecía inmóvil, con la mandíbula apretada, decidió mantener su tono ligero y volvió a mirar la estatua—. Me pregunto qué opinará Wellington de tener este hombre desnudo delante de su casa todos los días. Me parece que es un homenaje demasiado...

—¿Escandaloso?

Julia dejó brotar su risa musical, mientras acercaba su cuerpo al brazo de William.

—No. Iba a decir «favorecedor». No creo que él pueda presumir de un cuerpo así; tendré que preguntárselo a Harriette cuando vuelva de París. ¿Crees que debería escandalizarme yo también, como la buena sociedad de esta ciudad? —preguntó con fingida inocencia al captar el gesto adusto del mayor.

William se removió incómodo. Sabía cómo hablaba la sociedad del duque de Wellington, pero él le había conocido como Arthur Wellesley, comandante en jefe de todas las fuerzas británicas en la Península, y le respetaba demasiado para entretenerse en cotilleos sobre su vida privada. Por supuesto que sabía que sus amantes existían, pero no era quién para hablar sobre ello.

—Aún hace demasiado calor para pasear —continuó ella, sin prestar atención a su mutismo—. Vamos, acerquémonos a aquellos árboles.

William la siguió con poco entusiasmo, en dirección opuesta al sendero bordeado de nogales por el que habían llegado. Se sentía confundido; Julia Dunn era una mujer asombrosa, atractiva y elegante, y el interés que demostraba en él le resultaba muy halagador. Por otra parte, él era un hombre; cuando ella lo contemplaba entrecerrando los ojos, agitando las tupidas pestañas y humedeciéndose los labios con sensualidad, como había hecho ante la colosal estatua de aquel Aquiles desnudo, no podía evitar sentirse excitado. Deseaba su cuerpo, deseaba probar aquella piel fragante, y perder entre sus brazos la conciencia de sí mismo.

Pero eso era lo malo: tenía conciencia. Y en ella se le aparecía el rostro tímido y sencillo de Sarah, sus ojos confiados que lo contemplaban como si él fuera el salvador de todo su mundo. Pasó la mano libre por la nuca, en un gesto de desazón. No amaba a Julia aunque la deseara, pero tampoco amaba a Sarah. Aún no la amaba, se corrigió casi con desesperación. Aprendería a hacerlo. Pero lo que sí podía hacer era respetarla; le había prometido que no se arrepentiría de su elección; y a pesar de que nunca hubieran mencionado que la fidelidad fuera parte de su trato —que incluía por parte de William un título antiguo y una ostentosa propiedad señorial que se caía a trozos, y por parte de ella una fabulosa cantidad de dinero—, él sabía que aquello la heriría. No podía hacerlo.

Se dio cuenta que habían caminado hasta una zona umbría, donde un tronco caído permanecía casi oculto del camino. Julia se soltó de su brazo y se acomodó en él, invitándole con un elegante gesto a hacer lo mismo. William dudó un segundo, pero acudió; Julia había sido muy generosa ofreciéndole su ayuda, y ni siquiera estaba seguro de que ella pretendiera ninguna relación con él. A veces lo creía, cuando se inclinaba hacia delante con despreocupación, mostrándole la tersa blancura del nacimiento de sus pechos, o cuando deslizaba la mano con ligereza por su muslo. Pero en muchas otras ocasiones lo contemplaba como contemplaría a un infeliz admirador. No sabía qué pensar, pero en esa ocasión se sentó junto a ella sintiéndose incómodo.

Permanecieron así en silencio, escuchando el ruido de algunos pájaros que revoloteaban cerca de ellos. Finalmente fue Julia quien se decidió a hablar.

—No te gusta mucho hablar de la guerra, ¿verdad?

—Las guerras no son un tema agradable, Julia. Nunca lo son.

—Pero tú adoras el ejército.

—Eso es diferente. El ejército es algo más que las guerras: el honor, defender tu patria, los compañeros, la emoción... Y si la guerra llega, bueno, simplemente hay que sobrevivir a ella.

Julia colocó la mano sobre el muslo de William, acariciándolo con gesto comprensivo. William cerró los ojos. A pesar de sus intenciones, notaba el calor de la mano de Julia allá donde la había posado, y supo que el esfuerzo de evitar una erección era inútil.

—¿Perdiste a alguien en la guerra?

Una gota de sudor descendió por su sien. Permaneció con los ojos cerrados, intentando controlar su deseo. La mano de Julia había subido hacia su ingle, y se hallaba al borde de perder el control. Abrió los ojos de golpe y, con cierta brusquedad, agarró su muñeca. Su voz sonó ronca y agitada al responder:

—Fue un baño de sangre, Julia. Claro que perdí a alguien: compañeros, soldados a mis órdenes... Las bajas de mi regimiento fueron atroces.

—¿Pero alguien más, algún civil?

William se tensó perceptiblemente. Julia se había soltado y jugueteaba con la empuñadura de su sombrilla sin mirarlo, pero la suavidad de su voz no consiguió ocultar una ávida determinación que a William le resultó inquietante.

—¿Por qué preguntas eso?

—No lo sé —rio levantándose del tronco. William le vio rodearlo y colocarse tras él. Las manos de Julia se hundieron en su cabello, alborotándolo, y bajaron por sus hombros, deslizándose con lentitud hacia su pecho—. Tal vez sea por la sombra de melancolía que te rodea cuando lo recuerdas. Los soldados estáis acostumbrados a sufrir bajas en los combates, pero rara vez recordáis las batallas con el abatimiento que encuentro en ti. Pensé que tal vez habías perdido a alguien más, alguna mujer que conociste en Bruselas...

Con un ronco jadeo, William agarró sus manos y las detuvo, apartándolas de su cuerpo. Respiraba de manera agitada, y le costó pronunciar sus siguientes palabras.

—Si la hubo ya no importa —dijo al fin de manera entrecortada—. Creo que deberíamos volver a Park Lane. El cochero estará aguardándonos.

El rechazo de aquel hombre provocó en Julia un ramalazo de furia, pero se recordó que su objetivo final al frecuentar a William era otro. Se encogió de hombros con evidente malhumor, y echó a andar delante de él. Ambos permanecieron en silencio durante el camino de vuelta. En términos generales Julia estaba satisfecha de la forma en que las cosas se desarrollaban, pero no le habría importado que aquel hombre fuera un poco más... *complaciente*. No estaba acostumbrada a que los hombres se le resistieran; la mayoría al menos, reflexionó al recordar a Lisle. El recuerdo de su anterior amante empañó su satisfacción, y la sonrisa que acompañó los

saludos que desde ese momento dedicó a los conocidos que encontraron en su camino fue tensa y artificial.

Justo cuando habían alcanzado el camino paralelo a Park Lane, Julia divisó una conocida figura que se acercaba. Soltó una maldición interna cuando Gareth Trent detuvo su caballo ante ellos, apeándose con torpeza.

—Buenas tardes, Julia —saludó Gareth con una sonrisa alegre, quitándose el sombrero.

Con indisimulado fastidio, Julia hizo las presentaciones pertinentes. Y aunque sus cortantes respuestas hubieran desanimado a cualquiera a proseguir aquella charla, pensó enrabiada, Gareth era demasiado obtuso para advertirlo. Comenzó a despedirse de él, alegando un compromiso repentinamente recordado, cuando Gareth la detuvo en seco con una única frase.

—Lisle ha vuelto a la ciudad.

—¿De veras? —preguntó con frialdad, apenas vuelta hacia él.

—Me lo he encontrado hace un par de horas en el club —afirmó con satisfacción.

—Era de esperar que tarde o temprano se aburriera de la vida del campo —comentó con aparente indiferencia—. Y ahora, si me...

Pero Gareth volvió a cortar su pretendida retirada, con esa sonrisa confiada que tanto irritaba a Julia.

—No creo que se trate de eso. Yo más bien diría que ha venido detrás de la señora...

—Trent, por favor —cortó con una voz gélida como el hielo, percatándose de que con su locuacidad era capaz de echar a perder sus planes—. ¿Sería mucho pedir un poco de discreción? Te sugiero que contemples este asunto con un poco más de delicadeza y evites nombres. A estas alturas ya deberías saber cuánto odia Lisle que sus asuntos personales sean de dominio público —continuó con una breve inclinación de cabeza hacia el hombre que la acompañaba.

—Pero yo... —El joven se detuvo, mirando a William como si hasta entonces no hubiera advertido su presencia. Enrojeció hasta la raíz del cabello—. No creo que a él le importe, realmente —replicó a la defensiva—. Lady Ev... quiero decir, ha estado en la casa donde se aloja. El sábado va a acompañarlas a una velada, así que imagino que no cree que sea necesario ocultar nada.

Julia aprovechó que la llegada de su carruaje había distraído la atención de William un momento para inclinarse hacia Gareth, bajando la voz.

—¿Sí? No me digas. Imagino que alguna velada privada en casa de amigos.

—King's Theatre. —Negó con la cabeza—. Bastante público, ¿no crees?

Julia inspiró hondo, ocultando su satisfacción, y aceptando la mano de William para subir a su carruaje se despidió de Gareth. Bien, así que ambos se encontraban en Londres, recapacitó dando golpecitos pensativos en el mango de su parasol. Parecía

que el tema era más serio de lo que había pensado; afortunadamente ella no se había quedado cruzada de brazos, y el hecho de que hubieran vuelto le facilitaría las cosas. Sonrió complacida mientras el carruaje se ponía en marcha; el día había mejorado ostensiblemente.

Anna dio un sorbo a la copa de champán que le había servido John, mientras observaba con curiosidad aquella pequeña habitación. Su llegada a la casa apenas parecía haber sorprendido al mayordomo, que se había limitado a hacerse a un lado mientras él la conducía escaleras arriba. John le había dicho, al abrir la puerta del despacho, que era un paradigma de discreción. Pero aquella explicación, hecha para tranquilizarla, le produjo un bufido de desdén: con una punzada de celos, Anna comprendió que aquella no era la primera vez que John conducía a una mujer a sus aposentos ante la vista del mayordomo. Eso también explicaba la velocidad a la que les había hecho llegar la botella de champán y un plato de langosta fría sin siquiera haber preguntado.

Volvió a dar un trago a la copa, removiéndose en la butaca, sabiendo que no tenía ningún derecho a sentirse molesta. Observó la espalda de John; se había quitado la chaqueta y se hallaba vuelto hacia el fuego, con el antebrazo izquierdo apoyado en la repisa de la chimenea y la mano derecha sosteniendo el atizador con que removía los troncos. Anna podía distinguir los poderosos músculos de sus hombros tensándose bajo la fina tela de batista. Cerró los ojos, intentando que la poderosa atracción que sentía por él no le hiciera olvidar para qué había venido, pero el tintineo metálico del atizador al ser colocado en su base le hizo abrirlos de nuevo.

—¿Cómo conociste a tu marido?

John se había colocado junto a ella, con la mano en el respaldo de la butaca contigua. Anna elevó la cabeza para poder observarlo. Su figura se recortaba, alta y poderosa, contra el resplandor del fuego. Había aflojado la corbata, y la camisa se entreabría dejando ver la clara franja de piel de su pecho, pero Anna no era capaz de discernir su mirada entre las sombras. Cruzó las manos sobre su regazo, y esperó hasta que él se hubo sentado para intentar desgranar sus recuerdos.

—Nos conocimos en Folkestone, en enero de 1809. Nos presentaron en una velada en casa de sir Joshua Ware. Yo me había criado en Alten, muy cerca de Hillbury, pero cuando mi padre falleció nos trasladamos a una casa que un primo de mi padre nos ofreció en Hythe. Estaba a solo tres millas de la ciudad y yo solía pasear hasta allí a menudo, para acudir a la librería o al boticario, y a menudo visitaba a la señora Ware. Phillip pertenecía al regimiento 95. Ya sabes, los *rifles*. Después de esa primera noche nos encontramos a menudo, en mis paseos a Folkestone o en muchas de las veladas que se organizaban para jugar un poco de *whist*. En una ocasión incluso acudió a mi casa para conocer a mi madre. Por entonces ella ya estaba

enferma y apenas salía de casa; en realidad creo que nunca superó la muerte de mi padre y el traslado —añadió a modo de explicación, y luego intentó concentrarse de nuevo en el relato—. El caso es que nos veíamos a menudo y él era todo lo que una joven de veinte años con pocas ocasiones de conocer gente podía desear: un oficial apuesto y atractivo, de buena familia, divertido y educado. Al menos, eso creí entonces.

—Y os casasteis.

Anna negó con la cabeza, observando de reojo la manera en que la mirada de John la contemplaba fijamente. Sintió un escalofrío, y prosiguió.

—No entonces. En primavera su regimiento embarcó hacia Coruña y nos despedimos sin ninguna promesa. Además yo estaba muy ocupada con mi madre; su salud empeoraba por momentos, y me necesitaba a su lado. Cuando se fue no decaí ni me sentí desesperada; le echaba de menos, y rezaba porque volviera sano y salvo, pero sabía que podían pasar años hasta que volviéramos a vernos y que era muy probable que sus afectos encontraran otra destinataria. Sin embargo, para mi sorpresa, un día de noviembre apareció en la puerta de mi casa, sonriente y apuesto como si viniera de un baile. Le habían encargado reclutar soldados para las ocho compañías que quedaban en su batallón.

—¿Fue entonces cuando os prometisteis?

—Un mes más tarde —reconoció con un suspiro—. Él comenzó a cortejarme de manera decidida, y yo... bueno, no había pensado que él pudiera sentir nada serio por mí, pero no me resultaba indiferente. Por otra parte, mi madre estaba muy enferma, pero hizo todo lo posible porque nuestra relación avanzara. Le aterraba pensar que pudiera quedarme sola en el mundo, y creo que aquella le pareció su oportunidad de irse en paz. A veces me pregunto si en realidad acepté el ofrecimiento de Phillip solo para que pudiera morir tranquila.

—¿Es que no le querías? —preguntó John con suavidad.

Anna contempló sus manos con expresión pensativa.

—Ya no lo sé. Supongo que sí, o al menos supongo que entonces lo creía. Era muy atractivo, encantador y galante. Tampoco había conocido a muchos más hombres para poder comparar, pero me pareció que era todo lo que un caballero ha de ser. Me halagaba y me trataba con deferencia. Dijo que cuidaría siempre de mí, que no tendría que preocuparme por nada. Cuando hizo su oferta, la acepté sin pensar demasiado; tampoco era probable que recibiera muchas más...

—Tenías veinte años, entonces. Habrías recibido muchas más —cortó John con algo de dureza.

—Veintiuno —le corrigió con un suspiro—, y no, no lo creo. El caso es que acepté. Nos casamos a principios de año, y nos trasladamos a una casa a las afueras de Folkestone, muy cerca de Shorncliffe, donde estaba la sede del regimiento. Él

pasaba la mayor parte del día allí; era una buena situación, porque de esa manera yo podía dedicarme a mi madre. No nos veíamos a menudo, porque pasaba casi todo su tiempo con el regimiento. Esa primavera de nuevo embarcaron, esta vez hacia Cádiz. Llevábamos casados apenas dos meses, y en ese tiempo nos habíamos tratado poco. Tal vez el matrimonio no estaba siendo lo que yo esperaba, pero en conjunto estaba conforme. Recuerdo que el día que partió pensé que la despedida no había sido muy afectuosa, pero supuse que tal vez era la mejor manera de partir cuando uno va a una guerra.

»Entonces la salud de mi madre empeoró tanto que reclamaba todo mi tiempo. Yo seguía las noticias de la Península, pero mi vida transcurría igual que siempre, y había veces en que mi matrimonio me parecía irreal. Finalmente, ella falleció poco antes de Navidad, y él solicitó permiso para acudir. Supongo que entonces comenzó todo, aunque aún yo no fuera capaz de darme cuenta —murmuró con un visible escalofrío.

Viéndola temblar, John se levantó y atizó de nuevo el fuego. Una oleada de calor llegó hasta Anna mientras él tomaba la botella de champán, llenando su copa de nuevo. Luego volvió a sentarse en silencio. Anna sonrió en señal de agradecimiento, y continuó hablando.

—Después del entierro, le sugerí que Bess podía quedarse con nosotros. Había estado con mi familia desde que yo recordaba, y me había cuidado siempre. Además yo no quería quedarme sola cuando él se fuera de nuevo. Él no quería, pero insistí. Entonces su reacción me dejó consternada: montó en cólera y gritó que yo no era quién para tomar decisiones en su casa. Intenté explicarle que yo no estaba tomando decisiones, pero golpeó con el puño la puerta gritando que me callara. Luego tomó una figura de una estantería y la arrojó contra el suelo, rompiéndola en añicos. Me asusté terriblemente; nunca había imaginado que pudiera perder así los estribos, y ni siquiera comprendía qué podía haber desatado su furia de esa manera. Se fue de casa, y cuando aquella noche volvió olía a whisky; se arrodilló delante de mí, pidiéndome perdón y besando mis manos. Yo no era capaz de decir nada; había pasado todo el día en un estado de profundo estupor, y estaba demasiado conmocionada para pensar racionalmente, pero insistió tanto que le perdoné. Sin embargo, no consintió cambiar su decisión, y Bess se tuvo que ir a vivir con una hermana. Después de aquello, cuando de nuevo embarcó respiré aliviada. Ya no le vi hasta que pasaron más de dos años. Entonces volvió; le habían herido en un hombro, en Tarbes. Nada muy grave, pero en aquellas condiciones tuvo que volver. Entonces se desató mi infierno.

»Al principio casi no me daba cuenta; se encerraba a beber en la sala durante toda la mañana, y después se iba de casa. Cuando volvía, podía arrojar un plato al suelo porque la comida no estaba suficientemente caliente, o lo estaba demasiado, o lanzar un objeto contra la puerta si no le atendía con rapidez. Siempre había algún motivo

para su descontento. Al poco llegaron los insultos, y antes de darme cuenta de lo que sucedía, me encontré una noche en el suelo de un golpe, sangrando por la nariz. Aquella noche él se horrorizó; me pidió disculpas una y otra vez, llorando como un niño; me juró que me amaba, dijo que yo le había provocado, que no se volvería a repetir... Pero se repitió. Muchas veces —terminó con sencillez, respirando hondo como si se hubiera quedado sin aire. Luego alargó una mano temblorosa hacia la copa, y la bebió de un trago.

John se levantó y se colocó tras ella, poniéndole las manos sobre los hombros con delicadeza.

—Si no deseas hablar de ello...

—Ya no me duele —Se encogió de hombros sin atreverse a mirarle—. Al menos no demasiado. Resulta extraño lo rápido que aprendes a vivir con miedo. Nunca sabía cómo iba a resultar el día, y me descubrí conteniendo la respiración en muchas ocasiones. A veces era cariñoso y tierno; juraba que me quería y quitaba importancia a lo que había sucedido. Siempre tenía alguna explicación; yo le había irritado con una pregunta, o le había descuidado al no atender a tiempo su petición, o le había contestado con impertinencia... No sé, siempre había razones para recibir un golpe. Aprendí a distinguir su humor por el sonido de sus pasos cuando volvía de la taberna o de algún garito de juego; si había ganado a las cartas podía venir eufórico, dispuesto a comerse el mundo. Si no... bien, era seguro que acabaría encontrando algo que no fuera de su gusto.

John se descubrió apretando la mandíbula con rabia. Presionó ligeramente los hombros de Anna, en un gesto que pretendía reconfortarla.

—¿No había nadie para ayudarte?

Anna se volvió hacia él, con una sonrisa escéptica.

—No se puede ayudar a una mujer cuando está casada. Es propiedad del marido.

—Eso no es así.

—A efectos prácticos lo es. Una mujer casada no posee nada, no puede decidir nada; si a su marido se le antoja, ni siquiera tiene derecho a ver a sus hijos. Nadie puede hacer nada si decide corregirla con el cinturón o el puño.

—Eso no es cierto del todo. Sabes que hay cosas que la Corona habría perseguido...

—¿Que me matara? Sí, supongo que eso habría sido un crimen. Pero cuando solo se trata de un ojo morado o un labio roto, ¿quién se interpondría? Muchos creerían que la culpa era mía... yo misma lo creí mucho tiempo. Demasiado. Con el tiempo, me he dado cuenta de que el hecho de que no tuviera familiares cercanos que pudieran intervenir era parte de mi atractivo, por así decirlo. Una vez que falleció mi madre y que echó a Bess, le fue muy fácil aislarme. Intenté llevar la situación con toda la dignidad que me fue posible, y al principio incluso intentaba razonar con él.

Pero poco a poco aquello me fue minando, y acabé por no salir de casa para no tener que enfrentarme a la mirada de los vecinos.

John asintió y volvió a su asiento, contemplándola pensativo.

—¿Qué pasó luego?

—La situación se fue deteriorando. Entonces la chica que contratamos como criada debió sentir compasión de mí; me avisó que había escuchado rumores en el pueblo... rumores de deudas de juego, cada vez más fuertes, incluso con los compañeros de regimiento. Me sugirió que hablara con un abogado, pero entonces comprendí hasta qué punto estaba atrapada por mi vida: no habíamos firmado ningún contrato matrimonial, y no había ningún dinero que yo pudiera mantener para mí. Estaba totalmente sola y perdida, y por fin entendí por qué se había empeñado en casarse conmigo. No es que mis padres me hubieran dejado mucho dinero, pero era más que suficiente para haber vivido con comodidad; y él lo había derrochado todo en un par de años. Aquello fue para mí una especie de punto final; intenté hablar con él, razonar, incluso gritar, pero lo negó todo, me insultó y finalmente me golpeó... Era su forma de arreglar las cosas. Me sentía tan impotente, tan humillada... Es difícil explicar la sensación de estar atrapado por un problema en el que sabes que no hay solución, y en el que te hundes cada día un poco más. La falta de esperanza es algo terrible; me limitaba a languidecer día a día. Entonces, cuando más desesperada y abatida me hallaba, apareció William.

Anna clavó la mirada en John, esperando encontrar algún tipo de reacción. Pero un ligero parpadeo fue la única señal de que aquel nombre tenía algún significado para él.

—Continúa —le apremió con gesto impertérrito.

—Fue una tarde de julio. Phillip se había ido a beber, como siempre, y yo estaba sola en la casa. William apareció mientras yo me hallaba en el jardín. Era uno de los compañeros de Phillip; recordé que le había conocido brevemente cuando ambos volvieron de Coruña. Acababa de llegar de Francia, y quería saber qué tal se encontraba Phillip de su herida. Al parecer, lo poco que le habían explicado en Shorncliffe le había dejado preocupado. Charlamos un poco, aunque me temo que yo no fui muy amable con él; sentía el brazo dolorido porque la víspera Phillip me lo había lastimado. Tenía unas marcas moradas muy feas por encima de la muñeca y no deseaba que nadie las viera. No le invité a esperarle ni le animé a volver, pero al día siguiente apareció muy temprano, y encontró a Phillip en casa. Estuvieron charlando y bebiendo, y creo que entonces se dio cuenta de que algo no iba bien, porque su presencia comenzó a ser frecuente. Lo curioso es que aquellas visitas parecían hacer bien a Phillip; seguía saliendo temprano y volviendo tarde por la noche, pero me pareció que bebía menos. Yo no podía sino sentirme agradecida por ello, pero es que además, cuando él estaba, tenía la sensación de que Phillip no se atrevía a lastimarme.

»Comencé a salir más a menudo al pueblo, y no era infrecuente que coincidiera con él en mis paseos. Supongo que entonces empecé a preocuparme más por mi aspecto, aunque yo no era consciente de estar haciéndolo por ningún motivo. Cuando encontraba a William no podía evitar sonreír, pero me decía que era porque le agradecía su influencia sobre Phillip. El caso es que durante ese verano coincidimos en varias ocasiones; Phillip seguía pasando la mayoría de su tiempo fuera de casa, pero su brazo se iba recuperando con rapidez y estaba más animado. Y de alguna manera, parecía que William me estuviera protegiendo. Era el hombre más amable y considerado que yo había conocido; siempre encontrábamos temas de los que charlar, y me escuchaba como si lo que yo decía le interesara realmente. Solo una vez me preguntó si Phillip me pegaba, pero no quise contestar y no insistió. Pero después del verano le comunicaron que debía partir hacia Amberes y unirse al estado mayor del Príncipe de Orange. Yo sabía que aquello era normal, pero una parte de mi corazón sintió que se desgarraba. Cuando se fue, los ataques de Phillip se recrudecieron, como si hubiera sido la presencia de William la que los había impedido. Todos los días encontraba una excusa para golpearme, y ahora además los insultos eran continuos. Me acusaba de haberle engañado con William, me llamaba zorra... Entonces, un día en que me golpeó contra la pared cometí un tremendo error: le dije que estaba embarazada. Aquello pareció desatar todos sus demonios: me llamó puta, me acusó de haberme acostado con William, me dijo que no tendría aquel bastardo... Nada era cierto, pero yo estaba aterrorizada y deseaba ser madre, así que intenté huir de la casa para poner a salvo mi bebé. Pero entonces él lanzó un puñetazo que me alcanzó en la sien, y ya no supe qué sucedió. Cuando volví en mí, estaba tirada al pie de las escaleras, con Phillip encima de mí sollozando. Supongo que creyó que me había matado, porque tenía la falda empapada de sangre. Después de suplicarle mucho tiempo, conseguí que avisara al médico, pero ya no había solución; me había roto un brazo y había perdido a mi hijo. Entonces todo mi mundo se hundió; me metí en la cama decidida a no volver a salir de ella. El médico dijo que había enfermado de melancolía, y de no haber sido por una vecina que se empeñó en traerme comida, creo que podría haber muerto de inanición.

»De repente, un día apareció mi madrina. Nunca me ha dicho cómo lo averiguó, pero vino a buscarme y a llevarme con ella. Phillip discutió e intentó impedirlo, pero ella debió amenazarlo de alguna manera, porque lo cierto es que aquella misma noche dormí en Londres, y a la semana siguiente embarcamos hacia Bruselas. El resto, lo puedes imaginar; William y yo coincidimos en una velada en casa de lady Vidal y creo que entonces me enamoré de él. Había salido de Inglaterra casi doblegada por el maltrato de Phillip, pero en Bruselas comprendí que aún me quedaba algo de espíritu. Allí todo parecía distinto, como si aquello fuera otra vida, o yo otra persona. Había cacerías, fiestas *al fresco*, bailes y alegría de vivir. William y yo nos reíamos juntos,

disfrutábamos charlando; me hacía sentir una mujer atractiva e interesante, y de repente volví a sentir pasión por la vida. Creo que fueron los mejores meses de mi vida. Ni siquiera cuando Phillip apareció en Bruselas pensé en alejarme de William.

Anna elevó la vista hacia John avergonzada. Esperó como un reo que espera su veredicto, con ansiosa esperanza de ser absuelto y un intenso temor de ser condenado. Los ojos de John se clavaron en los suyos con férrea determinación, pero ella no podía discernir si la despreciaba o la compadecía.

—Tu marido era un bastardo —dijo al fin con dureza—. Desearía que estuviera vivo para poder matarlo yo mismo.

Se levantó y le tendió la mano, y con un suspiro de alivio Anna la tomó. Luego la obligó a ponerse en pie y la acercó a su cuerpo. El calor de la piel de John traspasaba la tela de su chaleco y la seda del vestido de Anna, irradiándose sobre su cuerpo y calando hasta sus huesos. John bajó la cabeza en busca de su boca, reclamándola con una insistencia que hizo que ella cerrara los ojos y se rindiera a las sensaciones que el roce de su lengua, de sus dientes, de sus labios desataba en su cuerpo.

Sus labios se separaron un centímetro y Anna dio una bocanada para respirar. El olor de la piel de John inundó sus sentidos y le provocó un desmayado jadeo. Entonces él dio un brusco paso hacia atrás, tomando su cara entre las manos, clavando su mirada oscurecida en la de ella. Se contemplaron unos instantes en silencio. Anna comprendió la muda interrogación de aquella mirada; ella estaba decidida.

Segura de lo que deseaba, le sonrió con decisión. Entonces, con un extraño gemido que tanto podía ser de triunfo como de derrota, John tiró de ella hacia la puerta que comunicaba el despacho con su dormitorio. El contraste entre el pequeño despacho, gratamente alumbrado por velas, y aquella habitación apenas iluminada por un tibio fuego, hizo que Anna parpadeara. Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra; con la boca seca, contempló el reflejo de las llamas en la pulida madera de los postes de una enorme cama. Anna sintió que su corazón se saltaba un latido.

Escuchó la puerta cerrarse tras ellos, y sintió la presencia de John a su espalda. Con todos sus sentidos a flor de piel notó un ligero roce en la nuca cuando sus manos se posaron sobre los botones del vestido. A medida que sus dedos desataban una a una las diminutas cuentas de nácar, Anna fue sintiendo cómo la presión de la tela era reemplazada por una creciente tensión en su estómago. El aliento de John acarició su nuca, produciéndole un estremecimiento de anticipación. Mientras el vestido se aflojaba, su tensión se incrementaba y su respiración se volvía más agitada. Los hábiles dedos de John llegaron a la altura de su cintura, y comenzaron a soltar el cordón que anudaba su corsé. El susurro de la sedosa cinta al deslizarse por los ojales hizo que los sentidos de Anna se erizaran. Bajó la vista, y contempló fascinada cómo

su vestido se deslizaba de sus hombros; sus pechos, tan solo cubiertos por la camisola, escaparon de la opresión del corpiño. Se sentía ebria de deseo. El aliento de John sobre su nuca se hizo más cálido, más cercano y apremiante, y cuando sus labios se posaron sobre la descubierta piel del cuello, una placentera descarga hizo que su espalda se arqueara contra él, y el vestido resbaló por completo de su cuerpo, formando una arrugada montaña de seda a sus pies.

John jadeó entrecortadamente tras la espalda de Anna al verla casi desnuda ante él. El zumbido de su propia sangre, tumultuoso y descontrolado, azotaba sus oídos como el rugido del mar en un día de tormenta. Entonces posó sus manos sobre los hombros desnudos, y empujó con delicadeza la suave tela de muselina de su camisola. Anna bajó la vista hacia su propio pecho, jadeando. La ligera tela se fue deslizando, dejando al descubierto el redondeado contorno de sus senos y trabándose apenas un segundo sobre sus pezones endurecidos, antes de caer por completo.

Anna sintió que las piernas no podrían sostenerla. Intentó volverse, pero John detuvo sus movimientos colocando las manos sobre su cintura desnuda. Entonces, con un movimiento ágil y certero, pasó un brazo bajo sus rodillas, elevándola como una pluma y depositándola con suavidad en la cama.

Respirando entrecortadamente, Anna se incorporó ligeramente sobre los antebrazos para intentar verle. Una ráfaga de aire la alcanzó cuando John comenzó a cerrar las cortinas del dosel, haciendo que su cuerpo se estremeciera. Su piel se fue tiñendo de un resplandor carmesí a medida que el terciopelo granate se cerraba a su alrededor. Anna observó su propio cuerpo desnudo, recostado en la penumbra, tan solo cubierto por las medias de ligero algodón; el contraste entre la blanca desnudez de su propia piel y la rojiza penumbra generó en ella un sensual anhelo. Entonces recordó la opulenta figura de la mujer de los establos, y la felina voluptuosidad de Julia, y una punzada de inseguridad la recorrió. Ella no tenía aquellas formas rotundas y su experiencia, después de sus iniciales y despreciados intentos de complacer a Phillip, se había limitado a yacer tendida sobre una cama contemplando el techo, intentando disipar una frustración que no era capaz de poner en palabras.

Se incorporó más, colocándose de rodillas. Su corazón latía desacompañadamente, y por primera vez desde que había acudido aquella tarde a John sintió que su determinación flaqueaba. Recordó las íntimas confidencias de su amiga Arabella, que le habían hecho comprender que el acto sexual podía ser algo más placentero y agradable de lo que ella había experimentado. Hacía mucho que había renunciado a la idea de conocer algo así, pero milagrosamente ahora tenía la posibilidad de averiguar si aquello podía ser real, y no estaba segura de cómo comportarse. No podía saber si su cuerpo era capaz de proporcionar a un hombre el placer que este esperaba obtener. Solo sabía que todo su ser vibraba con un ansia indefinible que le hacía sentir desvergonzada, insolente, atrevida.

Esperó con el corazón en la boca. Entonces John apartó ligeramente la cortina, y clavó en ella una mirada oscurecida y turbulenta. Instintivamente, Anna intentó apartarse hacia atrás, pero los cojines y almohadones situados tras ella le impidieron retroceder.

—No temas, Anna —susurró John con gravedad, mientras subía a la cama y se colocaba frente a ella.

La penumbra se volvió a ceñir sobre ellos, mientras ella se sentía incapaz de apartar su mirada de los ojos de John. Incluso en la semioscuridad que los rodeaba, pudo advertir que sus pupilas brillaban dilatadas, y respiraba pesadamente. Estaban cerca, muy cerca, pensó hipnotizada. Nada se interponía entre ellos. Entonces, antes de ser incluso consciente de lo que estaba haciendo, alargó la mano y la colocó sobre su pecho.

—Quiero tocarte.

Aquellas dos sencillas palabras, pronunciadas con cierta vergüenza, arrancaron un ronco gemido de la garganta de John. Fascinada, Anna comprendió que, a pesar de su experiencia y su aparente seguridad, él no estaba tranquilo en absoluto. Sintiendo un perverso ramalazo de poder, agarró la corbata que yacía suelta sobre el pecho de John y tiró de ella hasta retirarla. Luego comenzó a soltar los botones del chaleco uno a uno, tal y como él había hecho. John permaneció inmóvil, con las manos sobre sus muslos y los ojos fijos en ella. Su pecho subía y bajaba agitadamente, mientras Anna se inclinaba hacia él para deslizar la prenda por sus brazos. Al hacerlo, sus senos rozaron la tela de la camisa, y sus pezones se erizaron al contacto. John sintió que se encendía más allá de lo imaginable; cogió la camisa sin miramientos y se la sacó por la cabeza.

Una suave exclamación de placer brotó de los labios de Anna; inclinó la cabeza, maravillada ante la contemplación del torso desnudo de John. Colocó de nuevo la mano sobre su pecho, y deslizó tentativamente los dedos siguiendo la línea de los músculos de su torso, extasiada por la mezcla de firmeza y suavidad que iban descubriendo. John echó la cabeza ligeramente hacia atrás, con los ojos entrecerrados; aquellas tentativas caricias amenazaban con quebrar su autocontrol demasiado pronto. Anna continuó su exploración, bajando su mano por el abdomen, rodeando el ombligo, siguiendo la oscura línea de vello que descendía desapareciendo en el interior de sus pantalones. Entonces John agarró su muñeca, deteniéndola, con una interrogación reflejada en su mirada empañada, dándole a Anna una última oportunidad de arrepentirse; por toda respuesta, ella comenzó a soltar los botones del pantalón con su mano libre.

—Quiero verte —susurró con voz áspera.

Algo parecido a un gemido alcanzó los oídos de Anna mientras John se tendía junto a ella para despojarse de los pantalones. Anna le ayudó, sorprendida por su

propia desfachatez, por la forma en que su deseo le había liberado de cualquier inhibición. Siguió con la vista el rápido movimiento de las manos de John, la manera en que se liberó de la tela que le cubría, y su mirada se detuvo, cautivada, en el erecto miembro que apuntaba hacia arriba. Tragó saliva, comprendiendo por fin el comentario que aquella mujer había hecho al salir de los establos.

John la contempló con ternura, acomodándose en los almohadones. Luego colocó su mano derecha en la cadera desnuda de Anna, y la empujó hacia él.

—Colócate sobre mí.

Ella dudó un segundo, al comprender lo que John solicitaba de ella, pero a pesar de que un rubor cubrió su cuerpo, obedeció y se colocó a horcajadas sobre él.

—Eres tan hermosa... —murmuró mientras colocaba sus manos sobre ambas caderas, como si quisiera mantenerla muy pegada a sí.

La presión del miembro de John contra sus nalgas resultó para Anna una sensación sorprendente. Miró hacia abajo; la cabeza del glande asomaba bajo ella. Sintió un latido bajo el estómago, y luego otro, y otro... Era una emoción electrizante, sentir aquel cuerpo poderoso desnudo bajo sus manos.

—Quítate las horquillas —le pidió John, subiendo las manos hasta colocarlas bajo sus senos. Una gota de sudor bajó por su sien, mientras su cuerpo comenzaba a temblar ligeramente ante el deseo que lo inundaba.

Anna elevó los brazos para obedecerle, y al hacerlo sintió cómo sus senos se elevaban y se movían. Las manos de John sopesaron sus pechos. Anna captó cómo aquel movimiento hechizaba la mirada de John, y notó de nuevo aquella presión contra sus nalgas. Lentamente fue retirando las horquillas que sujetaban su recogido, depositándolas en el extremo de la almohada. Cuando hubo acabado bajó los brazos, apoyándose sobre el estómago de John, e inclinó su cabeza hacia delante para liberar su cabello. Su recogido se soltó y cayó sobre el pecho de John como una brillante cascada de oscura seda. Él tomó su rostro y lo acercó hacia su boca. Anna se inclinó, rozando con las puntas de sus senos el sólido pecho de John. Él capturó sus labios con avidez, y ella se apoyó contra él, sintiendo que se disolvía en aquel beso exigente, posesivo, que envió por todo su cuerpo una sacudida electrizante.

Entonces John soltó su rostro, y sus manos se dirigieron de nuevo a sus pechos. Anna sintió un placentero latigazo en su vientre cuando los dedos de John resbalaron perezosamente sobre sus pezones, estirando con suavidad la piel que los rodeaba. Cautivada, bajó la vista para observar cómo aquellas oscuras aureolas parecían aumentar de tamaño mientras se escurrían por los dedos entreabiertos que jugueteaban con ellas. La boca de John se posó sobre una de ellas; su lengua la rodeó, se entretuvo en la endurecida cima hasta que un gemido de placer escapó de la boca de Anna. Sentía que la excitación arqueaba su espalda, enviando por todos sus miembros un placentero dolor, y provocándole una sorda, hambrienta necesidad de

llenar su vacío. Luego John pasó al otro pecho, y Anna enredó los dedos en su cabello, acercándolo aún más a su boca, jadeando y gimiendo.

De repente, con un rugido atormentado, John la hizo rodar sobre el colchón, colocándose sobre ella, entre sus piernas abiertas. Tomó sus manos y las elevó por encima de su cabeza, manteniéndolas allí mientras su boca descendía nuevamente sobre sus pezones, succionando y lamiendo alternativamente, mientras Anna se agitaba bajo él, elevando sus caderas, solicitando una liberación que jamás había soñado necesitar. John clavó una mirada enfebrecida en sus ojos. Anna le devolvió una hambrienta mirada oscurecida por la pasión que la devoraba. Volvió a elevar las caderas hacia él, demandando que acabara con su necesidad.

Pero John sintió que aún era demasiado pronto; soltó sus manos aprisionadas y, agarrando una de sus piernas, colocó el pie contra su hombro. Desabrochó la liga y colocó las palmas extendidas sobre la suave piel del muslo de Anna. Poco a poco fue deslizándolas, arrastrando la media consigo hasta la rodilla, hasta el tobillo, hasta que con sumo cuidado pudo retirarla por completo, acariciando el empeine y dejándola caer al suelo. El entrecortado suspiro de Anna, que permanecía con los ojos cerrados, tensó aún más su erección. Bajó el pie y repitió la operación con la otra pierna. Entonces, cuando Anna yacía completamente desnuda ante él, abandonada y vulnerable, su carne tibia y suave agitándose estremecida por las caricias recibidas, tomó ambos muslos y los separó con firmeza, y su cabeza se perdió entre ellos.

Aquello pareció sacar a Anna de su estado febril. Intentó liberarse, apoyándose en los antebrazos, pero las manos de John agarraron con mayor firmeza sus caderas y la obligaron a tumbarse de nuevo.

—Déjame saborear tu sexo, Anna —dijo de manera apenas audible, mientras su aliento se deslizaba sobre ella—. Tu excitación es un regalo para mí. He soñado tanto con este momento...

Anna sintió la húmeda caricia de su lengua separando los pliegues de su sexo, y comprendió que aquello la haría despeñarse por un precipicio. Jadeó mientras sus caderas se elevaban hacia aquella boca que la invadía como si no pudiera evitarlo. Sus pies, sus muslos, sus pantorrillas se tensaban bajo aquella caricia cada vez más húmeda, cada vez más profunda. Luego la lengua se demoró en su clítoris, lamiéndolo una y otra vez, mordisqueándolo mientras primero un dedo, luego otro y otro, penetraban en su interior con enloquecedora cadencia.

Su corazón golpeaba contra su pecho. Comenzó a jadear más rápido, a elevar sus caderas con más ímpetu, mientras era incapaz de distinguir qué camino trazaba aquella lengua sobre su palpitante sexo ni cuántos dedos entraban y salían arrancándole gemidos de placer. Se oyó a sí misma suplicar de manera incoherente, y entonces, en un rápido movimiento, John se incorporó y colocó su grueso pene en la entrada de su vagina, presionándola con movimientos cortos, precisos, controlados,

hasta que con una profunda y rápida embestida se adentró en ella, llenándola y haciéndola gritar de sorpresa, de pasión, de un terrible deseo de moverse al unísono con él, de sentirse saciada de aquella manera, colmada, rendida a él, repleta de él.

John adelantaba sus caderas una y otra vez contra la pelvis de Anna, arremetiendo con largos y lentos movimientos, que de repente se volvían intensos, breves, para de nuevo ser pausados y profundos. Anna sintió que enloquecía; sus pechos estaban tensos, hinchados, necesitados de sus labios y sus dientes. Los tomó con las manos, juntándolos y elevándolos hacia él, ofreciéndolos a aquella boca que hacía que su vientre se contrajera de deseo.

Con un profundo gruñido de satisfacción, John pasó una mano bajo la cintura de Anna, elevando sus caderas para penetrarla más profundamente, y se inclinó de nuevo sobre sus senos, lamiéndolos y mordisqueando los pezones. Hacía ya un tiempo que había dejado de controlar lo que sentía, la velocidad a la que movía sus caderas, y se guiaba solo por su instinto, por el ritmo de la respuesta de Anna ante sus embestidas, que acogía con sibilantes sonidos de satisfacción, con los ojos cerrados y las piernas enlazadas con firmeza alrededor de su cintura, impidiéndole salir o bajar el ritmo, poseyéndole a él tanto como él hacía con ella.

Anna no sabía si un cuerpo podía inflamarse, pero ella se sentía peligrosamente cerca del abismo. Cada caricia de la lengua de John sobre sus pezones arrancaba una violenta palpitación en su vientre. Sentía su sexo latiendo con desesperación, sentía la presión del grueso miembro de John deslizándose con cadencia enloquecedora dentro y fuera de ella. Todo parecía haberse acelerado, las embestidas de John, la palpitación de su sexo. Su espalda se arqueó contra su voluntad, sus piernas y sus muslos se tensaron con rigidez; su vagina se contrajo sobre el rígido miembro de John, apretándolo y comprimiéndolo, y entonces todo pareció estallar a su alrededor, como si un rayo la hubiera alcanzado y su cuerpo hubiera estallado en pedazos hacia el cielo.

Aún sentía los violentos latidos de su vagina cuando notó la súbita tensión del cuerpo de John, de los músculos de su pecho y sus brazos; entrecerró los ojos mientras apretaba casi con violencia el abrazo que los envolvía, hasta que con el rostro crispado se derrumbó junto a ella, respirando violentamente.

El corazón de Anna retumbaba en su pecho, incrédulo y maravillado.

John se apoyó en el antebrazo para observar su rostro acalorado. Anna volvió la cabeza hacia él, aturdida; estaba intentando asimilar que Arabella no le había dicho toda la verdad sobre el acto sexual. Y debería haberlo hecho, debería haberle advertido que podía ser algo tan profundo y hermoso, tan insoportablemente tierno, tan desgarradoramente íntimo.

John sonrió; tomó su mano y se la llevó a los labios, besando cada uno de sus dedos con lentitud y ternura.

Anna lo miró abrumada. Una solitaria lágrima rodó por su mejilla hasta sus labios abiertos.

Que Dios la ayudara, estaba perdida.

Acababa de entregarle su alma.

—Cuéntame más.

Anna reposaba sobre el brazo de John, cubierto por su cabello desparramado, con la espalda apoyada contra su musculoso pecho; el otro brazo de John descansaba perezosamente bajo sus pechos, acariciándolos de vez en cuando con lentitud.

—¿Qué quieres saber? —preguntó volviendo la cabeza, saliendo a regañadientes del cálido sopor que la inundaba.

—¿Qué pasó cuando tu marido apareció en Bruselas?

La fuerza de la costumbre hizo que Anna contuviera la respiración un instante, antes de recordar que ya le había contado a John prácticamente todo sobre su matrimonio y William. Se volvió boca arriba con el ceño fruncido; después de la impactante intimidad que acababa de sellarse entre ellos, resultaba extraño rememorar aquellos momentos. Suspiró.

—Eso fue en mayo —recordó con cierta reticencia. El peso del brazo de John sobre su cadera le resultó extrañamente confortador—. La ciudad estaba llena de rumores sobre los movimientos de las tropas francesas, pero yo no quería pensar en ello... no podía soportar pensar que algún día aquello pudiera acabar, y mucho menos que William tuviera que entrar en combate. Un día Phillip se presentó en la casa que teníamos alquilada en la Grand Place. Confieso que no esperaba su aparición, a pesar de que sabía que su regimiento había desembarcado en Ostende; era como si hubiera llegado a convencerme de que mi matrimonio había sido tan solo un mal sueño. Me dijo que había venido a buscarme tan pronto como había podido, que estaba muy arrepentido de haberse comportado así, que me quería y me necesitaba, que jamás volvería a pasar... Pero yo ya no estaba dispuesta a creerle ni perdonarle, y le pedí que se fuera. A partir de ese momento, empezó a aparecer en todos los bailes y fiestas a los que yo acudía... Su visión me resultaba sofocante, opresiva, y empecé a desear que tuviera que entrar en combate. Entonces llegó el baile de la duquesa de Richmond. —Un visible escalofrío la recorrió, y John apretó el brazo que la rodeaba—. Cuando escuchamos que las tropas francesas se acercaban a Bruselas, mi madrina ordenó preparar las maletas, pero la duquesa nos dijo que Wellington y sus oficiales acudirían al baile, y decidimos quedarnos; si él estaba allí, suponíamos que nada malo nos podía suceder.

»Aquel día William había cabalgado temprano para unirse a su regimiento, y aunque pudo acudir al baile llegó muy tarde; apenas nos habíamos visto cuando Wellington ordenó a todos los oficiales que se retiraran. La certeza de que la guerra

había llegado a las puertas de Bruselas comenzó a extenderse entre los asistentes; yo le busqué para despedirme de él. Intenté aparentar serenidad y confianza, pero en mi fuero interno me sentía destrozada, como si intuyera que algo terrible le podía pasar. En la desbandada de invitados que se marchaban, William me tomó de la mano; salimos al jardín y nos alejamos de la casa, buscando un lugar tranquilo donde decirnos adiós. Había una zona apartada entre una fuente y una roaleda... Recuerdo que todo estaba húmedo, pero en aquel momento había dejado de llover. William me tomó en su brazos, y entonces nos besamos. Fue nuestro primer beso, un beso de despedida... —De repente calló, mirando al techo—. También fue el último.

John apretó la mandíbula, sintiendo el aguijonazo de los celos. Su sentido común le gritó que era absurdo tener celos del pasado, pero Anna le hacía sentir ridículamente posesivo. Intentando disimular su malestar, bajó la cabeza para besar su hombro desnudo. Entonces Anna elevó hacia él sus ojos verdes, con las pupilas dilatadas por la oscuridad y la emoción.

—Nunca hubo más entre nosotros, pero ese día Phillip nos encontró —explicó con un ligero temblor en su voz—. Supongo que me siguió, o tal vez a William. No lo sé, pero el caso es que lo descubrió. William se colocó delante de mí y le dijo que si me ponía una mano encima lo mataría. Pero yo sabía que Phillip nunca haría nada delante de testigos; tranquilicé a William y le pedí que nos dejara. Él cogió mis manos y las besó. Luego se fue. Aquella fue la última vez que lo vi —concluyó con voz lacerada por la emoción.

John no era capaz de desprenderse de una incómoda sensación de celos, y su tono fue algo brusco al hablar.

—¿Qué sucedió con tu marido?

—Le confesé a Phillip que no le amaba y que no deseaba volver con él. Me respondió que jamás me concedería el divorcio, y le contesté que me daba igual. Lo cierto es que no sé por qué lo hice, porque William y yo no habíamos hecho ningún plan para el futuro, pero la idea de volver a Kent con él se me hizo insoportable. En realidad ahora sé que fui una estúpida: jamás habría podido vivir junto a William donde le destinaran. Nadie, y mucho menos su sentido del honor, habría permitido que la esposa de un oficial del ejército fuera la concubina de un compañero. Pero entonces ni siquiera pensé en eso. No sé qué pasó por la cabeza de Phillip; recuerdo que se balanceó como si lo hubieran golpeado, y por un momento temí que me pegara allí mismo, pero entonces vinieron a buscarle, tenían que ponerse en marcha inmediatamente... Todos abandonamos el baile. Mi madrina dispuso todo para salir hacia Amberes y volver a Inglaterra al día siguiente, pero yo no podía irme. No así.

»Al día siguiente llegaron las noticias de la batalla de Quatre-Bras... Un regimiento de los *rifles* se había visto envuelto en la batalla, y habían sufrido numerosas bajas. No había manera de saber más; tomé un caballo e intenté acercarme

hacia Alseberg pero era totalmente imposible. La carretera estaba llena de soldados que se dirigían en retirada a Bruselas, carros de heridos, muertos... Tuve que regresar y buscar por toda la ciudad alguien que me pudiera informar. Finalmente encontré en el hospital general un soldado del primer batallón del 95. Me dijo que había estado junto al mayor Moore gran parte de la batalla, pero que en uno de los ataques ordenados por el coronel Barnard una bala le había tirado del caballo y ya no le había vuelto a ver. Había intentado acercarse a él pero los franceses habían conseguido romper su línea y entonces recibieron órdenes de retirarse. William había quedado en campo enemigo. Con un gesto de compasión, me dijo que no había muchas posibilidades. Pero no le quise creer y seguí buscándole por todo Bruselas. Al caer la noche estaba exhausta y destrozada. Volví a la Grand Place donde me esperaba mi madrina, llena de preocupación. Entonces me entregó una carta que había llegado aquella mañana; era la carta de William que viste. Aquello fue un terrible mazazo para mí; la había escrito después de abandonar el baile, como si él hubiera adivinado que algo le sucedería y hubiera querido despedirse. Esa noche apenas dormí y antes de amanecer ya estaba en pie de nuevo, dispuesta a seguir buscando a pesar de que no albergaba apenas esperanzas. Mi madrina había ordenado preparar el carruaje pero yo no podía irme así, sin saber. Lady Everley fue muy valiente. —Aquel recuerdo fue capaz de arrancarle una corta sonrisa—. A pesar del temor que la situación le inspiraba, no quiso dejarme sola y decidió acompañarme, pero tras muchas horas buscándolo no apareció en ningún sitio. Nadie sabía nada de él, y fui perdiendo completamente la esperanza de que hubiera sobrevivido al disparo. Mi madrina me obligó a montar en el carruaje para irnos hacia Amberes. Entonces, cuando estábamos a punto de abandonar la ciudad, encontramos una especie de barracón donde acababan de llegar algunos heridos. Vi dentro un uniforme verde de los rifles y la convencí para bajar; William no estaba, pero tumbado en una cama, con un pie destrozado y la cabeza vendada, estaba Phillip.

—¿Encontraste a tu marido cuando buscabas a William? —preguntó John con incredulidad.

Anna asintió, encogiéndose de hombros.

—Irónico, ¿no es cierto? A pesar de las heridas y la fiebre, Phillip me vio y me reconoció. Había perdido un ojo, pero había podido abandonar el campo de batalla apoyándose en un compañero para refugiarse en una iglesia, de donde los rescató un granjero que los llevó a Bruselas. Tuvieron suerte, ya que los muertos aquel día se contaron por miles y muchos heridos quedaron abandonados en el campo de batalla toda la noche e incluso al día siguiente, cuando el ejército se reagrupó para moverse hacia el monte St. Jean. Me contó todo agarrando mi mano con desesperación, rogando que no lo dejara morir solo. Yo no quería escuchar aquello ni quedarme con él; toda mi preocupación era por William. Intenté soltarme, y entonces sujetó mi

brazo con fuerza y me obligó a sentarme a su lado en aquel camastro. Parecía que pudiera leer mi pensamiento; con una carcajada que me provocó escalofríos, me dijo que sabía que a quien buscaba era a William y no a él, pero que era inútil que siguiera buscándolo porque estaba muerto. Me contó que estaba cerca de él en el ataque en el que había caído de su caballo; mientras yacía en el suelo, aprisionado por su montura, un soldado francés se había acercado con la bayoneta... En mitad de la refriega de la retirada Phillip fue capaz de apuntar al francés. Pero en ese momento, me dijo con despecho, la imagen de la noche anterior había acudido a su mente, el beso de William, el abrazo, la forma en que yo le había dicho que no iba a volver con él... Entonces había bajado el arma y girado el caballo, dejándolo allí tirado a merced del francés... Cuando me dijo aquello creí que el dolor me iba a partir por la mitad. Deseaba golpearle, herirle, destrozarle, pero en cambio no pude mover un dedo ni decir nada. Me quedé allí, mirando al vacío, como si alguien me hubiera golpeado en el estómago, y solo podía ocuparme de intentar respirar. Mi madrina intentó sacarme de allí, pero yo no era capaz de moverme. Entonces él se agarró a mí, rogando que no lo abandonara. Lloraba como un niño, diciendo que me quería, que era su esposa, que mi deber era cuidarle... En medio de su delirio, decía que la culpa era de William, que le había robado mi afecto. Luego era a mí a quien culpaba de su muerte, por haberle engañado. Yo le miraba sin verle. Le escuchaba sin oír nada de lo que decía. Por fin, la comprensión de que William ya no estaba explotó en mi cerebro, y en ese instante todo se derrumbó a mi alrededor. Todos los sueños que, estúpidamente, me había permitido albergar acababan de desvanecerse para siempre. Entonces supe que no había lugar donde huir; los meses en Bruselas con William me habían deslumbrado hasta el punto de olvidarme de la existencia de Phillip, pero ahora la cruda realidad caía sobre mí como una cruel burla del destino. Con horror descubrí que, en mi fuero interno, había llegado a albergar esperanzas de que la guerra pudiera resolver mi matrimonio, pero quien murió fue William. Solo, desangrado en mitad de un campo de centeno. Y la culpa era mía.

John la observó con el ceño fruncido.

—Eso es una tontería, y lo sabes —espetó con dureza—. Aquello era una maldita guerra, ¿qué culpa ibas a tener tú de lo que sucediera en ella?

Los ojos de Anna lo contemplaron un instante inexpresivamente.

—Jamás debí olvidar que una mujer no puede escapar de un matrimonio infeliz. Y mucho menos debí pensar que la guerra pudiera solucionar mi situación.

—Quieres decir que no debiste desear ver muerto a tu marido —continuó en el mismo tono, pero manteniendo con firmeza su brazo en torno a ella—. Y en pago por tus pecados, decidiste cuidar de un hombre que te maltrataba y al que no amabas. Elegiste tu penitencia, y esa es la verdad.

—No —contestó acaloradamente—. La única verdad era que aquel hombre al que

yo no amaba era mi marido, y antes o después tendría que volver con él, así que elegí asumir la realidad. Pero mi madrina se negó a dejarme en una ciudad que muy bien podía estar a punto de caer en manos francesas, por todo lo que sabíamos. Consiguí convencer a un tabernero que había llevado varios heridos evacuados desde una iglesia cercana a Quatre-Bras para que llevara a Phillip a Amberes, y partimos hacia allí. Fue un viaje infernal, con la carretera desbordada de carruajes que huían de Bruselas. Al cabo de muchas horas, llegamos al hospital general que se había establecido allí para las tropas británicas y alemanas. De allí nos enviaron a un pequeño barracón donde había un cirujano prusiano que inmediatamente decidió operar. Exhaustas, mi madrina y yo nos fuimos al Ayuntamiento para gestionar la vuelta a Inglaterra y allí nos encontramos con un soldado que nos conocía. Gracias a él conseguimos encontrar alojamiento y pasajes de barco.

—Pero a pesar de lo que sentías, decidiste cuidarle y volver con él. —Meneó la cabeza con incredulidad.

—Ya no importaba, ¿no lo ves? —intentó hacerle entender con paciencia—. Mi corazón estaba muerto, y no me importaba lo que me sucediera. Me limité a lo que había ante mis ojos, un hombre que me rogaba no fallecer solo. Supe que lo único que me quedaba en esta vida era mi orgullo y mi sentido del deber. Mi madrina había conseguido billetes para volver a Inglaterra, pero Phillip no podía viajar en aquellas circunstancias. Pude irme con ella, pero no lo hice. Tuve que insistir e insistir hasta convencerle de que volviera sin mí. Aquella tarde, poco después de que mi madrina partiera, le amputaron la pierna por encima de la rodilla. Las posibilidades después de una amputación así no son demasiadas, pero aunque pasó casi un mes hasta que la fiebre desapareció, sobrevivió. En realidad no recuerdo gran cosa del tiempo que pasamos en Amberes; me limitaba a cuidar de Phillip y de los demás heridos que había allí, y por las noches releía una y otra vez las cartas de William, su despedida. No acababa de creerme que aquello hubiera sucedido, a menudo me encontraba pensando que solo era una pesadilla de la que despertaría. Pero cada día que pasaba mi mente iba asimilando un poco más la realidad. Al fin, después de un mes, Phillip dijo que no aguantaba más en aquel barracón, y a pesar de su debilidad conseguimos embarcar hacia Inglaterra. Volvimos a Folkestone, y al cabo de poco tiempo le concedieron una pensión. Tenía muchos problemas para moverse, y tuvimos que habilitar una habitación para él en la planta baja; las escaleras eran peligrosas porque no veía bien al apoyar la muleta. Se encerró en sí mismo y no quería ver a ninguno de sus antiguos camaradas, tan solo siguió bebiendo y jugando en el pueblo...

—¿Y volvió a pegarte?

—No, aunque lo intentó una vez. Una noche en que volvió borracho, casi arrastrándose porque no era capaz de apoyar la muleta, intentó tener relaciones conmigo. Me agarró de la falda, la levantó y comenzó a manosearme. Yo había vuelto

con él, pero aquella era una parte de mis deberes conyugales que no estaba dispuesta a cumplir: no soportaba que me tocara y conseguí empujarle para que me soltara. Cayó contra la pared, y cuando consiguió ponerse en pie intentó golpearme con la muleta... Pero estaba borracho y no me alcanzó. Corrí a mi habitación. Entonces, cuando había comenzado a arrastrarse por las escaleras para subir, salí con una pistola en la mano, y le apunté sin dudas: le dije que si volvía a ponerme la mano encima era hombre muerto. Le sorprendí, desde luego; no creo que supiera que la había comprado en Lieja. Intentó burlarse de mí, pero capté la duda en su voz. Me dijo que si lo hacía me colgarían; le contesté que todos aquellos a los que había amado ya estaban muertos, y les acompañaría gustosa, pero que él no era quien lo iba a conseguir. Desde ese día no volvió a ponerme un dedo encima.

—La famosa pistola... —murmuró John, acariciando el cabello que se desparramaba sobre la almohada—. Resulta increíble que volvieras con él.

Anna se volvió hacia él, incorporándose sobre su antebrazo. La reacción de John no era la que había esperado.

—¿Acaso lo criticas?

—No —contestó, tomando reflexivamente entre sus dedos una guedeja que había caído sobre su pecho—. Solo que me resulta difícil de comprender.

—Porque eres hombre. Una mujer no puede escapar de su marido, intente lo que intente. Sois los hombres los que habéis hecho estas leyes, así que no me hables de comprensión. Pero aunque así no hubiera sido, además aquella era mi responsabilidad. Yo me había casado con él, nadie me obligó. No podía abandonarle.

—Claro que podías. No se merecía que cuidaras de él, ya que él no cuidó de ti. Además, habías pensado hacerlo, antes de que William falleciera.

—Lo sé, pero ya te he dicho que fui una ilusa. Sé bien que aquello nunca hubiera sido posible. Y además era mi responsabilidad. No soy una heroína ni una mártir; yo tampoco fui su esposa soñada, seguramente.

—Él se lo había buscado.

—Tal vez. El caso es que vivimos así casi dos años; falleció en la primavera de 1817, de una inflamación en los pulmones. Entonces intenté ordenar mis asuntos; no me quedaba prácticamente nada de dinero, pero como pude pagué las deudas que había dejado, hice mis cuentas con la pensión que me quedaba y decidí volver a Surrey. Lo demás ya lo conoces. Y ahora, ¿puedes decirme que es lo que tanto te molesta de esta historia?

John la observó en silencio, pensativo.

—No estoy seguro —contestó al fin, cautelosamente—. Supongo que me resultaba más confortadora la idea de que eras la viuda de un bastardo como Phillip, en vez de la de un dechado de perfección como William.

Anna dejó escapar una exclamación herida.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Quiero decir, sencillamente, que el sentimiento de culpabilidad te obligó a cuidar de Phillip mientras en tu corazón decidías convertirte en la viuda de William.

La observó con serenidad. Por debajo de sus pestañas, Anna escrutó aquella mirada oscura, molesta. Quería negarlo con vehemencia, pero no encontraba dentro de sí la suficiente certidumbre.

—Eso no es verdad —negó con poca convicción. Volvió a tumbarse sobre su espalda. Tampoco entendía por qué el hombre que en aquellos momentos compartía la cama con ella parecía tan molesto.

—¿No lo es? —Con una sonrisa contenida, John acarició la profunda curva que dibujaba su cadera, deslizando la mano con ternura por su estómago—. Desearía que no lo fuera.

—¿Por qué? —preguntó con incertidumbre.

—Porque como creo que te dije una vez, siempre he envidiado la devoción que profesabas al recuerdo de un amor. Solo que pensaba que era tu marido. Había supuesto que tu matrimonio había sido el típico; un hombre bueno, honesto y trabajador, que te había tratado con corrección y afecto. Pero por algún motivo que desconozco, nunca creí que se hubiera tratado de un amor apasionado, a pesar de que guardaras de esa forma su recuerdo. Y a eso podía enfrentarme.

Anna giró la cabeza sobre su brazo, contemplándole con asombro. Con una pequeña risa burlona, John continuó.

—Sin embargo, tu marido era un perfecto bastardo. Eso habría sido un alivio para mí, si no hubiera descubierto que sí estuviste enamorada, y que el hombre que ocupó tu corazón tuvo la oportunidad de protegerte cuando más lo necesitabas. Un verdadero caballero andante que te rescató de la desesperación, en tus propias palabras. Un dechado de perfección contra cuyo recuerdo encuentro muy difícil luchar. Supongo que lo que sucede es que ahora estoy muy celoso de William.

El corazón de Anna comenzó a latir apresuradamente en su pecho. Las palabras de John la llenaron de incredulidad, pero descubrió también que una placentera sensación de deleite y euforia se abría paso en su interior. Observó la refinada boca de John, sus profundos ojos oscuros, los marcados y definidos músculos de su abdomen, el poderoso contorno del brazo que la rodeaba... Una oleada de dicha, no exenta de una pizca de maliciosa satisfacción, la recorrió por completo.

—Eso que dices no tiene sentido —replicó Anna, recostándose sensualmente contra el pecho de John y sin poder evitar un suspiro de satisfacción.

—Yo creo que sí lo tiene, y mucho. —A pesar de que John intentó no distraerse con la manera en que la piel de Anna se deslizaba sobre la suya, su voz sonó enronquecida. Deslizó un dedo por el contorneado seno que se ofrecía a su vista, y su erección se hizo visible—. Te convertiste en su viuda sintiendo que no tenías derecho

a serlo, y tu manera de hacer penitencia ha sido encerrarte en tu casa.

—No me parece a mí que esté encerrada en estos momentos, precisamente. —La agradable laxitud que sentía en los miembros le hizo darse cuenta de que, de cualquier manera que hubiera sido el pasado, en estos momentos no se sentía culpable en absoluto. Un estremecimiento de agradecimiento sacudió su corazón. Se restregó perezosamente contra el cuerpo de John, que la contempló con una sonrisa burlona.

—Si esta es tu manera de distraerme, te advierto que funciona —contestó dando la vuelta y colocándose sobre ella.

Con satisfacción, Anna sintió la presión del miembro erecto de John contra el centro de su sexo. Una oleada de pura lujuria la recorrió de la cabeza a los pies. El recuerdo de las sensaciones que acababa de experimentar cuando él la penetraba hizo que su matriz se contrajera en un espasmo de placer. Se sentía obscena e impúdica, y más viva de lo que jamás había creído posible. Con una risa desvergonzada encogió las piernas y se escabulló del peso de John, empujándolo sobre su espalda.

—Quiero probarte —anunció con los ojos brillantes.

John elevó las cejas, sorprendido, pero no dijo nada, expectante ante aquel ofrecimiento. Observando sus ojos oscurecidos, Anna se colocó entre sus piernas, y con cautela tomó entre sus manos su miembro, mientras él apretaba la mandíbula. Lo sintió pesado en su mano, cálido y rígido. Sopesó la forma en que se acomodaba en su palma, y con un dedo curioso recorrió toda su longitud, desde el ensortijado vello hasta la ensanchada cabeza del glande. Una solitaria gota brilló en la punta cuando los dedos de Anna se cerraron en torno a él. Lentamente, sin dejar de observarle, Anna se inclinó sobre él para tomar la gota en sus labios, y cuando su lengua acarició el pequeño orificio donde anidaba, sintió que el cuerpo de John se sacudía con brusquedad. Observó cómo su mandíbula se crispaba, mientras entornaba los ojos. Sus fosas nasales se habían ensanchado y respiraba con agitación por la boca entreabierta. Anna se sentía atrevida y curiosa; pasó la lengua con lentitud por el glande, y luego descendió por su tronco, explorando cada una de las venas que en él latían. Entrecerrando los ojos, John dejó caer la cabeza sobre los almohadones, como si aquello fuera más de lo que podía soportar. La idea de que aquel hombre poderoso se rindiera de aquella manera ante sus caricias la hizo sentir llena de un extraño poder, y decidió explorarlo.

Anna volvió a pasar la lengua sobre el glande, y luego cerró los labios en torno a él. La poderosa reacción física de John ante sus suaves caricias hizo que se sintiera tremendamente excitada. No era la primera vez que acogía en su boca el miembro de un hombre; su marido parecía tener predilección por aquella forma de relación, tanto si ella quería como si no. Pero sí era la primera vez en que realizar aquellas caricias la llenaba de un intenso placer. Deslizó sus labios a lo largo del grueso tronco, apenas

arañando con los dientes el glande, y luego dejó que fuera su lengua la que ascendiera de nuevo, enroscándose y jugueteando alrededor de toda su longitud.

John emitió un ronco gruñido de placer. Sus caderas se elevaron y bajaron de nuevo, una y otra vez, marcando un ritmo que Anna siguió con su boca, atenta a todas sus reacciones, pendiente de cada uno de sus movimientos para acompañarle, disfrutando al perseguir con la lengua el latido del pulso en la tersa piel de su miembro. El ritmo se fue acelerando, cada vez más tenso, cada vez más feroz, y Anna sintió el preciso momento en que todos los músculos de John se contrajeron al unísono. Escuchó su apagado juramento cuando intentó apartar su boca con las manos, pero ella se aferró tercamente a su presa, y lamió su miembro una última vez antes de notar el chorro caliente y espeso que se derramó por su boca mientras John profería otro juramento.

—Dios mío... —fue lo único que John acertó a murmurar cuando por fin recuperó el aliento.

Anna dejó escapar una risa satisfecha, mientras con un dedo recogía con delicadeza una gota de semen que había caído sobre el abdomen de John. Luego se colocó a horcajadas sobre él, acariciando los tensos músculos de su pecho y sus brazos. Él le devolvió la sonrisa, mirándola a través de sus pestañas, entrecerrando los ojos. Inspiró hondo un par de veces, y su respiración agitada se fue haciendo más regular.

—Maldita sea, Anna —protestó riendo—. No me has dejado ninguna posibilidad de escapar.

—¿Lo deseabas? —preguntó riendo a su vez.

—De ninguna de las maneras —contestó con suavidad, elevando una mano para acariciar la redondeada curva de un seno. La espalda de Anna se arqueó de placer en involuntaria respuesta a su caricia—. Ojalá nunca me dejaras escapar. Pero Anna —comenzó repentinamente serio—, hay cosas de las que debemos hablar, ahora más que nunca.

—Ahora no es buen momento —susurró ella, inclinándose hacia él para que pudiera acariciarla mejor.

—Es el momento perfecto —contestó devolviendo la caricia que ella le pedía. Sus dedos trazaron círculos en torno a la sensible areola, sin rozar los pezones, haciendo que ella se inclinara aún más—. Ya te lo pedí una vez y te lo pido ahora de nuevo, Anna. Cásate conmigo.

Una sonrisa perezosa trepó por las comisuras de su boca.

—¿Y no crees mejor que nos limitemos a esto, aunque sea muy a menudo?

—No. —Detuvo sus caricias, y la contempló con firmeza—. No estoy de broma, Anna. Ser amantes no es suficiente. Yo quiero más de ti. Quiero despertarme viendo

tu rostro al amanecer, y abrazarte cuando te vayas a tu escuela sin que tengamos que escondernos. Quiero escuchar tus historias junto al fuego, y contarte las mías y pedirte consejo. Quiero tomar una copa por las noches mientras acaricio tu cabello y compartes conmigo tus sueños y esperanzas. Quiero cuidarte. Quiero besarte hasta robarte el aliento y dormir por las noches estrechando tu cuerpo. Quiero una relación adulta, Anna, una relación madura y sólida que se enfrente a cualquier obstáculo. Y sé que en el fondo tú también lo quieres. Así que te lo preguntaré una vez más, ¿quieres ser mi esposa?

Anna lo contempló conmovida, y rio para disimular su emoción.

—Jamás creí que recibiría una proposición de matrimonio en esta posición. — Pero su risa no encontró el eco de la de él.

—Te he hecho una pregunta.

John la contemplaba con seriedad y fijeza, sin pestañear. Sin embargo, la serenidad de su tono no consiguió ocultar del todo una breve nota de dolorosa incertidumbre. Anna bajó la cabeza y contempló su propio cuerpo desnudo, aún sentado a horcajadas sobre él. Jamás había pensado que compartiría su cuerpo tan desinhibidamente con un hombre, pero se dio cuenta con sorpresa de que estar allí con él, sintiendo su sexo palpitar bajo ella, con sus manos acariciando con fruición su piel le resultaba natural. Como si estar así fuera lo más correcto que hubiera hecho jamás. Como si todas las piezas de un rompecabezas hubieran encontrado su lugar, comprendió maravillada. Había disfrutado la mejor experiencia de su vida, sobrepasando incluso las expectativas que las confidencias de Arabella habían generado en ella, pero había sido más que eso. No creía que la más experimentada de las cortesanas pudiera sentir más lujuria y deseo del que ella había sentido aquella noche, y podía engañarse diciendo que así era su naturaleza, como a menudo le gritaba Phillip. Que ella era perversa y viciosa. Pero quería ser sincera consigo misma: aquel febril deseo de que John la tocara, la penetrara y la poseyera no era lujuria, o al menos no solo. Aquella extraña emoción que sentía cuando él la acariciaba era otra cosa, más profunda, más importante, más definitiva. Podía sentirse asustada y vulnerable, podía resultarle inquietante la idea de depender tanto de alguien, pero ahora que lo había entendido, ahora que había experimentado aquella extraordinaria comunión de sus almas, no podía negar que lo sabía.

Lo contempló un instante, hermoso como el pecado, con la sombra de la vacilación oscureciendo sus ojos intensos y profundos. Una letal mezcla de arrogancia y vulnerabilidad que había arrasado las defensas de Anna.

—Quiero estar contigo para siempre —reconoció con la emoción latiendo en sus palabras.

—¿Entonces? —inquirió con cautela.

—Tienes que entenderlo, aún me cuesta aceptar la idea de volver a casarme. —Se

encogió de hombros—. Pero si, según tú, esa es la única manera que tenemos de estar juntos, estoy dispuesta a cambiar de idea.

Con un rugido de triunfo John la hizo tenderse sobre él, estrechándola contra su pecho en un abrazo posesivo, mientras su boca dibujaba un mapa de tiernos besos sobre su cabello.

—No quiero esperar. Mañana mismo solicitaré una licencia especial.

Anna colocó la mejilla sobre su pecho, escuchando el latido de su corazón.

—No, John, por favor. Esperemos hasta que la Temporada acabe, o al menos hasta que se concrete algo entre Lucy y Alvey. Es su momento, y quiero que sea para ella algo especial. —Depositó un rastro de besos sobre su pecho, y apoyó la barbilla en él—. Por favor. Te prometo que no cambiaré de idea.

John la contempló dudoso, pero al fin una sonrisa afectuosa se dibujó en su rostro.

—Está bien. Pero te advierto que si pretendes huir de nuevo o darme largas te meteré en el coche y no saldrás de mi cama hasta que estemos casados. Y ahora —retiró el brazo de debajo de la cabeza de Anna, incorporándose con un brillo malicioso en los ojos—, ya que te has quejado sobre la posición, estoy dispuesto a repetir mi proposición de rodillas, siempre que te coloques delante de mí, así...

Anna dejó escapar una carcajada mientras John la tumbaba sobre su espalda y se arrodillaba entre sus muslos abiertos.

William volvió a consultar su reloj con disimulo por enésima vez desde que se habían sentado en el palco. En otras condiciones suponía que estaría disfrutando de la representación, pero aquella noche la inquietud se había apoderado de él. Miró pensativamente el orgulloso perfil de la mujer que se sentaba ante él; tenía que acabar cuanto antes con aquello.

No era culpa de ella; el único que merecía algún reproche era él. La imagen del pequeño y tímido rostro de Sarah, pretendiendo demostrar valentía y confianza, y fallando miserablemente al hacerlo, volvió a aparecer ante él. Que Dios le ayudara.

Aquella tarde había acudido de visita a su casa sintiéndose culpable. Aunque evitaba pensarlo, en su interior sabía que desde que había comenzado su relación con Julia apenas había visitado a Sarah. Descubrir el estado de las finanzas de la propiedad había sido una sorpresa, pero descubrir hasta qué punto él quería mantener aquella propiedad lo había sido aún más. El matrimonio con Sarah aparecía lleno de ventajas; si su corazón hubiera estado ocupado, no habría sido posible, pero no lo estaba. Hacía años que no lo estaba.

Sarah no le reclamaba nada, ni le había reprochado su falta de atención. Le había recibido con alegría y le había contemplado con una tímida sonrisa. No solía dedicarle su plena atención, ya que ella parecía sentirse más cómoda en un segundo plano. Por eso era extraño que William hubiera llegado a captar el pequeño destello de dolor que entristeció sus ojos, al escucharle decir que aquella noche tenía un compromiso. Pero a pesar de su intento de sonar confiada, lo había captado. Y se sentía miserable.

Volvió sus ojos al escenario, donde Emilia intentaba tranquilizar a Desdémona sobre la carta sin nombres que había enviado a su amado. No es que William estuviera realmente interesado en la obra de ese tal Rossini —en realidad a él la ópera italiana le resultaba aburrida—, pero aquel dueto hizo que su corazón se estremeciera: el temor de Desdémona de que su padre hubiera interceptado la carta parecía burlarse de sus propios recuerdos. Se dio cuenta de lo desprotegidos que resultaban los sentimientos trasladados a un papel. ¿Quién podía garantizar que el destinatario lo hubiera recibido? ¿Y si un marido, y no un padre, encontrara aquella carta y la hiciera desaparecer?

Sacudió la cabeza, intentando alejar aquellas extrañas ideas. Era realmente inexplicable que en aquellos momentos pensara en la carta, en el marido celoso... Agradeció la oscuridad que rodeaba su asiento, cercano a la cortina carmesí. Pasó su

mano por la nuca, intentando desvanecer la absurda sensación de que aquello tenía sentido. No lo tenía, se dijo. Hacía semanas que nada lo tenía. Pero había tomado la decisión de casarse con Sarah, y si bien no podía entregarle su amor, al menos sí podía respetarla. Eso era lo que le había dicho al ofrecerle matrimonio: que la respetaría y la cuidaría, y que ella no tendría motivos de queja. Le había dado su palabra, y los redondos ojos color avellana de Sarah le habían contemplado con confianza, seguros de que él cumpliría su palabra.

Su sentido del deber era demasiado acusado para tener dudas. Cumpliría lo prometido a Sarah. En cuanto a Julia... bien, no tenía sentido explicarle nada de todo aquello. Simplemente, reduciría sus visitas a Berkeley Square y en cuanto sus asuntos estuvieran resueltos, volvería a Norfolk. Dentro de un par de meses, estaría casado con Sarah, y dedicado en cuerpo y alma a Rosehill Abbey.

Sin embargo, aquella noche no lo abandonaba una insidiosa sensación de incomodidad. Como si tuviera algo delante de sus narices que no era capaz de ver. Contempló pensativo el escenario; Otelo acababa de entrar reclamando la mano de Desdémona, que delante de su padre y Rodrigo manifestaba su amor por él. La burlona ocurrencia de cuánto mejor hubiera sido para ella acatar los deseos de su padre y casarse con Rodrigo, en vez de seguir su corazón, pasó por su mente. Cuando el primer acto finalizó y se pusieron en pie para salir al pasillo, aquella idea le llenó de un extraño desconsuelo.

Al salir tras su madrina y John al pasillo que conducía al vestíbulo, un escalofrío recorrió la columna de Anna. Supuso que alguna de las inevitables corrientes de aire de aquel vestíbulo la habría alcanzado. Su ligero vestido, de rico encaje blanco sobre un delicado interior de satén azul, debía ser la causa. Sin embargo, aunque eso fuera lógico, mucho temía que no fuera la verdad; era el mismo escalofrío que llevaba sintiendo toda la noche, desde que, sentada ante su tocador, mientras Jane abrochaba la delicada gargantilla de oro alrededor de su cuello, el elegante encanto de su propia imagen la había llenado de asombro.

Se contempló de nuevo al pasar frente al barroco espejo situado en la entrada de los palcos. Un ligero rubor cubrió su rostro al pensar lo increíble que resultaba que nadie se diera cuenta de lo que le sucedía. ¿Cómo era posible que nadie advirtiera su emoción al ver a John, la lujuria que la embargaba al sentir el tacto de su mano mientras la ayudaba a subir al carruaje? Una ráfaga de calor volvió a extenderse por su vientre al vislumbrar el perfil de John: respondió sonriente ante algo que dijo lady Everley, arrancando de su madrina una jovial risilla. Algo burlona, pensó que ni siquiera su madrina era inmune al deslumbrante encanto de aquel hombre.

Lucy la alcanzó y la tomó del brazo, sacándola de sus divagaciones. Su bonito rostro resplandecía con el mismo tipo de emoción que Anna notaba en sí. Sintiendo la

fuerza con que casi se colgaba de ella, mientras miraba al frente, Anna sonrió para sus adentros. Estaba segura de que los problemas de los personajes de Rossini no habían ocupado la mente de la joven ni un segundo, después de que nada más sentarse hubieran divisado el palco en el que se encontraba Alvey. Sintió un afectuoso pero irresistible deseo de tomarle el pelo.

—Celebro decir que yo no he apreciado ninguno de los problemas vocales que achacaban al señor García. ¿Qué opinas tú de su representación, Lucy? —preguntó con tono burlón.

Los ojos de la muchacha la contemplaron un segundo con expresión de desconcierto, como si ni siquiera hubiera escuchado al tenor. En aquellos momentos divisaron al otro lado del pasillo la figura de lady Alverston, que caminaba apoyada en el brazo de su hijo. Anna escuchó el casi inaudible suspiro de Lucy, y en un instante Gertrude las alcanzó, y tomando a su hija del brazo, se encaminaron con disimulada determinación hacia el lugar donde lord Alvey y su madre se habían detenido. Sonriendo con comprensión, Anna se acercó a su madrina y John. Los ojos oscuros chispearon al encontrar los suyos. Involuntariamente, ella contestó con una cálida sonrisa, y una oleada de calor se extendió hasta las puntas de sus pies. Pensó que era imposible que alguien en aquel vestíbulo ignorara la atracción que existía entre ellos; ella juraría que había oído crujir el aire que los separaba.

Para su alivio, John pareció comprender sus sentimientos, y se ofreció a traerles un refresco. La mirada sagaz de su madrina lo contempló alejarse.

—Celebro decirte que en esta ocasión apruebo tu gusto.

—¿Mi... gusto? —balbuceó Anna, enrojeciendo como una chiquilla pillada en falta. Abrió su abanico para refrescarse y ganar tiempo, antes de decidir cómo responder. Pero su madrina no se dejó engañar por su vacilación.

—Que no te haya preguntado antes qué tal fue la cena del otro día no quiere decir que no comprenda cómo son las cosas. No seas niña, Anna —replicó ante el visible sobresalto de ella, dedicándole apenas un vistazo—. ¿Es que acaso creías que me escandalizaría?

Anna se sintió confundida; deseaba poder compartir con alguien la dicha y el asombro que las atenciones de John le provocaban, pero reconocer la intimidad de sus relaciones con él le hacía sentir insegura. Era evidente que su reticencia no era compartida por su madrina, que a todas luces parecía dispuesta a continuar la charla, pero su pretensión fue interrumpida por una voz fría y grave tras ellas.

—Buenas noches, señora Hurst —las interrumpió la recién llegada, acercándose por su espalda hasta colocarse junto a ellas—. Lady Everley.

Toda la esmerada educación de Anna no fue suficiente para disimular el desagrado que aquella conocida voz provocó en ella. La miró y saludó con una rígida inclinación de cabeza, manteniéndose en silencio.

—Buenas noches, lady Holbrook. —Fue lady Everley quien devolvió el saludo, alzando sin disimulo sus anteojos para examinar a la recién llegada de arriba hacia abajo. Conocía perfectamente la relación que la unía con Lisle y aún mejor su fama de mujer celosa y posesiva. Y no iba a permitir que aquella mujer estropeará lo que, a su juicio, era una relación muy conveniente para su ahijada—. Espero que su marido goce de buena salud.

—La misma de siempre, gracias —contestó con un punto de irritación. La grosería de lady Everley la exasperó, pero ella sabía bien que su batalla era otra—. Espero que estén disfrutando de la obra.

—Sí —replicó lady Everley con un brillo malicioso en los ojos—. Hasta ahora estábamos disfrutando mucho. Estas historias de dudas y celos son tan... reales, ¿no le parece?

Julia la observó con desdén y una sonrisilla. El dardo de lady Everley no parecía haberla alcanzado. Aquel gesto de suficiencia puso a Anna alerta; comprendió claramente que el hecho de que Julia estuviera allí no era pura casualidad. La inquietud hizo que sus dedos cosquillearan.

—Y a usted, Anna, ¿también le gustan las historias de celos y enredos?

Julia la contemplaba fijamente, sonriendo con petulancia. Un sexto sentido le avisó de que aquella mujer tramaba algo.

—Si me disculpa... —comenzó, pero Julia colocó una mano acerada sobre su brazo deteniendo su marcha.

—No se vaya aún, Anna. Hay una persona que deseo que conozca.

Julia se volvió hacia atrás para indicar a alguien que se acercara. Anna soltó su brazo, molesta, y miró a su madrina para decirle que se marchaban, pero entonces vio cómo la fría sonrisa de lady Everley decaía, reemplazada por una expresión de asombro y luego, de desolación. Estupefacta, Anna abrió la boca para preguntar qué sucedía, al tiempo que se daba la vuelta. Las burlonas palabras «*Permítame que le presente a un amigo*» flotaron en sus oídos, mientras sus ojos se abrían desorbitados al posarse en él.

Sintió que el aire no llegaba a sus pulmones.

Ninguna palabra salió de su boca, abierta por el asombro.

Luego... nada más.

John tomó dos copas de champán y se dispuso a volver junto a Anna y lady Everley. Sonrió con ternura y un punto de diversión; sentado tras Anna, durante el primer acto de la representación se había dedicado a contemplar su elegante perfil, sus hombros desnudos, el elaborado recogido de su oscuro cabello, la manera en que su redondeada cadera se insinuaba a través del diáfano vestido... Un sentimiento de posesivo orgullo henchía su corazón, y a duras penas era capaz de contener el deseo

de posar los labios en la delicada piel de su nuca, y descender por su cuello, su clavícula, bajar la tela que cubría su pecho y...

Se obligó a detener su imaginación, mientras saludaba con la cabeza a algunos de sus conocidos. Dios, no era capaz de controlar sus pensamientos en ningún sitio.

No poder hacer públicas aún sus intenciones le hacía sentir impaciente. Le había dicho que podía esperar, pero cada día que pasaba tenía menos deseos de hacerlo. Además, tras su breve conversación con lady Everley estaba convencido que la sagaz madrina de Anna conocía y aprobaba su relación, y en ningún momento había tenido la impresión de que su matrimonio pudiera interferir en el futuro de Lucy.

Avanzó por el vestíbulo, magníficamente iluminado por nuevas y relucientes lámparas de gas, hacia el lugar donde las había dejado. Su diversión se transformó en sorda furia al ver a la mujer con quien estaban charlando.

Julia.

Aceleró el paso, dispuesto a evitar que aquella mujer pudiera decir cualquier cosa que molestara a Anna. Entonces vio cómo se giraba e indicaba a un hombre rubio, con un inconfundible aire militar, que se acercara al grupo; la expresión abatida del rostro de lady Everley le puso sobre alerta; comprendió que algo no iba bien, pero no fue capaz de llegar hasta ellas antes de que Anna girara, lo observara espantada, y tras unos instantes de inmovilidad, cayera sin sentido hacia delante.

Con una maldición, y el champán empapando sus manos y su chaqueta, John aceleró el paso, llegando hasta Anna a tiempo de oír el susurro horrorizado de lady Everley: «William...».

«William».

Un aire frío recorrió la piel de Anna, mientras la confusión le impedía comprender qué sucedía. Un molesto olor a amoníaco inundó sus fosas nasales. A medida que iba recuperando la consciencia, el zumbido de los oídos iba siendo reemplazado por los preocupados murmullos que la rodeaban. Poco a poco abrió los ojos; alguien agitaba ante su cara un abanico, mientras otra mano sostenía bajo sus narices un pequeño frasco de cristal. Las sombras se fueron iluminando, aclarando. Anna vio el rostro de su madrina, sentada ante ella. Sorprendida, se dio cuenta de que se hallaba reclinada en un recargado diván de terciopelo granate. Intentó incorporarse, algo mareada, pero la mano firme de lady Everley la retuvo.

—Ha sido el calor —oyó que enunciaba, dirigiéndose hacia alguien situado por encima de su cabeza, y volviendo hacia ella con inmediatez una mirada de advertencia.

Anna permaneció en silencio, obediente, aunque no sabía qué le estaba advirtiendo. Entonces su madrina se retiró, y al hacerlo la visión de Julia Dunn, sonriendo como una gata ante un cuenco de leche, apareció ante ella. De repente, con

un vuelco del corazón, su mente se aclaró por completo.

—Estoy bien —pronunció con voz rasposa, pero casi firme, apartando la mano que sostenía el frasquito de sales bajo su nariz. Acababa de recordar con claridad la causa de su sobresalto. Apretó los labios para ocultar el dolor que la embargaba, y colocó los pies en el suelo con firmeza. Entonces, con una honda inspiración, alzó la vista, deseando y temiendo a la vez lo que apareció ante sus ojos. Su mente no le había jugado una mala pasada; de pie ante ella, con rostro compungido y algo demudado, pero con la misma mirada sólida y confortadora que recordaba, estaba William.

Sus ojos se encontraron por un breve espacio de tiempo que a ella, sin embargo, le resultó eterno. Su mente giraba como un torbellino, intentando encontrar la clave de aquella realidad tan extraordinaria e inesperada. Era él, y una incrédula sonrisa fue reemplazando la confusión de su rostro a medida que asimilaba aquel hecho. Él la miraba con el ceño fruncido, aparentemente tan confuso como ella.

Se escuchó el aviso de que iba a comenzar el segundo acto. El vestíbulo comenzó a despejarse. Muchos de los presentes se fueron, dedicándole una última mirada de curiosidad.

—Ha dicho que está bien. Pueden irse —lanzó una voz enérgica a sus espaldas—. Tú la primera, Julia.

Anna elevó la vista hacia John. A pesar de no haberle visto hasta ahora, había sentido su fortaleza tras ella. Estaba de pie, con las piernas ligeramente separadas, y colocó una mano sobre su hombro en gesto protector.

William pareció dudar. Fue Julia quien intervino, abriendo los ojos con expresión de inocencia.

—Parece que a la señora Hurst le ha sorprendido mucho encontrar aquí al mayor Moore. Yo más bien diría que tal vez los que sobramos somos los demás, John; por su expresión, diría que tienen muchas cosas de las que hablar.

John apretó la mandíbula con gesto crispado. Dio un paso adelante, y sus ojos se endurecieron al dirigirse a ella en un susurro.

—No sé a qué estás jugando ni qué pretendes, Julia, pero te advierto que nada de lo que hagas va a cambiar las cosas entre nosotros.

—Además de grosero eres un engreído, John —siseó molesta—. Por si no te has dado cuenta, yo ya he fijado mi interés en otra parte.

Y diciendo esto, apoyó la mano en el brazo de William, conminándolo a acompañarla. Él dudó, pero no tuvo más remedio que ir con ella. Anna les siguió con la mirada mientras ambos se retiraban. El vestíbulo resultaba ahora curiosamente vacío.

—Creí que estaba muerto —observó John desapasionadamente.

Gertrude y Lucy intercambiaron una significativa mirada, y se alejaron para

acudir a su palco. Lady Everley también se levantó, y entonces Anna la imitó.

—Tú no —se limitó a decir John, deteniéndola—. Discúlpenos, lady Everley, pero Anna necesita aire fresco. Por supuesto, estaremos aquí para recogerles cuando la representación acabe. Si nos disculpa ahora...

Incrédula, Anna observó que su madrina sonreía con gesto comprensivo y se alejaba hacia el palco, sin una sola consideración sobre lo escandaloso que era que saliera de allí con John.

—No necesito aire fresco, y no podemos irnos de esta manera —protestó.

—Acabas de desmayarte por el calor, ¿recuerdas? —contestó él con indiferencia, agarrando su mano y tirando de ella hacia el guardarropa—. Recogeremos tu capa y saldremos, y no me importa lo que digas, Anna: necesito hablar contigo ahora.

A pesar de los deseos de oponerse a su arrogante determinación, Anna comprendió que lo último que podía hacer en aquellos momentos era llamar la atención aún más. Observó de reojo el vestíbulo, brillante bajo el enorme candelero de gas: estaba desierto, y muy a su pesar, tuvo que reconocer que agradecía salir sin tener que soportar más miradas curiosas.

Así que con mayor docilidad de la que ella hubiera creído posible ante su autoritaria decisión, Anna permitió que John colocara sobre sus hombros la capa de tafetán verde, y salió ante él al fresco aire primaveral de la noche.

—Dijiste que falleció en Bélgica.

Anna apartó la cortinilla de la ventana un instante, observando a lo lejos el reflejo de la plateada luz de la luna en las oscuras aguas del Támesis. Dejaron atrás el edificio del Parlamento. No sabía dónde se dirigían.

—Era lo que creía —contestó con serenidad.

Soltó la cortinilla; supuso que John había solicitado al cochero que simplemente mantuviera el coche en marcha, hasta que tuvieran que regresar al King's Theatre. Volvió su atención al interior del coche. John se hallaba recostado en la esquina opuesta a ella, con el brazo izquierdo ociosamente descansando sobre el borde del respaldo. Las sombras inundaban el interior y ocultaban su rostro. Anna tan solo podía distinguir una mano enguantada, reposando con descuido sobre su muslo. Una incongruente sombra blanca en el impecable atuendo negro que le hacía fundirse con el entorno.

—Es lo que me dijo Phillip —aclaró dirigiéndose al negro vacío que se extendía ante ella.

—¿Y nunca se te ocurrió preguntar por él en Whitehall?

Anna negó con la cabeza. El pequeño rayo de luna que se filtraba por la cortina mal cerrada junto a ella iluminó su mentón y su boca. John observó aquellos labios abiertos, plateados en la penumbra. Sabía que ella le miraba sin verle. El rayo

desplazó su camino sobre el cuerpo de Anna; el blanco encaje del escote pareció refulgir antes de ocultarse de nuevo. John esperó que ella continuara.

—No creí que pudiera estar vivo. Phillip me explicó detalladamente cómo había bajado el arma cuando el francés se había acercado con la bayoneta a William, y cómo le había visto hundirla en su cuerpo una y otra vez. No pensé que nadie pudiera sobrevivir a eso.

Una risa desprovista de humor surgió de la oscuridad.

—Pues o fue un milagro o tu marido no te dijo toda la verdad, evidentemente —respondió John con sequedad.

Anna entornó los ojos, intentando atisbar su expresión entre las sombras. Su voz estaba llena de incertidumbre al preguntar:

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Volviste para cuidarle, ¿no es cierto? —contestó John con ironía, esperando que ella pudiera captar el resto del asunto.

Anna tragó saliva, impresionada.

—Y todos estos años ha estado vivo... —murmuró sorprendida, meneando la cabeza con incredulidad—. Todo este tiempo...

Un aguijonazo de celos golpeó a John muy a su pesar.

—No quiero que vuelvas a verle.

—¿Qué? —preguntó ella con sorpresa, levantando la cabeza de golpe.

—Me has escuchado perfectamente.

—¿Has dicho que no quieres que vuelva a verle? —intentó corroborar, presa de la incredulidad.

John inclinó el cuerpo hacia delante, saliendo de las sombras. Apoyó los codos sobre las rodillas. El calor que desprendía su piel llegó hasta Anna a la vez que su voz.

—Eso es.

Permanecieron en silencio. Anna escuchó el apagado traqueteo de las ruedas del carruaje y el rítmico sonido de los cascos. Se dio cuenta de que ya no circulaban por las calles adoquinadas del centro de Londres.

—¿Dónde vamos? —inquirió para ganar tiempo, intentando discernir sus propios sentimientos ante aquel aspecto de la personalidad de John.

Pero él no contestó. Anna le miró sin comprender. Descubrir que amaba a John la había hecho sentir sorprendida, agradecida y temerosa. Pero aquel hombre —tal vez como todos los hombres, en su experiencia— podía ser muy arrogante, y Anna había trazado muy claros los límites que no volvería a sobrepasar en su vida. Esta exigencia de John, la desconfianza, el total dominio de todos los aspectos de la relación caían fuera de esos límites. No podía acatar sus imposiciones; si incluso antes de estar casados, él pretendía doblegar su voluntad, Anna tendría que cambiar de idea.

Aunque le amara.

O tal vez, sobre todo, porque le amaba.

—No puedo —expresó con el corazón latiendo, temeroso de su respuesta.

—No puedes, ¿qué? —repitió él, frunciendo el ceño.

—Que no puedo atender tu exigencia.

John volvió a recostarse, sumergiéndose en la oscuridad. Anna se sintió expuesta, sabiendo que ella no disfrutaba de aquella protección.

—¿Qué exigencia, Anna? —interrogó con tranquilidad.

—La de que no vea a William.

—¿Vas a ver a William? —volvió a preguntar, aún con mayor tranquilidad.

Anna se impacientó. Sentía demasiada inquietud en aquel instante para enredarse en juegos de ingenio con él.

—No tengo ni idea de qué haré. Pero no quiero que tú me prohíbas que lo haga.

—Pero yo no he hecho tal cosa, Anna —repuso con suavidad.

Anna contuvo la respiración, alerta. Acababa de captar una levísima nota de dolor en su voz cuando el carruaje se detuvo.

—Me has dicho que no quieres que le vea —dijo con inseguridad, al verle descender del coche.

—Exactamente —confirmó, tendiéndole la mano para ayudarle a bajar—. No *quiero* que le veas, pero no te he prohibido que lo hagas.

Anna aceptó la mano, presa de la confusión. John la tomó por la cintura y la elevó como si no pesara, depositándola ante él. Sus manos no se movieron de aquel lugar; Anna notó el calor de su piel traspasando el fino satén. Sintió que su pecho se hinchaba, y una súbita contracción alcanzó su vientre.

—¿Dónde estamos? —preguntó con voz temblorosa, algo avergonzada de que él pudiera captar el desconcertante efecto que tenía sobre ella.

—A las afueras de Londres. En Tothill Fields.

Anna profirió una exclamación de sorpresa. Se giró para contemplar el oscuro terreno que se extendía ante ellos. Algunas luces vacilantes en el horizonte revelaban la existencia de casas. Avanzó unos pasos, y John la siguió. La luna se había ocultado y apenas era capaz de distinguir algunas cercas y vallados. Se detuvo junto al torcido tronco de un roble, y lo miró por encima del hombro, sintiendo el frío en el lugar que habían ocupado sus manos.

—¿Por qué?

—Malsana complacencia, supongo. Ahora está cambiado. —John indicó el camino que avanzaba entre propiedades cercadas—. Entonces todo estaba más abierto. Pero aquí fue donde comprendí que no soportaría de nuevo mentiras ni engaños. No quiero volver a odiar como odié a Caroline el día que la encontré aquí.

—Pero yo no soy ella —murmuró, sin saber bien qué pretendía John.

—Por supuesto que no. Por eso estamos aquí. Yo espero que tú sí me digas la verdad, y este lugar es tan bueno como cualquier otro. Yo he sido sincero: no deseo que vuelvas a verle. Ahora dime tú qué va a suceder, Anna.

La densa oscuridad se fue llenando de reflejos plateados a medida que las nubes fueron descubriendo la luna. Anna contempló el horizonte, pensativa. La protección de su capa se le antojaba insuficiente para el frío que había calado hasta sus huesos.

—Necesito verle.

A pesar de la firmeza con que había hablado, Anna se volvió hacia John con gesto vacilante. Permanecía muy quieto, con las manos cruzadas a la espalda y las piernas firmemente asentadas en el suelo. Tenía los ojos entrecerrados y el mentón ligeramente alzado, como si la desafiara a probar que aquello le importaba, pensó Anna dudosa.

Pero jamás reconocería que su respuesta le había dolido, supuso.

El silencio que se había instalado entre ellos fue quebrado por un relincho. Anna se dio cuenta que había olvidado la presencia del carruaje.

—John, necesito que lo entiendas —se apresuró a explicar tomando su mano. Comprobó con alivio que él, a pesar de seguir observándola con desconfianza, no la retiraba—. Han sido muchos años de sentirme culpable por su muerte, y ahora, de repente, descubro que todo fue una gran mentira. Y no es suficiente, John; necesito saber qué le sucedió, cómo logró sobrevivir, qué ha sido de él estos años. No puedo hacer como que nada ha pasado. Solo saberlo, John, nada más que eso.

—¿Nada más? Eso es algo que no puedes jurarme.

—¿A qué te refieres?

—Es obvio, ¿no? Si tu marido no te hubiera mentado, estarías ahora con él. No me negarás que donde hubo fuego quedan brasas.

—No lo sé. Dímelo tú. Si te encuentras en una fiesta con Julia, ¿tendría que preocuparme por las brasas?

—Eso es diferente.

—No veo por qué.

—Pues porque yo nunca he amado a Julia, pero tú sí amabas a William, Anna. Porque has sido fiel a su recuerdo durante ocho años. Y porque tal vez aún le ames.

Cerró la boca con fuerza. A pesar de la aparente serenidad de su semblante, Anna fue capaz de comprender la muda pregunta que yacía en el fondo de aquellos ojos oscuros. Su anhelo. Su inseguridad. Su miedo. Respiró hondo, y elevó hacia él una mirada transparente y decidida.

—Pero nunca le amé como te amo a ti.

Las palabras resonaron en la noche, y John las sintió rebotar contra su propio pecho, contra los muros que alzaba, contra sus miedos. Ella continuó:

—Después de creerlo muerto, nunca cuestioné mis propios sentimientos. Es cierto

que yo quería a William, y el paso del tiempo cubrió su recuerdo de virtudes que seguramente nunca poseyó. Ya te he explicado lo agradecida que le estaba, el bien que su presencia me causaba. Supongo que podría haber creído que aún le amaba, de no haber sido por las cosas que ahora he descubierto.

—¿Qué cosas? —preguntó John con voz enronquecida.

Anna se acercó a él para susurrar a su oído.

—Cosas como que jamás experimenté las ardientes sensaciones que he vivido contigo. Que jamás deseé tocar su piel hasta un punto en que mis dedos duelen, ni deseé sentir su boca sobre la mía, sobre mis senos, mi estómago... como deseo la tuya.

Los ojos de John se agrandaron apenas un segundo, y una emoción indefinible cruzó su semblante. Anna le observó; habría dicho que algo a medio camino entre el alivio y el agradecimiento se reflejaba en sus ojos, pero su voz al hablar tuvo el mismo tono pacientemente resignado de antes.

—El deseo no es amor, Anna.

—Eso he oído —aceptó con sencillez, acercándose más a él—. Y sin embargo yo no sé separarlo, John. Si deseo acariciar tu piel hasta que me duele es porque deseo poseer tu alma como no he deseado nada jamás. Porque te amo de una manera que me roba el aliento y la voluntad. Porque mi corazón solo quiere latir si estás conmigo. No me valen medias tintas; tal vez por eso yo también siento temor. Te amo más de lo que jamás creí posible. Pero necesito comprender la historia de William, y cerrarla adecuadamente. Solo eso, John.

Ambos se miraron unos instantes en silencio. Una corriente de tensión y anhelo cruzó entre ellos. John frunció el ceño, como intentando decidir qué podía creer. Anna se acercó aún más, y le susurró: «te amo». Entonces con un rugido ahogado John bajó la cabeza y sus labios se posaron bruscamente en los de ella, devorándolos con ansiedad. Anna acercó aún más su cuerpo, con los brazos alrededor de su cuello, hasta que fue capaz de notar cada músculo del cuerpo de John presionando los suyos. La posesividad de su abrazo, de la boca que la reclamaba con fiereza, le hizo comprender cuánto le costaba a John confiar. Pero iba a hacerlo; iba a confiar en ella. Conmovida, se rindió a su furia con docilidad, y cuando al cabo de un rato volvieron al carruaje, supo sin lugar a dudas que había colocado su destino en sus manos.

Cuando la campanilla de la puerta de entrada rompió el silencio de la salita de mañana, Anna dedicó a Lucy una mirada burlona. La joven se hallaba ante el espejo ajustando sobre sus cabellos un sombrero de copa adornado con una redecilla de tul turquesa que hacía que el tono azul de sus ojos pareciera más profundo. Su sonrisa se ensanchó y un delicado rubor se extendió por sus pómulos al captar la mirada de Anna en el espejo.

—Muchas gracias por acudir conmigo —dijo Lucy girando la cabeza para observar el efecto. Aparentemente satisfecha, tomó a Anna del brazo y se encaminaron a la puerta.

—En realidad no me dejaste muchas opciones...

—¿Acaso has cambiado de idea? —inquirió deteniéndose ante las escaleras con un rastro de decepción—. ¿Es que te sientes mal de nuevo? En ese caso, por supuesto será mejor que te quedes en casa. Solo que, como anoche me dijiste que no te importaba acompañarme...

«Anoche no podía pensar con claridad», pensó Anna para sus adentros, recordando la inesperada aparición de William. Pero se limitó a sonreír tranquilizadamente ante la mirada ansiosa de la joven, y puso su atención en los escalones que descendían hasta el vestíbulo.

Al volver la víspera a la casa, tras recoger a las tres mujeres en el teatro, apenas había recibido ninguna pregunta, más allá de las relativas a su estado. Estaba segura de que todas tenían muchas preguntas que hacerle, pero parecían haberse conformado con las explicaciones que su madrina seguramente les había dado. Entonces, alentada por el estado aparentemente sereno de Anna, Lucy le había confesado, con ojos brillantes, que Alvey había solicitado el honor de acompañarla en un paseo por Hyde Park, y le había pedido que les acompañara; Gertrude insistiría en utilizar el carruaje, pero Lucy quería cabalgar, y sabía que a Anna no le importaría salir con sus monturas. Sin pensar mucho en lo que estaba haciendo, Anna había aceptado. En realidad no es que hacer de carabina de Lucy le importara; de hecho, estaba segura de que quedarse en casa dando vueltas a la sorprendente aparición de William era lo último que necesitaba. Simplemente, temía que en su estado de abstraída reflexión resultara una compañía aburrida.

Descendieron el último tramo de escalones, y al llegar a la entrada de la casa, la sorpresa de Anna fue enorme al percatarse de que junto a lord Alvey, otro hombre había entregado su tarjeta al mayordomo. Su pulso se aceleró al verlo.

William la contemplaba con una sonrisa insegura, y cierto aire de disculpa. Lucy la miró de reojo, con temor, y Anna hizo un esfuerzo por que su semblante no delatara la mezcla de emociones que verle de nuevo le producía.

—Lucy, creo que no conoces a mi buen amigo el mayor Moore. —Después de presentar a la joven, hizo lo propio con los dos hombres, que estrecharon sus manos con cortesía. El incómodo silencio que se hizo entonces fue roto por la joven.

—En estos momentos íbamos a dar un paseo por Hyde Park —dijo señalando hacia la puerta, aún abierta—. Nuestros caballos ya están preparados.

—En tal caso será mejor que vuelva en otro momento —respondió William con cierto embarazo, después de dirigir una vacilante mirada a Anna—. Al parecer mi idea no ha sido muy original, ya que esperaba que la señora Hurst quisiera cabalgar un rato conmigo.

—Pero entonces debe acompañarnos —se apresuró a intervenir la joven.

Anna se volvió hacia ella, y entrecerró los ojos en un gesto de disimulado reproche; pero aunque las intenciones de Lucy al incluir en la excursión a William carecieran de recato, lo cierto era que un paseo por el parque podía brindarle la oportunidad perfecta para hablar con él.

La sincera sonrisa y la franqueza de la voz de lord Alvey, instándole a aceptar la invitación de Lucy, hicieron muy difícil para William rechazar el ofrecimiento, y así al poco los cuatro jinetes se encontraron ascendiendo por Upper Brook Street hacia la entrada de Hyde Park.

Para cuando alcanzaron Cumberland Gate, Alvey y Lucy ya se habían adelantado a sus acompañantes. Anna no pudo evitar una sonrisa irónica; era evidente que la llegada de William les había parecido a ambos una oportunidad de oro para disfrutar de un rato de intimidad. Sabía bien que Lucy era una joven sensata, y de lord Alvey tenía la mejor de las impresiones. Que pudieran cabalgar el uno al lado del otro un tiempo no podía sino favorecer el desenlace por el que Gertrude suspiraba. Pero aun así, no pensaba perderles de vista mucho tiempo.

—¿Qué te divierte tanto? —le preguntó William, rompiendo el silencio que ambos habían mantenido desde que partieran.

El sonido de su familiar voz serena, después de tantos años, le provocó un escalofrío que trató de disimular, indicando hacia delante.

—Ellos. Aunque no es que me divierta, sino que me alegra.

William siguió la dirección de la mirada de Anna hacia los jóvenes que, delante de ellos, charlaban animadamente, sin apenas apartar la vista el uno del otro.

—Diría que le hacen sentir a uno viejo —comentó con gesto de pesar.

Sus palabras fueron acogidas por la risa suave de Anna.

—Estoy segura de que un hombre como tú no puede sentirse viejo en absoluto.

—Te sorprenderías.

Desde debajo de su sombrero de copa, Anna le dirigió una rápida mirada llena de curiosidad; la nota de amargura en su voz había sido tan leve como inconfundible. Como en un acuerdo no explicitado, ambos habían permanecido en silencio mientras se dirigían al parque, tal vez esperando el momento oportuno para hablar, o tal vez dudando cómo abordar el vacío de los últimos años. La idea de que en el fondo eran dos extraños pasó fugazmente por la cabeza de Anna, sorprendiéndola.

Mientras pensaba en cómo manejar esta desconcertante idea, llegaron a la altura del camino donde Lucy y Alvey habían detenido sus monturas, esperándolos. Los ojos de la muchacha relucían con alegría y el color de su tez delataba la emoción que trataba en vano de reprimir. Lord Alvey seguía sus movimientos con una media sonrisa en la que Anna vio con claridad que la adoración había reemplazado a la simple admiración.

—Jam... quiero decir, lord Alvey, ha propuesto que vayamos hasta el manantial de la zona norte. Dicen que es un lugar muy hermoso.

—Cuando el tiempo es cálido —intervino él ampliando la explicación—, la mujer que lo cuida suele sacar mesas y sillas bajo los árboles de la entrada, y podríamos descansar a la sombra tomando un vaso de agua del manantial. Dicen que tiene muchas propiedades curativas, y el aire allí es muy fresco.

Un malicioso deseo de replicar que aquellas eran demasiadas razones para algo tan simple cruzó por la mente de Anna; comprendía los verdaderos motivos por los que aquellos dos preferían el camino del oeste en vez del que descendía hacia Hyde Park Corner, mucho más concurrido a esas horas, pero se dio cuenta que también ella agradecería la intimidad de aquel paseo arbolado y estrecho.

—Está bien —aceptó reprimiendo la sonrisa.

Con una exclamación de triunfo, Lucy espoleó su montura y se lanzó al galope con una risa alegre.

—Vamos, Alvey, te reto a que me ganes.

El joven echó un rápido vistazo a Anna, por si emitía alguna objeción a aquella carrera, pero ella se limitó a encogerse de hombros, y con una sonrisa agradecida se lanzó en persecución de Lucy.

—Creo que tenías razón; le hacen a uno sentirse viejo —murmuró con un toque de ironía.

Esta vez quien rio fue él. Una ligera brisa agitó las hojas de las hayas que bordeaban el camino, refrescando el ambiente. Sus monturas mantenían un ritmo tranquilo, y Anna contuvo los deseos de lanzarse también al galope. Observó los destellos brillantes que los rayos de sol, filtrándose entre las ramas, arrancaban de los bordados de raso de su chaquetilla; su traje de montar de suave algodón azul resultaba perfectamente a la moda tras los arreglos hechos. La nostalgia instaló un repentino nudo en su garganta.

—En Bruselas habríamos sido nosotros quienes se lanzaran a la carrera. —Intentó sonar despreocupada mientras avistaba el horizonte, pero su voz sonó extrañamente ronca.

—Cierto —acordó William, volviendo la cabeza para contemplarla—. Y lo habríamos hecho aún mejor que ellos.

—Claro que sí —Anna se volvió hacia él—. Aunque yo no habría utilizado esta silla.

La ligera frustración escondida en su voz fue recibida por una carcajada de William.

—Por si no lo recuerdas, ni siquiera en Bruselas estaba bien visto cabalgar a horcajadas.

—Lo recuerdo. Por eso salíamos al amanecer y volvíamos temprano. Y nunca nadie me dijo que me hubiera visto hacerlo.

—Salvo yo.

—Claro. Salvo tú.

Aquel recuerdo compartido hizo que ambos se contemplaran con comprensión, y cualquier rastro de frialdad que hubiera podido quedar entre ellos desapareció. Una oleada de emoción recorrió a Anna al recordar los ríos de lágrimas que había vertido por él; lo observó cabalgando, sobrio y tranquilo, y no pudo evitar una sensación de irrealidad. Aún no era capaz de abordar lo que había sucedido en el pasado.

—¿Qué tienes que ver con Julia Dunn? —preguntó volviéndose hacia él.

—La conocí por casualidad en la calle. Ella se había torcido el tobillo, y yo la ayudé a llegar a su coche. ¿Por qué, qué sucede con ella? —preguntó confuso, al observar cómo ella apretaba los dientes.

—¿Sois muy... amigos? —interpeló de nuevo. Necesitaba comprender qué terreno pisaba antes de explicar nada. Hacía un par de meses alguien le había robado las cartas de William, y al llegar a Londres encontraba a Julia de su brazo. Demasiada coincidencia.

Entonces William le explicó cómo había tenido que volver a casa tras el fallecimiento de su tío, la situación que se había encontrado y la manera en que Julia le había puesto en contacto con conocidos que le habían ayudado a planificar sus actuaciones.

—Ha sido muy amable y generosa conmigo —concluyó.

Anna decidió reprimir sus crudas reflexiones sobre la «amabilidad» de la que creía capaz a Julia. Habían llegado a la entrada del manantial; las monturas de Lucy y lord Alvey estaban atadas a la cerca que delimitaba el acceso al mismo, bajo un árbol, pero no había rastro de ellos. Anna y William desmontaron y condujeron su caballo junto a los otros. Luego se acercaron hasta una mesa colocada bajo un gran roble, junto a un macizo de flores, y una mujer mayor se acercó para ofrecerles una jarra de

limonada.

La mirada de Anna vagó por la brillante superficie del Serpentine, hasta que divisó un pequeño bote que se deslizaba con lentitud. Anna sonrió: Lucy y Alvey habían decidido no compartir con ellos su pequeña excursión. Entonces se volvió hacia William; observó el antaño amado rostro con cariño y ternura, pero ninguna otra emoción más poderosa recorrió sus venas ni cortó su respiración. Una oleada de pura alegría la recorrió. Había venido para cerrar el pasado, y decidió abordar la cuestión directamente.

—Creí que habías muerto.

Las palabras brotaron abruptas de sus labios, y parecieron flotar entre ellos un largo instante.

—Las posibilidades eran muchas, por supuesto —concedió William con un atisbo de humor.

—No, me refiero a que creí... me dijeron que habías caído en un ataque, y luego supuse...

—Caí en un ataque en Quatre-Bras, cuando mi caballo fue alcanzado, y resulté herido en el brazo izquierdo. Estuve muchas horas bajo su cuerpo, hasta que por la noche me pudieron rescatar. Nada muy grave, para las carnicerías que allí se vieron.

Anna le observó dudosa.

—No lo entiendo... ¿qué sucedió con el soldado francés?

William la contempló con el ceño fruncido.

—¿Qué soldado francés?

—El que te hirió con la bayoneta.

—Nadie me hirió con una bayoneta.

—Pero eso no es posible —exclamó sorprendida—. Me dijeron que un soldado francés te había herido y que no había posibilidades de que hubieras sobrevivido.

—No sé quién pudo decirte eso, pero no fue así.

Entonces Anna recordó la seca frase de John: «volviste para cuidarle, ¿no es cierto?». Apretó la mandíbula, furiosa. Maldita fuera...

—Fue Phillip —dijo más para sí misma que para él.

—¿Cuándo?

—El diecisiete de junio. —Las fechas parecían grabadas en su cerebro a fuego—. El día siguiente de la batalla de Quatre-Bras. Un soldado del regimiento te había visto caer, y salí a buscarte por todo Bruselas, pero no había ni rastro de ti. Al final de la tarde, cuando ya estaba perdiendo las esperanzas, encontré a Phillip. —Un intenso malestar la recorrió al recordar el barracón, los lamentos de los heridos, el olor de la sangre por todos los rincones. Inconscientemente, apretó el vaso entre los dedos—. Él me dijo que estabas muerto. Me describió cómo un soldado francés te había rematado cuando estabas caído...

Calló bruscamente y se obligó a respirar con calma. Miró su vaso, haciendo que el líquido girara en círculos rítmicos y contenidos. Se sentía indignada y furiosa al darse cuenta de que Phillip había mentido para que ella se quedara con él. Y como siempre, se había salido con la suya. Pero aquella había sido la última vez que la manipulaba, se dijo con firmeza. No iba a permitir que su recuerdo envenenara su presente. No iba a conservar rencor ni dejar que el miedo mediatizara sus decisiones. Cerró los ojos y elevó el rostro hacia el rayo de sol que se filtraba entre las hojas. El recuerdo de la confesión que le había hecho a John la noche anterior la llenó de calidez. La voz de William, dubitativa, la arrancó de su evocación.

—Supe que volviste con él.

Anna asintió, y volvió de nuevo la atención hacia él. No había en su tono rastro de reproche o dolor, pero sí una extraña cautela.

—Si tú no estabas nada tenía ya sentido —explicó—. Él estaba muy malherido, ni siquiera sabía si iba a sobrevivir... Y creí que tú ya no estabas, así que... —dejó la frase en suspenso; la mirada de William pareció aceptar aquella pobre explicación, pero ella quiso dejarlo claro—. Cumplí con mi deber, William. Eso hice.

—¿Lo habrías hecho, de haber sabido que yo no estaba muerto?

Anna inspiró hondo, desviando la vista hacia el pequeño bote que poco a poco se acercaba a la orilla. Era la misma pregunta que había rondado su cabeza desde que había descubierto que William estaba vivo. La misma duda que había aleteado en su interior desde que había descubierto la mentira de Phillip.

—No lo sé, William —confesó tras meditarlo un largo instante. Aquella incertidumbre sobre lo que pudo haber sido le hizo sentir incómoda; decidió cambiar de tema—. ¿Qué fue de ti después de la batalla?

—Después de Quatre-Bras vino Waterloo, por supuesto —explicó con una media sonrisa y un extraño brillo en los ojos—. No creo que necesite explicarte lo que fue aquello, y solo puedo decir que fui muy afortunado de sobrevivir. Cuando todo acabó, te escribí una carta pero me dijeron que la casa estaba cerrada y habíais vuelto a Inglaterra. También te escribí a Folkestone, una vez. Más tarde supe que habías embarcado con Phillip desde Amberes, y al no obtener respuesta supe que preferías que no lo hiciera más. Luego avanzamos hacia París y estuve con el ejército de ocupación hasta octubre de 1818. Cuando volvimos a Folkestone me enteré de que Phillip había fallecido, y aunque intenté visitarte, me dijeron que te habías ido sin dejar una dirección de contacto. Después el regimiento se trasladó a Gosport, y perdí todo contacto con Folkestone. Después de eso, he estado en Sudáfrica e India. Volví hace apenas unos meses, cuando mi tío falleció y me encontré de repente con una propiedad en Norfolk en la que nunca había pensado. Ahora estoy licenciado, e intentando adaptarme a mi nueva vida, como te he contado. —Se reclinó en el respaldo y cruzó los brazos sobre el pecho—. Y tú, ¿qué me cuentas de ti?

Anna tuvo que cerrar los ojos un instante para poner su mente en orden; le explicó lo que había sucedido desde el momento que encontró a Phillip herido, su vuelta a Inglaterra, el deterioro en que se había sumido su marido... William la escuchó con rostro serio, asintiendo de vez en cuando.

—Hace seis años, cuando falleció, me fui a vivir a Surrey, y allí continuó —concluyó con una sonrisa en la que la disculpa y la serenidad se entremezclaban.

—¿Y sigues siendo viuda?

—¿Por qué lo preguntas?

Para su sorpresa, William se inclinó hacia delante en la silla y tomó su mano. La gravedad de su tono borró toda sonrisa del rostro de Anna.

—Mientras estuve en Francia no dejé de pensar en ti, Anna. Durante años recordé a diario tu rostro, tu risa, la manera en que me mirabas cuando decía algo que te parecía extraño... Me costó aceptar que habías vuelto con él, pero poco a poco me fui reconciliando con la idea de que lo nuestro solo había sido un sueño de verano... un sueño hermoso y magnífico, pero imposible. Y, sin embargo, ahora descubro al cabo del tiempo que tú no elegiste salvar tu matrimonio, y no puedo evitar pensar que si te hubiera buscado con más determinación, ahora a estas alturas...

Meneó la cabeza con melancolía, dejando la reflexión en el aire.

Anna volvió la cabeza hacia el lago con el corazón latiendo apresuradamente. Pensó en todo lo que habría dado por poder escuchar algo así hace unos años, incluso unos meses. Pero ahora no. Ya no.

—William, es cierto que sigo siendo viuda —reconoció Anna con suavidad—. Pero en estos momentos mi corazón está ocupado...

Él se reclinó en la silla con lentitud; un rastro de decepción cruzó su semblante un solo segundo.

—Comprendo —contestó con aplomo—. Supongo que es el hombre que te recogió en el teatro, por supuesto.

—¿Por qué crees eso? —replicó sin poder evitar que una amplia sonrisa ocupara el lugar de su inicial sorpresa.

—Fue muy posesivo —respondió secamente.

La risa de Anna, a medio camino entre la incredulidad y la satisfacción, acogió su comentario.

—No es posesivo en absoluto. De serlo yo no estaría hoy aquí. —Captó el desconcierto en la expresión de William, y cambió de tema—. Y tú, ¿no te has casado?

—No —negó con la cabeza, contemplándola aún con extrañeza—. No, aunque estoy prometido.

Su admisión consiguió sorprender a Anna; estuvo a punto de hacer un comentario irónico sobre su previo interés en su estado civil, pero un sexto sentido le avisó de

que las cosas tal vez no fueran como parecían.

—Cuéntame algo sobre ella.

—Su nombre es Sarah. Sarah Johnson —explicó tras unos segundos de silencio en los que Anna comprendió que algo de aquella historia no le hacía sentir especialmente orgulloso—. Es la hija de un comerciante de Norfolk. Una gran heredera —añadió con un toque de ironía.

Anna lo observó pensativa. Su reticencia era evidente, pero ni por un momento creyó que el origen de su prometida tuviera algo que ver con el desagrado que parecía sentir.

—Deduzco por tu tono que el compromiso es reciente.

—¿Eso es lo que deduces? —No pudo evitar una sonrisa irónica—. ¿No deduces también que se trata de un matrimonio de conveniencia?

—No —repuso con tranquilidad—. ¿Se trata de un matrimonio de conveniencia?

William dio un trago a su vaso antes de contestar, e hizo una mueca al notar el dulzor de la bebida. Era indudable que en aquel momento habría pagado porque contuviera algo de alcohol.

—Sí.

—¿Acaso estás arrepentido de tu compromiso?

—No —contestó con contundencia—. Es mi deber para con Sarah, mi tía y mis primas. Asumí unas obligaciones y no tiene ningún sentido pensar si las cosas debieron ser de otra manera. Tú misma lo has dicho antes. Además, si hay alguien que podría arrepentirse es ella. Sarah es bondadosa, serena y comprensiva. A pesar de ser tímida, tiene una voluntad de hierro; es solo que prefiere pasar desapercibida y comprender a los demás antes que ser el centro de atención. —Sonrió al recordar algo, y luego se puso repentinamente serio—. Podría aspirar a alguien mucho mejor que yo.

—¿De veras? —Anna le observó con disimulada curiosidad—. ¿Y por qué se ha conformado con este matrimonio, entonces?

—Su padre lo concertó; él deseaba que su hija adquiriera un título, y su dote ha sido muy generosa. Pero ella no quería alejarse demasiado de él, y Rosehill Abbey está a menos de una hora de la finca de su padre. A ambos nos ha resultado conveniente el compromiso.

—Y eso, a pesar de su voluntad de hierro... —comentó con tono casual, ocultando la sonrisa—. En fin, más que un matrimonio de conveniencia, yo diría que se trata de un matrimonio conveniente, pero supongo que tú sabrás.

Aquel comentario desconcertó a William. Anna vio su rostro confuso, y tuvo ganas de reír. Por Dios, qué torpes podían ser los hombres a veces. Él se encogió de hombros y cambió de tema.

—¿Volverás a Surrey tras la temporada?

—Seguramente. Tengo responsabilidades allí.

Entonces Anna le explicó cómo se había involucrado en la escuela de Halston, los planes que tenía para cuando volviera, la generosa colaboración de John...

—Eres feliz —exclamó él con algo de sorpresa cuando ella terminó de explicarle sus intenciones.

Anna se ruborizó al darse cuenta de que aquello era cierto. Era así como se sentía. Disimulando su desconcierto, agitó la mano para saludar a Lucy y Alvey, que en aquel momento estaban bajando del bote.

—No sabía que se me notara tanto —respondió con gesto de disculpa, y se levantó para recibir a los jóvenes, que avanzaban por el camino entre risas. Antes de que llegaran, se volvió impulsivamente hacia William—. Todo ha salido bien al final, William. Yo soy feliz, y tú también lo serás. Al menos, en cuanto te sacudas ese escepticismo que no te favorece nada. Estoy deseando conocer a tu prometida, y espero que puedas presentármela pronto. —Recordó sus planes para el día siguiente, y su semblante se iluminó—. Mañana es la fiesta del Agua en Vauxhall Gardens. Parece que todo Londres va a acudir, y tal vez a Sarah le agraden los jardines, si no los conoce. ¿Crees que querríais acudir?

William la contempló asombrado. Desde luego que todo Londres pensaba acudir; primero la acompañante de Sarah les había insistido en que acudieran, porque alguien le había dicho que sería uno de los acontecimientos de la Temporada y sería una pena que Sarah se lo perdiera. Luego fue Julia quien insinuó que deberían acudir, aunque al decir William que iba a acompañar a su prometida, lejos de enojarse había reído complacida —para alivio de William, a quien la imprevisibilidad de Julia ocasionaba en ocasiones cierto temor—. Y ahora era Anna quien hablaba de aquello.

—Voy a llevar a Sarah y unos amigos a los jardines —reconoció.

—Eso es estupendo —aprobó Anna con calidez—. Entonces me encantará conocerla. Estoy segura de que es una joven encantadora, y tengo la esperanza de que podamos ser amigas. Y ahora —se volvió hacia el camino, y la risa en su voz desmintió su aparente seriedad—, veamos qué excusa nos dan estos dos para su bochornoso comportamiento.

John detuvo su montura a regañadientes junto al faetón de Julia. Si Gareth hubiera sido más perspicaz, habría comprendido que llamarle insistentemente hasta que no le quedó más remedio que acercarse a ellos no era una buena idea.

—Ya pensaba que no me oirías —le recibió su amigo.

—Absolutamente imposible, ten la certeza. Te ha escuchado todo Hyde Park —contestó con acritud—. Supongo que tienes un buen motivo para llamarme a gritos de esta manera.

—¿Motivo? —El joven parpadeó confuso—. Solo quería saludarte. ¿Te pasa algo,

Lisle?

—Creo que el malestar de Lisle no tiene nada que ver contigo —intervino Julia con sarcasmo, sosteniendo aún las riendas en la mano—. Aunque tampoco comprendo qué tiene que ver conmigo.

—Basta ya, Julia. No voy a discutir contigo. Sabes perfectamente lo que me sucede.

—En absoluto. Es más, yo habría pensado que me estarías agradecido.

—¿Agradecido? ¿Por qué motivo habría de estarlo?

—Bueno, diría que el hecho de que aparte al mayor Moore de tu señora Hurst debería ser motivo de agradecimiento.

—¿Así que era eso lo que hacías el otro día en el teatro? —preguntó con un brillo peligroso en los ojos—. Yo hubiera dicho que estabas haciendo exactamente lo contrario. En cualquier caso, no necesito que apartes a nadie de ningún sitio, así que tu sacrificio era innecesario.

Julia entornó los ojos con resentimiento.

—Bien, entonces supongo que no te importará enterarte de que en este mismo instante ambos están disfrutando de una entrañable charla junto al lago.

—¿Otra vez, Julia? Creo que ya te he dicho que confío en Anna.

—¡Qué hermoso! —Rio con malevolencia—. Me pregunto si seguirás diciendo lo mismo cuando la encuentres en un baile en brazos de William, como le pasó a su marido.

—¿No vas a dejar de ponerte en evidencia, Julia? —Acercó su montura un paso más y se inclinó sobre el coche—. Sé que tú tienes las cartas, y pienso recuperarlas.

La furia hizo que el rostro de Julia enrojeciera.

—Te crees muy especial, ¿no es cierto? Pues bien, acabamos de verles cabalgando juntos. —Echó un vistazo hacia su espalda, y se volvió con una sonrisa maligna—. En pocos momentos tú mismo podrás comprobarlo. Veremos entonces si sigues defendiendo a esa zorra.

Gareth, que a esas alturas de la conversación se había quedado blanco como el papel, dio un respingo al oír el insulto, y con gesto espantado comenzó a balbucear una disculpa en su nombre, pero un ruido de cascos acercándose por el camino captó la atención del grupo. Una fría sonrisa apareció en el rostro de Julia; hizo un gesto despreciativo indicando el camino.

—Ahí la tienes, junto a él. Crees saberlo todo, pero han estado a solas mucho tiempo. Suficiente para que se haya metido bajo sus faldas dos y tres veces. Claro que a ti no te lo diría, ¿verdad? —Y diciendo eso, dio una sacudida a las riendas y puso el coche en marcha, conduciendo a un Gareth al que la estupefacción parecía haber dejado sin habla.

John apretó la mandíbula, e intentó controlar su respiración. Los enfrentamientos

con Julia siempre le alteraban, y aunque confiaba en Anna, el hecho de que efectivamente apareciera cabalgando junto a William como Julia había dicho reavivó la punzada de celos que experimentaba al oír su nombre. Se obligó a recordar que Anna ya le había advertido que iba a verle. No había nada oculto en aquello.

—¡John! —saludó ella asombrada al llegar a su altura, y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

—Pasear —contestó lacónico, intentando controlar su ánimo. La inconfundible alegría que había aparecido en los ojos de Anna al verlo contribuyó en gran manera a aplacarlo—. Me dijeron en Grosvenor Square que habías salido con Lucy y unos amigos.

—Sí, así es. Lucy y Alvey vienen detrás, y William... el mayor Moore nos ha acompañado. Él es el vizconde Lisle —le indicó a William.

—Lo recuerdo del teatro —asintió John, saludando con la cabeza—. Una coincidencia portentosa, según tengo entendido ¿Cómo está usted, mayor?

—Encantado de conocerle, lord Lisle —contestó William con prevención, preparado para enfrentar el antagonismo de aquel hombre.

Sin embargo, la expresión de John permaneció perfectamente tranquila mientras giraba su montura para acompañarlos. Anna le dedicó una mirada agradecida y él le devolvió una sonrisa de complicidad que hizo que William les mirara receloso.

Emprendieron la marcha de vuelta; Lucy se adelantó con William, haciéndole preguntas sobre la vida en España y Francia. Parecía a la vez exultante y distraída, y para Anna resultó evidente que evitaba quedarse de nuevo a solas con Alvey; comprendió que no faltaba mucho para que recibieran una estupenda noticia. Y cuando eso estuviera resuelto...

Miró a John; cabalgaba majestuoso junto a ella, y Anna sintió un nudo en la garganta. Aún ahora la idea de que aquel hombre quisiera casarse con ella la maravillaba y la llenaba de emoción. Pero lo más asombroso de todo era que, a pesar de la diferencia de sus posiciones, de su status y del pasado, Anna intuía que él la necesitaba incluso más que ella a él. Y eso la llenaba de gratitud.

Llegaron a Grosvenor Square. William se despidió de ellos, diciendo a Anna que esperaba poder presentarle a su prometida en Vauxhall Gardens. Entonces lord Alvey recordó de repente que su padre, que había alquilado un palco para cenar en los jardines para la noche siguiente, le había encomendado que presentara su invitación a lady Everley y su familia, lo que Lucy hizo extensivo a John, sonrojándose ligeramente al darse cuenta de que al hacer suya la invitación de Alvey acababa de delatar el grado de compromiso al que ya habían llegado. Anna rio en silencio, y sus ojos brillaron con ilusión cuando John, sonriendo, aceptó la invitación. Todos entraron en la casa para poner a los demás al corriente de sus planes, en una atmósfera de felicidad y dicha que el pronóstico de lluvias para el día siguiente no

consiguió rebajar en absoluto.

Los pronósticos se cumplieron. La lluvia comenzó aquel mismo día por la tarde, justo después de que Lucy acudiera a la sala donde Anna y lady Everley charlaban. Ruborizada y eufórica, la joven les transmitió que en aquel preciso momento Alvey se hallaba reunido con Gertrude, valorando si deberían esperar la bendición del barón para anunciar su compromiso o si el evidente placer con que la madre recibió aquella noticia sería suficiente para hacerlo público.

Anna se había levantado como un resorte para abrazarla y felicitarla; aquel compromiso hacía muy feliz a la joven y a toda su familia, y por la manera en que lady Alverston había contemplado a Lucy en el teatro, también agradaba a la familia del joven. Nada podía resultar más satisfactorio que un compromiso que generaba tanta felicidad en todos los implicados.

Así pues, la salida de aquella noche a Vauxhall Gardens era la primera aparición oficial de la pareja desde que se habían comprometido la víspera, y resultaba evidente que muchas personas se acercarían para felicitarles.

Anna miró hacia el cielo al descender del carruaje. Algunas estrellas comenzaban a asomar por entre las oscuras nubes, y el límpido aire de la noche no parecía presagiar más lluvia. En realidad, no había vuelto a llover desde la mañana; incluso el viento había girado hacia el sur, haciendo que las temperaturas recuperaran algo de calidez. De todas formas, alzó la falda de su vestido de seda roja unos centímetros, para evitar que algún charco inadvertido lo arruinara, y caminó junto a Gertrude hacia la entrada de los jardines. John llevaba del brazo a lady Everley, y Lucy y su prometido venían detrás, con lord y lady Alverston.

Eran poco menos de las nueve de la noche cuando el grupo atravesó el pasadizo arbolado que conducía hacia el gran espacio rectangular rodeado de árboles en cuyo centro se alzaba el edificio circular de la orquesta. Aunque no era la primera vez que Anna acudía a los jardines, no pudo evitar enmudecer ante la magnífica visión: miles de faroles y globos de cristal centelleaban en las ramas de enormes olmos, lanzando sus brillantes destellos sobre los edificios engalanados con banderas y festones de relucientes colores que delimitaban aquel espacio por el norte y el oeste. Hacia su derecha el espacio se ampliaba en dos semicírculos porticados que contenían los espacios reservados para cenar; y más allá aún se extendían las grandes avenidas arboladas por las que el público asistente solía pasear; y los estrechos y mucho peor iluminados senderos por los que preferían perderse algunas parejas.

La orquesta ya estaba tocando cuando se detuvieron para dejar sus capas y

abrigos en el vestidor anexo al pabellón del Príncipe. Lord Alverston solicitó que les condujeran a su reservado, y el grupo se encaminó hacia allí. Anna caminaba sonriente, sintiendo que la infinidad de luces y la música vibrante dotaban a la noche de un aura de mágica irrealidad.

—Deberíamos perdernos por algún camino oscuro —susurró John junto a su oído.

Anna se estremeció. El aliento de John apenas había acariciado su cuello, pero fue suficiente para despertar todos sus sentidos.

—No sería correcto —contestó en el mismo tono bajo, aun cuando eso era exactamente lo que deseaba hacer.

—Salvo que les digamos que nos vamos a casar —sugirió con tono neutro.

Algo sorprendida, Anna elevó la mirada hacia él. John acercó aún más su boca a su oído.

—He comprado una licencia especial, y no haría falta que esperáramos a publicar las amonestaciones. Podríamos casarnos mañana si quieres, o el domingo; me da igual, siempre que sea pronto.

—Pero no podemos robarle el protagonismo a Lucy ahora —replicó casi sin aliento, lanzando una mirada furtiva a los demás que, por fortuna, caminaban sin prestarles atención.

—¡Al diablo con el protagonismo de Lucy! —susurró—. ¿Por qué habríamos de esperar? Podríamos hacerlo mañana mismo, y ni siquiera necesitamos decírselo hasta que esté hecho.

—Pero yo no quiero casarme a escondidas, como si estuviera haciendo algo vergonzoso. ¿Qué te pasa, John? —inquirió.

—No me pasa nada. —John retuvo su brazo un instante, conduciéndola a cierta distancia del grupo—. Pero ya se ha anunciado el compromiso de Lucy, y tú aún no me has dicho cuándo nos casaremos.

—¿Y hay que decidirlo ahora mismo...? —Una ligera sospecha cruzó la mente de Anna—. Esto no tendrá algo que ver con William, ¿verdad?

John le miró ceñudo, y al fin, un suspiro resignado dejó paso a una sonrisa de disculpa.

—No lo sé —dijo al fin—. Lo siento. Es solo que estoy celoso; esta noche estás tan hermosa que no hay ningún hombre en estos jardines que no te haya admirado, y quisiera poder gritarles que eres mía.

«Eres mía». Aquellas palabras... Con cautela, Anna escrutó su interior en busca de la señal de alarma que esa frase solía despertar en ella. Pero no la encontró. A diferencia de lo que sucedía con Phillip, la posesividad de John no desataba en ella miedo ni tensión.

—Estarán preguntándose dónde estamos —cambió de tema, porque a pesar de no

sentir temor seguía sin gustarle sentirse presionada—. Será mejor que nos apresuremos, antes de que decidan volver a buscarnos.

John le ofreció el brazo y se dirigieron en busca del reservado donde se hallaba su grupo, tras la torre de música. Un buen número de camareros se movía con rapidez atendiendo a los asistentes que requerían lonchas de jamón y pollo para cenar, pasteles y dulces o tan solo unos vasos del famoso ponche de ron que allí se servía.

Su llegada al reservado solo fue advertida por lady Everley. Al parecer, los planes para la boda acaparaban la conversación. Un camarero se acercó con una botella de helado champaña rosado y otra de oporto. John retiró una de las sillas libres para que Anna se acomodara, y se sentó junto a ella. La estratégica colocación de su habitáculo favorecía que aquellas personas que conocían a los prometidos o a sus familias pudieran acercarse a felicitarles. Tras la cena, numerosos asistentes compartieron con ellos algunos minutos, y numerosas fueron también las invitaciones a bailar que Lucy y ella recibieron.

—No me harás creer que no deseas bailar —comentó John divertido, al ver cómo movía el pie rítmicamente a pesar de haber rechazado todas las invitaciones recibidas.

—No, claro que no. Pero tú no puedes bailar mientras sigas de luto —fue toda su respuesta.

—¿Y estás sufriendo mucho con este sacrificio?

—Bastante. —Rio con ganas—. Pero prefiero estar junto a ti.

—Entonces, tal vez la oferta del sendero oscuro sea más aceptable ahora. —Se inclinó hacia ella hasta que su voz fue apenas un susurro.

Anna rio. Nadie les prestaba atención, y la idea de dar un paseo le resultaba atractiva, aunque prefería los lugares iluminados. Aceptó la mano de John, y ambos salieron del reservado, bordeando la zona delimitada para bailar. Pero entonces, justo cuando se disponían a salir del camino porticado, la mirada de Anna recayó en uno de los grupos que ocupaba uno de los reservados opuesto al suyo: con su habitual aspecto sereno y confiable, William se inclinaba para comentar algo a una joven de pelo castaño y aspecto reposado.

No tuvo que volverse hacia John para saber que él también les había visto.

—Me dijo que iba a venir —explicó—. Con su prometida.

—Ya.

Anna no fue capaz de detectar en esa breve palabra ninguna emoción. Siguió mirando al reservado; William se había vuelto hacia el resto del grupo. Entonces, cuando él no podía verla, aquella joven dirigió a su figura una mirada cargada de tanta ansiedad que Anna se sintió impelida a hacer algo.

Se giró hacia John, pensando en cómo explicarle aquello, pero fue él quien rompió el silencio.

—Quieres ir a hablar con él, ¿no es cierto?

Anna asintió, enternecida por el tono resignado de su voz.

—Está con su prometida —explicó con calma—. Me gustaría mucho conocerla.

Clavó en él una mirada vacilante. John puso los ojos en blanco y suspiró, pero le ofreció el brazo para acompañarla, y Anna lo aceptó con gratitud.

—Pero no esperes que nos convirtamos en amigos íntimos —le advirtió ceñudo cuando se acercaron.

Su llegada al reservado causó un pequeño revuelo; una mujer mayor, que parecía ser la acompañante de la prometida de William, les miró presa de la confusión cuando William hizo las presentaciones. Pero se sobrepuso con rapidez, y les agradeció tantas veces la deferencia de su visita, y de manera tan lisonjera, que Anna comenzó a sentirse incómoda. Luego fueron presentados a Sarah y al resto de los ocupantes de la mesa: una linda joven morena que al parecer había acudido al internado con ella, su hermano y sus padres. Tras intercambiar saludos, Anna se sentó en la silla más cercana a Sarah, y la presencia de John fue reclamada junto al señor Roberts y William.

El estado de nerviosismo de la joven era evidente, y Anna se sintió apenada. Liberada de intervenir en la conversación por la charla imparable del señor Roberts, pudo dedicarse a intercambiar algunas breves frases con Sarah. Al comienzo, los escasos monosílabos que consiguió arrancarle se intercalaban con miradas reverenciales que rayaban el miedo, para incomodidad de Anna. Pero poco a poco se fue tranquilizando, y cuando la conversación llegó a un estado de normalidad, comprobó que aquella joven, si bien poco habladora y muy reservada, disponía de un aplastante sentido común; pero sobre todo constató, por la forma en que dirigía ansiosas miradas a William cuando creía que nadie la observaba, que por su parte aquel matrimonio era algo más que simple conveniencia.

William y John se hallaban atendiendo una complicada explicación que el señor Roberts dirigía a los hombres allí reunidos, y Sarah aprovechó que nadie les prestaba atención para dirigirse a Anna en voz baja.

—Señora Hurst —comenzó, sin poder evitar sonrojarse violentamente—, me gustaría hablar con usted de un tema, pero aquí no creo que... me temo que nos interrumpirían y...

Se calló abruptamente al sentir sobre ellas la mirada inquisitiva de la mujer mayor. Anna controló su perplejidad; la evidente timidez con que había pronunciado su petición hacía aún más sorprendente que Sarah quisiera hablar con ella. Pero viendo su expresión ansiosa, comprendió con una punzada de incertidumbre que aquella joven estaba al tanto de la relación que la había unido con William. Anna no deseaba hablar de aquello con su actual prometida, pero instintivamente comprendió cuánto le había costado a la joven reunir el valor para abordarla, y no se sintió con fuerzas de negarse.

—Señorita Johnson, aún no he visto la sala de los siete espejos. —Alzó la voz lo suficiente para ser oída por la señora mayor—. Me preguntaba si desearía acompañarme hasta allí. No creo que nos demoremos más de diez minutos...

Aún no había terminado la frase cuando Sarah ya se había puesto en pie, y antes de que nadie pudiera decir nada o unirse a su pequeña excursión, ellas ya estaban fuera. Anna evitó expresamente la mirada de John; estaba segura de que contendría un reproche por abandonarle en aquella compañía, pero reflexionó que él sabría encontrar la excusa perfecta para irse.

Aunque el paseo hacia el barroco edificio central, conocido como la Rotonda, estaba lleno de gente, Sarah pareció no prestar atención a nada de lo que las rodeaba. A pesar de su timidez, la joven estaba decidida a abordar la cuestión cuanto antes.

—Señora Hurst, muchas gracias por venir conmigo —comenzó sin levantar la vista de sus pasos—. Yo... quería hablar con usted. William me ha dicho... él me ha contado... quiero decir, sé que ustedes se conocieron en el pasado. —La joven enrojeció furiosamente, mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Llámeme Anna, por favor —ofreció con una serenidad que estaba lejos de sentir—. Sí, William era compañero de mi marido y nos conocimos hace un tiempo.

Ambas continuaron paseando. Sarah parecía no encontrar la forma de abordar el tema, y Anna decidió ir directa al grano.

—¿Qué quiere preguntarme, Sarah?

Entonces la joven se detuvo, alzando hacia ella unos ojos ansiosos como los de un cachorro.

—Él me ha confesado que hubo un tiempo en que ambos estuvieron muy... unidos.

Dudando si la vacilante entonación final era una afirmación o una pregunta, Anna la observó con incomodidad.

—Supongo que podría decirse así. Pero como usted bien ha dicho, eso fue en el pasado.

—Oh, claro... —afirmó con poca convicción—. Pero ahora que han vuelto a encontrarse, supongo... No, no es que suponga nada, pero me pregunto...

Anna suspiró, sabiendo cuánto le costaría a la joven articular tanto lo que suponía como lo que se preguntaba. Intentó facilitarle las cosas.

—William y yo nos hemos alegrado de vernos. Especialmente yo, que suponía que había fallecido. Siempre le he recordado con afecto, y saber que ha heredado una propiedad y un título y que está prometido a usted me ha llenado de dicha.

La joven se encogió de hombros en un gesto infantil y continuaron el paseo llegando hasta la puerta del edificio. Anna supuso que por grandes que fueran sus temores no abordaría el tema de manera más directa. No pudo reprimir un suspiro de impaciencia.

—Sarah, créame, no hay nada que deba inquietarla. William es un hombre de honor.

—Lo sé. Sé que William nunca me haría daño a sabiendas. No se trata de eso.

—¿De qué se trata, entonces?

Franquearon la puerta, y Sarah frunció los labios, dudando. Pero había decidido atreverse, y ahora no podía echarse atrás.

—Es por él —explicó retorciéndose las manos y observándolas con renuencia—. Cuando se fijó nuestro compromiso las cosas eran diferentes, pero ahora... —Clavó en ella una mirada tan transparente como temerosa, y Anna tuvo que tragar saliva para sostenerla—. No quisiera que él se arrepintiera de nuestro compromiso. Si hay algo que aún él siente... si creyera por un momento...

Aquella conversación no era cómoda, pero Anna no pudo evitar identificarse con el dolor de una mujer enamorada que sentía que su afecto no era correspondido.

—Sarah, lo que sucedió en el pasado ya no tiene importancia. William y yo hemos hablado, puesto que ambos necesitábamos algunas respuestas. Y ahora que está hecho, puedo garantizarle que siento el más profundo afecto y respeto por William, y una gratitud más allá de lo que puedo expresar con palabras, pero eso es todo —manifestó con enérgica seguridad—. No hay nada más por mi parte. En cuanto a él, me atrevo a asegurarle que no hay en sus actuales sentimientos hacia mí nada que deba causarle la más mínima inquietud. Estoy segura de que el afecto que William siente por usted es mucho más profundo de lo que parece creer.

—¿Eso piensa? —preguntó con escepticismo, entrando delante de Anna en la espectacular sala donde una columna de forma heptagonal revestida de espejos ocupaba el centro del espacio. Las paredes, recubiertas de espejos de todas las formas y tamaños, reflejaban en todas direcciones la luz de las enormes lámparas de cristal que colgaban del techo. Sin embargo, Sarah permaneció ajena a aquella magnificencia de luz y movimiento—. Nuestro compromiso fue alentado por mi padre, que quería que yo ocupara una posición en la sociedad elegante a la que por mi origen no podría acceder de otra manera, y él nunca ha pretendido engañarme a este respecto: se casará conmigo porque necesita el dinero para Rosehill Abbey.

—No dudo de que ese aspecto haya tenido una gran importancia, inicialmente. Sin embargo, Sarah, debería confiar un poco más en ambos. William es muy capaz de apreciar la generosidad y el compañerismo que usted le ofrece.

—¡Pero yo no soy como usted! —exclamó impulsivamente, y de nuevo se obligó a bajar la voz al recibir la mirada curiosa de una pareja con la que se cruzaron—. Usted es tan hermosa, tan elegante, tan decidida...

Absolutamente descolocada por la imagen que Sarah parecía tener de ella, Anna apretó la boca con incomodidad.

—Por favor, no diga eso... Yo no soy así en absoluto.

—Oh, claro que lo es. Comprendo perfectamente por qué William la amó... — Entonces se calló abruptamente, consciente de haber cometido una imperdonable incorrección social, y enrojeció hasta la raíz del cabello—. Lo... lo siento, no debí decir...

—No se disculpe, Sarah —la interrumpió Anna con sequedad, más sorprendida que molesta por la manera en que la joven la veía—. No es necesario. Pero ya que usted ha sido tan directa, permita que yo también lo sea: no le conviene estar tan segura de que no merece el cariño de William. Es muy probable que él no se haya dado cuenta aún de cuánto la aprecia, y el tiempo y la convivencia harán que eso cambie. Pero si usted insiste en no creerse merecedora de su afecto es posible que también él lo llegue a creer así. Si usted misma no es capaz de entender y defender lo afortunado que es William por poder contar con su devoción, será difícil que él lo vea de otra manera.

La joven la miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa, asintiendo lentamente.

—Creo que comprendo lo que quiere decir.

—Los hombres no siempre se enfrentan a lo que sienten, Sarah, créame. Ayúdele a William a entenderlo. Es mi consejo.

Una tímida sonrisa de agradecimiento apareció en el rostro de la joven.

—Comprendo. Muchas gracias, Anna. De veras. Me ha hecho tanto bien escucharla...

Anna emitió una risa aliviada, y palmeó la mano de la joven en un gesto confortador. De repente sintió un extraño cosquilleo en la nuca, como si alguien la estuviera observando. Se giró bruscamente: diferentes grupos y parejas paseaban por la sala, y las imágenes se repetían donde quiera que posara su vista, pero nadie la miraba, y nada de cuanto observó justificaba su inquietud.

—Pues si es así, es un gran resultado para un escaso mérito —respondió con una sonrisa forzada, intentando disipar aquel extraño malestar que había comenzado a sentir—. Y ahora, y salvo que usted esté deseando que pasemos más tiempo en esta sala, Sarah, debo confesar que preferiría regresar.

Si a la joven su cambio de humor le resultó raro, se lo guardó para ella, y ambas dieron la vuelta. Sin embargo, Anna no podía evitar la sensación de que alguien las seguía. De vez en cuando volvía la cabeza sobre su hombro, aunque no veía nada extraño. Un insidioso desasosiego se instaló en su estómago. Tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para mantener la conversación con Sarah a medida que volvían sobre sus pasos.

Aún seguía sintiendo aquella extraña desazón cuando la torre donde sonaba la orquesta apareció de nuevo ante su vista. No pudo evitar un suspiro de alivio al divisar el comienzo del semicírculo de reservados. Avanzaban a buen ritmo por el paseo cubierto de la columnata cuando uno de los camareros llegó hasta ellas,

tendiendo una nota a Anna.

—¿Qué es esto? —preguntó con brusquedad, con todos sus sentidos a flor de piel.

—Discúlpeme, señora, pero un caballero me ha dicho que le entregue esto. —El camarero mantuvo la nota en el aire, pero Anna no hizo mención de cogerla.

—¿Qué caballero? —interpeló con rudeza; sabía que sus modales eran deplorables, pero un sexto sentido le avisaba de que algo sucedía.

El camarero giró sobre sus talones para indicar algo a sus espaldas, pero no fue capaz de encontrarlo.

—Un caballero... Estaba ahora mismo ahí, junto al bar. —Se volvió hacia ella, confuso, y de nuevo alargó la mano—. Me dijo que le entregara esta nota, y que usted ya sabría de qué se trataba.

Con el corazón golpeando fuertemente en el pecho, Anna casi arrebató aquella nota al camarero, que se fue mirándola con curiosidad. Echó una rápida ojeada a Sarah, pero la joven parecía muy interesada en la vista del suelo ante ella. Anna volvió a mirar la nota, molesta consigo misma por sugestionarse de aquella manera. La abrió. Una exclamación ahogada escapó de sus labios en cuanto vio las primeras palabras, y tuvo que leerla de nuevo para asegurarse de que había entendido bien. Era un chantaje. Un maldito y sucio chantaje. La nota la conminaba a acudir a la Gruta Submarina cuando comenzaran los fuegos, si quería recuperar las cartas de William. Sola y sin contárselo a nadie. En otro caso, la nota amenazaba con hacer públicas las cartas en los círculos elegantes, «ahora que tan ambiciosamente aspira a pertenecer a ellos», concluía.

Anna apretó los puños para contener la indignación que sentía. A aquellas alturas, le tenía sin cuidado que todo Londres supiera que en el pasado se había enamorado de William. Pero el problema no era ella, se dio cuenta. Ella no era nadie; pero el vizconde Lisle sí estaría en boca de todos, cuando se anunciara su compromiso. Y, sobre todo, William y Sarah.

Anna la miró; parecía haber centrado su atención en una piedrecilla que hacía girar con el peine sobre la grava. Era poco más que una niña, se dio cuenta, y no soportaría que todo el mundo la mirara burlón tras leer las cartas que su marido había dedicado a alguien que no era ella. Daba igual que de aquello hiciera ocho años, y que por entonces ella y William ni siquiera se conocieran. Sarah no sabría cómo afrontar las maliciosas burlas ni las preguntas de doble sentido. Y aunque Anna sabía bien que tras un tiempo las aguas volverían a su cauce, y que dejarían de hablar de ello en cuanto algún otro escándalo reemplazara a este, también comprendía bien que el daño que aquello iba a causar a aquella tímida e insegura criatura se extendería a su matrimonio. A William. Eso era algo que ella no podía permitir.

Inspiró hondo, intentando tranquilizarse. Quedaba muy poco para que comenzaran los fuegos. Sarah elevó la mirada con timidez hacia Anna.

—¿Sucede algo grave?

—No, nada grave. —Intentó que su voz sonara convincente, a pesar de que sus manos continuaban temblando de furia mientras doblaba de nuevo la nota—. Es solo que a veces el pasado es más persistente que nosotros. Pero Sarah, debe confiar en mí. —La detuvo colocando la mano en su brazo, y Sarah dio un respingo. La violencia de su tono la sorprendió; Anna la miraba con tanta decisión que sintió que solo podía asentir con la cabeza—. Usted y yo no nos conocemos apenas, pero sé que usted hará feliz a William, y su felicidad me importa mucho. Crea en lo que le he dicho; usted se merece su afecto porque ya le ama con toda su alma. Y confíe en mí: yo haré lo que debo para ayudarles.

Sarah volvió a asentir, impresionada. No tenía ni idea de a qué se refería Anna, pero la mención del amor que sentía por William caló en su corazón. A punto de llegar al reservado, no pudo callarse por más tiempo la pregunta:

—¿Tan evidente es que lo amo? —preguntó con un hilo de voz, contemplando cómo William las había visto y las saludaba con la mano.

—No para él, estoy segura. Pero las mujeres solemos ver siempre más allá de las apariencias, cuando miramos con el corazón. Hágalo usted, Sarah, y descubrirá en él lo mismo que veo yo.

Entonces Sarah sonrió con inseguridad, y sorprendió a Anna con una pregunta totalmente inapropiada.

—Usted me comprende porque ama al vizconde, ¿no es cierto?

A pesar de su malestar y su inquietud, la sola mención de John hizo que los ojos de Anna brillaran con una intensidad sorprendente. Sarah sonrió; no necesitaba más respuesta.

Las luces de los primeros fuegos artificiales iluminaron los últimos pasos de Anna antes de localizar la entrada de la Gruta Submarina. Había tenido que conseguir que su grupo se desplazara a la explanada de los fuegos, separarse de ellos sin ser advertida y orientarse por el camino casi a oscuras. Apoyó la mano en el marco de madera que marcaba el comienzo del pasadizo, inspiró hondo para darse ánimos y penetró el angosto y húmedo espacio que llamaban la Gruta Submarina.

Una luz fantasmagórica y vacilante iluminaba un lago entre colinas arboladas, con una torre fortificada a la derecha, y un puente de múltiples ojos al fondo del lago. Anna parpadeó, sorprendida, y retrocedió hasta tocar la pared. El contraste entre la tenue luz que fluctuaba sobre la escena y la total oscuridad donde se hallaba consiguió desconcertarla. Su vista se fue acostumbrando a la penumbra, y su primer pensamiento coherente fue que se hallaba sola. Todo el mundo parecía querer disfrutar del nuevo espectáculo de los fuegos artificiales, cuando Mr. Blackmore ascendería por una cuerda hasta lo más alto de la Torre Morisca.

Con el pulso latiendo en sus oídos, deslizó la mano por la pared para avanzar con precaución; distinguía los contornos de un banco al fondo de la sala, pero buscaba un lugar desde el que dominar toda la zona y que nadie la pillara desprevenida. Una húmeda corriente erizó la desnuda piel de sus brazos al dar un paso, pero el aviso de su sexto sentido no llegó a tiempo, y un cuerpo se abalanzó sobre ella desde una oquedad situada a su espalda.

Durante un segundo sintió que el pánico la dominaba; una mano tapaba su nariz y su boca, impidiéndole respirar. Pero entonces recordó que a pesar de la soledad de aquella sala, estaba en un lugar donde había cientos de personas, y solo tendría que correr unos pasos para buscar ayuda. Concentrando todas sus fuerzas, dio un codazo hacia atrás que alcanzó su objetivo, y la mano se aflojó. Anna dio una bocanada, pero el alivio fue breve: la mano se aferró de nuevo a su rostro con violencia, y notó un fuerte brazo apretándole las costillas.

—Quieta o te ahogo, arpía —siseó una voz venenosamente.

El cuerpo de aquel hombre le impedía moverse. A pesar del miedo, Anna intentó controlar la respiración y serenarse. La voz, aunque susurrada, le había resultado familiar. Decidió permanecer muy quieta, para que él revelara cuanto antes lo que pretendía. Pero el hombre no dijo nada durante un rato que a ella se le hizo eterno.

—¿Qué quiere a cambio de las cartas? —preguntó al fin ahogadamente, conteniendo el desagrado que la pesada respiración junto a su oído le provocaba.

Una risa acogió su pregunta. El siseo volvió, enviando una ráfaga de aliento junto a su mejilla.

—Yo ya no tengo las cartas pero estoy pensando que sí voy a tomar algo, después de todo. A cambio de las muchas molestias que me has ocasionado.

La confusión de Anna al oír aquella respuesta fue reemplazada súbitamente por el horror: la mano de aquel hombre ascendió por sus costillas y apresó uno de sus senos. Forcejeó para liberarse, pero la fuerza de aquel cuerpo era muy superior a la suya. Anna se vio obligada a colocar las manos contra la roca para no golpearse, y él aprovechó para intentar introducir una mano por el escote del vestido. Entonces Anna abrió la boca cuanto pudo, y mordió la mano que se aferraba a su cara.

Sintió el sabor metálico en sus labios al mismo tiempo que la mano se retiraba y una fuerza brutal la lanzaba contra la roca. A pesar de lo rápido que todo sucedió, Anna tuvo tiempo de escupir la sangre y esbozar una malévolamente sonrisa de satisfacción, antes de notar el impacto contra su cabeza y hundirse lentamente en una oscuridad más tenebrosa que la de la Gruta.

William dirigió un vistazo furtivo a Sarah y desdobló de nuevo la nota de Anna. Frunció el ceño, intentando pensar de nuevo qué motivos podría tener Anna para citarle a solas en aquel lugar. La nota hablaba de que debía confesarle algo antes de

despedirse, y solicitaba que acudiera solo y no se lo dijera a nadie. Un camarero la había traído hacía apenas un par de minutos, diciendo que una dama se la había entregado, pero de la escasa descripción que hizo William no fue capaz de deducir si había sido la propia Anna quien la había entregado o no.

En cualquier caso, le resultaba extraño. Anna y Sarah habían salido a dar un paseo juntas y ambas habían vuelto en aparentes buenos términos, a pesar de que Anna sí parecía preocupada. Pero cuando había preguntado a su prometida qué opinaba de Anna, Sarah le dijo que la apreciaba enormemente, y que se sentiría orgullosa de contarla entre sus amistades, si a él le parecía bien.

No se le ocurría qué podría tener que confesarle Anna que no se hubieran dicho ya.

Continuó con el ceño fruncido, contemplando el edificio donde la orquesta descansaba. Los fuegos artificiales estaban a punto de comenzar, y resultaría extraño que se ausentara. Pero en la nota Anna le rogaba por favor que acudiera, y no se sentía capaz de defraudarla.

Aunque tampoco a Sarah...

Elevó la mirada hacia la joven sentada enfrente de él, y se sobresaltó. Su prometida le observaba con atención. William comprendió que había visto cómo le traían la nota.

Los fuegos estaban a punto de comenzar. Debía tomar una decisión.

Con un suspiro de resignación, se levantó y fue junto a Sarah. Se colocó en cuclillas junto a ella, y el dulce aroma de su piel le resultó tranquilizador. Ella ladeó la cabeza para observarlo mejor, y le tendió la mano, dispuesta a escucharle. William apretó sus dedos con suavidad.

—He recibido una nota de Anna. Quiere que me reúna con ella en la Gruta. Dice que debe confesarme algo. Pero si tú consideras que no debo acudir, Sarah, no lo haré.

Sarah abrió mucho sus redondos ojos castaños, y bajó la cabeza para disimular su confusión. El hecho de que su prometido le explicara aquello con tanta sinceridad, solicitando su permiso, la llenó de gratitud; pero no podía evitar sentir que aquello era extraño. No se le ocurría por qué Anna querría encontrarse con William, después de la conversación que ambas habían mantenido. Entonces recordó que ella también había recibido una nota, e instintivamente supo que todo ello estaba relacionado. Aquello no le gustaba en absoluto, pero Anna le había dicho que confiara en ella, recordó.

Y para su sorpresa, se dio cuenta de que confiaba en Anna Hurst. Sarah nunca se había considerado una buena observadora, pero la intensidad de los sentimientos que el rostro de aquella mujer había traslucido al hablar del vizconde había sido evidente y arrolladora. Ella no pensaba en William, así que la explicación debía ser otra.

—Ve con ella —se escuchó decir a sí misma, intentando recordar los detalles de la conversación con Anna—. Debe haber una buena explicación para esto. Ve...

Una fugaz expresión de alivio cruzó la mirada de William al incorporarse. Sarah le vio dirigirse hacia la amplia avenida arbolada que comenzaba más allá de la fuente, hasta que se perdió de vista. Se sentía extrañamente inquieta. La expresión de Anna al recibir su nota había sido tan desolada... La forma en que había dicho «yo haré lo que debo para ayudarles» no se le iba de la cabeza. Sabía que debería hacer algo, pero una vocecita interior parecía burlarse de ella: «no te atreves».

No, no se atrevía a recorrer sola el oscuro camino que conducía a la Gruta. Pero Anna Hurst sí lo haría, se dijo. Cuando William le había explicado lo sucedido aquella noche en el teatro, pudo hacerse una idea muy ajustada de lo que había supuesto ella en su vida, a pesar de la cautela que él empleó. Y aunque agradeció la sinceridad de William, el dolor de saber que aquella mujer existía se clavó en su corazón.

Pero al final Anna no había resultado ser como Sarah había creído; no se trataba de alguien a quien temer, sino una mujer a la que querría parecerse. Y gracias a su charla, Sarah había llegado a creer que sus esperanzas de que William llegara a amarla no eran en vano.

Anna Hurst lo haría, se dijo con decisión. Se levantaría y vencería el miedo para ayudarles, si fuera necesario.

El primer estallido tronó sobre sus cabezas. Todos los ocupantes de su reservado se hallaban inclinados hacia la derecha lanzando exclamaciones de admiración cada vez que el cielo se llenaba de una explosión de colores.

Se levantó con brusquedad, y el ruido de su silla fue amortiguado por una nueva detonación. Antes de que nadie de su grupo pudiera reaccionar, abandonó el reservado y comenzó a andar apresuradamente hacia el lugar por donde había visto desaparecer a William, y cuando la oscuridad del camino la rodeó, echó a correr como si el diablo la persiguiera.

John giró sobre sus talones, pero no vio ni rastro de Anna. Había caminado con el grupo hasta la pequeña explanada que se extendía ante la Torre Morisca, a pesar de que los fuegos se habrían contemplado perfectamente desde su reservado, porque Anna había insistido en ver el espectáculo de Mr. Blackmore. Y ahora no estaba allí.

Cómo se había escabullido le preocupaba menos que el por qué. No conseguía imaginar dónde había ido y mucho menos sus motivos para desaparecer a medianoche en aquella zona tan escasamente iluminada de los jardines.

El primer cohete ascendió hacia el cielo desatando un incontenible murmullo en la concurrencia reunida. La ruidosa explosión pareció decidirle; comprobó que nadie en el grupo le prestaba atención, y retrocedió hacia el lugar donde arrancaban varios

senderos oscuros que atravesaban los grandes paseos del parque. Una sensación de temor le invadió; desde que había vuelto del paseo con la prometida de William Moore, Anna había estado extraña, como ausente. Algo sucedía, estaba seguro.

Había decidido adentrarse en uno de los senderos cuando una voz burlona que comenzaba a detestar con toda su alma le hizo volverse.

—¿Has perdido a alguien?

John apretó los dientes. Maldita Julia... ¿Es que le seguía?

—Es evidente que sí —continuó la mujer con una carcajada—. Incluso adivinaría a quién. ¿Recuerdas la mujer que hemos visto hace un instante entrando en la Gruta Submarina, Howard? Diría que se trata de ella.

John conocía a sir Howard West desde hacía tiempo; ambos habían jugado muchas veces a las cartas en White's, y sabía que era un hombre bonachón, sencillo y honesto. Lamentaba por él que hubiera caído en las garras de Julia, pero en aquel momento le tenía sin cuidado. Solo el hecho de que asintiera a la pregunta de Julia y bajara la mirada avergonzado le impidió alejarse sin más.

—Julia, creo que no deberíamos entrometernos... —intervino sir Howard con desazón.

—Oh, pero el vizconde y yo somos viejos conocidos, Howard, y es mi deber ponerle sobre aviso. Claro que es probable que a mí no me escuchara, pero tú también les has visto, ¿no es así?

El hombre se rascó la cabeza, incómodo.

—Julia, no creo...

—Suelta de una maldita vez lo que quieras decir, Julia —cortó John con impaciencia.

—Oiga, Lisle, no tiene derecho a hablarle así... —comenzó a interponer West, pero su ayuda fue rechazada por Julia sin miramientos.

—Quiero decir que al final la cabra tira al monte. Tu preciosa Anna Hurst acaba de entrar en la gruta seguida de William. Howard también les ha visto. Aunque supongo que habrá alguna explicación perfectamente natural para su cita... Oh, oh. —Su rostro adoptó una burlona mueca de conmiseración al percatarse de la expresión de John—. ¿Es que tal vez no estabas al tanto de este encuentro? ¿Es posible que tu estupenda Anna no te haya dicho nada de esto?

La risa de Julia rebotó en los árboles cuando John se dio la vuelta y penetró a grandes pasos en el sendero oscuro que conducía a la Gruta, apenas iluminado por el reflejo de los fuegos artificiales sobre su cabeza. El estruendo de las explosiones hizo inaudible la letanía de juramentos que fue profiriendo. Tenía un mal presentimiento. Un muy mal presentimiento.

—¿Hay alguien aquí?

El eco de sus palabras resonó en aquel fantástico paisaje subterráneo. William echó un vistazo, frunciendo el ceño. Tal vez Anna aún no había llegado.

Había escuchado la ovación proveniente de la Torre al entrar. En cuanto terminara aquel espectáculo se reanudaría el baile, y su ausencia resultaría demasiado llamativa. Solo podía esperar unos instantes hasta que Anna llegara.

Se acercó al paisaje que destellaba en la oscuridad. Apoyadas en las rocas que enmarcaban la pintura había multitud de lámparas, recubiertas en su parte trasera por papeles verdes y azules, que lanzaban extraños fulgores sobre su entorno.

Comenzaba a impacientarse.

Entonces escuchó un tenue sonido, casi como un silbido. Primero supuso que venía del exterior, tal vez la reverberación de los cohetes entre las falsas paredes de la gruta. Pero luego se dio cuenta de que provenía del fondo de la estancia. Avanzó unos pasos, guiado por aquel extraño susurro. Al fondo vio un banco que le había pasado desapercibido, y se dio cuenta que sobre él había una forma imprecisa que parecía moverse.

El corazón le dio un vuelco, y en cuatro pasos se arrodilló junto a Anna. Estaba recuperando la consciencia y respiraba con dificultad. El vestido parecía haber resbalado por sus hombros, al punto de que sus senos apenas permanecían cubiertos. Con una queda maldición, William se sentó en el banco y tomándola por los brazos la depositó en su regazo, intentando colocar la tela sobre sus hombros. Una esquina de la misma colgaba abierta, como si varios botones hubieran sido arrancados.

—Anna, despierta, por favor. ¿Qué ha sucedido?

Un gemido de dolor escapó de sus labios. El estado de su vestido hizo que William frunciera el ceño. Al menos, parecía que comenzaba a reaccionar.

—No sé qué ha pasado, pero tienes el vestido aflojado. Déjame ayudarte.

Hizo que girara el cuerpo hacia él para acceder a los botones de la espalda. Anna protestó ligeramente y se llevó la mano a la cabeza, palpando la zona situada sobre su sien. Luego se recostó contra el hombro de William.

—Estate quieta, por favor. Enseguida termino.

Las pequeñas cuentas de nácar no estaban arrancadas, salvo la primera, y William comenzó a abotonarlas, pero no había acabado de hacerlo cuando el eco de unos pasos apresurados le hizo alzar la cabeza, y una maldición rasgó el silencio de la caverna.

John dudó antes de entrar en la Gruta. Confiaba en Anna, pero temía entrar, porque temía tanto lo que pudiera estar sucediendo como lo que no. Si Anna y William estaban juntos, ella le habría engañado y él sentiría que la tierra se abría a sus pies. Pero si no, si la explicación era otra, Anna le reprocharía de nuevo su desconfianza, y no estaba seguro de qué camino podría tomar ella después de eso.

Contempló la entrada con incertidumbre. No se escuchaban más ruidos que las explosiones de los fuegos, y de pronto sintió que el silencio de aquel oscuro sendero era opresivo.

No lo iba a hacer.

No iba a entrar.

Confiaba en ella.

Giró bruscamente para regresar, y entonces su cuerpo chocó contra algo. Un chillido alcanzó sus oídos; extendió los brazos para apartar a la mujer que había gritado, y a la luz de los pocos faroles que alumbraban la entrada reconoció su rostro tímido.

—¿Qué hace aquí, señorita Johnson? —increpó molesto, soltando sus hombros.

Sarah lo miró ruborizada, intentando recuperar la respiración. Prácticamente había corrido todo el camino desde la arboleda. Sin atreverse aún a mirarle, estiró las mangas sobre sus brazos.

—¿Está aquí su prometido? —preguntó con la misma dureza de antes.

Sarah parpadeó, algo acobardada por la rudeza de aquel hombre que la miraba como si deseara que la tierra la tragara. No comprendía cómo Anna Hurst podía estar loca por aquel hombre tan intimidante. Inspiró hondo y apretó sus manos para darse valor.

—Sí. Ha venido aquí.

—Comprendo —contestó apretando la mandíbula. Pero Sarah pensó que no tenía aspecto de estar comprendiendo nada—. ¿Por qué está él aquí, y por qué le sigue usted?

—No estoy segura. Recibió una nota —vaciló antes de continuar—, aparentemente de Anna. Pero sé que no se han citado —se apresuró a explicar al ver cómo sus palabras parecían haber golpeado a aquel hombre—, eso sí lo sé. Lord Lisle, hay una explicación, estoy convencida, para todo esto.

John se apoyó en la roca tras él. A pesar del choque inicial en los establos, el primer día que se había percatado de lo verdes que eran sus ojos, pronto se dio cuenta de que Anna era una persona honesta, una persona en quien él podría confiar. Si ahora estaba con William...

—Las mujeres miramos con el corazón —ofreció Sarah, recordando las palabras de Anna—. Yo voy a entrar, lord Lisle, porque tengo una horrible sensación de que algo no va bien, pero sea lo que sea lo que esté sucediendo ahí dentro, intente observarlo con el corazón.

John arqueó las cejas cuando la menuda joven, ruborizada, pasó a su lado con decisión, esquivándole. Sabía que no debería dejarla sola. Escuchó unos pasos acercándose por el sendero y reconoció a la perfección la risa que los acompañó. Maldijo por lo bajo; si Julia seguía rondando es que algo pasaba, así que dio la vuelta

y siguió los pasos de Sarah.

Cuando entró en la gruta estuvo a punto de chocar de nuevo con ella; se había detenido en el centro del espacio, muy quieta. John siguió la dirección de su mirada hacia el fondo de la caverna, donde una pareja se abrazaba en un banco.

La mujer estaba de espaldas a ellos, y distinguió en la penumbra su vestido rojizo. La mano del hombre se movía por su espalda, donde un trozo de piel quedaba al descubierto.

Fue vagamente consciente de una risita a sus espaldas y un ligero carraspeo. Entonces, con una maldición, se abalanzó hacia ellos.

Anna entreabrió los ojos apenas un instante, y un gemido de dolor escapó de sus labios. Cerró los ojos de nuevo; mantenerlos abiertos era un esfuerzo ímprobo. Una voz llegó a ella desde algún lugar lejano.

—No sé qué ha pasado, pero tienes el vestido aflojado. Déjame ayudarte.

Sintió que alguien la hacía cambiar de postura. Una aguda punzada martilleaba su sien. Protestó ligeramente e intentó palpar la zona, segura de que tendría sangre, pero el movimiento solo acentuó el dolor. Se recostó hacia delante, intentando aspirar hondo para calmarse.

—Estate quieta, por favor. Enseguida termino.

Sintió que su mejilla rozaba contra algo duro y suave a la vez, y abrió de nuevo los ojos. Parpadeó confundida, al darse cuenta de que estaba en brazos de un hombre. Las manos se movían a su espalda, tironeando del vestido. Recordó una mano sobre su boca y el sabor de la sangre en sus labios. Un acceso de pánico la recorrió, e intentó empujar con las manos aquel cuerpo duro y tenso. Pero entonces un grito de cólera recorrió el aire, y sintió que las manos a su espalda se aflojaban.

Aturdida, se apartó del hombre y se sentó en el banco, con la mano apoyada en su sien. Le costaba enfocar la escena, y estaba demasiado oscuro, pero vio el paisaje marino a su derecha, y de pronto recordó...

Estaba en la gruta. Alguien iba a darle las cartas, pero entonces la atacó.

Un tremendo escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies al acordarse de todo. Recorrió la sala con la mirada en busca de su agresor. Había reconocido la voz de Hubbard, pero ya no estaba allí, a pesar de que la caverna parecía llena de gente.

William se había puesto en pie junto a ella. Aún confusa, Anna miró al lugar de donde había surgido el grito; John avanzaba por aquel espacio con grandes pasos y los puños apretados a los lados del cuerpo. Antes de que Anna pudiera reaccionar, William se adelantó y Sarah corrió hacia ellos. El pulso latía con tanta fuerza en sus oídos que no era capaz de escuchar lo que decían, pero su mente iba aclarándose poco a poco, y cuando su mirada reparó en el rostro burlón de Julia, situada junto a la puerta, por fin lo comprendió todo.

John la había encontrado en brazos de William.

A pesar de la distancia y la penumbra, el brillo malicioso de los ojos de Julia la alcanzó. Comprendió que todo aquello lo había urdido ella, y ahora sonreía burlonamente, apoyada contra la pared de falsa roca.

Pero John confiaría en ella... ¿o no?

Echó un vistazo al vestido que resbalaba de un hombro y trató de acomodarlo, pero volvía a caer, dejando al descubierto casi parte de un pecho. William había tratado de abotonárselo, estaba segura, pero ¿qué habría parecido aquello a John?

Observó a Sarah; parecía angustiada, rogando algo a John, o a William, o fuera Dios a saber a quién. Había otro hombre corpulento al que no conocía de nada en aquella discusión.

Pero John la creería. Debía hacerlo. Anna comprendió de golpe cuán desesperadamente necesitaba que él la creyera. Se levantó del banco, arrimándose a la pared. Tenía que acercarse y explicarle...

Se sentía mareada, pero se deslizó apoyándose contra la pared. Necesitaba estar más cerca de John, mirarle a los ojos y saber que la creía. Pero entonces la voz arrogante de John llegó clara y nítida a sus oídos desde el centro de la estancia donde forcejeaba con los demás.

—¡Maldita sea, sacadla de mi vista!

Anna no le veía, tapado por el hombre desconocido, pero el desprecio soterrado en su voz le arrancó el aire de los pulmones con mayor eficacia que un golpe físico. Las lágrimas anegaron sus ojos y sintió que un abismo se abría a sus pies.

John no la creía.

Con el corazón desgarrado, supo que no sería capaz de superar la humillación de que Sarah, William y hasta Julia fueran testigos del desprecio de John, pero sobre todo no podría afrontar cara a cara su repulsa.

No podía mirar a los ojos a John y ver en ellos reflejado el odio que sentía. Sencillamente, no podía.

A través de las lágrimas contempló la boca de la gruta. Aún dudó un instante, pero entonces la fría cólera de la voz de John la alcanzó una vez más.

—Sacadla de aquí, ¿me habéis escuchado? ¡Sacadla de aquí, antes de que cometa una barbaridad!

No quiso quedarse a averiguar qué aspecto tenían sus ojos cuando odiaba de aquella manera.

Retirando las lágrimas de sus mejillas con decisión, echó a correr y salió de la gruta. Avanzó por el sendero poco iluminado sin importarle dónde pisaba, y luego tomó otro sendero oscuro, y luego otro. A pesar de las lágrimas, pudo orientarse entre caminos, y cuando vio las tiendas que cerraban la zona trasera de la Rotonda supo que conseguiría salir de los jardines sin tener que enfrentar la mirada compasiva de

nadie. Alcanzó el vestíbulo, solicitó su capa y salió a las calles de Vauxhall. Un cochero se acercó tan pronto como se detuvo en la acera; observó sus ojos enrojecidos con escasa curiosidad, y ofreció sus servicios para trasladarle a Londres. Solo entonces Anna recordó que había acudido con más gente, pero supuso que en cuanto John les explicara todo su madrina comprendería que se había ido a casa. Subió al coche, dejando tras de sí aquella maldita noche. Ya no podía quedarse en Londres, pero tampoco podía volver a Halston. El recuerdo de la invitación de Arabella acudió en su rescate, y con un suspiro de amargura decidió recoger todas sus cosas inmediatamente, y partir tan pronto amaneciera para visitar a su amiga.

Y después, cuando el recuerdo de John no hiciera doloroso hasta el simple hecho de respirar, buscaría otra casa en otro lugar, lejos de él, e intentaría olvidar para siempre que una vez había tocado la felicidad con los dedos.

—Sacadla de aquí, ¿me habéis escuchado? ¡Sacadla de aquí, antes de que cometa una barbaridad!

—Ya basta, Lisle —intervino William—. Ya es suficiente.

—No, maldita sea, no lo es. No sé cómo lo ha hecho, pero sé que esto es cosa suya. Siempre que sucede algo esa maldita loca está cerca. Si alguien le ha hecho daño a Anna por su culpa, acabaré con ella. ¿Me oyes, Julia? —gritó por encima del hombro de William.

Pero Julia no se amilanó, y sonrió con arrogancia.

—No sé de qué estás hablando, John. Fue ella quien mandó una nota a William para encontrarse aquí.

—¿Y tú cómo lo sabes, Julia? —la interrumpió William con el ceño fruncido—. ¿Cómo es posible que sepas algo así? Solo Sarah y yo sabíamos que recibí esa nota.

La sonrisa de suficiencia de Julia decayó. Sir Howard parecía incómodo. John avanzó un paso hacia ella, temblando de furia.

—Te juro que si vuelves a molestarnos a cualquiera de los dos me plantaré delante de tu marido y no me moveré hasta que te encierre. Y puedes estar segura de que cuando le cuente lo que estás haciendo comprenderá que es la única opción que tiene para salvar a sus hijos de la vergüenza de tener una madre perturbada.

Con un grito de furia, Julia alzó la mano y trató de abofetear a John, pero este agarró su muñeca y detuvo el ataque.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó con el rostro congestionado—. Te crees demasiado bueno para mí, ¿no es cierto? Sois tal para cual, la zorra y tú.

—Ni una tontería más, Julia —la amenazó obligándola a bajar la mano. Luego la soltó—. A partir de ahora estás advertida. Si oigo una sola calumnia sobre Anna, si descubro que alguien la está siguiendo o si la molestas de cualquier otra manera, te juro por lo más sagrado que conseguiré que Holbrook te encierre. ¿Te ha quedado claro?

—Eres un bastardo —siseó con rabia, frotándose la muñeca dolorida, y mirando con odio a todos los presentes.

—Le sugiero que se la lleve, West. —Se dirigió al apabullado hombre, que pasaba un pañuelo por su frente—. Al menos ya sabe con quién se la juega, si es que es tan insensato como para liarse con ella.

El hombre tendió su brazo a Julia.

—Creo que será lo mejor. Vamos, Julia, salgamos de aquí.

Julia rechazó su brazo de un manotazo; elevó la barbilla y con una exclamación de furia salió delante de él.

John respiró hondo, y se volvió para atender a Anna, pero entonces se percató de que el banco se hallaba vacío. Fue Sarah quien habló tras él.

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Adónde se ha ido?

—No lo sé. La vi salir después de que gritara a Julia. Salió corriendo.

—Maldita sea...

Con un juramento y sin esperar respuesta, John salió a grandes zancadas de la Gruta y se dirigió al claro donde había dejado a su grupo. Los fuegos ya habían terminado, y la gente se había dispersado. Lady Everley le recibió con gesto de preocupación.

—Ya era hora, ¿dónde os habíais metido? ¿Dónde está Anna?

—No tengo ni idea, pero conociéndola como la conozco se habrá ido.

—Pero ¿ido? ¿Adónde? ¿Con quién?

John ahogó un nuevo juramento, y lady Everley parpadeó, confundida por una respuesta tan poco satisfactoria.

—Sola. Su ahijada se ha ido sola. Supongo que habrá vuelto a casa, y casi es lo mejor, porque si pudiera alcanzarla en estos momentos creo que la estrangularía. No he conocido nadie más terco que ella.

Lady Everley dio un respingo al escuchar aquello. A pesar de que compartía plenamente con él la última apreciación, la parte del estrangulamiento le resultó algo cruda. Iba a reprender a Lisle, pero se detuvo al ver la maliciosa sonrisa que comenzó a dibujarse en su rostro, antes de hablar de nuevo.

—Lady Everley, es muy largo de explicar, pero me temo que esta vez tendré que tomar decisiones drásticas. Verá...

Anna entró en su habitación sintiéndose agotada y exhausta. Un frío atroz recorría su cuerpo, a pesar del fuego en la chimenea. Se dirigió al tocador y permaneció allí sentada, contemplando su propia imagen durante largos instantes sin verla. A lo lejos se escucharon dos campanadas, y aquel sonido pareció sacarla del trance; enfocó la mirada en su propio rostro, donde las huellas de las lágrimas eran palpables, y un acceso de autocompasión la alcanzó.

Se había dicho a sí misma que nunca jamás volvería a depender de un hombre, pero lo había hecho. Había entregado su corazón, y este era el resultado. Anna apoyó el rostro en las manos, acercándose al espejo: sus ojos estaban enrojecidos y su piel irritada por las lágrimas, pero era su corazón el que sangraba. Una pequeña vocecilla interior se burlaba de ella: «La culpa es tuya, debiste atraparlo cuando pudiste. ¿O acaso no sabías que acabaría arrepintiéndose de su oferta?». Una nueva lágrima se

deslizó por su rostro: ella no quería atraparlo. Solo deseaba que estuviera a su lado. Solo deseaba que llegara a amarla de verdad.

«Claro que sí —continuó la vocecilla burlona—. Y esto es lo que has conseguido».

Mecánicamente, se quitó los guantes y luego alzó las manos para retirar las flores que Jane había entretejido en su recogido. Le aliviaba haberle dicho que no la esperara levantada, porque sentía que no habría soportado la compañía de nadie. Sostuvo uno de los pequeños capullos rojos en la palma de su mano, y comenzó a arrancar poco a poco los pétalos, dejándolos caer sobre la superficie de su tocador como una lluvia de sangre.

Lo peor de todo era que no se arrepentía de nada de cuanto había sucedido; amaba a John más que a su vida, y el recuerdo de la intimidad compartida con él, de sus confidencias, de sus caricias, de su generosidad, no iba a desaparecer por el hecho de que él ahora la odiara.

Continuó retirando las horquillas, y cuando finalizó soltó su cabello, pensando en cómo recibiría Arabella su repentina visita. En cuanto a su madrina, sabía que antes o después lo comprendería, y la distracción que supondrían los preparativos de la boda de Lucy le ayudaría a no pensar demasiado en lo que iba a ser la vida de Anna.

Porque esa tendría que ser a partir de ahora su principal ocupación: buscar un nuevo hogar, un sitio donde el recuerdo de John no se le apareciera en cada esquina. Empezar de nuevo, de cero. Volver a olvidar que había conseguido vivir otra vez.

A lo lejos escuchó el ruido de la puerta de la mansión, y comprendió que su madrina habría decidido regresar tan pronto como se había enterado de su marcha. El ánimo se le cayó a los pies; iba a ser difícil explicar lo que había sucedido, porque ¿qué podía decir, cuando se había encontrado en brazos de William sin saber siquiera cómo había llegado hasta allí? ¿Quién podría creerlo, salvo ellos dos?

Dejó el cepillo sobre el tocador y se puso en pie con estoicismo, pero para su desconcierto el lejano murmullo de conversaciones en el vestíbulo se transformó en un instante en un estrépito de enérgicos pasos. Su cerebro aún estaba intentando conciliar el sonido de aquellas pisadas con el paso dificultoso de su madrina cuando la puerta de su alcoba se abrió con brusquedad, golpeando contra la pared.

Sobresaltada, Anna dio un involuntario salto hacia atrás, chocando con la silla. Para su asombro, fue John Sinclair quien entró en la habitación.

—Te lo advertí, Anna —dijo John con un brillo peligroso en los ojos, dirigiéndose hacia ella.

Anna dejó escapar un grito de asombro al ver que John se acercaba con aspecto decidido. Miró hacia los lados frenéticamente; no había escapatoria, y retrocedió hasta colocarse tras la silla.

—No te acerques —dijo casi sin aliento, intentando ganar tiempo para

comprender qué era lo que estaba sucediendo.

Pero John no se detuvo, y Anna enarboló la silla ante ella, como si el delicado mueble fuera alguna terrible arma que estaba dispuesta a utilizar.

—Te he dicho que no te acerques —volvió a decir, pero toda la dignidad que quiso imprimir a su gesto cayó estrepitosamente al provocar las carcajadas de John.

—Maldita sea, Anna, qué carácter endemoniado tienes. Suelta eso.

—No. Vete.

Anna dirigió una mirada furtiva hacia la puerta. ¿Qué sucedía, por qué Gertrude o su madrina no acudían a ver qué pasaba?

—Te he dicho que lo sueltes, Anna —repitió con un filo de amenaza en su voz grave.

—No —volvió a negar tercamente, furiosa y enojada sin saber por qué.

Entonces, en un ágil movimiento que ella no fue capaz de anticipar, John se agachó y le quitó la silla. Anna emitió un gritito y retrocedió hasta la pared, pero entonces John se abalanzó sobre ella y antes de darse cuenta de lo que pretendía, Anna colgaba boca abajo sobre el hombro de John.

—¿Qué haces, es que te has vuelto loco? Suéltame.

El pelo le caía sobre el rostro, impidiéndole ver nada que no fuera la alfombra verde y ocre del suelo. Anna intentó liberarse golpeando con los puños la espalda de John, pero a pesar de que él emitió un gruñido de dolor, no aflojó en absoluto la presa que sus manos ejercían sobre los muslos de Anna.

—Para quieta, o harás que nos caigamos por las escaleras.

A pesar de la advertencia, Anna hubiera seguido golpeándole de buena gana, pero cada vez que John daba un paso el movimiento del hombro bajo su estómago la privaba de aliento. Además, la sangre se le estaba bajando a la cabeza y tuvo que concentrar todas sus fuerzas en no marearse.

—Bájame, animal —fue todo lo que pudo articular entre paso y paso.

Pero su petición no fue atendida hasta que llegaron al pie de las escaleras.

—Te lo advertí el día que cenaste en mi casa, Anna —dijo mientras la depositaba de nuevo sobre el suelo.

Anna dio un zapatazo de pura frustración, levantando ambas manos para retirarse el cabello de la cara. Entonces las expresiones mitad curiosas, mitad culpables, de lady Everley y Gertrude aparecieron ante su vista. Anna dejó escapar una exclamación ahogada de pura sorpresa; la mortificación tardó poco más en aparecer.

—Vamos. —John tomó la capa que Anna había dejado hacía apenas unos minutos y se la tendió.

—Yo no voy contigo a ningún sitio, Lisle —contestó rabiosa entre dientes, sin pensar siquiera qué estaba diciendo—. Te estás comportando como una bestia.

John dio un paso hacia ella, con los ojos brillando peligrosamente.

—Mira, Anna, ya me he hartado de salir corriendo tras de ti cada vez que hay alguna dificultad. Te lo advertí aquel día: si volvías a huir me encargaría de meterte en mi coche y no dejarte salir de mi cama hasta que dijeras «sí, quiero». Y eso es exactamente lo que voy a hacer ahora mismo. —Le arrojó la capa, y tomándola de la mano comenzó a andar hacia la puerta de entrada. Anna trató de resistirse, aún incapaz de entender qué le estaba diciendo, pero John no se detuvo, y tan solo volvió la cabeza para añadir—: Tú eliges si vienes andando o te llevo de nuevo al hombro.

Atónita, Anna sintió que no le trataban así desde que era una niña. Arrastrada por una fuerza insuperable se volvió para reclamar el apoyo de su madrina, pero lady Everley miró discretamente hacia el suelo, apenas ocultando la sonrisa; Gertrude ya había comenzado a ascender las escaleras.

—Pero... pero... ¡esto es escandaloso! —fue cuanto acertó a decir, mientras descendía los escalones de la entrada a trompicones.

—Sí, teniendo en cuenta que he manifestado públicamente ante tu madrina y su familia mi intención de comprometerte toda la noche —contestó él con sorna, abriendo la puerta del carruaje y obligándola a subir.

Anna se acomodó en la esquina más alejada del carruaje y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Dónde vamos?

—A mi casa.

Su corazón dio un vuelco al aceptar por fin que John no estaba bromeando. Su protesta sonó desprovista de convicción:

—Ni siquiera tengo mi camisón.

—¿Es que acaso crees que esta noche podrías necesitarlo?

La entonación irónica y sensual de aquella pregunta envió una ráfaga de súbito calor por el cuerpo de Anna. Los ojos de John brillaban en la oscuridad con apasionada determinación. Anna tragó saliva, consciente de que no había escapatoria.

—Mañana a primera hora tu madrina te hará llegar tu bolso de mano —continuó él con tono categórico—, y enviará el resto del equipaje a Hertwood Manor. Jane vendrá temprano para ayudarte a vestirte, y lady Everley vendrá a las diez para acompañarte a la iglesia de St. Andrew, donde nos casaremos a las diez y media. Después de la ceremonia partiremos hacia Halston. No nos quedaremos para ninguna celebración, ya que estoy de luto. Pero te compensaré, y en cuanto pase agosto daremos una gran fiesta para celebrarlo.

Anna lo observó con seriedad, y después volvió la mirada hacia la ventana del carruaje.

—Me tiene sin cuidado la celebración, John.

—Perfecto, entonces. A mí tampoco me importa nada. Mi única preocupación ahora es conseguir que no vuelvas a huir de mí hasta mañana a las diez y media.

Pasaron unos momentos en silencio, hasta que de nuevo John comenzó a hablar.

—¿Por qué te fuiste, Anna? ¿Por qué saliste corriendo?

La velada incertidumbre latente bajo la aparente despreocupación de su voz alcanzó el corazón de Anna con verdadera eficacia. Por fin, apartó la mirada del paisaje que en realidad no veía, para centrarse en aquellos ojos oscuros que parecían haber poseído su alma.

—Te oí gritar —replicó con sencillez—. Estabas furioso.

—Claro que lo estaba, preocupado y furioso. Y a ti solo se te ocurrió que tenía que ser contigo, ¿verdad? Sí, Sarah me dijo que así habría sido. —Suspiró con cansancio—. Puede que yo a veces sea un animal, pero tú has tomado la molesta costumbre de huir de mí, y eso es algo que pienso corregir.

Anna estaba a punto de responder cuando el carruaje se detuvo ante la casa de John. Ambos se apearon, pero a diferencia de la ocasión anterior, ningún mayordomo impertérrito y perfectamente entrenado salió a recibirles. John tomó uno de los faroles que permanecían encendidos en el vestíbulo, la tomó de la mano y se dirigió hacia el despacho, subiendo en silencio las escaleras.

—No me gusta que mis empleados me esperen despiertos cuando salgo por la noche —se excusó mientras abría la puerta de la estancia y hacía que ella pasara—. No me parece justo.

—Sobre todo si ni siquiera apareces en toda la noche, ¿no es así?

John dejó escapar una risa y añadió un poco de yesca y unas cuñas de madera al fuego que casi se había extinguido.

—Eso era antes, Anna. —Removió las brasas, que empezaron a prender la madera, y dejó el atizador para volverse hacia ella—. Antes de conocerte y que me volvieras loco.

Se colocó tras ella para retirar su capa, rozando con las manos sus hombros desnudos al hacerlo. El latigazo en el vientre de Anna fue instantáneo. Espléndidamente ajeno al torbellino que, como siempre, desataba en ella, John tomó la capa y la depositó sobre una butaca. Luego deslizó su propia chaqueta por los brazos y la tiró encima de la capa. Le siguieron el chaleco y la corbata. Anna, consciente del calor que emanaba de la chimenea a pesar de la ligereza de su vestido de noche, se sintió repentinamente sofocada.

John tomó una botella que reposaba sobre una mesa de marquetería en el espacio situado entre los ventanales de la sala, y vertió una pequeña cantidad en dos vasos. Los ojos de Anna se clavaron en sus antebrazos morenos, fuertes y poderosos, resaltando contra la inmaculada blancura de la camisa, remangada hasta los codos. Aquel día había prescindido de la habitual camisa negra, y hasta su sonrisa parecía más luminosa, incluso en aquella penumbra. Anna siguió el movimiento de sus brazos como hipnotizada. Le tendió uno de los vasos. Ella lo tomó.

—En realidad era a Julia a quien hubiera estrangulado en la cueva —comenzó a explicar John, dando un trago a su vaso—. En cuanto la vi allí supe que había tramado alguna de sus maldades. Nunca dudé de ti, Anna. Créeme.

La contempló a la luz chispeante de la chimenea; los destellos rojizos que las llamas arrancaban de su cabello, su piel clara y luminosa, sus ojos ligeramente rasgados, verdes solo de muy cerca. La certeza de que la había esperado toda la vida se había grabado a fuego en su corazón.

John le tendió la mano, y en aquel gesto ofreció mucho más que el deseo de acercarla a sí y convencerla de que se rindiera, aceptándolo. Ofreció su desconfianza, su recelo, su determinación de que ninguna mujer lo volviera vulnerable de nuevo. Deseaba que el amor de Anna los destruyera y jamás volvieran a él.

Anna miró la mano, y luego lo miró a él; a los ojos, pero más allá de ellos, al fondo de su alma, donde vio el reflejo de su propio miedo, su indecisión, su terror a perderse de nuevo en otra persona que no la quisiera. Entonces bajó los párpados para asomarse al dolor del pasado que aún quedara en su interior, pero no lo encontró. Inspiró hondo, rebuscando en su alma, pero solo fue capaz de encontrar una ráfaga de calidez, una oleada de emoción, la certeza de una íntima comunión con aquel hombre imperfecto pero sublime, único, incomparable.

Volvió a mirar su mano, y la tomó, y en aquel gesto aceptó mucho más que un matrimonio conveniente, seguro, prometedor. Aceptó la incertidumbre de la dependencia, de la entrega, de la vulnerabilidad contra la que había luchado durante años. Deseaba que el amor de John los desterrara y jamás la arrasaran de nuevo.

John apretó su mano con gratitud, y la atrajo hacia sí para conducirla hasta la cálida alfombra de piel que se extendía delante de la chimenea. Se sentó en la mullida cubierta con las piernas cruzadas, y tiró de ella. Con un crujido de sedas, Anna se arrodilló. John le hizo tumbarse en la alfombra, con la cabeza apoyada en sus piernas cruzadas. Extendió su cabello sobre ellas, y le maravilló que un acto tan simple le provocara un escalofrío de deseo. Ella había cerrado los ojos, y sus labios estaban entreabiertos. John fue demasiado consciente de la cercanía y tibieza de su piel, pero se limitó a hundir las manos en su cabellera oscura.

Ella dejó escapar un gemido de placer, y la tensión del pantalón de John comenzó a resultarle insoportable. Cerró los ojos; sus dedos, colocados en las sienes de Anna, comenzaron a trazar pequeños círculos.

—Recibí una nota. —La voz queda y adormecida de Anna sonó por encima del crepitar del fuego. John bajó la mirada hacia su rostro; permanecía con los ojos cerrados, como si de esa manera le resultara más fácil explicar lo que había sucedido en la Gruta, o tal vez porque no deseaba perder ninguna de las caricias que los dedos trazaban por su frente, sus pómulos, su cuello. Ella prosiguió—: Decía que tenía las cartas y que me presentara en la cueva. Cuando entré me atacó. Sé que fue Hubbard;

reconocí la voz, aunque no le vi la cara. Pero entonces me dijo que él ya no tenía las cartas, y trató de tocarme... Le mordí en la mano y me empujó; supongo que me golpeé en la cabeza. Lo siguiente que recuerdo es que William me tenía en los brazos, diciendo algo del vestido... Y cuando gritaste con tanto odio... no pude soportarlo, John.

Las manos de John se deslizaron desde la garganta de Anna hacia sus costados, y sus pulgares trazaron un camino de fuego por las costillas, el ombligo, el vientre. Anna arqueó su espalda involuntariamente.

—De veras que me maravilla lo valiente que eres para todo, salvo para afrontar tus sentimientos —manifestó con su irreverente sonrisa—. ¿Cómo pudiste creer que te odiaría?

Aquellas caricias parecían arrancar de Anna toda posibilidad de pensar con lógica.

—Tú mismo... me... dijiste —un suspiro de satisfacción escapó de sus labios entreabiertos— cuánto odiabas a Caroline... te mintió...

—Y pensaste que también te odiaría a ti. Dios mío, Anna, ¿en qué concepto me tienes?

Anna se sintió incapaz de abrir los ojos. Un tronco resbaló en la chimenea, rasgando el silencio que se había creado. Su voz tembló al hablar.

—Tuve miedo, John. Te has metido bajo mi piel, dentro de mí, te siento correr por mis venas incluso cuando no estás. No habría soportado ver tu desprecio.

Una extraña sonrisa, dolida y a la vez llena de esperanza, se dibujó en el rostro de John.

—¿Cómo podría hacer que comprendieras hasta qué punto yo te necesito a ti? Cuando apareció William, el hombre al que habías amado, me sentí aterrorizado como jamás lo había estado antes en mi vida. Estaba seguro de que te irías con él, y comprendí que no podría soportarlo. Me habías llamado irresponsable, egoísta, libertino... Te habías burlado de mí, me habías insultado, pero me habías dejado quedarme junto a ti, trabajar en tu escuela, cuidar de tus protegidos. Eres generosa, además de valiente y leal. Me has dado paz, serenidad, me has ayudado a perdonar. Soy negligente, inconstante y me enfado a menudo, pero desde que te conozco soy mejor persona de lo que nunca fui. ¿Crees que podría arrojar todo eso por la borda, solo porque te encontrara en brazos de otro hombre?

—Nadie te habría censurado por eso —musitó con el corazón encogido.

—Yo lo habría hecho. Y te lo advierto desde ahora, no me importa a quién conozcas, con quién sueñes o a quién deseas, porque no voy a permitir que ningún otro hombre crea que tiene la más mínima posibilidad de estar contigo. Esto es una advertencia, futura lady Lisle: si alguna vez te vas de nuevo de mi lado, te seguiré hasta el fin del mundo, y no dejaré una piedra sin remover hasta que te encuentre y te

convenza de que tu sitio en esta vida está junto a mí. Por grande que sea la tierra y por lejos que puedas llegar, no habrá jamás ningún lugar donde puedas hacer que me olvide de ti, así que ni lo intentes, ¿está claro?

Anna dejó escapar una pequeña risa insegura, y se volvió sobre sí misma para observarle.

—Eso halaga mi vanidad en exceso, John. Tal vez no sea bueno que digas esas cosas.

—Me arriesgaré. —Se inclinó para besarla, sonriendo—. Pero hoy no: hoy me aseguraré de que no te escapas de mi cama hasta que Jane venga por la mañana. Así que ahora, señora Hurst, me permitirá que le ayude a ponerse cómoda.

Sus manos comenzaron a desabrochar los corchetes del vestido de Anna; ella le ayudó, impaciente, tironeando de la tela para quitársela cuanto antes. John hizo que girara de nuevo boca arriba para colocarse entre sus piernas. Con ambas manos asió la fina tela y la arrastró hacia abajo, hasta que su piel desnuda refulgió a la luz del fuego. Entonces él se deshizo de la camisa y del pantalón, ayudado por las manos ansiosas de ella, que acariciaron su piel recién descubierta con avidez y fruición. John se colocó entre sus muslos abiertos, con las manos apoyadas junto a los hombros de Anna. Ella se apoyó en los antebrazos para contemplarle más de cerca, para no perderse nada de cuanto John quisiera hacerle; deseaba ver la manera en que sus ojos se oscurecían y su semblante se tensaba al penetrarla, la forma en que sus caderas arremetían contra su sexo con sensual cadencia, el olor y el tacto de su deseo por ella, el dulce abandono de su orgasmo, cuando se vaciara dentro de ella. Deseaba capturarlo todo y grabarlo a fuego en cada centímetro de su piel, dando sentido a todos aquellos años que había pasado esperando algo diferente, algo nuevo, algo inesperado que le hiciera reconciliarse con la vida.

Esperando algo como aquella especie de milagro que era su amor.

Epílogo

—¿Cansada?

Anna sonrió mientras John se acercaba a su espalda y colocaba los brazos alrededor de su cintura con ternura. Dejó caer la cabeza contra su hombro.

—En absoluto.

Ambos contemplaron el carruaje que abandonaba el camino de Hertwood Manor, entre una nube de polvo, hasta que se perdió de vista.

—Yo sí. Me alegro de que todos se hayan ido ya.

—Ha sido una celebración muy bonita, ¿verdad?

John asintió sonriendo ante el tono soñador de Anna. El período de luto había llegado a su fin, y durante tres días habían conseguido que todas las personas que querían se reunieran en su hogar para compartir con ellos la dicha que sentían.

En su hogar...

Hacía muchos años que había dejado de considerar tal a Hertwood Manor, pero la presencia de Anna lo había cambiado todo. Tras casarse en Londres en una ceremonia corta y sencilla a la que solo acudieron lady Everley, Gertrude y su hermano, Lucy, lord Alvey y Gareth, aquella misma noche ya habían dormido en la mansión, en la misma habitación donde Anna se había alojado después de que Hubbard la golpeará. No había querido pasar su primera noche con ella en su propia habitación, que le traía recuerdos poco agradables, ni mucho menos en la de cualquiera de sus padres.

Deseaba empezar con ella una nueva vida. O mejor dicho, continuar con la nueva vida que había empezado al conocerla.

Al día siguiente, tras recibir durante toda la mañana numerosas visitas de las familias del condado que deseaban felicitarles por su enlace, habían visitado la escuela para supervisar el avance de las obras ya comenzadas, lo que Anna había hecho sin poder evitar que se le escapara una lágrima de felicidad. Habían tomado té con el reverendo Edwards, a quien aquella boda parecía haber hecho tan feliz que apenas era capaz de expresarlo con palabras; y Anna había tenido que suplicar a Bess para que aceptara vivir con ellos en Hertwood Manor, ya que la mujer no era capaz de comprender qué pintaba ella en una mansión que ya estaba perfectamente atendida por la señora Pratt. Anna había tenido que recurrir a todo su repertorio de zalamerías, halagos y amenazas de enfado para que Bess se comprometiera a trasladarse, pero no pudo evitar que siguiera rezongando que no pensaba vivir como invitada en aquella casa sin ganarse su sustento. Anna había suspirado, sabiendo que de momento debería conformarse con aquello, y que aún tendría que ejercitar mucha capacidad de

persuasión para que Bess aceptara que ella era lo más parecido a una familia que había tenido durante años.

—Pero tienes razón —La suave voz de Anna interrumpió sus divagaciones—, yo también estoy contenta de que haya terminado.

John la hizo girar, tomando su rostro entre las manos, y depositó sobre su boca un beso posesivo, exigente, casi desesperado, mientras la abrazaba con tanta fuerza que, por un momento, pensó que le haría daño. Pero cuando dio un paso hacia atrás para liberarla se dio cuenta de que ella le abrazaba con la misma intensidad que él.

—Entremos ya. Tengo algo que decirte.

Tomó su mano y la condujo tras él al salón. Tomó un pequeño paquete envuelto en papel marrón, y se sentó en el sofá junto a ella.

—En realidad son dos cosas. La primera es que me ha llamado el magistrado sobre el asunto de Hubbard. Lo han encontrado en Brighton, y van a juzgarle por la agresión de la Gruta. En cuanto a la malversación, aún no he conseguido reunir todas las pruebas, pero cada vez estoy más seguro de que llevaba una doble contabilidad y que en cada obra encargada se quedaba con parte del dinero. Sin embargo, de momento creo que nos tendremos que conformar con el juicio por agresión.

Anna asintió, conforme. Había procurado no volver a pensar en el asunto de la Gruta, y realmente no le importaba qué pasara con Hubbard, siempre que estuviera lejos de ellos.

—¿Y el otro asunto? —inquirió Anna al cabo de un momento, cuando se dio cuenta de que John parecía reacio a continuar.

—El segundo tema es este. —Con un suspiro, John le tendió el paquete que sostenía en las manos—. Lo ha enviado lord Holbrook. Estábamos en lo cierto, las cartas las tenía Julia. Sospecho que Hubbard fue quien las robó, y de alguna manera Julia lo descubrió y se las compró. A cambio de devolvérmolas, me ha rogado que no sea citada en el juicio; al parecer él también sospecha que ella lo planeó todo y contrató a Hubbard para tenderte la trampa. Y no desea que su nombre se una a un escándalo de este tipo. Me temo que ella saldrá impune...

Anna asintió distraída, con la vista en aquel envoltorio. Las cartas de William.

Tragó saliva, y tomó el paquete mientras elevaba sus ojos verdes hacia John. A pesar de la serenidad de su semblante, Anna vio más allá. Aún haría falta más tiempo para que los temores de ambos se disiparan para siempre, para que sus vulnerabilidades desaparecieran, si eso fuera posible alguna vez. Y el pequeño destello de dolor en el fondo de esos ojos oscuros no hizo sino reforzar el amor que sentía por él.

Se levantó con calma, y acercándose al fuego, dejó caer el paquete sobre las llamas.

—Pero ¿qué rayos...?

John se inclinó sobre el fuego, dispuesto a rescatarlo. Anna se lo impidió con una sonrisa serena.

—Era el pasado, John. Solo eso.

Ambos se contemplaron en silencio. El corazón de John latía apresuradamente, impulsado por algo a medio camino entre la gratitud y la esperanza que no era capaz de poner en palabras.

—Y ahora —continuó Anna, sonriendo más ampliamente—, si ya has acabado, creo que me toca a mí. Yo también tengo algo que decirte.

Colocó las manos a la espalda, y se acercó de nuevo al sofá. John la miró enarcando una ceja, esperando expectante.

—Estoy embarazada.

Si alguna vez una información podía dejar fuera de combate a un hombre, debía ser aquella, pensó Anna divertida al ver la expresión aturdida de John. Parecía como si le hubieran golpeado con una piedra. Entonces se puso bruscamente en pie, y comenzó a pasear por la habitación, con la mano en la nuca y aspecto de no haber oído nunca algo semejante.

—¿Cómo... cómo es posible? Quiero decir, ¿estás segura? Una vez me dijiste que no podría ser, y yo ya había imaginado que nunca, o sea, que no podríamos... Pero ¿seguro que...? ¿Y si te confundes?

A pesar de que la manera de recibir la noticia no pareciera muy prometedora, Anna rio con ganas.

—No te responderé a cómo es posible, porque tú eres muy capaz de recordarlo solito.

John se detuvo bruscamente, con el ceño fruncido, desconcertado por el tono burlón de Anna. Ambos se miraron, de pie en la pequeña sala.

—¿Estás segura? —le preguntó John de nuevo, con fiera determinación, al cabo de un rato.

La sonrisa de Anna se amplió al sostener con seguridad su mirada.

—Sí.

Se oyó una especie de rugido, y en dos zancadas John estaba junto a ella, obligándola a sentarse en el sofá y descansar y buscando una silla para que colocara las piernas en alto.

—Estoy bien, John. —Riendo, intentó convencerle para que volviera a su lado—. No me pasa nada. Siéntate.

—Pero ¿cómo es posible? —Hizo caso omiso de su orden, cogiendo la banqueta situada tras el arpa, y colocándola ante ella—. Creí que te habían dicho que no podrías tener hijos. —Se detuvo por fin ante ella, mirándola con intensidad.

—Y así fue —confirmó con suavidad, señalando el espacio junto a ella para que John se sentara de nuevo—. Pero parece ser que se equivocaron.

Comenzando a reaccionar, John la abrazó temblando de emoción. No le importaba tener un heredero ni qué sucediera con Hertwood Manor a su muerte, pero la idea de tener un hijo con Anna, una pequeña personita que se pareciera a ella, que heredara la valentía y la honestidad de su madre, le llenaba de humildad y agradecimiento. Tal vez fuera una niña, con el oscuro cabello de su madre y su sobria belleza. Daba igual lo que fuera, en realidad, porque le iba a proteger y querer con toda su alma.

Besó los párpados de Anna, que continuaba riendo, besó su nariz y su barbilla, besó sus manos mientras ella le contemplaba radiante, orgullosa. Feliz.

—Es como un regalo, Anna, un regalo que ni siquiera creo merecer, y te juro que dedicaré toda mi vida a daros a ambos todo el amor que se puede recibir.

Siguió abrazándola como si temiera despertar de un sueño. Anna se maravilló de la dicha que podía llegar a sentir.

—O como otro milagro —dijo riendo cuando por fin él la soltó.

—¿Otro? —John hizo que ella se volviera y se reclinara para colocar la cabeza en su regazo con ternura—. Querrás decir uno.

Anna rio por lo bajo, sintiéndose locamente feliz mientras se apoyaba en él. Había dicho exactamente lo que quería decir.

Agradecimientos

La mejor recompensa cuando se consigue un sueño es poder compartirlo con las personas que queremos. Sin ellos, nada de lo que hacemos tendría sentido. Y yo soy afortunada: son tantas las personas a las que quiero y que me quieren que no puedo reflejar aquí todos los nombres, pero vosotros sabéis que estáis en mi corazón: mis padres, mis hermanas, el resto de mi familia, mis amigas...

Pero si este libro existe, se lo debo agradecer de manera especial a algunos de ellos:

A Jaime, mi marido, que se ocupa de todo cuando necesito tiempo y silencio. Me has enseñado que la felicidad es algo más sencillo de lo que creemos, y me has dado los hijos más maravillosos del mundo. No podría pedir más.

A María, la primera persona que me dijo que debería escribir un libro. Fueron tu confianza y tus palabras las que me animaron a lanzarme. Gracias por creer en mí desde el principio.

A Nuria, la primera persona que leyó este libro. Gracias por tu generosidad, tu entusiasmo y tus inteligentes comentarios.

Pero en último término, como me hizo comprender Pilar, este libro existe porque vosotros, lectores, estáis ahí. Así que gracias a todos vosotros, que disfrutáis sumergiéndoos en las páginas de un libro aunque nunca hayáis figurado en su dedicatoria. Espero no haberos defraudado.